



JAIME BONET MORÓN
GERSON PÉREZ VALBUENA
(EDITORES)

20 años de estudios sobre el Caribe colombiano



Colección de Economía Regional
Banco de la República

gas. Oct. 25. 1863.

20 años de estudios sobre el Caribe colombiano



Colección de Economía Regional
Banco de la República

Jaime Bonet Morón
Gerson Pérez Valbuena
(editores)

20 años de estudios
sobre el Caribe
colombiano



Colección de Economía Regional
Banco de la República

20 años de estudios sobre el Caribe colombiano / Eduardo Posada Carbó, Adolfo Meisel Roca [y otros]; prólogo y edición Jaime Bonet Morón, Gerson Pérez Valbuena. -- Bogotá: Banco de la República, 2020.

578 páginas; 24 cm.

1. Economía regional - Caribe colombiano 2. Cultura - Caribe colombiano 3. Pobreza - Caribe colombiano 4. Finanzas públicas - Caribe colombiano 4. Historiografía - Caribe colombiano. I. Posada Carbó, Eduardo, 1956- , autor. II. Meisel Roca, Adolfo, 1954- , autor. III. Bonet Morón, Jaime, editor y prologuista IV. Pérez Valbuena, Gerson Javier, editor y prologuista.

330.98611 cd 22 ed.

A1656624

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

Enero de 2020

ISBN 978-958-664-409-9

<https://doi.org/10.32468/Ebook.664-409-9>

Carátula

Un Pueblo Viejo (1843)

Edward Walhouse Mark

Colección de Arte del Banco de la República

Diseño cubierta y de interiores

María Fernanda Latorre O.

Corrección de estilo

Asesores Culturales S. A. S.

Revisión

Andrea Clavijo M.

Sección de Gestión de Publicaciones

Departamento de Servicios Administrativos

Banco de la República

Armada electrónica y finalización de arte

Asesores Culturales S. A. S.

Impresión

La Imprenta Editores S. A.

Las opiniones expresadas en los capítulos de este libro no comprometen al Banco de la República ni a su Junta Directiva.

CONTENIDO

ix	Prólogo 20 años de estudios sobre el Caribe colombiano
	Primera parte Historiografía
1	De la provincia a la nación: el liderazgo de Rafael Núñez a mediados del siglo XIX Eduardo Posada Carbó
19	Una historiografía en expansión: los estudios sobre historia económica del Caribe colombiano, 1997-2017 Adolfo Meisel Roca
39	La reciente historiografía social sobre el Caribe colombiano: logros, limitaciones y posibilidades Roicer Flórez Bolívar Sergio Paolo Solano D.
117	El Caribe colombiano, el Caribe y el gran Caribe. Los marineros como creadores de una región transimperial Ernesto Bassi
	Segunda parte Estudios económicos y sociales
143	Veinte años de investigación sobre pobreza y desigualdad social en el Caribe colombiano, 1997-2017 Aarón Espinosa Espinosa
189	Una revisión de los estudios de convergencia regional en Colombia Luis Armando Galvis Aponte Wendy Galvis Larios Lucas Wilfried Hahn de Castro

- 225** | **Las finanzas públicas territoriales en Colombia: dos décadas de cambios**
Jaime Bonet Morón
Gerson Pérez Valbuena
Jorge Luis Montero Mestre
- Tercera parte**
Arqueología
- 279** | **Arqueología en el Caribe colombiano: balance, retos y perspectivas**
Juan Guillermo Martín
Javier Rivera Sandoval
- Cuarta parte**
Estructuras políticas
- 309** | **Modernización del Estado y adaptaciones del clientelismo: de la utilización política a la depredación globalizada de los recursos públicos**
Gloria Isabel Ocampo
- 335** | **Notas sobre la economía política del Caribe colombiano**
Leonardo Bonilla Mejía
Iván Higuera Mendieta
- Quinta parte**
Indagaciones sobre la cultura
- 375** | **Estudios sobre el patrimonio lingüístico del Caribe colombiano - balance prospectivo**
María Trillos Amaya
- 427** | **Los estudios literarios del Caribe colombiano (2009-2017) gozan de buena salud**
Ariel Castillo Mier
- 465** | **La bibliografía del arte de 1997 a 2017**
Álvaro Medina

Sexta parte
Carnavales y festivales

- 501** **Las fiestas de independencia de Cartagena de Indias y su espíritu de carnaval**
 Alberto Abello Vives
- 521** **Mitología vallenata**
 Alonso Sánchez Baute
- 543** **Un tesoro atravesado por múltiples tensiones**
 Jaime Abello Banfi

PRÓLOGO
20 AÑOS DE ESTUDIOS SOBRE EL CARIBE
COLOMBIANO

Jaime Bonet Morón
Gerson Pérez Valbuena

Los autores son, en su orden, Gerente e Investigador del Centro de Estudios Económicos Regionales (CEER) del Banco de la República en Cartagena.

El rezago histórico que ha venido enfrentado la región Caribe es bien conocido y ha sido ampliamente documentado a lo largo de los años. Su población está dentro del grupo de mayor pobreza y desigualdad del país, con baja cobertura en servicios básicos como educación, salud y agua potable y saneamiento. Esta situación contrasta con la significativa riqueza cultural, artística, arqueológica y de recursos naturales, evidente gracias a la importancia histórica de la región en los ámbitos político y económico del país.

Muchos han sido los investigadores, pertenecientes a universidades y centros de pensamiento de toda la región, que se han encargado de documentar juiciosamente y detalladamente los hallazgos de sus investigaciones en todas las áreas, y que han incentivado así a las nuevas generaciones a continuar en la construcción de un profundo conocimiento del Caribe colombiano. Una de esas instituciones ha sido el Banco de la República, representado por el Centro de Estudios Económicos Regionales (CEER), que, si bien concentró sus primeras investigaciones en la región Caribe, pronto emprendió estudios regionales de todo el país.

El CEER fue el primer esfuerzo del Banco en descentralizar la investigación económica, la cual tenía como único centro de operaciones la oficina principal en Bogotá. Es así como en 1997, por iniciativa de Miguel Urrutia, gerente general de ese entonces, junto con Adolfo Meisel, investigador de la Gerencia Técnica, se puso en marcha el primer centro regional. Inicialmente llamado Centro de Investigaciones Económicas del Caribe, luego, en 2001, se convierte en Centro de Estudios Económicos Regionales (CEER), realizando estudios de todas las regiones del país.

La segunda década de los años noventa fue, sin duda, una época importante en los estudios regionales del Caribe. Casi simultáneamente con el CEER, se crearon en la región otros dos centros de investigación: el Observatorio del Caribe Colombiano (Ocaribe) en Cartagena, y la Fundación para el Desarrollo del Caribe (Fundesarrollo) en Barranquilla. Si a esto le sumamos la investigación que ya estaban realizando las universidades de la región, es claro el impulso que los estudios caribeños tuvieron a partir de ese momento.

Con estos antecedentes, en el marco de la celebración de los 20 años de existencia del CEER, y buscando reconocer la investigación en muchas de las áreas de estudio en nuestra región Caribe, se tuvo la idea de revisar y compilar, a

manera de balance, los hallazgos y los avances en el conocimiento sobre el Caribe colombiano entre 1997 y 2017, en seis ejes principales: historiografía, estudios económicos y sociales, arqueología, estructuras políticas, cultura y carnavales y festivales. Por supuesto, estos ejes no pretenden cubrir exhaustivamente la realidad de la región, pero sí algunas de sus dimensiones más representativas.

La primera parte de este libro se enfoca en la historiografía, e incluye textos de cinco de los más destacados y reconocidos historiadores de la región: Eduardo Posada Carbó, Adolfo Meisel, Roicer Flórez, Sergio Solano y Ernesto Bassi. En el primer capítulo, Posada Carbó ofrece una reflexión acerca de lo que él llama *el primer Núñez*: aquella etapa inicial de este gran estadista, desde la cual reflexiona sobre la relación entre la costa Caribe y el país como un todo, y de las circunstancias y habilidades que lo posicionaron como un gran líder nacional. Es interesante notar cómo en su reflexión Posada Carbó destaca la percepción de Núñez acerca del federalismo, primero en contra, y años después destacando sus bondades. Para el investigador, tres hechos determinantes afianzaron la importancia del reconocimiento regional en la vida de Núñez: 1) su origen costeño, 2) su relación con Panamá, y 3) su paso por Bogotá. Siendo este último hecho el que logró afianzar su sentido de pertenencia regional.

Meisel, por su parte, enfatiza en los avances que ha tenido la historia económica del Caribe desde mediados de los años noventa, haciendo notar que hasta ese momento las regiones más estudiadas habían sido Antioquia y Cundinamarca. Este autor destaca dos hechos: 1) que desde entonces el Caribe ha sido la región de mayor crecimiento en los estudios sobre historia económica en el país, y 2) que la mayoría de investigadores son locales. Meisel menciona, también, que han sido bien documentadas las causas del rezago económico de la región, y que estas están relacionadas con el legado colonial, la geografía física, el centralismo político y económico, y el fomento de la industrialización por sustitución de importaciones. Sin embargo, argumenta que quedan aún vacíos importantes por estudiar, en temas como la hacienda ganadera, los sistemas de transporte, y la evolución histórica de las finanzas públicas locales y de los indicadores de calidad de vida de sus habitantes.

El tercer capítulo sobre historiografía del Caribe está a cargo de otros dos destacados investigadores, Roicer Flórez y Sergio Solano. Estos autores

han dedicado sus estudios al análisis de la historiografía social, en este caso haciendo un balance académico de tres décadas, durante las cuales se exploraron asuntos como las dinámicas familiares y sociales desde la Colonia, sus aspectos raciales, ocupacionales y de clases sociales, y su relación con las formas de poder en la región. Un ámbito interesante y poco estudiado es el de la vida rural, transversal a todos los aspectos mencionados, presentes típicamente en la historiografía urbana. Todo esto ha abierto la posibilidad de entender de una forma más racional las actividades económicas. Es el caso de la ganadería, usualmente asociada a terratenientes cuyo objetivo principal era la explotación de la mano de obra, pero que dejaba de lado la racionalidad que implicaba este uso de la tierra frente a los alternativos. De esta manera, se pueden contar varios estudios de caso que, con las nuevas investigaciones, datos y metodologías de análisis, están rompiendo paradigmas y reinterpretando la historia de la región.

Basado en la reconstrucción de las trayectorias de navegación de un capitán y un marinero, en el cuarto capítulo Ernesto Bassi describe magistralmente la importancia de las actividades de estos dos personajes, más allá de su papel en el transporte de mercancías, esclavos y materias primas, en especial como medio de comunicación a lo largo de lo que él define el gran Caribe transimperial. Un segundo aspecto en el que el autor se concentra es justamente en evidenciar que la historia de nuestro Caribe colombiano no puede ser entendida individual ni aisladamente, sino que debe abordarse a partir de las múltiples interacciones socioeconómicas, políticas y culturales con el resto del gran Caribe. Todo esto lo presenta el autor de forma amena, empleando las vivencias de dichos navegantes desde finales del siglo XVIII hasta comienzos del XIX.

La segunda parte del libro está dedicada a presentar la evolución de la investigación, y de los cambios en la situación social y económica de la región durante las dos últimas décadas. Para ello se cuenta con la contribución de algunos de los investigadores que más han estudiado la economía de la región Caribe: Aarón Espinosa, con los indicadores de pobreza y desigualdad; Luis Armando Galvis, Wendy Galvis y Lucas Hahn, quienes analizan las aproximaciones y más recientes resultados sobre convergencia regional; y Jaime Bonet, Gerson Javier Pérez y Jorge Montero, que estudian la situación fiscal de los gobiernos subnacionales.

En el primer capítulo de esta segunda parte, Espinosa hace un juicioso y detallado balance de la investigación sobre pobreza y desigualdad en el Caribe colombiano, destacando cuáles son los retos de mediano y largo plazos en este ámbito de estudio. Para responder a estos interrogantes el autor realiza una extensa revisión de la literatura, de la cual destaca un creciente volumen y calidad de las investigaciones a lo largo de los últimos veinte años. Estos estudios muestran que, si bien se han registrado indiscutibles reducciones en la pobreza, la región sigue aún con un significativo rezago frente al resto del país. Un punto adicional que destaca Espinosa es que la investigación sobre pobreza y desigualdad en la región enfrenta aún importantes retos, como el mejor entendimiento de las comunidades y sus territorios por medio del uso de métodos cualitativos, y el análisis de los efectos microeconómicos (sobre las comunidades) causados por choques macroeconómicos.

Relacionado con lo anterior, Luis Armando Galvis, Wendy Galvis y Lucas Hahn en el capítulo siguiente, dedican su análisis a explicar el concepto de *convergencia regional* desde varias perspectivas, ilustrando cada una de ellas con los datos para los municipios y departamentos de Colombia. De esta manera, los autores presentan la evolución metodológica que ha tenido el concepto estudiado a lo largo de las dos últimas décadas. De esta revisión se encuentra que la mayoría de trabajos, realizados con distintas metodologías y herramientas de análisis, no encuentran evidencias de que Colombia sea un caso exitoso donde las regiones más rezagadas estén creciendo más rápido que las más aventajadas. El mensaje es claro, aunque no muy alentador: a pesar de mejoras globales en los indicadores socioeconómicos, el rezago regional persiste en el tiempo.

Esta segunda parte del libro concluye con la investigación de Bonet, Pérez y Montero, quienes presentan la evolución de las principales cuentas de los gobiernos subnacionales durante las dos últimas décadas. Este análisis lo realizan no solo en el nivel agregado de los gobiernos subnacionales, sino por tipo de ente territorial y por regiones. Esta estrategia de análisis les permitió a los investigadores identificar hallazgos importantes en los que, por ejemplo, se muestra cómo el proceso descentralizador ha fortalecido las finanzas de municipios y departamentos, mediante la mayor capacidad tributaria que han dejado las reformas administrativas y la coyuntura económica nacional. Del mismo modo, las dos últimas décadas han mostrado que, a pesar del aumento de la dependencia de las transferencias y las regalías, los ingresos propios de municipios y departamentos también han mantenido una dinámica positiva.

La tercera parte del libro presenta los desarrollos arqueológicos en el pasado reciente de la región, y cómo esta disciplina ha sido determinante fundamental en el entendimiento de las dinámicas sociales prehispánicas. En su trabajo, Juan Guillermo Martín y Javier Rivera sintetizan la evolución del oficio arqueológico histórico, urbano y subacuático, y lo que estos hallazgos han develado. Los autores destacan la particularidad del Caribe como objeto privilegiado de análisis por su gran diversidad cultural y medioambiental, pues cuenta con una riqueza ecosistémica que determina las formas de subsistencia de la población y sus modos de relacionarse en sociedad. A pesar de los avances al respecto, los autores llaman la atención sobre los desarrollos arquitectónicos, los cuales, especialmente en los centros históricos de algunas de las más significativas ciudades costeñas, no han considerado etapas previas de estudios arqueológicos. Esto implica necesariamente la pérdida irrecuperable de información sobre las características socioculturales de los habitantes de la región.

La cuarta parte del libro, compuesta por dos capítulos, tiene contribuciones de tres autores: Gloria Isabel Ocampo, Leonardo Bonilla e Iván Higuera, quienes, a la luz de la investigación reciente, develaron las complejas configuraciones políticas de la realidad costeña. Los autores, usando estrategias argumentativas distintas, y muy bien estructuradas, ofrecen evidencia sobre la debilidad institucional como un determinante del rezago socioeconómico de la región, donde el clientelismo y la corrupción son los principales mecanismos de transmisión.

En su capítulo Ocampo estudia al departamento de Córdoba, de donde identifica y analiza al menos dos etapas de la evolución del poder político que han definido la realidad actual de las estructuras de gobierno en el departamento. En la primera, la aparición y el fortalecimiento del clientelismo regional es utilizado como instrumento de relacionamiento con el gobierno nacional. En la segunda etapa se pasa a un clientelismo que opera a través de la movilización de recursos económicos que fluyen no solo en la dimensión pública entre el estado central y el regional, sino entre estos últimos y el sector privado. La autora analiza, transversal a estas etapas, el papel del conflicto y la violencia, las cuales han dado origen a lo que se ha llamado *el clientelismo armado*.

En el siguiente capítulo Bonilla e Higuera, partiendo del hecho ampliamente documentado de la debilidad institucional en la región, realizan un

balance de los estudios sobre la economía política en el Caribe y muestran cómo el clientelismo es un determinante fundamental para entender su rezago socioeconómico. La debilidad institucional se refleja en las bajas tasas de sanciones disciplinarias a funcionarios públicos en una región con los peores indicadores de transparencia, delitos electorales, desempeño fiscal y gobierno abierto. Los autores identifican como los principales articuladores a las reformas administrativas, el uso de la violencia y la relación entre el poder regional y el nacional.

La quinta parte del libro está dedicada a uno de los aspectos fundamentales en el entendimiento de la costeñidad, la cultura y cómo ha evolucionado nuestro conocimiento como región. Para exponerlo, tres de los más destacados representantes y estudiosos de lo cultural en la región aceptaron esta invitación: María Trillos, Ariel Castillo y Álvaro Medina, con tres temas, cada uno en su especialidad: el patrimonio lingüístico, los estudios literarios y el arte.

Trillos inicia con un recorrido temporal y territorial a partir del cual describe la diversidad lingüística y cultural de las comunidades costeñas, resaltando su inmensa riqueza, pero también los grandes riesgos que enfrentan algunas comunidades de perder su diversidad plurilingüista. La autora hace una extensa y documentada reflexión de los avances y desafíos de la investigación lingüística, de donde destaca que se debe hacer el mejor uso de los recursos disponibles con el fin de aumentar la cantidad y calidad de las investigaciones en lenguas nativas. Del mismo modo, señala que es inaplazable el apoyo a los estudiantes de las comunidades que están mostrando bajo rendimiento en lectoescritura.

En el siguiente capítulo, Ariel Castillo se dedica a recorrer la historia reciente de las letras y los autores que han desarrollado la literatura del Caribe colombiano. El autor menciona cómo décadas atrás los grandes escritores costeños se inspiraban en autores extranjeros para luego, gracias a la movilidad de autores locales al interior del país y al extranjero, inspirar la renovación literaria de las nuevas generaciones desde la misma región. El autor destaca el papel de las universidades en el fortalecimiento literario, cuya influencia ha sido clave en la difusión del oficio de las letras gracias al apoyo a los programas de pregrado y maestrías que abren el espectro de la discusión de la literatura costeña. Castillo termina dando un parte de tranquilidad

acerca de la evolución literaria de la región, pero llamando la atención en aspectos por mejorar.

Álvaro Medina termina esta penúltima parte del libro con sus indagaciones sobre el arte en el Caribe colombiano. Con base en una extensa y detallada revisión de literatura, el autor describe el alcance que han tenido los estudios de las obras de arte de las dos últimas décadas. Medina hace un interesante recorrido por algunas obras, y menciona cómo pudieron haber sido influenciadas ya sea por las circunstancias particulares que inspiraron a los autores, o por la realidad regional o nacional del momento. En su balance el autor destaca algunos aspectos que han caracterizado el estudio del arte de la región: 1) Leo Matiz, Alejandro Obregón y Enrique Grau son los artistas que protagonizan la mayoría de las producciones; 2) la región tiene un déficit importante de museos y de curadores y críticos preparados, y 3) a pesar de la corrupción, la violencia y los desalentadores indicadores socioeconómicos del Caribe, las actividades culturales sobresalen por su dinamismo y desarrollo.

La presente compilación, que pretende recoger dos décadas de historia de la región Caribe, no podía concluir sin considerar las tres más conocidas y concurridas celebraciones de la cultura costeña: las Fiestas de Independencia de Cartagena de Indias, el Festival de la Leyenda Vallenata y el Carnaval de Barranquilla. Es por esto que la sexta y última parte hace un recorrido por cada una, de la mano de tres grandes conocedores de la cultura, la historia, las costumbres y las tradiciones costeñas: Alberto Abello Vives (q. e. p. d.), Alonso Sánchez Baute y Jaime Abello Banfi. Estas tres autoridades culturales se propusieron analizar cada una de estas festividades, símbolo de la tradición cultural costeña.

En el primer capítulo, dedicado a las Fiestas de Independencia de Cartagena de Indias, Abello Vives presenta su recorrido: desde los inicios de la celebración (un año después de la proclamación de Independencia), pasando por sus distintas transformaciones, hasta como hoy la conocemos. Abello Vives dedicó sus últimos años a promover el reconocimiento de lo popular en estas festividades cartageneras, que han venido siendo acaparadas por las élites de la ciudad, las cuales las han entremezclado con el Reinado Nacional de Belleza. Para el autor esto último ha desdibujado la historia, la tradición y el reconocimiento multirracial de la población cartagenera. Sin embargo, resalta que, a pesar de las dificultades y algunos períodos de decadencia, los

últimos años han sido de significativa importancia para estas fiestas populares, al conseguir recientemente el aval para establecer un Plan Especial de Salvaguarda, encaminado a declararlas patrimonio inmaterial de la nación.

En el siguiente capítulo Alonso Sánchez Baute presenta el resultado de una detallada, juiciosa y bien documentada investigación acerca de los orígenes del Festival de la Leyenda Vallenata. Con un estilo particular el autor recorre los orígenes de esta celebración, mencionando no solo la evidencia documental sino también resaltando el papel de los mitos e historias tradicionales que han rodeado por décadas su origen. Sánchez Baute comienza explorando el misterio de sus inicios, rastreando el momento aproximado en que entra por primera vez el acordeón al país y su recorrido en el territorio, contextualizando siempre las circunstancias políticas, económicas y sociales que sirvieron de insumo para las composiciones costeñas. El autor resalta las posibles hipótesis del origen de la música vallenata, destacando cómo esta expresión popular sirvió como medio de comunicación entre comunidades de la región. A lo largo de este recorrido presenta a sus más grandes representantes, así como sus particulares manifestaciones musicales.

Esta reunión de obras finaliza con un capítulo de Jaime Abello, quien hace un recorrido del Carnaval de Barranquilla desde su creación, y presenta una síntesis de las circunstancias que ha atravesado y reconoce los esfuerzos de personas e instituciones que han velado por mantener viva su celebración. Abello Banfi, a manera de crónica, recorre su infancia y juventud y describe cómo empezó a percibir el carnaval, primero desde afuera, para luego adentrarse y participar sin falta en las comparsas y actividades. El autor nos recuerda también que no todo ha sido celebración alrededor de las actividades del carnaval, pues este ha enfrentado numerosas dificultades, como falta de recursos, malos manejos, corrupción y vínculos políticos, los cuales han desdibujado su verdadera esencia. Por ello, como uno de los pocos carnavales populares que aún sobreviven en el mundo, Abello Banfi insiste en la necesidad de mantener alejada esta fiesta popular de los intereses políticos y económicos, para así centrarse en lo verdaderamente importante: la expresión cultural de una sociedad pluralista e incluyente.

Sin duda, la presente compilación no solo conmemora los veinte años de creación del Centro de Estudios Económicos Regionales (CEER) del Banco de la República en Cartagena, sino que además celebra la esencia de esta

importante región desde casi todos sus aspectos. Queremos agradecer a cada uno de los autores que aceptaron nuestra invitación a hacer parte de esta celebración y que, con sus juiciosas investigaciones sobre historiografía, estudios económicos y sociales, arqueología, estructuras políticas, cultura y carnavales y festivales ofrecieron nuevas maneras de conocer mejor nuestra región Caribe.

También, a los pioneros e impulsores de este centro de pensamiento regional del Banco de la República por su constante apoyo a la investigación regional: Miguel Urrutia, Jose Darío Uribe y Juan José Echavarría, gerentes generales del Banco en diferentes períodos, así como a Hernando Vargas, Mauricio Villamizar y a todo el equipo de la Gerencia Técnica por su apoyo y acompañamiento permanente a lo largo de estos veinte años de labores. Se hace un reconocimiento especial a Adolfo Meisel, creador del CEER, quien le dio vida y, con su visión de largo plazo, lo convirtió en el centro de estudios regionales más influyente del país. De igual forma, a Consuelo Páez y a su equipo de trabajo por su permanente colaboración en el proceso editorial, y de revisión y publicación del libro.

PRIMERA PARTE
HISTORIOGRAFÍA

**DE LA PROVINCIA A LA NACIÓN: EL
LIDERAZGO DE RAFAEL NÚÑEZ A MEDIADOS
DEL SIGLO XIX**

Eduardo Posada Carbó

El autor es Director del Centro Latinoamericano y profesor de historia y política de América Latina en la Universidad de Oxford.

1.

Quisiera ofrecer en este capítulo algunas reflexiones sobre aspectos del pensamiento y obra de Rafael Núñez (1825-1894), relevantes al tema que me fue originalmente sugerido: los encuentros y desencuentros entre la Costa Caribe y la nación colombiana. Y quisiera atarlas a la preocupación central de un ensayo reciente de Adolfo Meisel Roca sobre el déficit de liderazgo de la región en la dirección política del país (Meisel, inédito y 2012). Meisel Roca plantea muy bien cómo desde fines del siglo XIX se produjo un creciente alejamiento de la Costa Caribe en la conducción de los destinos nacionales, evidente de manera clara en la falta absoluta de presidentes oriundos de la región, pero también en su menor peso relativo en los gabinetes ministeriales, especialmente en la cartera de Hacienda. Toda reflexión sobre este tema, creo, nos remite casi que obligatoriamente a Rafael Núñez, el único presidente que ha producido la región desde el establecimiento de la república en 1819, y no cualquier presidente, ya que ocupó el cargo en cuatro ocasiones desde su primera elección en 1880 hasta su muerte en 1894¹. Además no lo ocupó sin consecuencias. Como uno de los arquitectos de la Regeneración y del orden constitucional que emergió en 1886, su legado fue enorme.

Dado su extraordinario significado, uno esperaría que Núñez fuese objeto de una rica historiografía, proporcionada a la importancia de su vida y obra. No es así. Y no lo es en buena parte por el relativo desinterés de los estudiosos de Colombia en su historia política e intelectual o en las biografías, todos géneros de la historia que han recibido fuertes y renovados impulsos en las últimas décadas y de los cuales —es mi impresión— la historiografía colombiana se encuentra bastante rezagada, a pesar de algunas excepciones².

¹ Me refiero a presidentes propiamente elegidos para el cargo.

² En 2009 la *American Historical Review* dedicó una sección de la revista al tema; véase la introducción de David Nasaw (2009: 573-578). La revista *Ayer* dedicó también un dossier a “Los retos de la biografía”; véase en particular, Isabel Burdiel (2014: 47-83). Debo estas referencias a Adrian Shubert quien, al escribir estas líneas, está concluyendo una biografía de Baldomero Espartero (1793-1879). Isabel Burdiel es, a su turno, la autora de un monumental trabajo (2010). Para ejemplo de una biografía relativamente reciente en Colombia, sobre una figura del siglo XIX véase Gilberto Loaiza Cano (2004).

Desde una perspectiva moderna, quizás el trabajo más valioso que se haya escrito sobre Núñez sea el de James Park, *Rafael Núñez and the Politics of Colombian Regionalism, 1863-1886*, publicado en 1985 y nunca traducido al español³. Que la biografía de Indalecio Liévano Aguirre siga reimprimiéndose nos dice más quizás sobre el vacío historiográfico y el interés entre el público lector, que sobre la calidad de la obra. No obstante, es visible una creciente atención en la historia política del siglo XIX en las universidades de la región, como puede comprobarse en un vistazo a los índices de la revista *El Taller de la Historia* de la Universidad de Cartagena, y a los temas de algunas monografías de grado (no sé qué tan típico sea el trabajo de María Angélica Tordecilla Campo, *Las ideas de Rafael Núñez en torno a la Regeneración* (2015) —también de la Universidad de Cartagena—, pero es un ejemplo relevante)⁴. Y las fuentes para estudiar a Núñez son además amplísimas, incluso contamos ahora con la edición reciente de los *Escritos económicos* de Núñez, hecha por Roberto Junguito y publicada por el Banco de la República (2014). Confío entonces que lo aquí expuesto sirva para seguir reanimando el interés por su obra.

El Núñez que propongo explorar en este capítulo es tal vez el menos conocido: “el primer Núñez”, como le llamara Nicolás del Castillo en uno de los pocos —si no el único— trabajo sistemático y extenso en esta materia (Del Castillo, 1984 [1972]). Es ciertamente una valiosa monografía que ofrece una excelente introducción a la trayectoria de Núñez desde su nacimiento en 1825 hasta su viaje a Nueva York en 1863. Quisiera en particular examinar algunos —solo algunos— aspectos de su vida y obra desde sus tempranas actividades políticas hasta la publicación de su ensayo sobre el federalismo en 1855, con el fin de intentar dilucidar las circunstancias que lo proyectaron como un líder nacional. Adelanto dos proposiciones y planteo un interrogante, de muchas maneras inspirado en la lectura del libro de Nicolás del Castillo, que creo merecen mayor elaboración. La primera proposición: cualquier entendimiento de Núñez tiene que precisar bien los horizontes del territorio colombiano en el siglo XIX e incorporar en nuestros análisis a Panamá. Segunda: el Núñez

³ El libro de Park se publicó por Louisiana University Press. La bibliografía tradicional sobre Núñez es relativamente numerosa. El texto más conocido es el de Indalecio Liévano Aguirre, *Rafael Núñez*, publicado por primera vez en 1944, reimpresso desde entonces en varias ocasiones, la más reciente, hasta donde sé, publicada en 2011 por Random House Mondadori. Para una discusión historiográfica véase Helen Delpar (1985: 25-37). En otros ensayos he escrito sobre diversos aspectos de la vida y obra de Núñez (1993; 1994a: 621-649; 1999; 2002, y 1994b).

⁴ Por ejemplo, en *El Taller de la Historia*: Jairo Álvarez Jiménez (2012), y Grey Verbel Chávez (2011), ambos disponibles en línea.

que llegó a Bogotá en 1853 estaba ya inmerso en debates de alcance nacional, no estaba desapegado de los intereses de su región (aunque definir su región exige cierta discusión), pero se proyectó muy pronto como una figura que pensaba al país en su conjunto. Y el interrogante gira alrededor de su federalismo, famosamente expuesto en el ensayo de 1855, reproducido en la selección editada por Junguito, pues dos años antes, en 1853, al poco tiempo de llegar a Bogotá, Núñez había publicado varios artículos en contra del federalismo, donde alcanzó a avanzar algunos de los postulados que defendería después en su proyecto regenerador.

2.

Núñez viajó por primera vez a Panamá en 1846, dos años después de haber terminado sus estudios de abogacía en Cartagena, su ciudad natal⁵. A Panamá lo llevaba su padre para alejarlo de un escándalo amoroso (Núñez entonces apenas tenía 21 años de edad). Conectado políticamente como jefe militar de la provincia, su padre logró conseguirle el cargo de juez interino del circuito de Veraguas, con sede en David, un pequeño pueblo que era entonces la capital del cantón. Allí residió (excepto algunas temporadas en Ciudad de Panamá) hasta fines de 1848, cuando regresó a Cartagena. En David estableció estrechas relaciones con José de Obaldía, importante líder panameño de notable figuración en la política colombiana del siglo XIX. Obaldía se convirtió, según Del Castillo (1984: 65), en “el protector, consejero y camarada de Núñez”. Era también cuñado de Dolores Gallego, con quien Núñez se casaría en 1851.

Poco se conoce de la vida de Núñez en Panamá. Lo que me interesa destacar aquí es la necesidad de repensar tanto la Costa Caribe como la nación colombiana del siglo XIX desde una perspectiva que incluya mejor la dimensión panameña, con frecuencia subvalorada e ignorada⁶. Figuras panameñas

⁵ El año 1846, como me lo observó Rolando de la Guardia, es significativo, pues entonces se firmó el tratado entre Nueva Granada y los Estados Unidos —Mallarino-Bidlack— que permitió el libre tránsito por el Istmo. En 1848 se descubrió el oro en California. Entre 1848 y 1869, más de “medio millón de migrantes cruzó el Istmo hacia o desde los Estados Unidos” (Chen, 1990: pp. 91-92).

⁶ Para un trabajo que enfatiza el sentimiento nacional panameño desde la primera mitad del siglo XIX, véase Alfredo Figueroa Navarro (1978). Figueroa Navarro quiso mostrar aquí que era “inexacto” considerar a Panamá tan solo como un país surgido del “mero capricho de una potencia extranjera” (1978: 257). Sin desconocer la existencia de un sentimiento “nacional” en Panamá, creo que habría que reexaminar las relaciones entre Panamá y las otras provincias de la Nueva Granada durante el siglo XIX. Un libro de historia colombiana que integra bien Panamá en su análisis es el de Helen Delpar (1994, cap. 2). Agradezco a Rolando de la Guardia por llamar mi atención sobre el texto de Delpar.

como Obaldía, Tomás de Herrera y Justo Arosemena desempeñaron importantes papeles en la política nacional⁷. Tras la inauguración del ferrocarril que permitió la comunicación interoceánica en 1855, Panamá se convirtió en una de las principales fuentes fiscales del erario de la república (Deas, 1993: 61-107). Bajo la Constitución de Rionegro, entre 1863 y 1886, el peso de Panamá en las decisiones políticas nacionales fue de gran significado: como uno de los nueve estados soberanos de la Unión, su voto en la elección de presidentes, por ejemplo, fue con frecuencia decisivo. Habría que indagar más sobre las relaciones entre Panamá y las otras provincias que se identificaban como la Costa a mediados de siglo⁸.

Panamá vivió entonces años de extraordinario crecimiento. Había sido hasta hacía poco “un país desgraciado”, según artículo aparecido en el periódico cartagenero *La Democracia* (muy posiblemente de autoría de Núñez), devorado por la “miseria [...] la pereza i el abandono”. Al descubrimiento del oro en California había seguido “la resurrección del Istmo”. Ahora “todos los días llegaban a Chagres buques cargados de inmigrantes”. El cuadro de Panamá en 1850 era así “brillante”, “casas vueltas hoteles, los hombres i los vehículos de transporte en ejercicio diario: las riquezas aumentándose rápidamente, la población creciendo”. Era no obstante un “cuadro encantador” con “sombras”, ante la perspectiva de “una agregación de los Estados Unidos” (*La Democracia*, 1850; también, Daley, 1990: 90-98). Núñez dejó sus impresiones personales de tales cambios en dos cartas que escribió desde Panamá y Chagres en julio de 1851 y enero de 1852, respectivamente. “Cuánta diferencia”, anotó, desde su última visita en 1849. El Istmo había “esperimentado una verdadera transformación”: “Posadas, almacenes, tiendas, agencias de negocios; he aquí lo que se encuentra en lugar de las tristes i miserables chozas de otro tiempo”. Núñez observó asimismo cambios en las costumbres, como en la arquitectura. Se quejó del incremento del costo de vida y registró que fue víctima de un atraco a plena luz del día. Percibió que inmigrantes norteamericanos desplazaban a la población local, pero parecía pasar por alto

⁷ Tomás de Herrera (1804-1854) fue secretario de Guerra de José Hilario López y dirigió las fuerzas constitucionales contra el golpe de Melo en 1854, cuando murió en combate. José de Obaldía (1806-1889) fue elegido vicepresidente y ejerció funciones presidenciales en 1851-1852 y 1854-1855. Véanse las respectivas notas biográficas en Beatriz Castro y Daniel García-Peña (1994, vol. 9: 290-291; vol. 10: 429). Justo Arosemena (1817-1896) fue uno de los más destacados constitucionalistas del siglo XIX; presidió la Asamblea Constitucional de Rionegro en 1863. Fue el autor de *Estudios constitucionales sobre los gobiernos de la América Latina* (1878).

⁸ Véase, por ejemplo, las referencias a las “provincias de la Costa” como reclamos por mayor independencia en su organización política, en el artículo de V. Noguera Maza (1856).

en sus escritos serios conflictos sociales que se desataban en la provincia⁹. Es claro que Núñez se había contagiado del optimismo que irradiaba el progreso material. La apertura del ferrocarril, entonces en construcción, vaticinaba un “gran desenvolvimiento” para “esta fracción privilegiada de nuestra patria”. Chiriquí en particular estaba llamada a “un porvenir brillante” (Núñez, 1851 y 1852).

En aquellas visitas Núñez estrechó sus vínculos familiares y políticos con Panamá. En efecto, cuando llegó a Bogotá en 1853 lo hacía en calidad de representante a la Cámara, elegido por la provincia de Chiriquí el año anterior, cuando también lo eligieron diputado de la Cámara provincial que le designó como su presidente. Recién llegado a Bogotá publicó un par de resonantes artículos en *La Discusión*, periódico cercano al círculo de Obaldía. Colaboró con Obaldía y Herrera en la estrategia desplegada para oponerse al golpe del general Melo en 1854. Cuatro años después, en 1858, ejerció como gobernador interino del Estado Federal de Panamá, donde permaneció hasta 1860, cuando regresó a Bogotá como senador elegido por los panameños (Park, 1985: 79). Ya entonces Núñez era una figura política nacional, había ocupado cargos directivos en el Congreso y las secretarías de Gobierno bajo la presidencia de Obando y las de Guerra y Hacienda bajo la de Mallarino. Tan pronto ascenso al poder —tenía 27 años cuando se posesionó como secretario de Gobierno— solo puede ser entendible si tenemos en cuenta de manera más cabal la dimensión panameña de su carrera y el peso de Panamá en la política colombiana del siglo XIX.

Núñez mantuvo siempre especial preocupación por Panamá, pues entendía muy bien que en su suerte iba aparejada la de la soberanía del país. En 1884 examinaba las “tragedias” de la inestabilidad política del Istmo y advertía los peligros contra la “integridad de la República”, mientras subrayaba la

⁹ Núñez conocía tales conflictos. Un artículo en *La Democracia*, firmado desde Panamá por M. A., deploraba “los desórdenes i tumultos que tienen lugar frecuentemente por las colisiones entre los transeuntes i las masas populares”. (Según Rolando de la Guardia, M. A. era la forma como firmaba Mariano Arosemena sus artículos). El 18 de mayo, “en el ‘arrabal’ (el barrio extramuros de la Ciudad de Panamá, donde residían los sectores populares), un grupo de extranjeros estuvo descargando sus pistolas por ocho o diez minutos i los nativos del país correspondían con una lluvia de piedras de que resultó la muerte de dos norteamericanos i de un istmeño, a la vez que seis u ocho heridos de una i otra parte”; en “Correspondencia”, Panamá, 26 de mayo de 1850, *La Democracia*, Cartagena, 13 de junio de 1850. Para los conflictos sociales de mediados de siglo en Panamá, como consecuencia del descubrimiento del oro en California, véase: Aims McGuinness (2016, caps. 2 y 4). Un breve análisis de la estructura social de la Ciudad de Panamá se encuentra en Alfredo Figueroa Navarro (1978). El conflicto más sonado de mediados de siglo fue la llamada “rebelión de la sandía” de 1856; véase Daley (1990).

necesidad de defender la “causa” de la “Nación entera” (Núñez, 1885: 753). Este lenguaje “nacional” —la segunda proposición que quisiera explorar aquí— estuvo presente desde sus primeros pasos políticos. Aunque de fuerte arraigo provincial (tanto en Bolívar como Panamá), Núñez articuló desde muy temprano un discurso de proyecciones nacionales. Visto desde la perspectiva de la época, ello no debe quizás sorprender. Pero la historiografía nos acostumbró a ver solo fragmentaciones en la narrativa aún dominante de un país de archipiélagos, de regiones aisladas y sin comunicaciones entre sí¹⁰.

La existencia de un país político nacional a mediados del siglo XIX desafía tal narrativa. Así lo muestra muy bien la gira del general José María Obando por las provincias de la Costa tras su nombramiento como gobernador de Cartagena en 1849. Las crónicas de sus visitas a diversos municipios, publicadas en la *Gaceta Mercantil* de Santa Marta, dejaron indiscutibles testimonios de la popularidad de Obando en la región. En una y otra población —en Mompo, Barranca o Cartagena— era recibido con música, cohetes, arcos triunfales, discursos y bailes hasta la madrugada, algunos atendidos por diputados de Panamá. Una delegación de Ciénaga se acercó a visitarle en Barranquilla. Se le recibía como un “ilustre neogranadino”, o como el “sol de la democracia neogranadina”. Se le organizaron homenajes populares, particularmente entre los artesanos, quienes en Barranquilla, “durante los postres”, hicieron “muchos brindis patrióticos”. “La patria os saluda”: eran las palabras de bienvenida en Chinú, donde le esperaban “veinticinco señoritas, galanamente vestidas [en representación de]... las veinticinco provincias de la Nueva Granada”. “Compatriotas”: fue la expresión utilizada por Obando al responder al homenaje en Sincelejo (Corrales, 1892, t. IV: 41-46). Más allá de la riqueza anecdótica, importa destacar esa dimensión ‘neogranadina’ de la política, reflejada en el lenguaje, los símbolos y los festejos que acompañaron la gira de Obando, oriundo de Popayán, nombrado gobernador de Cartagena, recibido como héroe popular en las provincias de la Costa. Antes de embarcarse en esa gira, Obando había nombrado a Núñez como su secretario general en la gobernación de la provincia.

Este “primer contacto de Núñez con el gobierno”, según Joaquín Estrada Monsalve, uno de sus biógrafos críticos, “coincide con la aparición de una virtud hasta allí inédita de su personalidad: la de pensar, nacionalmente, en grande” (Estrada, 1946: 48). No es del todo claro qué quiso decir Estrada

¹⁰ Un trabajo reciente elaborado por Luis Gabriel Galán (s. p.), sirve para revisar dicha narrativa: se nos plantea aquí un país más comunicado de lo que se ha creído, a través de muy diversos medios. Véase, también, Malcolm Deas (1983: 175-206).

Monsalve al referirse a la virtud de Núñez de pensar “nacionalmente, en grande”, aunque pareciera sugerir que aludía a su disposición de superar las animosidades sectarias de la política en favor de los intereses de la ‘patria’. En cualquier caso, las primeras manifestaciones políticas de Núñez se inscribieron en registros nacionales. Así puede comprobarse en las páginas de *La Democracia*, el periódico que Núñez fundó con un grupo de partidarios del triunfo de José Hilario López en Cartagena, poco después del 7 de marzo de 1849.

Como el “órgano de las sociedades democráticas” (Del Castillo, 1952: 18-19) que proliferaron con la elección de López, *La Democracia* formó parte de una extensa red que integraba el mundo artesanal y político en los más diversos rincones del país (*La Democracia*, 1849)¹¹. Su primer número, publicado el 1 de abril de 1849, manifestó que su “objeto” era “el mejoramiento moral, intelectual i material del pueblo granadino”¹². Tras destacar que López había sido elegido por el “cuerpo augusto de la nación”, *La Democracia* señalaba que ya era tiempo de “consagrarse a pensar en el porvenir de la patria”. Obsérvese el marcado y repetido lenguaje nacional. La ‘patria’ se identificaba allí con el ser granadino (o neogranadino). Y la cualidad ‘granadina’ era una referencia constante, ya se tratara del pueblo, del territorio, de la juventud, de los legisladores, o de la defensa de las ‘libertades granadinas’ (*La Democracia*, 21 de febrero y 23 de mayo de 1850; 12 de octubre de 1851, y 2 de enero de 1853). Por supuesto que el periódico se ocupaba de temas de interés local, pero sus preocupaciones estaban estrechamente atadas a debates que evocaban de inmediato un imaginario nacional, como en su defensa de la “libertad industrial”, donde se señalaba al tabaco y al oro “libres” como “fondos inagotables para el neogranadino” (“Fe en los principios”, *La Democracia*, 20 de marzo de 1851). Se defendía la necesidad de promover la instrucción pública como la forma adecuada de contar con miembros activos de la República, los ciudadanos, como lo habían concebido “los ilustres pensadores de nuestra nacionalidad” (“Instrucción pública”, *La Democracia*, 2 de enero de 1853). Desde Cartagena se proponían medidas de alcance también nacional, como la restricción de la presencia de los jesuitas, reformas a la Constitución, o la adopción de un

¹¹ Más de cien ‘sociedades democráticas’ se establecieron en todo el país entre 1849 y 1854. Presidida inicialmente por Núñez, la de Cartagena fue la segunda sociedad democrática establecida, después de la de Bogotá, con antecedentes en la sociedad de artesanos fundada en 1846. Algunos artesanos montaron, sin embargo, club aparte y en febrero de 1850 comenzaron a publicar su propio periódico, *El Artesano* (véase Gilberto Loaiza Cano, 2011: pp. 81, 82 y 106).

¹² Para un examen del periodismo cartagenero de la primera mitad del siglo XX, véase Jorge Conde Calderón (2003: 127-146).

código civil para cuya elaboración *La Democracia* sugería que se nombrase “una comisión de ciudadanos escogidos de todas las provincias de la república” (“Legislación civil”, *La Democracia*, 7 de febrero de 1850).

Es difícil saber si Núñez fue el autor de estos artículos. Pero es indudable que formaba parte de esa cultura política de horizontes granadinos, nacionales, claramente reflejada en el lenguaje de *La Democracia*. Muchos de los primeros textos publicados que llevan expresamente su firma tenían similar alcance. Considérese, por ejemplo, su discurso de apertura del Colegio Nacional en Cartagena, en enero de 1851, cuando les dio la bienvenida a los estudiantes con mensajes enmarcados en una frontera nacional: el “jenio de libertad i de emancipación”, les advertía, se había “difundido como un espíritu celeste por todas las estremidades i en todas las instituciones de la república”; las clases de Jurisprudencia les enseñarían “los principios que constituyen el derecho civil de nuestra patria” (“Discurso pronunciado a la apertura del Colejio Nacional que tuvo lugar el 1 de corrientes por el Sr. Dr. Rafael Núñez”; *La Democracia*, 2 de enero de 1851).

Si las páginas del periódico cartagenero reflejaban una clara articulación de las preocupaciones locales con temas neogranadinos (casi todos los grandes temas nacionales del momento), no debe sorprender que, al poco tiempo de llegar a Bogotá en 1853, Núñez irrumpiera en el escenario político con claras intenciones de proyectarse como un congresista que pensaba en el país, no solo en su región. En abril de aquel año publicó un artículo en defensa de las libertades económicas casi sin límites. Era un apoyo irrestricto a la doctrina del “dejad hacer”, en respuesta a un escrito de Manuel Murillo Toro, quien había sugerido una reforma que limitara el derecho de propiedad sobre la tierra. Miguel Samper ya se había pronunciado también sobre la materia¹³. Núñez terciaba así en un debate que involucraba entonces a varias figuras ya destacadas en el plano nacional, sobre todo Murillo Toro, ministro de Hacienda de José Hilario López (1849-1853). Contra el “brazo opresivo del Gobierno” Núñez levantaba el principio del “dejad hacer”, la ley, según él, que “corregía los monopolios porque de ese modo abre a los ciudadanos todas las vías de trabajo”. En “economía como en política”, concluía, “la solución

¹³ El artículo de Miguel Samper, “Dejad hacer”, publicado en el *Neogranadino*, el 26 de noviembre de 1852, originó un interesante debate. Murillo Toro respondió a Samper en el número 246 del *Neogranadino*, abril 15 de 1853, y Samper replicó en las páginas del mismo periódico el 25 de junio y el 1 de julio de 1853.

de todos los problemas está en la *libertad*” (“Dejad hacer”, *La Discusión*, Bogotá, 23 de abril de 1853)¹⁴.

Los detalles de su argumentación son aquí secundarios. Lo que me interesa destacar es la forma como Núñez se insertó en el debate nacional tan pronto asumió su curul en el Congreso. Es posible que, en su defensa del ‘dejad hacer’, tuviese en mente a los propietarios rurales de la Costa, aunque su visión parece más atada al comercio y la ‘industria’ que a la agricultura. Núñez, sin embargo, planteaba la discusión en términos nacionales, con referencias a destacados autores internacionales del momento. Si entre cultivadores de tabaco en Ambalema, como sugería Murillo Toro, existía cierto malestar asociado a la propiedad territorial, “en el resto de la Nación”, alegaba Núñez, no pasaba lo mismo.

Su disposición a pensar en términos nacionales fue mucho más marcada en los artículos que escribió contra el proyecto federal que propiciaba Florentino González desde las páginas de *El Neogranadino* en Bogotá. Ya *La Democracia* había criticado a “una nueva falanje federal” establecida por los perdedores en las elecciones del 7 de marzo. “Acá en la costa”, advertía el periódico cartagenero, donde la palabra ‘federal’ ejercía “considerable influjo”, era de temer que la oposición gritaría “más recio” la consigna de la federación para readquirir “la popularidad perdida” (“Los nuevos federales”, *La Democracia*, Cartagena, 10 de junio de 1849). *La Democracia* no descartaba el sistema federal en el futuro, pero consideraba que antes se requería trabajar “juntos un algo más en el adelanto colectivo del país” (“Reforma de la constitución”, *La Democracia*, 15 de agosto de 1852).

Habría que examinar con mayor detenimiento las posibles líneas de continuidad entre lo expresado por *La Democracia* desde 1849 y los escritos de Núñez en *La Discusión* en febrero y marzo de 1853, cuando rechazó las supuestas bondades de la federación (Núñez, 19 de febrero y 5 de marzo de 1853)¹⁵. Con las leyes existentes, argumentaba Núñez, se podían adelantar casi todas las mejoras que el país demandaba: establecer bancos, construir ferrocarriles, fundar hospitales, fomentar la instrucción pública. Otras necesidades (sufragio directo y secreto, legislación penal y civil, reorganización de las fuerzas armadas, la libertad religiosa), no tenían conexiones con el sistema federal. Este podría traer “males i embarazos”. Según Núñez, las “ruedas de la máquina nacional, que un moderado centralismo mantiene en armonía

¹⁴ Esta fase de Núñez, bien cercana al liberalismo clásico, está ausente en los análisis que, como el de Jaime Jaramillo Uribe, se centran en su obra posterior; véase Jaramillo (1982: 261-277).

¹⁵ González respondió al primer artículo de Núñez en “Federación” (*El Neogranadino*, 25 de febrero de 1853).

[...] una vez elevadas al rango de *naciones*, Dios sabe a dónde irían a parar”: “[...] la consecuencia lógica de la federación sería, primero desorden, luego la anarquía i últimamente la dictadura de un Rosas [...]”. Tan desoladoras perspectivas encontraban asidero no solo en la experiencia de Buenos Aires, sino en las de México y Centroamérica. Núñez sugería en contraste mirar a Chile y a Bélgica. Los Estados Unidos eran la excepción: “el único ejemplo de prosperidad alcanzada bajo la influencia de formas estrictamente federales”. Pero incluso en los Estados Unidos la federación era causa de males: la conservación allí de la esclavitud, dependía “precisamente de la naturaleza de aquella asociación política, donde un respeto exajerado a las individualidades, sacrifica a cada momento el interés común”. Núñez insistía que todo lo útil de la federación podía “encontrarse en instituciones municipales bien organizadas”. Y concluía defendiendo un sistema intermedio: “solicito para mi patria un sistema político en que ni la comunidad absorba completamente al individuo, ni el individuo a la comunidad”, esa combinación de los “dos extremos” sería “un símbolo de salud para el pueblo granadino”.

Dos años más tarde, sin embargo, en 1855, Núñez publicaba un ensayo favorable a la federación, en un cambio de postura tan radical como sorprendente. El tema había ganado adeptos en el Congreso y se abrió paso tras el proyecto de reforma constitucional que establecía el Estado de Panamá (véase Arosemena, 1975[1855]: 320)¹⁶. “Soy decididamente federalista”, le escribió Núñez a Pedro Alcántara Herrán en noviembre de aquel año¹⁷. En su ensayo *La Federación*, Núñez abrazó el lenguaje de la fragmentación. El pueblo granadino se encontraba entonces “dividido [...] en estensos grupos o secciones” sin “vinculos de unión”, excepto “lazos artificiales i forzados de una viciosa i violenta organización política” (Núñez, 2014 [1885]: 111). Todo era “diverso, completamente diverso” en la Nueva Granada: creencias políticas y religiosas, “ocupaciones productivas, costumbres, inclinaciones, alimentos, vestidos i hasta la raza, i aun el lenguaje”. De allí la diversa acogida y puesta en práctica de las leyes. De allí también las diversas demandas seccionales. Cuadro heterogéneo y hasta antagónico, producto en parte de los “accidentes jeográficos”, pero también de la reciente “relajación del centralismo” que le había permitido a las “secciones” conducir sus negocios “con entera independencia del Gobierno

¹⁶ Según Figueroa Navarro (1978b: 320), esta es la “obra maestra del nacionalismo panameño decimonónico”.

¹⁷ Carta de Rafael Núñez a Pedro Alcántara Herrán, Bogotá, 23 de noviembre de 1855, en Archivo General de la Nación, Bogotá, Fondo de la Academia Colombiana de la Historia, Archivo Pedro Alcántara Herrán, Correspondencia letra N, Rafael Núñez, caja 77, carpeta 218, f. 59.

nacional”. El resultado parecía claro: la Nueva Granada no era “una sola *nacionalidad*, sino *un conjunto de nacionalidades*”, cada una con necesidad de “un Gobierno especial, propio, independiente i exclusivo” (Núñez, 2014 [1885]: 112, 114 y 116). La Federación que solo dos años atrás era causa de males, ahora se convertía en la “única solución posible” para “sacar a la República de las continuas e insuperables dificultades que la asedian de todos lados”. El Congreso acababa de aprobar el establecimiento de la federación en Panamá y así “el Norte, Antioquia, el Sur, la Costa del Atlántico, todas las secciones de la República” se apresuraban “ a seguir el ejemplo del Istmo” (Núñez, 2014 [1885]: 116 y 118). Núñez urgía, pues, a adoptar la “Federación”, que se diese a “cada pueblo la pazífica posesión de su soberanía e independencia, a fin de que cada uno de ellos” pudiese “tener las instituciones que mas se adapten a sus creencias y sus necesidades”. Si antes, en 1853, había sugerido combinar dos “estremos” para evitar la anarquía y la dictadura, en 1855 no veía “término medio entre la Federación i la anarquía” (Núñez, 2014 [1885]: 119 y 122).

Es difícil dar con plena certeza una explicación a tan repentina y radical transformación ideológica. Es posible que haya sido motivada por los intereses de Panamá, la primera provincia en moverse de manera firme hacia el federalismo. Park se refiere a la adaptación de Núñez a los cambios en las corrientes dominantes de opinión. Sus enemigos le acusarán siempre de inconsistencia. Más aún cuando, tras su ascenso al poder, parecería haber regresado a su centralismo inicial con la estructura de gobierno acogida por la Constitución de 1886. No obstante, hubo cierta continuidad entre lo expuesto por el joven Núñez en 1853 y la fórmula de la Regeneración, como si su defensa del federalismo hubiese sido un largo paréntesis, aunque es necesario examinar con mayor detenimiento la estructura que surgió en 1886, pues esta contuvo más elementos políticos descentralizantes que los reconocidos por la historiografía.

3.

He querido en este capítulo examinar al ‘primer Núñez’ con el doble propósito de reflexionar sobre las relaciones entre la Costa Caribe y la nación colombiana, y sobre las condiciones que le permitieron a una figura regional proyectarse nacionalmente en política. Aunque me he centrado en un período bastante breve de la vida y obra de Núñez, espero haber podido ofrecer elementos suficientes para adelantar algunas conclusiones tentativas.

La trayectoria temprana de Núñez sugiere revisar el estereotipo de la fragmentada nacionalidad en las primeras décadas de la república. El ‘primer Núñez’ tenía una clara identidad ‘neogranadina’, como la tuvieron quizás sus contemporáneos en *La Democracia*, el periódico cartagenero. Me parece que la idea de la nación granadina estaba, en 1850, más arraigada que la de la Costa como región (esta existía, pero vagamente). Es posible que el encuentro de Núñez con la Costa se produjese tras su estadía en Bogotá en 1853. Pueden encontrarse paralelos en otras partes del mundo. Considérese, por ejemplo, las vivencias del senador por Pensilvania, William Maclay, en uno de los primeros congresos reunidos en Estados Unidos en 1789: en vez de ampliarle el mundo, la diversidad nacional que descubrió en Nueva York —entonces la sede del Congreso— “le reforzó su provincialismo”. En medio de los choques de culturas regionales distintas, Maclay se volvió más consciente —no menos— de su propia identidad local” (Freeman, 2002: 20). Como es posible que Núñez se reencontrara con la nacionalidad durante sus experiencias en el extranjero.

Sus íntimas relaciones con Panamá y el conocimiento del Istmo le confiaron tal vez una visión particular y reforzada de la nación que superaba de todas formas los intereses de la provincia cartagenera. Panamá le ofreció también una ampliada base regional, útil en sus aspiraciones políticas. Pero más allá de las condiciones materiales y territoriales, he querido destacar aquí las condiciones intelectuales que le permitieron a Núñez consolidarse como un líder político nacional (para contribuir así al debate promovido por Adolfo Meisel Roca): su disposición temprana a participar de manera activa en los principales temas del momento en el debate nacional. Algunos temas de la región, como el futuro de Panamá, eran de interés nacional. Sin embargo, desde sus primeras manifestaciones públicas al llegar como congresista a Bogotá en 1853, Núñez dejó muy claro que no llegaba allí simplemente como un vocero de la provincia, que su tarea tenía dimensiones nacionales.

Para mí el gran interrogante en la elaboración de este capítulo es su ensayo de 1855 sobre la federación, que encuentro poco afín con sus ideas anteriores y con las que pareció haber impulsado posteriormente en la Regeneración. He sugerido continuidades de su pensamiento sobre la organización del Estado, ya observadas por Nicolás del Castillo. Para apreciar bien tales continuidades, sin embargo, es necesario revisar el otro estereotipo del supuesto férreo centralismo instaurado en la Constitución de 1886. Si el sistema de nombramientos de alcaldes y gobernadores condicionaba cierta centralización del poder alrededor de la figura presidencial, el sistema

electoral, al dejar en manos de las asambleas departamentales la elección de senadores determinó la descentralización del poder político en dimensiones escasamente percibidas por la historiografía¹⁸. Habría que repasar de manera más sistemática los debates que se dieron en el país sobre la descentralización a comienzos de la década de 1850, en los cuales *La Democracia* —el periódico cartagenero— tomó parte, con el fin de poder establecer con certeza líneas de continuidad y quiebre en la forma como Núñez abordó a lo largo del tiempo la organización territorial del Estado.

Permítaseme una reflexión final. Si bien la vida y obra de Núñez nos puede servir de introducción al estudio de los encuentros y desencuentros entre la región Caribe y la nación colombiana, es claro que su trayectoria sería difícilmente repetible en el siglo XXI. Me refiero en particular a la trayectoria de sus imaginarios, inicialmente mucho más arraigados en la idea de nación granadina que en la de región costeña. La historia, como sabemos, no se mueve de manera lineal y progresiva. Hoy es posible que, pese a los adelantos tecnológicos, o gracias a ellos, el imaginario regional sea mucho más fuerte que el nacional, lo cual plantea enormes y especiales retos para las posibilidades de cualquier “liderazgo costeño en la dirección de Colombia”, pues es imposible concebir liderazgos nacionales originados en la Costa si sus líderes no piensan en términos nacionales como lo hizo el ‘primer Núñez’.

¿Cómo repensar Colombia desde sus regiones? Esta ha sido la gran apuesta del Centro de Estudios Económicos Regionales (CEER) del Banco de la República, que con buen sentido inició sus tareas hace veinte años en Cartagena con énfasis en el Caribe colombiano. Hoy el CEER es un líder indiscutible en estudios regionales en el país y su tarea se proyecta nacionalmente.

BIBLIOGRAFÍA

Álvarez Jiménez, Jairo (2012). “La guerra de 1875 en el Caribe colombiano: debate electoral, soberanía y regionalismo político”, en *El Taller de la Historia*, vol. IV, núm. 4, Universidad de Cartagena, disponible en línea <https://revistas.unicartagena.edu.co/index.php/eltallerdelahistoria/article/view/693>

Arosemena, Justo (1878). *Estudios constitucionales sobre los gobiernos de la América Latina* París. 2 vols.

¹⁸ Algunas sugerencias al respecto se encuentran en Eduardo Posada Carbó (1996, cap. 6).

- Arosemena, Justo (1975 [1855]). *El estado federal de Panamá*, Panamá: Ediciones Librería Cultural Panameña.
- Burdiel, Isabel (2010). *Isabel II. Una biografía, 1830-1904*, Madrid: Taurus.
- Burdiel, Isabel (2014). “Historia política y biografía: más allá de las fronteras”, en *Ayer*, núm 93, pp. 47-83.
- Castro, Beatriz; García-Peña, Daniel (eds.) (1994). *Gran Enciclopedia de Colombia. Biografías*, Bogotá, vol. 9, pp. 290-291, y vol. 10, p. 429.
- Conde Calderón Jorge (2003). “Prensa, representaciones sociales y opinión pública en la Cartagena republicana, 1821-1853”, *Debates y Perspectivas. Cuadernos de Historia y Ciencias Sociales*, Madrid: Fundación Mapfre, diciembre, pp. 127-146.
- Corrales, Manuel Ezequiel (1892). “El General José Maria Obando en la Costa”, en *Efemerides y anales del Estado de Bolívar*, Bogotá: tomo IV, pp. 41-61.
- Daley, Mercedes (1990). “The Watermelon Riot: Cultural Encounters in Panama City, April 15, 1856”, *Hispanic American Historical Review*, vol. 70, núm. 1, pp. 91-92.
- Deas, Malcolm (1993). “La presencia de la política nacional en la vida provinciana, pueblerina y rural de Colombia en el primer siglo de la república, en M. Deas, (comp.), *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*, Bogotá: Tercer Mundo Editores, pp. 175-206.
- Deas, Malcolm (1993). “Los problemas fiscales en Colombia durante el siglo XIX”, en M. Deas, (comp.), *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*, Bogotá: Tercer Mundo, pp. 61-107.
- Deas, Malcolm (1993). *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*, Bogotá: Tercer Mundo.
- Del Castillo, Nicolás (1952). *Núñez, su trayectoria ideológica*, Bogotá: Editorial Iqueima, pp. 18-19.
- Del Castillo, Nicolás (1984 [1972]), *El primer Núñez*, Bogotá: Tercer Mundo.
- Delpar, Helen (1985). “Renegade or Regenerator? Rafael Núñez as seen by Colombian historians”, *Interamerican Review of Historiography*, vol. 35, pp. 25-37.
- Delpar, Helen (1994). *El Partido Liberal en la política colombiana, 1863-1899*, Bogotá: Procultura, cap. 2.
- Estrada Monsalve, Joaquín (1946). *Núñez. El político y el hombre*, Bogotá: Ediciones Librería Siglo XX, p. 48.
- Figuroa Navarro, Alfredo (1978a) *Sociología del arrabal de Santa Ana en Panamá, 1750-1850*, Panamá: Impresora Panamá.

- Figueroa Navarro, Alfredo (1978b). *Dominio y sociedad en el Panamá colombiano, 1821-1903*, Panamá: Impresora Panamá.
- Freeman, Joanne B. (2002). *Affairs of Honor. National Politics in the New Republic*, New Haven, 2002, p. 20.
- Galán, Luis Gabriel (inédito). “República y comunicaciones en Colombia, segunda mitad del siglo XIX”.
- Jaramillo Uribe, Jaime (1982). “Rafael Núñez y el neoliberalismo”, en *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*, Bogotá: Temis, pp. 261-277.
- La Democracia* (1849). “Los nuevos federales”, Cartagena, 10 de junio.
- La Democracia* (1849). “Prospecto”, Cartagena, 1 de abril.
- La Democracia* (1850). Cartagena, 21 de febrero y 23 de mayo de 1850.
- La Democracia* (1850). “El Istmo de Panamá”, Cartagena, 9 de mayo.
- La Democracia* (1851). Cartagena, 12 de octubre.
- La Democracia* (1851). “Fe en los principios”, Cartagena, 20 de marzo.
- La Democracia* (1852). “Reforma de la constitución”, 15 de agosto.
- La Democracia* (1853). Cartagena, 2 de enero.
- La Democracia* (1853). “Instrucción pública”, Cartagena, 2 de enero.
- La Discusión* (1853). “Dejad hacer”, Bogotá, abril 23.
- Loaiza Cano, Gilberto (2004). *Manuel Ancízar y su época. Biografía de un político hispanoamericano del siglo XIX*, Medellín: Clio.
- Loaiza Cano, Gilberto (2011). *Sociabilidad, religión y política en la definición de la nación. Colombia, 1820-1886*, Bogotá: Universidad del Externado, pp. 81, 82 y 106.
- McGuiness, Aims (2016). *Path to empire. Panama and the California gold rush*, Ithaca y Londres: Cornell University Press, caps. 2-4.
- Meisel Roca, Adolfo (2012). “¿Quién manda aquí? Poder regional y participación de la Costa Caribe en los gabinetes ministeriales, 1900-2000”, en *Cuadernos de Historia Económica*, Cartagena: Banco de la República, abril, disponible en <http://www.banrep.gov.co/es/quien-manda-aqui-poder-regional-participacion-costa-caribe>
- Meisel Roca, Adolfo (inédito). “El liderazgo y el futuro del Caribe colombiano”.
- Nasaw, David (2009). “AHR Roundtable: Historians and Biography”, en *American Historical Review*, vol. 114, núm. 3, junio, pp. 573 y 578.
- Noguera Maza, V. (1856). “Constitución federal”, *El Tiempo*, Bogotá, 29 de abril.
- Núñez, Rafael (1851). “Carta sobre el Istmo de Panamá”, en *La Democracia*, Cartagena, 9 de noviembre de 1851.
- Núñez, Rafael (1852). “Carta segunda sobre el Istmo de Panamá”, en *La Democracia*, Cartagena, 2 de enero y 1 de febrero.

- Núñez, R. (1853a). “La federación i la reforma constitucional”, *La Discusión*, Bogotá.
- Núñez, R. (1853b). “Una réplica”, *La Discusión*, Bogotá.
- Núñez, Rafael (1885). “Panamá y sus tragedias”, en Núñez, *La reforma política en Colombia*, Bogotá: Imprenta de la Luz, p. 753.
- Núñez, Rafael (2014 [1855]). “La Federación”, en Roberto Junguito (ed.), *Rafael Núñez. Escritos económicos*, Bogotá: Banco de la República, 2014, vol. 1, p. 111.
- Park, James William (1985). *Rafael Núñez and the Politics of Colombian Regionalism, 1863-1886*, Baton Rouge: Louisiana State University Press.
- Posada Carbó, Eduardo (1993). “Núñez y Europa: sus ideas en el exilio”, en *Credencial Historia*, núm. 40, Bogotá, abril.
- Posada Carbó, Eduardo (1994a). “Elections and Civil Wars in Nineteenth-Century Colombia: the 1875 Presidential Campaign”, en *Journal of Latin American Studies*, núm. 26, pp. 621-649.
- Posada Carbó, Eduardo (1994b). “Rafael Núñez: sus últimos días”, en *Credencial Historia*, núm. 57, Bogotá, septiembre.
- Posada Carbó, Eduardo (1996). *The Colombian Caribbean. A Regional History, 1870-1950*, Oxford: Oxford University Press, capítulo 6.
- Posada Carbó, Eduardo (1999). “Rafael Núñez y el orden nacional”, en *Aguaita*, Barranquilla, noviembre, núm. 2.
- Posada Carbó, Eduardo (2002). “Núñez y Cartagena en la política nacional, 1886-1894”, en Haroldo Calvo y Adolfo Meisel Roca (eds.), *Cartagena de Indias en el siglo XIX*, Bogotá: Banco de la República, 2002.
- Verbel Chávez, Grey (2011). “Élites y redes de poder en torno al proyecto regenerador. Cartagena, 1874-1892”, *El Taller de la Historia*, vol. III: núm. 3, p. 4, Universidad de Cartagena, disponible en línea: <https://revistas.unicartagena.edu.co/index.php/eltallerdelahistoria/article/view/664>

**UNA HISTORIOGRAFÍA EN EXPANSIÓN: LOS
ESTUDIOS SOBRE HISTORIA ECONÓMICA
DEL CARIBE COLOMBIANO, 1997-2017**

Adolfo Meisel Roca

El autor es rector de la Universidad del Norte.

En agosto de 1979 la Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales (FAES) convocó en Medellín a un simposio sobre los estudios regionales en Colombia. Sin embargo, el programa solo incluyó el caso antioqueño. En su presentación el historiador Jaime Jaramillo Uribe señaló:

[...] nuestra historiografía regional, por varias razones, ha tenido notables limitaciones (y) restricciones geográficas. En efecto, gran parte de sus estudios han recaído sobre dos regiones: Antioquia y Cundinamarca, esta última identificada prácticamente con Bogotá. Sobre otras regiones, todas ellas de gran importancia para la historia nacional y de gran originalidad geográfica, económica y cultural, tenemos grandes vacíos. Ocurre esto con la Costa Atlántica, el Cauca, Nariño, el Gran Tolima (que incluye al Huila) y aun con Boyacá y los Santanderes [...] (Jaramillo, 1982)

En contraste con lo que sucedía en 1979, en los últimos años la región colombiana que más avances ha tenido en las investigaciones sobre su historia económica regional es la Costa Caribe. En este capítulo haremos un balance de la historiografía económica del Caribe colombiano en el período 1997-2017 a través de algunos de los principales libros que se produjeron en esta materia. Hemos iniciado el análisis con una cuidadosa discusión sobre el trabajo de Eduardo Posada Carbó, pues a la fecha es la principal historia económica regional de la Costa Caribe. A continuación, se repasan las distintas experiencias exportadoras de la región desde mediados del siglo XIX, puesto que las exportaciones fueron desde esa época el motor del crecimiento de las economías regionales de Colombia. Luego pasamos a la revisión de los libros sobre la ganadería, la actividad más importante del campo costeño. Seguimos con una mirada a algunos trabajos sobre la economía colonial, de gran relevancia, ya que el legado colonial es uno de los factores más importantes a la hora de explicar el atraso económico relativo del Caribe colombiano. La última sección, antes de las conclusiones, la dedicamos a comentar dos trabajos sobre la actividad empresarial en la Costa Caribe a fines del siglo XIX y comienzos del XX.

1. ***EL CARIBE COLOMBIANO: UNA HISTORIA REGIONAL (1870-1950)*, DE EDUARDO POSADA CARBÓ**

El libro *El Caribe colombiano: una historia regional (1870-1950)* de Eduardo Posada Carbó, que se publicó en español en 1998, es la historia regional socioeconómica más sólida para una región colombiana. Solo el trabajo de Roger Brew (1977), sobre el desarrollo económico antioqueño, resulta comparable por la extensión del período analizado, la amplitud de los temas tratados y la solidez empírica. Sin embargo, en varias dimensiones el libro de Posada supera la obra de Brew. En primer lugar, Posada no se limita a la narración descriptiva de los hechos, como a veces sucede con Brew, sino que ofrece explicaciones para los fenómenos observados, adelanta nuevas hipótesis y refuta estereotipos sobre temas centrales. En segundo lugar, su revisión de fuentes primarias y secundarias es mucho más amplia. En efecto, el volumen de documentos consultados por Posada en archivos nacionales y extranjeros fue enorme. Muchos de ellos no se habían consultado hasta la fecha y fueron elemento esencial para su reinterpretación de algunos de los temas que trató en el texto. Lo tercero, es que este estudio fue más ambicioso que el de Brew tanto en la amplitud de temas como en la profundidad del análisis. Esto es especialmente notorio en el tratamiento del tema agropecuario, que ocupa buena parte de la obra. En efecto, los capítulos 1 y 2, dedicados a la agricultura y la ganadería, comprenden el 30% de la extensión total del libro y se caracterizan por la solidez del análisis y la documentación cuidadosa de lo narrado. Finalmente, hay que destacar la calidad de la narración, que se distingue por una prosa sobria, ágil, que gana inmediatez con el uso de múltiples ejemplos y citas de las fuentes primarias.

Considero que el principal aporte del libro de Posada Carbó es su estudio del sector agropecuario de la región Caribe en el período estudiado. Allí hay algunas tesis revisionistas sobre varios de los estereotipos que sobre la actividad económica rural del Caribe colombiano se encuentran en la historiografía regional y nacional. En el capítulo 1 Posada documenta el atraso de la agricultura caribeña a fines del siglo XIX. Las principales causas que según el autor explicarían esa situación, fueron: la escasez de población, tecnología atrasada, precarios medios de transporte y condiciones físicas adversas. Para usar el lenguaje de la estadística, considero que las tres primeras causas en la lista no son variables independientes, sino, más bien, dependientes; es decir, que son manifestaciones del problema, pero no su origen. A lo sumo habría causalidad en ambas direcciones, esto es, entre la dependiente (el atraso agrícola) y las tres primeras, y viceversa. La que sí es claramente una variable independiente es la geografía física adversa que predomina en las zonas rurales

del Caribe colombiano: épocas de lluvias excesivas o deficientes, condiciones sanitarias negativas, plagas, vientos huracanados, calidad de los suelos, falta de agua y clima. Estas limitaciones ecológicas habían sido mencionadas antes por otros autores, por ejemplo, el historiador económico Luis Ospina Vásquez (1963). Posada no solo le da gran realce al tema, sino que documenta muy bien los efectos adversos del medio físico sin caer en el determinismo geográfico. Dicho autor lo sintetiza así: “[...] este libro ha encontrado necesario consignar los problemas de las condiciones físicas particularmente relevantes para el desarrollo de la agricultura [...]”¹.

Para terminar con este tema de la agricultura, considero que si bien Posada resalta el papel de la geografía, me da la impresión de que trata de desconocer la influencia evidente de lo que, en la nueva literatura sobre el crecimiento en el largo plazo, inspirada en la obra del historiador económico Douglass North, se conoce como las instituciones. Por ejemplo, en el capítulo al que nos estamos refiriendo sostiene Posada: “[...] discrepa del punto de vista prevaleciente en la literatura sobre el tema, que tiende a adscribir la falta de desarrollo agrícola en Colombia a la existencia de una estructura social atrasada”². El trabajo de Posada carece de un análisis sobre el papel de las instituciones en la falta de desarrollo agrícola en el Caribe colombiano³.

Respecto al tema de la ganadería del Caribe colombiano, la principal actividad económica rural de la región, Posada Carbó contribuye a documentar lo errados que resultan los estereotipos que sobre el tema se encuentran en la literatura económica y la historiografía colombiana. Este es un segundo aporte muy relevante del libro, máxime que, como lo señala el autor, pese a su enorme importancia la historia de la ganadería había estado descuidada por la historiografía. Entre los autores que se han referido a la ganadería de manera crítica por sus características productivas están Alejandro López, Orlando Fals Borda y Salomón Kalmanovitz. En particular, Posada le critica a esos autores la hipótesis implícita en sus trabajos de que la tierra se hubiera podido usar mejor en la agricultura que en la ganadería. Su tesis es clara: dadas las condiciones económicas y climáticas prevalecientes, la ganadería era una respuesta económica racional. Luego presenta algunos de los factores favorables que encuentra en la ganadería extensiva que había en la Costa Caribe en el período estudiado: la cría de ganado no era exclusivamente una operación

¹ Posada Carbó, ob. cit., p. 446.

² *Ibidem*, p. 76.

³ Para un punto de vista diferente al de Eduardo Posada Carbó, véase Sergio Paolo Solano, “Del ‘antilatfundismo sociológico’ al revisionismo historiográfico. La ganadería en la historiografía sobre la región Caribe colombiana”, *Mundo agrario*, vol. 10, núm. 20, primer semestre de 2010.

a gran escala, se ajustaba a la escasez de mano de obra y permitía superar la ausencia de una infraestructura de transporte adecuada, ya que el ganado se llevaba a pie hasta los mercados.

Aunque me parece adecuada la desmitificación que Posada hace sobre las condiciones económicas de la ganadería costeña, considero que el autor desconoce algunas de las limitaciones de esa actividad y su rol en el atraso rural caribeño. En particular no estoy de acuerdo con su afirmación de que: “[...] cualesquiera fuesen los niveles del desarrollo agrícola, sus limitaciones no pueden atribuirse, como hasta ahora se ha asumido, a la expansión de la industria ganadera [...]”⁴. Puntualmente, me parece que Posada no acepta el papel negativo de la enorme concentración de tierras, que fue incluso mayor de lo necesario en razón de las economías de escala. Esa gran concentración de la tierra fue el resultado del legado colonial y la forma de adjudicación de los baldíos durante la República. Sobre estos aspectos nos referiremos en una de las próximas secciones.

El capítulo 3, “Ciudad y campo”, trata el tema de la actividad de los puertos, especialmente de Barranquilla, así como el comercio, la banca y la industria. Bien documentado, muestra la gran actividad económica de la región en el período. El autor enfatiza las limitaciones del mercado costeño, pues era disperso y el nivel de vida bastante bajo. Sin embargo, no se pregunta de manera sistemática acerca de las causas de esa situación y sobre todo no se cuestiona el papel que en ella podrían haber tenido la concentración de la tierra, las relaciones sociales rurales y la ganadería extensiva.

El último capítulo, estrictamente económico, es el cuarto, “El transporte”. Allí se analiza el papel del transporte fluvial, sobre todo el papel central del río Magdalena, el transporte aéreo, los ferrocarriles y las carreteras. El autor ilustra bastante bien cómo durante el siglo XIX, cuando el sistema de transporte colombiano era muy precario, la Costa Caribe se encontraba en una posición relativa mejor en este aspecto. Eso cambió y la Costa Caribe se fue quedando aislada del interior del país a partir de la década de 1920, cuando se aceleró la construcción de ferrocarriles y, sobre todo desde comienzos de la década siguiente, cuando se expandieron las carreteras y el transporte automotriz.

En síntesis, esta es una obra imprescindible para estudiar la historia económica colombiana del período 1870-1950 y está destinada a convertirse en un clásico caribeño por la magnitud del tema tratado, el rigor empírico y analítico, la amplitud de las fuentes primarias y secundarias y la redacción impecable, amena y ágil.

⁴ *Ibidem*, p. 446.

2. EL SECTOR EXPORTADOR

Desde mediados del siglo XIX el motor del crecimiento de las regiones colombianas han sido las exportaciones. Aquellas zonas del país que tuvieron éxito exportador han sido las de mayor prosperidad. Esto fue especialmente cierto desde comienzos del siglo XX con las zonas cafeteras, por la magnitud de la expansión exportadora, así como por el tipo de encadenamientos que caracterizaron a ese producto. Como resultado del enorme crecimiento de las exportaciones de café después de 1905, la zona cafetera —Risaralda, Quindío, Caldas y Antioquia— se convirtió en la más próspera del país.

En contraste con la zona cafetera, desde la independencia la Costa Caribe no ha logrado consolidar un producto o grupo de productos que de manera sostenida jalonen su crecimiento económico. Esta es una de las principales causas de su rezago económico en el contexto colombiano. En efecto, aunque se han presentado auges temporales en la exportación de tabaco, ganado vacuno, banano y carbón, ninguno de ellos logró producir una prosperidad duradera de la población en su área de influencia. Por todas estas razones, el estudio del sector exportador en sus características productivas, encadenamientos, magnitudes, relaciones sociales, duración de los auges, es de mucha relevancia para el estudio de la historia económica del Caribe colombiano. A continuación hablaremos de cuatro libros publicados en el período que ayudan a conocer la historia del sector exportador caribeño.

En 2009, Wilson Blanco Romero publicó la *Historia de El Carmen de Bolívar y su tabaco en los Montes de María. Siglos XVIII-XX*. En este trabajo se analiza la evolución de la producción de tabaco en El Carmen de Bolívar, con énfasis en los años finales del siglo XIX y comienzos del XX. Las exportaciones de tabaco de El Carmen de Bolívar despegaron a comienzos de la década de 1850, al igual que las de Ambalema, después de que se le puso fin al estanco del tabaco, es decir, a la monopolización de la comercialización de este producto por parte del Estado. Las exportaciones de El Carmen de Bolívar, en las que se incluían también las de otros sitios de los Montes de María, superaron a las de Ambalema en 1862 y se sostuvieron durante más tiempo pues estas últimas decayeron rápidamente en la década de 1870.

El trabajo de Blanco Romero utilizó como fuente primaria la documentación de la Notaría Única de El Carmen de Bolívar entre 1900 y 1946, más algunos tomos correspondientes al siglo XIX. Esta fuente le sirvió para estudiar en detalle el movimiento comercial en torno al negocio tabacalero. Le permitió, además, documentar la participación de los empresarios extranjeros en esta actividad. La mayoría eran italianos y alemanes. En particular, Wilson Blanco profundizó en el papel que desempeñaron en estas exportaciones los

comerciantes italianos, como los Volpe, Matera, Frieri, Gallo, Mazzeo y Castelli. En síntesis, este es un trabajo que amplía nuestro conocimiento de una de las dos exportaciones más importantes del Caribe colombiano en la segunda mitad del siglo XIX, junto con las de ganado vacuno.

Un aspecto que no abordó en su libro Wilson Blanco, ni siquiera de forma especulativa, es la razón por la cual las exportaciones de tabaco de El Carmen y otras comarcas de los Montes de María nunca lograron expandirse hasta ocupar un lugar preponderante en las exportaciones totales colombianas. Por ejemplo, entre 1912 y 1919 las exportaciones de tabaco de Colombia solo representaron en promedio el 2% de las exportaciones del país⁵. ¿Cuáles fueron los obstáculos principales para la expansión de las exportaciones de tabaco de los Montes de María: la infraestructura de transporte, los sistemas productivos, la calidad de los suelos, las redes de comercialización?

En el 2016, Raúl Román editó un libro de ensayos sobre historia económica del Caribe colombiano titulado *Economía del Caribe colombiano y construcción de nación (1770-1930)*. Se trata de siete artículos con nuevos trabajos sobre el desarrollo económico caribeño entre fines del período colonial y comienzos del siglo XX, escritos por el editor y autores como Hugues Sánchez, Joaquín Viloría, Adolfo Meisel, Jorge Elías, Antonino Vidal, Guissepe D'Amato y Andrea Miranda.

Desde fines del siglo XIX y hasta la Primera Guerra Mundial se presentó un auge en las exportaciones de ganado de las sabanas del antiguo departamento de Bolívar hacia Cuba, Panamá y otros lugares del Caribe. Ese gran crecimiento de las exportaciones de ganado, aunado al aumento en las ventas de este en los mercados del interior del país, especialmente hacia las zonas cafeteras, permitió una acumulación de capitales sin precedentes entre los principales ganaderos de la región Caribe. Entusiasmados con el éxito exportador en las décadas previas y con buenos capitales para acometer proyectos innovadores, varios de los principales ganaderos bolivarenses decidieron invertir en un moderno proyecto frigorífico, el primero en el país, para exportar carne refrigerada de ganado vacuno. El ensayo de Andrea Miranda incluido en la recopilación editada por Raúl Román analiza la experiencia de la inversión en ese frigorífico, el Packing House, de Coveñas. Este tema es de gran relevancia, pues se trató de una enorme inversión que hicieron varios de los principales ganaderos del Caribe colombiano: Diego Martínez Camargo, los Vélez Danies, Julián Patrón y Celedonio Piñeres. Sin embargo, y aunque contrataron en el exterior tecnología de punta, nunca se logró exportar desde esas instalaciones. Cuando se terminó de construir en 1923, el Packing House podía procesar

⁵ Blanco Romero, ob. cit., p. 246.

anualmente más de 100.000 reses, pero por dificultades para poder ofrecer precios y calidades competitivas en los mercados externos nunca se exportó carne refrigerada y el negocio resultó siendo un fracaso. Esto, a pesar de la disposición de los ganaderos para innovar e invertir en un proyecto con la tecnología más avanzada de la época. Ello ilustra las limitaciones ecológicas de la ganadería tropical para lograr una alta productividad en comparación con la de los países de clima templado, como Uruguay y Argentina, los cuales por esa época exportaban grandes cantidades de carne refrigerada. De hecho, en ninguna parte del mundo una región tropical se ha podido convertir en exportadora de carne durante un tiempo prolongado.

Entre la independencia y la década de 1950, el producto de exportación más exitoso del Caribe colombiano fue el banano, que alcanzó a participar con el 9,7% del total de las exportaciones colombianas en 1911. Basado en su tesis doctoral en la Universidad de Stanford, Marcelo Bucheli (2013) escribió un libro que analiza la experiencia con las exportaciones de banano en el siglo XX en el departamento del Magdalena, *Después de la hojarasca, United Fruit Company en Colombia, 1899-2000*.

La investigación de Bucheli tiene varias fortalezas evidentes. En primera instancia, consultó los archivos sobre la actividad en Colombia de la United Fruit Company, los cuales nunca habían sido utilizados por los estudiosos del tema. Lo segundo es que introdujo las herramientas analíticas de la nueva historia institucional y los aportes de algunos de los principales teóricos de la historia empresarial, por ejemplo, de Alfred Chandler. Como resultado, el trabajo es sólido empíricamente y tiene gran rigor analítico.

Uno de los principales aportes del libro de Marcelo Bucheli es que, al mostrar las complejidades de las relaciones entre la United Fruit Company (UFCO) y los trabajadores, cultivadores y Gobierno, ayuda a desmitificar algunos de los análisis más simplistas del tema por parte de los exponentes de la teoría de la dependencia. No obstante, considero que el trabajo tiene la enorme debilidad de no haber tenido en cuenta la causa estructural más relevante para entender la falta de dinamismo de las exportaciones de banano del Magdalena entre 1920 y 1966. Tampoco tuvo en consideración cuáles fueron las consecuencias macroeconómicas del ascenso de las exportaciones de café hasta ocupar una posición hegemónica. Esto lo ampliaremos al comentar el siguiente trabajo.

En el libro *¿Por qué perdió la Costa Caribe el siglo XX? y otros ensayos* (Meisel, 2011), recopilé diez ensayos sobre la historia económica de la región Caribe colombiana escritos entre 1998 y 2009. A efectos del tema de esta sección los dos ensayos pertinentes son: el que lleva el mismo título del libro y “Enfermedad holandesa y exportaciones de banano en el Caribe colombiano, 1910-1950”. En el primero de estos ensayos se señala que el auge exportador

de café que tuvo Colombia entre 1910 y 1950 llevó a lo que en la literatura económica se conoce como la ‘enfermedad holandesa’. La principal manifestación de ese fenómeno es la revaluación del tipo de cambio y, por lo tanto, la pérdida de competitividad de las demás exportaciones que no están en auge. Esa enfermedad holandesa fue muy perjudicial para las regiones que no exportaban café sino otros productos, como sucedía con la Costa Caribe. El autor ilustra cómo en el caso del banano la revaluación llevó a una pérdida de competitividad por efecto del aumento de la tasa de cambio real. Fue por esa razón que la actividad exportadora de banano en el Magdalena se estancó. Allí no se puede argumentar que fue por falta de capacidad empresarial de la UFCO, pues ella tenía casi que un monopolio en la distribución de esta fruta en el hemisferio occidental, y además por la misma época era muy exitosa en la exportación bananera desde Centroamérica y varias islas del Caribe.

3. LA GANADERÍA

La ganadería ha sido desde el período colonial la principal actividad económica rural del Caribe colombiano. Esa importancia se incrementó a fines del siglo XIX y comienzos del XX con avances tecnológicos tales como las nuevas variedades de pastos, las cercas con alambres de púa y la introducción de nuevas razas, especialmente el cebú. Esa ganadería se ha desarrollado en buena medida en grandes haciendas. La hacienda ganadera ha sido una de las organizaciones productivas más relevantes en el campo caribeño. Por esa razón, la publicación de un muy bien investigado estudio de caso sobre una de las haciendas ganaderas más importantes del antiguo departamento de Bolívar por parte de la antropóloga Gloria Isabel Ocampo (2007), es un hito para la historiografía económica regional.

Considero que en toda la historiografía colombiana no hay un solo estudio de caso sobre una hacienda en un horizonte temporal largo tan ampliamente documentado y tan riguroso como el libro de Gloria Isabel Ocampo sobre Marta Magdalena. Se trata de un análisis integral a una hacienda ganadera que fue de la familia de empresarios antioqueños Ospina, sus propietarios entre 1913 y 1956.

Una de las evidentes fortalezas del estudio de Ocampo es que tuvo acceso a los archivos de Marta Magdalena, la contabilidad, los inventarios y la correspondencia, que se conservan en muy buen estado y estaban en poder de la Fundación Antioqueña de Estudios Sociales (FAES)⁶. Otro aspecto positivo

⁶ En la actualidad esos archivos se encuentran en la biblioteca de EAFIT.

de esta investigación es que la autora no se limitó al estudio de las abundantes fuentes primarias escritas a las que tuvo acceso, sino que entrevistó a muchos extrabajadores y administradores de la hacienda para poder construir su relato.

La autora ha sintetizado muy bien el alcance de su aporte en este trabajo:

La insospechada complejidad del mundo hacendario es quizá la más relevante conclusión que se deriva de esta investigación. Ella contradice una imagen que ha prevalecido en los análisis históricos y sociales de la hacienda como una institución homogénea y estática [...] En contraste con esta visión, la hacienda que encontramos en el Sinú a comienzos del siglo XX forma parte de procesos de construcción nacional y de expansión del capitalismo agrario. Es una institución con aspiraciones modernizantes, conexiones con distintos mercados y nexos internacionales que no pueden ignorarse. Además, reunía categorías sociales heterogéneas cuyas interacciones desbordaban la fórmula dominación/subordinación, y si bien la mano de obra dependía de la hacienda, ella tenía aspiraciones y márgenes de autonomía que utilizaba efectivamente⁷.

Otra conclusión que se deriva de este trabajo, aunque no la expresa Gloria Isabel Ocampo, pero se puede deducir de la evidencia que presenta y lo que sabemos sobre la ganadería del Caribe colombiano en esa época, es que los métodos de explotación utilizados por los empresarios antioqueños en Marta Magdalena no diferían mucho de los que usaban los ganaderos costeños en el Sinú y otras zonas de la región. Por ejemplo, no se diferenciaban en cuanto al tipo de ganados, pastos, mercados, métodos de transporte, relación entre número de trabajadores y cabezas de ganado, cabezas de ganado por hectárea, medidas sanitarias, entre otros. Es decir que la tecnología ganadera que aplicaron respondía principalmente a las condiciones ecológicas y los precios relativos de la tierra/trabajo/capital y no a supuestas características culturales de los propietarios.

Otro aporte reciente para el estudio de la ganadería costeña es la tesis doctoral de Shawn van Ausdal (2009), presentada en el Departamento de Geografía de la Universidad de California. Aunque se refiere a la ganadería

⁷ Ocampo, *ibidem*, p. 303. Sobre algunos de los debates en torno a la hacienda en el Caribe colombiano, véase el ensayo del historiador Sergio Paolo Solano, “Del ‘antilatfundismo sociológico’ al revisionismo historiográfico. La ganadería en la historiografía sobre la región Caribe colombiana”, *Mundo Agrario*, vol. 10, núm. 20, primer semestre de 2010.

tropical en todo el territorio colombiano, su énfasis recae sobre la Costa Caribe y en particular en el antiguo departamento de Bolívar. La tesis principal de van Ausdal es que la ganadería era sobre todo un negocio y que la motivación principal de los ganaderos eran las utilidades. En esto coincide con lo argumentado por Eduardo Posada Carbó.

Uno de los aspectos que resalta Shawn van Ausdal acerca de la ganadería tropical en Colombia en el período estudiado es que, lejos de ser una actividad estática, de manera continua se presentó un proceso de mejoría de la productividad, así como de innovación tecnológica. A pesar de ello, los cambios no fueron suficientes para volver la ganadería del Caribe colombiano competitiva a nivel internacional. En síntesis, la imagen de la ganadería que surge de este trabajo coincide en buena medida con la de Posada Carbó y Gloria Isabel Ocampo, en el sentido de que esta era una actividad donde primaba la racionalidad microeconómica y no fue estática.

4. EL PERÍODO COLONIAL

La matriz institucional del Caribe colombiano se forjó durante el período colonial. En particular, en ese período se consolidó la hacienda ganadera y un campesinado libre que vivía muy disperso, sin la propiedad de la tierra que trabajaba y con escaso control por parte de las autoridades coloniales, los llamados ‘arrochelados’. Ese complejo hacienda-rochela sobrevivió a la independencia y es uno de los elementos centrales para entender las enormes desigualdades que siempre han existido en las zonas rurales del Caribe colombiano, así como la pobreza persistente del campesinado costeño. Por esta razón, el estudio de la economía caribeña a finales del período colonial es de gran relevancia para entender la actualidad económica y social de esta región.

El libro *Ordenar para controlar, ordenamiento espacial y control político en las Llanuras del Caribe y los Andes Centrales Neogranadinos. Siglo XVIII*, de la historiadora Marta Herrera Ángel (2002), comparó los patrones de ordenamiento espacial y control de la población en dos regiones del Virreinato de Nueva Granada a fines del período colonial⁸. Se trata de las provincias caribeñas del Virreinato (Cartagena y Santa Marta) y la provincia de Santa Fe y la jurisdicción de Tunja en los Andes Centrales. Entre las dos zonas escogidas sumaban aproximadamente el 50% de la población virreinal.

⁸ Véase también Hugues R. Sánchez (2015). “De arrochelados a vecinos: reformismo borbónico e integración en las gobernaciones de Santa Marta y Cartagena, Nuevo Reino de Granada, 1740-1810”, *Revista de Indias*, vol. XXV, núm. 264.

Marta Herrera sostiene que los patrones de poblamiento y ordenamiento espacial fueron muy distintos entre el Caribe y los Andes. En este último territorio había una densa red de pueblos de indios que fueron la base del control de la población. En contraste, ese control fue siempre muy precario en el territorio caribeño neogranadino. Las causas para esa situación fueron la lejanía entre los poblados y la alta movilidad de los habitantes. Mientras que los pueblos de indios fueron un elemento clave para controlar la población en los Andes centrales, en la región caribeña los campesinos vivían dispersos y había dificultades para concentrarlos en algunos pocos poblados⁹.

El estudio *Los marqueses de Santa Coa: una historia económica del Caribe colombiano, 1750-1810*, de Vladimir Daza (2009), trata de una familia española que se radicó en Mompo hacia comienzos del siglo XVIII y logró acumular una de las fortunas más grandes de fines del período colonial en el Virreinato de Nueva Granada. Esto les permitió adquirir el título de marqueses de Santa Coa.

La fortuna de los Santa Coa se formó en varios tipos de negocios: comercio, préstamos a interés, transporte por el río Magdalena, minas de oro en el sur de la provincia de Cartagena, haciendas ganaderas y agrícolas, y el arriendo de finca raíz urbana.

A mediados del siglo XVIII, los Santa Coa fundaron en el sur de la provincia de Santa Marta la hacienda Santa Bárbara de las Cabezas, que se dedicó a la ganadería para abastecer a Mompo e incluso a Cartagena. En 1770 la hacienda se avaluó en 53.580 pesos de plata, lo cual implica que era una de las de mayor valor en esa época en todo el Caribe neogranadino.

Los descendientes del segundo marqués de Santa Coa, Julián Trespacios, heredaron la hacienda Las Cabezas, como se le llamó más adelante. Dicha hacienda se conservó en manos de los descendientes de Trespacios hasta mediados del siglo XX y llegó a ser la más extensa y con el mayor número de cabezas de ganado en todo el Caribe colombiano.

El historiador dominicano Frank Moya Pons (2008) considera que la plantación es la institución que define la historia económica del Caribe y señala que: “[...] la unidad funcional del Caribe se percibe mejor al considerar el sistema de plantación como estructura económica subyacente que hizo a las economías coloniales muy semejantes entre sí, a pesar de las diferencias ecológicas y políticas de las islas” (p. 431). Sin embargo, el Caribe colombiano, a pesar de

⁹ A fines del siglo XVIII se hicieron varias campañas para concentrar esa población en poblados, así como para someter a los indígenas que controlaban extensos territorios; véase Adolfo Meisel Roca, “Cartagena de Indias y su tierra adentro a finales del siglo XVIII. Un análisis demográfico”, *Cuadernos de historia económica y empresarial*, núm. 42, Centro de Estudios Económicos Regionales (CEER), Banco de la República, Cartagena, noviembre de 2016.

que comparte con las islas del Caribe una gran cercanía geográfica, histórica y cultural, nunca desarrolló una economía de plantación en el período colonial. Por esa razón, el economista Alberto Abello Vives convocó a un grupo de investigadores para ponderar la pregunta: ¿por qué no hubo plantaciones en el Caribe neogranadino en el período colonial? Los diversos autores presentaron varias hipótesis, entre ellas factores de localización, consideraciones ecológicas, prioridades y políticas de las autoridades coloniales, escasez de mano de obra, y abundancia de recursos naturales.

El tema de la escasez de mano de obra se discutió en el Caribe neogranadino por parte de autores de la época como Antonio de Narváez, quien propuso que la Corona subsidiara la importación de esclavos a esta zona para estimular el desarrollo agropecuario (Melo, 2010). Pero la pregunta que habría de formularse es: ¿por qué razón no era rentable la esclavitud en el Caribe colombiano en esa época, más allá de su escaso desarrollo en las zonas rurales? Considero que las respuestas se adelantaron en el libro editado por Abello (2006) sobre las causas de la ausencia de plantaciones en el Caribe neogranadino.

A fines del período colonial en las provincias de Cartagena y Santa Marta, los centros de más de 4.000 habitantes, la esclavitud urbana aportaba casi la mitad de la población esclava. Por lo tanto, la esclavitud dejó una impronta en la sociedad y la economía del Caribe neogranadino más allá de su papel en la producción agropecuaria, donde también fue importante en ramos como la producción de panela y mieles. A pesar de ello, no hay muchos estudios sobre la historia económica de la esclavitud en esta zona del Virreinato. Uno de los pocos trabajos publicados sobre el tema en los últimos años es *Esclavitud en la Provincia de Santa Marta, 1791-1851*, de Dolcey Romero Jaramillo (1997). Entre los aspectos económicos que este autor estudió hay que destacar su análisis de las haciendas esclavistas más grandes de la provincia. Por ejemplo, en 1808 la hacienda Santa Cruz de Papare, cerca de Ciénaga, tenía 82 esclavos, que representaron el 48% de su valor total. Igual porcentaje representaron los esclavos en el valor de la hacienda Santa Rosa de Garabulla, que tenía 60. Ambas eran haciendas trapiches, las cuales contaban con un número alto de esclavos, pues en el siglo XVIII en las haciendas ganaderas había muy pocos, tanto porque demandaban para sus labores menos mano de obra, como porque usaban en épocas pico de demanda de trabajo el de los libres de todos los colores.

Durante el período colonial la ciudad principal del Caribe neogranadino fue Cartagena, que en población era la segunda del Virreinato, pero en riqueza e ingresos ocupaba el primer lugar, lo cual se constata al estudiar los recaudos de impuestos al consumo, como los de tabaco y aguardiente. Como tal, era el principal mercado de la región y el desempeño de su economía influía en

toda la provincia de Cartagena, e incluso la de Santa Marta. Por esa razón, el estudio de la economía de este puerto es de gran relevancia para entender la actividad económica del Caribe neogranadino y sus ciclos de expansión y contracción. El historiador español José Manuel Serrano ha estudiado un aspecto determinante de la actividad económica cartagenera: el gasto militar. Como Cartagena fue desde fines del siglo XVI una ciudad crecientemente fortificada que albergaba un número importante de militares, los gastos militares constituían más de la mitad de los gastos de la administración local. Para ese estudio Serrano utilizó la información de la Real Hacienda que reposa en el Archivo General de Indias.

Serrano (2004), en *Fortificaciones y tropas. El gasto militar en Tierra Firme, 1700-1788*, estudió las cajas reales de Cartagena, Santa Marta, Riohacha, Panamá y Portobelo. Varias conclusiones se pueden sacar de las cifras presentadas por ese autor: una de ellas es que Cartagena era de lejos el principal receptor de los ingresos fiscales y de los subsidios para el gasto militar que recibía de otras cajas. Otra conclusión es la de que los gastos militares representaban la mayoría de los pagos. Por ejemplo, en 1781 el 71% de los gastos de Cartagena se destinaron a fines militares. El grueso de esos gastos militares se destinaba a sueldos: en 1780 en Cartagena se pagaron 570.893 pesos en sueldos de militares. Esos egresos eran el motor de la economía local y explica en buena medida la prosperidad de Cartagena en el Siglo de las Luces¹⁰.

Mientras que José Manuel Serrano encontró, para el período 1700-1788, una expansión más o menos continua de la economía cartagenera, esto no sucedió para el período que analizó en el libro *Ejército y fiscalidad en Cartagena de Indias, auge y declive en la segunda mitad del siglo XVII*. En efecto, en este último trabajo Serrano (2006) halló que el período 1645-1672 fue de expansión de la economía cartagenera debido a que el sistema de flotas estuvo muy activo y dinamizó la economía local; esto se reflejó en las cuentas fiscales a través de los recaudos de impuestos. En contraste, los años 1673-1699 fueron de crisis, pues las flotas se redujeron a menos de la mitad de lo que habían sido en los años 1645-1672; por lo tanto, se redujeron los ingresos tributarios, se redujo la tropa y se debilitó el sistema defensivo de la ciudad. Este fue un factor estructural que contribuyó a la caída de Cartagena en 1697 cuando la capturó la flota al mando de Pointis, lo cual produjo posteriormente una severa crisis económica y demográfica en la ciudad.

¹⁰ Al respecto véase Adolfo Meisel Roca, “¿Situado o contrabando? La base económica de Cartagena de Indias y el Caribe neogranadino a fines del Siglo de las Luces”, en H. Calvo Stevenson y A. Meisel Roca (eds.) (2005), *Cartagena de Indias en el Siglo XVIII*, Cartagena: Banco de la República.

5. EMPRESARIOS

Hasta comienzos de la década de 1980 no había estudios sobre historia empresarial del Caribe colombiano. A partir de 1982, con la publicación de una investigación de Manuel Rodríguez y Jorge Restrepo sobre los empresarios extranjeros en Barranquilla en el siglo XIX, esa situación empezó a cambiar (Rodríguez y Restrepo, 1982). En los siguientes años hubo gran avidez por descubrir el pasado de las empresas y los empresarios del Caribe colombiano. Esos trabajos ayudaron a desempolvar y a poner en conocimiento de los académicos una gran cantidad de fuentes primarias sobre el tema que no se conocían hasta el momento. Mi interés en esta sección no es hacer un balance sobre los estudios de historia empresarial en el Caribe colombiano, sino relacionar esa literatura con uno de los temas más discutidos en la historiografía económica regional: las causas del atraso económico relativo de la Costa Caribe¹¹. Lo que quiero resaltar es que esa historiografía empresarial ha revelado la presencia en distintas épocas de empresarios con buen capital humano, habilidades para innovar, encontrar oportunidades y dispuestos a tomar riesgos. Es decir, si la región se rezagó, no fue por un cuello de botella en cuanto a la oferta de talento empresarial.

Dos libros publicados en los últimos años donde se puede constatar que hubo abundantes recursos empresariales en la Costa Caribe en la época republicana son los de María Teresa Ripoll (2007) y Joaquín Viloría (2014).

María Teresa Ripoll estudió cuatro familias de empresarios ligados a Cartagena: los Del Castillo, Martínez, Pombo y Vélez Danies. En todos los casos, pero especialmente en los trabajos sobre los Del Castillo y los Pombo, utilizó material primario que no se conocía hasta la fecha y estaba en manos de esas familias. En el caso de los Del Castillo, por ejemplo, tuvo acceso al archivo contable de la empresa Rafael del Castillo desde que se fundó en 1861. Sus estudios de caso se extienden entre finales del siglo XIX y comienzos del XX. En dos de los casos la actividad principal de los empresarios fue la ganadería (Vélez y Martínez), pero en los otros dos (Pombo y Del Castillo) fue el comercio, aunque en esa época estos últimos también exportaron ganado a Panamá y el Caribe.

El libro de Joaquín Viloría analizó la actividad empresarial en el antiguo departamento del Magdalena entre 1870 y 1930. Su territorio comprendía lo

¹¹ Para un balance sobre los estudios de historia empresarial de la Costa Caribe, véase Adolfo Meisel Roca, “Bajo del signo del cóndor: empresas y empresarios en el Caribe colombiano, 1982-2009”, en A. Meisel Roca (2011), *¿Por qué perdió la Costa Caribe el siglo XX? y otros ensayos*, Cartagena: Banco de la República.

que hoy son los departamentos de Cesar, La Guajira y el Magdalena. Este trabajo es de gran relevancia, pues la mayor parte de los estudios sobre historia económica y actividad empresarial en el Caribe colombiano se han concentrado en el territorio del antiguo departamento de Bolívar (Córdoba, Sucre, Bolívar y Atlántico).

Viloria ilustra cómo en el Magdalena hubo una gran continuidad, más que en el antiguo Bolívar, de familias españolas asentadas en Santa Marta desde el período colonial: De Mier, Díaz Granados, Abello, Obregón, entre otros. La fuente principal de acumulación de riqueza de esa élite era el comercio y la ganadería. Aunque algo menor, las exportaciones de café cultivado en la Sierra Nevada también se constituyeron en una fuente de negocios. Sin embargo, a fines del siglo XIX se presentó una gran oportunidad de acumulación con la expansión de las exportaciones de banano cultivado en tierras ubicadas entre Ciénaga y Fundación. La agricultura del banano se convirtió en las siguientes décadas en la fuente principal de riqueza de todo el norte del departamento. Todo esto, dentro de las profundas desigualdades en la propiedad de la tierra, que venían desde la época colonial.

6. CONCLUSIONES

En este trabajo hemos hecho un balance de la historiografía económica del Caribe colombiano en el período 1997-2007 a través de algunos de los principales libros publicados sobre el tema¹². De la revisión de esa bibliografía se pueden sacar varias conclusiones:

1. El avance en los estudios sobre historia económica de la Costa Caribe ha sido enorme tanto en la calidad como en la cantidad de estudios publicados. Ninguna región del país tuvo en el mismo período un avance comparable. Como resultado, la historiografía económica del Caribe colombiano es la más consolidada entre la de todas las regiones del país, incluyendo Antioquia, que hace unas tres décadas era considerada como la que tenía la historiografía regional más avanzada.
2. La mayoría de los aportes a la historiografía económica del Caribe colombiano se ha hecho por parte de investigadores colombianos y en especial por los oriundos de la misma región Caribe.

¹² Aunque hay aportes muy valiosos a la historiografía económica de la región que se publicaron en este período como artículos de revista, hemos decidido concentrarnos en los libros, pues de lo contrario la tarea hubiera resultado demasiado extensa. Sin embargo, hemos dado cuenta de algunos artículos que no parecen particularmente pertinentes para este balance.

3. Uno de los problemas a cuya respuesta ha contribuido la nueva historiografía económica del Caribe colombiano es el de las causas del rezago económico de la región con respecto a la zona central del país. En particular, se destacan dos factores como principales: el legado colonial y las limitaciones que impone la geografía física. En el legado colonial hay que incluir instituciones tales como la esclavitud y la hacienda, y su impacto de largo plazo a través de la persistencia de la mala distribución del capital humano, la tierra y las oportunidades. Con respecto a la geografía, autores como Eduardo Posada Carbó han resaltado las limitaciones que se desprenden del clima, el régimen de tierras, las lluvias, la calidad de los suelos, entre otras. Además, hay que señalar otros factores propuestos como determinantes del rezago económico costeño: la ‘enfermedad holandesa’ que produjo a comienzos del siglo XX el auge del café, los efectos del centralismo político y económico, y las políticas dirigidas a fomentar la industrialización por sustitución de importaciones (subsidios a la industria, política proteccionista, crédito subsidiado)¹³. De todos estos factores el que menos se ha estudiado de manera sistemática hasta la fecha es el de los efectos del centralismo, por ejemplo vía las menores inversiones públicas en la región en comparación con otras que tuvieron mayor influencia en la política económica.

Aunque los avances en los estudios sobre historia económica de la Costa Caribe colombiana en el período 1997-2017 han sido enormes, el crecimiento ha sido desigual y en algunos temas todavía hay muchos vacíos. Sin tratar de ser exhaustivos, mencionaré algunas áreas en las cuales me parece que faltan más trabajos. La hacienda ganadera ha sido desde tiempos coloniales una de las instituciones centrales de las zonas rurales del Caribe nuestro; sin embargo, hay pocos estudios de caso sobre haciendas de la región. Otro tema en el cual veo deficiencias es en el del desarrollo de los sistemas de transporte modernos: navegación a vapor por los ríos, ferrocarriles, inicios del transporte automotriz¹⁴. También, me parece que es necesario estudiar las finanzas públicas locales y la participación de la región en las finanzas públicas nacionales, sobre todo en la distribución de las inversiones. Por último, quiero

¹³ Para un análisis riguroso de los efectos negativos sobre la economía de la Costa Caribe de las políticas para fomentar la industrialización por sustitución de importaciones, véase Jorge García García, “De cómo el modelo económico colombiano impidió el desarrollo de las regiones atrasadas”, en J. García García (2008), *Ensayos sobre comercio exterior y desarrollo económico*, Cartagena: Banco de la República, Colección de Economía Regional.

¹⁴ Sobre los ferrocarriles cabe mencionar el libro de Juan Santiago Correa (2012), *Trenes y puertos en Colombia: el ferrocarril de Bolívar (1865-1941)*, Bogotá: CESA.

señalar que hay muy poco sobre la evolución de la calidad de vida (salud, educación, vivienda, servicios públicos) y sobre todo en comparación con la situación del resto del país y sus regiones más prósperas.

REFERENCIAS

- Abello Vives, A. (comp.) (2006). *Un Caribe sin plantación*, San Andrés: Universidad Nacional de Colombia, Observatorio del Caribe Colombiano.
- Bucheli, M. (2013). *Después de la hojarasca, United Fruit Company en Colombia*, Bogotá: Universidad de los Andes-Banco de la República.
- Brew, R. (1977). *El desarrollo económico de Antioquia desde la independencia hasta 1920*, Bogotá: Banco de la República.
- Blanco Romero, W. (2009). *Historia de El Carmen de Bolívar y su tabaco en los Montes de María. Siglos XVIII-XX*, Cartagena: Universidad de Cartagena.
- Correa, J. S. (2012). *Trenes y puertos en Colombia: el ferrocarril de Bolívar (1865-1941)*, Bogotá: CESA.
- Daza, V. (2009). *Los marqueses de Santa Coa: una historia económica del Caribe colombiano, 1750-1810*, Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- García García, J. (2008). *Ensayos sobre comercio exterior y desarrollo económico*, Cartagena: Banco de la República, Colección de Economía Regional.
- Herrera Ángel, M. (2002). *Ordenar para controlar, ordenamiento espacial y control político en las Llanuras del Caribe y los Andes Centrales Neogranadinos. Siglo XVIII*, Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia-Academia Colombiana de Historia.
- Jaramillo Uribe, J. (1982). “Visión sintética de la tarea investigativa desarrollada sobre la región antioqueña”, en *Los estudios regionales en Colombia: el caso de Antioquia*, Medellín: FAES.
- Meisel Roca, A. (2005). “¿Situado o contrabando? La base económica de Cartagena de Indias y el Caribe neogranadino a fines del Siglo de las Luces”, en *Cartagena de Indias en el Siglo XVIII*, Cartagena: Banco de la República, Cartagena.
- Meisel Roca, A. (2011). *¿Por qué perdió la Costa Caribe el siglo XX? y otros ensayos*, Cartagena: Banco de la República.
- Meisel Roca, A. (2016). “Cartagena de Indias y su tierra adentro a finales del siglo XVIII. Un análisis demográfico”, en *Cuadernos de historia económica y empresarial*, núm. 42, Centro de Estudios Económicos Regionales (CEER), Banco de la República, Cartagena.

- Melo, J. O. (ed.) (2010). *Escritos económicos, Antonio de Narváez-José Ignacio de Pombo*, Bogotá: Archivos de la Economía Nacional-Colección Bicentenario, Banco de la República.
- Miranda, A. (2016). “El *Packing House* de Coveñas. Avances y retrocesos de la industria ganadera en la Costa Caribe colombiana, 1910-1926”, en *Economía del Caribe colombiano y construcción de nación (1770-1930)*, Bogotá: Universidad Nacional, Instituto de Estudios Caribeños, Sede Caribe.
- Moya Pons, F. (2008). *Historia del Caribe, azúcar y plantaciones en el mundo atlántico*, Santo Domingo, República Dominicana: Editorial Búho.
- Ocampo, G. I. (2007). *La instauración de la ganadería en el valle del Sinú: la hacienda Marta Magdalena, 1881-1956*, Medellín: Editorial Universidad de Antioquia-ICANH.
- Ospina Vásquez, L. (1963). *El plan agrícola*, Medellín: Granamérica.
- Posada Carbó, E. (1998). *El Caribe colombiano: una historia regional (1870-1950)*, Bogotá: Banco de la República-El Áncora Editores.
- Ripoll, M. T. (2007). *Empresarios centenaristas en Cartagena, cuatro estudios de caso*, Cartagena: Ediciones Unitecnológica.
- Rodríguez, M.; Restrepo, J. (1982). “Los empresarios extranjeros de Barranquilla, 1820-1900”, *Desarrollo y Sociedad*, núm. 8, Uniandes, CEDE.
- Román Romero, R. (2016). *Economía del Caribe colombiano y construcción de nación (1770-1930)*, Bogotá: Universidad Nacional, Instituto de Estudios Caribeños, Sede Caribe.
- Romero Jaramillo, D. (1997). *Esclavitud en la Provincia de Santa Marta, 1791-1851*, Santa Marta: Instituto de Cultura y Turismo del Magdalena.
- Sánchez Hugues, R. (2015). “De arrojados a vecinos: reformismo borbónico e integración en las gobernaciones de Santa Marta y Cartagena, Nuevo Reino de Granada, 1740-1810”, *Revista de Indias*, vol. XXV, núm. 264.
- Serrano, J. M. (2004). *Fortificaciones y tropas. El gasto militar en Tierra Firme, 1700-1788*, Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Serrano, J. M. (2006). *Ejército y fiscalidad en Cartagena de Indias. Auge y declive en la segunda mitad del siglo XVII*, Bogotá: El Áncora Editores.
- Solano, S. P. (2010). “Del ‘antilatfundismo sociológico’ al revisionismo historiográfico. La ganadería en la historiografía sobre la región Caribe colombiana”, *Mundo agrario*, vol. 10, núm. 20, primer semestre.
- Van-Ausdal, S. (2009). “The Logic of Livestock: An Historical Geography of Cattle Ranching in Colombia, 1850-1950”, Ph.D. Dissertation, Geography, University of California, Berkeley, Fall.
- Viloria, J. (2014). *Empresarios del Caribe colombiano: historia económica y empresarial del Magdalena Grande y del Bajo Magdalena, 1870-1930*, Cartagena: Banco de la República, Colección de Economía Regional.

**LA RECIENTE HISTORIOGRAFÍA SOCIAL
SOBRE EL CARIBE COLOMBIANO: LOGROS,
LIMITACIONES Y POSIBILIDADES**

Roicer Flórez Bolívar
Sergio Paolo Solano D.

En 1994 Adolfo Meisel Roca coordinó un libro sobre la historia económica y social del Caribe colombiano con el objetivo de presentar visiones panorámicas del pasado de la región, en concordancia con la historiografía existente en ese momento y con los intereses investigativos de los autores invitados. El período colonial lo encargó a los historiadores María Borrego Plá (siglos XVI-XVII) y Alfonso Múnera (siglo XVIII). La primera ofreció un trabajo de síntesis sobre la economía y la sociedad de las gobernaciones de Santa Marta, Cartagena y parte de la de Panamá durante el período de los Habsburgos. Analizó los grupos étnicos (blancos, indios y negros), las actividades económicas (agropecuarias, comercio, transporte, extractivas) y la estructura social de la época. Este último aspecto lo presentó a través de las denominadas ‘república de blancos’, ‘república de indios’, y lo que llamó “el incierto ámbito de la negritud”, para referirse tanto a la población esclava como a las variadas formas de mestizaje en las que participaron los negros, indios y blancos. Borrego también diseccionó a la sociedad en sus diversos estratos socio-ocupacionales. El resultado fue, como lo indica el título del ensayo, un análisis sobre la formación de una sociedad mayoritariamente mestiza, tanto por las mezclas raciales como por las hibridaciones culturales (Borrego, 1994).

La perspectiva de Múnera fue diferente. Por ese entonces, el siglo XVIII había atraído a historiadores españoles y anglosajones interesados en algunos aspectos del comercio, el contrabando, el ejército y las milicias, la esclavitud, los palenques y el mestizaje, mientras que historiadores colombianos se estaban encargando del tema del poblamiento del territorio en las provincias del Caribe neogranadino y la hacienda ganadera, y habían pintado una que otra imagen impresionista sobre algunos elementos de la sociedad y la cultura regional. Su argumento central es que el contrabando y la escasa presencia del Estado colonial originaron el predominio de unas relaciones sociales flexibles y las características culturales de la región: desorden social y resistencia cultural. Las haciendas ganaderas y de caña de azúcar que trabajaban con mano de obra esclava también las explica por el comercio ilícito. Ese escaso o nulo control de las instituciones sobre la vida social fue suplida por la presencia de personajes con gran ascendencia dentro de la sociedad, preanuncio de lo que luego serían los caudillos del siglo XIX (Múnera, 1994).

El tiempo comprendido entre 1850 y 1950 fue encargado a Eduardo Posada, quien recogió de Orlando Fals Borda la idea del “relajamiento de las relaciones sociales” y el escaso control de las instituciones —Estado e Iglesia— sobre unos habitantes que vivían de forma autónoma gracias a que accedían a recursos como la tierra, el ganado cimarrón y la pesca. Según Posada, “esa independencia iba acompañada por un sentimiento de igualdad —y una resistencia a toda subordinación— que matizaba las jerarquías”, mundo que fue transformado por la ampliación de la economía de mercado, lo cual limitó el libre acceso a los recursos naturales. Cambiaron las relaciones sociales y se abrió paso el trabajo asalariado. Tanto el campo como la ciudad sufrieron el alto costo de la mano de obra determinado por la escasa población. Y el incipiente sector industrial urbano, la economía de enclave y la agroindustria tuvieron que afrontar la prolongación de las atávicas formas de resistencia a la subordinación, las cuales se canalizaron a través de un sindicalismo influido por ideologías revolucionarias y por un liberalismo de corte popular (Posada, 1994).

Un cuarto de siglo más tarde de la publicación de esos ensayos la historiografía social sobre el Caribe colombiano ha crecido en diversidad y profundidad de los temas tratados, las interpretaciones se han renovado sin que hasta el momento se pueda considerar que alguna logre la condición de explicación definitiva. Nuevas preguntas, novedosas hipótesis, la inserción de las investigaciones en los debates historiográficos internacionales y la exploración de nuevas fuentes documentales están permitiendo revisitar de manera continua algunos asuntos examinados en años recientes, y también abrir nuevos campos de investigación. Con relación al período colonial, esta renovación es evidente en los estudios acerca de los distintos grupos sociales de las sociedades urbanas, como también sobre las relaciones sociales en el campo, los indígenas, y, asimismo, en lo relativo al poblamiento disperso y semidiserso en el mundo rural, incluyendo a los palenques de esclavos cimarrones. Y para los siglos XIX y XX, a los estudios sobre las élites empresariales, se han agregado los dedicados a artesanos y trabajadores en general, los estilos de vida de corte estamental, los procesos de manumisiones de la esclavitud, el faccionalismo político, las guerras y el papel desempeñado por la Iglesia en la vida política regional, las mujeres, las relaciones sociolaborales en ciertas actividades económicas como la ganadería, y se han renovado las investigaciones sobre las protestas sociales urbanas de comienzos del siglo XX. Se está explorando tanto la cultura política de los distintos actores sociales, como la cultura y las identidades de los habitantes de la región, la educación y la historia intelectual (algunos balances historiográficos sobre diversos temas pueden verse en: Ausdal, 2008; Flórez y Álvarez, 2011; Marrugo, 2014; Meisel, 1991, 1997,

2013, 2017; Múnera, 2005, 2010; Polo, 2006a; Ripoll, 1998, 2013; Saether, 2010; Sánchez, 2006; Sánchez y Santos, 2010; Solano, 2010b, 2013a; Suárez, 2008; Tovar, 1998; Uribe, 2012).

El anterior listado, que no pretende agotar la agenda de las investigaciones, muestra la diversidad de temas que forman parte del indeterminado dominio de la historia social. Ateniéndonos a la exigencia de los organizadores del seminario para que evaluáramos la historiografía social de los últimos treinta años, y ante la amplitud del objeto de la historia social, hemos acordado solo referirnos a algunos estudios dedicados a los grupos humanos en sus diferentes escalas (familia, géneros y grupos sociales desde las perspectivas de lo racial, ocupacional, estamental y de clases sociales), las relaciones que entablan y los conflictos que viven entre sí y con las diversas formas del poder. Hemos escogido estos temas porque han producido un corpus bibliográfico de alguna proporción y suscitado algunas discusiones, o porque al menos han abierto algunas sendas que consideramos promisorias para el desarrollo de las investigaciones. En consecuencia, la producción historiográfica sobre música y fiestas (existen algunos balances de la producción bibliográfica sobre la música: Nieves, 2006; Ochoa, 2001; Ospina, 2013; Santamaría, 2009), educación, salud, memoria colectiva, identidades y contraidentidades, entre otras, la dejaremos a un lado, sin ello indicar que carezca de importancia. Como sucede con todo balance historiográfico, los autores expresamos nuestros puntos de vista teniendo como referencia las historiografías de otras latitudes y los énfasis de nuestras propias investigaciones.

En términos generales, y pasando por encima de la división de la historia entre Colonia y República, el ensayo está organizado en temas centrados en los grupos sociales, sus relaciones con las distintas formas de poder en el mundo urbano colonial, como también en la configuración socio-racial de las sociedades urbanas y del mundo rural. Nos ocupamos de ocho aspectos que sobresalen en la historiografía social del Caribe colombiano. El primero es el de las élites y sus vínculos con las instituciones durante la Colonia y el siglo XIX. Luego seguimos con los esclavos, palenques y las características socio-raciales de la sociedad durante la Colonia. El tercer aparte está consagrado a la historiografía relativa al mundo rural, a los ‘arrochelados’. El cuarto lo dedicamos a la historiografía sobre los subalternos urbanos, concentrándonos en el tratamiento dado a los temas de las milicias y la participación en la independencia. Proseguimos con los subalternos libres bajo la República, sus estrategias de supervivencia, la ciudadanía, los estilos de vida y la movilidad social. Trabajo, protestas, raza y estilos de vida constituyen el sexto aparte. Mujeres y familia el séptimo. El octavo está consagrado a ciudad, turismo e imaginarios sociales y raciales en la Cartagena del siglo XX. Y por

último, algunas reflexiones las dedicamos a las limitaciones, vacíos y posibilidades de la historiografía.

1. ÉLITES, SOCIEDAD Y PODER EN EL MUNDO URBANO DURANTE LA COLONIA Y EL SIGLO XIX

Sobre las élites coloniales los estudios han tenido dos énfasis: el primero se centró en el análisis de los factores de la riqueza y de ello han derivado breves referencias a la vida social. A estas explicaciones del ordenamiento social con base en los llamados elementos estructurales (actividades económicas, relaciones de propiedad, ocupaciones, riqueza), en los últimos veinte años, se les han sumado interpretaciones que enfatizan los aspectos socio-raciales y estamentales; es decir, estudios de la sociedad como un orden establecido con base en criterios de limpieza de sangre, fenotipos y color de piel, así como de privilegios distribuidos en forma asimétrica entre los distintos grupos socio-raciales, ordenamiento establecido y perpetuado desde el poder y asimilado como un hecho natural por las diversas franjas de la sociedad. Así se ha enriquecido el análisis del estatus social de las élites. Aunque el poder constituye una variable clave para entender la organización social, es poco lo que conocemos sobre sus características y su funcionamiento, lo sabido se refiere a algunos tópicos puntuales de las instituciones que existían en las capitales provinciales (Cartagena, Santa Marta y Panamá). Sus condiciones de plazas fuertes, centros comerciales y administrativos, y de cabezas de la Iglesia, dieron origen a tres ejes institucionales: la alta oficialidad del ejército y el gobernador escogido entre los oficiales de la infantería y de la marina; el cabildo como representación de los vecinos notables; el obispado, el cabildo eclesiástico, la Inquisición —en el caso de Cartagena— y las congregaciones religiosas.

Élites coloniales que se renuevan. Ahora bien: el que no contemos con estudios sobre las instituciones políticas y las formas de poder social, no niega el hecho evidente de que, por la misma naturaleza de la sociedad, esas instituciones eran controladas por personas y familias de las élites. Aun así, son desiguales en número y temas tratados los estudios sobre las élites de las principales ciudades y villas de las tres provincias que formaban lo que hoy llamamos el Caribe neogranadino. Sobre la élite de Santa Marta poco conocemos, aparte del revelador estudio de Steinar Saether, quien, con base en los libros eclesiásticos de matrimonios de blancos en el último cuarto del siglo XVIII, ha sugerido que el sector más encumbrado de la élite de esa ciudad se había originado desde la Conquista, los primeros encomenderos y primeros

gobernadores de la ciudad y provincia, que lograron sobrevivir y perpetuarse gracias a alianzas matrimoniales (Saether, 2005). Más allá de la ausencia de estudios sobre los siglos XVI y XVII que permitan constatar la aseveración de Saether, como también independientemente del error de colocar conquista y encomienda como procesos coetáneos, la importancia de su trabajo estriba en analizar aspectos de la vida social de la élite acudiendo a los vínculos matrimoniales para mostrar que hubo tendencia a enlaces endogámicos entre miembros de las familias prestantes originadas en el siglo XVII. El prolongado estancamiento en todos los órdenes que vivió Santa Marta, haciéndola poco atractiva para los intereses de los comerciantes españoles, es posible que diera mayor estabilidad a la élite que vivía de los cargos públicos, encomiendas de indios, contrabando y tierras. Su renovación solo empezó a darse luego de la promulgación del estatuto de libre comercio de 1778, que llevó a comerciantes españoles, algunos de ellos catalanes, a esa ciudad.

Frente a un mito político convertido en estereotipo historiográfico que considera que durante la Colonia las élites dominantes siempre las firmaron las mismas familias, ahora estamos en mejores condiciones para observar que, al igual que en el resto de Hispanoamérica, durante el período colonial en Cartagena y Mompox ese sector social vivió continuos cambios de las familias que las integraban, las cuales en término medio no lograron estabilizarse por más de dos o tres generaciones. Quizá se pueda contraargumentar que esa renovación y recomposición de las élites siempre se daba con base en un mismo molde, el del ideal señorial basado en la limpieza de sangre, la hidalguía, la concentración de la riqueza, del poder y sus coetáneos privilegios. Pero una interpretación de esta naturaleza pasa por encima de muchos detalles de interés que se evidencian cuando abocamos el estudio de las élites en una dimensión relacional que obliga a transitar de las imágenes generales a los estudios micro que resaltan, por ejemplo, el papel de la familia de la élite en la construcción de formas de poder social a partir de la urdimbre de los tejidos sociales y políticos que construyeron. Asimismo, hace caso omiso de los conflictos entre familias y facciones que muchas veces ayudan a iluminar de mejor forma determinados hechos históricos.

En el caso de Cartagena de Indias esos cambios estuvieron en concordancia con los ciclos de la economía imperial y local, las relaciones interimperiales, las necesidades de la defensa militar, el agotamiento de algunos sectores, los vínculos con los comerciantes de Sevilla y Cádiz, el aprovechamiento de algunas coyunturas políticas por individuos que supieron insertarse en las redes sociales y políticas existentes o porque crearon unas nuevas. En efecto, diversos estudios han revelado que desde los albores de la Conquista y durante el siglo XVI en aquella ciudad se constituyó un grupo social de poder ligado

a la expoliación de los metales preciosos de los indios, el acaparamiento de la mano de obra, grupo que concentró para sus familias el prestigio de conquistador benemérito, la trata negrera y el usufructo de los cargos de las ciudades y villas. A finales de ese siglo un nuevo sector empezó a acceder a la tierra como factor de prestigio, valiéndose del dominio que tenían sobre el cabildo, institución a la que competía otorgar mercedes territoriales (Borrego, 1991, 1997, 2005a, 2005b; Meisel, 1988; Tovar, 1980), como también apoyándose en las funciones que desempeñaban en la defensa militar contra negros cimarrones, indios y enemigos externos. Este sector de propietarios de la tierra y usufructuarios de la mano de obra de indios a través del sistema de las encomiendas (Blanco, 2011-2014; Luna, 1993; Ruiz, 1995, 1996) prolongó su dominio sobre las instituciones hasta las postrimerías del siglo XVII, originando la formación de una oligarquía que concentró los principales cargos de administración de la República y desarrolló ciertas formas de venalidad para favorecer sus intereses y perpetuarse (Borrego, 1991, 1997, 2005a, 2005b; Gómez, 2009; Navarro, 1981; Ruiz, 1995, 2002, 2004a, 2007c, 2009, 2013).

La constatación de esa movilidad puede permitir construir un esquema — con todo lo limitado que esto implica— acerca de cómo se fue construyendo y las modificaciones que sufrió el ideal de la familia prestante que formaba parte de las élites, condición que estaba erigida sobre la categoría de hidalguía, pero otros elementos la fueron modificando. A la idea de una especie de señores de la guerra que dominaron a la población indígena, luego se le sumó la del señorío de los encomenderos que se desdoblaban en comerciantes gracias a los excedentes agrícolas producidos por los indios encomendados. Y más tarde la de propietarios de la tierra y de esclavos que dominaban la administración de ciudades y villas. Podemos hallar combinaciones entre estas etapas. Durante esas fases los comerciantes ligados a la trata negrera habían logrado alcanzar una ubicación de primer plano en el ápice de la sociedad, como lo demuestra el estudio de Julián Ruiz Rivera sobre la composición del Cabildo de Cartagena en el siglo XVII y el peso que en él y en la sociedad tuvieron algunos traficantes portugueses, y los Vanquésel, de ascendencia flamenca (Ruiz, 2004a, 2004b, 2005a, 2009). Las investigaciones también comprueban la condición cosmopolita de la élite de Cartagena en los siglos XVI y XVII, formada por hombres procedentes de diversas geografías (portugueses, genoveses, flamencos, italianos y franceses), lo cual era expresión de las características que tuvo el Imperio español hasta la guerra de Sucesión de comienzos del siglo XVIII, cuando España empezó a perder protagonismo en Europa e intentó restringir al máximo la presencia de foráneos en sus dominios. En su estudio sobre la hueste de Pedro de Heredia, Carmen Gómez Pérez mostró que desde muy temprano los portugueses hicieron presencia en esa ciudad

(Gómez, 1984). Luego, el comercio de mercaderías y esclavos continuó atrayendo a hombres de diversas partes del Imperio español. Enriqueta Vila Vilar, Antonino Vidal, Julián Ruiz Rivera y otros historiadores se han referido a la movilidad de los grupos de comerciantes de distintas ‘nacionalidades’ en la ciudad. La salida de los lusitanos en 1640 tuvo implicaciones en la renovación de la élite y en las relaciones con el poder representado en el cabildo (Ruiz, 2002, 2004a, 2004b, 2005a, 2007b, 2009; Vidal, 2002; Vila, 1979).

Las indagaciones respecto a las familias de judíos conversos de los siglos XVI y XVII —en su mayoría portugueses y casi todos negociantes— que han explorado las fuentes inquisitoriales (Escobar, 2002, 2011; Moreno, 2018; Navarrete, 2010, 2011b; Ruiz, 2002; Splendiani, 2011; Tejado, 1950; Vila, 1979), señalan la existencia de una dualidad de las actitudes frente a estos extranjeros, pues al tiempo que se les reconocía como parte del patriciado de la ciudad y como un grupo que prestaba servicios a la corona, vivían bajo la continua sospecha de ser judíos contrarios al credo católico. Aliza Moreno Goldschmidt ha publicado un detallado análisis sobre los judíos conversos en Cartagena entre finales del siglo XVI y mediados del XVII. Cómo funcionaba una sociedad que de antemano establecía quiénes la integraban y quiénes quedaban al margen, es una pregunta que subyace en la investigación de Moreno Goldschmidt. La autora señala la existencia de una especie de confluencia entre una sociedad permeable a la presencia de ciertos núcleos de extranjeros de acuerdo con sus capacidades económicas, y sus esfuerzos por integrarse de la mejor manera posible a los diversos aspectos de la vida social. Por tanto, a su parecer, no existe una respuesta general de antemano acerca de la actitud de las autoridades y la sociedad cartagenera frente a los judíos conversos, y solo razones de la política imperial explican que la Cartagena de mediados del siglo XVII se cerrara frente a los foráneos (Moreno, 2018). Varios estudios han indicado que la expulsión de los portugueses de Cartagena en 1640 tuvo efectos depresivos sobre la economía de la ciudad, la que hasta cierto punto dependía del tráfico de esclavos en manos de los lusitanos (Ruiz, 2002).

También se reconoce que la salida de estos creó las condiciones para la renovación de la élite. Las investigaciones de Juan Marchena sobre las necesidades de la defensa militar de los ataques enemigos en el tránsito entre los siglos XVII y XVIII, que llevó a la creación de un pie de fuerza militar profesional y a mayores necesidades de abasto para una población creciente, indican que la alta oficialidad militar empezó a tener un protagonismo social y político de primer orden (Marchena, 1982). Según Carmen Gómez Pérez, la creación de un batallón de infantería de pie fijo a comienzos del siglo XVIII, luego de la toma de la ciudad por el barón de Pointis en 1697, y la expedición

al Darién para expulsar a los escoceses, permitieron que la alta oficialidad llegada de España se integrara a la élite y los comerciantes reforzaron su posición en la sociedad, pues ambas expediciones militares fueron financiadas por los traficantes de Sevilla. Oficiales militares y comerciantes, en su mayoría de origen andaluz, se entroncaron con las familias criollas de los beneméritos de la tierra —propietarias de esclavos, ganados y el comercio de la producción agrícola en las encomiendas y que concentraban el prestigio social— (Gómez, 1985).

Mientras que para Carmen Gómez Pérez y otros historiadores las élites de Cartagena de Indias deben verse como un grupo homogéneo debido a que los vínculos económicos, sociales y familiares que establecieron impiden un análisis diseccionado (Gómez, 1985), para María T. Ripoll es necesario ver la existencia de estratos determinados tanto por los ciclos económicos del imperio, como por algunas coyunturas locales y por las especificidades que tomó en Hispanoamérica el aclimatar los intentos de trasladar algunos elementos del modelo señorial español. Ripoll le concede importancia a la formación de una especie de nobleza criolla ligada a títulos nobiliarios, posesión de tierras, esclavos y concentración del poder. Algunas familias compraron vínculos de mayorazgo para alcanzar títulos de marqueses y condes, y otras formaron parte de lo que Guillermo Lohmann Villena llamó “otra forma de nobleza” (Lohmann, 1990), mediante el acceso a los hábitos de órdenes militares (caballeros de Santiago, Calatrava, Alcántara, Carlos III). Y la existencia de esas franjas tenía sus implicaciones en la vida social y política de la ciudad, como, por ejemplo, usufructo de privilegios en el abasto, relaciones con las autoridades centrales del virreinato, jurisdicciones judiciales que las cobijaban y otras. Las familias con títulos de nobleza concentraban la propiedad de la tierra, la producción de caña con base en el trabajo de esclavos, la ganadería y el comercio, aunque no todas se dedicaban al comercio transatlántico. A diferencia de los comerciantes que realizaban esas transacciones a gran escala, sector que vivió una constante renovación, aquellas familias provenían del siglo XVII y constituyeron una especie de plataforma de entronques familiares para los comerciantes españoles. Aunque fue un sector pequeño, si se compara con las familias de Nueva España o del Perú que tenían títulos de nobleza, su importancia radicó en las preeminencias que disfrutaban y el hecho de que durante la segunda mitad del siglo XVIII buena parte de los virreyes transcurrieron sus períodos de gobiernos en Cartagena, lo cual daba pie al desarrollo de prácticas cortesanas (Ripoll, 2006).

Varios estudios concuerdan en señalar que durante esa segunda mitad del último siglo de dominio colonial se intensificó la renovación de la élite de Cartagena. Para María T. Ripoll, durante ese tiempo el sector de hacendados,

algunos con títulos de nobleza, fue perdiendo la preeminencia social debido al ascenso de los comerciantes, quienes disfrutaban de las prerrogativas de ser los intermediarios del monopolio de España en el comercio con sus colonias. Onerosas cargas impositivas sobre la propiedad raíz, leyes de herencia y reparto de propiedades entre los herederos, emigración de estos, una mentalidad tradicional en las inversiones y el miedo a la innovación y el consumo suntuario, son algunos factores señalados por Ripoll como causales de la decadencia ocurrida en la franja noble de la élite social (Ripoll, 2006), idea que también es demostrada por Vladimir Daza en su análisis sobre los efectos de la repartición de la herencia por parte del marquesado de Santa Coa (Daza, 2009).

También incidió el hecho de que para finales de siglo la diferencia entre hacendados-comerciantes ennoblecidos y comerciantes empezó a revertirse gracias a enlaces matrimoniales y a que estos últimos empezaron a invertir en tierras y ganadería (Ripoll, 2006), tesis que había sido insinuada por Hermes Tovar, Adolfo Meisel Roca y Carmen Gómez Pérez (Gómez, 1985; Meisel, 1988; Tovar, 1980), y fue desarrollada por Vladimir Daza en su investigación sobre el marquesado de Santa Coa, en la cual argumenta que esta familia, con mayorazgo y títulos nobiliarios, propietaria de grandes extensiones de tierras, hatos de ganado y esclavos, debía más su riqueza al tráfico comercial y a los vínculos con las instituciones de la época que a las tierras, aunque estas sirvieran para establecer los vínculos de mayorazgo, base de la petición de títulos de nobleza (Daza, 2009).

Lo cierto es que el sector de los comerciantes cambiaba con alguna frecuencia, mientras que los propietarios de la tierra, ganados y esclavos eran más estables en la provincia. René de la Pedraja Tomán comparó los listados de grandes comerciantes correspondientes a los años 1785, 1789 y 1805, y lo mismo hizo Anthony McFarlane con relación a los años 1771, 1780, 1786, 1789-1791, 1795 y 1808, constatando ambos la movilidad de este sector social (McFarlane, 1971-1972, 1983, 1997; Pedraja, 1976, 1979). Según Ripoll, la estabilización de un sector de comerciantes se debió al reglamento de libre comercio, pues creó condiciones propicias para que emigraran con sus dependientes españoles desde Cádiz, Sevilla y otras áreas de España a Cartagena de Indias. También llegaron comerciantes catalanes, los que, aunque produjeron alguna movilidad, no lograron desajustar a ese sector social (Ripoll, 2006). Esta historiadora demuestra que buena parte de las familias de la élite a finales de ese siglo prolongaron su existencia y dominio durante el siglo XIX, lo que está en contravía de la idea que acusaba la crisis de la ciudad durante buena parte de ese siglo a la total desaparición de la élite a finales del período colonial, durante el conflicto de la independencia, produciéndose una completa renovación durante el primer siglo de vida republicana (Ripoll, 2006).

Por nuestra parte hemos reconstruido listados de comerciantes y mercaderes de Cartagena correspondientes a los años 1756-1757, 1759-1760, 1773-1777, 1784-1787, 1789-1791, 1792-1795, 1796-1797, 1802, 1805 y 1818, gracias a la información contenida en documentos de archivos relativos a comerciantes exonerados de las milicias, firmas de solicitudes que elevaron ante las autoridades, poderes colectivos concedidos para pleitear beneficios y derechos, listas de los comerciantes dedicados al comercio con España, censo de población, préstamos y donativos que daban a la corona, deudores de derechos de aduana, padrones de comerciantes y sus dependientes y los registros de salida de España que aparecen en las secciones Contratación-Pasajeros a Indias y Juzgado de Arribada, del Archivo General de Indias. Los datos relativos a esos 62 años registran en Cartagena la presencia de 330 comerciantes, en su mayoría españoles, y 179 mercaderes. En los listados se observa que hubo tres ciclos de remozamiento de ese sector social. Una fase va desde mediados del siglo XVIII hasta la expedición del reglamento de libre comercio (1778), la cual coincidió con el inicio de la guerra contra Inglaterra (1778-1783), conflagración que marcó una caída del tráfico y obligó a muchos a cerrar negocios y retornar a España. Así, la información referida a los años 1784-1787 muestra que disminuyó el total de comerciantes con relación a los de 1773-1777, solo perviviendo cinco de los que existían en los años anteriores a la firma de la paz con los ingleses (1783). Para los años 1789-1791 en adelante, el total de comerciantes creció como resultado del reglamento de libre comercio y por la normalización del tráfico mercantil que siguió a la mencionada guerra, renovándose con el arribo de nuevos traficantes. Este incremento se mantuvo hasta que empezó un nuevo ciclo de guerras con Inglaterra (1796-1802, 1804-1808), pasándose de cinco a seis decenas antes de esas guerras, a tres decenas en 1802 y un poco menos de dos decenas en 1805. Total, a finales del siglo XVIII no existía ninguno de los 72 comerciantes nuevos correspondientes a los años 1756-1774, y en 1802 solo se mantenía un total de 9 comerciantes de los 159 que habían abierto negocios entre 1784-1789 y 1796-1797. Algo parecido sucedió con los mercaderes (Solano, 2018c).

Los estudios acerca de las élites coloniales permiten aseverar que, si se les sigue la pista a los apellidos de la mayoría de los hombres que en diversos momentos formaron parte de la élite económica de Cartagena, por ejemplo, salta a la vista su rápida desaparición del escenario social, su falta de continuidad. Las razones eran múltiples: venir a Cartagena de Indias con el propósito de hacer alguna riqueza para luego retornar a España; emigrar a otras poblaciones y provincias; falta de herederos; ingreso de los hijos a órdenes religiosas; repartición de fortunas por entrega de dote a las mujeres, entre herederos y acreedores; quiebras y ruinas; malversación de las dotes matrimoniales de las mujeres.

Esta renovación de la élite de Cartagena durante los tres siglos de dominio colonial tuvo sus secuelas económicas, sociales y políticas en la configuración de la sociedad de esa época. En lo económico implicaba que los factores claves del mundo de la riqueza material —circuitos mercantiles, posesiones de esclavos, tierras, propiedades inmuebles urbanas— circulaban con cierta rapidez al compás de los ciclos del comercio imperial y las políticas económicas de la corona española, como también por la presencia, enriquecimiento, quiebras y partida de comerciantes que siempre optaron por la condición de ser residentes y no vecinos debido a los privilegios que les otorgaba estar inscritos en el comercio de España y no en la Nueva Granada.

En lo social generó una situación hasta cierto punto contradictoria, pues si para las familias de la élite criolla la continua llegada de comerciantes españoles ampliaba la oferta de candidatos a enlaces matrimoniales, al mismo tiempo arrojaba sombras de dudas sobre las ascendencias de esos recién llegados, y, por tanto, perpetuaba entre algunos sectores de la élite la mentalidad de familias beneméritas en contraste con las advenedizas. En efecto, al igual que algunos funcionarios y oficiales militares españoles, los comerciantes de la segunda mitad del siglo XVIII que lograron perpetuarse durante dos o tres generaciones en parte lo debieron a sus entronques matrimoniales con familias criollas notables que habían tenido mujeres casaderas que ofrecer, al igual que riquezas representadas en tierras, esclavos, ganados y bienes raíces urbanos, al tiempo que controlaban cargos importantes en la administración de la ciudad y de sus instituciones. Quizá estudios que profundicen en estos aspectos corroboren la hipótesis de que durante la segunda mitad del siglo XVIII las familias criollas notables y ligadas a la tierra, descritas en 1748 por Jorge Juan y Antonio de Ulloa (Juan y Ulloa, 1748), operaron como una especie de matriz de reproducción del orden social y los valores sociales. Entonces, la ascendencia materna y el matrimonio constituyeron caminos expeditos para permanecer como familia notable, idea expuesta por Vladimir Daza a propósito del primer marqués de Santa Coa, por María T. Ripoll y por Miguel Suárez Araméndiz (Daza, 2009; Ripoll, 2006; Suárez, 2008). Adolfo Meisel Roca, María T. Ripoll y Justo Cuño han presentado estudios de casos sobre algunas familias de poder en la Cartagena del tránsito entre los siglos XVIII y XIX, que corroboran esta afirmación (Cuño, 2009; Meisel, 2005; Ripoll, 2006), lo que también puede verse en las reconstrucciones genealógicas realizadas por Pastor Restrepo (Restrepo, 1993). Algo parecido ha hecho Suárez Araméndiz en un balance historiográfico sobre familias notables e independencia en el Caribe neogranadino en que reclama la necesidad de aplicar con mayor detenimiento el modelo de las redes sociales para comprender de mejor forma la participación de ese sector social en las luchas por la independencia

(Suárez, 2008). Sin embargo, las familias a las que se han referido Meisel Roca y Ripoll hicieron presencia en la ciudad solo a partir del último tercio del siglo XVIII, mientras que, con contadas excepciones, a las de los dos primeros tercios de esa centuria muy difícilmente se les puede seguir el rastro de las actividades económicas de sus descendientes.

Y en lo político hubo conflictos entre los comerciantes avecindados en Cartagena y los que solo se consideraban residentes y cobijados por la jurisdicción del Consulado de Cádiz. Además, los primeros se resistían a ocupar regidurías en el cabildo y a desempeñar los “oficios de la república” (alcaldías, procuraduría y demás). Aún no está suficientemente estudiado si la línea divisoria que determinaba estos conflictos diferenciaba a peninsulares de criollos. Justo Cuño los ha presentado como expresión de continuas desavenencias entre comerciantes españoles y comerciantes criollos, viendo en estos últimos a los portadores de expresiones de una conciencia protoamericana (Cuño, 2009; 2017). Se trata de una confusión, pues la línea divisoria no pasaba entre españoles y americanos, sino entre comerciantes españoles residentes en Cartagena y comerciantes avecindados en esta ciudad, muchos de estos de origen español, y las jurisdicciones bajo las cuales estaban cobijados, lo que determinaba prerrogativas distintas.

Élites y poder colonial. Sin que se haya convertido en un objeto autónomo de estudio, varias publicaciones se han referido a las relaciones entre las instituciones y la sociedad, concentrándose las miradas de los historiadores en el análisis de las disputas jurisdiccionales entre las instituciones, choques que podían expresar conflictos entre distintas franjas de la sociedad, o entre estas con aquellas por considerar lesivas algunas decisiones gubernamentales.

En el plano institucional, la consecuencia de la creciente necesidad de defender y fortalecer la oficialidad militar en Cartagena fue la dependencia de la ciudad del gobernador, así como las decisiones de las autoridades de Madrid, lo que ocurrió en desmedro de las atribuciones del cabildo (Ruiz, 2007a, 2007b). Los conflictos jurisdiccionales se debían a que el sistema de la administración colonial y los altos cargos de ejercicio personal estaban diseñados para que las distintas jurisdicciones se vigilaran unas a otras, lo cual terminaba ocasionando colisiones. Estos conflictos podían coaligar a varias instituciones y sectores sociales, y sus resultados iban a depender de qué tan alto llegaban en las jerarquías de poder del virreinato y de la corona. Por ejemplo, las quejas de españoles y criollos contra los portugueses, que terminaron por involucrar a la Inquisición, solo tuvieron eco a partir del momento en que se tensionaron las relaciones entre España y Portugal, las cuales en 1640 terminaron con la separación entre las dos coronas y para los portugueses, con su expulsión de Cartagena y de todo el Imperio español. En

ese momento todos los sectores colocaron en sus miras a los portugueses y se acentuaron las acusaciones de ser adscritos a la religión judía. Antes de esto, varios comerciantes de esta nacionalidad habían sido enjuiciados por la Inquisición sin que ello menoscabara la prestancia social y el poder político del que disfrutaban.

Julián Ruiz Rivera es quien más lejos ha ido en el estudio de los entronques entre la élite (incluyendo a los extranjeros) y el poder en la Cartagena de los siglos XVI y XVII. Analizó la composición del cabildo mediante la reconstrucción de listados de sus integrantes, las formas como accedían a los cargos de regidores (elección, compra y designación), el tiempo que duraban en el ejercicio de las funciones de cabildantes, su condición social, mostrando que en las regidurías hicieron presencia individuos de diversas procedencias geográficas y con distintas ocupaciones económicas. Hasta un poco más allá de mediados del siglo XVII el cabildo estuvo en manos de los encomenderos y los beneméritos de la tierra y algunos descendientes. Pero al establecer la venta de las regidurías potencialmente se abrió las puertas del cabildo a quienes cumplieran con los requisitos establecidos y podían comprar los cargos, situación que estaba en relación, por una parte, con las necesidades pecuniarias de la corona, y, por otra, con el ascenso de los comerciantes que se habían convertido en prestamistas y donantes de dineros a la monarquía (Ruiz, 2007b, 2009).

Al centrarse en las compras de las regidurías, Ruiz Rivera establece dos períodos a lo largo del siglo XVII. Durante la primera mitad un núcleo de cabildantes formado por criollos y extranjeros controló todos los resortes del poder municipal y logró resistir, y algunas veces salir airoso, en sus disputas con los gobernadores de la plaza y provincia. Pero en la segunda mitad de ese siglo decayó el valor de la venta de los cargos de cabildantes, y la tendencia predominante fue la de los regidores ‘cadañeros’, es decir, escogidos para desempeñar el cargo solo por un año. Una de las constantes más persistente en la vida administrativa de Cartagena era la renuencia de los notables a formar parte del cabildo, lo cual parece desmentir la idea corriente de que estos se desvivían por controlar la administración de la ciudad, actitud que puede indicar el lograr ejercer ese control por otros medios. Esa resistencia creaba espacios que eran copados por algunas personas y familias interesadas en hacer de los cargos de la administración municipal una palanca para conseguir prebendas y reconocimientos (Ruiz, 2007b, 2009).

Anthony McFarlane ha desentrañado algunos aspectos del funcionamiento de las instituciones —vínculos entre estas y los grupos sociales, relaciones interinstitucionales y sus conflictos— a finales del dominio de los Habsburgos. Su investigación sobre las disputas en el interior de las autoridades y

la élite de Cartagena en torno a si se debía negociar con los palenques y cimarrones —como lo mandaba una disposición real de 1692— o aplicar una política militar que los liquidara, abre una ventana para ver el funcionamiento de las instituciones locales entre los siglos XVII y XVIII. En su análisis, las querrelas entre las distintas jurisdicciones —gobernador, teniente del gobernador, cabildo, oficialidad militar— reflejaban dos hechos intrínsecos a la naturaleza de las instituciones del período: por una parte, debido a la imposibilidad de la corona para controlarlas dada la lejanía de las autoridades centrales de Madrid, el sistema fue diseñado para que aquellas se vigilaran mutuamente; y, por otra, cuando las políticas generaban conflictos porque tocaban intereses de sectores sociales poderosos, se ponía en escena un faccionalismo que involucraba a los funcionarios, lo que podía hacer mella en las políticas reales. Todo esto afectaba a la administración de la ciudad y el faccionalismo de las élites podía salir airoso aun en contra de las disposiciones reales (McFarlane, 2005).

Aún a mediados del siglo XVIII, y pese a los esfuerzos de la corona para imponer un principio de orden creando el Virreinato de la Nueva Granada en 1739, continuaron existiendo esos conflictos entre los poderes que seguían reclamando las autonomías de sus jurisdicciones. Estudiando un conflicto de mediados del decenio de 1740 entre regidores y ganaderos, en torno a la apropiación por los cabildantes de los despojos de las reses sacrificadas, Luis Navarro García sacó a la luz el trasfondo de los enfrentamientos que desde comienzos de ese siglo involucraron a todas las autoridades de la ciudad y a los productores y abastecedores de carnes, y el alinderamiento en bandos de varios niveles de jurisdicciones, hasta del virrey Eslava, quien residía en Cartagena. Lo que podía ser considerado una arbitrariedad que atentaba contra la realización del bien común, también ocasionaba quejas desde varias direcciones, mismas que solo alcanzaban a llegar a los altos estrados de la justicia siempre que involucraran a las altas autoridades locales y virreinales (Navarro, 1981).

Pero los conflictos también demuestran que formar parte del patriciado de la ciudad no necesariamente significaba estar exento de quedar en el centro de las luchas entre facciones de las élites y de los conflictos jurisdiccionales, y que esto podía dar como resultado el ser atacado en sus privilegios. Siguiendo a la familia Vanquésel, flamenca en sus orígenes y luego transformada en criolla, Julián Ruiz Rivera mostró una de las tantas disputas que enfrentaron a poderosos comerciantes y sus redes sociales que se extendían entre miembros de algunas instituciones (Iglesia y militares) con las autoridades, ilustrando las continuas pugnas entre el poder basado en la ascendencia social y económica y el poder institucional (Ruiz, 2004a, 2004b, 2005a). Nectalí Ariza examinó un conflicto judicial y político originado por una acusación de

infidelidad contra la esposa de un alto oficial militar con uno de los grandes comerciantes dedicado al tráfico de esclavos, y evidenció que lo que estaba detrás era el interés en desplazar a este último de un negocio que durante la primera mitad del siglo XVIII todavía dejaba pingües ganancias. En la pugna intervinieron todos los poderes de la ciudad (gobernador, cabildo, jerarquía de la Iglesia, Inquisición, alta oficialidad militar), autoridades centrales del virreinato y hasta las autoridades de Madrid. Lo que queda claro es la existencia de redes sociales y políticas que involucraban a actores de distintas procedencias, los cuales se alinderaban de acuerdo con las conveniencias que les brindaba el proceso (Ariza, 2015).

Esos conflictos jurisdiccionales y sociales también han sido dilucidados por Julián Ruiz Rivera, quien al preguntarse sobre las características de uso del suelo urbano (viviendas, oficinas públicas, iglesias y claustros, talleres artesanales, comercio y alojamiento de tropas), estudió un expediente judicial de 1779 que contiene información sobre enfrentamientos entre autoridades y personas prestantes en torno a la ubicación de determinados talleres que producían ruidos y olores desagradables. Su ensayo ilumina la tradición en el uso del suelo urbano, los cambios que empezaban a operarse en la mentalidad de algunos sectores de la élite sobre esa materia y el intento por destinar a ciertos espacios el establecimiento de determinados oficios. Con relación a los sectores subalternos, el análisis de este historiador permite conocer cómo los enfrentamientos entre jurisdicciones y sectores de las élites abrían intersticios que podían ser usados por aquellos en beneficio propio (Ruiz, 2007d).

Ahora bien, lo que ha sido una posible línea de investigación referida a los vínculos entre sociedad y poder en los siglos XVI, XVII, y la primera mitad del XVIII, no cuenta con estudios para la segunda mitad de este último siglo, pues las investigaciones acerca de las élites se han centrado más en las actividades económicas de los empresarios (comercio, tierras y ganadería). Hasta ahora las historiografías social y política consagradas a los últimos decenios de dominio colonial han sacado poco provecho de los logros alcanzados por los análisis sobre la élite mercantil y hacendaria, y de los estudios genealógicos, para profundizar de mejor forma las investigaciones acerca de los cambios operados y las características del poder en el último siglo de dominio colonial. El poco interés por el tema del poder, exceptuando los trabajos de O'Byrne (2011) y Ripoll (2006), puede deberse a quizás darse por sabido que los comerciantes-hacendados dominaban las instituciones locales y a que se tiene un conocimiento de las instituciones. Por lo regular los ensayos se refieren de pasada a la sociedad de ese siglo, para luego centrarse en el período de la Independencia, concibiendo a la élite como algo estable y homogéneo y al poder solo como a unas instituciones inmutables.

Al reconstruirse los listados de integrantes del cabildo de la ciudad durante la segunda mitad del siglo XVIII se ha podido constatar que fue luego del estatuto de libre comercio que los comerciantes, algunos de ellos doblados en poseedores de tierras (no todos, como parece creerse), comenzaron a ejercer su control (Borrego, 2010; McFarlane, 1997); también lo hicieron mediante sus hijos abogados, muchos de estos favorecidos por los estudios en el Colegio Seminario Conciliar San Carlos Borromeo, fundado en Cartagena en 1778, para luego continuarlos en las universidades de Santa Fe de Bogotá. Precisamente, siguiendo un poco el modelo de la investigación de Víctor Uribe Urán sobre los abogados neogranadinos en el tránsito del siglo XVIII al XIX, María T. Ripoll se ha referido a la importancia que adquirió el sector jurisconsulto en la sociedad de Cartagena y a su protagonismo en el control administrativo de la ciudad (Ripoll, 2006; Uribe, 2008).

Las razones que explican el escaso dominio de los comerciantes sobre el cabildo salen a flote cuando proyectamos una mirada a ras de suelo que permite ver la continua movilidad y la resistencia de muchos a adquirir la condición de vecinos para no perder los privilegios de la matrícula en el comercio de España. Contrario a la idea de que ellos siempre vivían ávidos por controlar esa corporación, la reconstrucción de los listados de comerciantes y cabildantes de Cartagena en la segunda mitad del siglo XVIII evidencian que los primeros solo se interesaron en ejercer un control estable sobre esa institución después de promulgarse el estatuto de libre comercio de 1778; también, debido al crecimiento de la tropa por la creación del Regimiento Fijo con dos batallones, y porque el funcionamiento del apostadero de la Marina con la matrícula de la mar marinería y el incremento de habitantes de la ciudad hicieron del aprovisionamiento un pingüe negocio, además del interés en contrarrestar el poder de la gobernación (Solano, 2018c).

Ese desinterés de los comerciantes frente a la administración de la ciudad (lo cual no quiere decir que ocuparan una posición secundaria en las relaciones de poder), durante buena parte de la segunda mitad del siglo XVIII estuvo acompañado por conflictos en el interior de ese grupo entre los avecindados y del comercio de Cartagena, y los residenciados en esta ciudad, pero matriculados en el comercio de Cádiz. Esta situación cambió durante el último tercio de ese siglo, cuando se desmontaron esos privilegios y se creó el Tribunal de Comercio (dos diputados de los comerciantes residentes y matriculados en el comercio de España, y dos diputados de los avecindados en Cartagena), antecedentes del Consulado de Comercio fundado en 1792 (Solano, 2018c).

Queda mucho terreno por examinar en esta dirección, pues lo hecho hasta ahora son estudios que interpretan el poder en la dimensión institucional y solo mirando la presencia de determinados grupos sociales en esas instituciones

para así determinar el posible control que ejercían sobre la sociedad, pero se deja de lado otras formas de poder, de naturaleza social más que política. Este aspecto puede leerse entre líneas en la historiografía referida a cómo los cambios de preeminencias entre distintas franjas de las élites se expresaron en sus relaciones institucionales (cabildo, ejército e Iglesia) y sobre cómo extendieron sus redes para dominar esos organismos de poder. Análisis a nivel micro y a partir de la unidad familiar —los estudios de Julián Ruiz Rivera sobre la familia Vanquésel, los de María Borrego Plá sobre los encomenderos, propietarios de tierras y la configuración del cabildo de la ciudad, los de Juan Marchena y Allan Kuethe sobre ejército y milicias, los de María T. Ripoll y Adolfo Meisel Roca sobre familias de comerciantes en el siglo XVIII— (Borrego, 1997, 2005b; Cuño, 2017; Meisel, 2005; Ripoll, 2006; Ruiz, 2005b, 2013) muestran que la familia del vecino notable era el nudo que permitía constituir redes de poder a través de matrimonios y alianzas o de vínculos de patronazgo con relación a franjas de sectores de subordinados. Estudios de estas características dan pie para repensar un poco la naturaleza de las instituciones, por lo regular estudiadas a imagen y semejanza del Estado moderno. Lo que se pueda profundizar en esta dirección deberá abrir un campo de investigaciones promisorio en la medida en que permitirá reconsiderar las interpretaciones sobre el poder en una sociedad del antiguo régimen, el cual iba más allá de lo institucional y era muy distinto al contemporáneo.

Renovación de las élites republicanas. El advenimiento de la República implicó continuidades y modificaciones en las élites de los tradicionales centros urbanos de la región, así como también su formación en distintos puntos de la región, las que habían estado ausentes en la vida social colonial, o el logro de un mayor protagonismo. En la República, los énfasis de los estudios sobre las élites han recaído sobre sus actividades empresariales y los cambios que afrontaron tras la adopción de un modelo económico de corte liberal y del modelo republicano de gobierno.

Algunas conclusiones planteadas por María T. Ripoll sostienen que no obstante las adaptaciones que experimentó la élite en las primeras décadas republicanas, esta no fue muy diferente de la que existió al finalizar el siglo XVIII. Según Ripoll, la élite cartagenera del siglo XIX fue, de cierta manera, la prolongación de la élite colonial por su carácter cerrado y endogámico y por mantener una conciencia de clase basada en valoraciones raciales heredadas. Interpreta que la independencia “[...] fue una revolución política con una renovación social postergada” (Ripoll, 2006). Pero que no se dieran profundas transformaciones en la élite de los principales centros urbanos de origen colonial no significó que pasara lo mismo en los demás sectores sociales. Para Ripoll, aun con las dificultades para modificar los valores de la sociedad colonial, sí hubo

cambios entre algunos sectores en la forma de percibir y evaluar a los individuos que restaron importancia al estatus heredado de sus ancestros o adquirido por su riqueza y dieron una nueva valoración al desempeño individual. Muchos de esos individuos, hechos a sí mismos, ampliaron la base política de las ciudades y volvieron menos rígidas las jerarquías sociales. El sistema político republicano abolió el sistema de castas y lo reemplazó con un nuevo concepto, el de ciudadano, y si no acabó con los prejuicios raciales, sí contribuyó a simplificar la estratificación social (Ripoll, 2006).

En el caso de Santa Marta, Steinar Saether manifiesta que la élite y el resto de la población sufrieron mutaciones con la Independencia y la instauración de la República (Saether, 2005). El principal cambio fue

[...] la forma como la sociedad misma estaba conceptualizada tanto por parte de las élites como de los comunes. Estas mutaciones en el imaginario social de la sociedad samaria se manifestaron, por ejemplo, en los patrones matrimoniales de los inicios de la República, que difieren significativamente de aquellos de las postrimerías de la Colonia. (Saether, 2005:233)

En definitiva, surgió un tipo diferente de sociedad donde la estratificación social se fue haciendo más simple. Los miembros de las élites seguían considerándose blancos, ricos, honorables y, sobre todo, los legítimos líderes políticos de la provincia homónima, mientras que los comunes se empezaron a ver como labradores y jornaleros de color, pobres y faltos de educación.

Si esto sucedía en las capitales provinciales, otros acontecimientos estaban operando y transformando algunas poblaciones que empezaron a emerger con alguna vitalidad en la vida republicana. Si bien durante la Colonia las élites más importantes habían estado centradas en Cartagena, Santa Marta y Mompo, en el transcurso del siglo XIX hubo una renovación de la élite regional al surgir grupos de esta en otras poblaciones, que fueron integrando sus intereses y controlando aspectos importantes de los principales circuitos productivos y comerciales. Las nuevas oportunidades económicas que trajo la República estimularon la formación de nuevos sectores de élites en distintos puntos y su movilidad espacial acorde a los intereses y el desarrollo de los centros urbanos de poder. Los trabajos de Jorge Restrepo y Manuel Rodríguez, María T. Ripoll, Adolfo Meisel Roca, Eduardo Posada Carbó, Joaquín Vilorio de la Hoz, Adelaida Sourdís, Milton Zambrano, Wilson Blanco Romero, Edgardo Támara, Jorge Elías Caro, Antonino Vidal, Giuseppe D'amato y de otros historiadores (ver los balances de historiografía económica y empresarial de Adolfo Meisel Roca y María T. Ripoll citados en este artículo) han

mostrado cómo se fortalecieron y renovaron los empresarios de Barranquilla, Lórica, Montería, Magangué, El Carmen de Bolívar y Corozal-Sincelejo, los cuales aprovecharon las ubicaciones geográficas de esas poblaciones, los cuellos de botellas del tráfico mercantil y algunos auges de la producción agropecuaria y extractiva. Los estudios sobre los distintos ciclos de inserción de los productos agropecuarios colombianos en la economía internacional demuestran que fueron aprovechados por diversos sectores nacionales y por algunos extranjeros para producir una continua movilidad social en la élite regional.

Aunque la presencia de extranjeros no fue tan significativa como sucedió en otros países del continente, los que llegaron a Colombia se radicaron mayoritariamente en las ciudades de la región Caribe. La casi totalidad de los estudios sobre los extranjeros se han referido a sus actividades económicas —comercio, bancos, transporte fluvial a vapor, agropecuarias, industrias— (Cappelli, 2006; García, 2006; Restrepo y Rodríguez, 1988, 2013; Sourdís, 2001; Vargas, 2011; Vilorio, 2003) y muy escasamente han hecho referencia a los aspectos sociales de sus vidas. Ana M. Rhenals es quien más preocupación ha mostrado por estos aspectos, develando que el éxito económico de los llamados ‘turcos’ —sirios, palestinos y libaneses— no estuvo acompañado por su rápida inserción en la sociedad del tránsito entre los siglos XIX y el XX, y que en el logro de esto último influyeron el arribo de otras migraciones que llevaron a las autoridades y élites colombianas a una especie de escoger entre el mal menor —los sirios, palestinos y libaneses antes que los afroantillanos de Jamaica— y el diseño de estrategias como matrimonios y compadrazgo con miembros de las élites locales, donaciones religiosas y de caridad (Rhenals, 2013; Rhenals y Flórez, 2013).

El resultado de la apertura de nuevos canales de movilidad social y política consistió en que las élites de origen tradicional de Cartagena y Santa Marta debieron compartir con otros sectores sociales la dirección política de importantes comarcas de la región, y nuevos grupos empezaron a disputarle la hegemonía económica y política. Las formas de poder social basadas en prestancia, riquezas, y en la construcción de redes sociales y políticas de patronazgo, se rehicieron gracias a que las luchas de facciones políticas abrieron canales de participación a otros sectores. La reorganización del territorio regional y la creación de algunas instituciones administrativas a nivel comarcano —cantones y provincias— y local —distritos— originaron mecanismos de participación política que al mismo tiempo fueron trampolines para luchar por el poder regional. En este sentido, las nacientes instituciones republicanas se convirtieron en botín en disputa, en luchas de facciones que aspiraban al dominio político en los territorios que ahora estaban dotados

de organismos de dirección pública. A su vez, estos, al ser copados por las facciones y las redes sociales y políticas de sus integrantes, se convirtieron en un medio expedito para acceder a los factores de riqueza (tierras, ganado, contratos, concesiones). En un artículo sobre las relaciones entre élites ganaderas y comerciales y el poder regional durante el período federal, Sergio Paolo Solano, Roicer Flórez Bolívar y William Malkún argumentan que el Estado era un elemento de fuerza de equilibrios territoriales, en que algunas familias mantenían un dominio sólido sobre ‘sus’ provincias, gracias a sus redes familiares y comerciales y a su relación privada con las autoridades locales y algunos jefes militares. Estas familias eran, en su mayoría, comerciantes y ganaderos, y utilizaban el poder político del que gozaban con el fin de proteger y ensanchar sus intereses económicos y personales. Los caciques y gamonales eran los elementos esenciales en el funcionamiento de estas relaciones de poder (Solano, Flórez y Malkún, 2010). Estos argumentos fueron ampliados por Roicer Flórez Bolívar en su tesis de maestría (Flórez, 2007).

Y esto no cambió durante la Regeneración (1886-1899), todo lo contrario: estudios de Alfonso Fernández Villa, Luis Troncoso y Greys Verbel, que relacionan grupos sociales, proyecto político y poder durante ese período y el de la Hegemonía Conservadora (hasta 1930), han auscultado las bases sociales y sectores dirigentes de ambas coyunturas de la vida política regional durante el tránsito entre los siglos XIX y XX y corroborado esta idea (Fernández, 2005; Troncoso, 2009; Verbel, 2011).

2. ESCLAVOS, PALENQUES Y GRUPOS SOCIO-RACIALES

Desde hace varios decenios la esclavitud es objeto de investigaciones (Helg, 1999; Múnera, 2005). En un primer momento se estudió como una institución de naturaleza económica cuyas variables centrales fueron la trata negrera, los precios y la circulación de los esclavizados como mercancía, los frentes de trabajo en que se les empleaba (minas y haciendas), la explotación y los maltratos que padecían. Los esclavos solo quedaban reducidos a cifras en los análisis sobre los comerciantes de la trata y de los propietarios y sus unidades productivas (haciendas y minas).

Con los nuevos énfasis historiográficos en las historias de los sujetos, los estudios se han centrado en las formas de resistencia individuales y colectivas, y abiertas —motines y palenques— o soterradas (Borrego, 1973; Landers, 2002), como también en sus roles diferenciados dentro de la sociedad y en los procesos de manumisiones y automanumisiones. Carlos Valencia Villa dedicó buena parte de un estudio comparativo entre las condiciones de vida

de los esclavos de Santa Fe de Bogotá, Mariquita y Mompox durante el siglo XVII, sus expectativas y los instrumentos que utilizaron para mejorar sus condiciones de existencia. Estrategias como el cimarronaje y palenques, cambio de amos y de unidad productiva mediante el sonsacamiento y el desenlace de este, dependieron de las características y los ciclos económicos en las distintas áreas. En Mompox los esclavos dependían de las haciendas y de la boga en el río Magdalena, y cualquier acto de inconformidad podía transformarse en cimarronaje, estando prácticamente cerrada la alternativa de cambio de unidad productiva porque terminaban por ser descubiertos, suscitándose conflictos entre sus amos. En esa villa los márgenes de ingresos propios medidos a través de la compra de la manumisión indica que solo eran posibles entre los esclavos insertos en el mundo colonial, y no de las estancias agroganaderas. Esos ingresos dependieron de sus habilidades laborales, como también los precios por la compra de sus libertades dependieron de los vínculos con sus amos (Valencia, 2003).

El uso que hacían los esclavos de algunas herramientas legales del siglo XVIII ha sido clave en el desarrollo de estas investigaciones y ha permitido colocar en el centro de las reflexiones la vida material, social y cultural de los esclavos (Giolitto, 2003; Navarrete, 2005, 2008; Romero, 1997, 2009; Helg, 2017). Uno de los resultados promisorios de estos nuevos enfoques es el análisis de los campos relacionales en que se desenvolvían sus vidas cotidianas. También se vienen estableciendo las debidas diferencias entre la esclavitud urbana y la rural, tanto por los niveles de vida y los trabajos que realizaban, como por las posibilidades de manumitirse (Navarrete, 1994, 2005).

Relacionado con el tema de la esclavitud está el de los palenques de cimarrones, con una producción historiográfica de alguna proporción. Los estudios se han ocupado de las huidas de los esclavos, sus estrategias de resistencia, las capacidades de negociación que desarrollaron, el uso del pánico como arma política por parte de las élites para evitar negociaciones que llevaran a la legalización de los palenques (McFarlane, 2005; Navarrete, 1995, 2011a; Tardieu, 2002). Complementando los estudios interesados en ver en los palenques expresiones de resistencia frente al orden colonial, se vienen desarrollando otros que se interesan en las negociaciones, no exentas de conflictos con las autoridades coloniales. Tenían contacto con el mundo colonial a través de mediadores de los contornos e intercambiaban productos. Las interpretaciones acerca de las características de las relaciones sociales en los palenques empiezan a transitar desde los que las homogeneizan considerándolas una especie de reproducción de las organizaciones sociales tribales africanas de las cuales provenían, o de un sincretismo con las instituciones coloniales — por ejemplo, los cabildos— (McFarlane, 1991), hasta quienes las consideran

más complejas y que en fechas recientes aceptan una variedad organizacional acorde con el “[...] origen de sus pobladores, de su tiempo de permanencia en el Nuevo Mundo, de su esclavización urbana o rural y del contacto con los europeos y criollos de América” (Landers, 2002; Navarrete, 2017, 2003).

Al interrogarse sobre las relaciones entre los esclavos criollos que llevaban tiempo en posesión de sus amos y luego en los palenques, o que habían nacido en estos, y los esclavos cimarrones recién llegados de África, María C. Navarrete viene revelando un mundo más complejo que el observado en las imágenes de los estudios pioneros. Asimismo, se ha preocupado por develar las características de los nexos entre los negros cimarrones apalencados y los pueblos de indios, preocupación que también ocupa algunos estudios de Judith Gallego, quien se ha preguntado por la figura del zambo como resultado de las relaciones entre indios y negros (Gallego, 2004; Navarrete, 2012; Romero, 2009). Ambas analistas han sugerido que indios y negros cimarrones mantuvieron relaciones ambivalentes que oscilaban entre la convivencia, la negociación y el conflicto.

Las investigaciones acerca de las características de la sociedad del siglo XVIII presentan desniveles, pues mientras que en algunos aspectos se insinúan nuevas áreas de exploraciones, en otros temas las fórmulas fáciles continúan reinando. En el caso de algunos historiadores que han investigado los conflictos en torno a la independencia, pero que no se han propuesto el análisis detallado de la sociedad costeña del siglo XVIII, lo más común ha sido una lectura de esta solo a partir de los resúmenes de censos poblacionales realizados en el último cuarto de ese siglo, aderezada con algunas descripciones de memorias y viajeros de la época. La consecuencia de este ejercicio ha sido trasladar la polarización social inherente a la crisis social y política de los primeros decenios del siglo XIX, a todo el siglo XVIII, lo cual es facilitado por las categorías aglutinantes que contienen los resúmenes de los padrones de población, el uso de algunas variantes del modelo de los estudios subalternos, y anacronismos como el empleo de la categoría ‘afro’ agregándole un adverbio de lugar. En efecto, la historiografía sobre la configuración socio-racial de las sociedades del Caribe neogranadino ha pasado de un ejercicio de triangulación entre blancos, negros e indios y el mestizaje que produjo, al empleo de las categorías aglutinantes que aparecen en la documentación de la época, como es el caso de “libres de todos los colores”, la que en algunas ocasiones se ha asimilado al anacronismo los ‘afrodescendientes’.

Algunos historiadores han llamado la atención sobre los problemas de estas asimilaciones. Marta Herrera advierte acerca del cuidado que debe tenerse al tomar la categoría “libres de todos los colores” de los resúmenes censales del último cuarto del siglo XVIII, señalando que su empleo obedeció al

doble interés de las autoridades por tener una comprensión del conjunto de la sociedad y al propósito de borrar las fronteras sociales y particulares de cada grupo con el objeto de fraccionar sus identidades específicas. A su vez, los censos de cada población presentan a los habitantes distribuidos en castas, lo que fraccionaba los elementos culturales que estas compartían. Esa doble dinámica era un obstáculo para que los hombres de esa época pensaran sus sociedades (Herrera, 2006a). Alfonso Múnera también ha dicho que esa categoría es más lo que esconde que lo que muestra, pues en ella se diluye a pobladores negros, indios y de otras categorías, y agrega que antes que el predominio de las gentes de color, el Caribe neogranadino del siglo XVIII se caracterizaba por una mayoría indígena (Múnera, 2005).

Sobre la forma de poblamiento disperso en el campo, en las también conocidas ‘rochelas’, Herrera ha realizado lo que quizá sea el ejercicio crítico más completo del concepto ‘arrochelado’, al analizar sus diferentes orígenes y su instrumentalización por parte de los funcionarios coloniales con el propósito de presentar una imagen satanizada de esas formas de economía campesina para poder impulsar las reformas poblacionales y formas de control social sobre la población rural (Herrera, 2015).

En parecida dirección a la anterior, Sergio Paolo Solano ha analizado la construcción de los padrones de población en el Nuevo Reino de Granada a finales del siglo XVIII, prestando atención al contexto administrativo de donde emanaron las órdenes, las intenciones e intereses que motivaron el censar las poblaciones, los problemas enfrentados en la recolección de la información, las soluciones asumidas y las formas como se clasificaba a los habitantes. Contrastan los padrones realizados con base en la orden real de 1776, para mostrar las variaciones hechas a las formas de acopiar la información. Muestra los niveles de presentación de sus resultados y cómo los resúmenes obedecieron a la influencia de un pensamiento ilustrado que no necesariamente guardaba correspondencia automática con la realidad. Según este historiador, en los censos se pueden distinguir dos niveles de problemas que dejaron sus improntas en la presentación de los resultados. El primer nivel fue la dificultad para coordinar bajo una sola orientación la elaboración de los padrones, pues la delegación de estos en funcionarios de provincias y poblaciones, y en el clero, más las distancias y la insistencia en elaborar cuadros resúmenes más que los padrones en sí, originaron una gran disparidad de criterios respecto a las formas de su elaboración. El otro problema fue el de presentar los resultados, ya que se distinguían cuatro niveles: 1) los padrones en 1777 de las poblaciones, que en algunos casos registraron datos discriminados sobre libres y esclavos, la condición socio-racial de los habitantes, edades, ocupaciones y estado civil de la población; 2) los padrones de

poblaciones que no hicieron referencia alguna a las condiciones socio-raciales de los habitantes; 3) los resúmenes generales de las provincias y sus partidos, que ofrecen datos agregados sobre el total de habitantes de las poblaciones empadronadas y discriminados en las categorías “eclesiásticos, blancos, indios, libres de todos los colores y esclavos de varios colores”; 4) por último, se elaboró un resumen general para todo el Virreinato ensamblado a partir de los resúmenes provinciales de los años 1778 a 1780, y tomando como matriz los del primer año, para el que se contó con el mayor volumen de información de las provincias. Según Solano, en esos censos existía tensión por el deseo de fijar en categorías aglutinantes una realidad social que era muy variada, fraccionada y móvil, fraccionamiento que continuaba teniendo sus implicaciones en las formas como eran vistos, se autoreconocían y diferenciaban muchos sectores sociales (Solano, 2015b).

En fin, los pocos ejercicios de deconstrucción de las fuentes de archivos que se han realizado indican que es necesario superar cierta dosis de facilismo al momento de estudiar la configuración socio-racial de las sociedades caribeñas en el período colonial y aun en el siglo XIX. Es necesario ir más allá de los determinismos —económico y racial— que se han puesto en la escena de las investigaciones, debido a que durante la Colonia el estatus de las personas y familias se definía a partir de una combinación del elemento racial con otros factores que también influían en la vida social. De acuerdo con los planos relacionales de su vida, un hombre libre del siglo XVIII era vecino, es decir, tenía una adscripción territorial en una población que, en comparación con los forasteros, le otorgaba privilegios materializados en derechos y obligaciones; también contaba con una adscripción y autoadscripción socio-racial; era vasallo, tenía una ocupación, podía pertenecer a una corporación y ser cofrade del patrono en su oficio; formaba parte de una milicia; era propietario de su vivienda; habitaba en un barrio y una calle específicos; poseía un estilo de vida que lo diferenciaba de otros sectores sociales (verbigracia, de la plebe); sabía leer y escribir; vivía en unión legítima; y muchas otras condiciones valorativas. O podía carecer de todos estos atributos. Aun si colocamos el acento en la forma como las élites veían y adscribían a un individuo o familia a partir de la condición racial (pardo, mulato o negro, por ejemplo), si queremos realizar un estudio lo más detallado posible no podemos omitir que los otros factores señalados también intervenían en la diversidad de identidades de ese individuo o esa familia, y hasta podían llegar a modificar o atenuar una adscripción que podía serles desfavorable. La instrumentalización de estos factores en las investigaciones permite establecer cierto tipo de diferencias entre los sectores sociales (y al interior de ellos), familias y personas, lo que difícilmente se puede hacer cuando solo colocamos el acento

en lo racial, debido a que esta variable tiende a homogeneizar a los sectores en grandes compartimentos.

En un detallado trabajo de Adolfo Meisel Roca y María Aguilera sobre el censo de Cartagena de Indias de 1777 (pirámides de edades, de género, ocupaciones, condición socio-racial de los habitantes, nombres y apellidos), a propósito de Pedro Romero (acerca de la condición económica de este ver Solano, 2016a), introdujeron un tema que, antes que rechazarse como una especie de “obsesión por desvirtuar el contenido racial y popular del movimiento independentista de Cartagena, por medio de la simple operación de desaparecer la condición de mulato y de artesano de su máximo dirigente” (Múnera, 2005), debe pensarse como un aspecto de mayor discusión: interpretar las condiciones socio-raciales como categorías jurídicas y condiciones sociales, que en determinadas ocasiones podían estar en contradicción, pues la ascendencia negra, así fuese muy lejana, definía una lectura de la condición de una persona o familia. Y esa definición también podía ser mediatizada por la diversidad de factores que hemos anotado y, por tanto, en determinados contextos modificar esa adscripción o atenuar las limitaciones que imponía (Aguilera y Meisel, 2009).

3. MUNDO RURAL: ¿‘ARROCHELADOS’ DISLUTOS O SOCIEDADES CAMPESINAS?

Desde mediados del decenio de 1980 se comenzó a explorar el mundo de los sectores subalternos libres y de color, y el de los grupos indígenas, dejado a un lado por unas historiografías que, o los invisibilizaron siguiendo la ideología de la nación mestiza, o solo se interesaron en las élites y en los esclavizados (Helg, 2000b, 2007; Langebaek, 2006). Los avances han estado más por el lado de los estudios sobre la esclavitud urbana y rural, los indígenas sometidos a encomiendas y resguardos, las formas de resistencia —incluyendo a los palenques— y negociación por parte de esclavos y cimarrones, los habitantes de los territorios próximos a los centros urbanos y los de fronteras (indios y ‘arrochelados’).

Asistimos a un cambio de las imágenes sobre la sociedad rural, pues da una visión que la polarizaba entre hacendados-ganaderos y campesinos pobres sometidos a vínculos de servidumbre (ver los balances historiográficos de Ausdal, 2008; Solano, 2010b). Los recientes estudios sobre los procesos de poblamiento, las relaciones de las comunidades con los medios ambientales, la ganadería y la pequeña economía campesina, colocan los acentos en unas relaciones sociales más libres, lo que ha favorecido ver una dinámica social más compleja y la existencia de sociedades y economías más complementarias

que antípodas, sin que se omita la presencia de conflictos. También se presta atención al medioambiente para determinar las especificidades de las sociedades locales de acuerdo con sus nichos ecológicos, lo cual garantiza establecer diferencias y explicar las razones sobre las percepciones que los grupos humanos tenían de la naturaleza (Herrera, 2002, 2006b). Asimismo, se está modificando la imagen sobre las consecuencias sociales de ciertas actividades económicas, como es el caso de la ganadería, a la que una larga herencia proveniente de los liberales del tercer cuarto del siglo XIX, y luego reforzada por la historiografía marxista, nos habían habituado a ver la propiedad territorial ganadera solo como el producto de la ambición de terratenientes por alcanzar prestigio social y por cercar y someter a la mano de obra, mientras que dejábamos a un lado la explicación de la racionalidad económica que subyacía en esto, determinada por el medioambiente y el atraso tecnológico (Posada, 1998a; Solano, 2010b).

Una de las interpretaciones sobre el mundo agrario que se ha ido modificando es la relativa a las características sociales de las formas de poblamiento dispersas y semidispersas en el campo. De un primer momento de deslumbramiento por descubrir los informes de los funcionarios y sacerdotes del siglo XVIII, en los que se presentaba a esas sociedades y sus culturas como expresión de un desorden generalizado, estamos pasando a un interés por entenderlas en sus propios términos, mediante preguntas dirigidas a escudriñar sus lógicas de funcionamiento y a darles respuestas a través del empleo de nuevas fuentes de archivos, el cotejamiento entre estas y los informes de los funcionarios ilustrados, y también mediante un ejercicio crítico de deconstrucción de esos informes. Ese deslumbramiento inicial se debió al contexto político de la región costeña entre los años 1980 y 1990, cuando, en el escenario de los debates sobre las relaciones entre la región y la nación, los intelectuales del Caribe realizaron un contrapunteo diferencial con relación a los habitantes del mundo andino del período colonial para explicar las particularidades socioculturales del Caribe, al igual que las razones del atraso que acusa esta región. Por influencia de varios modelos (modernidad *versus* tradición, el de Michel Foucault sobre el orden y el control social, y el de los estudios subalternos sobre las resistencias populares), esta interpretación estuvo prisionera de las imágenes satanizadas elaboradas por los funcionarios y sacerdotes del siglo XVIII y adquirió carta de naturaleza historiográfica (Bell, 1991).

Las descripciones de esas sociedades han propuesto la hipótesis de que las características de ese orden social y cultural regional se debían a la ausencia o débil presencia del Estado y de la Iglesia colonial y al escaso control que ejercieron sobre la población. Vista en el largo plazo esta tesis puede que sea cierta, pero requiere ser demostrada en estudios de caso con información empírica

generosa. Además, la tesis posee algunos contrasentidos, pues al tiempo que reconoce un precario dominio colonial sobre el territorio, que buena parte de este tenía la condición de sociedad de fronteras, y que el mundo urbano fue una excepción en medio del predominio de una sociedad rural ocupada por cimarrones, descendientes de esclavos, blancos pobres y mestizos de distintas condiciones, se pasa rápidamente a acusar a las instituciones coloniales de desinterés e incapacidad para ejercer el control. Asimismo, en la base de esta tesis hallamos una especie de ejercicio de extrapolación de las peculiaridades del Estado republicano al del período colonial, careciéndose de investigaciones sobre las características y coberturas de este último (Múnera, 1994, 1998; Posada, 1994).

El sentido propositivo de la tesis debería radicar en reconocer que el hecho colonial estuvo circunscrito a ciertas áreas y que, allende las fronteras de estas, surgió una sociedad alterna al orden colonial urbano, en el que las comunidades campesinas desarrollaron sus propias formas de vida. Es en esta última dirección que José Polo ha trabajado las sociedades de fronteras del Caribe neogranadino del siglo XVIII, realizando una crítica a las imágenes construidas sobre esta región por historiadores deslumbrados frente a lo que dice la documentación e interesados en ver solo el desorden social a todo trance (Polo, 2006b, 2006c; Polo y Gutiérrez, 2011). Durante buena parte del período colonial la colonización de la geografía del Caribe fue un proceso espontáneo, en el que las instituciones no tuvieron nada que ver e intervinieron a posteriori (por ejemplo, negociaciones e intervenciones militares contra palenques), hasta que en el siglo XVIII se tomaron iniciativas gubernamentales para intentar someter a los indios wayuu, chimilas y cunas (Herrera, 2002; Polo, 2001) y se aplicaron las reformas poblacionales (Blanco, 2011-2014; Conde, 1999; Fals, 1979). Hasta ese momento los principales centros urbanos, escenarios del poder colonial, operaron como unos enclaves administrativos, comerciales y militares que estuvieron de espaldas a buena parte de los territorios que nominalmente tenían bajo sus jurisdicciones. Otras poblaciones que tomaron fuerza en el siglo XVIII — Valledupar, Corozal y Lorica— (Conde, 1999; Sánchez, 2001) se convirtieron en punta de lanza de las políticas colonizadoras. Entonces, solo en medio de la confrontación originada a partir de las políticas de reformas y sometimiento fue que las formas de vida de los habitantes de las fronteras se convirtieron en herramientas para resistir a las pretensiones de sometimiento. Por tanto, y solo exceptuando a los palenques, las disputas entre orden y resistencia fueron un colofón propio de la segunda mitad del último siglo colonial y no una constante durante todo el dominio español, así hayan existido algunos enfrentamientos.

Por fortuna los actuales énfasis de las investigaciones nos están permitiendo pasar de los estereotipos a concebir la existencia de órdenes sociales alternos de los que formaban parte esas sociedades campesinas. Las investigaciones han tomado tres direcciones complementarias. Una tiene que ver con un ejercicio deconstructivo de la documentación que se emplea. Manuel Lucena Giraldo realizó una crítica del informe de Antonio de la Torre y Miranda (publicado en 1794 con el propósito de alcanzar reconocimiento por parte de las autoridades de Madrid), demostrando sus inconsistencias y los motivos que lo inspiraron, al tiempo que contrastó ese informe con un diario que llevó de la Torre y Miranda entre 1774 y 1776, pero que permaneció desconocido para los historiadores (Lucena, 1993). Algo parecido hizo Marta Herrera con los conceptos ‘libres de todos los colores’ y ‘arrochelados’, a los que ya nos referimos (Herrera, 2015).

Otra dirección promisoría de los estudios sobre este tema es la que coloca el poblamiento de las provincias del Caribe neogranadino en el contexto del virreinato para determinar sus singularidades. Marta Herrera ha intentado trascender el impresionismo que contiene la documentación sobre los pobladores rurales aplicando un ejercicio comparativo sobre el poblamiento rural en aquellas provincias y las de los Andes centrales. Del interior andino destacó que los pueblos de indios en las reformas poblacionales del siglo XVIII funcionaron como mecanismos de ‘encuadramiento’ de la población no indígena, permitiendo el control social por las autoridades ordinarias y los curas. Todo lo contrario de las provincias caribeñas, donde los sitios de libres y la escasa o nula presencia de las autoridades fueron factores determinantes para que se desarrollara una sociedad rural con escaso control por parte de las instituciones. Sobre esto último Herrera también contrastó los factores administrativos ligados a las características del poblamiento, explicando el importante papel del corregidor de indios en los Andes al crearse un marco de vida institucional, y la debilidad de ese funcionario en las provincias del Caribe, así como el papel del capitán a guerra entre las poblaciones de esta área neogranadina (Herrera, 2002). En otros términos, en los Andes centrales la presencia de la institucionalidad ordinaria y eclesiástica facilitó que se aplicaran las políticas de encuadramiento y control de la población, pero cuando se argumenta lo contrario para el mundo caribeño se termina en una especie de verdad de Perogrullo.

Las investigaciones etnohistóricas también empiezan a explicar la sociedad y la cultura de esos pobladores desde su propia lógica interna, y no como simples referencias para mostrar la resistencia ante los colonizadores y el fracaso del modelo que estos intentaron implantar. Se comienza a ir más allá de reproducir las acusaciones de los funcionarios y curas contra las formas

de amancebamiento, el uso del tiempo libre, la fiesta, la forma de relacionarse con la naturaleza, el mundo de expectativas y necesidades que tenían y la religiosidad de esos sectores sociales. Tanto el robo de mujeres indígenas por negros cimarrones, como las relaciones maritales consensuadas, y el origen de una franja de la población zamba en el bajo curso del río Magdalena, cuentan con interpretaciones iniciales de Judith Gallego que señalan cierto rumbo para las investigaciones a fin de superar el solazamiento de historiadores con las imágenes cargadas de censuras morales de los funcionarios del siglo XVIII (Gallego, 2004).

Jorge Conde ha avanzado un poco en la dirección de escudriñar esas sociedades campesinas, contrastando las campañas de poblamiento de mediados del siglo XVIII (Fernando de Mier y Guerra, José Pérez de Vargas y Antonio de la Torre y Miranda) con la de finales de esa centuria, llevada a cabo por Joseph Palacio de la Vega, y cotejado en el informe de este último con lo que considera como ciertas características de ese mundo campesino —sociedades de cara a cara cuyos miembros estaban en continuas negociaciones— con muchos elementos de las que E. P. Thompson llamó “sociedades de una clase” (Conde, 2009). De igual forma, ha anotado que esas comunidades tenían sus maneras de convivir y de dirimir sus desacuerdos, y sobre estas realidades tuvieron que cabalgar los funcionarios al momento de afrontar las soluciones de pleitos (Conde, 2013, 2016, 2017). Marta Herrera, Hugues Sánchez, José Polo, Judith Gallego, María T. Arcila y Lucella Gómez, y María C. Navarrete, han dilucidado algunos aspectos relativos a los conflictos y niveles de convivencia entre negros cimarrones apalencados, indios y libres de diversos colores que vivieron en las áreas de frontera y por fuera de los controles coloniales (Arcila y Gómez, 2009; Gallego, 2004; Herrera, 2006a, 2015; Navarrete, 2012; Polo, 2006b, 2006c; Polo y Gutiérrez, 2011; Sánchez, 2004, 2008, 2016).

También se empieza a establecer que las características de ese mundo rural iban a depender de si se trataba de poblamientos cercanos a los centros urbanos o de si estaban ubicados en los llamados territorios de fronteras, los que a su vez admiten varias clasificaciones. María T. Arcila y Lucella Gómez estudiaron la segunda variable, analizaron a los pobladores que se habían situado en un vasto territorio entre las provincias de Cartagena y Antioquia, área equidistante con relación a los principales centros urbanos de esas provincias, en el que estaban presentes algunos poblados, diferentes sectores sociales, algunos trashumantes (comerciantes itinerantes), mineros, familias campesinas aisladas y negros cimarrones. Desde los poblados coloniales las autoridades intentaban ejercer un control que siempre fue precario. Pero, aun así, existía un orden no ejercido desde lo institucional, sino desde lo social.

En ese mundo diverso surgieron poderes locales, formalmente vinculados con los poderes centrales provinciales pero que, por las distancias y la propia naturaleza móvil de la sociedad, alcanzaban autonomías con respecto a estos. Y también señalan que esas gentes mantenían contactos constantes con el mundo colonial. Lo que leemos entre líneas del análisis etnohistórico de estas autoras es el funcionamiento de un mundo social alterno al orden colonial, no superior ni inferior, sino distinto, construido desde abajo (Arcila y Gómez, 2009).

Este nuevo escenario historiográfico debe mucho a las investigaciones de José Polo sobre los indios de La Guajira. Omitiendo la división entre Colonia y República y pasando por encima de las fronteras nacionales republicanas que separan a Colombia y Venezuela, estudia a los indios wayuu acorde a los territorios que ocupaban, sus relaciones con los centros poblados españoles y con autoridades ordinarias, militares y religiosas coloniales, sus actividades económicas, sus características societarias. Gracias al modelo de la configuración social del sociólogo Norbert Elias, Polo se interesó en analizar las relaciones concretas entre los grupos, familias e individuos, las autorepresentaciones de sus prácticas societarias y las formas como se las representaban los interesados en controlarlos. Sus estudios concluyen que en los territorios de fronteras las relaciones de la población con las instituciones coloniales y republicanas adquirían unas connotaciones especiales, que las parcialidades wayuu de La Guajira colombiana acumularon durante todo el siglo XVIII diversas formas de relacionarse con otros sectores sociales (enfrentamientos armados, negociaciones políticas, intercambios comerciales y simbólicos), mecanismos que pusieron en escena durante el conflicto de la independencia y la primera mitad del siglo XIX (Polo, 2012, 2015).

Los frutos de este redireccionamiento en las investigaciones de Hugues Sánchez sobre las sociedades rurales empiezan a verse gracias a algunos trabajos que indagan sobre los vínculos de las economías campesinas con los mercados locales, saliéndose de la prisión que veía en la pequeña producción agrícola solo autarquía, tanto por razones geográficas como porque al labriego apenas se le concebía en la dimensión del arrochelado, de la unidad familiar que huía y evitaba todo contacto con el mundo colonial (Sánchez, 2006, 2010, 2011, 2012, 2016). Además, las reformas poblacionales que forzaron a esta sociedad campesina dispersa a concentrarse ahora están siendo puestas en una perspectiva política mediante un análisis de las negociaciones entre las autoridades y el logro de la categoría de vecinos por parte de quienes se integraban a los poblamientos concentrados (Sánchez, 2015a, 2015b).

4. SUBALTERNOS, MILICIAS E INDEPENDENCIA

Es distinto el panorama historiográfico sobre los subalternos urbanos, de quienes existen grandes lagunas. Quiénes eran, cómo vivían, sus aspiraciones, sus mecanismos de movilidad social, sus relaciones con las instituciones, sus formas de participación política, y un largo etcétera, son interrogantes válidos para los siglos XVI, XVII y XVIII que continúan a la espera de ser despejados por los historiadores. Aun así, algo se viene avanzando.

Frente a la interpretación de unas sociedades coloniales sin conflictos, ha sido muy positivo que investigaciones de escasos tres decenios a esta parte se hayan encargado de remarcar la importancia del factor racial para comprender a las sociedades del tránsito entre los siglos XVIII y XIX. Las primeras exploraciones las hicieron Juan Marchena y Allan Kuethe por el lado de las milicias, investigando su composición socio-racial y las consecuencias sociales del fuero militar otorgado a los milicianos. El primer énfasis ha permitido explorar las características sociales de los batallones milicianos, las dificultades que afrontó la alta oficialidad blanca al organizar las milicias disciplinadas debido a las complejidades introducidas por el mestizaje que impidió la creación de compañías con base en criterios raciales claramente definidos, dando origen a su organización en las llamadas milicias ‘de todos los colores’. El otro acento se ha colocado en estudiar las implicaciones sociales y políticas del fuero militar otorgado a los milicianos, y en las actitudes desafiantes de estos al quedar por fuera de la jurisdicción de la justicia ordinaria, generando conflictos entre esta y la alta oficialidad del ejército (Kuethe, 1993; Marchena, 1991, 1992).

En trabajos recientes, Sergio Paolo Solano ha ampliado el abanico de temas acerca de las implicaciones de las relaciones que entablaron los subordinados con algunas instituciones coloniales, como eran las milicias y la vinculación laboral a los sistemas defensivos de Cartagena (fortificaciones, apostadero de la Marina, maestranza de artillería y talleres de armas). Centrándose en los casos de dos maestros pintores pardos que tuvieron protagonismos relevantes en la creación y el mantenimiento de compañías milicianas, Solano ha analizado los vínculos entre los artesanos, su estilo de vida de corte estamental (valoración del trabajo, del honor, y proyección de una imagen social respetable), la condición racial de los integrantes de las compañías milicianas y la oficialidad de color (Solano, 2016b; Solano y Flórez, 2012). Además, ha estudiado las relaciones de los artesanos con las defensas de Cartagena: las vinculaciones laborales, los artesanos contratistas, los jornales, la estabilidad en los cargos, y las relaciones entre los ingresos y el costo de la canasta familiar para tener una aproximación al nivel de vida de los subalternos (Solano, 2013b, 2015a, 2016c, 2018d).

Según este historiador, durante la segunda mitad del siglo XVIII los sistemas defensivos de la ciudad demandaron grandes cantidades de trabajadores libres, mientras que decayó el empleo de la mano de obra esclava en los trabajos de las fortificaciones, y aumentó la utilización de presos condenados a trabajos forzados (Solano, 2018d). Las cuentas presentadas por Solano ilustran la peculiaridad del trabajo asalariado en Cartagena y el aprovechamiento que sacó de esto el trabajo artesanal. En su artículo sobre el herrero Pedro Romero ha comparado los ingresos de este artesano con los del resto del artesano y de otros trabajadores y empleados, para determinar la movilidad y la diferenciación social (Solano, 2016a).

Solano también ha hecho un primer acercamiento al análisis de las condiciones de vida de los trabajadores libres en Cartagena de Indias desde mediados del siglo XVIII hasta comienzos del XIX, y relacionado la demanda de mano de obra, los salarios, los problemas del abastecimiento de la ciudad, el costo de vida y algunas representaciones de las gentes y las autoridades sobre la especulación y la carestía, así como los efectos de la crisis del Imperio español de 1808 sobre los trabajadores. Una de sus conclusiones señala que los jornales se vieron afectados debido al encarecimiento de los artículos de primera necesidad, producto a su vez de la combinación de fenómenos naturales adversos a las cosechas, el estado de inflación generalizada que vivió la Nueva Granada, y el interés de comerciantes y especuladores para aprovechar las deficiencias de abastecimiento con el fin de aumentar sus ganancias. El golpe definitivo a esas mejoras lo dio la crisis política de 1808 en adelante, que paralizó el flujo del situado fiscal y llevó al cierre de los trabajos. Esas dificultades se profundizaron mucho más durante los primeros decenios de la República. La suma de estas situaciones creó un ámbito propicio para el desarrollo de la inconformidad social, la cual, en el contexto de la crisis del Imperio español iniciada en 1808, halló canales de expresión a través de la política (Solano, 2018d). Sus análisis sobre los trabajadores de Cartagena los ha complementado con un ejercicio comparativo entre las postrimerías de la Colonia y los primeros decenios del siglo XIX para mostrar cómo durante la República cayó el empleo y el nivel de vida de las gentes del común en esta ciudad, lo que lo lleva a señalar la existencia de una crisis social en ella, idea que ha sido desarrollada con mayor detalle por Roicer Flórez Bolívar en un trabajo sobre vagancia y control social en la provincia de Cartagena durante la primera mitad de ese siglo (Flórez, 2018; Solano, 2018a).

Analizando la vida interna de las milicias concluye que los libres de color hallaron algunas herramientas legales para determinar sus actitudes frente a las élites, el poder ordinario y la jerarquía militar, permitiéndoles articular de mejor forma sus actitudes ante las experiencias de discriminación social que

en otros escenarios de la vida social podían vivir de forma aislada o colectiva, pero que no podían ensamblar mediante acciones colectivas. Los maestros artesanos tenían protagonismo en los cargos de la oficialidad, y trasladaron a esos cuerpos las relaciones de ascendencia que tenían sobre sus congéneres de oficios y raza, quienes, mostrándose como fieles vasallos y defensores de la causa del rey, hicieron de las milicias un escenario de conflictos en torno a símbolos y rituales que solo eran atributos de la oficialidad blanca, disputas que reforzaron las que venían planteando en la vida social. Su conclusión es que estos conflictos poco a poco evidenciaron a los libres de color los aspectos centrales de una sociedad organizada en torno a la discriminación y la exclusión racial, y de una jerarquía de privilegios, garantizándoles anudar ciertas demandas de aspectos sociales que tocaban directamente con la condición racial, constituyéndose en una vía hacia el reclamo de la igualdad en el terreno específico de lo militar (Solano, 2018b).

Alfonso Múnera, Aline Helg, Steinar Saether, Marixa Lasso y Jorge Conde empezaron a explorar los comportamientos políticos de los grupos subalternos urbanos en la coyuntura de la crisis del imperio que se abrió desde 1808, durante la independencia y en los primeros decenios de la República, gracias a sus estudios sobre la independencia de Cartagena, del Caribe y de Santa Marta (Conde, 2009; Helg, 2011; Lasso, 2013; Múnera, 1998; Saether, 2005). Con escasos recursos de archivos y más con un método que combinaba las inferencias con el conocimiento sobre lo que se venía investigando sobre otras ciudades hispanoamericanas, Alfonso Múnera construyó algunas imágenes de esos sectores en el siglo XVIII. Su trabajo marcó una inflexión con relación a una tradición historiográfica sobre Cartagena que, o negaba cualquier papel a los subordinados en la independencia y construcción de la nación, o los reducía a un conglomerado manipulado y dirigido por las élites. Como su interés se concentró en la participación de los libres de color en los años de la emancipación, su punto de partida fue el resumen del censo de Cartagena en 1778, en el cual observó la distribución porcentual de los distintos sectores socio-raciales, asimilando los ‘libres de todos los colores’ a los subalternos.

Tanto el lugar donde realizó sus estudios de posgrado (el mundo universitario estadounidense), la emersión del tema racial en Colombia luego de la Constitución de 1991, las peculiaridades de la sociedad cartagenera contemporánea y el empleo del modelo de la subalternidad, le permitieron a Múnera reconocer la importancia de lo racial como un elemento clave para leer a la sociedad del período colonial y el primer siglo de la República, los obstáculos que imponía la condición y ascendencia negra de las personas al logro de la movilidad social y cómo, pese a que hubo familias de mulatos y negros libres que se labraron cierto reconocimiento social, a finales de ese siglo dicha raza

estaba sometida a fuertes tensiones que le abrían fisuras y permitían a esas familias diferenciarse con relación a los estratos más bajos de la población. También resaltó que, en momentos de tensiones sociales abiertas, como lo fue la crisis de la corona y la lucha por la independencia, estas familias tenían la vocería de los estratos más bajos de la sociedad y podían negociar con sectores de la élite blanca. En esa coyuntura de la crisis del imperio y gracias a los debates de las cortes de Cádiz sobre la representatividad de las diversas partes del imperio y el derecho a la ciudadanía, Múnera consideró que están las claves para entender el por qué los libres de color de Cartagena optaron por la causa de la independencia y la república (Múnera, 1998).

Marixa Lasso ha desarrollado con más detalles el tema de la aspiración a la igualdad y el tipo de ciudadanía que anhelaban los negros y mulatos libres de Cartagena. Por un lado, propuso que la política entre los libres de color sea estudiada como parte de las revoluciones del mundo atlántico que a ambos lados del océano pusieron en circulación discusiones sobre libertad, igualdad, ciudadanía, representación política, soberanía y razas. A su parecer, el ejemplo de la Revolución haitiana y las simpatías que despertó entre sectores de la población de la provincia de Cartagena se comprendería en ese contexto internacional y de la cuenca del mar Caribe. En este sentido, retrotrae el tema del interés en la igualdad a decenios antes de la crisis del Imperio español por la invasión francesa (1808) y a la promulgación de la Constitución de Cádiz (1812), tomados por muchos historiadores como el punto de partida de la influencia liberal en las colonias americanas. Por otra parte, y quizá esta sea su idea más llamativa, y al mismo tiempo discutible, propone sustraer los estudios sobre la cultura política popular a comienzos del siglo XIX, del terreno de la paradoja entre un discurso liberal moderno y una sociedad proveniente de un pasado inmediato que hacía imposible materializar aquellas ideas en instituciones y prácticas políticas modernas. La salida de lo que concibe como una falsa paradoja la halla en interpretar las ideas políticas de comienzos de esa centuria como un terreno que admite diversas miradas, asimilaciones, expectativas e interpretaciones por parte de distintos sectores sociales y raciales. Para esta autora la tradición colonial no desempeña ninguna función en la cultura política de la época de la Independencia (Lasso, 2007, 2008, 2013).

Sin embargo, más allá del interés en explicar la participación de los subordinados en la independencia de Cartagena y durante los primeros decenios de la República, el énfasis de la indagación sobre esos sectores solo en dirección de los conflictos acaecidos entre 1808 y 1815 explica que Múnera y Lasso se refirieran de forma un tanto escueta a la sociedad cartagenera del tránsito entre los siglos XVIII y XIX, al igual que la escasa indagación de fuentes que

sustentan esas referencias. Como bien anotó Steinar Saether en su balance historiográfico sobre las relaciones entre raza e independencia en el Caribe colombiano, es pobre la exploración que realizaron ambos autores de la documentación de archivos, y produjeron, en consecuencia, una imagen limitada y hasta cierto punto impresionista de la sociedad (Saether, 2010).

Aunque también interesados en explicar la participación de los subalternos en la Independencia y la vida política de los primeros decenios de vida independiente, en sus análisis de la sociedad de Cartagena y Santa Marta, al combinar el ya usual recurso de contabilizar a los distintos sectores a partir de los escuetos datos registrados en los resúmenes de los padrones, algunas descripciones impresionistas de viajeros y otras fuentes de archivos, Aline Helg y Steinar Saether han ido más atrás en el tiempo para buscar algunas claves en el siglo XVIII que les permitieran comprender de mejor forma los comportamientos políticos de esos sectores durante la crisis de la monarquía. Helg, quien venía de investigar a las gentes de color de Haití y Cuba (Helg, 2000a, 2001), se ha preguntado sobre el por qué la raza no fue un factor de cohesión en los libres de color y por qué estos no desarrollaron durante los años de la independencia de Cartagena un proyecto coherente y unificado de reivindicaciones. Sus respuestas señalan que a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX los sectores negros y mulatos en el Caribe se caracterizaban por su heterogeneidad basada en factores económicos, color de la piel y género. Helg encuentra las razones de la ausencia de estrategias grupales para romper el cerco de la discriminación racial y lograr el ascenso social, en la heterogeneidad social determinada por el mestizaje racial que fraccionaba a las gentes de color, por el diseño de estrategias en procura de libertad y autonomía mediante procedimientos individuales y familiares (fugas, cimarronaje, redes clientelistas, demanda legal y otras), el papel integrador de las milicias, el disfrute del fuero y el estatus que daba a los milicianos, por la crisis demográfica que suscitó la independencia y por el predominio de las madres solteras. De esta forma, negros y mulatos en el Caribe colombiano lograron construir un espacio social, económico y político por la vía individual y familiar. Así, esta historiadora nos ha mostrado una sociedad mucho más compleja que una imagen inicial en la cual las personas de color aparecían en un polo de la sociedad mientras que en el otro estaban los blancos (Helg, 2000b, 2005, 2011).

En su investigación sobre la sociedad, las identidades y la independencia en la provincia de Santa Marta, al preguntarse sobre las razones que llevaron a muchas poblaciones e indios de esta jurisdicción a defender la causa realista, Steinar Saether señala que las respuestas dependen más de las circunstancias locales, la visión política de la mayoría de las gentes, sus

relaciones con las élites y autoridades civiles y eclesiásticas, y las tensiones y conflictos de cada localidad anteriores al estallido de la crisis de 1809, que del hecho de que la población fuera negra, india, blanca o mestiza (Saether, 2005). Interesado en mostrar que las actitudes de los subordinados no fueron homogéneas frente a la crisis de la monarquía y los procesos de independencia, el estudio de Saether sobre los sectores populares e indios de Santa Marta y sus inmediateces lo llevó a emplear diversas estrategias investigativas, explorando las actas de los matrimonios entre personas de distintas condiciones socio-raciales y los conflictos de los indígenas con los propietarios de tierras, para así explicar la adscripción de esos sectores a la causa del rey (Saether, 2005).

Distanciados de la interpretación de Alfonso Múnera, quien inicialmente apuntó a la imagen de una costa Caribe partidaria de forma homogénea por la causa de la República y con un proyecto de nación distinto al de las élites del interior andino, lo cual suponía que las élites de las ciudades y villas y todos los sectores socio-raciales compartían esa posición, los estudios de Steinar Saether, Anthony McFarlane, Armando Martínez, Daniel Gutiérrez y Víctor Uribe Urán muestran a los grupos subalternos de Santa Marta y a las comunidades indígenas de las sabanas del centro de la provincia de Cartagena y del bajo Sinú abrazando la causa del rey y colocándose al servicio de la movilización armada de los realistas para destruir el ensayo republicano que se había creado en Cartagena desde 1811 (McFarlane, 2011; Martínez y Gutiérrez, 2010; Saether, 2005; Uribe, 2012). Indios de Mamatoco, Gaira y Ciénaga, cerca de Santa Marta, y negros, mulatos y zambos de esta ciudad, partidarios de los realistas; indios de Malambo, próximos a Barranquilla, y de Turbaco, cerca de Cartagena, decididos por la causa de la independencia; indios de las sabanas centrales de la provincia de Cartagena, del área del bajo Sinú y del bajo Cauca, partidarios de los realistas. Las posturas frente a la independencia de los sectores sociales —blancos, indios, negros libres y mestizos— en las provincias del Caribe neogranadino, empiezan a interpretarse en función de factores locales, entre los cuales el racial era uno más, y no el único. También han cuestionado la idea que concibe los años de la ‘patria boba’, que opuso a centralistas y federalistas como expresión de una confrontación entre dos proyectos de nación que fracasaron, idea esta que constituye una de las espinas dorsales del análisis de Alfonso Múnera (Múnera, 1998). Los argumentos de aquellos historiadores están a tono con la historiografía internacional dedicada a la crisis de la monarquía en 1808 y la reversión de las soberanías a los ayuntamientos y las juntas de gobierno (Chust, 2007; Chust y Serrano, 2007).

5. SUBALTERNOS LIBRES BAJO LA REPÚBLICA: ESTRATEGIAS DE SUPERVIVENCIA, CIUDADANÍA, ESTILOS DE VIDA Y MOVILIDAD SOCIAL

Varios trabajos se han encargado de reflexionar acerca de los cambios sociales que se operaron en la región bajo la República, los cuales se vivieron de forma más intensa entre los sectores subalternos. Buena parte de la historiografía sobre estos sectores ha estudiado el proceso de politización de la cultura popular. Una de las publicaciones más significativas que se ocupa de estudiar los cambios que experimentaron los sectores negros y mulatos en el Caribe colombiano después de la Independencia e iniciado el proceso de construcción del Estado nacional en Colombia, es el de Jorge Conde (Conde, 2009). Más que un siglo cerrado e inmóvil, idea sugerida por Alfonso Múnera al comparar las dinámicas de lo popular durante los siglos XVIII y XIX (Múnera, 1994), Conde muestra, al igual que Helg, Ripoll, Lasso y Saether, una primera centuria republicana con dinámicas y movilidad social de amplios sectores de la población, principalmente de los que él cataloga como intermedios. Sin embargo, un elemento a resaltar de este grupo es que en su interior existían jerarquizaciones raciales reforzadas por el blanqueamiento y la ocupación de ciertos oficios o empleos. Por ejemplo, no existía identidad de intereses entre un pardo miliciano y artesano y otro pardo sin esas condiciones. El espacio social y político que habían construido estos sectores intermedios a lo largo del siglo XVIII fue ampliado con la extensión de la ciudadanía política por los efectos del proceso de independencia, sustentado en los principios liberales de libertad e igualdad. No obstante, esto necesita ser matizado y diferenciado en cada uno de estos grupos sociales (Conde, 2009). Conde muestra una sociedad republicana incluyente para muchos sectores sociales, pero advierte que los grupos sociales no eran homogéneos en términos raciales, sociales y económicos, lo cual llevaba muchas veces a que las motivaciones, aspiraciones e intereses fueran diferentes.

Cuando comparamos los análisis dedicados a los subalternos del siglo XVIII con los del XIX salta a la vista que bajo la República, importantes franjas de esos sectores empezaron a competir con otros grupos sociales por el poder regional y en las distintas comarcas. Las investigaciones de Aline Helg, Steinar Saether, Marixa Lasso, Jorge Conde y Alfonso Fernández Villa están dirigidas a mostrar la participación política y las aspiraciones de sectores sociales distintos a las élites (Conde, 2009; Fernández, 2010, 2012; Helg, 2011; Lasso, 2013; Saether, 2005). Ahora, las redes sociopolíticas de poder también podían ser construidas y usufructuadas por políticos de orígenes humildes, objeto de los trabajos de Aline Helg sobre el almirante José Prudencio Padilla, los de Orlando Fals Borda sobre Juan José Nieto y el de Muriel Laurent sobre

Remigio Márquez (Fals, 1986; Helg, 2002, 2011; Laurent, 2014, 2015). En sus debidas proporciones estos autores han demostrado la utilidad de analizar a un personaje mediante el modelo de las redes sociales, de los vínculos que establecían a nivel individual, familiar y político con otras personas, y de la función de esas relaciones en el logro de ciertas metas personales y políticas de grupo. Los tres personajes eran hombres de color que lucharon contra diversas formas de discriminación para labrarse reconocimientos y presencia en medios sociales. Si se les compara con los casos de Pablo Caballero Pimientel y Casimiro Jinete, pintores mulatos y capitanes de milicias pardas de finales del siglo XVIII, y con el de Pedro Romero, artesano de color y protagonista de primera línea durante los sucesos de la primera República de Cartagena de Indias (1811-1815), se verán los cambios que introdujo la República y cómo empezaron a ser aprovechados por los hombres libres de color (Múnera, 2005; Solano, 2016a, 2016b; Solano y Flórez, 2012)

De igual forma, se ha establecido que uno de los mecanismos utilizados por algunos sectores medios de la población para ascender social y políticamente fue la construcción y defensa de un estilo de vida en el que la proyección de una imagen virtuosa y honorable fue esencial (Flórez, 2006). Sergio Paolo Solano rastrea los orígenes de esa forma de vida en la segunda mitad del siglo XVIII, explicándolos por el mestizaje, algunas iniciativas de las reformas borbónicas (valoración del trabajo y varios elementos de una nueva concepción sobre el hombre), las necesidades de los sistemas defensivos con mano de obra y milicianos que ayudaron a mejorar en grupos de la población el nivel de vida, y por las presiones de algunas franjas de los sectores subalternos para diferenciarse de los estratos más bajos. Según Solano, con la lucha por la independencia y el establecimiento de la República esos sectores hicieron de la confluencia entre la creciente participación política, la conciencia de clase, la reivindicación del trabajo manual y de formas de vida virtuosas, los elementos centrales para lograr el reconocimiento social. Por esta vía fueron demostrando que la condición racial no era obstáculo para llevar una vida honorable, y establecieron algunos criterios democráticos al demandar que la opinión de la comunidad fuera la que determinara la reputación de las personas. Esto significó introducir nuevos estándares para calificar la vida de las personas, aminorando el peso del honor de preeminencia y realizando el honor construido gracias a una vida virtuosa. Solano centra su análisis en el artesanado, puesto que fue el grupo socio-ocupacional que combinó todas las variables enunciadas (raza y mestizaje, trabajo, independencia, luchas por el reconocimiento, estilo de vida) y, al mismo tiempo, entre todos los sectores subordinados fue el que estuvo en mejores condiciones para utilizar los recursos introducidos por la República (prensa, participación en elecciones

públicas, milicias, sociabilidades modernas, vida partidista, apropiación de diversos elementos de la cultura política liberal, protestas, rebeliones). En consecuencia, estuvieron en condiciones de expresar sus puntos de vista en los debates más relevantes de esa centuria: organización política, ciudadanía, trabajo, nación, libertades y propiedad (Solano, 2011).

Por su parte, Jason McGraw detalla los significados que negros y mulatos de la costa Caribe colombiana le dieron a la noción de ciudadanía entre 1851 y 1910. A partir de fuentes literarias y documentos gubernamentales McGraw sugiere que el fin de la esclavitud dio forma a un ambiente de liberación política y social que animó a las personas de origen afrodescendiente a luchar por lograr el control de sus condiciones de trabajo, el ejercicio de sus profesiones, y a participar de manera activa en la vida política. Sostiene que cuando estos actores sociales se identificaban como ciudadanos lo hacían con el claro propósito de que los restantes grupos sociales los reconocieran como tales y respetaran los derechos asociados a ese estatus (McGraw, 2014).

La historiadora Sharika Crawford, con base en la experiencia de San Andrés y Providencia, amplía la incidencia que tuvieron sectores negros en la construcción de ciudadanía en el período posabolucionista. Su estudio analiza los esfuerzos que hicieron los gobiernos conservadores entre 1880 y 1930 por continentalizar las citadas islas y, sobre todo, reconstruye las respuestas que sus habitantes utilizaron para defender sus prácticas culturales frente a los mecanismos implementados por el Estado. Crawford, a partir de un detallado análisis de las dinámicas locales, regionales y nacionales, destaca la existencia de un grupo de afrodescendientes cuyo liderazgo fue central tanto en la defensa de la autonomía de San Andrés y Providencia frente al departamento de Bolívar, como en la construcción de unas visiones propias de ciudadanía e identidad. Sugiere que este grupo no definió su identidad en términos de una lengua (español), una religión (catolicismo) y un ancestro común (hispánico), como lo propusieron los gobiernos de la Hegemonía Conservadora. Los líderes afrodescendientes de San Andrés construyeron su identidad a través de la reafirmación de discursos que destacaban su pertenencia y lealtad a Colombia, así como su deseo de participar y tomar parte en los asuntos de la vida política nacional (Crawford, 2009).

Francisco Flórez también se ha sumado a este reciente interés en la trayectoria política experimentada por los habitantes de color en la época postabolucionista. De manera particular dio inicio al ejercicio de revisar las categorías de análisis que los llamados ‘estudios afrocolombianos’ han utilizado para reconstruir el papel que los sectores negros y mulatos han desempeñado en la vida republicana. En algunos artículos, haciendo alusión a la ya tradicional intersección entre nación, raza y región, Flórez ha señalado que este tipo de

análisis, para adquirir mayor complejidad, no solo debe tener en cuenta las representaciones que desde los Andes se han construido sobre la costa Caribe colombiana y los espacios de frontera en general, sino que también se hace necesario rastrear las múltiples formas como los habitantes de esos territorios, entre ellos los negros y mulatos, reaccionaron frente a ellas (Flórez, 2008). En otros textos, a propósito de la perspectiva que subraya la “invisibilidad de la población afrocolombiana”, ha sugerido que un uso inadecuado —excesivo— de ese concepto puede llevarnos a centrarnos únicamente en el peso que las estructuras de desigualdad han tenido sobre los habitantes de este origen racial. Plantea, entonces, que es imperativo recuperar las acciones y discursos por medio de los cuales estos sectores navegaron las jerarquías propias del orden socio-racial colombiano (Flórez, 2010).

La reciente tesis doctoral de Francisco Flórez, centrada en los esfuerzos de sectores negros y mulatos por materializar el ideal de igualdad en Colombia en el tránsito del siglo XIX al XX, también se inserta en esta apuesta por comprender sus términos de inclusión y acciones individuales y colectivas. Este trabajo, entre otras cosas, llama la atención sobre el “potencial liberador” que tuvo el mestizaje para algunos habitantes negros y mulatos entre 1885 y 1947. Escritores, políticos, profesionales y obreros de este origen racial participaron en la creación y definición de los contenidos que esa noción adquirió en el tránsito del siglo XIX al XX en Colombia (Flórez, 2016).

En contraste con los negros y los mulatos, de quienes se afirma que utilizaron la ideología liberal y la ciudadanía para proteger sus derechos, en el caso de los indígenas las interpretaciones historiográficas sobre su situación bajo la República son contradictorias. Algunos historiadores afirman que ser indígena y ciudadano era incompatibles, y otros plantean que, así como los negros, aquellos se apoyaron en la ciudadanía para proteger sus intereses. En el caso del Caribe colombiano, el papel de los indígenas en la República comienza a ser explorado en las investigaciones de Steinar Saether, José Polo, Sergio Paolo Solano y Roicer Flórez Bolívar, las cuales dilucidan los mecanismos que emplearon las comunidades indígenas de esta región para articularse al nuevo régimen republicano.

A partir del estudio de cinco comunidades indígenas de la provincia de Santa Marta en el siglo XIX, Steinar Saether afirma que sus integrantes renunciaron a su indianidad y optaron por ser incluidos en la sociedad republicana como ciudadanos comunes (Saether, 2008). Influenciado por François-Xavier Guerra, quien sostiene que con la independencia la sociedad cambió por haber sufrido un proceso de reconceptualización radical, Saether basa su argumentación en que para algunas comunidades identificadas como indígenas por el Estado colonial, la indianidad era en primer lugar una posición jurídica y política de carácter

colectivo. Con el establecimiento de un régimen republicano y liberal perdió su condición de ser útil, se volvió irrelevante y fue abandonada por muchas comunidades (Saether, 2008).

Una mirada diferente a la de Saether asumen Roicer Flórez Bolívar y Sergio Paolo Solano cuando estudian los grupos indígenas del Bolívar Grande (actuales departamentos del Atlántico, Bolívar, Sucre, Córdoba y San Andrés Islas) en el período de la República. La importancia de tales estudios radica en que por vez primera se reconoce la existencia de comunidades indígenas en esta parte de la región Caribe en ese período y ello tiene importantes implicaciones para el análisis de su configuración socio-racial (Flórez, 2009; Solano, 2008a, 2011; Solano y Flórez, 2007a, 2009). Flórez y Solano estudian cuatro aspectos centrales: primero, los criterios que definían la cambiante identidad socio-racial de este sector y sus relaciones con la adscripción de la identidad política de la ciudadanía como criterio esencial de la República. Segundo, las razones de la invisibilidad de las comunidades indígenas del Bolívar Grande del siglo XIX en los discursos políticos, sociológicos e historiográficos de la siguiente centuria. Tercero, los debates y acciones en torno a la existencia de los resguardos. Y cuarto, las estrategias diseñadas por los indígenas para sobrevivir en un contexto político, ideológico y económico que les era adverso. Ellos atienden la dinámica que adquirió en el Estado Soberano de Bolívar la discusión que hubo de 1863 a 1875 entre las comunidades indígenas y un sector de la élite interesado en eliminar sus resguardos, para determinar si aquellas acogieron o no el discurso liberal, y en particular el de la ciudadanía, con el fin de proteger sus intereses.

Una experiencia distinta a la que vivieron las comunidades indígenas de Santa Marta y del Bolívar Grande, fue la que tuvieron a lo largo del siglo XIX los wayuu. Mientras que los indígenas de Santa Marta y Bolívar Grande habían estado sujetos al orden colonial y después al republicano, los wayuu no vivieron esa experiencia. La diversidad de sus relaciones con la sociedad colonial determinó la manera como se integraron las comunidades indígenas del Caribe colombiano al Estado en la República. Los trabajos de Saether, Solano y Flórez muestran que los indígenas de Santa Marta y Bolívar Grande no vivían de espaldas a la República y utilizaron diferentes mecanismos para vincularse y defender su condición de ciudadanos. Pero, no sucedió lo mismo con los indígenas de La Guajira. José Polo ha estudiado los mecanismos que utilizó el Estado colombiano en el siglo XIX a fin de lograr la inserción de las comunidades wayuu (Polo, 2005) y plantea que, para lograr esa articulación, entre 1830 y 1880, fue necesario utilizar variadas estrategias políticas como el reconocimiento de las autoridades indígenas, alianzas políticas con los jefes nativos, designación de curas misioneros y apoyo controlado al comercio

nativo-criollo. Las estrategias usadas demuestran que para lograr la sujeción de los indígenas al Estado se tuvo que recurrir a negociaciones y acomodos de ambas partes (Polo, 2005). Estas prácticas indican el grado de autonomía que poseían las comunidades wayuu y el largo camino que se debía recorrer para que los indígenas de La Guajira se reconocieran como ciudadanos de la República de Colombia.

6. TRABAJO, RAZA, ESTILOS DE VIDA Y PROTESTAS

Son significativos los contrastes entre la vida de los sectores subalternos urbanos durante la Colonia y la que les tocó vivir bajo la República. Publicaciones recientes han argumentado que durante los últimos decenios del siglo XVIII estos sectores disfrutaron de la demanda de trabajo por parte de los sistemas defensivos, disfrutaron jornales de alguna proporción y algunos sectores de maestros artesanos pasaron a formar parte de los sectores sociales medios. Pero durante la primera mitad del siglo XIX esos sectores padecieron el cierre de las frentes de trabajo en los sistemas defensivos debido a la finalización de los auxilios económicos que recibía Cartagena de las demás provincias neogranadinas, y se vieron abocados al cese laboral y a sobrellevar unas difíciles condiciones de vida (Solano, 2018a; Flórez y Solano, 2014). Según Sergio Paolo Solano, el artesano de Cartagena y Mompox, los centros urbanos más importantes durante el período colonial, padecieron la crisis de buena parte del siglo XIX, y a nivel regional se empezó a recomponer gracias a la estabilización de la navegación a vapor por los ríos Magdalena, Cauca y Sinú y por efecto de los ferrocarriles de Barranquilla-Sabanilla y Cartagena-Calamar, que tuvieron efectos benéficos sobre ciertos oficios novedosos como el de la mecánica (Solano, 2012). Las dificultades económicas, la persistencia de la discriminación racial y la vida política arraigaron a este sector socio-ocupacional en el estilo de vida de corte estamental, en el que estudiar en la Universidad de Cartagena y participar en la vida política local aparecieron como estrategias familiares para lograr la movilidad social (Solano, 2011).

Gloria Isabel Ocampo se encargó de investigar las relaciones sociales en el valle del río Sinú entre 1881 y 1956 (Ocampo, 2007). En su trabajo analiza la relación entre las variables trabajo, relaciones sociales, jerarquías, estatus y estilo de vida, para concluir que al mundo hacendatario en el valle del Sinú lo caracterizó fue su “insospechada complejidad”. La hacienda era, simultáneamente, el lugar de ejercicio de un poder económico y de un orden jerárquico, y un espacio de influencias, competencias y negociaciones respecto a bienes, saberes, identidades, símbolos y estatus. Era, asimismo, el ámbito donde se

ponían en contacto grupos regionales, étnicos y categorías sociales disímiles, cuyas prácticas e interacciones, que no se circunscribían a un campo cerrado y autocontenido, imprimían fluidez y dinamismo al sistema hacendatario.

La hacienda y la ganadería participaron en la transformación de la estructura social y generaron procesos demográficos y de movilidad social. La hacienda operaba como el núcleo de una red compleja de relaciones sociales en la que ocupaban un lugar primordial los propietarios, pero también los administradores y empleados antioqueños, beneficiarios de su inserción en este tejido y, a la vez, promotores de la inclusión en él de sus amigos y parientes. A partir de ellos se configuraban redes sociales en las que desempeñaba un importante papel el parentesco.

Por otra parte, Ocampo plantea la relación entre formas de trabajo y estilos de vida, lo que le permite contradecir la imagen construida sobre las haciendas y los hacendados en esta parte del Caribe colombiano. Frente a la imagen de unos hacendados todopoderosos y unos campesinos débiles, Ocampo logra matizar estas representaciones. Verbigracia, el endeudamiento —avance— como forma preferencial de contratación del trabajo por parte de los campesinos, que ha sido interpretado para la hacienda iberoamericana como una de las formas de captación y explotación de la mano de obra, aparece aquí con otra óptica: son los trabajadores los que lo imponen, porque les permite mantener la producción independiente (y al mismo tiempo responder a imperativos culturales, como la participación en las actividades de expansión de la vida social). El ser campesinos que cultivan sus propias parcelas y trabajadores estacionales de la hacienda Marta Magdalena otorgaba a los trabajadores cierta capacidad de incidencia sobre el monto del salario y las condiciones de trabajo, en especial cuando coincidían los momentos claves de los ciclos anuales de producción campesina y hacendataria.

Con el propósito de contravenir la idea de que la ganadería no requería de mayores esfuerzos, Shawn van Ausdal ha estudiado a ras de suelo los oficios ligados a esa actividad entre 1850 y 1950, dividiéndolas entre las labores de vaquería que movilizaban los hatos, y los trabajos en los corrales, que demandaba una división técnica de las labores. Al describir las labores de acuerdo con los períodos de lluvia y sequía, Ausdal nos permite, al igual que lo habían hecho Eduardo Posada y Gloria Ocampo, penetrar en la lógica que explica el por qué esta actividad demandó grandes propiedades (Ausdal, 2011; Posada, 1988).

Por su parte, las protestas de los trabajadores modernos cuentan con varios estudios. En su fase inicial, las investigaciones sobre las inconformidades de los trabajadores urbanos y del transporte por el río Magdalena y ferrocarriles en el siglo XX surgieron ligadas a la necesidad de explicar los efectos de las

luchas sociales en el atraso económico del país y en particular de la región Caribe. Este interés, que cuenta con antecedentes en el trabajo de Miguel Urrutia, ha tenido su más reciente exponente en Eduardo Posada Carbó, quien considera que uno de los obstáculos que encontró la aclimatación de la economía moderna en la región costeña fue el contexto social caracterizado por el “relativo relajamiento de las relaciones sociales”, que imposibilitaba la cohesión social y generaba una población amante de su independencia e insubordinada frente a toda forma de control y de disciplina impuesta. Según esta tesis, que recoge de los estudios de Orlando Fals Borda sobre la sociedad agraria costeña, esa laxitud se debió a la débil cohesión social debida a la escasa presencia de las instituciones (Estado e Iglesia) en la vida individual y social de la región, y a la dispersión de la población en un vasto territorio por la ausencia de vías de comunicación.

Según Posada, de este contexto social y cultural provienen los trabajadores asalariados modernos, los que surgieron cuando esas formas de vida independientes empezaron a ser cercadas por “[...] la presión demográfica y el crecimiento de la economía de mercado [que] impusieron crecientes limitaciones al uso de los recursos, mientras determinaban nuevos patrones de relaciones sociales”. Esas franjas de pobladores desposeídos y sin acceso a los recursos naturales públicos satisficieron las necesidades del incipiente sector fabril costeño, de las haciendas, de los complejos agroindustriales y de la construcción de obras públicas. El acervo cultural que les permitió justificar sus protestas y enfrentamientos con los empresarios y el Estado combinó

[...] su propia tradición libertaria, e influidos por diversas corrientes [anarquismo, socialismo y comunismo], se desarrolló un movimiento sindical de la Costa, cuya actividad se destacó sobre todo en los puertos, en las emergentes industrias de Barranquilla y Cartagena, y en la zona bananera (Posada, 1994: 266-271 y 278; Posada, 1998a: 267).

Los trabajadores del sistema de transporte fueron los principales actores de las agitaciones laborales en la industria naviera y a lo largo del río Magdalena, y sus luchas se vieron favorecidas por “[...] la misma desorganización de las industrias navieras, (la que) agudizó la crisis del transporte fluvial”. En torno a las consecuencias de esas luchas añade:

Sin desconocer la justicia de sus demandas, hay que tener cautela, antes de glorificar la beligerancia sindical que se desarrolló en la Costa. Si bien en el corto plazo algunos grupos de trabajadores

conquistaron ciertos beneficios, el creciente peso de los costos laborales fue una barrera adicional significativa a la diversidad de problemas que frenaban el desarrollo de la economía regional (Posada, 1994: 266-271 y 278; Posada, 1998a: 267).

Una de las consecuencias de esa radicalidad sindical era el desempleo, pues los empresarios hacían recaer los altos costos de la mano de obra en la disminución del personal (Posada, 1994,1998a).

Si por los años 1960 y 1970 se privilegió el estudio de la protesta y la organización gremial y política de los trabajadores y sus confrontaciones con los empresarios y el Estado teniendo como ámbito de análisis el espacio nacional, los ensayos de los años 1980 en adelante, aunque hacen de lo político una variable fundamental de su análisis, lo leen desde la especificidad de lo social y cultural, intentando equilibrar las relaciones y singularidades entre lo regional y lo nacional. Para el caso del estudio sectorial de los trabajadores, la vocación nacional de la historiografía de aquellos decenios lo limitaba a lanzar una mirada más diseccionada que permitiera establecer los factores sociales, culturales y políticos regionales que podían incidir en el grado de radicalidad de los sectores integrantes de esa clase. Los trabajos más sobresalientes son los de Mauricio Archila y Renán Vega Cantor, quienes han iniciado una nueva etapa en los estudios sobre el conflictivo proceso de formación de los trabajadores asalariados modernos y sus expresiones culturales.

Tomando como espacio de análisis cuatro ciudades colombianas representativas de culturas populares diferentes (Bogotá, Medellín, Barrancabermeja y Barranquilla), Mauricio Archila reconstruyó la formación de sus trabajadores teniendo como referentes teóricos y metodológicos los aportes de la historiografía social anglosajona. A este historiador le ha interesado la formación de una identidad de clase entre los obreros, por lo cual ha analizado los contextos económicos, sociales y culturales de esas ciudades, las tradiciones culturales heredadas por parte de los trabajadores y las innovaciones ideológicas recibidas, todo visto en medio de los conflictos sociales que vivieron durante la primera mitad del siglo XX. Para Archila el crecimiento de las actividades económicas en Barranquilla, ligadas al puerto, atrajo corrientes migratorias de la región, las cuales se encargaron de convertirla en una síntesis de la cultura popular costeña, mientras que las inmigraciones de extranjeros impulsaron su desarrollo económico, otorgándole “el cosmopolitismo cultural que se respiraba en la ciudad”. Barranquilla será el puerto de entrada de todas las principales innovaciones culturales. Paralelo a la actividad portuaria se fue formando un sector industrial. A finales de los años 1930, el 30% de los habitantes de esa ciudad dependían de un salario. Esto creaba un mercado

que estimulaba la industrialización local, favorecida —y en esto Archila está en vía contraria de Posada— porque “la baja calificación de la mano de obra, común a todo el país, y la debilidad inicial en las organizaciones de defensa de los trabajadores, hacían del factor costo salarial otro incentivo para una temprana industrialización”.

El sector clave de la clase obrera fue el de los transportadores, que protagonizó el mayor número de protestas durante la primera mitad del siglo XX, motivadas por la búsqueda tanto de mejoras salariales, como condiciones laborales y alimenticias “más humanas”. Paralelo a estas luchas surgió la organización gremial de estos trabajadores, mutuarías hasta finales de los años 1920 y sindicatos de industrias después de 1930. La fortaleza de sus protestas en parte se debió a que ligaron su suerte a la de los gobiernos de la República liberal, pero su debilidad también fue la misma. Todo esto terminó afectando a la economía barranquillera, pues “así como la actividad transportadora había generado ese crecimiento económico, también ella será responsable de las crisis por las que atraviesa la ciudad. El destino de Barranquilla seguía ligado al río y al transporte en general” (Archila, 1991).

Renán Vega también asume una perspectiva similar en su estudio sobre la protesta social en Colombia, el que abarca casi todas las formas de inconformidades expresadas a través de las acciones colectivas y llevadas a cabo por la diversidad de sectores que integraban a las gentes de abajo, tanto de manera sectorial como aquellas acciones de naturaleza policlasista que demandaba reivindicaciones de diversas comunidades. Como bien lo dice este autor, la metodología que orienta sus indagaciones sobre el tema recoge las experiencias acuñadas por tradiciones historiográficas interesadas en estudiar a la gente común y corriente, especialmente en los procedimientos empleados para reconstruir las condiciones concretas en que se desarrollaron las protestas, los sectores en ellas involucrados, las aspiraciones demandadas y las ideologías manifiestas y latentes que las orientaban.

Vega se detiene con lujo de detalles en las expectativas y las condiciones de la mentalidad colectiva que justificaban cada protesta, para develar los universos mentales colectivos y las respectivas novedades ideológicas que los atravesaban. Así, condiciones materiales de vida, impactos de los procesos de modernización capitalista sobre los sectores subordinados, ideologías tradicionales y novedosas, formas que adquirieron las acciones directas y las actitudes de las élites, la Iglesia y las autoridades, son conjugadas con gran solvencia por este historiador para mostrarnos la existencia de una significativa tradición de rebeldía en Colombia (Vega, 2002).

Sergio Paolo Solano ha estudiado el mundo laboral, social y cultural de grandes sectores de la población urbana del Caribe colombiano, específicamente

del llamado Bolívar Grande, en un contexto de nacimiento y consolidación de la moderna sociedad capitalista a finales del siglo XIX y las primeras tres décadas del siglo XX. En contravía a la creencia de que el trabajo es solo un tema propio del mundo desarrollado, uno de los propósitos de las investigaciones de Solano es mostrar su centralidad para poder entender la formación de la moderna sociedad capitalista en la región Caribe colombiana, y que los cambios operados entre 1850 y 1930 en las formas de vida no se pueden entender cabalmente sin tener presente el elemento sociolaboral. Así, viejos problemas de diversa índole —por ejemplo, los étnicos, y las disputas por la redistribución del capital simbólico de la prestancia social— van a ser resignificados en varias direcciones gracias a que el trabajo como actividad vital y social fue reconsiderado de distintas maneras por los diversos segmentos de la sociedad, colocándose en el centro de los problemas entre las élites, las autoridades y los sectores laborales.

A partir de los logros en los estudios sobre la cultura popular, la cultura política y el elemento racial como piezas claves para entender la configuración social de la región costeña, Solano se ha ocupado, en primer lugar, de la vida, pasión y muerte de los oficios manuales urbanos en la costa Caribe colombiana; sus características; sus avances, dificultades y callejones sin salidas; las técnicas que apoyaron su desarrollo; los ritmos de trabajo; los cambios y conflictos que se suscitaron cuando los avances del capitalismo demandó la transformación o desaparición de las formas laborales tradicionales. También estudia los tejidos sociales y culturales que se fueron construyendo o retroalimentando alrededor de las ocupaciones, las consecuencias de estas sobre los estilos de vida y en las identidades sociales de sus ejercitantes, la cultura política con la que leían el ámbito de las relaciones sociolaborales establecidas con las élites empresariales y con las autoridades, la manera de concebir su lugar en la sociedad, la mentalidad acerca de la retribución salarial justa del trabajo, la justicia social, y cómo estas proveían los argumentos para justificar la protesta social.

En ese sentido, y a diferencia de la historiografía sobre los trabajadores costeños producida hasta ahora, este historiador ha investigado la evolución de grupos laborales como los jornaleros, la servidumbre doméstica, los artesanos, braceros de los puertos, navegantes, mecánicos, oficialidad de vapores, empleados del comercio y de los trabajadores del naciente sector industrial, e igualmente, del mundo sociocultural a ellos ligado y de sus relaciones y conflictos con las demás sectores sociales y con las instituciones estatales (Solano, 2003, 2008b, 2012; Solano y Flórez, 2011).

Solano ha estudiado el proceso que llevó a que el conflicto por el control del mercado laboral se constituyera en el epicentro de las disputas entre los

trabajadores portuarios, los empresarios y el Estado en las principales ciudades del Caribe colombiano durante la primera mitad del siglo XX. Analiza las modalidades adquiridas por el trabajo no calificado en los puertos y sus formas de organización para el desempeño de los oficios. Presta especial atención al estudio de las fases por las que atravesaron las relaciones trabajadores-empresas, empezando por la etapa de independencia de los trabajadores organizados en cuadrillas, pasando por la mediación de los contratistas, hasta terminar en la vinculación a la nómina de las compañías, mediadas por el control de las organizaciones gremiales sobre la provisión de la mano de obra. Mediante la continua alusión a los casos de los trabajadores de puertos en otros países demuestra que, antes que ser una anomalía en las relaciones obrero-patronales, el control de la oferta de mano de obra por los gremios de trabajadores fue algo muy común en los puertos del mundo a finales del siglo XIX y la primera mitad de la siguiente centuria (Solano, 2003, 2010a).

Más enfocado en los aspectos de la cultura política que subyacía en las protestas obreras de los trabajadores de Barranquilla, el libro de Jesús Bolívar integra el análisis del contexto histórico de esa ciudad con el del imaginario de la élite dominante imbuida en la ideología del progreso y el desarrollo de la clase obrera barranquillera (orígenes de la clase, su estructura, tipos de familia, alimentación, vivienda, características de la jornada laboral y legislación). Otras dimensiones del libro dan cuenta de la bicefalia que encarna la conciencia obrera barranquillera, manifestada en un soporte gremial a la corriente comunista mientras que en los estrados políticos el mando lo asumía un liberalismo de tipo obrero. Al no hacer de manera estricta historia desde abajo, los esbozos estructurales de la historia se combinan con la exposición de elementos no estructurales, tales como los pincelazos de carácter biográficos de Abel del Portillo Gutiérrez (liberal) y Augusto Durán Ospino (comunista), sin olvidar las opiniones sobre la ciudad y la ideología de la élite que ya mencionamos, soportado todo esto con una masa de fuentes primarias y secundarias que revisten a la investigación de seriedad académica e historiográfica (Bolívar, 2017).

De igual forma, la historiografía de las protestas de los trabajadores agrícolas ha tenido un desarrollo desigual, con mayor concentración en los obreros de las áreas de economía de enclave como la zona bananera del Magdalena. En años recientes recibió un segundo impulso con el desafío planteado por Eduardo Posada acerca de la necesidad de diferenciar entre historia y literatura, a propósito del tratamiento que dio Gabriel García Márquez a la huelga y la llamada masacre de 1928. Frente a los escasos datos comprobatorios aportados por una tradición historiográfica y política, que fue reforzada por García Márquez en su novela *Cien años de soledad*, Posada hacía un llamado

respecto de que una versión literaria no podía sustituir la necesidad de realizar una investigación histórica que acudiera a diversas fuentes de información (archivos, tradición oral, etc.). En el medio de los historiadores sociales y políticos inmediatamente se produjo una reacción contraria a esta propuesta (Posada, 1998b).

De 1990 a esta parte, los estudios han tenido una preocupación más profesional —que no quiere decir apolítica— en el sentido de que se han liberado de las interpretaciones militantes y brindan una comprensión más compleja y detallada del mundo social de esa zona. Por esos años algunos historiadores anglosajones y colombianos avanzaban en el estudio de los enclaves agrícolas estadounidenses en varias partes del mundo, aportando mayores conocimientos sobre el cultivo del banano como actividad empresarial. Frente a una mirada de la historiografía sindical sobre la llamada “masacre de las bananeras” de 1928 que no diferenciaba a los actores sociales y políticos partícipes en las protestas en esa área del Magdalena, Catherine Legrand y Marcelo Bucheli han desentrañado buena parte de las características y las condiciones del trabajo en esa área, la confluencia de distintos sectores sociales con diversos intereses —trabajadores agrícolas, campesinos, pequeños y medianos cultivadores, comerciantes, trabajadores estacionarios— (Legrand, 1988, 1998, 2009; Bucheli, 2013).

Por otra parte, W. John Green ha estudiado la influencia del gaitanismo en el Caribe colombiano (Green, 2013). Para Green el gaitanismo, después de Bogotá, fue más fuerte y tal vez más radical en la costa Caribe y en el callejón del río Magdalena. Su estudio se concentra en la influencia del gaitanismo en Cartagena, Barranquilla y Santa Marta, las principales ciudades de los departamentos costeros atlánticos de la época, Bolívar, Atlántico y Magdalena. Pero también discute el movimiento tal como existía en las ciudades a lo largo de la región costera y del río Magdalena. Las razones de esta fuerza y tendencia radical son muchas. Entre las explicaciones que señala Green sobresalen que la costa norte era un área históricamente conocida como un bastión liberal, e incluso radical-liberal. Su más pronunciada falta de tierras rurales hizo que las opiniones de Gaitán sobre la propiedad fueran muy atractivas. La composición racial de la población reforzó el gaitanismo de muchas maneras sutiles, y el recuerdo popular del papel de Gaitán como “defensor de la clase trabajadora” después de la huelga de los trabajadores bananeros de 1928 fue especialmente pronunciado en la región costera. La extraordinaria vitalidad del gaitanismo en el norte quedaría dramáticamente ilustrada en las elecciones presidenciales de 1946.

La cosmovisión gaitanista básica en la región Caribe reflejaba una amalgama de la tradición liberal de izquierda, las ideas de Gaitán y las nociones populares que las nuevas condiciones sociales urbanas permitieron emerger de manera enérgica. El sentido moral compartido por los gaitanistas de la justicia social y

las demandas de una representación política más popular unificaron su movilización multclasista y los atrajeron a Gaitán, el símbolo de sus aspiraciones. Aunque se derivaba de la tradición liberal, el gaitanismo ofrecía una alternativa popular a los dos partidos establecidos a mediados de la década de 1940, y si bien constituía una herencia ambigua, tenía un carácter consistentemente radical. El gaitanismo fue una auténtica movilización popular que desafió la hegemonía del establecimiento económico y político.

Finalmente, el movimiento fue derrotado y las victorias políticas de los gaitanistas se perdieron a causa de la violencia, pero solo a un costo grande y duradero. Aun así, esto fue tal vez menos cierto en la costa Caribe. Allí, donde la violencia fue mucho menos pronunciada, las corrientes izquierdistas liberales sobrevivieron en mayor medida en el Partido Liberal. Esas corrientes de movilización fueron expulsadas del Partido Liberal a fines de la década de 1940 y en la década de 1950, creando entidades políticas nuevas y a menudo violentas que podían rastrear su linaje directamente al gaitanismo.

7. MUJERES Y FAMILIA

Género, por lo regular asociado a las mujeres, y familia, cuentan con algunos trabajos. Con relación al período colonial Martha Lux dedicó un libro al análisis de las representaciones sobre las mujeres de la Cartagena del siglo XVII. Debido a las dificultades para hallar en la documentación de archivos documentos que se refieran a cómo se autopercebían, Lux se basó en los discursos médicos de Juan Méndez Nieto, quien residió allí en esa centuria y dejó escritos sobre los diagnósticos y tratamientos que recomendaba a las mujeres de distintas condiciones sociales. La autora que comentamos considera los discursos de este médico como un punto de confluencia de saberes, percepciones y experiencias de las mujeres del tránsito entre los siglos XVI y XVII, y también una expresión de las formas como los varones y el poder las concebían y el lugar que les asignaban en la sociedad (Lux, 2006).

Los trabajos de Rafaela Vos y Gloria Bonilla (Bonilla, 2012; Vos, 1999) se ocupan de las mujeres en Barranquilla y Cartagena entre 1900 y 1930. Ambas investigadoras estudian el mismo período pues consideran que es un tiempo de profundos cambios económicos, sociales y políticos que afectaron la relación entre hombres y mujeres en las ciudades puerto del Caribe colombiano.

En el caso puntual de Rafaela Vos, se interesó por revivir cómo en el contexto de la Barranquilla de las tres primeras décadas del siglo XX se relacionaban hombres y mujeres. Con base en el análisis de las variables religión, educación y cultura, Vos estudia la construcción de imaginarios sobre las mujeres,

la diferencia sexual y la exclusión social y política. Muestra, además, todo lo relacionado con el pudor femenino, la virginidad, las violaciones físicas y verbales, el rapto y las fugas. Sin embargo, la presencia de las mujeres en la sociedad cerrada barranquillera de principios del siglo no se presenta solo desde el esquema dominación masculina-sumisión femenina, sino que recrea las resistencias y complicidades en las relaciones de mujeres y hombres.

Aunque los sujetos centrales de la investigación son las mujeres, Rafaela Vos utiliza las variables género y clase con el fin de presentar los roles económicos y sociales que cumplían las mujeres en Barranquilla. En ese sentido, las mujeres están presentes en toda su diversidad. Verbigracia, están las damas de la alta sociedad que escriben en la prensa sobre la crisis de 1929, las nuevas maestras y empleadas administrativas, y las mujeres populares que viven, debaten y sufren problemas y conflictos en el campo, en las calles, los mercados, las esquinas.

No menos importante es el tema de los imaginarios sobre el lugar y el papel de las mujeres en la sociedad. La imagen de una mujer pulcra y sin mácula, asociada a la Virgen María, se convierte en el ideal dominante del período. En ese sentido, el tipo de educación que debían recibir las mujeres de Barranquilla es objeto de discusión en la prensa y otros espacios de construcción de opinión pública. La escuela se consideraba una institución central al ser concebida como una prolongación del hogar, por lo tanto, la Iglesia católica y los valores cristianos están presentes en la educación que recibían las mujeres. El dominar las pasiones y el evitar la vanidad son elementos centrales por los que se regían las escuelas femeninas de Barranquilla entre 1900 y 1930.

Al igual que Rafaela Vos, en los últimos años Gloria Bonilla Vélez se ha ocupado de la historia de las mujeres en el Caribe colombiano y en cómo hacer de las relaciones entre hombres y mujeres un relato histórico. Por ejemplo, en su libro articuló varios temas como el papel, los imaginarios y representaciones de las mujeres en la prensa de la ciudad. A partir de las intersecciones entre prensa, género y poder afirma que los imaginarios sobre las mujeres en la prensa de Cartagena entre 1900 y 1930 no se pueden entender sin tener en cuenta que las relaciones de poder vertebran las relaciones de género e implican desigualdades en la vida social. Estas relaciones de poder delimitan el ciclo vital de las mujeres desde niñas, adolescentes, casadas, viudas, solteras, madres solteras y abandonadas. Bonilla indaga las condiciones que fueron configurando lo femenino y los ideales de feminidad en Cartagena entre 1900 y 1930. En ese sentido, la prensa se convirtió en una herramienta fundamental de construcción de la mujer 'ideal'. Todo este imaginario encontraba expresión en lo que la autora denomina el discurso de la domesticidad y que se expresaba en leyes, ideologías políticas, el discurso médico, la prensa periódica, el sistema educativo. La literatura definió la maternidad convirtiéndola en la única identidad natural de las mujeres.

Los discursos que animaban las secciones y opiniones de la prensa en los primeros años del siglo XX proyectaban como modelo necesario una imagen de feminidad subyugada y dócil, la de la Virgen María abnegada, compañera dispuesta a perdonarlo todo de su ‘hombre’ con tal de tener la seguridad de un hogar y una familia para vencer un sentido tramposo de vacuidad y vulnerabilidad.

Ahora bien, mientras el avance del discurso de la domesticidad simbolizó el ideal de feminidad mediante la imagen de la Virgen, imponiendo la normatividad y las instituciones límites y contenidos concretos al desempeño de cada sexo, las condiciones reales mostraron que la lucha por la vida tomaba sus propios atajos. Ante la falta del hombre proveedor por viudez, abandono, o por condición de madres solteras, las mujeres pobres cargaron el peso de sacar adelante a sus familias.

La familia ha sido uno de los objetos de investigación de Pablo Rodríguez, quien con base en los censos de población cartagenera de 1777 se interesó en correlacionar los tipos de viviendas y el número y los apellidos de personas que las ocupaban, para intentar establecer las características de las familias. Esa correlación lo lleva a concluir que a finales del siglo XVIII predominaban las viviendas unifamiliares. Los hogares se distribuían entre los nucleares (mayoritarios), los de parentesco extendido —pocos— y los polinucleares (Rodríguez, 1996, 1997, 2002). Con base en esas fuentes Hermes Tovar ha expresado un punto de vista distinto. Tovar ha ‘penetrado’ en las viviendas clasificadas en casas altas, bajas y solares. Ha visto sus divisiones en “dichas y accesorias” para mostrar que no existía relación entre vivienda y familia mononuclear; todo lo contrario, ha mostrado la convivencia de muchas familias y personas de distintos orígenes y condiciones en unos espacios habitacionales divididos para albergar a familias con el propósito de que los propietarios ganaran algunos pesos. Más allá de su cuestionamiento a la idea de Pablo Rodríguez sobre una relación entre vivienda y familia mononuclear, el interés del artículo de Tovar estriba en evidenciar unas formas de convivencias indiferenciadas entre familias y personas de diversas condiciones socio-raciales y ocupacionales (Tovar, 1998). Esta idea luego también será argüida por Julián Ruiz Rivera en su ensayo sobre la distribución de los talleres artesanales en todos los espacios de la ciudad (Ruiz, 2007d; Solano, 2016c).

8. CARTAGENA EN EL SIGLO XX: CIUDAD, TURISMO E IMAGINARIOS SOCIALES Y RACIALES

Paralelo al desarrollo de los estudios sobre género, en los últimos años ha tomado fuerza la temática ciudad, turismo e imaginarios, con el fin de develar,

por un lado, el impacto social que ha tenido en Cartagena la consolidación del turismo como una de sus principales actividades económicas y, por el otro, los imaginarios que se han construido sobre la ciudad. Actualmente un grupo de jóvenes historiadores del Programa de Historia de la Universidad de Cartagena ha estudiado la relación entre turismo, raza, representaciones sociales y desarrollo urbano en Cartagena (Carrillo, 2009; Guerrero, 2008; Rivera, 2016; Vidal, 1997). Uno de los investigadores que más se ha ocupado de esta temática es Orlando de Ávila. Este joven ha desarrollado investigaciones con las cuales demuestra que no se puede entender el desalojo y reubicación de los habitantes del barrio Chambacú en 1971 sin tener en cuenta las variables turismo, raza y representaciones sociales (Ávila, 2008, 2015).

De Ávila sostiene que la construcción de la Cartagena turística es un proyecto deliberadamente sustentado en formas de exclusión social y segregación urbana que no son exclusivas del presente, sino que provienen desde el momento mismo en que la ciudad dio un giro hacia la consolidación de la industria turística, un proyecto que ha permitido que Cartagena sea el escenario de una convivencia social fragmentada, de las más altas tasas de pobreza urbana en el país, con una industria turística en apariencia pujante, pero que solo revela su prosperidad en una reducida élite económica. Sustentado en el estudio del extinto barrio Chambacú, muestra la relación existente entre la conformación de una ciudad al servicio del turismo y la generación de patrones de exclusión social contenidos en aquel proyecto.

El diseño de una imagen de ciudad sujeta a los vaivenes de la industria turística, no solo diseña espacios dispuestos para el disfrute del visitante, sino que, a su vez, crea una distancia entre la ‘ciudad real’ y la ‘ciudad fingida’; provoca que el ciudadano cartagenero no se sienta representado con las imágenes y los valores del turismo. El habitante nativo termina aislado, excluido y marginado de la ciudad que le pertenece, el ejercicio de la ciudadanía y su apropiación del espacio urbano se debilita. Los escenarios centrales de la ciudad, de alguna manera, terminan perdiendo contenido humano. La dicotomía centro-periferia se afianza.

Aunque los aportes realizados por estas investigaciones son importantes, el mayor esfuerzo sistemático por pensar la relación de las anteriores variables es el trabajo compilado por Alberto Abello Vives y Francisco Flórez. A partir de una perspectiva de larga duración y teniendo en cuenta las variables raza, pobreza y cultura en Cartagena, su libro analiza, por un lado, el orden racial que ha caracterizado a Cartagena a lo largo de su vida republicana, la intersección de ese orden con dinámicas de desigualdad económica y el proceso de reconfiguración urbana producido por el turismo desde comienzo

del siglo XX. Y, por otro lado, hace énfasis en las formas como los habitantes negros y mulatos han encarado la marginación y exclusión resultantes de los procesos mencionados. El texto muestra que personas de origen afrodescendiente, entre ellos artesanos, profesionales, obreros, escritores, han incidido en la definición de la trayectoria política, social, cultural, urbana y económica de Cartagena de Indias (Abello y Flórez, 2015).

Esto último fue lo demostrado por Jhorland Ayala y Adolfo Meisel Roca en el trabajo “La exclusión en los tiempos del auge: el caso de Cartagena”, quienes concluyeron que, aunque esta ciudad atraviesa por un momento de auge económico importante debido al dinamismo de sectores como la industria, el turismo y la actividad portuaria, los beneficios de esta prosperidad económica no se han distribuido entre toda la población, dado que la ciudad es la segunda con mayor proporción de población en condiciones de pobreza y la tercera en pobreza extrema entre las trece principales ciudades, así como la primera en exclusión social. Cartagena también registra baja proporción de población con alto nivel educativo y baja cobertura de servicios públicos, comparada con las otras principales ciudades. Además, los salarios son de los más reducidos en comparación con Bogotá, y la informalidad está por encima del promedio de las principales áreas metropolitanas. Todos estos factores traen como consecuencia que Cartagena presente el índice de exclusión social más alto entre las trece principales ciudades del país. La política ambiental parece ir en contravía de la equidad social. Los recursos presupuestados para el Plan 4C reflejan alta desigualdad en el gasto planeado para los próximos años, debido a que las zonas más vulnerables y donde vive la mayor parte de la población recibirán inversiones por montos que no superan el 5% del total, mientras que en las zonas de altos ingresos esta inversión sobrepasa el 30%. Si bien es claro que se necesita proteger y conservar el recurso turístico de la ciudad, no hay ninguna razón que justifique dicha desigualdad en el gasto planeado (Ayala y Meisel, 2016).

En definitiva, más que ser una ciudad fantástica, palabra empleada por un reconocido cantante colombiano para describir a Cartagena, es una ciudad en la cual se excluye y margina a la mayor parte de su población por sus condiciones económicas, sociales y raciales.

9. LIMITACIONES, VACÍOS Y POSIBILIDADES

Además de algunos problemas que hemos reseñado en este capítulo, otros aspectos se evidencian al momento de señalar las limitaciones, posibles errores y posibilidades en la historiografía social sobre el Caribe colombiano.

1. Mientras que con relación a la Colonia los estudios han tenido ciertos ejes aglutinantes —élites, raza, sectores subalternos, formas de poblamiento y la participación de distintos sectores sociales en el contexto de la crisis del Imperio español— y se han adelantado algunas discusiones, no sucede lo mismo respecto de los siglos XIX y XX, pues el abanico de temas es más abierto y en muchos casos los trabajos siguen siendo muy puntuales y no han suscitado debates.
2. Los estudios de historia empresarial, del comercio y de la vida institucional colonial nos han permitido conocer aspectos importantes sobre las élites de Cartagena, Santa Marta, Barranquilla y algunas poblaciones ligadas a la economía ganadera republicana (Sincelejo, Corozal, Loricá, Montería, Valledupar). Contamos con algún conocimiento sobre varias de sus franjas y los vínculos que establecieron con las instituciones y los relevos en el dominio de estas. Vistas a largo plazo, se necesita profundizar en el estudio de las élites sociales desde la perspectiva de las redes sociales —entronques familiares, redes comerciales, facciones políticas— y sus relaciones con el poder desde una perspectiva microhistórica, lo que debe ayudar a tener una mejor comprensión de este grupo social y sus relaciones con los demás sectores de la sociedad.

El tratamiento dado a este sector social parte de un modelo definido por Magnus Mörner en sus estudios sobre la estratificación social en Hispanoamérica, los cuales integran los elementos que definían su estatus social —blancura, riqueza, prestancia y poder— (Mörner, 1983). Sin embargo, el problema radica en que, por lo regular, este modelo otorga homogeneidad a este sector y omite sus fisuras, las cuales en determinadas circunstancias dan las claves para entender aspectos centrales de determinados procesos históricos. Si pensamos en modelos de análisis que conceden importancia a las formas como los grupos sociales se autoperceben y son percibidos por los demás sectores (Max Weber, Vilfredo Pareto y Pierre Bourdieu, por ejemplo), el análisis de las élites, sin dejar a un lado lo económico, racial y el poder, debe conceder igual importancia al mundo de las representaciones sociales. O si también pensamos en la posibilidad de análisis de este sector social en términos de las redes sociales, prosopografías y genealogías sociales (Bertrand, 1999, 2011), se complejizan de mejor forma los estudios de este sector social, pues permiten ver de forma diferenciada la asimetría en la distribución de los factores (riqueza, prestancia, poder, capitales simbólicos), como también la urdimbre de tejidos de relaciones que van más allá de los compartimentos de los variados grupos sociales.

3. Hasta ahora los acentos se han colocado en concebir a la sociedad como una sumatoria de grupos sociales que están compartimentados, y escasa

atención se ha prestado al estudio de las relaciones entre esos grupos y los individuos de distintas condiciones sociales. Proponemos que esa forma de concebir la sociedad debe complementarse con su entendimiento como un complejo campo de relaciones diferenciadas, en el que tanto se relacionan individuos de un mismo grupo (relaciones horizontales), como personas de diferentes grupos (relaciones verticales).

4. Sobre los sectores subalternos existe un desbalance entre lo que conocemos de los años de crisis del Imperio español, los sucesos de la Independencia y los tres primeros decenios de vida independiente, y lo poco que sabemos de los siglos XVI, XVII y buena parte del XVIII. La ausencia de investigaciones atinentes a esos sectores crea vacíos y serias dificultades para poder analizar su tránsito a la vida republicana. Poco conocemos sobre sus aspiraciones y acerca del acervo político con el que arribaron a la crisis de 1808 en adelante. De igual forma, se necesitan investigaciones que eviten proyectar a todo el siglo XVIII la imagen polarizada de la sociedad de 1808 en adelante, esa especie de lectura en blanco y negro que, en parte, como bien anotó Steinar Saether, debe su origen al lugar de enunciación (modelo socio-racial estadounidense), que es trasladado al estudio de las sociedades hispanoamericanas (Saether, 2010).
5. El conocimiento de los sectores medios también es una necesidad, tanto para tener una idea más compleja de la sociedad, como para entender ciertos procesos sociales y políticos en los que tuvieron protagonismo de primera fila. Los historiadores que basan sus análisis en la raza o en el modelo de la subalternidad tienden a sumir a estos sectores en lo popular o en categorías aglutinantes —pardos, libres de varios colores— que poco beneficio prestan al análisis social. No basta con intuir, o inferir a partir de lo que sucede con las sociedades modernas, que esos sectores existieron. Debemos dirigir las investigaciones hacia el clero, los abogados, ciertos oficios como cirujanos, escribanos, cargos de la República como los procuradores de número y la mediana y pequeña burocracia, y los maestros artesanos prestantes, para estudiar a ese sector. El comercio es otro campo en el que debemos buscar a esos sectores. Al ser una ciudad portuaria que tenía el monopolio del tráfico neogranadino, tendemos a realizar una operación que reduce esta actividad a los grandes comerciantes del intercambio con España y el contrabando, pero además de estos, estuvieron los mercaderes y los pulperos. Y si descendemos más, estaban los trajinantes y los regatones. Y esto también vale para los siglos de la República. Además, debemos indagar sobre los elementos estamentales que estaban presentes en este sector social.

6. Los estudios acerca de los esclavos en los espacios urbanos deben establecer periodizaciones, diferenciar entre el conglomerado de esclavos del rey y los esclavos propiedad de particulares, prestar más atención a los oficios que desempeñaban ambos sectores y sus sitios de vivienda. Una simple revisión del censo de 1777 en el barrio Santo Toribio de Cartagena registra a muchos esclavos viviendo por fuera de las casas de sus amos y a muchos esclavos del rey casados con mujeres libres, así como a esclavas particulares casadas con hombres libres, y documentos del siglo XVIII presentan a algunos en relación monetaria con sus amos. De igual manera, los listados de jornales pagados a los trabajadores libres, presos y esclavos del rey que laboraban en las fortificaciones de la ciudad indican que muchos tenían oficios calificados; esto es importante, porque más allá del rechazo que nos suscita ese inhumano sistema de explotación, el tener en cuenta estas variables añade nuevas perspectivas investigativas a las que ya se han abierto respecto a la utilización que hicieron esclavos y esclavas del llamado Código Negro para reivindicar mejores condiciones de vida, el cambio de amos, y para que las autoridades confirmaran la manumisión. Debe continuar profundizándose en el estudio de casos de conflictos que acompañaron los procesos de manumisión concedida y automanumisión, y para ello es clave ensanchar el empleo de los expedientes judiciales atinentes a procesos en los que aparecen involucrados, pues pese a obedecer a una mirada desde arriba y elaborada por abogados y amanuenses, es posible ver en ellos los conflictos y las capacidades de negociación de los esclavos.
7. Aunque la República introdujo novedades en la cultura política de todos los sectores de la población, la insistencia en los cambios algunas veces deja de lado la existencia de cierta continuidad entre la republicana y la colonial, así como sus cruces y retroalimentación; con diversidad de énfasis y matices el tema forma parte de un debate que involucra a un significativo número de historiadores latinoamericanistas con puntos de vista distintos, lo que obliga a ahondar en el tema antes de arriesgarse a creer que existen conclusiones definitivas. Para el caso de Cartagena, y quizá esto también es aplicable a todas las ciudades portuarias que tuvieron un protagonismo significativo en la defensa del imperio mediante el sistema de las milicias de colores, una mirada al interior de estas permite observar cómo los artesanos de color que tuvieron grados en la oficialidad las convirtieron en espacios de conflictos para alcanzar prerrogativas representadas en rituales y símbolos que disminuyeran las distancias que los separaban de los oficiales blancos. Y esto tuvo profundas implicaciones en la sociedad, de igual dimensión a las suscitadas por el

usufructo del fuero militar, tema sobre el que ha descansado el acento de las investigaciones. En las postrimerías del primer decenio del siglo XIX esos oficiales-artesanos de color estaban reclamando la igualdad total, aun antes de que las cortes de Cádiz empezaran a discutir el tema de la representación política y la ciudadanía.

8. A diferencia de lo que ha sucedido con la segunda mitad del siglo XVIII y el XIX, las investigaciones sobre el siglo XX se ocupan mayoritariamente del espacio urbano. Por ejemplo, las temáticas de género trabajan únicamente Cartagena y Barranquilla. En ese sentido es pertinente, para tener una imagen global de la mujer costeña, estudiar las zonas rurales del Caribe colombiano. Esto, sin duda, cobra más importancia si tenemos que hasta la década de los setenta del siglo XX la mayor parte de la población costeña no residía en los centros urbanos, sino en el campo.
9. Si se evalúa la producción de la historiografía social del Caribe colombiano en relación con las variables Iglesia y religión, debemos concluir que acusa muchas falencias y vacíos. En este sentido dependemos de producciones e investigaciones aisladas y de las intenciones pasajeras de nuestros historiadores, aparte de la dificultad que muchas veces se tiene para disponer de fuentes de información que permitan ver un panorama más amplio al respecto, dada la imposibilidad de abordar los archivos institucionales de la Iglesia. Sin duda, parte de la explicación para que siga dominando este vacío en la historia política del Caribe colombiano está en la idea — que ha hecho carrera— de presentar a la costa norte del país como una zona o región en la cual la Iglesia como institución tuvo menos poder e influencia debido a las particularidades históricas de la sociedad, es decir, parece que de entrada se negara la importancia de estudiar este tema. Sin embargo, los mismos estudios aislados demuestran la importancia que reviste acudir a esa faceta de nuestro pasado, por lo tanto, es necesario que la Iglesia católica y el aspecto religioso se tengan en cuenta en las agendas de los estudiosos del pasado y de los científicos sociales en el Caribe colombiano. Entre los intelectuales costeños se ha consolidado la idea de una Iglesia frágil y con poca presencia en la región, al igual que de una sociedad desordenada y no sujeta al control social. En este punto es pertinente preguntar: ¿cuántos estudios existen actualmente en la región que comprueben las aseveraciones señaladas? Los pocos trabajos que hay no ayudan mucho, pues algunos lo que hacen es tomar, literalmente y sin inventario, lo que estamparon en sus escritos e informes los curas, obispos, militares y gobernadores provinciales en el siglo XVIII. No obstante, se debe recordar que estas ideas obedecían a un fin político destinado a magnificar el trabajo religioso y militar de los funcionarios,

principalmente en el contexto de la fundación y refundación de pueblos adelantadas por los Borbones. Muchos informes eran sensacionalistas y no demostraban la realidad (Saether, 2010); entonces, la idea de una Iglesia débil y con poca presencia en la sociedad del Caribe colombiano se sustenta en vagas especulaciones más que en estudios sistemáticos que aborden fuentes diferentes a las relacionadas con el poder y las autoridades coloniales. En definitiva, el proceso de secularización y las relaciones entre los poderes civil y eclesiástico en el siglo XIX en la región, el papel de las figuras de la Iglesia, el poder e influencia de la prensa eclesiástica y las particularidades del tema religioso en las guerras civiles y los conflictos políticos locales, son algunos de los tantos asuntos que quedan por investigar. Sin duda, este último tema es otra de las cuentas por saldar en la historiografía política del Caribe colombiano.

10. Entendemos que es inevitable tender puentes entre el presente y el pasado, y es ineludible que en contextos sociales y políticos como los que se viven en el Caribe colombiano, el estudio del pasado tenga implicaciones políticas en el presente. Sin embargo, y sin negar los alcances políticos del conocimiento histórico, a veces es necesario avanzar en algunas direcciones que pueden molestar a ciertos tipos de militancias raciales, regionalistas y culturalistas. También es imprescindible establecer puentes entre la historia regional y la nacional. Es positivo ver las peculiaridades de la región, sus diferencias con el resto del país; pero también, se impone la tarea de que el conocimiento histórico resalte los procesos de integración del Caribe a la nación.

REFERENCIAS

- Abello, A.; Flórez, F. (eds.) (2015). *Los desterrados del paraíso. Raza, pobreza y cultura en Cartagena de Indias*, Cartagena: Instituto de Patrimonio y Cultura de Cartagena de Indias.
- Aguilera, M.; Meisel, A. (2009). *Tres siglos de historia demográfica de Cartagena de Indias*, Cartagena: Banco de la República.
- Arcila, M. T.; Gómez, L. (2009). *Libres, cimarrones y arrojados en la frontera entre Antioquia y Cartagena, siglo XVIII*, Bogotá: Siglo del Hombre Editores / Universidad de Antioquia.
- Archila, M. (1991). *Cultura e identidad obrera, Colombia 1910-1945*, Bogotá: Centro de Investigación y Educación Popular.
- Ariza, N. (2015). “Los pecados públicos de doña Luisa Llerena y la justicia del rey en Cartagena de Indias a mediados del siglo XVIII”, *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, vol. 20, núm. 1, pp. 97-122.

- Ávila, O. de (2008). “Construyendo sospechas: imaginarios del miedo, segregación urbana y exclusión social en Cartagena, 1956-1971”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 7, pp. 1-12.
- Ávila, O. de (2015). “Los desterrados del paraíso: turismo, desarrollo y patrimonialización en Cartagena a mediados del siglo XX”, en: A. Abello y F. Flórez (eds.), *Los desterrados del paraíso. Raza, pobreza y cultura en Cartagena de Indias* (pp. 123-146), Cartagena: Instituto de Patrimonio y Cultura de Cartagena de Indias.
- Ayala, J.; Meisel, A. (2016). “La exclusión en los tiempos del auge: el caso de Cartagena”, *Documentos de Trabajo sobre Economía Regional*, núm. 246, Centro de Estudios Económicos Regionales (CEER), Banco de la República de Cartagena.
- Bell, G. (1991). *Cartagena de Indias: de la Colonia a la República*, Bogotá: Fundación Guberek.
- Bertrand, M. (1999). “La élite colonial en la Nueva España del siglo XVIII: un planteamiento en términos de redes sociales”, en: B. Schröter y C. Büschges (eds.), *Beneméritos, aristócratas y empresarios. Identidades y estructuras sociales de las capas altas urbanas en América hispánica* (pp. 35-51), Madrid/Frankfurt: Vervuert/Iberoamericana.
- Bertrand, M. (2011). *Grandeza y miseria del oficio. Los oficiales de la Real Hacienda de la Nueva España, siglos XVII y XVIII*, México: FCE / Instituto Mora / Colegio de Michoacán / Corporación Internacional para el Desarrollo Educativo / Cemca.
- Blanco, J. A. (2011-2014). *Obras completas*, tres tomos, Barranquilla: Universidad del Norte.
- Bolívar, J. (2017). *Barranquilla 1900-1950. Ciudad, élite y conciencia obrera*, Barranquilla: Editorial Cencys 21.
- Bonilla, G. (2012). *Las mujeres en la prensa de Cartagena, 1900-1930*, Cartagena: Universidad de Cartagena.
- Borrego, M. (1973). *Palenques de negros en Cartagena de Indias a fines del siglo XVII*, Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos.
- Borrego, M. (1991). “Los repartos de tierra en Cartagena de Indias bajo los Austrias”, en: B. Torres (coord.), *Andalucía y América. Propiedad de la tierra, latifundios y movimientos campesinos* (pp. 91-119), Sevilla: Diputación de Huelva.
- Borrego, M. (1994). “La conformación de una sociedad mestiza en la época de los Austrias, 1540-1700”, en: A. Meisel (ed.), *Historia económica y social del Caribe colombiano* (pp. 59-107), Barranquilla: Universidad del Norte.
- Borrego, M. (1997). “Cartagena de Indias en 1633: perfil de un grupo de poder”, en: J. Calderón, M. Sarabia, J. Ortiz, P. Pérez-Mallaína y J. Hernández (eds.), *Entre Puebla de los Ángeles y Sevilla: estudios americanistas en homenaje*

- al Dr. José Antonio Calderón Quijano (pp. 303-316), Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Borrego, M. (2005a). “Felipe V y Cartagena de Indias: cabildo, crisis y desmembramiento”, en: M. García, L. Navarro y J. Ruiz (coords.), *Élites urbanas en Hispanoamérica* (pp. 277-293), Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Borrego, M. (2005b). “La guerra de Sucesión y Cartagena de Indias: el poder de una oligarquía”, en: A. Gutiérrez y M. Laviana (coords.), *Estudio sobre América, siglos XVI-XX* (pp. 1049-1070), Madrid: Asociación Española de Americanistas.
- Borrego, M. (2010). *Cartagena de Indias. La andadura de una vida bajo la Colonia*, Bogotá: El Áncora Editores.
- Bucheli, M. (2013). *Después de La Hojarasca. United Fruit Company en Colombia, 1899-2000*, Bogotá: Universidad de los Andes / Banco de la República.
- Cappelli, V. (2006 [1.^a ed. italiano: 2003]), “Entre ‘Macondo’ y Barranquilla. Los italianos en la Colombia caribeña. De finales del siglo XIX hasta la Segunda Guerra Mundial”, *Memoria y Sociedad*, vol. 10, núm. 20, pp. 25-48.
- Carrillo, H. (2009). “El desarrollo de la actividad turística en Cartagena de Indias: implicaciones sociales y urbanas, 1943-1978”, Medellín, ponencia presentada en el VII Encuentro Nacional de Estudiantes de Historia, Universidad Nacional.
- Conde, J. (1999). *Espacio, sociedad y conflictos en la provincia de Cartagena, 1740-1815*, Barranquilla: Universidad del Atlántico.
- Conde, J. (2009). *Buscando la nación. Ciudadanía, clase y tensión racial en el Caribe colombiano, 1821-1855*, Medellín: La Carreta Editores / Universidad del Atlántico.
- Conde, J. (2013). “La administración de justicia en las sociedades rurales del Nuevo Reino de Granada, 1739-1803”, *Historia Crítica*, núm. 49, pp. 35-54.
- Conde, J. (2016). “Capitanes a guerra. Gobierno económico y político en el Virreinato del Nuevo Reino de Granada”, *Historia Caribe*, vol. 11, núm. 29, pp. 155-182.
- Conde, J. (2017). “Aunque rústicos, no les faltaba el conocimiento de la razón: justicia y sociedad campesina en el sitio de Chinú, Nuevo Reino de Granada, 1798-1813”, *Historiolo*, vol. 9, núm. 18, pp. 51-81.
- Crawford, S. (2009). *Under the Colombian Flag: Nation-Building on San Andrés and Providence Islands, 1886-1930*, disertación doctoral, University of Pittsburgh.
- Cuño, J. (2009). “El Consulado de Comercio. Cartagena de Indias y su papel económico y político en el conflicto de independencia (1795-1821)”. *Studia Histórica, Historia Contemporánea*, núm. 27, pp. 311-348.
- Cuño, J. (2017). “Tramas de poder social, político y económico en Nueva Granada a fines del período colonial”, en: S. O’Phelan Godoy y M. Rodríguez (coords.), *El ocaso del antiguo régimen en los imperios ibéricos* (pp.

- 186-203), Lisboa/Lima: Universidade Nova de Lisboa / Universidad Católica del Perú.
- Chust, M. (coord.) (2007). *1808, la eclosión juntera en el mundo hispano*, México: Colmex/FCE.
- Chust, M.; Serrano, J. A. (eds.) (2007). *Debates sobre las independencias iberoamericanas*, Frankfurt/Madrid: Ahila / Vervuert/ Iberoamericana.
- Daza, V. (2009). *Los marqueses de Santa Coa. Una historia económica del Caribe colombiano, 1750-1810*, Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Escobar, R. (2002). “Los criptojudíos de Cartagena de Indias: un eslabón en la diáspora conversa”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, núm. 22, pp. 45-71.
- Escobar, R. (2011). “Judíos y judaizantes en el Tribunal de Cartagena de Indias”, en: A. Sourdís y A. Velasco (eds.), *Los judíos en Colombia. Una aproximación histórica* (pp. 97-121), Colombia: Panamericana.
- Fals, O. (1979). *Mompox y Loba*, Bogotá: Carlos Valencia Editores.
- Fals, O. (1986). *El presidente Nieto*, Bogotá: Carlos Valencia Editores.
- Fernández, A. (2005). “Clientelismo y guerra civil en Cartagena sobre las estrategias políticas de la élite cartagenera (1885-1895)”, *Memorias*, núm. 2, pp. 1-38.
- Fernández, A. (2010). “La participación de los sectores populares en la vida política de la provincia de Cartagena, C. 1821-C. 1850”, tesis para optar al título de doctor en Historia, Sevilla: Universidad Pablo de Olavide.
- Fernández, A. (2012). “Los sectores populares de la provincia de Cartagena y su participación política en los inicios de la República”, en: F. Rubio (ed.), *Retazos de la pluralidad. Perspectivas de la realidad histórica latinoamericana* (pp. 125-188), Sevilla: Aconcagua Libros.
- Flórez, F. (2008). “Representaciones sobre el Caribe colombiano en los debates sobre la degeneración de las razas: geografía, raza y nación a comienzos del siglo XX”, *Historia y Espacio*, núm. 31, pp. 5-20.
- Flórez, F. (2010). “Iluminados por la educación: los ilustrados afrodescendientes del Caribe colombiano a comienzos del siglo XX”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 9, pp. 35-58.
- Flórez, F. (2016). “En sus propios términos. Negros y mulatos y las luchas por la igualdad en Colombia, 1885-1947”, disertación doctoral, University of Pittsburgh.
- Flórez, R. (2006). “Ciudadanos y vecinos: un acercamiento al proceso de construcción del ciudadano en Cartagena durante el siglo XIX”, *Historia Caribe*, núm. 10, pp. 111-128.
- Flórez, R. (2007). *El uso privado de la autoridad pública en el Estado Soberano de Bolívar, 1863-1878*, tesis para optar por el título de magíster en Historia

- de Colombia, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia / Universidad de Cartagena.
- Flórez, R. (2009). “Indígenas y ciudadanía. El problema de los resguardos en el Estado Soberano de Bolívar, 1863-1875”, *Historia y Sociedad*, núm. 16, pp. 49-72.
- Flórez, R. (2018). “Sociedad, delincuencia y control social en la provincia de Cartagena, Nueva Granada, 1821-1853” (artículo en evaluación).
- Flórez, R.; Álvarez, J. (2011). “El retorno de la política: la ‘nueva’ historia política sobre el Caribe colombiano en el siglo XIX. Tendencias, rumbos y perspectivas”, en: J. Polo y S. P. Solano (eds.), *Historia social del Caribe colombiano* (pp. 231-267), Medellín: La Carreta Editores / Universidad de Cartagena.
- Flórez, R.; Solano, S. P. (2014). “Los años de las dificultades: la Caja de Ahorros de la Provincia de Cartagena, Nueva Granada, 1843-1853”, *América Latina en la Historia Económica*, vol. 21, núm. 2, pp. 114-142.
- Gallego, J. (2004). “Zambaje y conflicto en la provincia de Cartagena, 1602-1640”, *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, vol. 9, núm. 1, pp. 49-78.
- García, R. (2006). *Los extranjeros en Colombia. Su aporte a la construcción de la nación, 1810-1920*, Bogotá: Planeta.
- Giolitto, L. (2003). “Esclavitud y libertad en Cartagena de Indias. Reflexiones en torno a un caso de manumisión a finales del período colonial”, *Fronteras de la Historia*, núm. 8, pp. 63-91.
- Gómez, C. (1984). *Pedro de Heredia y Cartagena de Indias*, Sevilla: CSIC/Eeha.
- Gómez, C. (1985). “El Consulado de Sevilla y la formación de las oligarquías en Cartagena de Indias a principios del siglo XVIII”, en: B. Torres y J. Hernández (eds.), *Andalucía y América en el siglo XVIII. Actas de las IV Jornadas de Andalucía y América* (pp. 329-348), Sevilla: CSIC.
- Gómez, C. (2009). “Los beneméritos de la tierra. Oro, conquista y poder en Cartagena de Indias, 1532-1560”, en H. Calvo y A. Meisel (eds.), *Cartagena de Indias en el siglo XVI* (pp. 131-177), Cartagena: Banco de la República.
- Green, W. J. (2013 [1.ª ed. inglés: 2003]). *Gaitanismo, liberalismo de izquierda y movilización popular*, Medellín: Universidad Eafit / Banco de la República.
- Guerrero, L. (2008). *Imaginario urbanos en Cartagena: visiones y proyectos de ciudad, 1910- 1925*, tesis para optar por el título de historiadora, Cartagena: Universidad de Cartagena.
- Helg, A. (1999). “Esclavos y libres de color, negros y mulatos en la investigación y la historia de Colombia”, *Revista Iberoamericana*, vol. LXV, núm.188-189, pp. 697-712.
- Helg, A. (2000a). *Lo que nos corresponde: la lucha de los negros y mulatos por la igualdad en Cuba, 1886-1912*, La Habana: Imagen Contemporánea.

- Helg, A. (2000b). “Raíces de la invisibilidad del afrocaribe en la imagen de la nación colombiana: independencia y sociedad, 1800-1821”, en: G. Sánchez y M. E. Wills (eds.), *Museo, memoria y nación* (pp. 219-251), Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Helg, A. (2001). “A fragmented majority: Free ‘of All Colors’, Indians, and slaves in Caribbean Colombia during the Haitian Revolution”, en: D. Geggus (ed.), *The impact of the Haitian Revolution in the Atlantic World* (pp. 157-175), Charleston: University of South Carolina Press.
- Helg, A. (2002). “El general José Padilla en su laberinto: Cartagena en el decenio de 1820”, en: H. Calvo y A. Meisel (eds.), *Cartagena de Indias en el siglo XIX* (pp. 3-29), Cartagena: Universidad Jorge Tadeo Lozano / Banco de la República.
- Helg, A. (2005). “Sociedad y raza en Cartagena a fines del siglo XVIII”, en: H. Calvo y A. Meisel (eds.), *Cartagena de Indias en el siglo XVIII* (pp. 319-364), Bogotá: Banco de la República.
- Helg, A. (2007). “La negación de la cuestión racial en la Colombia caribeña en los albores de la construcción nacional (1810-1828)”, en: N. Jacobsen y C. Aljovín (eds.), *Cultura política en los Andes, 1750-1950* (pp. 291-317), Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos / Instituto Francés de Estudios Andinos.
- Helg, A. (2011 [1.ª ed. inglés: 2005]). *Libertad e igualdad en el Caribe colombiano, 1770-1835*, Bogotá: Banco de la República / Universidad Eafit.
- Helg, A. (2017). “Dominga Pérez, una frágil libertad a fines del siglo XVIII”. *Boletín Museo del Oro*, 57, pp. 86-112.
- Herrera, M. (2002). *Ordenar para controlar. Ordenamiento espacial y control político en las llanuras del Caribe y en los Andes centrales neogranadinos. Siglo XVIII*, Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia / Academia Colombiana de Historia.
- Herrera, M. (2006a). “Libres de todos los colores: el ordenamiento social en las llanuras del Caribe”, en: A. Abello (comp.), *El Caribe en la nación colombiana* (pp. 248-267), Bogotá: Museo Nacional de Colombia / Observatorio del Caribe Colombiano.
- Herrera, M. (2006b). “La geografía de la guerra. Los chimilas y el Estado colonial en el siglo XVIII”, en: A. Abello (comp.), *Un Caribe sin plantación* (pp. 141-191), San Andrés Islas: Universidad Nacional / Observatorio del Caribe Colombiano.
- Herrera, M. (2015). “El arrojamiento: nominar para criminalizar”, en: J. Polo y R. Acevedo (eds.), *Sociedad, política y cultura en Colombia, siglos XVIII-XIX* (pp. 75-98), Medellín: La Carreta Editores / Universidad de Cartagena.

- Juan, J.; Ulloa, A. de (1748). *Relación del viaje a la América Meridional*, tomo primero, Madrid: Imprenta de Antonio Marín.
- Kuethe, A. (1993 [1.^a ed. inglés: 1967]). *Reforma militar y sociedad en la Nueva Granada, 1773-1808*, Bogotá: Banco de la República.
- Landers, J. (2002). “Conspiradores esclavizados en Cartagena en el siglo XVII”, en: C. Mosquera, M. Pardo y O. Hoffmann (eds.), *Afrodescendientes en las Américas* (pp. 181-193, Bogotá: Universidad Nacional / Instituto Colombiano de Antropología e Historia / L’institute de recherche pour le développement.
- Langebaek, C. (2006). “Pasado indígena en la costa Caribe: interpretación en cinco actos”, en: A. Abello (ed.). *El Caribe en la nación colombiana* (pp. 38-66), Bogotá: Museo Nacional / Observatorio del Caribe Colombiano.
- Lasso, M. (2007). “Un mito republicano de armonía racial: raza y patriotismo en Colombia, 1820-1812”, *Revista de Estudios Sociales*, núm. 27, pp. 32-45.
- Lasso, M. (2008). “El día de la Independencia: una revisión necesaria”, *Nuevo Mundo - Mundos Nuevos* [en línea], consultado el 27 de julio de 2017, capturado de http://nuevomundo.revues.org/index_32872.html
- Lasso, M. (2013 [1.^a ed. inglés: 2007]). *Mitos de armonía racial. Raza y republicanismo durante la era de la revolución, Colombia 1795-1831*, Bogotá: Universidad de los Andes / Banco de la República.
- Laurent, M. (2014). *Contrabando, poder y color en los albores de la República. Nueva Granada, 1822-1824*, Bogotá: Universidad de los Andes.
- Laurent, M. (2015). “Las redes de Remigio Márquez. Las relaciones interpersonales de un pardo en la primera república cartagenera y en la Gran Colombia”, en: J. Polo y R. Acevedo (eds.), *Sociedad, política y cultura en Colombia, siglos XVIII-XIX* (pp. 123-152), Medellín: La Carreta Editores / Universidad de Cartagena.
- Legrand, C. (1988). “Campesinos y asalariados en la zona bananera de Santa Marta, 1900-1935”, en: G. Bell (ed.), *El Caribe colombiano: selección de textos históricos* (pp. 183-197), Barranquilla: Universidad del Norte.
- Legrand, C. (1998). “Living in Macondo. Economy and culture in a United Fruit Company Banana enclave in Colombia”, en: C. LeGrand, J. Gilbert y R. Salvatore (eds.), *Close Encounters Of Empires. Writing the Cultural History of U.S.-Latin American Relations* (pp. 333-368), Durham/London: Duke University Press.
- Legrand, C. (2009). “Tierra, organización social y huelga: la zona bananera del Magdalena, 1890-1928”, en: M. Archila y L. Torres (eds.), *Bananeras. Huelga y masacre, 80 años* (pp. 19-34), Bogotá: Universidad Nacional.
- Lohmann, G. (1990). *Neogranadinos en las órdenes nobiliarias. Datos tomados de la obra Los americanos en las órdenes nobiliarias*, Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica.
- Lucena, M. (1993). “Las nuevas poblaciones de Cartagena de Indias, 1774-1794”, *Revista de Indias*, vol. 53, núm. 199, pp. 761-784.

- Luna, L. (1993). *Resguardos coloniales de Santa Marta y Cartagena y resistencia indígena*, Bogotá: Banco Popular.
- Lux, M. (2006). *Las mujeres de Cartagena de Indias en el siglo XVII*, Bogotá: Universidad de los Andes.
- Marchena, J. (1982). *La institución militar en Cartagena de Indias, 1700-1810*, Sevilla: Eeha.
- Marchena, J. (1991). “Reformas borbónicas y poder popular en la América de las Luces. El temor al pueblo en armas a fines del período colonial”, *Anales de Historia Contemporánea*, núm. 8, pp. 187-199.
- Marchena, J. (1992). *Ejército y milicias en el mundo colonial americano*, Madrid: Mapfre.
- Marrugo, C. (2014). “El Programa de Historia de la Universidad de Cartagena y su contribución a la historiografía local: 2005-2013”, *Alaúla*, núm. 2, pp. 75-82.
- Martínez, A.; Gutiérrez, D. (2010). *La contrarrevolución de los pueblos de las sabanas de Tolú y el Sinú (1812)*, Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander.
- McFarlane, A. (1971-1972). “El comercio exterior del Virreinato de la Nueva Granada: conflictos en la política económica de los Borbones, 1783-1789”, *Anuario Colombiano de la Historia Social y de la Cultura*, núm. 6-7, pp. 69-116.
- McFarlane, A. (1983). “Comerciantes y monopolio de la Nueva Granada: el Consulado de Comercio de Cartagena de Indias”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, núm. 11, pp. 43-69.
- McFarlane, A. (1991). “Cimarrones y palenques en Colombia, siglo XVIII”, *Historia y Espacio*, núm. 14, pp. 53-78.
- McFarlane, A. (1997 [1.^a ed. inglés: 1993]). *Colombia antes de la Independencia*, Bogotá: Banco de la República / El Áncora Editores.
- McFarlane, A. (2005). “Autoridad y poder en Cartagena de Indias: la herencia de los Austrias”, en: H. Calvo y A. Meisel (eds.), *Cartagena de Indias en el siglo XVIII* (pp. 221-259), Cartagena: Banco de la República.
- McFarlane, A. (2011). “La ‘revolución de las sabanas’: rebelión popular y contrarrevolución en el Estado de Cartagena, 1812”, en: H. Calvo y A. Meisel (eds.), *Cartagena de Indias en la independencia* (pp. 215-247), Cartagena: Banco de la República.
- McGraw, J. (2014). *The work of recognition: Caribbean Colombia and the post-emancipation struggle for citizenship*, Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Meisel, A. (1988). “Esclavitud, mestizaje y hacienda en la Costa Atlántica, 1533-1851”, en: G. Bell (ed.), *El Caribe colombiano* (pp. 69-138), Barranquilla: Universidad del Norte.

- Meisel, A. (1991). “Los estudios históricos sobre la región del Caribe colombiano”, *Revista Humanidades*, vol. 20, núm. 1, pp. 57-61.
- Meisel, A. (1997). “La historiografía económica sobre la región de la costa Caribe de Colombia. ¿Hacia dónde vamos?”, *Huellas*, núm. 49-50, pp. 2-10.
- Meisel, A. (2005). “Entre Cádiz y Cartagena de Indias: la red familiar de los Amador”, en: M. García, L. Navarro y J. Ruiz (coords.), *Élites urbanas en Hispanoamérica* (pp. 311-330), Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Meisel, A. (2013). “Bajo el signo del cóndor: empresas y empresarios en el Caribe colombiano, 1982-2009”, en: C. Dávila, J. Viloria y J. Elías (coords.), *Los estudios empresariales en Colombia a principios del siglo XXI (con una referencia a México)* (pp. 51-72), Santa Marta: Universidad del Magdalena.
- Meisel, A. (2017). “Una historiografía en expansión: los estudios sobre historia económica del Caribe colombiano, 1997-2017”, *Cuadernos de Historia Económica y Empresarial*, núm. 44, Centro de Estudios Económicos Regionales (CEER), Banco de la República de Cartagena.
- Moreno, A. (2018). *Conversos de origen judío en la Cartagena colonial. Vida social, cultural y económica durante el siglo XVII*, Bogotá: Universidad Javeriana.
- Mörner, M. (1983). “Economic factors and stratification in colonial Spanish America with special regard to elites”, *Hispanic American Historical Review*, vol. 63, núm. 2, pp. 335-369.
- Múnera, A. (1994). “Ilegalidad y frontera 1700-1800”, en: A. Meisel (ed.), *Historia económica y social del Caribe colombiano* (pp. 109-154), Barranquilla: Universidad del Norte.
- Múnera, A. (1998). *El fracaso de la nación. Región, clase y raza en el Caribe colombiano, 1717-1810*, Bogotá: Banco de la República / El Áncora Editores.
- Múnera, A. (2005). *Fronteras imaginadas*, Bogotá: Planeta.
- Múnera, A. (2010). “Negros y mulatos en la independencia de Cartagena de Indias: un balance”, en: H. Bonilla (ed.), *Indios, negros y mestizos en la Independencia* (pp. 84-96), Bogotá: Planeta/Universidad Nacional.
- Navarrete, M. C. (1994). “Los artesanos negros en la sociedad cartagenera del siglo XVII”, *Historia y Espacio*, núm. 15, pp. 7-25.
- Navarrete, M. C. (1995). *Prácticas religiosas de los negros en la Colonia. Cartagena siglo XVII*, Cali: Universidad del Valle.
- Navarrete, M. C. (2003). *Cimarrones y palenques en el siglo XVII*, Cali: Universidad del Valle.
- Navarrete, M. C. (2005). *Génesis y desarrollo de la esclavitud en Colombia siglos XVI y XVII*, Cali: Universidad del Valle.
- Navarrete, M. C. (2008). *San Basilio de Palenque: memoria y tradición*, Cali: Universidad del Valle.

- Navarrete, M. C. (2010). *La diáspora judeoconversa en Colombia siglos XVI y XVII. Incertidumbres de su arribo, establecimiento y persecución*, Cali: Universidad del Valle.
- Navarrete, M. C. (2011a). “El palenque de Limón (Cartagena de Indias siglo XVII). El imaginario del poder y sus jerarquías”, en: J. M. de la Serna (coord.), *Historia de América Latina y el Caribe*, vol. 7. *Vicisitudes negro-africanas en Iberoamérica. Experiencias de investigación* (pp. 101-134), México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Navarrete, M. C. (2011b). “Judeoconvertos en el Nuevo Reino de Granada”, en: A. Sourdis y A. Velasco (eds.), *Los judíos en Colombia. Una aproximación histórica* (pp. 25-52), Colombia: Panamericana.
- Navarrete, M. C. (2012). “Palenques: cimarrones y castas en el Caribe colombiano. Sus relaciones sociales (siglo XVII)”, en: G. Maglia y A. Schwelger (eds.), *Palenque (Colombia). Oralidad, identidad y resistencia* (pp. 257-284), Bogotá: Instituto Caro y Cuervo / Universidad Javeriana.
- Navarrete, M. C. (2017). “Formas sociales organizativas en los palenques de las sierras de María, siglo XVII”, *Historia y Espacio*, vol. 13, núm. 48, pp. 19-44.
- Navarro, L. (1981). “El privilegio de los regidores en el abasto de Cartagena de Indias”, *Anuario de Estudios Americanos*, núm. XXXVIII, pp. 173-214.
- Nieves, J. (2006). “Estado de la investigación sobre música en el Caribe colombiano”, en: A. Espinosa (ed.), *Respirando el Caribe* (pp. 249-282), vol. II, Cartagena: Observatorio del Caribe Colombiano.
- O’Byrne, A. (2011). “Enfrentamientos, querellas y disputas: los cabildantes de la provincia de Cartagena de Indias en el siglo XVIII y su tránsito a la independencia, 1750-1815”, tesis para optar al título de Maestría en Historia, Bogotá, Universidad Nacional.
- Ocampo, G. I. (2007). *La instauración de la ganadería en el valle del Sinú: la hacienda Marta Magdalena, 1881-1956*, Medellín: Universidad de Antioquía / Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Ochoa, A. M. (2001). “El sentido de los estudios de músicas populares en Colombia”, en: A. M. Ochoa y A. Cragolini (eds.), *Cuadernos de nación. Músicas en transición* (pp. 5-56), Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Ospina, S. (2013). “Los estudios sobre la historia de la música en Colombia en la primera mitad del siglo XX: de la narrativa anecdótica al análisis interdisciplinario”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, vol. 40, núm. 1, pp. 299-336.
- Pedraja, R. de la (1976). “Aspectos del comercio de Cartagena en el siglo XVIII”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, núm. 8, pp. 107-128.
- Pedraja, R. de la (1979). “El comienzo de la crisis en el comercio colonial: la Nueva Granada 1796-1801”, *Desarrollo y Sociedad*, núm. 2, pp. 211-229.

- Polo, J. (2001). “La campaña pacificadora de Antonio de Arévalo en la frontera Guajira 1772-1776”, en: L. Martínez y H. Sánchez (comps.), *Indígenas, poblamiento, política y cultura en el departamento del Cesar* (pp. 107-127), Valledupar: Universidad del Cesar.
- Polo, J. (2005). *Etnicidad, conflicto social y cultura fronteriza en La Guajira, 1700-1850*, Bogotá: Universidad de los Andes / Ministerio de Cultura / Observatorio del Caribe Colombiano.
- Polo, J. (2006a). “La historia como saber y disciplina en el Caribe colombiano, 1995-2005. Desafíos y perspectivas”, en: A. Espinosa (ed.), *Respirando el Caribe. Memorias del II Encuentro de Investigadores sobre el Caribe colombiano* (pp. 27-54), Bogotá: Departamento Administrativo de Ciencia, Tecnología e Innovación / Observatorio del Caribe Colombiano.
- Polo, J. (2006b). “La población rural del Caribe neogranadino durante el siglo XVIII: ¿potencial mano de obra para una agricultura de plantación”, en: A. Abello (comp.), *Un Caribe sin plantación* (pp. 125-139), San Andrés Islas: Universidad Nacional / Observatorio del Caribe Colombiano.
- Polo, J. (2006c). “Desde la otra orilla: las fronteras del Caribe en la ‘historia nacional’”, en: A. Abello (ed.), *El Caribe en la nación colombiana* (pp.171-188), Bogotá: Museo Nacional / Observatorio del Caribe Colombiano.
- Polo, J. (2012). *Indígenas, poderes y mediaciones en La Guajira en la transición de la Colonia a la República (1750-1850)*, Bogotá: Universidad de los Andes.
- Polo, J. (2015). “La lealtad indígena en la frontera: las ‘gratificaciones’ de la República en la península de La Guajira —Nueva Granada y Venezuela— (1830-1850)”, en: J. Polo y R. Acevedo (eds.), *Sociedad, política y cultura en Colombia, siglos XVIII-XIX* (pp. 173-187), Medellín: La Carreta Editores / Universidad de Cartagena.
- Polo, J.; Gutiérrez, R. (2011). “Territorios, gentes y culturas libres en el Caribe continental neogranadino, 1700-1850: una síntesis”, en: J. Polo y S. P. Solano (eds.), *Historia social del Caribe colombiano* (pp. 14-44), Medellín: La Carreta Editores / Universidad de Cartagena.
- Posada, E. (1988). “La ganadería en la Costa Atlántica colombiana 1870-1950”, *Coyuntura Económica*, vol. XIII, núm. 3, pp. 75-149.
- Posada, E. (1994). “Progreso y estancamiento, 1850-1950”, en: A. Meisel (ed.), *Historia económica y social del Caribe colombiano* (pp. 231-284), Barranquilla: Universidad del Norte.
- Posada, E. (1998a). *El Caribe colombiano. Una historia regional (1870-1950)*, Bogotá: Banco de la República.
- Posada, E. (1998b). “La novela como historia. Cien años de soledad y la matanza de las bananeras”, *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. 35, núm. 48, pp. 3-19.

- Restrepo, J.; Rodríguez, M. (1988 [1.^a ed.: 1982]). “Los empresarios extranjeros en Barranquilla, 1820-1900”, en: G. Bell (ed.), *El Caribe colombiano* (pp. 139-182), Barranquilla: Universidad del Norte.
- Restrepo, J.; Rodríguez, M. (2013 [1.^a ed.: 1986]). “La actividad comercial y el grupo de comerciantes de Cartagena a fines del siglo XIX”, *Economía & Región*, vol. 7, núm. 1, pp. 169-229.
- Restrepo, P. (1993). *Genealogías de Cartagena de Indias*, Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispana.
- Rhenals, A. M. (2013). *Del ideal europeo a la realidad árabe: inmigrantes sirio-libaneses en el circuito comercial entre Cartagena, el Sinú y el Atrato (Colombia), 1880-1930*, tesis doctoral, Sevilla, Universidad Pablo de Olavide, capturado de <https://rio.upo.es/xmlui/bitstream/handle/10433/1971/rhenals-doria-tesis13.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Rhenals, A. M.; Flórez, F. (2013). “Escogiendo entre los extranjeros ‘indeseables’: afroantillanos, sirio-libaneses, raza e inmigración en Colombia, 1880-1937”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, vol. 40, núm. 1, pp. 243-271.
- Ripoll, M. T. (1998). “Balance bibliográfico sobre Cartagena en el siglo XIX”, en: H. Calvo y A. Meisel (eds.), *Cartagena de Indias y su historia* (pp. 185-210), Bogotá: Banco de la República / Universidad Jorge Tadeo Lozano.
- Ripoll, M. T. (2006). *La élite en Cartagena y su tránsito a la República. Revolución política sin renovación social*, Bogotá: Universidad de los Andes.
- Ripoll, M. T. (2013). “La historia empresarial en Cartagena y Santa Marta, con énfasis en la ganadería, 1997-2010”, en: C. Dávila, J. Vilorio y J. Elías (coords.), *Los estudios empresariales en Colombia a principios del siglo XXI (con una referencia a México)* (pp. 150-170), Santa Marta: Universidad del Magdalena.
- Rivera, L. F. (2016). *Participación de las clases populares en la actividad turística en Cartagena de Indias: los guías de turismo 1984-1990*, tesis para optar al título de Historiador, Universidad de Cartagena.
- Rodríguez, P. (1996). “Casa y orden cotidiano en el Nuevo Reino de Granada, siglo XVIII”, en: B. Castro (ed.), *Historia de la vida cotidiana en Colombia* (pp. 109-129), Bogotá: Editorial Norma.
- Rodríguez, P. (1997). *Sentimientos y vida familiar en el Nuevo Reino de Granada*, Bogotá: Ariel.
- Rodríguez, P. (2002). “Familia y vida cotidiana en Cartagena de Indias, siglo XVIII”, en: *En busca de lo cotidiano. Honor, sexo, fiesta y sociedad siglos XVII-XIX* (pp. 93-109), Bogotá: Universidad Nacional.
- Romero, D. (1997). *Esclavitud en la provincia de Santa Marta, 1791-1851*, Santa Marta: Instituto de Cultura y Turismo del Magdalena.

- Romero, D. (2009). *Los afroatlanticenses. Esclavización, resistencia y abolición*, Barranquilla: Universidad Simón Bolívar.
- Ruiz, J. (1995). “El juez Villabona frente a la oligarquía encomendera de Cartagena”, *Anuario de Estudios Americanos*, vol. 52, núm. 1, pp. 91-116.
- Ruiz, J. (1996). *Los indios de Cartagena bajo la administración española en el siglo XVII*, Bogotá: Archivo General de la Nación.
- Ruiz, J. (2002). “Los portugueses y la trata negrera en Cartagena de Indias”, *Temas Americanistas*, núm. 15, pp. 19-41.
- Ruiz, J. (2004a). “Una banca en el mercado de negros de Cartagena de Indias”, *Temas Americanistas*, núm. 17, pp. 3-23.
- Ruiz, J. (2004b). “Título de nobleza del capitán Andrés Vanquéssel”, *Boletín de Historia y Antigüedades*, vol. 91, núm. 825, pp. 341-352.
- Ruiz, J. (2005a). “Vanquéssel, casa de préstamos en Cartagena de Indias”, en: A. Gutiérrez y M. Laviana (coords.), *Estudios sobre América, siglos XVI-XX, Actas del Congreso Internacional de Historia de América* (pp. 673-690), Sevilla: Asociación Española de Americanistas.
- Ruiz, J. (2005b). “Élites en Cartagena a finales del siglo XVIII”, en: M. García, L. Navarro y J. Ruiz (coords.), *Élites urbanas en Hispanoamérica* (pp. 293-310), Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Ruiz, J. (2007a). “Retos y respuestas del municipio de Cartagena de Indias en el siglo XVII”, *Temas Americanistas*, núm. 19, pp. 1-19.
- Ruiz, J. (2007b). “Los regimientos de Cartagena de Indias”, en: J. Ruiz y Á. Sanz (coords.), *La venta de cargos y el ejercicio del poder en Indias* (pp. 199-221), León: Universidad de León.
- Ruiz, J. (2007c). “Gobierno, comercio y sociedad en Cartagena de Indias en el siglo XVII”, en: H. Calvo y A. Meisel (eds.), *Cartagena de Indias en el siglo XVII* (pp. 366-367), Cartagena: Banco de la República.
- Ruiz, J. (2007d). “Medio ambiente urbano en Cartagena de Indias: un juez y unos herreros”, en F. Navarro (coord.), *Orbis incognitus. Avisos y legajos del Nuevo Mundo: homenaje al profesor Luis Navarro García* (pp. 137-154), vol. 1, Huelva: Universidad de Huelva.
- Ruiz, J. (2009). “Cartagena de Indias: ¿un cabildo cosmopolita en una ciudad pluriétnica?”, en: M. García y S. Olivero (coord.), *El municipio indiano: relaciones interétnicas, económicas y sociales. Homenaje a Luis Navarro García* (pp. 407-424), Sevilla: Padilla Libros Editores & Libreros.
- Ruiz, J. (2013). “Cartagena de Indias en el XVII: del dominio particular a la corrupción pública”, *Boletín de Historia y Antigüedades*, c, núm. 856, pp. 101-123.
- Saether, S. (2005). *Identidades e independencia en Santa Marta y Riohacha, 1750-1850*, Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.

- Saether, S. (2008). “La independencia y la redefinición del concepto de indinidad alrededor de Santa Marta, Colombia, 1750-1850”, *Memorias*, núm. 9, pp. 3-30.
- Saether, S. (2010). “Estudios recientes sobre la raza y la independencia en el Caribe colombiano (1750-1835)”, en: C. Leal y C. Langebaek (coords.), *Historias de raza y nación en América Latina* (pp. 381-406), Bogotá: Universidad de los Andes.
- Sánchez, H. (2001). “La precariedad de un proceso de poblamiento: la gobernación de Santa Marta durante el siglo XVI (Santa Marta, Riohacha, Tamalameque, Tenerife, Valledupar y Salamanca)”, en: L. Martínez y H. Sánchez (comps.), *Indígenas, poblamiento, política y cultura en el departamento del Cesar* (pp. 1-28), Valledupar: Universidad del Cesar.
- Sánchez, H. (2004). “Amancebamiento, poligamia, lujuria y otros excesos de la población libre en el Caribe colombiano. El nacimiento de una cultura, 1750-1880”, en: H. Sánchez y L. Martínez (eds.), *Historia, identidades, cultura popular y música tradicional en el Caribe colombiano* (pp. 45-59), Valledupar: Universidad del Cesar.
- Sánchez, H. (2006). “Haciendas y mano de obra en la provincia de Valledupar (1790-1880)”, en: *Becas culturales en investigación sociocultural e historia regional y/o local del departamento del Cesar* (pp. 1-46), Valledupar: Gobernación del Cesar / Observatorio del Caribe Colombiano.
- Sánchez, H. (2008). “Esclavitud, zambaje, ‘rochelas’ y otros excesos en la población libre de las gobernaciones de Santa Marta y Cartagena, 1600-1800”, en: Y. Chicangana (comp.), *Historia, cultura y sociedad colonial siglos XVI-XVIII* (pp. 127-157), Medellín: Universidad Nacional / La Carreta Editores.
- Sánchez, H. (2010). “Tenencia de la tierra, mano de obra, mercado y productividad en la frontera: españoles, indígenas y comunidades campesinas en la Gobernación de Santa Marta, 1700-1810”, tesis doctoral, Sevilla: Universidad Pablo de Olavide.
- Sánchez, H. (2011). “De esclavos a campesinos, de la ‘roza’ al mercado: tierra y producción agropecuaria de los ‘libres de todos los colores’ en la Gobernación de Santa Marta (1740-1810)”, *Historia Crítica*, núm. 43, pp. 130-155.
- Sánchez, H. (2012). “Composición, mercedes de tierras realengas y expansión ganadera en una zona de frontera de la gobernación de Santa Marta: Valledupar (1700-1810)”, *Anuario de Historia Social y de la Cultura*, núm. 39, pp. 81-117.
- Sánchez, H. (2015a). “De arrochelados a vecinos: reformismo borbónico e integración política en las gobernaciones de Santa Marta y Cartagena, Nuevo Reino de Granada, 1740-1810”, *Revista de Indias*, vol. 75, núm. 264, pp. 457-488.

- Sánchez, H. (2015b). “Solicitando tierras en derecho...”. Adjudicación de tierras comunales a los indígenas de la Gobernación de Santa Marta (Nuevo Reino de Granada), 1740-1810”, en: J. Polo y R. Acevedo (eds.), *Sociedad, política y cultura en Colombia, siglos XVIII-XIX* (pp. 99-122), Medellín: La Carreta Editores / Universidad de Cartagena.
- Sánchez, H. (2016). “Reformismo borbónico, tierras comunales y labradores en la Gobernación de Santa Marta, 1750-1810”, en: R. Román (ed.), *Economía del Caribe colombiano y construcción de la nación (1770-1930)* (pp. 19-57), San Andrés Islas: Universidad Nacional.
- Sánchez, H.; Santos, A. (2010). “La presencia de indios, negros, mulatos y zambos en la historiografía sobre la independencia del Caribe colombiano, 1770-1830”, *Historia y Espacio*, núm. 34, pp. 1-25.
- Santamaría, C. (2009). “Estado del arte de los inicios de la historiografía de la música popular en Colombia”, *Memoria y Sociedad*, vol. 13, núm. 26, pp. 87-103.
- Solano, S. P. (2003). *Puertos, sociedad y conflictos en el Caribe colombiano, 1850-1930*, Cartagena: Observatorio del Caribe Colombiano / Universidad de Cartagena / Ministerio de Cultura.
- Solano, S. P. (2008a). “Yngermína de Juan José Nieto y el mundo racial del Bolívar Grande”, *Revistas Estudios Sociales*, núm. 31, pp. 34-47.
- Solano, S. P. (2008b). “Imprentas, tipógrafos y estilos de vida en el Caribe colombiano, 1850-1930”, *Palabra*, núm. 9, pp. 125-144.
- Solano, S. P. (2010a). “Trabajo, formas de organización laboral y resistencia de los trabajadores de los puertos del Caribe colombiano, 1850-1930”, *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, núm. 88, pp. 39-60.
- Solano, S. P. (2010b). “Del ‘antilatifundismo’ sociológico al revisionismo historiográfico. La ganadería en la historiografía sobre la región Caribe colombiana”, *Mundo Agrario. Revista de Estudios Rurales*, vol. 10, núm. 20, pp. 1-38.
- Solano, S. P. (2011). “Raza, liberalismo, trabajo y honorabilidad en Colombia durante el siglo XIX”, en: S. P. Solano y R. Flórez, *Infancia de la nación. Colombia durante el primer siglo de la República* (pp. 23-68), Bogotá: Pluma de Mompox.
- Solano, S. P. (2012). “Oficios, economía de mercado, hábitos de consumo y diferenciación social. El artesanado en Colombia, 1850-1930”, en: S. Pérez (ed.), *Trabajo, trabajadores y participación popular. Estudios sobre México, Guatemala, Colombia, Perú y Chile, siglos XVIII Y XIX* (pp. 113-144), Barcelona/México: Anthropos / Universidad Autónoma Metropolitana.
- Solano, S. P. (2013a). “Padrones de población e historiografía sobre la configuración sociorracial hispanoamericana del siglo XVIII”, *El Taller de la Historia*, vol. 5, núm. 5, pp. 125-178.

- Solano, S. P. (2013b). “Sistema de defensa, artesanado y sociedad en el Nuevo Reino de Granada. El caso de Cartagena de Indias, 1750-1810”, *Memorias*, vol. 10, núm. 19, pp. 92-139.
- Solano, S. P. (2015a). “Artesanos, jornaleros y formas concentradas de trabajo: el apostadero de la Marina de Cartagena de Indias (Nuevo Reino de Granada) en el tránsito entre los siglos XVIII y XIX”, *Theomai*, núm. 31, pp. 79-105.
- Solano, S. P. (2015b). “Poder, escritura y representaciones sociales. Padrones de población y configuración sociorracial del Nuevo Reino de Granada, siglo XVIII”, en: J. Polo y R. Acevedo (eds.), *Prácticas, representaciones y sociabilidades políticas en Colombia: una perspectiva histórica* (pp. 25-74), Medellín: Universidad de Cartagena / La Carreta Editores.
- Solano, S. P. (2016a). “Pedro Romero, el artesano: trabajo, raza y diferenciación social en Cartagena de Indias a finales del dominio colonial”, *Historia Crítica*, núm. 61, pp. 151-170.
- Solano, S. P. (2016b). “Artesanos, bellas artes, raza y política en Cartagena de Indias (Nuevo Reino de Granada) a finales de la Colonia”, en: A. Beretta (coord.), *Inmigración europea, artesanado y orígenes de la industria en América Latina* (pp. 113-142), Montevideo: Universidad de la República.
- Solano, S. P. (2016c). *Cartagena de Indias, sociedad, trabajadores e independencia en el tránsito entre los siglos XVIII y XIX. Entrevista al historiador Sergio Paolo Solano D.*, Cartagena: Instituto de patrimonio y Cultura de Cartagena de Indias.
- Solano, S. P. (2018a). “El precio de la República: los trabajadores de Cartagena de Indias, 1750-1850”, en: R. Amaro, E. Hurtado y J. Rivas (coords.), *Industrias, empresarios, trabajadores y educación para el trabajo: México y Colombia, siglos XIX y XX*, México: Universidad Autónoma de Zacatecas (en prensa).
- Solano, S. P. (2018b). “Artesanos de color y milicias en el Caribe continental hispánico: el aprendizaje de la política y la aspiración a la igualdad en el tránsito entre los siglos XVIII-XIX”, en: M. V. Dottor e I. Vanegas (coords.), *Cultura política y subalternidad en América Latina siglo XIX*, Tunja: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia (en prensa).
- Solano, S. P. (2018c). “El comercio en la vida cotidiana de Cartagena de Indias, 1750-1820”, documento en elaboración.
- Solano, S. P. (2018d). “Trabajadores, jornales, carestía y crisis política en Cartagena de Indias, 1750-1810”, *Historia*, vol. 51, núm. II, pp. 549-588.
- Solano, S. P.; Flórez, R. (2007a). “Resguardos indígenas, ganadería y conflictos sociales en el Bolívar Grande, 1850-1875”, *Historia Crítica*, núm. 34, pp. 92-117.

- Solano, S. P.; Flórez, R. (2009). “Indígenas, mestizaje, tierras y poder en el Caribe colombiano, siglo XIX”, *Indiana*, núm. 26, pp. 267-298.
- Solano, S. P.; Flórez, R. (2011). “Historia social y literatura en Colombia a comienzos del siglo XX. Los sectores sociales medios en la novela *Cosme* de José Félix Fuenmayor”, *Revista de Indias*, vol. 71, núm. 252, pp. 601-622.
- Solano, S. P.; Flórez, R. (2012). “‘Artilleros pardos y morenos artistas’: artesanos, raza, milicias y reconocimiento social en el Nuevo Reino de Granada, 1770-1812”, *Historia Crítica*, núm. 48, pp. 11-37.
- Solano, S. P.; Flórez, R.; Malkún, W. (2010). “Ganaderos y comerciantes: el manejo del poder político en el Estado Soberano de Bolívar (Colombia), 1857-1886”, *Historia y Sociedad*, núm. 18, pp. 15-42.
- Sourdís, A. (2001). *El registro oculto. Los sefardíes del Caribe en la formación de la nación colombiana, 1813-1886*, Bogotá: Academia Colombiana de Historia.
- Splendiani, A. M. (2011). “Los judaizantes frente a la Inquisición de Cartagena de Indias”, en: A. Sourdís y A. Velasco (eds.). *Los judíos en Colombia. Una aproximación histórica* (pp. 53-78), Colombia: Panamericana.
- Suárez, M. (2008). “Notas sobre la historiografía de la transición de las familias de poder en el Caribe colombiano”, *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, vol. 13, núm. 1, pp. 181-202.
- Tardieu, J.-P. (2002). “Un proyecto utópico de manumisión de los cimarrones del ‘palenque de los montes de Cartagena’ en 1682”, en: C. Mosquera, M. Pardo y O. Hoffmann (eds.), *Afrodescendientes en las Américas* (pp. 169-179), Bogotá: Universidad Nacional / Instituto Colombiano de Antropología e Historia / L’institute de recherche pour le développement.
- Tejado, M. (1950). “Un foco de judaísmo en Cartagena de Indias durante el seiscientos”, *Bulletin Hispanique*, vol. 52, núm. 1-2, pp. 55-72.
- Tovar, H. (1980). *Grandes empresas agrícolas y ganaderas*, Bogotá: CIEC.
- Tovar, H. (1998). “La historiografía sobre Cartagena de Indias en el siglo XVIII”, en: H. Calvo y A. Meisel (eds.), *Cartagena de Indias y su historia* (pp. 21-79), Cartagena: Banco de la República.
- Troncoso, L. (2009). “Crisis y renovación del conservatismo cartagenero”, *El Taller de la Historia*, núm. 1, pp. 115-140.
- Uribe, V. (2008). *Vidas honorables. Abogados, familia y política en Colombia, 1780-1850*, Medellín: Universidad Eafit / Banco de la República.
- Uribe, V. (2012). “La Constitución de Cádiz en la Nueva Granada, teoría y realidad, 1812-1821”, en: H. Bonilla (ed.), *La Constitución de 1812 en Hispanoamérica y España* (pp. 273-303), Bogotá: Universidad Nacional / Alcaldía Mayor de Bogotá.

- Valencia, C. (2003). *Alma en boca y hueso en costal. Una aproximación a los contrastes socioeconómicos de la esclavitud. Santa Fe de Bogotá, Mariquita y Mompox 1610-1660*, Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Van-Ausdal, S. (2008). “Ni calamidad ni panacea: una reflexión en torno a la historiografía de la ganadería colombiana”, en: A. Flórez (ed.), *El poder de la carne. Historias de ganaderías en la primera mitad del siglo XX en Colombia* (pp. 28-46), Bogotá: Universidad Javeriana / Colciencias.
- Van-Ausdal, S. (2011). “Labores ganaderas en el Caribe colombiano, 1850-1950”, en: J. Polo y S. P. Solano (eds.), *Historia social del Caribe colombiano* (pp. 119-157), Medellín: La Carreta Editores / Universidad de Cartagena.
- Vargas, P. (2011). *Pequeño equipaje, grandes ilusiones: la migración árabe en Colombia*, Bogotá: Taurus.
- Vega, R. (2002). *Gente muy rebelde. I. Enclaves, transportes y protestas obreras*, Bogotá: Pensamiento Crítico.
- Verbel, G. (2011). “Élites y redes de poder en torno al proyecto regenerador. Cartagena 1874-1892”, *El Taller de la Historia*, vol. 3, núm. 3, pp. 41-62.
- Vidal, A. (2002). *Cartagena de Indias y la región histórica del Caribe, 1580-1640*, Sevilla: CSIC/Eeha/Universidad de Sevilla / Diputación de Sevilla.
- Vidal, C. (1997). “Los inicios de la industria turística en Cartagena de Indias, 1900-1950”, tesis de grado para optar por el título de historiadora, Cartagena: Universidad de Cartagena.
- Vila, E. (1979). “Extranjeros en Cartagena (1593-1638)”, *Jamrbuch fur Geschichte von Staat, Wissenschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, núm. 16, pp. 147-184.
- Viloria, J. (2003). “Lorica, una colonia árabe a orillas del río Sinú”, *Cuadernos de Historia Económica y Empresarial*, núm. 10.
- Vos, R. (1999). *Mujer, cultura y sociedad en Barranquilla, 1900-1930*, Barranquilla: Universidad del Atlántico.

**EL CARIBE COLOMBIANO, EL CARIBE
Y EL GRAN CARIBE. LOS MARINEROS
COMO CREADORES DE UNA REGIÓN
TRANSIMPERIAL**

Ernesto Bassi

La Provincia tenía la autonomía de un mundo propio y una unidad cultural compacta...

Su comunicación era más fácil con el mundo que con el resto del país, pues su vida cotidiana se identificaba mejor con las Antillas por el tráfico fácil con Jamaica o Curazao... Del interior del país, que se cocinaba a fuego lento en su propia sopa, llegaba apenas el óxido del poder: las leyes, los impuestos, los soldados, las malas noticias incubadas a dos mil quinientos metros de altura y a ocho días de navegación por el río Magdalena...

Gabriel García Márquez, *Vivir para contarla*

Y también mi geografía original: el mapa del mundo dibujado para mi propio uso, no teñido con los colores arbitrarios de los hombres de ciencia, sino con la geometría de mi sangre derramada. Acepto (ese mapa).

Aimé Cesaire, *Notebook of a Return to My Native Land*

*De La Habana a Portobelo,
de Jamaica a Trinidad,
anda y anda el barco barco,
sin capitán.*

Nicolás Guillén, “Un son para niños antillanos”

Estas tres citas de grandes figuras de la literatura caribeña capturan la esencia del argumento que el presente capítulo desarrolla mediante la reconstrucción de las trayectorias de vida de un grupo de marineros que, entre finales del siglo XVIII y principios del XIX, dedicaron sus vidas a navegar el mar Caribe, cruzando constantemente fronteras políticas vagamente delimitadas por imperios europeos. La cita de García Márquez ilustra claramente una dualidad muy conocida por todos los que habitan los departamentos de la costa Caribe colombiana: la idea de que el Caribe colombiano se encuentra en cierta forma entre la nación colombiana y el Caribe o, mejor, la idea de una provincia —La Guajira— o una región —el Caribe colombiano— incómodamente incorporada al país al que pertenece y más estrechamente vinculada a lo que se suele llamar el Caribe o, con cada vez más frecuencia, el Gran Caribe. Aimé Cesaire hace posible introducir la idea de que la geografía o, en este caso, las regiones, pueden ser dibujadas o creadas o definidas de acuerdo

con diferentes variables (criterios ‘científicos’ —los colores arbitrarios de los hombres de ciencia— o con base en experiencias de vida —la sangre derramada—). Y “Un son para niños antillanos” captura perfectamente la sensación de movimiento, de circulación que hace parte fundamental del argumento de este capítulo; un argumento en torno a la idea de que las vidas itinerantes de los marineros sirven como criterio para descubrir o entender una región de la que hace parte el Caribe colombiano.

Este capítulo, por lo tanto, se vale de los marineros para extender una invitación a pensar al Caribe colombiano más allá de la nación colombiana; para entender al Caribe colombiano con base en sus vínculos históricos con las islas caribeñas, como componente fundamental de una región a la que es posible denominar el Gran Caribe transimperial. Lejos de verse como una crítica a los excelentes estudios que han pensado al Caribe dentro de la nación colombiana, esta exploración del Caribe colombiano, más allá del país del que hace parte hoy en día, debe interpretarse como una invitación a aproximarnos al pasado del Caribe colombiano —en este caso, finales del siglo XVIII y principios del XIX— reconociendo que para los habitantes de ese pasado la pertenencia a la nación colombiana no era un hecho dado¹. O dicho de otra forma, y a manera de pregunta, si las vidas marineras a las que me referiré en este capítulo transcurrieron en un período en el que la nación colombiana no existía aún o apenas empezaba su existencia, ¿qué región habitaban tanto dichos marineros como muchos otros habitantes de lo que hoy denominamos el Caribe colombiano? La respuesta es que habitaban varias regiones, una de las cuales es la que aquí denomino el Gran Caribe transimperial.

La llegada de Pedro Pérez Prieto, capitán de la goleta *San Fernando*, al puerto de Santa Marta a finales de septiembre de 1791, ofrece un buen punto para entender la forma en que los marineros, con su constante movilidad a través de fronteras políticas, contribuían al flujo de información que posibilitaba la configuración de un espacio regional transimperial. El 23 de septiembre, aproximadamente un mes después del inicio de la Revolución de Haití, Pérez Prieto, en desarrollo del procedimiento rutinario denominado *visita de entrada* a que eran sometidos todos los barcos que llegaban a los puertos del Virreinato de la Nueva Granada, comunicó al gobernador José de Astigárraga que una goleta francesa con la cual se había topado en su navegación le había

¹ Para un excelente ejemplo de estudios que han interpretado al Caribe colombiano dentro de la nación colombiana, véase los ensayos compilados en Alberto Abello Vives (2006).

informado que “los negros y mulatos [del Santo Domingo francés], ayudados por algunos pobladores blancos, habían iniciado un levantamiento y habían matado a todos los habitantes blancos de setenta y cinco plantaciones”. Con base en el reporte de Pérez Prieto, Astigárraga inició los preparativos para lo que en su opinión, dada la cercanía entre el Santo Domingo francés y Santa Marta, podía llevar a un significativo influjo de refugiados de la colonia francesa en el Caribe².

Intercambios como este permitían a los habitantes del Caribe enterarse de lo que sucedía en islas, costas y continentes separados por el mar, pero unidos por redes de comunicaciones tejidas por marineros de todas las naciones. Con base en la reconstrucción de las trayectorias de navegación de dos marineros (el capitán Juan Guardiola y el marinero ordinario Juan Estevan Rodríguez), quienes entre las décadas de 1780 y la de 1810 navegaron las aguas del Caribe, este capítulo plantea que la circulación de personas e información hizo posible el surgimiento y la consolidación del Gran Caribe transimperial. Los marineros, en resumen, aparecen como los principales agentes creadores de región.

El capítulo está organizado en tres secciones. La primera presenta un breve análisis en torno a la naturaleza problemática de las regiones, incluyendo el Caribe, y plantea la necesidad de entender las regiones como geografías vividas. La segunda describe las trayectorias de un capitán —Juan Guardiola— y un marinero —Juan Estevan Rodríguez— como ejemplos de la forma como las experiencias de vida de capitanes y marineros contribuían a la configuración, no solo de una región, sino de una unidad de análisis geográfico que puede servir de marco para aproximarnos al estudio del Caribe de finales del siglo XVIII y principios del XIX. La tercera sección provee una breve caracterización del Gran Caribe transimperial como región en la cual el mar, lejos de ser un simple intervalo entre lugares, constituye un componente fundamental de lo que puede denominarse un *territorio acuoso*.

1. EL PROBLEMA DE LAS REGIONES

Pese a su amplia utilización, ‘región’ continúa siendo un término problemático. Prueba de ello es el hecho de que con él se denominen espacios subnacionales —como el Caribe colombiano— y supranacionales (como el Gran

² Archivo General de la Nación, Colombia (AGNC), Archivo Anexo I (AAI), Gobierno, 13, 463-469.

Caribe)³. En cualquiera de estas dos versiones, una región, tal como recientemente lo planteó el historiador Michael Goebel, es definida con referencia “a lo que no es: una nación” (Goebel, 2013, p. 45).

Las regiones —tal como los Estados nación y los imperios— ocupan un espacio geográfico. Pese a ello (a diferencia de lo que sucede con los Estados nación e imperios), suele ser difícil determinar con precisión la ubicación y extensión de una región. Incluso en el caso de denominaciones regionales usadas comúnmente (el Sureste en Inglaterra, el Sur en los Estados Unidos, el Bajío en México, el Sureste Asiático, Latinoamérica, el Atlántico), “es muy difícil decir de manera precisa donde se encuentran los bordes de una región”⁴. Las regiones son ‘elusivas’ y ‘borrosas’; son, como lo planteó Eric van Young, “difíciles de describir, pero las reconocemos cuando las vemos” (Van Young, 2012, pp. 167-172; Goebel, 2013, p. 45). Su carácter elusivo y borroso debe ser tenido en cuenta (y aceptado y respetado) por los historiadores interesados en entender la región.

En este capítulo, siguiendo los planteamientos de geógrafos como John Allen, Doreen Massey y Allan Cochrane, y teóricos críticos como Michel de Certeau, me propongo conceptualizar una región (el Gran Caribe transimperial) como una unidad espacial sin límites definidos que se construye y reconstruye a través de interacciones sociales cotidianas. Fijar límites a este tipo de construcciones geográficas ‘violentaría’ la idea de una conceptualización dinámica de las regiones que permite a estas unidades espaciales ser maleables y estar permanentemente en proceso de creación (Allen, Massey y Cochrane, 1998, p. 54; Massey, 2005, p. 9; De Certeau, 1984); véase también: Horton y Kraftl (2014, pp. 181-199).

Pensar las regiones en estos términos conlleva una serie de problemas asociados con la necesidad de hacer comprensible y visible geográficamente una región cuya configuración no se alinea con lo que Neil Smith y Ann Godlewska (1994, pp. 7-8) han llamado nuestra “conciencia planetaria europea”. Según dichos autores, esa forma de entender la geografía planetaria, al privilegiar las geografías políticas (repúblicas, imperios), impide la visualización y entendimiento de otras unidades geográficas igualmente coherentes —al menos para quienes las experimentaban— aunque menos

³ Para usos subnacionales, véase Celia Applegate (1999), Eric van Young (2012) y Nancy Appelbaum (2007). Para usos supranacionales, véase Michael Goebel (2013), Sebastian Conrad y Prasenjit Duara (2013), Anthony Reid (1988-1993), Karen Wigen y Michael Lewis (1997).

⁴ En su estudio de la configuración regional subnacional conocida en el Reino Unido como el Sureste (the South East), John Allen, Doreen Massey y Allan Cochrane plantean la necesidad de entender las regiones en términos de espacio-tiempo. Para ellos, la pregunta “¿dónde queda el sureste?” es tan relevante como preguntar “¿cuándo es el sureste?” (Allen, Massey y Cochrane, 1998, p. 50).

claramente demarcadas. El problema, tal como lo define Fernando Coronil, consiste en la “ausencia de una taxonomía alternativa” que nos permita identificar y nombrar unidades geográficas que enmarcaban experiencias de vida pero no contaron con los sofisticados mecanismos que permitieron a imperios y Estados nación ocupar un espacio central en la imaginación histórica (Coronil, 1996)⁵. Después de todo, las regiones, a diferencia de los imperios y los Estados nación, no suelen contar con las burocracias administrativas, las ideologías nacionalistas y sus respectivos discursos, las agendas políticas, ni otros aparatos propagandísticos que otorgan a las geografías políticas *visibilidad archivística* y la capacidad de perdurar en la memoria colectiva (Zahra, 2010, pp. 96-97; Smith y Godlewska, 1994, p. 8)⁶. Ante la ausencia de este aparato sofisticado que, repetido generación tras generación, permite sentir orgullo nacional y fervor nacionalista, ¿cómo pueden ser imaginadas y visibilizadas las regiones (en particular aquellas construidas *desde abajo*)?

En este capítulo quiero plantear el ser posible entender la movilidad como criterio fundamental para iluminar configuraciones regionales y comunidades que tienden a ser invisibles a los ojos entrenados al buscar “comunidades imaginadas” construidas en torno a unidades lingüísticas, religiosas o étnicas, el peso de las burocracias imperiales y la marca indeleble de narrativas patrióticas, representaciones cartográficas y otros artefactos culturales creadores de nación. Estudios recientes sobre las relaciones entre diferentes grupos indígenas de Norteamérica y entre estos grupos y los colonizadores europeos en el territorio que eventualmente se convirtió en los Estados Unidos, han hecho énfasis en el papel de la movilidad en la configuración de espacios geográficos que no coinciden con las geografías políticas pactadas por los imperios europeos. Jon Parmenter (2010, p. xii), por ejemplo, plantea que “la movilidad espacial representaba la expresión geográfica de prioridades sociales, políticas y económicas de los iroquois”; dicha movilidad, a su vez, constituyó la base sobre la cual se configuró un espacio geográfico maleable al que Parmenter denomina Iroquoia. De manera similar, Pekka Hämäläinen (2008) demuestra cómo la movilidad permitió a los comanches crear lo que él llama el “Imperio comanche”, una entidad ilimitada asociada, de forma no claramente delimitada, con una ubicación física. Alejandra Dubcovsky (2012, pp. 489-513) y Karl Offen (2007, pp. 254-282) plantean argumentos similares basados en la movilidad y las redes de información de los creek en Florida (Dubcovsky) y las prácticas espaciales de los miskitos en Centroamérica (Offen). Los marineros, en su

⁵ Para una articulación similar del problema de la ausencia de un lenguaje capaz de capturar solidaridades y lealtades que van más allá de la nación, véase Appadurai (1993, pp. 411, 418).

⁶ Para la visibilidad y, aún más importante, la invisibilidad en el archivo, ver Trouillot (1995).

condición de actores móviles por excelencia, permiten entender el papel de la movilidad en la construcción del Gran Caribe transimperial. Su movilidad, que puede entenderse como un cotidiano y permanente proceso de circulación consistente en repetir de forma indefinida el proceso de ir y venir de un puerto a otro, no solo marca claramente lo que Michel de Certeau denomina una “forma de habitar el mundo”, sino que llena de significado —y por lo tanto de historia— al mar, las costas e islas que los marineros frecuentaban⁷. La reconstrucción de las vidas o trayectorias profesionales de un capitán (Juan Guardiola) y un marinero común (Juan Estevan Rodríguez) me servirá de ejemplo para mostrar la forma como los marineros crearon el espacio regional al que denomino el Gran Caribe transimperial.

Antes de pasar a las vidas de los marineros, es importante hacer una aclaración en torno a mi uso del término Gran Caribe transimperial con relación a otras definiciones de lo que constituye el Caribe. La idea no es plantear que el Gran Caribe transimperial constituye un marco geográfico inherentemente mejor que otros, sino afirmar que el uso del Gran Caribe transimperial como marco geográfico permite apreciar una serie de interacciones sociales imposibles de apreciar si aceptamos definiciones del Caribe que tienden a crear una barrera artificial entre las costas del continente y las islas del Caribe.

Definir el Caribe constituye una especie de rito de iniciación para los caribeñistas. Siguiendo las huellas de Sidney Mintz, innumerables caribeñistas nos han dado una variedad de respuestas a la pregunta “¿qué es el Caribe?”⁸. Haciendo énfasis en el papel central de las plantaciones como factor unificador, Mintz, Antonio Benítez-Rojo, Franklin Knight y muchos otros han definido el Caribe como un ‘espacio social’ caracterizado por una historia de colonialismo europeo que incluyó la rápida erradicación de la población nativa de la zona, el desarrollo de unidades de producción agrícolas orientadas a la exportación, la introducción masiva de poblaciones extranjeras (esclavos africanos y culíes asiáticos), la persistencia del colonialismo y el surgimiento de lo que Knight ha llamado un “nacionalismo fragmentado” (Mintz, 1971, pp. 17-46; Benítez-Rojo, 1992, pp. 33-81; Knight, 1978). El resultado de esta caracterización, visualizado en un mapa, es un espacio geográfico que abarca Cuba, La Española (Haití y República Dominicana), Jamaica, Puerto Rico, las Bahamas, las Antillas Menores, Belice y las Guayanas. A las costas caribeñas

⁷ Algunas de las fuentes que informan mi conceptualización —y mi lenguaje— en cuanto se refiere a circulación, configuraciones regionales, interacciones cotidianas y el mar, incluyen a Markovits, Pouchepadass y Subrahmanyam (2003, p. 3), Gil y Nugent (1994); De Certeau (1984), Denning (2004, pp. 13-35), Hau’ofa (2008, pp. 27-40), Gillis (2004) y Steinberg (2013).

⁸ Para algunos resúmenes de las definiciones y los debates en torno a la pregunta, véase Bassi (2009, pp. 11-24), Grafenstein (1997, pp. 21-29) y Giovannetti (2013, pp. 74-87).

del continente, de acuerdo con esta definición, se les niega su pertenencia al Caribe.

Los esfuerzos para entender el Caribe más allá de la plantación han permitido a algunos historiadores visualizar la región como un Gran Caribe. La idea de un Gran Caribe, que se extiende más allá de las islas y alcanza el continente, ha venido ganando fuerza en los últimos años y la utilización del término se ha vuelto frecuente en la historiografía reciente tanto en inglés como en español⁹. Haciendo énfasis en factores ambientales, Stuart Schwartz, Matthew Mulcahy y Sherry Johnson han demostrado que los huracanes pueden funcionar como productores de región; en sus estudios, un fenómeno natural —los huracanes— da coherencia a un espacio geográfico que nos obliga a reconsiderar el tamaño y los límites del Caribe. Su Gran Caribe es una región definida por la naturaleza, es una región que está ahí. Los humanos no la crean; se adaptan a ella (Schwartz, 2015; Mulcahy, 2006; Johnson, 2011). Dando un poco más de poder creativo a los humanos, John McNeill combina contextos ecológicos y actividad humana para mostrar cómo los seres humanos, en su capacidad como agentes de cambio ambiental, convirtieron lo que ya era un lugar ideal para la incubación de los mosquitos que cargan y transmiten malaria y fiebre amarilla, en un lugar mejorado de cría y alimentación donde estos mosquitos podían prosperar. De acuerdo con McNeill, entonces, los mosquitos portadores de malaria y fiebre amarilla, ayudados por la deforestación producida por los humanos, dieron sentido a un espacio geográfico que abarcaba “las costas de Sur, Centro y Norteamérica en el Atlántico, y las islas del Caribe, que en el curso de los siglos XVII y XVIII se convirtieron en zonas de plantación” (McNeill, 2010, p. 2). Este Gran Caribe, a diferencia del de Schwartz, Mulcahy y Johnson, no estaba simplemente allí para que los humanos se adaptasen a él, sino que surgió como una consecuencia no deseada de la actividad humana en un área que compartía ciertos rasgos ecológicos. De la misma forma en que los huracanes y ciertos mosquitos funcionan como creadores o definidores de región, mi planteamiento presenta a los marineros y sus vidas itinerantes como variable fundamental en la constitución del espacio geográfico gran Caribeño.

⁹ Entre los estudios recientes en inglés que adoptan el término y la perspectiva, vale la pena destacar: Schwartz (2015), Mulcahy (2006), McNeill (2010), Gaspar y Geggus (1997). Algunos de los estudios en español que han usado el término y adoptado la perspectiva geográfica más amplia incluyen a De León (2002) y Pérez (2012).

2. MARINEROS, INFORMACIÓN Y LA CREACIÓN DEL GRAN CARIBE TRANSIMPERIAL

En su estudio sobre el papel de marineros y esclavos en la difusión de actividades revolucionarias en el mundo atlántico, Peter Linebaugh y Marcus Rediker presentan a los marineros del siglo XVIII como “un vector de la revolución que se esparcía desde Norteamérica en dirección sur hacia el Caribe”. *La hidra de la revolución* muestra la forma en que los marineros, gracias a su “contacto con esclavos en las ciudades portuarias del Caribe inglés, francés, español y holandés”, reunían y transmitían “información... sobre revueltas de esclavos, abolición y revoluciones” (Linebaugh y Rediker, 2000, p. 241; véase también, Scott, 1986). Su papel como transmisores de información no se limitaba a difundir ideas y planes revolucionarios. Sus contactos tampoco estaban limitados a la población esclava. Tanto en altamar como en tierra, capitanes y marineros comunes también entraban en contacto con autoridades coloniales, comerciantes, indígenas y muchos otros habitantes del Caribe. A través de estos contactos los marineros obtenían y transmitían información sobre el acontecer europeo, potenciales invasiones de territorios caribeños, alianzas imperiales y muchos otros detalles de interés a las autoridades coloniales y el público interesado en el devenir geopolítico del mundo atlántico. La difusión de esta información posibilitaba el surgimiento de una forma común de experimentar e interpretar el mundo, compartida por todos aquellos que habitaban un espacio que se extendía más allá de las islas y costas bañadas por el mar Caribe. En resumen, la movilidad de los marineros y el flujo de información que sus vidas móviles hacía posible, producían una región de fronteras vagamente delimitadas a la que denomino el Gran Caribe transimperial¹⁰. Juan Guardiola, capitán, y Juan Estevan Rodríguez, marinero común, se presentan como ejemplos de la forma en que las experiencias de los marineros contribuían a la configuración de este espacio geográfico.

2.1. JUAN GUARDIOLA, CAPITÁN

Juan Guardiola conocía en detalle la geografía del Caribe, especialmente las costas y aguas de lo que puede denominarse el Caribe Sur. Entre 1793 y 1808 —y probablemente algunos años antes y después— Guardiola fue capitán de al menos seis goletas, en las cuales navegó el Caribe frecuentando los puertos de Cartagena, Portobelo, Riohacha y Kingston. En ocasiones, como en 1800, cuando navegó el Caribe como capitán de la goleta *Nuestra Señora*

¹⁰ Para la idea del espacio como “producido”, véase Lefebvre (1991) y Smith (1984).

de los Dolores, además frecuentó Curazao y Santo Domingo (Mapa 1). Tal como Guardiola, Pedro Corrales, Jacinto Ruano y muchos otros capitanes conectaban de manera frecuente territorios caribeños pertenecientes a varias potencias coloniales. Sus trayectorias de navegación revelan la forma como las condiciones geopolíticas, la legislación comercial y las necesidades locales favorecían la configuración del Gran Caribe transimperial.

Durante la década de 1780, guiadas principalmente por la necesidad de suplir las expediciones que debían conquistar a los indígenas del Darién, las autoridades españolas abrieron Cartagena al comercio con neutrales. Durante la segunda mitad de dicha década los permisos para comerciar con neutrales produjeron un constante cruce de fronteras políticas que llevó a muchos capitanes a circular casi sin restricciones entre puertos caribeños controlados por las potencias europeas. Si bien el estallido de las guerras asociadas con la Revolución francesa, la guerra de 1796-1808 entre ingleses y españoles y las guerras napoleónicas restringieron las redes comerciales existentes durante 1780-1789, la trayectoria de Juan Guardiola demuestra que los capitanes del Caribe continuaron conectando a los puertos de la Nueva Granada con puertos extranjeros. El cambiante paisaje geopolítico del Caribe, sumado a la exitosa implementación del sistema británico de puertos libres y los continuos permisos dados por autoridades españolas para comerciar con neutrales, resultaron en el posicionamiento de Kingston como ‘emporio’ de los territorios del circun-Caribe español (Depons, 1807, p. 127). Para Guardiola y muchos otros capitanes. Kingston era el centro en torno al cual gravitaban sus goletas y balandras. La importancia de Kingston en las geografías personales de un amplio número de capitanes y el permanente cruce de fronteras políticas, característico de la vida de estos capitanes, permite concluir que, hacia finales del siglo XVIII, el Caribe se estaba convirtiendo en una especie de área de libre comercio dominada por los ingleses.

Sin embargo, esta hegemonía comercial inglesa no debe malinterpretarse como un monopolio comercial inglés. Los viajes de Jacinto Ruano, Pedro Corrales y otros revelan que los puertos del Caribe francés, holandés y danés mantuvieron cierta capacidad para retar el dominio comercial inglés. Además, a partir de su independencia, los Estados Unidos también empezaron a posicionarse como actores comerciales importantes.

Colectivamente, las trayectorias de Guardiola y muchos otros capitanes hicieron de los capitanes los principales actores en la configuración de una geografía transimperial que, tal como lo planteó Doreen Massey, estaba “siempre en construcción” (Massey, 2005, p. 9). Sus múltiples viajes, además, permitieron a Guardiola y a un gran número de capitanes obtener y transmitir información que, difundida entre un número amplio de habitantes, permitió a

muchos, cuyas vidas no se caracterizaban por la movilidad geográfica, vivir e interpretar el mundo en que vivían dentro del marco geográfico maleable del Gran Caribe transimperial. El mundo caribeño de navegantes y creadores de región también incluía capitanes que supuestamente trabajaban como espías al servicio de Inglaterra, aventureros ingleses que juraban lealtad al imperio español y un buen número de marineros comunes empleados en barcos de guerra, veleros comerciales y corsarios insurgentes. Tal como los capitanes, estos marineros del común absorbían y transmitían información que convertía al Gran Caribe transimperial en una realidad vivida. Juan Estevan Rodríguez, marinero negro capturado a bordo de la goleta *Altagracia*, sirve como ejemplo del tipo de vida que llevaban los marineros del Gran Caribe transimperial.

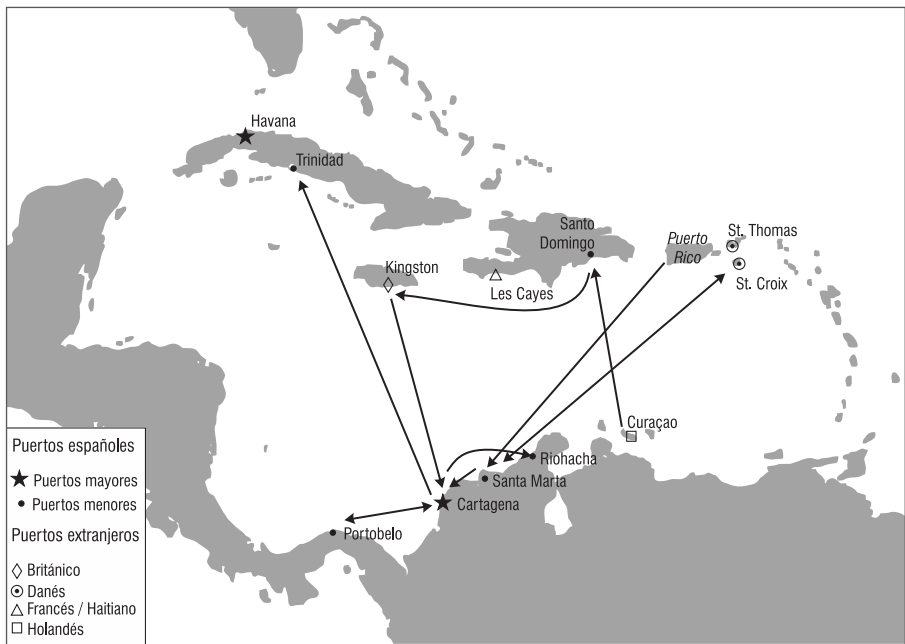
2.2. JUAN ESTEVAN RODRÍGUEZ, MARINERO

Entre 1811 y 1815 un buen número de marineros de todos los colores y naciones constituía la mayor parte de los navegantes a bordo de goletas que navegaban el Caribe ondeando la bandera de la joven, y en últimas efímera, República de Cartagena. Al igual que los capitanes, los marineros del común pasaban sus vidas navegando de puerto en puerto, constantemente cruzando fronteras políticas y conectando territorios que, por pertenecer a diversos imperios, los historiadores han tendido a considerar como desconectados¹¹. Al igual que los capitanes, los marineros del común encontraban múltiples oportunidades para compartir información obtenida a bordo de los muchos barcos en los que desempeñaban todo tipo de labores. Si bien la mayor parte de las conversaciones mediante las cuales los marineros transmitían información sobre el acontecer geopolítico de los puertos que visitaban nunca fue registrada y, por tanto, se mantiene inaccesible para los historiadores, es importante resaltar que, en numerosas ocasiones, a consecuencia de la captura de los barcos en los que navegaban, bastantes marineros se vieron forzados a compartir con autoridades coloniales sus historias de movilidad, cruce de fronteras y creación de región.

Una de esas historias, la del marinero negro Juan Estevan Rodríguez (Mapa 2), me permite ilustrar la forma como los marineros se convertían en actores importantes en la configuración de un Gran Caribe transimperial. La historia de Juan Estevan Rodríguez se hace visible gracias a la captura, por parte de autoridades españolas, del *Altagracia*, buque corsario en el que

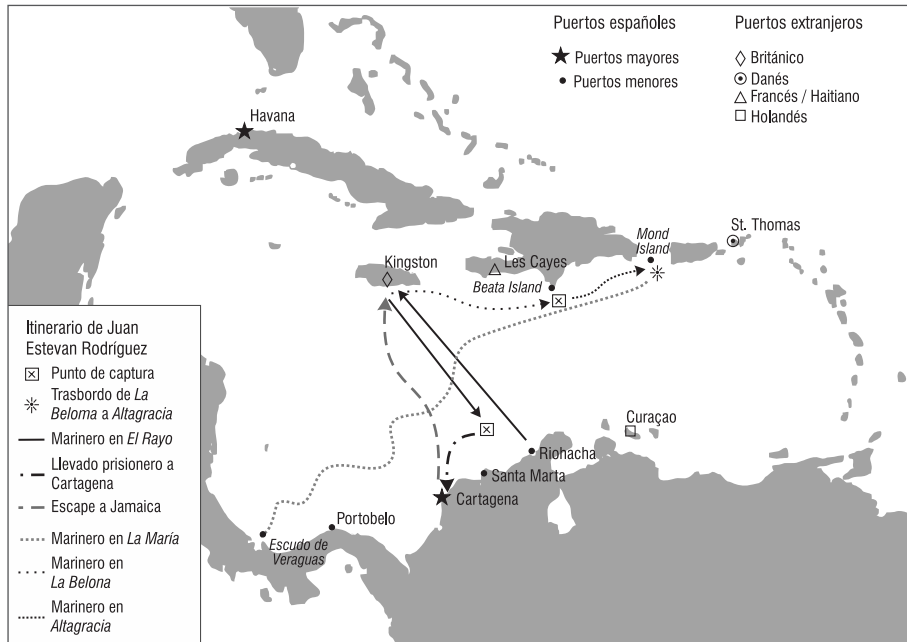
¹¹ Para una crítica de la tendencia a interpretar las diferentes esferas imperiales como desconectadas, véase Hancock (2009).

MAPA 1. EL GRAN CARIBE TRANSIMPERIAL DE JUAN GUARDIOLA



Fuente: tomado y adaptado de Bassi (2016, pág. 59).

MAPA 2. EL GRAN CARIBE TRANSIMPERIAL DE JUAN ESTEVAN RODRÍGUEZ



Fuente: tomado y adaptado de Bassi (2016, pág. 68).

navegaba, cerca de las costas de Portobelo. Juan Estevan, juzgado y posteriormente absuelto como corsario al servicio de la República de Cartagena, inició su declaración ante las autoridades españolas el 20 de febrero de 1815. Su historia, más allá de hacer visible el constante movimiento a través de fronteras políticas que caracterizaba la vida de los marineros caribeños, revela la inestabilidad y las amenazas cotidianas que marcaban la existencia en el Gran Caribe transimperial¹².

Nacido en Ocumare, Venezuela, Juan Estevan declaró ser chocolatero, oficio que había aprendido al otro lado del Atlántico, en Cataluña. Luego de su regreso a las Américas (“hace doce años”), debido a las dificultades para ejercer su profesión se había empleado “como marinero al servicio de varios buques”. Cerca de dos años antes de presentar su declaración ante las autoridades españolas en Portobelo, Juan Estevan trabajaba como marinero a bordo del bergantín español *El Rayo*, el cual transportaba mulas de Riohacha a Jamaica. Juan Estevan no especificó las fechas de ninguno de los incidentes que narra en su declaración. Más allá de afirmar que regresó a las Américas desde España “hace doce años”, se mantuvo ambiguo acerca de cuándo sucedieron los eventos que narra en su declaración. Basado en el tiempo que pasó como prisionero en Cartagena —seis meses— y el tiempo que pasó a bordo del *Altagracia* (cinco meses), está claro que había pasado más de un año —tal vez dos, dado que antes de zarpar en el *Altagracia* había navegado en *La Belona*, y otros barcos españoles, y también había escapado de Cartagena a Jamaica— como marinero en *El Rayo*. A su regreso de Jamaica, *El Rayo* fue atacado y capturado por una cañonera de Cartagena, a donde Juan Estevan fue llevado, hecho prisionero y obligado a trabajar “por seis meses barriendo las calles atado a una cadena”. Luego de seis meses prisionero en Cartagena, Juan Estevan logró escapar y huyó a Jamaica, donde nuevamente se enlistó como marinero, esta vez a bordo de la goleta española *La María*. Desde Jamaica *La María* zarpó en dirección este hacia Puerto Rico y, poco después de su partida, cerca “de la isla Beata, al frente de Santo Domingo”, fue hecha presa por la goleta insurgente cartagenera *La Belona*. A bordo de *La Belona*, dado que “algunos [de sus tripulantes] sabían que había escapado de prisión”, Juan Estevan enfrentó un dilema. Enterado de la situación de Juan Estevan, el capitán de *La Belona* —el famoso corsario francés Louis Aury— informó a Juan Estevan que la “única forma de salvar su vida” sería enlistándose como marinero del corsario insurgente. Juan Estevan, por supuesto, aceptó.

¹² La historia de Juan Estevan Rodríguez proviene de “Declaración de Juan Estevan Rodríguez, negro marinero de la goleta corsaria *Belona*”, febrero 20, 1815, en “Autos *La Belona*”, AGNC, AA1, Guerra y Marina, 130, 417-419.

En su nueva condición de corsario, Juan Estevan continuó su navegación hacia el este hasta que, al sur de la isla de Mona (al oeste de Puerto Rico), *La Belona* capturó a la goleta española *Altagracia*. Junto con los marineros haitianos Ignacio e Ilario (quienes también rindieron declaraciones en Portobelo, pero, a diferencia de Juan Estevan, fueron encontrados culpables y sentenciados a ocho años de prisión en La Habana), Juan Estevan nuevamente cambió de barco y pasó a bordo de la capturada *Altagracia*, que enseguida se enrumbó hacia Cartagena. Debido a las corrientes y los vientos, la *Altagracia* nunca llegó a Cartagena y Juan Estevan y los demás marineros a bordo terminaron contando sus historias a las autoridades españolas de Portobelo.

La vida de Juan Estevan no era excepcional. Como él, muchos otros marineros del Caribe vivían vidas caracterizadas por el permanente cruce de fronteras políticas, frecuentes cambios de un barco a otro y amenazas asociadas con la vida en un mar que, muchas veces, lejos de brindar oportunidades para vivir una vida “sin amos ni patrones”, se presentaba hostil. La imagen, pues, que emerge de la historia de movilidad de Juan Estevan y muchos otros marineros, es complicada. Sus vidas los hacían conocedores de ejes comerciales como Kingston, Les Cayes, St. Thomas, Curazao, Cartagena, La Habana y otros importantes nodos conectores del Gran Caribe transimperial. Sus vidas móviles, al conducirlos no solo de puerto en puerto sino también de barco en barco, muchas veces los llevaban, voluntaria o forzosamente, a cambiar de patrones imperiales. Como parte de su existencia móvil también era común que los marineros fueran abandonados a su suerte en diferentes puertos de la región y los casos de deserción asimismo eran muy comunes. Los poco placenteros encuentros de marineros como Juan Estevan Rodríguez nos obligan a cuestionar nociones que presentan la vida en el mar como caracterizada por cierto sentido de libertad y autonomía. Si bien es cierto que, tal como lo plantea Julius Scott, el mar podía constituir, en particular para los esclavos de las plantaciones caribeñas, una fuerza seductora, la distancia separando esta percepción del mar como seductor de la realidad vivida por marineros como Juan Estevan podía ser enorme (Scott, 1986, p. 8)¹³.

¹³ Al igual que Scott, Jeffrey Bolster y Edgardo Pérez Morales presentan una visión del mar que hace énfasis en las oportunidades que la vida en él ofrecía a los marinos. Véase Bolster (1997) y Pérez (2012).

3. EL GRAN CARIBE TRANSIMPERIAL COMO TERRITORIO ACUOSO

En su provocador estudio sobre el proceso conocido en la historia argentina como “la conquista del desierto”, Claudio Canaparo (2005b, p. 242) destaca la importancia de tecnologías que posibilitaron la transformación del *terreno* — definido como espacio vacío— en *territorio* (entendido como *terreno* que ha sido demarcado y hecho legible mediante “la inserción de señales”)¹⁴. Mi énfasis en la circulación de marineros y sus interacciones sociales me permite rescatar el mar como sitio histórico para afirmar, tal como lo hizo el poeta Derek Walcott, que “el mar es historia” (Walcott, 1979, pp. 25-28). Entender el mar como sitio histórico en el que se desarrollan toda una serie de interacciones sociales —a diferencia de un simple intervalo entre puertos— permite ver el mar —en particular el Caribe— como un territorio acuoso. Además de Dening y Walcott, mi enfoque para pensar el mar como un sitio histórico también está informado por los trabajos de Epli Hau’ofa y John Gillis. En desarrollo de su “visión de Oceanía”, Hau’ofa avanza la noción de un proceso de “ampliación del mundo [...] llevado a cabo por decenas de miles de habitantes de las islas del Pacífico Sur [...] atravesando un océano que había sido ilimitado durante siglos antes de la apoteosis del capitán Cook”. Esta perspectiva le permite pasar de pensar en “islas en el lejano mar”, un marco analítico que enfatiza “superficies secas en un vasto océano” y “la pequeñez y lejanía de las islas”, para visualizar “un mar de islas”, marco que destaca a Oceanía como “un mar grande lleno de lugares para explorar” y la noción de que, para los habitantes de las islas del Pacífico Sur, “el mar es su hogar”. Al pensar en el papel de las islas en la creación del mundo atlántico, Gillis —basándose en Hau’ofa— piensa en el Atlántico como un “continente acuoso” y en el mar, en general, como “un lugar en vez de un intervalo entre lugares”. Y cuestionando la tendencia de los historiadores a ver el mar como vacío, afirma: “Tenemos dificultad para captar tal mundo porque pensamos en el mar como un lugar vacío y tratamos las islas como si fueran siempre pequeñas, remotas y aisladas, sin importar su tamaño y proximidad” (Hau’ofa, 2008, pp. 28, 30, 31, 32; Gillis, 2004, pp. 83-84). Más recientemente, Greg Grandin demostró hasta qué punto el mar —en su caso, tanto en el Atlántico Sur como en el Pacífico Sur— es un sitio donde se desarrolla la historia, un sitio lleno de historia (véase Grandin, 2014).

Las vidas móviles de capitanes y marineros como Juan Guardiola y Juan Estevan Rodríguez nos permiten visibilizar el contorno de un Gran Caribe transimperial que emerge como un espacio geográfico vagamente delimitado,

¹⁴ Para un desarrollo más detallado de su idea de la transformación del terreno en territorio, en el contexto argentino, véase Canaparo (2005b y 2009).

flexible y maleable, del cual hacen parte islas y costas pertenecientes a diversas potencias europeas, así como excolonias que habían adquirido su independencia en las últimas décadas del siglo XVIII.

Analizar la configuración del Gran Caribe transimperial desde la perspectiva de las costas de la Nueva Granada, además, permite identificar nodos conectores como Kingston, Les Cayes, St. Thomas, Curazao, Cartagena, La Habana e incluso Filadelfia, los cuales hacían parte de un espacio geográfico más grande e interconectado que, por incluir varias esferas imperiales, era también un espacio multicultural. Sus habitantes hacían parte de un espacio políglota, en el que cierta familiaridad con múltiples idiomas —aunque no perfecto dominio— era un aspecto de la vida diaria. Pese a la persistencia de barreras lingüísticas, la información fluía a través de las fronteras políticas, contribuyendo a la construcción de un sentido de pertenencia regional.

La región tal y como la experimentaban capitanes y marineros como Juan Guardiola y Juan Estevan Rodríguez era políticamente inestable y personalmente amenazante. La movilidad de los marineros, si bien continua, estaba estrechamente restringida por rivalidades geopolíticas y condiciones climáticas las cuales con frecuencia impedían que los veleros que cruzaban el Caribe alcanzaran su destino planeado.

El Gran Caribe transimperial que emerge de las experiencias de marineros y capitanes era también un espacio vívido, mas no propiamente articulado. Como espacio vívido, los marineros lo experimentaban de formas más tangibles que en las que experimentaban las geografías políticas a las que, de acuerdo con las prescripciones imperiales, pertenecían. A su vez, el Gran Caribe transimperial surge como espacio inarticulado porque los marineros que lo creaban no se pensaban a sí mismos creadores de un espacio regional. Nunca se imaginaron el Gran Caribe transimperial como una entidad ocupando un pedazo ‘objetivamente identificable’ de la superficie de la tierra. El Gran Caribe transimperial tampoco se convirtió, como los Estados nación, en una “fuente de orgullo, lealtad, amor, pasión, sesgo, odio, razón, sinrazón”. La región que capitanes y marineros construyeron con su cotidiana movilidad carecía de lo que Thongchai Winichakul llama un geocuerpo (Winichakul, 1994, p. 17).

Finalmente, es importante destacar que el Gran Caribe transimperial constituye lo que denomino un territorio acuoso de marcadores móviles. Lejos de ser un espacio vacío —el *terreno* de Canaparo— o “un intervalo entre lugares”, el mar que Guardiola, Rodríguez y muchos otros navegaban estaba lleno de señales que los marineros y capitanes interpretaban y desplegaban como estrategia para navegar, de forma relativamente segura, las peligrosas aguas del Caribe y el Atlántico (Gillis, 2004, p. 83); véase también Steinberg (2013) y Paul Carter (2010) [1987], pp. xxii-xxv. Al contrario de los marcadores

fijos usados para hacer legibles los territorios *terrenales* (vías ferroviarias, líneas telegráficas, ríos, carreteras y montañas), el Gran Caribe transimperial era un espacio de marcadores móviles. Los barcos eran esos marcadores. Su tamaño y las banderas que ondeaban constituían mensajes que llenaban de significado, de historia, a esta región acuosa¹⁵.

La vida de Juan Estevan Rodríguez ilustra perfectamente las interacciones que hacían del mar un sitio lleno de historia. Si el Gran Caribe transimperial de Juan Estevan se presenta hostil, esta hostilidad no se percibe en tierra; no se percibe en la forma como los puertos limitaban sus posibilidades de enlistarse como marinero. La hostilidad, tal y como la experimentó Juan Estevan, proviene de interacciones que tuvieron lugar lejos de costas y puertos. En ese territorio acuoso hostil, capitanes y marineros entendían a los barcos que divisaban en la distancia como señales que advertían sobre la conveniencia de aproximarse o no. Los barcos que navegaban el Gran Caribe transimperial, por lo tanto, constituían marcadores móviles que llenaban el mar de significado, transformándolo de *terreno* a *territorio*.

Los barcos, de acuerdo con su tamaño y la bandera que ondearan, señalaban neutralidad, hostilidad, alianzas, y por lo tanto, alertaban a capitanes y marineros sobre la posibilidad de acercarse o lo aconsejable de evitar un encuentro en altamar. Para los corsarios cartageneros, una bandera española, dependiendo del tamaño del barco, indicaba una presa a ser capturada o un guardacostas con la capacidad de capturarlos. La bandera de los Estados Unidos, por lo general, indicaba neutralidad y la posibilidad de aproximarse al barco sin riesgo de ser capturados. Los mensajes enviados por los barcos a través de sus banderas y tamaño, sin embargo, no siempre eran claros. Tal como lo demuestra la práctica, especialmente difundida entre corsarios y contrabandistas, de “navegar con todas las banderas”, estos mensajes no eran siempre de confiar. Confiables o no, esos mensajes y las interacciones por ellos facilitadas permiten entender al mar como mucho más que un intervalo entre puertos —un espacio *ahistórico*— en el que la historia se detiene hasta que el barco arriba al puerto donde la historia se reanuda.

¹⁵ Para marcadores en tierra y el acto de nombrar estos marcadores como estrategia para convertir el espacio en lugar o el terreno en territorio, véase Canaparo (2005a, pp. 53-69, 85-105); Carter (2010) [1987], pp. 1-68.

4. CONCLUSIONES: ACTOS COTIDIANOS DE FORMACIÓN DE REGIÓN

Si las naciones han sido definidas como ‘comunidades políticas imaginadas’ necesariamente asociadas con un geocuerpo, regiones como el Gran Caribe transimperial —es posible afirmar— han sido típicamente *inimaginadas*. Pese a esta ausencia de intencionalidad, regiones como el Gran Caribe transimperial creado por marineros y capitanes como Juan Guardiola y Juan Estevan Rodríguez eran experimentadas en la cotidianidad de interacciones que vinculaban islas y costas tradicionalmente entendidas como pertenecientes a geografías políticas autosuficientes. Hacer visibles las historias de marineros y otros individuos cuyas vidas estaban marcadas por sus frecuentes interacciones transimperiales nos permite descubrir formas de habitar el mundo que nos obligan a repensar la utilidad de unidades geográficas de análisis entendidas como predeterminadas, claramente limitadas y fijas.

En sus múltiples travesías caribeñas los marineros y capitanes dieron sentido y coherencia al Gran Caribe transimperial como unidad geográfica de vida. Permitir a los marineros mostrarnos su geografía vivida deja claro que Guardiola, Rodríguez y muchos otros navegantes del Caribe y el Atlántico, no solo hacían su propia historia, sino también su propia geografía. Tal como lo muestra la vida de Juan Estevan Rodríguez, ni su historia ni su geografía fueron construidas bajo circunstancias de su propia elección¹⁶.

REFERENCIAS

- Abello, A. (2006). *El Caribe en la nación colombiana*, Bogotá: Museo Nacional de Colombia.
- Allen, J.; Massey, D.; Cochrane, A. (1998). *Re-Thinking the Region: Spaces of Neo-Liberalism*, Londres: Routledge.
- Appadurai, A. (1993). “Patriotism and Its Futures”, *Public Culture*, núm. 5, pp. 411, 418.
- Appelbaum, N. (2007). *Dos plazas y una nación. Raza y colonización en Riosucio, Caldas, 1846-1948*, Bogotá: Editorial Universidad del Rosario.
- Applegate, C. (1999). “A Europe of Regions: Reflections on the Historiography of Sub-National Places in Modern Times”, *American Historical Review*, vol. 104, núm. 4, pp. 1157-1182.

¹⁶ Karl Marx, *The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte* (edición digital disponible en <http://www.marxists.org/archive/marx/works/1852/18th-brumaire/ch01.htm>), párrafo 2.

- Bassi, E. (diciembre de 2009). “La importancia de ser Caribe: reflexiones en torno a un mal chiste”, *Aguaita*, núm. 21, pp. 11-24.
- Bassi, E. (2016). *An Aqueous Territory: Sailor Geographies and New Granada's Transimperial Greater Caribbean World*, Durham: Duke University Press.
- Benítez-Rojo, A. (1992). *The Repeating Island: The Caribbean and the Postmodern Perspective*, Durham: Duke University Press.
- Bolster, W. J. (1997). *Black Jacks: African American Seamen in the Age of Sail*, Cambridge: Harvard University Press.
- Canaparo, C. (2005a). “Marconi and Other Artifices: Long-Range Technology and the Conquest of the Desert”, en J. Andermann y W. Rowe (eds.), *Images of Power: Iconography, Culture and the State in Latin America*, Nueva York: Berghahn Books.
- Canaparo, C. (2005b). *Muerte y transfiguración de la cultura rioplatense: breve tratado sobre el pensamiento del espacio en el Río de la Plata, 1830-1980*, Buenos Aires: Zibaldone Editores.
- Canaparo, C. (2009). *Geo-Epistemology: Latin America and the Location of Knowledge*, Nueva York: Peter Lang.
- Carter, P. (2010 [1987]). *The Road to Botany Bay: An Exploration of Landscape and History*, Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Certeau, M. de (1984). *The Practice of Everyday Life*, San Diego: University of California.
- Conrad, S.; Duara, P. (2013). *Viewing Regionalisms from East Asia*, Washington, D.C.: American Historical Association.
- Coronil, F. (1996). “Beyond Occidentalism: Toward Nonimperial Geohistorical Categories”, *Cultural Anthropology*, vol. 11, núm. 1, p. 54.
- Dening, G. (2004). “Deep Times, Deep Spaces: Civilizing the Sea”, en B. Klein y G. Mackenthun (eds.), *Sea Changes: Historicizing the Ocean*, New York: Routledge.
- Depons, F. (1807). *Travels in South America during the Years 1801, 1802, 1803, and 1804; Containing a Description of the Captain-Generalship of Caracas, and an Account of the Discovery. Conquest, Topography, Legislation, Commerce, Finance, and Natural Productions of the Country, with a View of the Manners and Customs of the Spaniards and the Native Indians*, Londres: Longman, Hurst, Rees, and Orme.
- Dubcovsky, A. (2012). “One Hundred Sixty-One Knots, Two Plates, and One Emperor: Creek Information Networks in the Era of the Yamasee War”, *Ethnohistory*, vol. 59, núm. 3, pp. 489-513.
- García de León, A. (2002). *El mar de los deseos: el Caribe hispano musical. Historia y contrapunto*, México: Siglo XXI Editores.
- Gaspar, D.; Geggus, D. (eds.) (1997). *A Turbulent Time: The French Revolution and the Greater Caribbean*, Bloomington: Indiana University Press.

- Gil, J.; Nugent, D. (eds.) (1994). *Every Forms of State Formation: Revolution and the Negotiation of Rule in Modern Mexico*, Durham: Duke University Press.
- Gillis, J. (2004). *Islands of the Mind: How the Human Imagination Created the Atlantic World*, Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Giovannetti, J. L. (2013). “Caribbean Studies as Practice: Insights from Border-Crossing Histories and Research”, *Small Axe*, núm. 41, pp. 74-87.
- Goebel, M. (2013). *Overlapping Geographies of Belonging: Migrations, Regions, and Nations in the Western South Atlantic*, Washington, D.C.: American Historical Association.
- Grafenstein, J. von (1997). *Nueva España en el Circuncaribe, 1779-1808: revolución, competencia imperial y vínculos intercoloniales*, México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Grandin, G. (2014). *The Empire of Necessity: Slavery, Freedom, and Deception in the New World*, New York: Metropolitan.
- Hämäläinen, P. (2008). *The Comanche Empire*, New Haven: Yale University Press.
- Hancock, D. (2009). *Oceans of Wine: Madeira and the Emergence of American Trade and Taste*, New Haven, CT: Yale University Press.
- Hau’ofa, E. (2008). “Our Sea of islands”, en *We Are the Ocean: Selected Works*, Honolulu: University of Hawaii Press.
- Horton, J.; Kraftl, P. (2014). *Cultural Geographies: An Introduction*, Londres: Routledge.
- Johnson, S. (2011). *Climate and Catastrophe in Cuba and the Atlantic World in the Age of Revolution*, Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Knight, F. (1978). *The Caribbean: The Genesis of a Fragmented Nationalism*, Nueva York: Oxford University Press.
- Lefebvre, H. (1991). *The Production of Space*, Nueva York: Blackwell.
- Linebaugh, P.; Rediker, M. (2000). *The Many-Headed Hydra: Sailors, Slaves, Commoners, and the Hidden History of the Revolutionary Atlantic*, Boston: Beacon Press.
- Markovits, C.; Pouchepadass, J.; Subrahmanyam, S. (2003). “Introduction: Circulation and Society under Colonial Rule”, en C. Markovits, J. Pouchepadass y S. Subrahmanyam (eds.), *Society and Circulation: Mobile People and Itinerant Cultures in South Asia, 1750-1850*, Delhi: Permanent Black.
- Massey, A. (2005). *For Space*, Londres: Sage Publications.
- McNeill, J. R. (2010). *Mosquito Empires: Ecology and War in the Greater Caribbean, 1620–1914*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Mintz, S. (1971). “The Caribbean as Socio-Cultural Area”, en M. M. Horowitz (ed.), *Peoples and Cultures of the Caribbean* (pp. 17-46), Garden City: Natural History Press.

- Mulcahy, M. (2006). *Hurricanes and Society in the British Greater Caribbean, 1624-1783*, Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Offen, K. (2007). "Creating Mosquitia: Mapping Amerindian Spatial Practices in Eastern Central América, 1629-1779", *Journal of Historical Geography*, núm. 33, pp. 254-282.
- Parmenter, J. (2010). *The Edge of the Woods: Iroquoia, 1534-1701*, East Lansing: Michigan State University Press.
- Pérez, E. (2012). *El gran diablo hecho barco. Corsarios, esclavos y revolución en Cartagena y el Gran Caribe, 1791-1817*, Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander.
- Reid, A. (1988-1993). *Southeast Asia in the Age of Commerce, 1450-1680*, 2 vols., New Haven: Yale University Press.
- Schwartz, S. (2015). *Sea of Storms: A History of Hurricanes in the Greater Caribbean from Columbus to Katrina*, Princeton: Princeton University Press.
- Scott, J. S. (1986). "The Common Wind: Currents of Afro-American Communication in the Era of the Haitian Revolution", tesis doctoral, Universidad de Duke.
- Smith, N. (1984). *Uneven Development: Nature, Capital, and the Production of Space*, Nueva York: Blackwell.
- Smith, N.; Godlewska, A. (1994). "Introduction", en N. Smith y A. Godlewska (eds.), *Geography and Empire*, Oxford: Blackwell.
- Steinberg, P. (2013). "Of Other Seas: Metaphors and Materialities in Maritime Regions", *Atlantic Studies: Global Currents*, vol. 10, núm. 2, pp. 156-169.
- Trouillot, M.-R. (1995). *Silencing the Past: Power and the Production of History*, Boston: Beacon Press.
- Walcott, D. (1979). "The Sea is History", en *The Star-Apple Kingdom*, Nueva York: Farrar, Straus, and Giroux.
- Wigen, K.; Lewis, M. (1997). *The Myth of Continents: A Critique of Metageography*, Berkeley: University of California Press.
- Winichakul, T. (1994). *Siam Mapped: A History of the Geo-Body of a Nation*, Honolulu: University of Hawaii Press.
- Young, E. van (2012). "Doing Regional History: A Theoretical Discussion and Some Mexican Cases", en *Writing Mexican History* (pp. 167-197), Stanford: Stanford University Press.
- Zahra, T. (2010). "Imagined Noncommunities: National Indifference as Category of Analysis", *Slavic Review*, vol. 69, núm. 1, pp. 96-97.

SEGUNDA PARTE
ESTUDIOS ECONÓMICOS Y SOCIALES

**VEINTE AÑOS DE INVESTIGACIÓN SOBRE
POBREZA Y DESIGUALDAD SOCIAL EN EL
CARIBE COLOMBIANO, 1997-2017**

Aarón Espinosa Espinosa

El autor es profesor investigador en la Facultad de Economía y Negocios, y codirector del Laboratorio de Investigación e Innovación en Cultura y Desarrollo (L+iD), de la Universidad Tecnológica de Bolívar.

1. INTRODUCCIÓN

Durante los últimos veinte años el ascenso de la investigación sobre economía regional constituye uno de los hechos más destacados en el campo de las ciencias sociales en la costa Caribe colombiana. Con la creación en 1997 del Centro de Estudios Económicos Regionales (CEER) del Banco de la República (seccional Cartagena), la Fundación para el Desarrollo del Caribe (Fundesarrollo) y el Observatorio del Caribe Colombiano, se instaló una valiosa capacidad de análisis y reflexión sobre los problemas del desarrollo, iniciándose con ello un proceso de fortalecimiento que se extendió rápido a no pocas universidades públicas y privadas de la región. Si la ciencia —como conjunto de saberes refinados por un método y con pretensiones transformadoras de la vida humana— se considera parte integral de lo que hoy denominamos cultura, este avance representa un hecho cultural demostrativo del desarrollo regional.

En este ámbito que también produjo la profesionalización de la investigación, cobraron cuerpo y se ampliaron las reflexiones sobre las causas del rezago, por parte de algunos de los más destacados economistas costeños (Adolfo Meisel y Antonio Hernández, del Banco de la República, y Jorge García, del Banco Mundial, entre otros), y aumentó de manera considerable la deliberación pública sustentada en la evidencia empírica y en la articulación academia-sociedad. La expresión por antonomasia de este vínculo se resume, en el caso del Banco de la República y de otras organizaciones, en los simposios sobre la economía de la región celebrados en tres ediciones en Cartagena y Barranquilla¹, y en iniciativas como el Compromiso Caribe (2007), que sustentó las bases para la creación del actual Fondo de Compensación Regional del Sistema General de Regalías, y la Casa Grande Caribe (2017), las cuales procuran concretar una amplia agenda de inversiones que promuevan el desarrollo humano hacia el año 2030.

Pero, ¿ha cambiado algo el perfil de esta región pobre, rezagada y desigual en estos últimos veinte años? A pesar de los cambios favorables que se documentan en esta investigación, seguimos siendo el territorio de Colombia

¹ En los tres simposios se examinaron, en orden cronológico, el rezago de la Costa (1998), el desempeño económico sectorial (2000) y las finanzas públicas territoriales (2003).

donde la pobreza afecta a más personas en cualquiera de sus facetas: tanto en aquella expresada como precariedad material, como en la evaluada como falta de ingreso o de capacidades. A esta situación se debe agregar la persistencia de brechas de carácter interregional (especialmente región Caribe-Región Andina), que son tanto o más acentuadas dentro del Caribe colombiano.

En el presente capítulo se propone realizar un balance crítico de los estudios sobre pobreza y desigualdad social realizados entre 1997 y 2017 en la costa Caribe de Colombia, describiendo las principales características y dimensionando sus implicaciones para el desarrollo económico y social de la región. Asimismo, se plantea identificar un conjunto de retos y recomendaciones para la investigación en este campo durante los próximos años.

En la sección que sigue a esta introducción se presentan los principales resultados de la evolución de la pobreza y desigualdad regionales, a partir de los indicadores más representativos y su conexión con procesos de desarrollo humano. En la tercera se exponen la metodología y los datos utilizados en el estudio, que continúan la línea de balances realizados con anterioridad en el campo económico regional. En la cuarta parte se presentan los principales resultados del análisis de la producción investigativa en este campo, a partir de la Base de Información Bibliográfica sobre Economía Regional (BBER) construida para el trabajo. En la quinta sección se discute el alcance de estos resultados y se propone un conjunto de áreas de investigación en pobreza y desigualdad social para los próximos años. En la última parte se presentan las conclusiones del estudio.

2. POBREZA Y DESIGUALDAD: ¿QUÉ HA PASADO EN LOS ÚLTIMOS VEINTE AÑOS?

En esta sección se describe la evolución de la pobreza y la desigualdad social en el Caribe colombiano en los últimos veinte años. El análisis permitirá poner en contexto los resultados de la producción investigativa que se muestran en la sección 4 y sustentar algunos de los retos que se han de identificar en los próximos años para el análisis en la materia.

Entre 1997 y 2016 se evidencia la notoria reducción de la pobreza regional en cualquiera de los espacios de análisis considerados, como: carencia de condiciones materiales mínimas (medida a través de las necesidades básicas insatisfechas), falta de ingresos (pobreza moderada y extrema), y privación de capacidades elementales (pobreza multidimensional). Esta reducción ha sido muy significativa en términos relativos, no así en términos absolutos: hoy la costa Caribe cuenta con más población en situación de pobreza material y monetaria (Cuadro 1).

En términos relativos, los indicadores que más retrocedieron son la miseria (definida como el porcentaje de hogares con dos o más necesidades básicas insatisfechas), la pobreza extrema y, en especial, la multidimensional, las cuales se redujeron a más de la mitad frente a los niveles existentes en 1997. Sin embargo, en tamaño de población, la pobreza multidimensional es la única que ha reducido el número de personas afectadas —alrededor de 300 mil salieron de ella— durante los veinte años analizados (Cuadro 1).

CUADRO 1. EVOLUCIÓN DE LA POBREZA EN LA REGIÓN CARIBE, 1997-2016

INDICADOR	1997	2016	CAMBIO RELATIVO (PUNTOS PORCENTUALES, PP)	CAMBIO ABSOLUTO (NÚMERO DE PERSONAS, MILLONES)
	(PORCENTAJE)			
Pobreza material (NBI)	39	22	17	0,7
Pobreza material (NBI > 2: miseria)	13	6	7	0,1
Pobreza moderada (línea de pobreza)	61	39	22	1,5
Pobreza extrema (línea de indigencia)	28	13	15	0,1
Pobreza multidimensional (índice de pobreza multidimensional)	72	26	46	(0,3)

Nota 1: el indicador de NBI mide las carencias materiales en cinco aspectos: vivienda inadecuada, inasistencia escolar, falta de acceso a servicios públicos, hacinamiento crítico (que tres o más personas duerman en una habitación) y dependencia económica (tres o más integrantes del hogar que están a cargo de la fuerza de trabajo de un adulto).

Nota 2: la pobreza moderada (representada mediante la línea de pobreza) mide el porcentaje de personas que no cuentan mensualmente con un ingreso mínimo de subsistencia, determinado por el costo de una canasta normativa que incluye alimentos y otros bienes y servicios. La pobreza extrema se refiere al ingreso mínimo mensual con el cual se puede adquirir una cesta de alimentos con el mínimo de nutrientes para poder funcionar.

Nota 3: el índice de pobreza multidimensional mide el nivel de capacidades logrado —o no— por los hogares y sus integrantes en cinco dimensiones y quince componentes. Las dimensiones, expresadas como condiciones en el hogar, son: educación, infancia y juventud, hábitat y servicios públicos, salud, trabajo digno. Los componentes son: bajo logro escolar, analfabetismo, inasistencia escolar, rezago escolar, trabajo infantil, barreras de acceso a cuidado de primera infancia, empleo informal, desempleo de larga duración, no aseguramiento en salud, barreras de acceso a salud dada una enfermedad, acceso a fuente de agua mejorada, eliminación de excretas, pisos, paredes exteriores y hacinamiento crítico.

Fuente: elaboración del autor con base en el Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE, Encuesta de Calidad de Vida (ECV) 1997-2016, y proyecciones de población).

Mención especial merece la pobreza como falta de renta. Su análisis se justifica por cuanto refleja la manera como se logran redistribuir los beneficios del crecimiento económico y por cuán efectivas pueden ser las políticas sociales, en particular para quienes están en la pobreza extrema. Como se evidencia en el Cuadro 1, la pobreza moderada afecta a mayor población en 2016 que en 1997 (1,5 millones de personas más), mientras que la pobreza extrema afecta a una de tamaño similar. Siguiendo este criterio de análisis, se evidencia la poca efectividad de ambos mecanismos —insuficiente crecimiento e impacto de políticas— a favor de reducir la pobreza en la región.

A escala departamental los resultados muestran una reducción del porcentaje de personas en pobreza moderada y extrema. El período de análisis usado en esta parte son los quince años comprendidos entre 2002 y 2016. En relación

con la moderada, los departamentos más efectivos en reducirla son Atlántico y Bolívar, y los menos capaces La Guajira, Magdalena y el archipiélago de San Andrés (Cuadro 2). En cuanto a la pobreza extrema, Cesar y Bolívar han logrado bajarla a mayor velocidad en los quince años analizados. También en La Guajira y el archipiélago de San Andrés se presenta el menor avance en la disminución de esta pobreza asociada a problemas de hambre.

CUADRO 2. EVOLUCIÓN DE LA POBREZA POR INGRESO EN LOS DEPARTAMENTOS DE LA REGIÓN CARIBE, 2002-2016

DEPARTAMENTO	POBREZA MODERADA (LÍNEA DE POBREZA) (PORCENTAJE)			POBREZA EXTREMA (LÍNEA DE INDIGENCIA) (PORCENTAJE)		
	2002	2016	VELOCIDAD DE REDUCCIÓN (PP ANUALES - PPA)	2002	2016	VELOCIDAD DE REDUCCIÓN (PP ANUALES - PPA)
	Atlántico	50,1	25	(1,7)	12,4	3,1
Bolívar	64,9	41	(1,6)	29,8	11,0	(1,3)
La Guajira	67,2	52,5	(1,0)	19,2	12,1	(0,5)
Cesar	61,9	41,9	(1,3)	31,6	10,8	(1,4)
Córdoba	65,6	44,8	(1,4)	31,1	25,3	(0,4)
Magdalena	65,5	50	(1,0)	24,0	18,2	(0,4)
Sucre	69,2	46,7	(1,5)	28,8	12,0	(1,1)
Archipiélago de San Andrés ^{af}	23,4	13,2	(0,7)	5,6	3,3	(0,2)

Nota: para el promedio nacional, pobreza moderada 2002=49,7; 2016=28,0 y la velocidad = (1,4). Pobreza extrema 2002=17. 2016b =8,5 y la velocidad = (0,6).

^{af} El dato del primer año para San Andrés y Providencia corresponde a 2003 y la fuente es la ECV.

Fuente: elaboración propia con base en DANE, *Encuesta de Calidad de Vida* (ECV), 2003 y 2016, DANE (GEIH) años 2002 y 2016.

De la descripción realizada surgen dos preguntas pertinentes: ¿los departamentos más pobres de la región en 2002 han logrado ser más exitosos que los menos pobres en reducir las privaciones relativas al ingreso durante el período analizado?, y, ¿los departamentos que más han avanzado en reducir la pobreza moderada son aquellos que han logrado disminuir sensiblemente la pobreza extrema?

La respuesta a la primera pregunta es negativa. Son pocos los departamentos con alta pobreza moderada y extrema que han logrado una reducción superior a la del promedio nacional (Cuadro 2). Los casos más representativos son Atlántico y La Guajira: el primero era el menos pobre en 2002 y el que registra la mayor reducción anual, y el segundo, el de mayor pobreza moderada en 2002 y aún en 2016, cuenta con la más alta incidencia (52,5%).

Respecto de la segunda pregunta, existe certeza para concluir a favor de una relación estrecha entre reducción de pobreza moderada y extrema. Los territorios donde se reducen ambos tipos de pobreza indican el impacto positivo que

pueden tener el crecimiento económico y las políticas sociales para aupar a los grupos más rezagados. De hecho, se constata la existencia de una correlación lineal —medida con el coeficiente de correlación— alta y positiva (0,67) entre las reducciones de ambos tipos de pobreza. Esta relación *vis a vis* se presenta en cinco de los ocho departamentos de la región: Atlántico, Bolívar, Cesar, Córdoba y Sucre, que redujeron ambas pobrezas simultáneamente y con la misma intensidad (Cuadro 2).

2.1 UNA PRIMERA REVISIÓN A LAS DESIGUALDADES

A diferencia de la pobreza, los cambios positivos en la desigualdad económica son más extendidos en la región. El coeficiente de Gini, usado para evaluar qué tan concentrada está la renta, se ha reducido en cinco de los siete de los departamentos de la región Caribe (Cuadro 3). Donde más se avanzó fue en Atlántico y Córdoba: allí la desigualdad se redujo cada año 1,6% y 1,4%, respectivamente.

CUADRO 3. EVOLUCIÓN DE LA DESIGUALDAD EN EL INGRESO EN LA REGIÓN CARIBE, 2002-2016

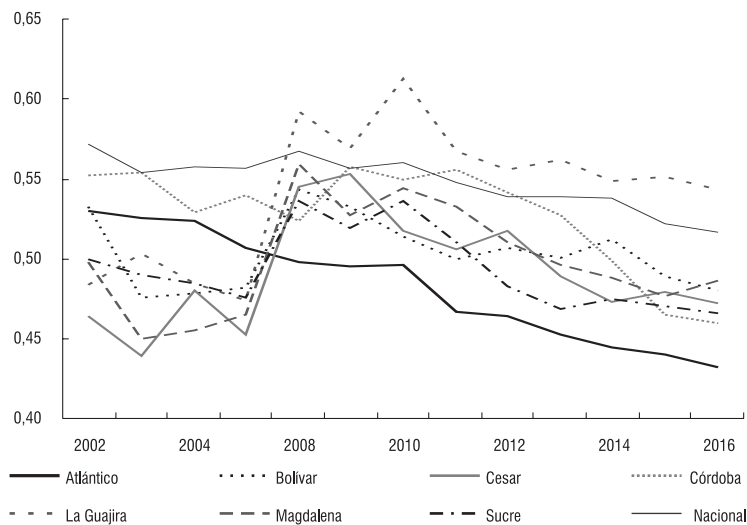
	COEFICIENTE DE GINI, 2002	COEFICIENTE DE GINI, 2016	CAMBIO ANUAL (PORCENTAJE)
Atlántico	0,53	0,43	(1,6)
Bolívar	0,53	0,48	(0,8)
Cesar	0,46	0,47	0,1
Córdoba	0,55	0,46	(1,4)
La Guajira	0,48	0,54	0,9
Magdalena	0,5	0,49	(0,2)
Sucre	0,5	0,47	(0,5)
Nacional	0,57	0,52	(0,8)

Fuente: elaboración propia con base en DANE (GEIH) 2002-2016.

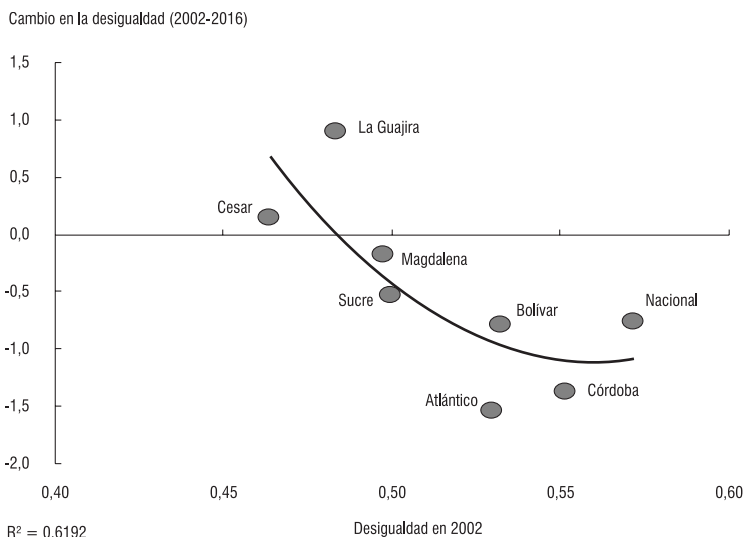
Por el contrario, en La Guajira y Cesar estas disparidades en el ingreso aumentaron en el período analizado, siendo en La Guajira muy notorias y más amplias al final del período (Cuadro 3). De hecho, en 2002 el coeficiente de Gini en este departamento se encontraba nueve puntos porcentuales por debajo de la media nacional, y en 2016 se ubicó en 0,54, dos puntos por encima del promedio colombiano, uno de los más altos en el mundo (Gráfico 1, panel A). De nuevo, los casos de Atlántico y La Guajira ilustran casos extremos que evidencian las conexiones entre desigualdad y pobreza: el primero mostró la más notoria reducción de la desigualdad y de la pobreza como falta de ingreso, en tanto que el segundo departamento es el más desigual y pobre de la Región Caribe.

GRÁFICO 1. EVOLUCIÓN DE LA DESIGUALDAD EN LA REGIÓN CARIBE CONTINENTAL, 2002-2016

A. COEFICIENTE DE GINI



B. REDUCCIÓN DE LAS BRECHAS DE DESIGUALDAD REGIÓN-PAÍS



Fuente: elaboración propia, con base en DANE y la Misión para el Empalme de las Series de Empleo, Pobreza y Desigualdad (Mesepe).

En general, se puede evaluar como positivo el descenso de la desigualdad económica en la región. Esto se constata en el hecho de que los departamentos con mayor coeficiente de Gini en 2002 redujeron más que proporcionalmente la concentración del ingreso con respecto al promedio nacional en los quince años analizados (Gráfico 1, panel B). En otras palabras, puede haber convergencia en la distribución del ingreso dentro de la región.

El análisis realizado hasta el momento se puede complementar explicando el grado de conexión de la pobreza con los procesos de crecimiento económico y desarrollo humano regionales, para determinar cuán efectivos han resultado en los últimos quince años. Aunque algunos autores como Ranis y Stewart comprueban los mecanismos de transmisión virtuosos entre desarrollo humano y crecimiento económico, esta explicación omite el papel de la ocupación como resultado del tipo de crecimiento (Ranis y Stewart, 2002). El empleo, en especial aquel que se realiza en condiciones de formalidad, es clave para entender el logro de autonomía efectiva de las personas, de tal suerte que dejen de depender definitivamente de los servicios sociales que brinda el Estado.

Por definición, la relación entre estos procesos se da en doble vía: la pobreza como capacidades se constata en bajos niveles de desarrollo humano, el que a su vez puede ser sostenible si el tipo de crecimiento permite patrones redistributivos apropiados. De igual forma, la pobreza en sus distintas facetas tiende a reducirse si se generan oportunidades económicas derivadas de la expansión productiva, impulsando a su vez el desarrollo humano en los territorios. Aquí son importantes las políticas sociales y demás intervenciones de la sociedad civil en la asignación de recursos que prioricen el desarrollo humano y la reducción de la pobreza.

Siguiendo al Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), a continuación se evalúan los tipos de conexiones entre pobreza, crecimiento, empleo y desarrollo humano en la región Caribe, que podemos definir en categorías de vínculos débiles, desequilibrados o fuertes (PNUD, 1996, 2015).

La conexión será débil si los departamentos de la región se comportan por debajo de un estándar definido típicamente, que es el valor promedio nacional de crecimiento en producción, empleo, desarrollo humano y reducción de la pobreza, expresada como falta de renta. La conexión es fuerte si el crecimiento económico genera mayores oportunidades de empleo, o si amplía el desarrollo humano y reduce la pobreza con más vigor que un departamento promedio del país. Será desequilibrada cuando no se avanza simultáneamente en cualquier relación establecida; por ejemplo, si un departamento de la región logra expandir más que proporcionalmente el empleo, pero no reduce la pobreza tanto como el resto del territorio regional y nacional. El vínculo puede operar

en sentido inverso en esta y en el resto de conexiones analizadas. Por último, será débil si al menos no progresa al ritmo de un departamento colombiano típico en ninguna de las dimensiones consideradas.

Las conexiones se muestran en el Cuadro 4, del cual se desprenden los siguientes resultados:

CUADRO 4. CONEXIONES ENTRE CRECIMIENTO ECONÓMICO, DESARROLLO HUMANO Y POBREZA EN LA REGIÓN CARIBE (DISTINTOS PERÍODOS)

	CRECIMIENTO-DESARROLLO HUMANO (DH) (2000-2010)	CRECIMIENTO-EMPLEO (2000-2016)	EMPLEO-POBREZA (2002-2016)
Vínculos débiles (bajo-bajo)	<i>Arauca, Atlántico,</i> <i>Bogotá, Caquetá, Casanare,</i> <i>Cundinamarca, La Guajira, San</i> <i>Andrés, Sucre, Valle.</i>	<i>Caquetá, Córdoba, La Guajira,</i> <i>Norte de Santander, Quindío,</i> <i>Risaralda y Sucre.</i>	<i>Caquetá, Cauca, Cesar,</i> <i>Chocó, Córdoba, La Guajira,</i> <i>Nariño, Norte de Santander,</i> <i>Quindío, Risaralda, Sucre.</i>
Vínculos desequilibrados (bajo-alto, alto-bajo)	<i>Antioquia, Caldas, Córdoba, Huila,</i> <i>Meta, Nariño, Norte de Santander,</i> <i>Quindío, Risaralda, Tolima.</i>	<i>Antioquia, Atlántico, Bogotá,</i> <i>Caldas, Cauca, Cesar, Chocó,</i> <i>Cundinamarca, Huila, Nariño,</i> <i>Tolima, Valle.</i>	<i>Caldas, Magdalena, Meta,</i> <i>Tolima.</i>
Vínculos fuertes (alto-alto)	<i>Bolívar, Boyacá, Cauca, Cesar,</i> <i>Chocó, Magdalena, Santander (3)</i>	<i>Bolívar, Boyacá, Magdalena,</i> <i>Meta, Santander.</i>	<i>Antioquia, Atlántico,</i> <i>Bogotá, Bolívar, Boyacá,</i> <i>Cundinamarca, Huila,</i> <i>Santander, Valle.</i>
Total	Tres de ocho departamentos de la región	Dos de siete (no incluye el archipiélago)	Dos de siete

Nota 1: en cursiva los departamentos de la Región Caribe colombiana.

Nota 2: el desarrollo humano se mide con el índice de desarrollo humano (IDH) departamental. Los datos de IDH solo están disponibles para el período 2000-2010.

Nota 3: la tasa de crecimiento del empleo descuenta el efecto del cambio demográfico.

Nota 4: solo la conexión crecimiento económico-desarrollo humano incluye el archipiélago de San Andrés. Este departamento no se incluye en la Gran Encuesta Integrada de Hogares (GEIH), fuente de los datos de empleo y pobreza.

Fuente: el autor con base en PNUD (Informe sobre Desarrollo Humano 1996) y DANE (Cuentas Departamentales, GEIH).

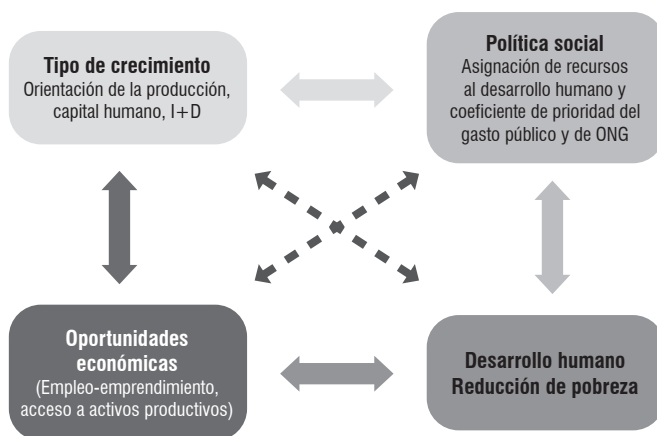
- En la relación entre desarrollo humano y crecimiento económico: en la región Caribe son más los departamentos que tienen vínculos débiles y desequilibrados que los que muestran vínculos fuertes. Únicamente en Bolívar, Cesar y Magdalena el crecimiento económico ha permitido promover el desarrollo humano.
- A la misma conclusión se puede llegar al examinar la conexión crecimiento económico-generación de empleo, y empleo-pobreza. En el primer caso, en Bolívar y Magdalena los procesos de expansión productiva se han reflejado en ampliación de oportunidades económicas para la población; sin embargo, solo en Bolívar estas mayores opciones en el

trabajo han permitido reducir la pobreza por encima de los promedios nacionales.

- Por último, se evidencia conexión estrecha entre crecimiento-desarrollo humano y empleo-pobreza. Apenas un departamento de la región, Bolívar, presenta resultados alineados positivamente en las tres conexiones analizadas.

A manera de síntesis, se debe superar el plano descriptivo y pasar a profundizar en estas conexiones para entender la naturaleza del vínculo entre pobreza y desigualdad social en la costa Caribe (Diagrama 1). Como se evidencia en el análisis presentado, el proceso de mejoramiento de los indicadores en la región requiere hacer sostenible el desarrollo humano, esto es, garantizar la capacidad de producir bienestar entre las distintas generaciones; para ello se debe potenciar el crecimiento económico, crear oportunidades para la integración económica y social de las comunidades, e incidir efectivamente en los patrones redistributivos del ingreso y otros activos de la población pobre en el inmediato futuro (Diagrama 1). Habida cuenta de las relaciones multi-causales, se requiere un alto grado de coordinación entre los actores del desarrollo en los territorios (empresas, gobiernos, organizaciones de la sociedad civil), a fin de lograr el uso eficiente de los recursos invertidos y los efectos deseados en las estrategias de intervención-interacción con las comunidades (Banerjee y Duflo, 2015).

DIAGRAMA 1. CONEXIONES POBREZA-CRECIMIENTO ECONÓMICO-DESARROLLO HUMANO



Fuente: elaboración del autor con base en PNUD (2015, 1996) y Ranis y Stewart (2002).

En tal sentido, un primer aspecto de la agenda investigativa a proponer debería considerar estos macroprocesos (o conexiones), al igual que el estudio de la manera como los hogares invierten recursos que promueven directamente el desarrollo humano: en alimentación, educación, salud y activos productivos. Asimismo, se debe examinar el tipo de acción pública —nacional y territorial— para determinar el nivel adecuado de intervención gubernamental y los resultados de la acción público-privado-comunitaria sobre los patrones de distribución de la riqueza, no solo de los ingresos (Diagrama 1).

3. METODOLOGÍA Y DATOS

La información utilizada en este trabajo se sustenta en la Base Bibliográfica sobre Economía Regional (BBER), construida en 2005 con el fin de elaborar el primer balance de la investigación económica en el Caribe colombiano (Espinosa, Toro y Quintero, 2006). Esta base de información, que se centró en la producción bibliográfica realizada por investigadores *dentro* de la región (énfasis del autor), se actualizó y amplió para este capítulo con la producción sobre pobreza y desigualdad de los centros académicos localizados en Bogotá y otras ciudades del país. Es decir, el foco de atención se centró en la investigación sobre pobreza y desigualdad social del Caribe colombiano generada *dentro y fuera* de la región.

De esta forma, se reunieron cerca de 140 títulos sobre la temática que se estudió para el período enero de 1997-septiembre de 2017. Cada título se caracterizó aplicando criterios de medición tales como los centros de producción de los artículos, fase de estudio, enfoques y metodologías de análisis, entre otros que se mencionan en la sección de resultados.

Previo a la actualización y ampliación de la BBER, se escogió el tipo de producción investigativa sobre pobreza y desigualdad social, la cual es por lo usual presentada en distintos formatos (artículos, capítulos de libros, libros, entre otros) y medios (impreso y digital, principalmente).

Un criterio esencial para la BBER fue considerar aquellas investigaciones de carácter científico que cumplieran las características de un artículo-red, es decir, que por una parte fueran unidades académicamente autocontenidas, proveedoras de su propia descripción y con dimensiones que superan el ámbito concluyente y de exposición de supuestos que caracterizan la investigación. Y, por la otra, que puedan valorarse mediante su verificabilidad material y trascendencia académica; en otras palabras, que sean el resultado de agendas y proyectos institucionales que se reflejen en líneas

de investigación y grupos de investigadores (Espinosa, Toro y Quintero, 2006)².

Además, los artículos incluidos en la BBER se clasifican siguiendo las pautas del *Journal of Economic Literature* (JEL), que define veinte áreas temáticas para la producción de conocimiento sobre economía. La taxonomía del JEL también se usa en este capítulo como criterio de selección y para determinar el contenido de la unidad investigativa inventariada. Como se desprende de la revisión del JEL, la producción sobre pobreza y desigualdad social se ubica en cuatro categorías para los estudios de pobreza y tres para el análisis de la desigualdad, tal como se expone a continuación (Cuadro 5).

CUADRO 5. CATEGORÍAS DE ANÁLISIS DE POBREZA Y DESIGUALDAD SEGÚN EL *JOURNAL OF ECONOMIC LITERATURE*

POBREZA	DESIGUALDAD
<ul style="list-style-type: none"> • Bienestar, buen vivir y pobreza general (código I30) • Medición y análisis de la pobreza (I32) • Bienestar, buen vivir y pobreza: programas de gobierno (I38), y • Bienestar, buen vivir y pobreza: otros estudios (I39). 	<ul style="list-style-type: none"> • Igualdad, justicia, desigualdad y otros criterios normativos de medición (D63) • Salud y desigualdad (I14) • Educación y desigualdad (I24).

Fuente: *Journal of Economic Literature* (JEL), traducción libre del autor.

Por último, para la construcción de los distintos resultados del análisis, como en el caso de gráficos y mapas de palabras, se tomó información de los resúmenes y palabras clave de los artículos, además de su contenido en términos de enfoques y metodologías utilizadas.

4. RESULTADOS DEL ANÁLISIS

4.1 EVOLUCIÓN Y FASES DE LA INVESTIGACIÓN

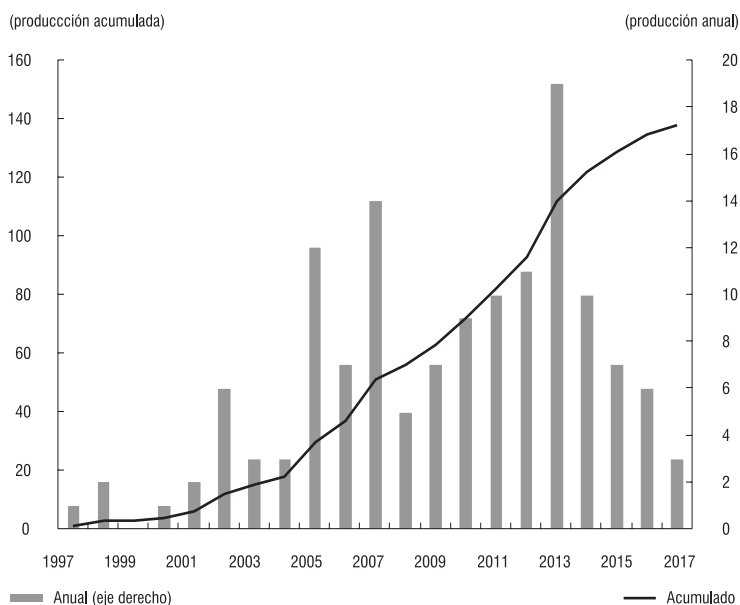
La evolución de la producción investigativa sobre pobreza y desigualdad social ha sido muy satisfactoria en la región Caribe. En el período de análisis se pasó de producir un artículo (que representó el 2% de la producción bibliográfica total) en 1997 a 138 títulos en 2017, que contribuyen con el 40% del conocimiento generado sobre economía regional. Este salto en la producción bibliográfica ha

² En esta lista no se consideran los trabajos sobre desigualdad orientados al análisis de la convergencia y las disparidades económicas, los cuales han sido presentados en el capítulo 6 de este libro por los investigadores Luis Armando Galvis, Wendy Galvis y Lucas Hahn, del CEER.

sido sistemático y ha venido creciendo, cada año, en promedio, al 13%, una de las más destacadas junto con los campos de economía laboral y demografía, economía agraria y de los recursos naturales, y economía urbana, rural y regional.

El primer salto de la producción investigativa se presentó entre 2005 y 2007 (Gráfico 2). Para entonces, un conjunto de estudios analizó la pobreza a partir de la dimensión espacial y sus determinantes microeconómicos, al tiempo que las desigualdades se examinaron a través de la asignación de recursos (sobre todo educativos y de salud) y como resultados de procesos en el mercado laboral y de movilidad social. En esta etapa son mayores los análisis sobre pobreza que sobre desigualdad, y se empezó a documentar con mayor énfasis la situación de rezago en departamentos y subregiones del Caribe colombiano. En el caso de la pobreza, Cartagena mereció atención exclusiva: los esfuerzos se dirigieron a examinarla de manera más detallada a partir de las características sociodemográficas de los hogares y los barrios, enfatizando en las dimensiones étnica, migratoria y de capital humano (salud y educación).

GRÁFICO 2. PRODUCCIÓN INVESTIGATIVA SOBRE POBREZA Y DESIGUALDAD SOCIAL, 1997-2017



Fuente: elaboración del autor, sustentado en la Base Bibliográfica de Economía Regional (BBER).

No pocos de estos análisis resultaron pertinentes en el escenario de reflexión sobre el atraso de la Costa. De hecho, sustentaron algunas demandas de la sociedad regional plasmadas en el llamado Compromiso Caribe, una agenda de desarrollo de once puntos suscrita por gobernantes, dirigentes y miembros de la élite política y empresarial, considerados esenciales para transformar a la región³.

El objetivo principal de Compromiso Caribe fue convertir en políticas de Estado la erradicación de las enormes disparidades sociales y económicas entre las regiones colombianas, propósito que se logró, en parte, en lo institucional, con la creación en 2011 de tres grandes fondos financiados con regalías: el de Ciencia y Tecnología, el de Desarrollo Regional y el de Compensación. Como se ha podido documentar en la primera sección de este capítulo, la reducción de la pobreza y la desigualdad no se consolida en todos los territorios del Caribe colombiano, ni tampoco ha sido suficiente para reducir las privaciones en buena parte de la población. Lo que sí es un hecho es que las bases de discusión de Compromiso Caribe se sustentaron en la ya amplia producción sobre economía regional que pudo documentar una de las mayores intuiciones regionales: la no evidencia de convergencia regional y, en consecuencia, el distanciamiento de la región Caribe de los promedios nacionales en las dimensiones económica y social.

La segunda etapa con mayor producción de estudios fue 2010-2014 (Gráfico 2). Si en el primer período los departamentos y algunas subregiones recibieron la mayor atención de los investigadores, en esta fase se amplió el análisis de pobreza y desigualdad en municipios y ciudades del Caribe distintas de Cartagena. También se hizo evidente el mayor esfuerzo por dimensionar el componente espacial de la pobreza, tanto en las ciudades de la Costa como en las regiones colombianas, y se ampliaron los análisis de la

³ Compromiso Caribe fue el culmen de los talleres regionales que convocaron el Centro de Estudios Económicos Regionales (CEER) del Banco de la República, el Observatorio del Caribe Colombiano y Fundesarrollo, que se extendieron por más de un año a partir de 2006, y que permitió la producción de más de sesenta documentos y diversas publicaciones. Los once puntos de la agenda fueron: 1) reducción de las disparidades regionales en el ingreso y en los indicadores de bienestar material; 2) creación de un Fondo de Compensación Regional; 3) fortalecimiento del aparato productivo de la región Caribe; 4) erradicación de la desnutrición en la población infantil de 0 a 4 años y cumplimiento de los Objetivos del Milenio - ODM; 5) priorización de la calidad y cobertura educativa sobre todas las otras inversiones que realizan los gobiernos locales; 6) implementación de mecanismos creativos que contribuyan a institucionalizar la clara vocación regional del Caribe; 7) fortalecimiento de los centros de estudios regionales en el Caribe colombiano; 8) vigorización de las instituciones regionales y mejoramiento de la calidad de las administraciones locales; 9) promoción de programas y proyectos encaminados al cuidado del medioambiente; 10) aumento de la participación de profesionales de la región Caribe en el Gobierno central, y 11) fortalecimiento de los vínculos sociales, culturales y comerciales con el Gran Caribe.

desigualdad en educación, de género y racial (en especial desde la perspectiva de la segregación y la exclusión).

A la continuidad que se dio al análisis de casos subregionales se sumó la aparición de estudios sobre pobreza y desigualdades en zonas rurales — como, por ejemplo, en Cartagena— que añadieron a los enfoques e instrumentos cuantitativos los de corte cualitativo. En este período de alta productividad se registraron los primeros análisis realizados en el ámbito de la agenda de los Objetivos de Desarrollo del Milenio - ODM (por ejemplo, en Bolívar, Cesar, La Guajira, y en ciudades capitales). También, en respuesta al enfoque de pobreza multidimensional propuesto por *The Oxford, Poverty and Human Development Initiative* (OPHI), y extendido en Colombia por el Departamento Nacional de Planeación (DNP), no pocos estudios de pobreza incorporaron el enfoque de capacidades (Alkire y Forster, 2007, 2011).

4.2 PRODUCCIÓN POR CENTRO DE INVESTIGACIÓN

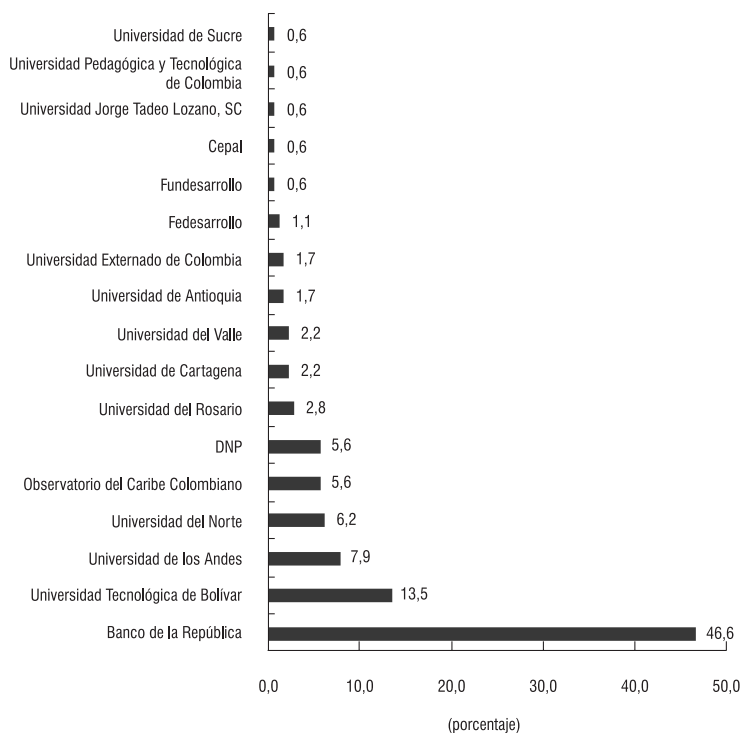
El análisis de los centros de investigación muestra que el CEER del Banco de la República, las universidades Tecnológica de Bolívar, de los Andes y del Norte, así como el Observatorio del Caribe Colombiano, son las entidades que más produjeron sobre pobreza y desigualdades sociales en los veinte años del estudio (Gráfico 3).

El caso del CEER representa el de un centro de investigaciones donde la temática en cuestión adquirió creciente relevancia a partir de 2006. Según Espinosa, Toro y Quintero (2006), entre 1997 y 2005 el Banco de la República produjo estudios principalmente sobre agricultura, economía espacial, análisis regionales y economía urbana, rural y regional, con una destacada productividad anual en estas cuatro categorías. Hasta entonces, el CEER presentaba un nivel medio de publicaciones sobre pobreza y desigualdad, por debajo de entidades como el Observatorio del Caribe Colombiano, y similar a la producción de Fundesarrollo (Espinosa, Toro y Quintero, 2006, pp. 96-97). En 2017 el CEER concentra casi la mitad de la producción en el período de estudio (Gráfico 3).

4.3 PERFIL DE LAS INVESTIGACIONES

En general se observa un cambio en el perfil de las investigaciones sobre pobreza y desigualdad social en la región Caribe. Para sustentar esta afirmación se muestran a continuación los mapas de palabras de la producción realizada en dos períodos: 1997-2007 y 2008-2017, elaborados con base en

GRÁFICO 3. PRODUCCIÓN INVESTIGATIVA SOBRE POBREZA Y DESIGUALDAD SOCIAL SEGÚN CENTRO INVESTIGATIVO, 1997-2017



Fuente: elaboración del autor, sustentado en la Base Bibliográfica de Economía Regional (BBER).

las palabras clave reportadas en cada artículo. En el primero se evidencia el predominio del análisis de pobreza sobre desigualdad, que se vinculó a los de convergencia-crecimiento y disparidades económicas regionales (Gráfico 4). Esta característica refleja el contexto de las llamadas ‘demandas de desarrollo’ de la región, cuya piedra angular fueron la persistencia de la pobreza y las desigualdades interregionales consideradas inaceptables por razones de ética, legitimidad del Estado y eficiencia económica. Si bien se orientó la investigación al campo de las desigualdades, la mayor parte de esta se dedicó a describir su nivel y evolución, y fueron contados los intentos por analizar los patrones distributivos subyacentes, como ocurrió con los estudios que empezaron a incluir el componente étnico de la desigualdad.

Siguiendo a Espinosa, Toro y Quintero (2006), se elaboró un mapa de la investigación regional que muestra en sus filas los campos temáticos definidos por la clasificación JEL y en columnas las entidades productoras de estudios. En un primer mapa (Cuadro 6) se presenta el balance global de la investigación económica entre 1997 y 2017 realizada por los centros de investigación localizados en el Caribe colombiano, y en el segundo, extraído del primero, se muestra la producción investigativa sobre pobreza y desigualdad y su grado de relación con otros campos temáticos declarados en cada publicación. En ambos mapas, las celdas sombreadas en color negro y blanco indican el máximo y mínimo nivel de producción, respectivamente, de cada centro por área temática, y las escalas de grises, los niveles medios.

En el Cuadro 6 los campos D (microeconomía) e I (salud, educación y bienestar), donde se ubica la producción sobre pobreza y desigualdad social del estudio, presentan el máximo grado de producción investigativa. Este nivel lo comparte con las categorías de economía laboral y demográfica (J), desarrollo económico, cambio tecnológico y crecimiento (O), economía agraria y de los recursos naturales (Q) y economía urbana, rural y regional (R).


En el segundo mapa (Cuadro 7) se muestra la relación entre las publicaciones sobre pobreza y desigualdad social con el resto de líneas temáticas. La pregunta que permite resolver este mapa es: si se escoge de la producción total la relativa a pobreza y desigualdad, ¿qué grado de conexión tiene con otras categorías JEL declaradas en cada artículo publicado? Para facilitar el análisis se procede a leer para una entidad como el Banco de la República —sentido vertical— si las publicaciones del CEER sobre estos dos tópicos han estado estrechamente ligadas a la economía laboral y demografía (categoría J), usando principalmente la microeconometría (C y D), e igualmente enfocada al análisis de las economías agrarias y los recursos naturales (Q), y en menor grado ligadas a los estudios sobre desarrollo económico, cambio tecnológico y crecimiento (O) y la historia económica (N), entre otros.

4.5 LA INVESTIGACIÓN SOBRE POBREZA Y DESIGUALDAD: OTRAS CATEGORÍAS DE ANÁLISIS

¿Hacia qué tipos de pobreza y dimensiones de las desigualdades se han orientado los estudios regionales en estos últimos veinte años? Como se observa a continuación, los enfoques de pobreza material y de ingresos predominan en el análisis (Gráfico 6). Ambos concentran el 87% de la producción investigativa regional, y una pequeña parte de esta (14%) se orienta a estudiar la pobreza con el enfoque de capacidades, que tiene en el índice de pobreza

CUADRO 6. PRODUCCIÓN INVESTIGATIVA SOBRE ECONOMÍA EN EL CARIBE COLOMBIANO, 1997-2017

CLASIFICACIÓN JEL/ ENTIDAD	BANCO DE LA REPÚBLICA	UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA DE BOLÍVAR	UNIVERSIDAD DEL NORTE	UNIVERSIDAD DE CARTAGENA	UNIVERSIDAD JORGE TADEO LOZANO	OBSERVATORIO DEL CARIBE COLOMBIANO	FUNDESA-RROLLO
A. Economía general y enseñanza							
B. Escuelas de pensamiento económico y metodología							
C. Métodos matemáticos y cuantitativos	Alto	Medio alto					
D. Microeconomía	Alto						
E. Macroeconomía y economía monetaria	Medio bajo						
F. Economía internacional							
G. Economía financiera							
H. Economía pública	Medio bajo			Medio alto		Medio alto	Medio bajo
I. Salud, educación y bienestar	Alto		Medio alto			Alto	Medio bajo
J. Economía laboral y demográfica	Alto	Medio bajo		Medio alto		Medio bajo	
K. Derecho y economía							
L. Organización industrial				Alto			Medio bajo
M. Administración de empresas y economía de la empresa				Medio alto			
N. Historia económica	Medio bajo						
O. Desarrollo económico, cambio tecnológico y crecimiento	Alto	Medio bajo		Medio alto			
P. Sistemas económicos							
Q. Economía agraria y de los recursos naturales	Alto	Medio bajo		Medio alto			
R. Economía urbana, rural y regional	Alto	Medio bajo		Medio alto		Alto	Medio bajo
Y. Categorías diversas							
Z. Otros temas especiales							



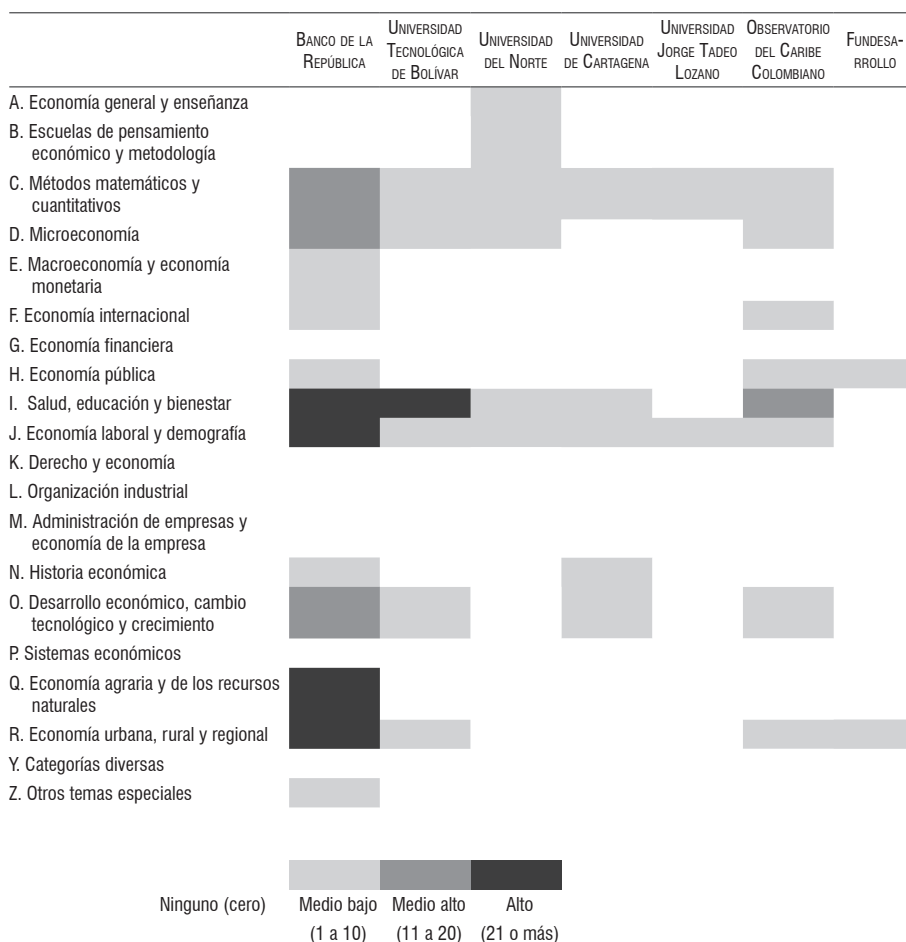
Ninguno (cero) Medio bajo (1 a 10) Medio alto (11 a 20) Alto (21 o más)

Fuente: elaboración del autor con base en BBER.

multidimensional (IPM) su principal indicador. Este desbalance se explica por la reciente aparición del IPM, que se midió por primera vez en Colombia a finales de 2011 por parte del DNP (Angulo, Díaz y Pardo, 2011).

Antes de responder la segunda parte de la pregunta se debe hacer una aclaración metodológica: aunque este capítulo se enfoca principalmente en el análisis de las desigualdades sociales, se vincula la producción bibliográfica sobre desigualdad económica. Esto se debe a varios motivos: el primero, de orden conceptual, indica que ambas desigualdades suelen estar

CUADRO 7. RELACION DE LA PRODUCCIÓN INVESTIGATIVA SOBRE POBREZA Y DESIGUALDAD CON OTRAS ÁREAS DE INVESTIGACIÓN EN EL CARIBE COLOMBIANO, 1997-2017



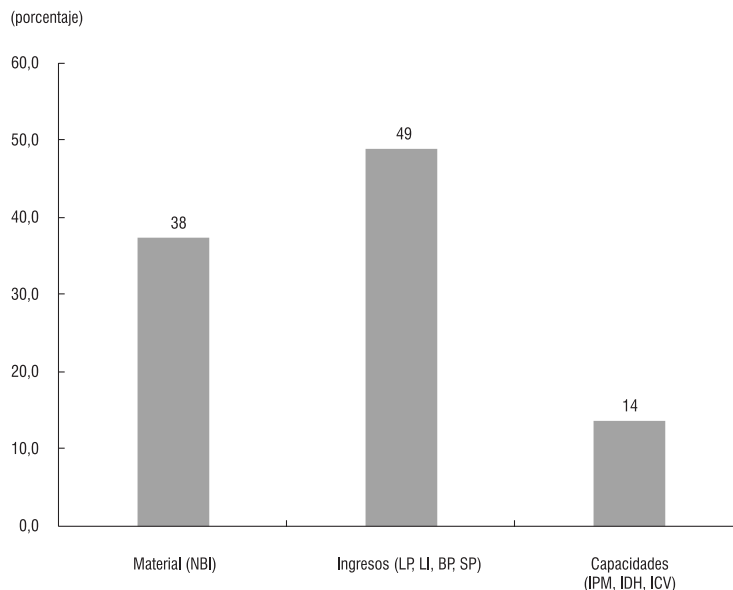
Fuente: elaboración del autor con base en BBER.

ligadas (Sen, 1999 y 2000; PNUD, 2015)⁵, y el segundo, de orden práctico: en la producción bibliográfica revisada suelen venir aparejadas⁶.

⁵ Este argumento se puede resumir en lo planteado por Sen en distintos momentos: i) la igualdad política se ve mermada en su contenido si no reconoce y busca remediar las desigualdades de recursos materiales y simbólicos (Sen, 1999), y ii) “Una sociedad puede lograr el óptimo de Pareto y aun así ser totalmente vergonzosa”, donde justifica la necesidad de afectar los patrones distributivos (Sen, 2000, p. 161).

⁶ Por ejemplo, las demandas de desarrollo regional, no solo se sustentaron con la persistencia de brechas interregionales en el ingreso por habitante, sino también en la existencia de privaciones e inequidades.

GRÁFICO 6. PRODUCCIÓN INVESTIGATIVA SOBRE POBREZA, 1997-2017



Notas: NBI: necesidades básicas insatisfechas; LP: línea de pobreza; LI: línea de indigencia; BP: brecha de pobreza; SP: severidad de la pobreza (SP); IPM: índice de pobreza multidimensional; IDH: índice de desarrollo humano; ICV: índice de condiciones de vida.

Fuente: elaboración del autor con base en BBER.

En este sentido, sobresale la investigación sobre las desigualdades sociales que se ha concentrado en los veinte años analizados en educación, género, etnia y laboral (Cuadro 8). En el análisis tradicional de desigualdades entendidas como acceso inadecuado a ciertos recursos y bienes públicos, se destaca la baja atención que han recibido los análisis sobre salud, acceso a la tierra y participación cultural, aspectos que cobran actualidad y relevancia frente a procesos como el cambio climático, la construcción de paz territorial y el llamado posconflicto.

Además de la composición temática de los estudios, en el presente capítulo se analizan otros aspectos: la concentración de la producción en cada campo temático (Gráfico 7), el enfoque de análisis (Gráfico 8), la unidad de estudio (Gráfico 9) y el tipo de análisis cuantitativo realizado (Gráfico 10). Los resultados se muestran a continuación:

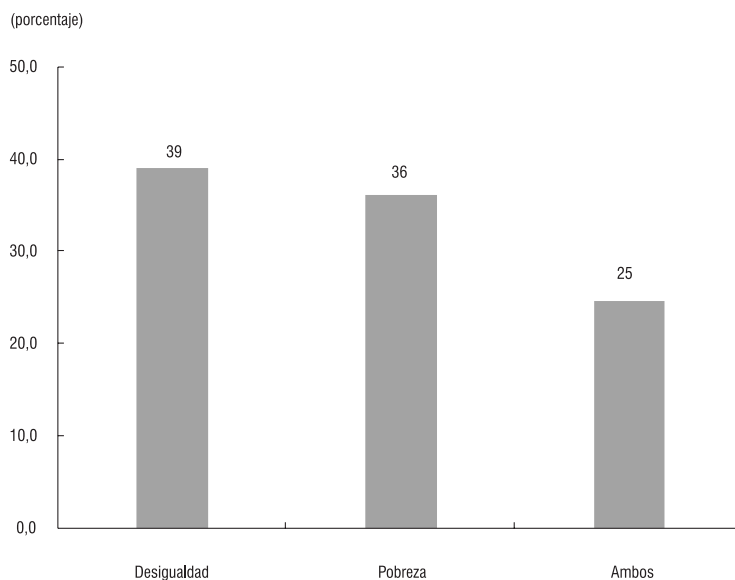
La producción investigativa sobre desigualdad supera a la de pobreza, aunque con alta frecuencia son abordadas simultáneamente en los estudios sobre la región (Gráfico 7). Se debe aclarar que esta superioridad obedece

CUADRO 8. PRODUCCIÓN INVESTIGATIVA SOBRE DESIGUALDADES, 1997-2017

TIPO DE DESIGUALDAD	PORCENTAJE DEL TOTAL
En el ingreso	44
Sociales	56
Educación	26
Salud	9
Género	22
Etnia	18
Laboral	20
Acceso a tierra	3
Cultura	3

Nota: la participación de cada ítem de las desigualdades sociales se hace tomando como 100% la producción en este campo.
Fuente: elaboración del autor con base en BBER.

GRÁFICO 7. PRODUCCIÓN INVESTIGATIVA SOBRE POBREZA Y DESIGUALDAD SOCIAL, 1997-2017



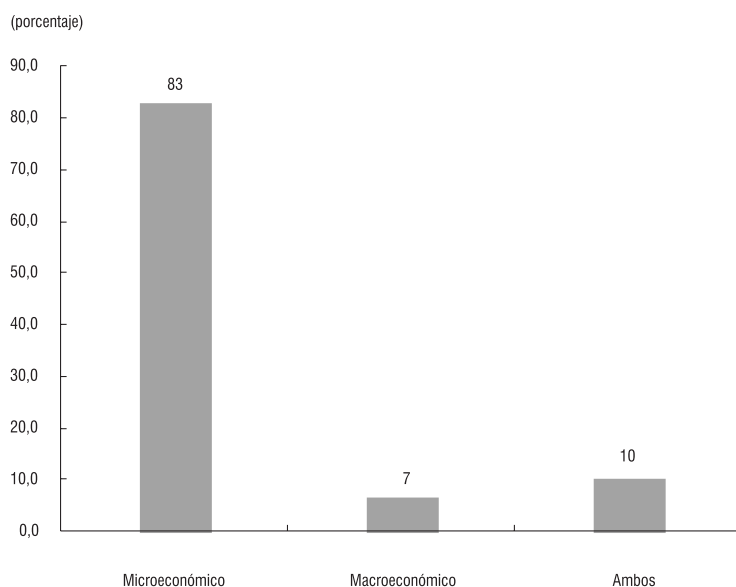
Fuente: elaboración del autor con base en BBER.

a que los estudios sobre desigualdad y distribución se clasifican en una sola categoría (en los mapas de palabras aparecen como categorías diferentes).

Predomina el enfoque microeconómico, orientado a capturar el efecto de un conjunto de características individuales y del hogar sobre la situación de ser pobre. Entre las variables más usadas en los estudios se cuentan

las del jefe de hogar —sexo, edad, nivel educativo, situación laboral— y de aspectos sociodemográficos como la presencia de niños menores y personas inactivas. Sin embargo, muy pocos análisis consideran variables del contexto —hábitat, capital social, localización espacial— y recursos y activos de la población pobre. Igualmente, se debe subrayar la escasa atención que el enfoque macroeconómico ha recibido en los análisis regionales (Gráfico 8).

GRÁFICO 8. PRODUCCIÓN SEGÚN ENFOQUE DE ANÁLISIS, 1997-2017

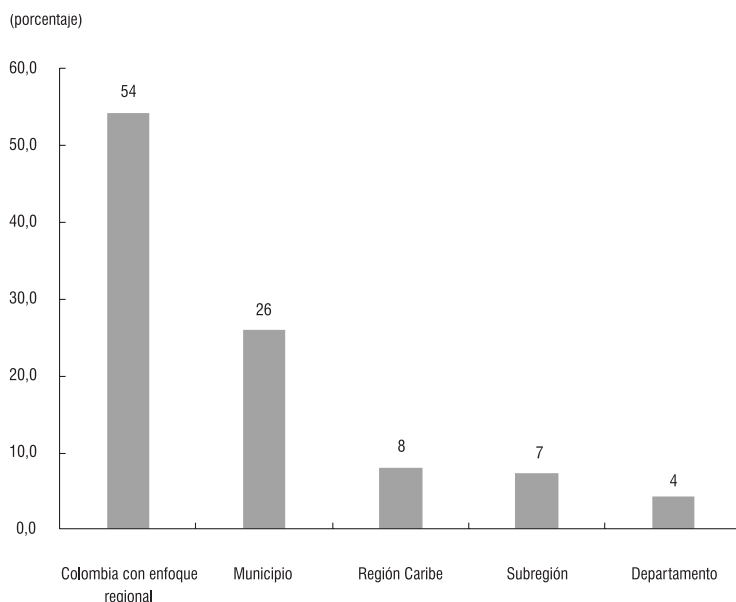


Fuente: elaboración del autor con base en BBER.

Más de la mitad de la producción investigativa sobre pobreza y desigualdad se ha realizado desde una perspectiva *top-down*, es decir, son análisis donde la región Caribe suele incluirse como una de las regiones estudiadas. Por lo general estas investigaciones son efectuadas desde organismos ubicados en el centro del país y muy poco profundizan sobre el peso relativo del contexto en la explicación de la pobreza y la desigualdad social. La escasa atención que reciben la región Caribe y los departamentos como unidad de análisis se evidencia en que apenas el 8% y 4% de los estudios, respectivamente, se ha realizado sobre ambos en los veinte años del estudio. Sin embargo, vale la pena destacar el énfasis en los casos municipales, que cuentan hoy con diagnósticos

y recomendaciones para sustentar, con base en la evidencia, políticas públicas mejor territorializadas; en particular se destacan los casos de Cartagena, Barranquilla y Montería (Gráfico 9).

GRÁFICO 9. PRODUCCIÓN INVESTIGATIVA SOBRE POBREZA Y DESIGUALDAD SOCIAL SEGÚN UNIDAD DE ANÁLISIS, 1997-2017

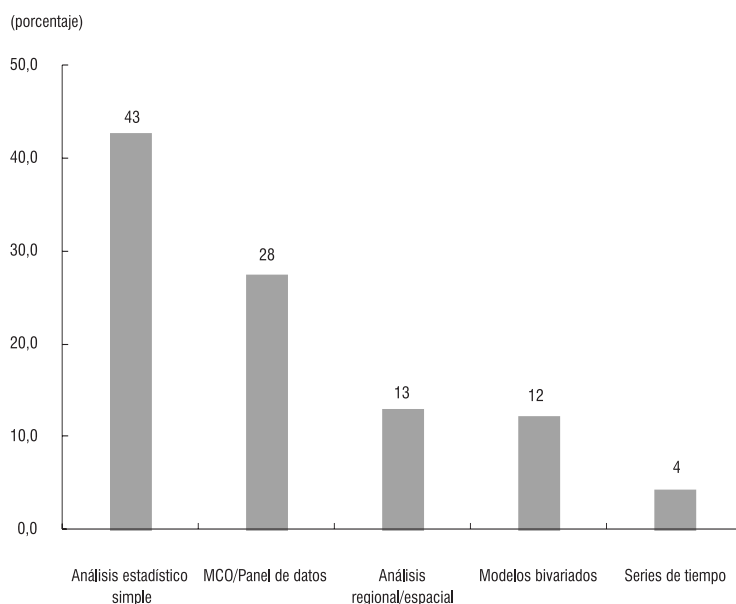


Fuente: elaboración del autor con base en BBER.

Por último, aunque se ha refinado el estudio de la pobreza y la desigualdad social a partir del uso de métodos cuantitativos de análisis, aún predomina el análisis estadístico simple de los datos (o estadísticas de primer momento). Las estrategias de análisis empírico más usadas son el método de mínimos cuadrados ordinarios (MCO) y el panel de datos (representan 28% de los estudios que deciden usar cualquier estrategia empírica). Con menor frecuencia de utilización se encuentran el análisis espacial y los modelos bivariados: uno de cada cuatro estudios los emplean. Esto ha permitido, en el primer tipo de estudios, conocer si la pobreza es un fenómeno distribuido aleatoriamente en el espacio, o si por el contrario evidencia patrones de concentración en el territorio —a la manera de clubes de municipios o departamentos perdedores— que se contagian de la pobreza. Con la

segunda, se ha podido capturar en detalle el efecto de factores cualitativos. Como se desprende del análisis del Gráfico 10, el poco uso de las series de tiempo refleja el predominio del enfoque microeconómico de los estudios, usualmente planteados en uno o dos momentos del tiempo con bases de datos —como las encuestas de hogares y de calidad de vida— disponibles en frecuencias anuales.

GRÁFICO 10. PRODUCCIÓN INVESTIGATIVA SEGÚN TIPO DE ANÁLISIS CUANTITATIVO, 1997-2017



Fuente: elaboración del autor con base en BBER.

5. RETOS DE LA INVESTIGACIÓN SOBRE POBREZA Y DESIGUALDAD SOCIAL

En la sección anterior se documentó el avance indiscutible, en cantidad y calidad, en los estudios sobre pobreza y desigualdad social en el Caribe colombiano durante los últimos veinte años. El examen permitió establecer qué tan significativo ha sido este progreso frente a otras áreas de interés en la economía regional, y dentro de este campo de especialización dónde se concentra y cuáles son los rasgos más representativos de su producción investigativa. Asimismo, en el análisis descriptivo de la temática entre 1997 y 2016

(sección 2) se mostró la evolución de la pobreza y la desigualdad económica en la región Caribe, y se identificaron algunos retos durante los próximos años para la investigación en este campo.

En este apartado se recogen las principales conclusiones de ambas secciones y, usándolas como insumos, se formula un conjunto de retos de la investigación regional en los estudios sobre pobreza y desigualdad social para los años venideros. Esta lista de desafíos se sustenta en algunos casos con evidencia empírica que pretende regionalizar la discusión.

- *Primer reto: dar mayor impulso a la investigación basada en metodologías cualitativas.* Con el uso de este enfoque y sus respectivos instrumentos investigativos se podrán comprender de mejor forma las visiones del desarrollo y el bienestar de las comunidades, usualmente reducidas en los estudios de carácter macro y microeconómico al uso de encuestas, y se pueden conocer los impactos diferenciados de estrategias nacionales y locales contra la pobreza y la desigualdad. Siguiendo lo expuesto por Morin (1999), la investigación cualitativa haría más pertinente el conocimiento específico sobre pobreza y desigualdad que, como se mostró en la sección 4, ha estado sesgado hacia el análisis de ciudades con frecuencia asumidas como unidades homogéneas⁷.

De hecho, algunos pocos estudios compendiados en este capítulo han podido demostrar que la mezcla de las metodologías cualitativas y cuantitativas permite entender aspectos clave del contexto, como las diferencias urbano-rurales más allá de la localización de la población, o el rol de las variables del hogar (demográficas y activos) y del capital social en la superación de la pobreza. Por último, y no menos importante, ha facilitado obtener información sobre procesos comunitarios y sobre el alcance de intervenciones localizadas que son relevantes para fortalecer la planificación local.

- *Segundo reto: en la investigación de corte cuantitativo, pasar a los análisis de ‘segunda generación’ tanto en lo metodológico como en lo conceptual.* En lo metodológico, implica pasar de los estudios descriptivos y transversales a aquellos de carácter longitudinal, que proveen información de un mismo individuo o grupo de personas, de sus hogares y entorno, durante un período determinado, permitiendo hacer seguimiento y elaborar perfiles más precisos de pobreza y desigualdad

⁷ Al decir de Morin, “El conocimiento pertinente es aquel que es capaz de situar toda información en su contexto y, si es posible, dentro del conjunto donde la misma se inscribe. Se puede decir incluso que el conocimiento progresa principalmente, no por sofisticación, formalización y abstracción, sino por la capacidad de contextualizar y globalizar” (citado por Martinell, 2001, p. 43).

social. Son varias las ventajas de este tipo de análisis: i) comprende varias generaciones consecutivas de progenitores y descendientes que viven en situación de pobreza o participan en desventaja con relación al acceso a bienes públicos y servicios sociales claves para el desarrollo humano; ii) permite descomponer la situación de pobreza según su carácter estructural (cuando los pobres son los mismos de siempre), o coyuntural (cambian los sujetos en esta situación). En términos temporales, los estudios longitudinales permiten conocer los efectos a corto, medio y largo plazos —persistencia— de la pobreza, y, iii) facilita diferenciar poblacionalmente las políticas y acciones de intervención en los territorios.

También en lo metodológico, el reto implica aprovechar el potencial del análisis espacial de datos (incluyendo la econometría espacial), de modelos bivariados y multivariados, y un mayor uso del panel de datos. En el caso de lo espacial, los estudios apenas han logrado concluir para un número reducido de ciudades del Caribe colombiano (Cartagena, Barranquilla y Montería); en este campo el alcance de los análisis en la toma de decisiones ha sido limitado por la base de información usada: los datos del censo poblacional de 2005.

Se debe anotar que el uso del análisis espacial de datos es apropiado para identificar patrones de localización de la población en situación de pobreza y para mapear el acceso a recursos y oportunidades vitales. En cuanto a los modelos bivariados y multivariados, se propone extender su uso a escala departamental —lo cual incluye el archipiélago de San Andrés— y de ciudades diferentes a Cartagena, Barranquilla y Montería, a fin de conocer los determinantes microeconómicos de la pobreza, aprovechando la reciente ampliación de la Gran Encuesta Integrada de Hogares (GEIH) del DANE al resto de ciudades capitales del Caribe colombiano.

Por su parte, el panel de datos permite descomponer los efectos específicos relativos a las personas y aquellos eventos ocurridos en el tiempo. Los efectos individuales afectan de manera desigual a la gente, y como muchos de estos se deben a características inmodificables a corto plazo, inciden de manera directa en la situación de pobreza o en el acceso a oportunidades y recursos, dándose este en condiciones de desventaja. En el caso de los efectos temporales, permite capturar la incidencia de choques macroeconómicos que afectan de manera similar a todas las personas.

El desafío de avanzar conceptualmente se enfoca en los estudios sobre desigualdad. Un reto implica superar el análisis predominante de la dimensión del ingreso y enfocar la desigualdad como inequidad o falta de acceso.

Esto implicaría pasar de la medición a las intervenciones localizadas⁸ para conocer en detalle qué grupos sociales acceden en condiciones de igualdad —o desigualdad— y logran reducir —o amplían— su desventaja social y económica. En la práctica, ello conduce a considerar no solo las desigualdades en el campo de la educación, donde han estado centrados los esfuerzos investigativos en la región (Cuadro 7), sino también en la salud y otros activos, y en dimensiones de la calidad de vida como la nutrición, los servicios públicos y la participación política y cultural.

Con el fin de introducir la discusión sobre la agenda investigativa sugerida, se presentan los resultados de un ejercicio de medición sobre la concentración de ingresos, activos y oportunidades en el Caribe colombiano, durante los casi tres lustros comprendidos entre 2003 y 2016 (Cuadro 9). Partiendo de Vélez (1997), se estiman los niveles de inequidad expresados a través del llamado coeficiente de concentración (Cc)⁹, usando las encuestas de calidad de vida de cada año.

Un primer resultado subraya el hecho de que los activos financieros y la educación superior están peor distribuidos que el ingreso en la región Caribe colombiana. En general, en 2016 la distribución es regresiva en todos los ámbitos de análisis, especialmente en las oportunidades que permiten generar capacidades centrales para la transformación económica y social, como el caso de la educación secundaria y superior, y el acceso a bienes de mérito —aquellos que pueden estar sujetos al principio de exclusión por efectos del mercado— como la vivienda y los servicios públicos. No son regresivos los programas de protección social (Cuadro 9).

Además de la necesidad de conocer la naturaleza de esta regresividad en la distribución y sus efectos sobre aspectos como el desarrollo humano y el crecimiento económico, el de la ‘desigualdad como inequidad’ representa un campo de análisis de enorme potencial para sustentar, con base en la evidencia, políticas públicas más pertinentes. En este sentido es importante responder:

⁸ Para Corrado Gini, creador del coeficiente que lleva su apellido, “igualdad y desigualdad son conceptos estadísticos”, en tanto que equidad —e inequidad— son conceptos éticos o morales: “Los primeros sirven para describir una realidad, los segundos para calificarla”, y se deduce de su propuesta para corregirla en el campo de las políticas públicas. Esta y otras apreciaciones de Gini se encuentran en la entrevista disponible en <https://www.lanacion.com.ar/1464956-inequidad-y-desigualdad-no-significan-lo-mismo>, recuperada el 23 de febrero de 2018.

⁹ Este coeficiente mide el grado de desigualdad en el acceso de los distintos grupos de población; es un número comprendido entre -1 y 1 ($-1 < Cc < 1$), que si es negativo significa que la provisión es progresiva, es decir, un grupo accede más que proporcionalmente a su participación en el total acumulado de la población. Si es positivo, la distribución es regresiva, esto es, accede por debajo de su participación relativa: por ejemplo, el 20% de la población con más bajo ingreso accede a educación superior por debajo de ese porcentaje.

CUADRO 9. CONCENTRACIÓN DEL INGRESO Y OTROS ACTIVOS EN LA REGIÓN CARIBE, 2003-2016

TIPO DE ACTIVO/RECURSO	2003	2016
Ingreso		
Ingreso por habitante	0,505	0,468
Servicios públicos		
Acceso a alcantarillado	0,311	0,282
Acceso a acueducto	0,135	0,158
Acceso a energía eléctrica	0,080	0,091
Activos del hogar		
Personas que reciben subsidio a la vivienda	(0,193)	0,275
Vivienda propia		0,129
Activos productivos de transporte	0,535	0,244
Activos financieros	0,574	0,518
Educación		
Alfabetismo	0,124	0,126
Educación primaria	(0,042)	(0,020)
Educación media	0,206	0,125
Educación superior	0,613	0,496
Subsidio monetario a la educación	0,356	0,386
Protección social		
Subsidios del programa “Colombia Mayor”	n. d.	0,046
Subsidios del programa “Familias en Acción”	n. d.	(0,018)
Personas que reciben subsidio a la educación	(0,139)	(0,033)
Personas en “Colombia Mayor”	n. d.	(0,115)
Personas en “Familias en Acción”	n. d.	(0,195)

n. d.: no disponible.

Fuente: elaboración del autor con base en Vélez (2007) y DANE-ECV, 2003 y 2016.

¿por qué los programas de focalización del gasto en educación presentan una distribución regresiva?, y, ¿por qué ha empeorado esta inequidad con el paso del tiempo a pesar del mayor monto invertido por los gobiernos nacionales y regionales? (Cuadro 9). Como se deduce de este ejercicio, los más pobres del Caribe colombiano acceden en franca desventaja a recursos y oportunidades vitales para superar la pobreza estructural, a pesar de que la inversión local orientada a la promoción social de los grupos más vulnerables, financiada con recursos propios por parte de las ciudades capitales de la región, ha sido cuantiosa: cerca de USD 387,4 millones entre 2008 y 2016 (Anexo 2).

- Ello hace pensar en un tercer reto de la investigación regional: *introducir los estudios sobre evaluación de impacto de programas de pobreza y reducción de las desigualdades*, a partir del uso de metodologías tradicionales de evaluación y el uso de otras vías alternativas como la economía

experimental y del comportamiento. En los próximos años es prioritario conectar la producción investigativa en este campo para sustentar el diseño y la política de reducción de la pobreza y la desigualdad en los territorios. Este tercer reto también incluye el abordaje de enfoques de pobreza subjetiva en los estudios sobre la calidad de vida, que tradicionalmente se han centrado en el análisis objetivo de la pobreza. Como bien plantean diversos autores, las privaciones deben evaluarse en tanto satisfacción con la vida, condiciones de vida y la combinación de ambas dimensiones (Felce y Perry, 1995; citado por Espinosa y otros, 2017).

- *Cuarto reto: ampliar los territorios donde se estudia la pobreza y la desigualdad.* Como se señaló, Cartagena y Barranquilla han recibido especial atención en los análisis realizados, por encima de otras ciudades donde la pobreza es alta y persistente, como en Riohacha, Sincelejo y Santa Marta. En otras, como Montería y Valledupar, que lograron reducirla de manera considerable hasta 2015, la pobreza monetaria repunta en los últimos años por causas que se desconocen. Además de las ciudades, la investigación regional tiene una deuda que arrastra por muchos años: iniciar el estudio de la pobreza en los departamentos de la región Caribe (incluido el archipiélago de San Andrés).
- *Quinto reto: iniciar el estudio de los determinantes macroeconómicos y ampliar el alcance del análisis microeconómico de la pobreza en la región.* En el primer caso, se llena un vacío en la comprensión a mediano y largo plazo de los efectos de las políticas nacionales y de procesos macroeconómicos como el crecimiento económico, la desigualdad, la inflación, entre otros. En lo microeconómico el desafío apunta a incluir aspectos a menudo ignorados, como los activos de población pobre, la participación social y factores ambientales que suelen modificar drásticamente el riesgo de pobreza en las comunidades. Esta clase de estudios son valiosos para descomponer los efectos urbano-rurales y poblacionales de los factores que explican la pobreza en los departamentos y las ciudades capitales de la región Caribe.

También con el fin de aportar elementos de juicio a la agenda investigativa, se presenta a continuación un primer ejercicio empírico de los determinantes macroeconómicos y microeconómicos a largo plazo del nivel de pobreza en el Caribe colombiano, dejando abierta la posibilidad a futuros trabajos que amplíen la explicación de los factores asociados al cambio en el nivel de pobreza regional (ver reto 6).

El trabajo macroeconómico sigue de cerca a Núñez y Ramírez (2002) en el uso de las variables explicativas, aunque utiliza una estrategia empírica

distinta. Para la región se estima un panel de datos con efectos fijos, cuyo alcance explicativo es mejor considerarlo relacional y no causal. La variable explicada es la pobreza por ingresos (línea de pobreza) durante los nueve años comprendidos entre 2008 y 2016. Los resultados se presentan en el Cuadro 10, que a su vez interpreta lo expuesto en el Anexo 3. Según el cuadro, la pobreza en la región se relaciona positivamente con la desigualdad económica (medida con el Gini del ingreso), e inversamente con la productividad laboral y la demanda de trabajo (expresada con la tasa de ocupación). No existe evidencia de que la inflación y el crecimiento económico incidan en el nivel de pobreza regional.

CUADRO 10. DETERMINANTES MACROECONÓMICOS DE LA POBREZA EN LA REGIÓN CARIBE Y COLOMBIA, 2008-2016

VARIABLE DEPENDIENTE: <i>LP</i> DEPARTAMENTAL (PORCENTAJE)	PANEL DE DATOS: EFECTOS FIJOS	
	NACIONAL	REGIÓN CARIBE
Inflación	Sí la explica	No la explica
Crecimiento del PIB	No la explica	No la explica
Desigualdad (Gini)	Sí	Sí
Productividad laboral	Sí	Sí
Tasa de ocupación	Sí	Sí
Salario mínimo (Log)	Sí	No
R ²	0,86	0,92
Observaciones	216	63

Fuentes: elaboración del autor con base en DANE-Cuentas Nacionales y Departamentales, *Gran Encuesta Integrada de Hogares* (GEIH), Mesepe y Banco de la República.

Precisamente, una incógnita que deja este primer ejercicio es el efecto del crecimiento económico sobre la pobreza regional. Llegar a conclusiones causales y refinadas para determinar si el crecimiento ha sido a favor de los pobres y logrado mejorar el bienestar y reducir las desigualdades, es uno de los mayores retos que deben afrontar los estudios sobre pobreza a escala departamental en la costa Caribe. Si bien se han hecho esfuerzos por entender empíricamente esta conexión analizada en la sección 2, estos no se cuentan para la totalidad de los territorios de la región (Granados y Lombana, 2013).

Para el análisis microeconómico se estimaron dos modelos: uno básico y otro extendido, para varios años, que tiene en cuenta las características de los integrantes del hogar, en cabeza del jefe, y amplía el *set* de variables explicativas según las sugerencias señaladas. Este ejercicio inicial se enfoca en analizar el efecto de algunos de los activos y dotaciones del hogar, así como de otros rasgos de sus integrantes. Los resultados muestran que el conjunto

de variables microeconómicas tradicionales —localización del hogar, sexo y edad del jefe, composición demográfica del hogar, situación laboral y nivel educativo— explican la incidencia de la pobreza en los años estudiados (Cuadro 11 y Anexo 4).

CUADRO 11. DETERMINANTES MICROECONÓMICOS DE LA POBREZA EN LA REGIÓN CARIBE Y COLOMBIA, 2008-2016

VARIABLE DEPENDIENTE: POBREZA	2003	2016
Cabecera (referencia: centro poblado y área rural dispersa)	Lo explica	Lo explica
Sexo del jefe del hogar (1: hombre; 0: mujer)	Sí	No
Año adicional de edad (promedio en el hogar)	Sí	Sí
Personas adicionales en el hogar	Sí	Sí
Ocupados (1: ocupado/0: no ocupado)	Sí	Sí
Analfabetismo	Sí	Sí
Educación superior	Sí	Sí
Educación media	No lo explica	No lo explica
Educación primaria	Sí	Sí
Alcantarillado	Sí	Sí
Acueducto	Sí	Sí
Informalidad por pensión	Sí	Sí
Activos productivos (transporte)	Sí	Sí
Activos productivos (financieros)	Sí	No
Vivienda propia	No	Sí
Migrante reciente (< = 5 años)	Sí	No
Migrante de toda la vida (> 5 años)	Sí	No
N.o de observaciones	5.894	10.282
Porcentaje de observaciones bien clasificadas	71%	70%

Fuente: elaboración del autor con base en DANE-ECV 2003 y 2016.

El ejercicio permite identificar dos resultados relevantes: i) cuando se incluyen variables independientes relativas a los activos del hogar, el acceso a bienes de mérito como servicios públicos y la condición de migrante, el poder explicativo del modelo mejora sustancialmente (Anexo 4); ii) el acceso a saneamiento básico (en especial la conexión al alcantarillado), la tenencia de activos productivos (de transporte y financieros y vivienda propia) han desempeñado un papel determinante en la reducción de la pobreza en la región Caribe.

A escala regional y en algunas de sus ciudades se ha logrado establecer empíricamente la conexión saneamiento básico-pobreza (Anexo 5). En Montería, por ejemplo, el aumento de la cobertura en alcantarillado (de menos del 50% al 85%), produjo junto a otras intervenciones un descenso sin antecedentes en la pobreza moderada, que pasó del 38% en 2011 al 21% en 2014.

Evidencias como esta indican que es pertinente analizar más de cerca esta relación en el resto del territorio de la costa Caribe colombiana, así como el papel de los activos de la población más pobre en la reducción generalizada de la incidencia de la pobreza en departamentos y ciudades, como se evidenció en la sección II de este estudio.

- *Sexto reto: ampliar la comprensión de la pobreza como proceso dinámico.* Este reto permite conducir los estudios en dos direcciones. Por una parte, pasar del análisis empírico tradicional de determinantes del nivel de pobreza, a los factores que explican el cambio del nivel. Con esta orientación de los estudios se podrá evaluar el peso explicativo de aspectos hasta el momento desconocidos, como las transformaciones laborales, los retornos a la educación y las dotaciones de los hogares (también viable con los citados estudios longitudinales). Y, por la otra, conectar el análisis de la pobreza al de vulnerabilidad, entendida como el riesgo que tienen los pobres de seguirlo siendo y de los no pobres de empezar a padecerla. Si bien se cuentan esfuerzos locales de la academia universitaria incluidos en la BEER y del DNP por cuantificar esta dimensión, los análisis han sido insuficientes.

Por último, en este reto de ampliar la comprensión de la pobreza debe reflejarse un mayor uso de indicadores de pobreza multidimensional, en particular del IPM, que ofrece una medición más integral, por cuanto se ocupa de las privaciones intrínsecas y no exclusivamente de las instrumentales, como la falta de renta.

6. CONCLUSIONES

El presente estudio sustenta el notorio avance de la investigación sobre pobreza y desigualdad social en la costa Caribe colombiana durante los últimos veinte años. Se mostró que el volumen y la calidad de los estudios en este campo son unos de los más sobresalientes en el área de la economía regional. Sin embargo, esta línea de trabajo enfrenta numerosos retos en los próximos años, algunos de alcance conceptual y metodológico, otros de alcance temporal y territorial, y en todos los casos, de incidencia en el diseño e implementación de políticas públicas.

Grosso modo, los principales desafíos identificados son: i) dar mayor impulso a la investigación de corte cualitativa, a fin de entender el papel de las comunidades y territorios, a menudo considerados receptores pasivos de la acción pública y programas de desarrollo de empresas y ONG; ii) para los

análisis de orden cuantitativo: mejorar la comprensión de la pobreza como proceso cambiante, estrechamente vinculado a la vulnerabilidad y condicionado a lo espacial; para los análisis de las desigualdades, superar la dimensión de la renta y ampliar el campo de estudio hacia activos, capacidades y oportunidades; iii) iniciar la evaluación de impacto de programas de pobreza y reducción de las desigualdades; iv) ampliar los territorios donde se estudia la pobreza y la desigualdad, pasando a estudiar un mayor número de ciudades y los departamentos de la región Caribe; y, v) evaluar los efectos de los choques macroeconómicos y ampliar el alcance del análisis microeconómico de la pobreza en la región.

Para dar respuesta a la agenda de estudios hay que asumir otro reto mayúsculo: hacer sostenible este esfuerzo con planes que fortalezcan el equipo humano y los recursos disponibles en los centros de investigación. Al momento de elaborar este balance la sostenibilidad de algunas entidades parece estar garantizada, sin embargo, algunos otros centros representativos se han debilitado presupuestalmente, faltando por aumentar el apoyo a la investigación en algunas universidades públicas y privadas de la región, incluyendo las que cuentan con programas de economía de alta calidad acreditados por el Gobierno nacional. Este esfuerzo institucional debe orientarse también al fortalecimiento de la formación de estudios de maestría y doctorado para refinar el abordaje conceptual y metodológico en este campo.

Se finaliza este estudio señalando la enorme importancia de articular los resultados investigativos a la agenda de los gobiernos departamentales y municipales, de las empresas, así como de las organizaciones no gubernamentales y de la sociedad civil, con el fin de diseñar y ejecutar con alto nivel de fundamentación políticas, programas y proyectos que apunten a la superación de la pobreza, especialmente la extrema, y a la reducción de las desigualdades, sobre todo aquellas que son evitables.

REFERENCIAS

- Alkire, S.; Foster, J. (2007, revised in 2008). “Recuento y medición multidimensional de la pobreza”, *OPHI Working Paper 7*, University of Oxford.
- Alkire, S.; Foster, J. (2011). “Counting and Multidimensional Measurement Poverty”, *Journal of Public Economics*, pp. 476-487.
- Angulo, R.; Díaz, Y.; Pardo, R. (2011). “Índice de pobreza multidimensional para Colombia (IPM-Colombia) 1997-2010”, *Archivos de economía*, núm. 382. Departamento Nacional de Planeación, Dirección de Estudios Económicos, Bogotá.

- Banerjee, A.; Duflo, E. (2015). *Repensar la pobreza. Un giro radical en la lucha contra la desigualdad global*. Madrid: Editorial Taurus.
- Espinosa, A.; Madero, M.; Rodríguez, G.; Díaz, L. (2017). “Pobreza y desarrollo humano en la Unidad Comunera de Gobierno 6 de Cartagena”, Serie de Documentos *Encuentros*, núm. 12. Laboratorio de Investigación e Innovación en Cultura y Desarrollo, Universidad Tecnológica de Bolívar, Cartagena.
- Espinosa, A.; Toro, D.; Quintero, J. (2006). “El rompecabezas de la investigación económica en el Caribe colombiano. Balance de la última década”, en A. E. Espinosa (ed.), *Respirando el Caribe*, vol. II. Memorias del II Encuentro de Investigadores sobre el Caribe colombiano (pp. 85-114). Cartagena: Observatorio del Caribe Colombiano.
- Felce, D.; Perry, J. (1995). “Quality of life: It’s Definition and Measurement”. *Research in Developmental Disabilities*, vol. 16, núm. 1, pp. 51-74.
- Granados, D.; Lombana, E. (2013). *Crecimiento pro-pobre en Colombia: 2002-2011*. Bogotá: Escuela Colombiana de Ingeniería Julio Garavito, Programa de Economía.
- Martinell, A. (2001). *La gestión cultural: singularidad profesional y perspectivas de futuro*. (Recopilación de textos). Girona, España: Cátedra Unesco de Políticas Culturales y Cooperación, disponible en: <http://www.iberformat.org/AMartinell.pdf>.
- Morin, E. (1999). *La tête bien faite. Repenser la réforme. Réformer la pensée*. París: Ed. Seuil.
- Núñez, J.; Ramírez, J. (2002). “Determinantes de la pobreza en Colombia. Años recientes”, *Serie Estudios y Perspectivas*, núm. 1, Comisión Económica para América Latina (Cepal), Bogotá.
- Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, PNUD (1996). *Informe sobre Desarrollo Humano 1996*. Nueva York: Ediciones Mundiprensa.
- Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, PNUD (2015). *Informe sobre Desarrollo Humano 2015*. Nueva York: Ediciones Mundiprensa.
- Ranis, G.; Stewart, F. (2002). “Crecimiento económico y desarrollo humano en América Latina”, *Revista de la Cepal*, núm. 78, pp. 7-24, Santiago de Chile.
- Sen, A. (1999). *Desarrollo y libertad*. Bogotá: Editorial Planeta.
- Sen, A. (2000). *Nuevo examen a la desigualdad*. Madrid: Alianza Economía.
- Toro, D.; Espinosa, A. (2017). “Acueducto y alcantarillado para la inclusión y la transformación social en el Caribe colombiano”, ponencia presentada en Casa Grande Caribe. Cumbre Caribe para la inclusión y la transformación social, Santa Marta, 30 de noviembre de 2017, disponible en: <http://www.casagrandecaribe.com.co/index.php/acueducto>
- Vélez, C. E. (1997). “La magnitud y la incidencia del gasto social en Colombia”, *Serie Política Fiscal*, núm. 95.

ANEXOS

ANEXO 1

CUADRO A1

MAPA DE LA INVESTIGACIÓN SOBRE POBREZA Y DESIGUALDAD EN EL CARIBE COLOMBIANO

	BANCO DE LA REPÚBLICA	UNIVERSIDAD DE LOS ANDES	UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA DE BOLÍVAR	UNIVERSIDAD DEL NORTE	UNIVERSIDAD DEL ROSARIO	UNIVERSIDAD DEL VALLE	DEPARTAMENTO NACIONAL DE PLANEACIÓN
A. Economía general y enseñanza				■			
B. Escuelas de pensamiento económico y metodología				■			
C. Métodos matemáticos y cuantitativos	■		■			■	■
D. Microeconomía	■	■	■	■			■
E. Macroeconomía y economía monetaria	■						
F. Economía internacional	■	■					
G. Economía financiera							
H. Economía pública	■	■					
I. Salud, educación y bienestar	■	■	■	■		■	■
J. Economía laboral y demografía	■	■	■	■		■	■
K. Derecho y economía							
L. Organización industrial							
M. Administración de empresas y economía de la empresa							
N. Historia económica	■						
O. Desarrollo económico, cambio tecnológico y crecimiento	■	■	■			■	■
P. Sistemas económicos					■		
Q. Economía agraria y de los recursos naturales	■	■	■				
R. Economía urbana, rural y regional	■	■	■		■	■	■
Y. Categorías diversas							
Z. Otros temas especiales	■						
Participación de cada centro en el total (porcentaje)	46,7	8,7	13,8	2,8	0,6	2,4	2,0

Fuente: elaboración del autor con base en BEER.

CUADRO A1

MAPA DE LA INVESTIGACIÓN SOBRE POBREZA Y DESIGUALDAD EN EL CARIBE COLOMBIANO (CONTINUACION)

	UNIVERSIDAD DE CARTAGENA	UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA	UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA Y TECNOLÓGICA DE COLOMBIA	UNIVERSIDAD JORGE TADEO LOZANO	UNIVERSIDAD DE CHICAGO	UNIVERSIDAD AUTÓNOMA LATINOAMERICANA	CONICET, BAHIA BLANCA, ARGENTINA	BANCO MUNDIAL
A. Economía general y enseñanza								
B. Escuelas de pensamiento económico y metodología								
C. Métodos matemáticos y cuantitativos	■			■			■	
D. Microeconomía		■	■		■			■
E. Macroeconomía y economía monetaria			■				■	
F. Economía internacional								
G. Economía financiera								
H. Economía pública					■			
I. Salud, educación y bienestar	■	■	■			■	■	■
J. Economía laboral y demografía	■			■	■		■	
K. Derecho y economía								
L. Organización industrial								
M. Administración de empresas y economía de la empresa								
N. Historia económica	■	■	■		■			
O. Desarrollo económico, cambio tecnológico y crecimiento	■	■	■		■	■		
P. Sistemas económicos					■			
Q. Economía agraria y de los recursos naturales		■						■
R. Economía urbana, rural y regional								
Y. Categorías diversas								
Z. Otros temas especiales								
Participación de cada centro en el total (porcentaje)	3,0	1,2	1,4	0,8	2,0	0,6	1,0	1,0

Fuente: elaboración del autor con base en BEER.

CUADRO A1
MAPA DE LA INVESTIGACIÓN SOBRE POBREZA Y DESIGUALDAD EN EL CARIBE COLOMBIANO
(CONTINUACION)

	UNIVERSIDAD INDUSTRIAL DE SANTANDER	UNIVERSIDAD JAVERIANA	MINISTERIO DE HACIENDA	OBSERVATORIO DEL CARIBE COLOMBIANO	FUNDESARROLLO	CEPAL	UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA, SEDE MEDELLÍN	PART. DE JEL EN TOTAL (PORCENTAJE)
A. Economía general y enseñanza								0,4
B. Escuelas de pensamiento económico y metodología								0,2
C. Métodos matemáticos y cuantitativos	■	■		■		■		6,5
D. Microeconomía	■	■		■				7,9
E. Macroeconomía y economía monetaria								1,0
F. Economía internacional				■				0,8
G. Economía financiera								0,0
H. Economía pública	■	■		■	■			3,9
I. Salud, educación y bienestar	■	■		■	■	■		29,8
J. Economía laboral y demografía	■	■		■				13,2
K. Derecho y economía								0,0
L. Organización industrial								0,0
M. Administración de empresas y economía de la empresa								0,0
N. Historia económica	■	■						1,6
O. Desarrollo económico, cambio tecnológico y crecimiento	■	■		■				7,9
P. Sistemas económicos								0,8
Q. Economía agraria y de los recursos naturales								6,5
R. Economía urbana, rural y regional		■			■		■	19,3
Y. Categorías diversas								0,0
Z. Otros temas especiales								0,2
Participación de cada centro en el total (porcentaje)	2,4	1,0	0,6	6,5	0,6	0,8	0,4	100,0

Fuente: elaboración del autor con base en BEER.

ANEXO 2

CUADRO A2

INVERSIÓN EN ATENCIÓN A GRUPOS VULNERABLES EN LAS CIUDADES CAPITALES DE LA REGIÓN CARIBE, 2008-2016

(MILES DE PESOS CORRIENTES)

CAPITAL	MONTO INVERTIDO EN EL PERÍODO (COP)	PARTICIPACIÓN (PORCENTAJE)
Barranquilla	190.681.725	17,6
Cartagena	270.627.791	24,9
Montería	552.727.131	50,9
Riohacha	6.235.463	0,6
Santa Marta	15.101.035	1,4
Sincelejo	19.746.605	1,8
Valledupar	29.735.475	2,7
Total	1.084.855.224	100,0

Fuente: elaboración del autor con base en FUT-Contaduría General de la Nación.

ANEXO 3

CUADRO A3

DETERMINANTES MACROECONÓMICOS DE LA POBREZA EN LA REGIÓN CARIBE Y COLOMBIA, 2008-2016

VARIABLE DEPENDIENTE: LP DEPARTAMENTAL (PORCENTAJE)	PANEL DE DATOS: EFECTOS FIJOS	
	NACIONAL	REGIÓN CARIBE
Inflación	-0,21***	-0,15
Crecimiento del PIB	-0,07	-0,05
Desigualdad (Gini)	0,93***	1,19***
Productividad laboral	-0,17**	-1,33***
Tasa de ocupación	-0,46***	-0,76**
Salario mínimo (Log)	-21,6***	-13,6
R ²	0,86	0,92
Observaciones	216	63

*** Significativo al 99%. ** Significativo al 95%. * Significativo al 90%.

Fuentes: elaboración del autor con base en DANE-Cuentas Nacionales y Departamentales, GEIH, Mese y Banco de la República.

ANEXO 4

DATOS Y METODOLOGÍA DE DETERMINANTES MICROECONÓMICOS DE LA POBREZA EN LA REGIÓN CARIBE

1. DATOS Y METODOLOGÍA

Se utilizaron datos de la Encuesta Nacional de Calidad de Vida (ECV, años 2003, 2010 y 2016) que realiza el Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE), la cual cuenta con representatividad por regiones.

Con el propósito de evaluar empíricamente los determinantes de la pobreza en la región Caribe colombiana, la variable dependiente es una variable de condición o estado; en nuestro caso, la situación de pobreza de las personas. El criterio para determinarlo es aquel según el cual es pobre el miembro del hogar cuyo ingreso per cápita se encuentra por debajo de la línea de pobreza (*LP*). Como factores que explican la probabilidad de ser pobres —variables independientes— se propone un conjunto de variables del hogar y del jefe de la familia tales como el sexo, el número de integrantes, entre otras. Además, se tienen en cuenta variables educativas y de posesión de activos.

Se optó por un modelo econométrico binario (tipo *probit*), que cuenta con la siguiente estructura:

$$Y_i = \beta_X X_i + \beta_H H + E_i \quad (1)$$

donde Y es una variable binaria —representa una condición o estado— que toma el valor de 1 cuando la persona i es pobre, y 0 en caso contrario.

Como variables independientes que buscan explicar la pobreza, en la ecuación (1) está X , que es un conjunto de características del hogar y del jefe entre las cuales se cuentan el número de personas en el hogar y rasgos del jefe como sexo y edad. Por su parte, H puede incorporar variables del entorno del hogar, variables educativas y variables de posesión de activos. E es un término de error que recoge otras variables explicativas no consideradas en el modelo.

2. RESULTADOS

Para este capítulo se estimaron tres modelos base de determinantes de la pobreza, uno para cada año, que en un modelo adicional se controlaron por la totalidad de variables (del hogar y del jefe, educativas y de posesión de

activos), llegando a un modelo completo. Los resultados de este ejercicio se observan en el Cuadro A4:

CUADRO A4

RESULTADOS DE ESTIMACIÓN DE MODELO *PROBIT* (EFECTOS MARGINALES), REGIÓN CARIBE (DISTINTOS AÑOS)

VARIABLE DEPENDIENTE: POBREZA	2003		2010		2016	
	MODELO1	MODELO2	MODELO1	MODELO2	MODELO1	MODELO2
Cabecera	-0,071***	0,233***	0,041***	0,343***	-0,024**	0,223***
Centro poblado / área rural dispersa	Referencia	Referencia	Referencia	Referencia	Referencia	Referencia
Sexo del jefe del hogar	-0,007	0,029*	0,004	0,005	0,009	-0,003
Edad	-0,0005	-0,001***	-0,001***	-0,001***	-0,001***	-0,003***
Número de personas en el hogar	0,066***	0,061***	0,055***	0,057***	0,045***	0,050***
Ocupados (1: ocupado/ 0: no ocupado)	-0,133***	-0,141***	-0,145***	-0,136***	-0,168***	-0,144***
Analfabetismo		0,162***		0,151***		0,138***
Educación superior		-0,242***		-0,200***		-0,133***
Educación media		0,015		0,045**		-0,001
Educación primaria		0,114***		0,092***		0,100***
Informalidad por pensión		0,074***		0,073***		0,137***
Alcantarillado		-0,303***		-0,318***		-0,295***
Acueducto		0,074***		-0,051***		-0,054***
Activos productivos de transporte		-0,346***		-0,238***		-0,201***
Activos productivos financieros		-0,210***		-0,105		-0,071
Vivienda propia		-0,0007		-0,162***		-0,118***
Migrante (< = 5 años)		-0,167***		-0,063***		-0,004
Migrante (> 5 años)		-0,077***		-0,058***		0,037
N.º de observaciones	6,588	5,894	8,231	7,324	11,231	10,282
Pseudo-R ² (porcentaje)	9,20	21,79	7,09	20,43	6,45	18,78
Porcentaje de observaciones bien clasificadas	64,01	70,95	64,62	70,14	63,73	69,70

* $p < 0,01$; ** $p < 0,05$; *** $p < 0,01$

Fuente: elaboración del autor con base en ECV-DANE.

ANEXO 5**CUADRO A5****RELACIÓN ACCESO A AGUA POTABLE Y ALCANTARILLADO-REDUCCIÓN DE LA POBREZA EN REGIÓN CARIBE**

ESTUDIOS	EFECTO MARGINAL (PROBABILIDAD DE SER POBRE DADO QUE SE ACCEDE A ACUEDUCTO O ALCANTARILLADO)	NIVEL DE ANÁLISIS
Espinosa (2017)	Agua potable: reduce (↓) 5 puntos porcentuales (pp) Alcantarillado: ↓ 30 pp	Región Caribe
Pérez y otros (2015)	Agua potable: ↓ de 1 a 3 pp Alcantarillado: ↓ de 3 a 13 pp	Región Caribe
Espinosa (2017)	Agua potable: no se halló evidencia Alcantarillado: ↓ 0,9 pp	Montería, zona urbana
Espinosa, Madero, Rodríguez y Díaz (2017)	Agua potable: ↓ 3,5 pp Alcantarillado: sin evidencia	Unidad Comunera de Gobierno de Cartagena 6-zona urbana
Alvis y Espinosa (2013)	Agua potable: ↓ de 5,6 a 8,6 pp Alcantarillado: ↓ de 17 a 19 pp	Cartagena, zona rural

Fuente: tomado de Toro y Espinosa (2017).

UNA REVISIÓN DE LOS ESTUDIOS DE CONVERGENCIA REGIONAL EN COLOMBIA

Luis Armando Galvis Aponte
Wendy Galvis Larios
Lucas Wilfried Hahn de Castro

Luis Galvis y Lucas Hahn son economistas del Centro de Estudios Económicos Regionales (CEER) del Banco de la República en Cartagena. Wendy Galvis se desempeñaba como estudiante de Economía de la Universidad del Norte.

1. INTRODUCCIÓN

Colombia es un país con profundas desigualdades. En 2016 ocupó el séptimo lugar en índices de desigualdad económica en el mundo y el segundo lugar en Latinoamérica. También presenta diferencias regionales, que son evidentes en aspectos culturales y geográficos; pero además, en el desempeño económico. Por ejemplo, el producto interno bruto (PIB) departamental, que mide la actividad económica regional en el país, presenta brechas significativas. En 2016 Bogotá acumuló el 27% de la producción nacional, mientras que regiones periféricas como las costas Caribe y Pacífica participaron con 15% y 14%, respectivamente. Casanare fue el departamento con mayor producción per cápita, con 33 millones de pesos corrientes, la cual fue posible gracias a su actividad petrolera. Por su parte, Vaupés fue el departamento de menor producción, con cinco millones de pesos per cápita.

Las brechas regionales también se observan en indicadores sociales. De acuerdo con la Encuesta Nacional de Calidad de Vida (ENCV) del 2016, el promedio de años de educación en las cabeceras municipales de las regiones Caribe y Pacífico fue de 8,2 y 8,4 años respectivamente, mientras que en Bogotá era de 9,8 años. En términos de acceso a servicios públicos, la misma encuesta muestra diferencias regionales por tipo de servicio. Para las áreas de cabecera, en energía y acueducto la mayoría de regiones presentan coberturas cercanas al 100%. Sin embargo, cuando se observa el acceso a alcantarillado, las cabeceras de las regiones Caribe y Pacífica (sin Valle del Cauca) se encuentran en el 80%, un rezago de veinte puntos porcentuales (pp). También hay brechas en algunos indicadores de salud; la Encuesta Nacional de Demografía y Salud (ENDS) del 2015 muestra que el departamento con la mayor tasa de mortalidad infantil fue La Guajira, con cuarenta y seis defunciones por cada mil nacidos vivos, mientras que el departamento del Meta solo tuvo cuatro.

La literatura económica ha estudiado si las brechas regionales tienden a reducirse en el tiempo, es decir, si ha existido lo que se conoce como convergencia. Cuando las brechas se reducen, se argumenta que las regiones se encuentran convergiendo; si se amplían, están en un proceso de divergencia. También es posible que las diferencias se mantengan en el tiempo, en cuyo caso simplemente se afirma que no hay evidencia de convergencia. En este

capítulo se exploran cuatro enfoques que la literatura ha usado para estudiar este fenómeno. Específicamente, 1) convergencia β (beta), 2) convergencia σ (sigma), 3) convergencia en series de tiempo, y 4) convergencia en distribución. Debido a que existen múltiples definiciones, los estudios sobre convergencia pueden presentar resultados mixtos, ya que la aplicación de metodologías diferentes puede conducir a resultados contradictorios.

Este capítulo tiene dos objetivos. El primero es hacer una recopilación de la literatura nacional que ha estudiado la convergencia regional, y el segundo es realizar ejercicios empíricos, a modo ilustrativo, utilizando las diversas definiciones que se han propuesto en la literatura. En este sentido, el aporte del trabajo es presentar una descripción de las distintas perspectivas empíricas que han sido utilizadas en el país para estudiar la convergencia de sus regiones, usando un lenguaje que permita al lector no especializado entender los argumentos elaborados por la literatura especializada.

La revisión se presenta en la segunda sección del capítulo, agrupada de acuerdo con la definición de convergencia que utiliza cada investigación. La tercera sección hace una breve exposición de las principales características de la producción económica regional. Luego, la cuarta sección ilustra y aplica las cuatro definiciones de convergencia para el caso colombiano, con ejercicios gráficos sencillos. Por motivos de extensión y para facilidad del lector, no se profundizará en las técnicas econométricas. Un mayor detalle de los métodos puede encontrarse en las referencias que se reseñan en la revisión. La quinta sección contiene un ejercicio ilustrativo sobre las condiciones necesarias para que hubiese convergencia en el país y, por último, la sexta sección concluye el balance.

2. ¿QUÉ DICE LA LITERATURA? VEINTE AÑOS DE ESTUDIOS REGIONALES

La reducción de las disparidades ha sido desde hace mucho un tema central en la agenda de investigación económica. En una primera etapa, las investigaciones se enfocaron en evaluar las predicciones de la teoría neoclásica del crecimiento económico; una de ellas era que, a largo plazo, las diferencias en el nivel de ingreso entre distintas regiones tendían a reducirse, este fenómeno se conseguiría si las economías pobres crecían más rápido que las ricas, con lo cual se cumpliría la hipótesis de convergencia.

En este sentido, una de las definiciones de convergencia que surgió del modelo neoclásico se conoció como convergencia β , y requería comparar las tasas de crecimiento económico entre países pobres y ricos. Si los países pobres presentan mayores tasas de crecimiento, entonces se afirma que hay

evidencia de convergencia β . A su vez, la convergencia de este tipo se analizó desde dos ópticas: la absoluta y la condicional. La primera es más sencilla y consta de una comparación directa entre tasas de crecimiento de ricos y pobres, como ya se mencionó; la segunda requiere un análisis de regresión, y busca condicionar la existencia de convergencia a la inversión adecuada en factores que estimulan el crecimiento, como lo son el capital humano y físico de las regiones.

En Colombia la literatura regional sobre convergencia β ha llegado a conclusiones mixtas. Las investigaciones sobre este tema iniciaron con el estudio de Cárdenas *et al.* (1993), quienes analizaron las condiciones económicas de los departamentos entre 1950 y 1989, afirmando que durante este período hubo un proceso de convergencia condicional. Autores como Gómez (2006), León y Benavides (2015) y Royuela y García (2015) también han presentado conclusiones similares. Estos estudios suelen enfocarse en las décadas finales del siglo XX, debido a la menor disponibilidad de datos para épocas anteriores. Si bien difieren en los períodos exactos de análisis, todos concluyen que hubo un proceso de convergencia económica de las regiones colombianas.

Uno de los estudios con mayor cobertura en el tiempo se puede encontrar en Bonet y Meisel (1999). Estos autores trabajaron con datos entre 1926 y 1995, dividiendo a su vez el análisis en dos partes. El primero abarca el período entre 1926 y 1960, en el cual utilizan los depósitos bancarios per cápita como variable que aproxima la actividad económica, y encuentran que durante este tiempo las brechas económicas entre los departamentos se hicieron menores. Sin embargo, para el período comprendido entre 1960 y 1995, utilizando ahora las series de PIB departamental, argumentan que hay poca evidencia de convergencia β . Sus resultados van en contravía de lo inicialmente propuesto por Cárdenas *et al.* (1993). Otros autores se han sumado al rechazo de la hipótesis de convergencia β : Branisa y Cardozo (2009b), Galvis y Meisel (2001, 2012), Martínez (2006), Franco y Raimond (2009), Rocha y Vivas (1998) y Galvis y Hahn (2015).

Una segunda definición de convergencia aplicada por la literatura nacional e internacional es la tipo σ . Por lo general, la mayoría de autores que aplican la primera definición también estudian la segunda, a modo complementario. Esta definición no se basa en la comparación del crecimiento, como lo hacía la primera, sino en observar la dispersión de la riqueza en el tiempo. Si la dispersión decrece, y por lo tanto las regiones se encuentran más cercanas a su producción económica promedio, entonces se argumenta que hay convergencia.

Para medir la dispersión de la riqueza pueden usarse varios indicadores. Algunas de las medidas de dispersión más utilizadas en la literatura son, por ejemplo, la desviación estándar, el coeficiente de Gini y el índice de Theil,

entre otras. Por esta razón, en ocasiones los resultados sobre la presencia de convergencia σ varían dependiendo del indicador que se decida utilizar.

La literatura sobre convergencia económica tipo σ para las regiones colombianas también presenta resultados mixtos. A favor de la hipótesis de convergencia está el estudio de Cárdenas *et al.* (1993), mientras que en contra pueden encontrarse varios autores (Bonet y Meisel, 1999 y 2006; Galvis, 2010; Galvis y Meisel, 2001 y 2012; Franco y Raymond, 2009). Algunos presentan evidencia a favor y en contra simultáneamente, como por ejemplo Royuela y García (2015) y Acevedo (2003). Debe aclararse que parte de las diferencias en las conclusiones pueden estar originadas en las distintas implementaciones empíricas de la definición; o bien, en que los autores han utilizado varios indicadores de dispersión, así como diferentes variables económicas y períodos de estudio distintos.

Además de estudiar convergencia económica, las metodologías tipo β y σ también han sido usadas para estudiar convergencia social. La idea de este enfoque es observar si la brecha en indicadores sociales entre regiones ha disminuido en el tiempo. Como variables sociales suelen emplearse la tasa de analfabetismo, para estudiar diferencias educativas, y la tasa de mortalidad infantil y la esperanza de vida para medir diferencias regionales en salud. Otros indicadores sociales que se han estudiado abarcan temas de nutrición, violencia y estatura. La literatura bajo este enfoque presenta un mayor consenso, dado que en su mayoría afirma que ha habido convergencia de tipo social (Aguirre, 2005; Branisa y Cardozo, 2009a; León y Ríos, 2013; Martínez, 2006; Royuela y García, 2015; Meisel y Vega, 2004).

Las definiciones β y σ de convergencia han sido las más utilizadas por la literatura nacional. Sin embargo, estas metodologías no han estado exentas de críticas en las discusiones académicas internacionales. Múltiples autores se han opuesto a su uso (Bernard y Durlauf, 1996; Binder y Pesaran, 1999; Den Haan, 1995; Durlauf y Johnson, 1995; Kocherlakota y Yi, 1995; Quah, 1993 y 1996a). En general, las críticas hacen referencia a que los métodos no son concluyentes; por ejemplo, Quah (1993) señala que hallar convergencia β no implica la existencia de convergencia σ . Esto significa que la primera no es una condición suficiente para la segunda, por lo que a pesar de concluir que los países pobres crecen más que los ricos, la dispersión de la riqueza puede estar manteniéndose constante en el tiempo. En este sentido, podría pensarse que la definición de convergencia σ puede ser más apropiada que la de convergencia β . Sin embargo, también ha habido una reflexión sobre este tipo de enfoque. Por ejemplo, usando la convergencia tipo σ es posible concluir que las brechas regionales están disminuyendo, cuando en realidad las regiones pueden estar concentrándose en polos que se encuentran distantes entre sí.

Las críticas a los métodos β y σ han sido acompañadas de propuestas diferentes para estudiar este fenómeno. La primera es un enfoque de series de tiempo (Bernard y Durlauf, 1995 y 1996). Bajo este esquema, se afirma que dos regiones convergen cuando la brecha en su producción económica disminuye con el paso de los años. Para comprobar si esto sucede, se suelen utilizar técnicas econométricas de series de tiempo, como la prueba de Dickey-Fuller. En términos técnicos, la aplicación de esta prueba evalúa si existe una raíz unitaria en la brecha entre las dos regiones. La presencia de una raíz unitaria implicaría que la brecha actual depende en gran medida de la que se observó en un período anterior. Cuando hay una raíz unitaria se argumenta que no hay evidencia de convergencia entre las dos regiones, debido a que la brecha de su producto tiende a mantenerse en el tiempo. Si la brecha entre las dos regiones presenta una tendencia en el tiempo, también se afirma que no están convergiendo.

Son pocos los autores que utilizan este enfoque para estudiar convergencia regional en el país. Temas regionales que han sido estudiados según esta metodología son, por ejemplo, la integración de los mercados laborales (Jaramillo, Nupia y Romero, 2000; Galvis, 2002) y la inflación (Barón, 2002). Por ejemplo, Jaramillo, Nupia y Romero (2000) afirman, a partir de técnicas de cointegración y otras pruebas estadísticas, que hay una tendencia a la convergencia entre salarios rurales, así como entre áreas rurales y urbanas. Por otro lado, Galvis (2002) trabaja esta temática pero teniendo en cuenta el nivel de calificación de la mano de obra. Así, el autor argumenta que los salarios de la mano de obra no calificada no han convergido.

Un segundo enfoque para estudiar convergencia que surgió a raíz de las críticas a los métodos β y σ fue propuesto inicialmente por Quah (1993). Consiste en estimar la distribución regional de la riqueza en dos períodos de tiempo diferentes, y observar si dicha distribución se ha modificado en el tiempo. La definición de convergencia depende del cambio que se observe en la distribución; si se observa que se ha concentrado alrededor de un mismo punto, entonces se afirma que hay evidencia de convergencia. Nótese que, bajo este enfoque, uno de los posibles resultados es que las economías converjan a puntos diferentes de ingreso. Este sería el caso de los ‘clubes de convergencia’, cuando las regiones prósperas convergen a un mismo punto mientras que las demás convergen a otro. De hecho, esta es una de las afirmaciones que se han realizado en la literatura sobre convergencia entre países, y se conoce como la hipótesis de los *Twin Peaks* (Quah, 1996b).

Los primeros en implementar esta metodología para el caso colombiano fueron Birchenall y Murcia (1997). Los autores muestran que en Colombia la distribución regional de la riqueza ha sufrido pocos cambios, indicando que no es un caso exitoso de convergencia. Este resultado se afirma en todos los

estudios sobre convergencia económica que implementan este enfoque en el país (Ardila, 2004; Birchenall y Murcia, 1997; Bonet y Meisel, 2006; Branisa y Cardozo, 2009b; Gómez, 2006; González, 2011; Martínez, 2006; Royuela y García, 2015). Una distribución de la riqueza que no cambia en el tiempo se caracteriza como *persistente*.

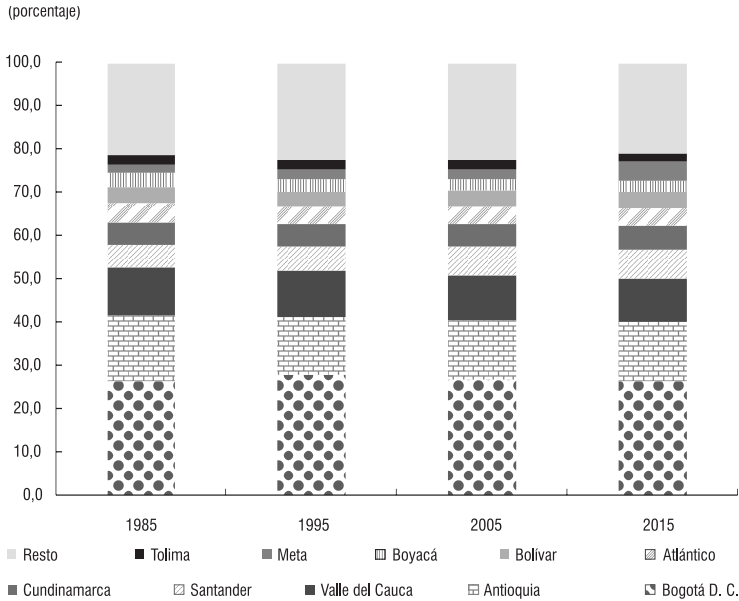
Al igual que con las primeras definiciones de convergencia, esta también se ha empleado para analizar dinámicas regionales en indicadores sociales. De acuerdo con este enfoque, las conclusiones suelen ser mixtas (Aguirre, 2005; Branisa y Cardozo, 2009a; Royuela y García, 2015; Martínez, 2006). El resultado depende del sector que se estudie (educación y salud, por ejemplo) y del tipo de indicador utilizado.

3. DISTRIBUCIÓN REGIONAL DE LA PRODUCCIÓN COLOMBIANA

En esta sección se realiza un análisis exploratorio de las cifras regionales de producción económica para los últimos treinta años en Colombia. Se utiliza el PIB departamental desde 1985 hasta 2015 calculado por el Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE) con base en el año 2005. También se usan cifras municipales de valor agregado estimadas con base en la metodología usada por Galvis y Hahn (2015). Esta consiste en dividir el PIB de cada departamento entre sus municipios, utilizando como ponderador la participación municipal del recaudo tributario de los municipios que pertenecen a un mismo departamento, participación asumida como una variable asociada a la actividad económica de dicho municipio, y utilizada para obtener su fracción en el PIB de su departamento. El recaudo tributario se obtuvo de las ejecuciones presupuestales que consolida el Departamento Nacional de Planeación (DNP).

El Gráfico 1 presenta la participación del PIB de los diez departamentos más grandes en el agregado nacional, entre 1985 y 2015, por períodos de diez años. Se puede observar que Bogotá ha tenido una participación cercana al 30% todos los años, lo cual prácticamente duplica la de Antioquia e incluso es mayor a la de los veintitrés departamentos más pequeños. Este valor se ha mantenido relativamente constante en el tiempo, lo que resalta la importancia y persistencia de Bogotá como generador de valor agregado en el país.

Por otra parte, aunque no se puede observar un cambio significativo en la posición relativa de los departamentos, es destacable que el que más ha aumentado su participación desde el inicio del período de estudio hasta el 2015 es Meta, que pasó de representar un poco más del 1% del PIB en 1985 a tener una participación del 4% para el último año del análisis. Esto se debe,

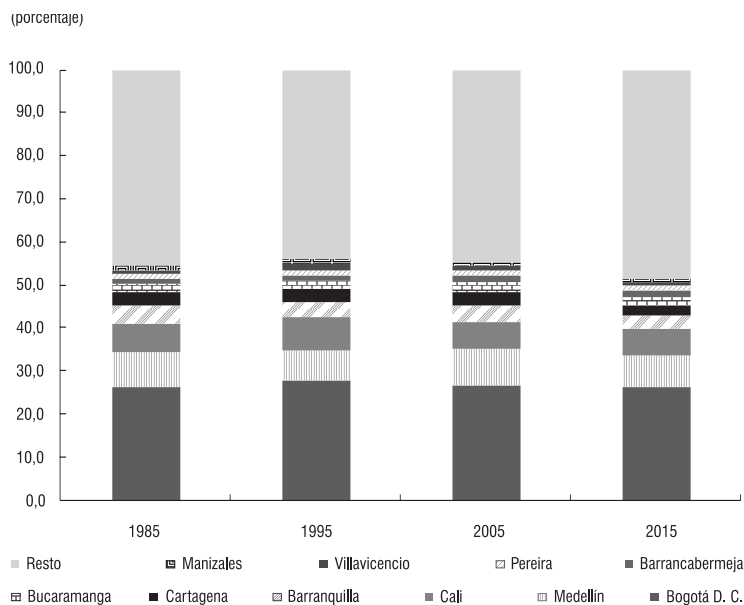
GRÁFICO 1. PARTICIPACIÓN DEL PIB DEPARTAMENTAL SOBRE EL PIB NACIONAL EN 1985, 1995, 2005 Y 2015

Fuente: DANE; cálculos de los autores

principalmente, al hallazgo de recursos minerales en su territorio y a la consecuente fuente de valor agregado que generaron. Otro departamento que ha aumentado su participación en el valor agregado nacional ha sido Santander, que pasó de tener el 5% del PIB nacional, a representar casi el 7%. De los departamentos más grandes el que redujo en mayor medida su participación fue Valle del Cauca, al pasar del 11% en 1985 al 9% en 2015; de todos modos, el cambio de 2% en treinta años puede considerarse relativamente pequeño. Una situación similar se presenta en Boyacá y Antioquia, que también disminuyeron su participación en el PIB nacional.

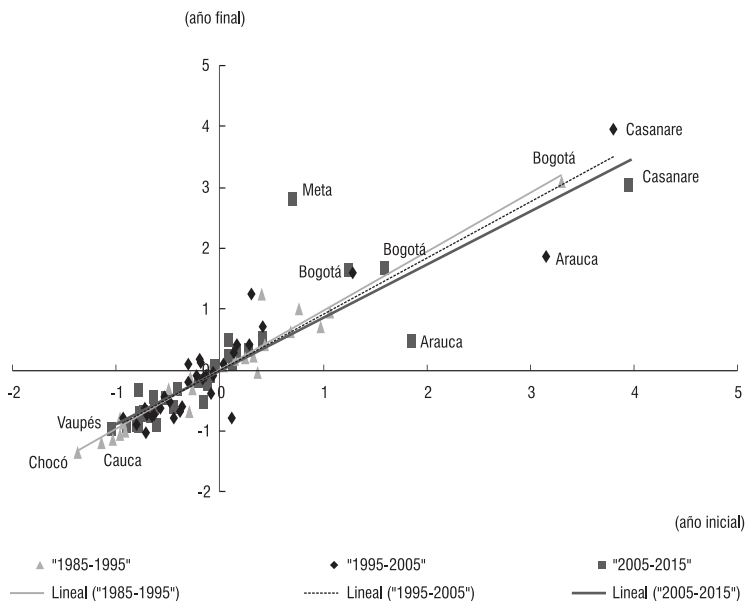
Para observar dinámicas regionales más desagregadas, a continuación se realiza el mismo ejercicio utilizando las cifras estimadas por municipios. El Gráfico 2 presenta dicha información para los diez municipios con mayor participación y el resto. Se puede observar que Bogotá tiene una amplia diferencia frente al resto de municipios. Barrancabermeja es el único municipio que, a pesar de no ser capital, presenta una participación importante; debe su importancia económica a las actividades petroquímicas, pues es sede de la refinería de petróleo más grande del país. Se destaca que cinco municipios —Bogotá, Medellín, Cali, Barranquilla y Cartagena— agrupan casi la mitad del valor agregado del país.

GRÁFICO 2. PARTICIPACIÓN DEL PIB MUNICIPAL SOBRE EL TOTAL NACIONAL EN 1985, 1995, 2005 Y 2015



Fuentes: DANE y DNP; cálculos de los autores.

Los cambios en la distribución durante las últimas tres décadas pueden visualizarse con una perspectiva diferente en el Gráfico 3, el cual incluye el PIB per cápita al comienzo de la década en el eje horizontal y al final de la década en el eje vertical. Se presenta el valor estandarizado del PIB departamental, que se obtiene restando el promedio de la producción de cada departamento y luego dividiendo el resultado por la desviación estándar de la muestra. Casanare es el departamento que se encuentra a más desviaciones estándar por encima del promedio, tanto entre los años 1995 y 2005 como para 2005 y 2015. Arauca, Meta y Bogotá también se encuentran considerablemente por encima del promedio. Por el contrario, departamentos como Chocó, Vaupés y Cauca se destacan por ser aquellos que se ubican a más desviaciones estándar por debajo del promedio. Es interesante observar que la tendencia para cada década tiene pendiente positiva y cercana a uno, lo cual significa que departamentos ricos al comienzo del período también lo eran al final. Se encuentran pocos cambios en la clasificación de los departamentos, siendo los más notorios aquellas regiones con hallazgos de recursos naturales.

GRÁFICO 3. PIB PER CÁPITA DEPARTAMENTAL NORMALIZADO POR DÉCADAS

Nota: los datos sobre el PIB departamental para los nuevos departamentos se encuentran disponibles a partir de 1990, por lo tanto en el período 1985-1995 solo se incluyen los antiguos departamentos.

Fuente: DANE, elaboración de los autores.

Por último, se presenta la distribución espacial de la producción económica en dos períodos. Los mapas 1 y 2 contienen las cifras de PIB per cápita departamental y municipal en 1995, elaborados con base en las cifras del DANE en precios constantes de 2005, y utilizando la estimación de PIB municipal.

Uno de los aspectos más notables es que los departamentos con mayor PIB per cápita en 1995 fueron Arauca y Casanare. Esto se debe a que su actividad económica principal es la explotación petrolera, de alto valor agregado. La capital del país también se destaca por su alta actividad económica. Por otro lado, se observa que los departamentos pertenecientes a las regiones Pacífica, Amazónica y Caribe tienen las menores producciones per cápita. Al analizar el caso municipal, se aprecia que en 1995 los municipios con mayor producción per cápita son La Salina y Tauramena, ubicados en el departamento de Casanare; asimismo, se encuentran en un nivel similar algunos municipios de Arauca. La información municipal es consistente con lo observado para los departamentos, pues la mayoría de los municipios que están en peores condiciones se encuentran en regiones diferentes a la Andina y Orinoquia.

La distribución geográfica de la riqueza para el 2015 se presenta en los mapas 3 y 4. Casanare sigue manteniéndose con uno de los mayores PIB per cápita, al igual que Bogotá, pero además se incluyen en este grupo Meta y Santander. Se observa que la región Pacífica sigue teniendo los departamentos con las posiciones más bajas, como es el caso de Chocó y Nariño, mientras que en las regiones Caribe y Amazónica algunos departamentos han incrementado su posición relativa. Para el caso municipal, se observa que Meta y Casanare albergan los municipios con mayor PIB per cápita. La mayoría de municipios con mayor riqueza se encuentran ubicados en la zona central del país, lo cual sigue siendo consistente con lo observado en los departamentos, mientras que gran parte del Caribe y Pacífico presenta producciones económicas muy por debajo de los valores hallados en la región Andina del país.

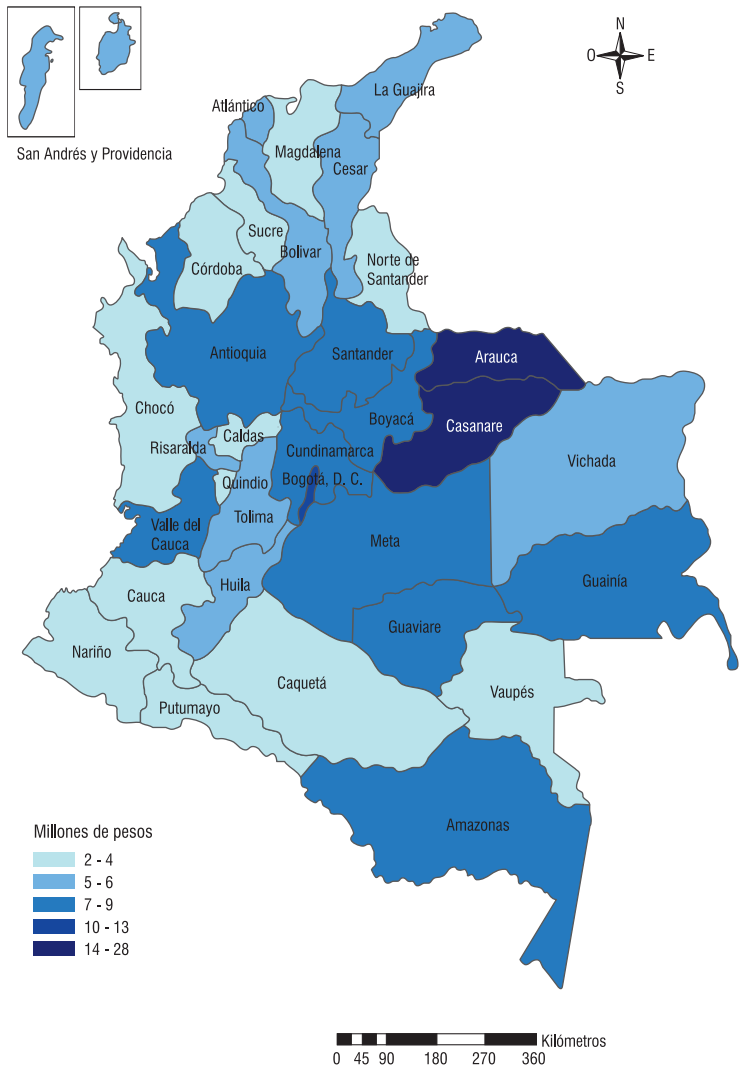
4. ¿CÓMO MEDIR LA CONVERGENCIA?

En esta sección se realizan varios ejercicios empíricos siguiendo las cuatro definiciones de convergencia mencionadas: convergencia β , convergencia σ , series de tiempo y distribución. Inicialmente se ilustran gráficamente a modo de ejemplo, para luego aplicarse en las regiones colombianas.

4.1 CONVERGENCIA β

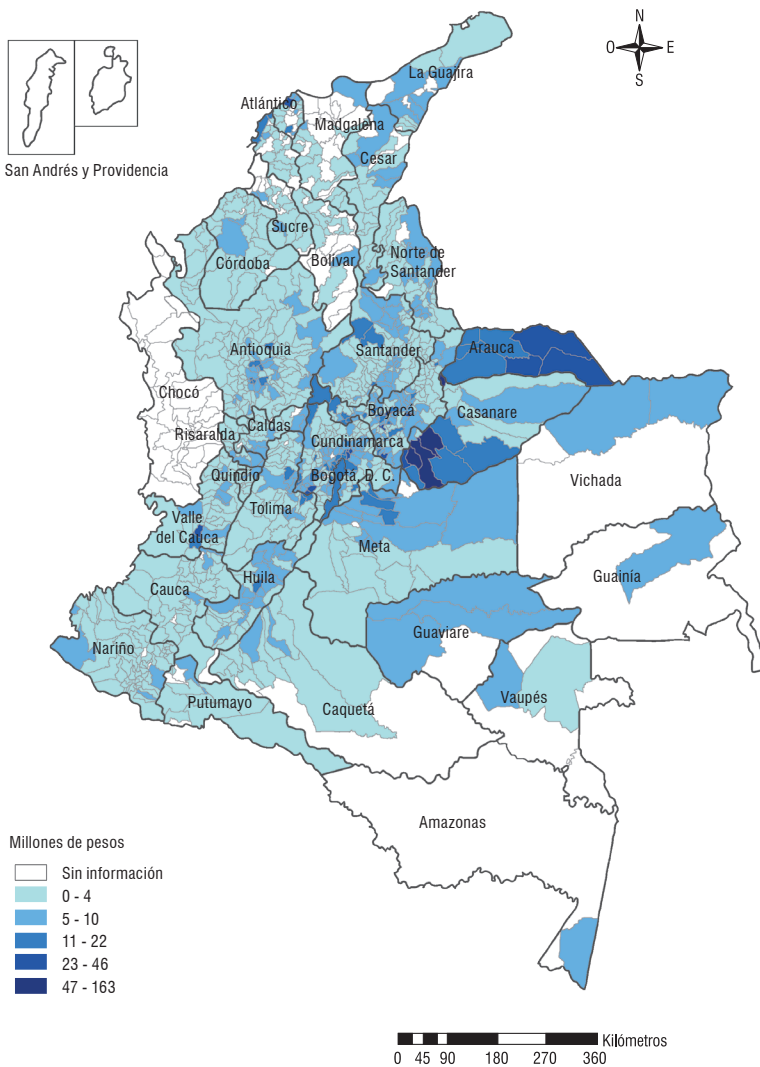
La convergencia tipo β requiere comparar las tasas de crecimiento entre los distintos países o regiones, teniendo en cuenta las diferencias en su riqueza. Hay dos formas de realizar estas comparaciones. La primera y más sencilla se conoce como convergencia absoluta, y se basa en una comparación directa del crecimiento económico entre regiones ricas y pobres. A modo ilustrativo, el Gráfico 4 presenta dos posibles escenarios que se pueden observar de acuerdo con esta metodología. Cada punto informa sobre el crecimiento económico y el ingreso inicial de una región particular. Cuando las regiones muestran un patrón como el observado en el panel A, se afirma que hay evidencia de convergencia absoluta. Esto sucede porque las regiones con mayores tasas de crecimiento fueron aquellas que tenían los menores niveles de ingreso inicialmente. Por lo tanto, la tendencia que se observa es decreciente. A su vez, el panel B presenta el escenario contrario, con una tendencia que es ascendente. En este caso, las regiones de mayores crecimientos fueron aquellas con ingresos iniciales más altos, por lo que en este caso se afirma que hay divergencia absoluta.

MAPA 1. PIB PER CÁPITA DEPARTAMENTAL EN 1995 (PESOS CONSTANTES DEL 2005)



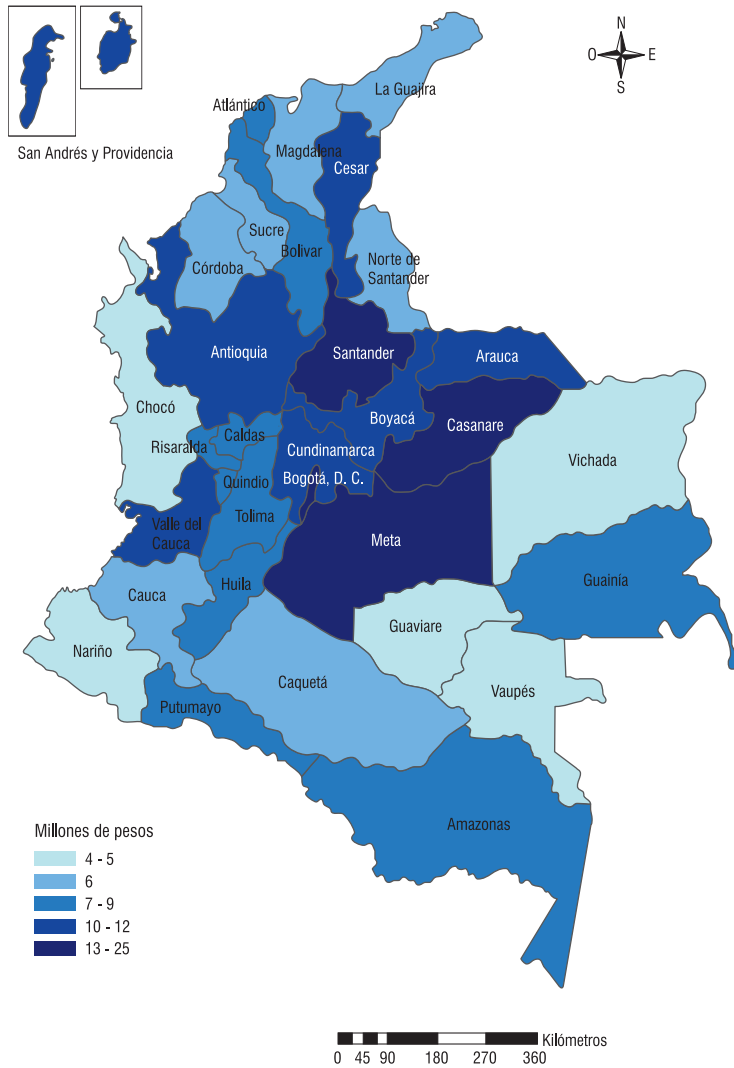
Fuente: DANE, elaboración de los autores.

MAPA 2. PIB PER CÁPITA MUNICIPAL EN 1995 (PESOS CONSTANTES DEL 2005)



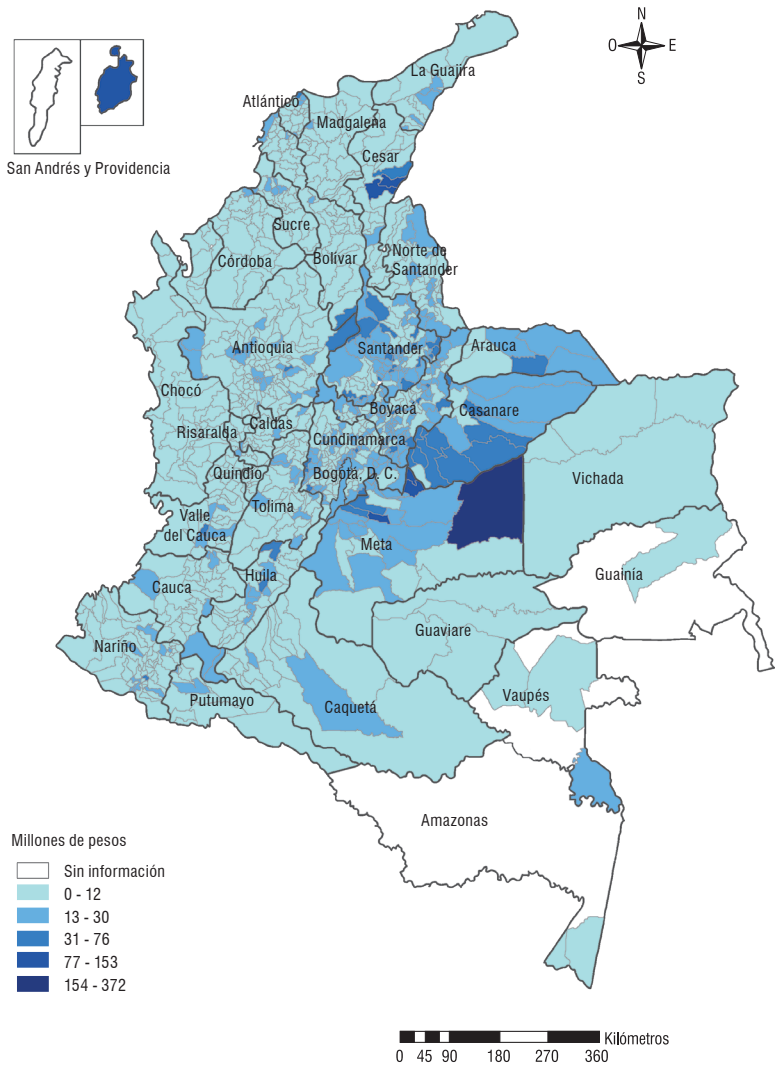
Fuente: Galvis y Hahn (2015); cálculos de los autores.

MAPA 3. PIB PER CÁPITA DEPARTAMENTAL EN 2015 (PESOS CONSTANTES DEL 2005)



Fuente: DANE, elaboración de los autores.

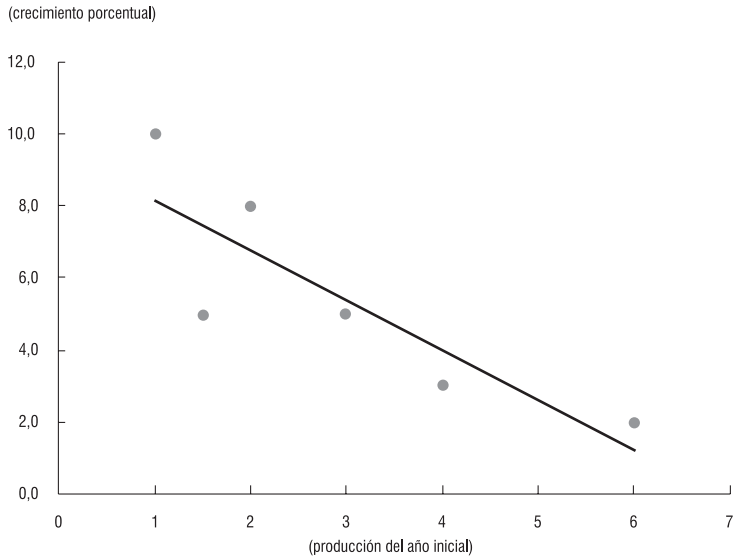
MAPA 4. PIB PER CÁPITA MUNICIPAL EN 2015 (PESOS CONSTANTES DEL 2005)



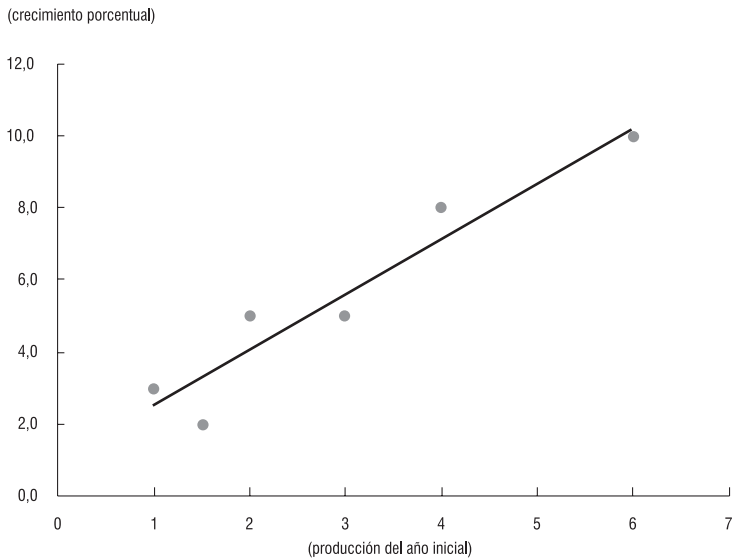
Fuente: Galvis y Hahn (2015); cálculos de los autores.

GRÁFICO 4. EJEMPLOS GRÁFICOS CON LA METODOLOGÍA β ABSOLUTA

A. CONVERGENCIA



B. DIVERGENCIA



Fuente: elaboración de los autores.

Cuando se aplica esta metodología a las cifras de crecimiento y producción económica de los departamentos colombianos, inicialmente se puede evidenciar convergencia de tipo absoluta. El panel A del Gráfico 5 muestra este resultado para el período comprendido entre los años 1995 y 2016, usando las cifras del DANE. Sin embargo, esta evidencia de convergencia absoluta regional no es muy robusta. Tres departamentos de la muestra, cuyos desempeños económicos son causados en especial por la extracción de recursos mineros, permiten que se observe esa tendencia decreciente en los datos. Cuando el análisis excluye a Putumayo, Arauca y Casanare, la evidencia de convergencia absoluta desaparece, es decir, la línea de tendencia se vuelve plana. Esto se observa en el panel B. Considerar condiciones como la presencia de recursos minerales en el territorio es fundamental para entender dinámicas de crecimiento y, por lo tanto, la presencia o no de convergencia. Estos aspectos no son tenidos en cuenta por la definición de convergencia absoluta.

Una forma de corregir dicha carencia en el método es mediante la incorporación de variables que puedan afectar el crecimiento económico de las regiones, independientemente de su nivel de producción económica. Esta es una de las ventajas que tiene el segundo tipo de convergencia β , denominada por esta razón convergencia condicional. Dicho método, que surge del modelo teórico conocido en la literatura como el modelo neoclásico de crecimiento, busca entender si economías con condiciones similares presentan signos de convergencia, esto es: si una vez controlados otros factores que inciden en el crecimiento, como por ejemplo las tasas de ahorro y la inversión en capital humano, las economías de menores ingresos presentan mayores crecimientos.

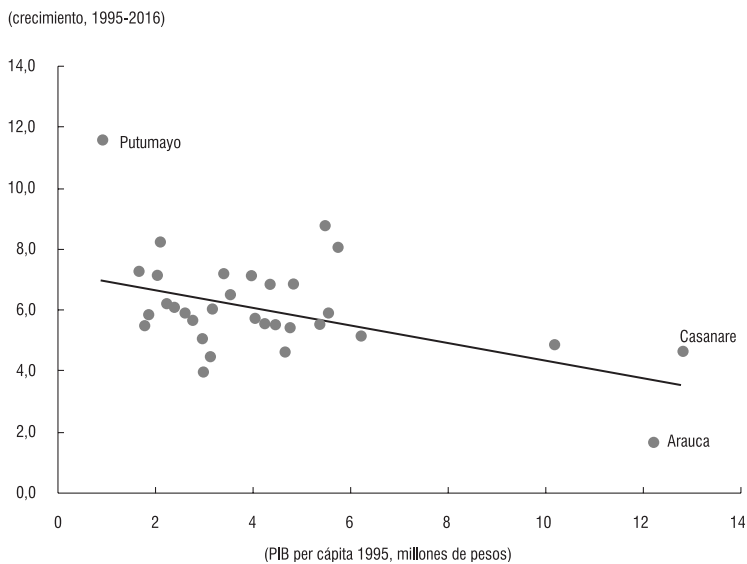
Para aplicar este método es necesario realizar un análisis de regresión, que es una técnica econométrica utilizada para estudiar relaciones estadísticas entre distintas variables. La forma funcional del modelo de convergencia condicional suele ser la siguiente:

$$\text{crecimiento}_i = \beta_0 + \beta_1 y_i + \beta_2 \text{humano}_i + \beta_3 \text{físico}_i + \beta_4 \text{otros}_i + u_i$$

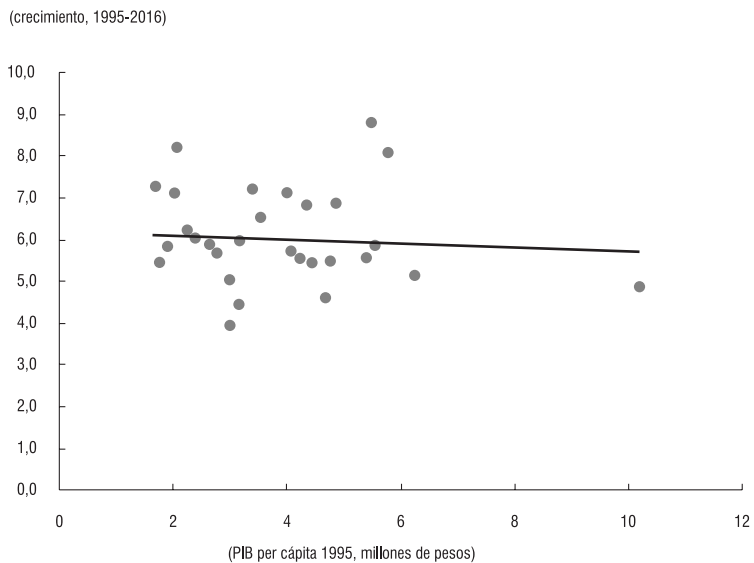
Como variable dependiente se utiliza la tasa de crecimiento observada durante un período, mientras que la variable independiente cuyo coeficiente se interpreta como evidencia o no de convergencia es la producción económica inicial en el período (y_i). En este sentido, si β_1 resulta ser negativo, significa que regiones más prósperas al comienzo del período (y_i altos) presentaron tasas de crecimiento más bajas y por lo tanto se afirma que hubo convergencia. Este modelo permite incorporar algunas variables que se reconocen como determinantes del crecimiento. Las dos más importantes propuestas por el modelo neoclásico se relacionan con factores de capital humano y

GRÁFICO 5. CONVERGENCIA ABSOLUTA DEPARTAMENTAL

A. TODOS LOS DEPARTAMENTOS



B. SIN DEPARTAMENTOS MINEROS



Fuente: DANE, cálculos de los autores.

físico de la región ($humano_i$ y $físico_i$). Así se permite que la convergencia dependa de decisiones de inversión incurridas por las regiones durante ese período. Aquellas con menores inversiones en capital humano y físico deberían crecer menos, independientemente de su riqueza. Por último, también suelen incluirse otras variables que afectan el crecimiento económico de las regiones, como por ejemplo su crecimiento demográfico, el descubrimiento de fuentes importantes de recursos naturales o el grado de apertura comercial que fomenta el comercio internacional.

A continuación se realiza una aplicación sencilla de la anterior metodología para los departamentos del país entre 1995 y 2016. Se utilizan únicamente dos variables independientes adicionales a la producción inicial, referentes al capital humano y físico de los departamentos, que se obtienen del censo de 2005. Para aproximar la acumulación de capital humano se utiliza la tasa de alfabetismo departamental, o porcentaje de personas que saben leer y escribir. Y como aproximación a la acumulación de capital físico se utiliza una medida del equipamiento urbano que se construye a partir del acceso a los servicios públicos de energía y acueducto. Al realizar el análisis con las anteriores variables los resultados fueron los siguientes, con los estadísticos t para cada coeficiente en paréntesis:

$$crecimiento_i = -0,003 - 0,004 y_i + 0,103 humano_i - 0,009 físico_i + u_i$$

$$(-0,10) \quad (-3,36) \quad (2,09) \quad (-0,54)$$

Una vez estimada la ecuación de convergencia β condicional, el análisis se enfoca en las características del coeficiente que acompaña a la producción per cápita inicial (y_i). La primera es su signo. El modelo neoclásico predice que el signo de esta variable debería ser negativo, ya que de esta forma las regiones más prósperas exhibieron un menor crecimiento económico; obtener un signo positivo sería evidencia de divergencia. La segunda es la interpretación de la significancia del coeficiente. Esto porque puede suceder que el coeficiente obtenido tenga el signo esperado, pero sea tan pequeño en magnitud que su efecto realmente sea insignificante. Llevando a cabo la inferencia estadística, el ejercicio concluiría que el coeficiente de la producción per cápita inicial es pequeño, pero significativo, lo cual indicaría que existe una relación negativa entre esta variable y la tasa de crecimiento.

Ese ejercicio sencillo permite ilustrar la aplicación del método de convergencia β condicional. Sin embargo, la literatura sobre convergencia ha criticado la definición tipo β en el sentido de que no considera los efectos espaciales, pese a estar circunscritas las unidades de análisis a un territorio. Cuando este es el caso, pueden existir efectos de difusión o *spillovers* que

generan sesgos en las estimaciones realizadas. Dichos efectos se capturan por lo general a través de la inclusión de un rezago espacial de la variable dependiente. Si dicha variable es necesaria en la estimación, el no incluirla llevaría a incurrir en el sesgo por variable omitida.

Para darle un tratamiento más apropiado, Ertur y Koch (2007) proponen un análisis espacial aplicado a la hipótesis de convergencia, el cual se basa en la estimación de un modelo tipo Durbin (SDM) que tiene la siguiente forma funcional:

$$Y = \rho WY + X\Gamma_0 + WX\Gamma_1 + \varepsilon$$

donde Y es el vector de ingreso regional, ρ es el coeficiente de autocorrelación espacial, W es la matriz de contigüidad espacial, X es la matriz de variables independientes, Γ_0 y Γ_1 son vectores de coeficientes y ε es un término de error. Este modelo tiene la ventaja de que permite capturar efectos de *spillover*, pues el primer término de la derecha representa el rezago espacial de la variable dependiente. También permite estimar los efectos que tienen los valores de las variables explicativas en el vecindario. Esto, porque se reconoce que, por ejemplo, si existe inversión en capital físico en una región, las mejoras en dicho capital pueden afectar no solo a la unidad de observación i , sino también a las unidades j , del vecindario y viceversa. Cuando no existen *spillovers*, el coeficiente ρ debería ser estadísticamente igual a cero. Y en el caso en que las variables explicativas no presenten efectos sobre una unidad de observación proveniente de sus vecinos, los coeficientes serían iguales a cero. Si se cumplen ambas hipótesis podríamos tener un modelo simple, como los que se han presentado previamente.

La importancia de este tipo de modelos es que son más generales que las versiones simplificadas de la convergencia absoluta o condicionada. Además, al llevar a cabo su estimación se puede llegar a una versión más sencilla si se cumplen ciertas condiciones. Por ejemplo, una versión alternativa a la estimación del modelo tipo Durbin propuesto por Ertur y Koch (2007) es la del modelo de error espacial (SEM), que se representa como:

$$Y = X\Gamma_0 + [I - \rho W]^{-1} \varepsilon.$$

En este caso no se capturan efectos de *spillover*, pues el efecto espacial es capturado solamente a través del término de error. Esta modelación es necesaria para corregir problemas de eficiencia en la estimación, mas no para los problemas de sesgo por variable omitida. Es más: cuando se cumple la hipótesis del factor común, que se representa como $H_0: \Gamma_1 = -\rho\Gamma_0$, el modelo

SDM se reduce a una especificación SEM. Si en esta nueva especificación se cumple que ρ sea igual a cero, se llegaría a una estimación convencional de la convergencia condicionada.

La aplicación de esta metodología se llevó a cabo para el caso colombiano en el trabajo de Galvis y Hahn (2015). Sus resultados son reproducidos en el Cuadro 1, para ejemplificar esta metodología. Analizando los resultados de los modelos espaciales estimados se concluye que el modelo que mejor describe el proceso generador de datos en este caso es el SDM. Es decir, sí existirían *spillovers* que aportan a la explicación del proceso de convergencia en Colombia. Por otro lado, los resultados indicarían que existe evidencia de convergencia condicionada; esto, porque el signo del ingreso inicial es negativo. No obstante, ha de tenerse en cuenta la existencia de esos efectos de difusión que no permiten que la interpretación de los coeficientes se lleve a cabo de la manera tradicional. En este caso la interpretación se descompone en el análisis de resultados de efectos directos e indirectos, siendo estos últimos los que se derivan de los efectos de los *spillovers*.

CUADRO 1. ESTIMACIONES MEDIANTE MÉTODO BAYESIANO MCMC

MODELO	SDM RESTRINGIDO
Variable dependiente	Tasa de crecimiento 1993-2012
Observaciones	893
Constante	0,0206*** (0,0066)
Ingreso inicial	-0,0261*** (0,0012)
Rezago espacial del ingreso inicial	0,0246*** (0,0025)
Rezago espacial de la tasa de crecimiento	0,7093*** (0,0631)
Participación del capital físico	0,0026** (0,0014)
Participación del capital humano	0,0047*** (0,0013)
Rezago espacial de la participación del capital físico	-0,0031 (0,0027)
Rezago espacial de la participación del capital humano	-0,0075*** (0,0631)
Prueba de la hipótesis del factor común: probabilidad alguna de las alternativas en [SDM; SEM]	[1,0000; 0,0000]

*** Significativo al 99%; ** significativo al 95%; *significativo al 90%.

Fuente: Galvis y Hahn (2015).

Al llevar a cabo la interpretación de ambos efectos, los cuales se observan en el Cuadro 2, se concluye que no existe tal fenómeno de convergencia, porque el efecto directo sí muestra relación negativa entre ingreso inicial y la tasa de crecimiento, pero el efecto indirecto actúa en sentido contrario, mostrando una relación positiva. De esta manera los efectos se compensan y en el total no se puede concluir que exista convergencia condicional en el ingreso per cápita en Colombia.

CUADRO 2. EFECTOS DIRECTOS, INDIRECTOS Y TOTALES DEL INGRESO INICIAL

EFEECTO	COEFICIENTE	SIGNIFICATIVO
Directo	-0,0259	Sí
Indirecto	0,0204	Sí
Total	-0,0055	No

Fuente: Galvis y Hahn (2015).

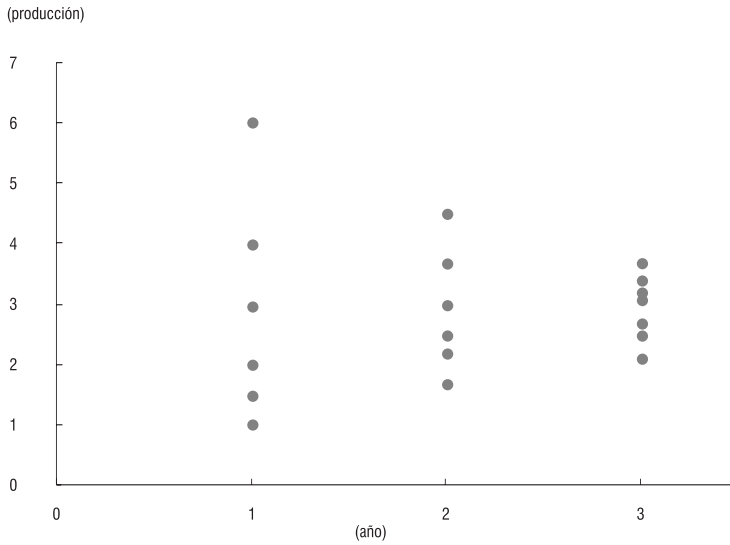
4.2 CONVERGENCIA σ

La definición de convergencia tipo σ estudia la evolución de la dispersión de la riqueza a través del tiempo. En este sentido, la convergencia sucede cuando la dispersión de la riqueza disminuye, tal como se ilustra en el Gráfico 6. Cada observación refleja la producción económica de una región en determinado momento. En este caso, se puede observar que las regiones se concentran alrededor de un mismo punto común en el último período, por lo que el análisis de convergencia σ permitiría concluir que existe evidencia de convergencia. Esto se puede realizar usando diferentes medidas de dispersión, por ejemplo la desviación estándar, el coeficiente de Gini y el índice de Theil, entre otros.

Para medir la dispersión de la riqueza se han utilizado muchos tipos de indicadores. A continuación, se presentan algunas de las medidas utilizadas por la literatura, aplicadas al caso de los departamentos colombianos. El Gráfico 7 contiene tres indicadores de dispersión del PIB per cápita departamental entre los años 1995 y 2016. Los indicadores utilizados son la desviación estándar, el coeficiente de variación y la división entre el valor departamental máximo y mínimo para cada año, que se presentan normalizados, utilizando el valor del período inicial como año base para una mayor facilidad en la interpretación.

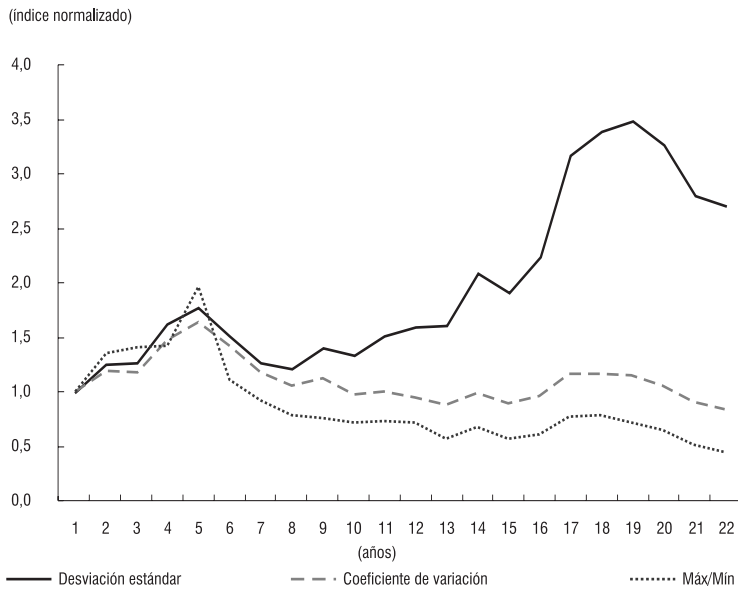
Se pueden observar tendencias diferentes de acuerdo al tipo de medida de dispersión que se utilice. Véase, por ejemplo, la desviación estándar, que muestra un incremento sustancial en la dispersión desde el año 2006, mientras

GRÁFICO 6. EJEMPLO GRÁFICO DE CONVERGENCIA σ



Fuente: elaboración de los autores.

GRÁFICO 7. ANÁLISIS DEPARTAMENTAL DE CONVERGENCIA σ POR TIPO DE INDICADOR, 1995-2016



Fuente: DANE; cálculos de los autores.

que el coeficiente de variación no muestra tal efecto. En general, los resultados del análisis σ dependerán del indicador utilizado. A veces es posible encontrar algunas similitudes; por ejemplo, a finales de la década de 1990 se observa un incremento en la dispersión, mientras que en la primera mitad de la década de los años 2000 la dispersión fue relativamente estable. Sin embargo, a partir de ahí se observan tendencias diferentes. Concluir que hay o no evidencia de convergencia usando este enfoque puede generar, entonces, resultados mixtos.

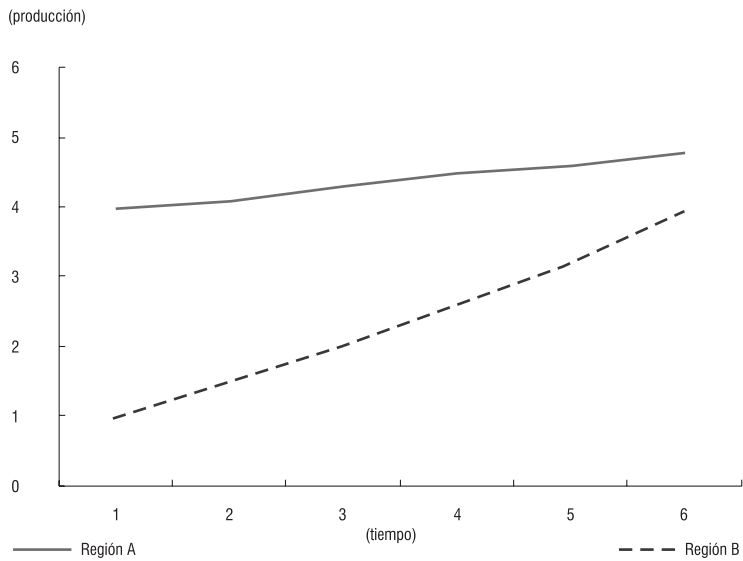
4.3 SERIES DE TIEMPO

Como se argumentó en la revisión de literatura, las dos definiciones anteriores fueron las primeras en implementarse para estudiar empíricamente la existencia de convergencia regional. No obstante, las críticas que algunos economistas dirigieron contra su implementación dieron origen a otras aproximaciones metodológicas. La tercera definición que se utilizará consiste en estudiar la convergencia entre regiones utilizando conceptos provenientes del análisis de series de tiempo. En general, este tipo de aproximación tiene como objetivo medir la brecha que existe entre dos regiones en el tiempo, y si dicha brecha se cierra o no. Al concentrarse en una brecha regional, el análisis se realiza siempre por pares de regiones. Esto hace que el método difiera considerablemente de las anteriores definiciones, donde se incluían todas las regiones de manera simultánea. A modo de ejemplo, el Gráfico 8 presenta dos posibles escenarios usando la definición de convergencia con series de tiempo. Mientras que en el panel A se cierra la distancia entre las dos regiones, en el panel B se mantiene.

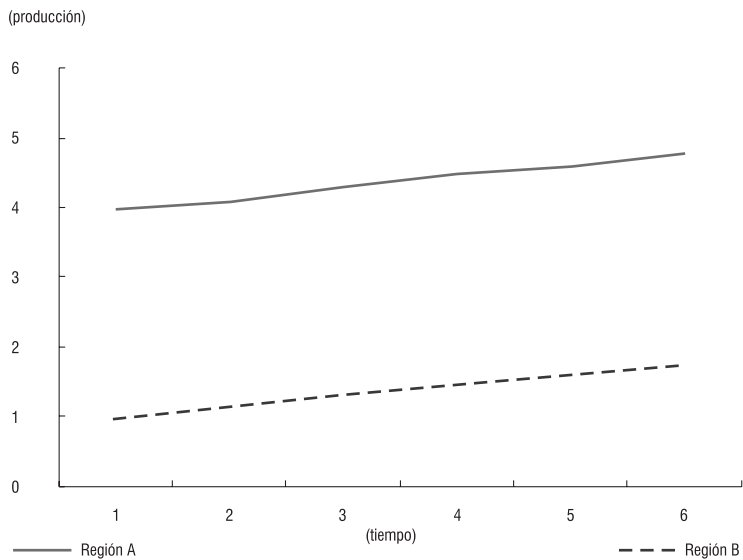
El Gráfico 9 presenta la razón del PIB per cápita a precios constantes entre cada departamento y Bogotá, excluyendo a los nuevos departamentos, entre 1995 y 2016. Es posible hacer las siguientes observaciones. La primera es que la gran mayoría de regiones han mantenido la misma relación los últimos veinte años entre su producción per cápita y la de Bogotá, lo cual muestra poco dinamismo económico regional. Solo se observan dos cambios importantes, que hacen referencia a los departamentos de Meta y Santander. La primera es una región con recursos mineros, donde la explotación de hidrocarburos en la primera década de los años 2000 generó un incremento en la producción económica con relación a Bogotá; diferencia que, sin embargo, se ha reducido en los últimos años. Y Santander es un departamento que tiene un sector industrial muy importante, debido a la presencia de la refinería de petróleo, cuyo funcionamiento es responsable del aumento relativo en la producción de esta región en comparación con Bogotá desde comienzos de los años 2000.

GRÁFICO 8. DEFINICIÓN DE CONVERGENCIA CON SERIES DE TIEMPO

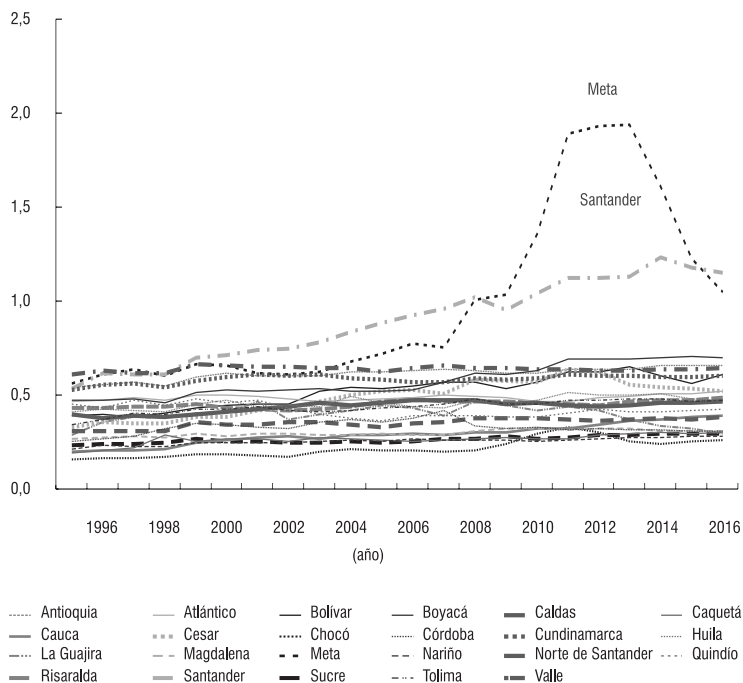
A. CONVERGENCIA



B. NO CONVERGENCIA



Fuente: elaboración de los autores.

GRÁFICO 9. RAZÓN DEL PIB PER CÁPITA CON BOGOTÁ DESDE 1995, POR DEPARTAMENTO

Fuente: DANE; cálculos de los autores.

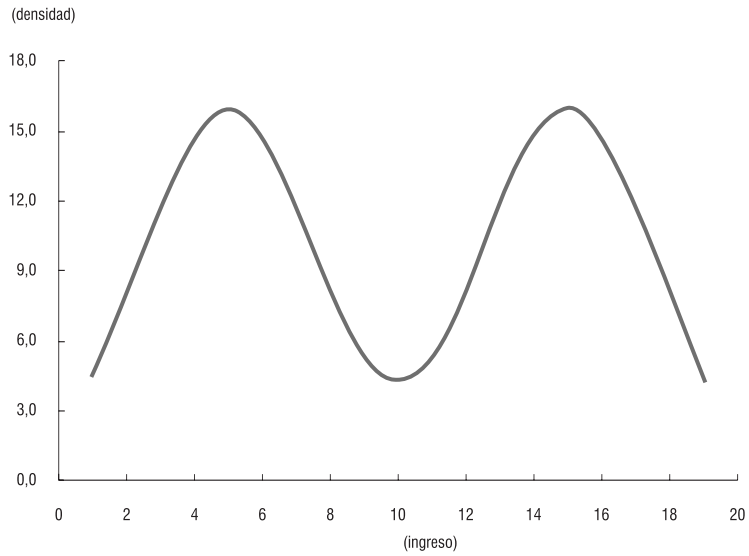
4.4 DINÁMICA DE LA DISTRIBUCIÓN

El último enfoque que se presenta para estudiar convergencia regional es el propuesto por Quah (1993), que sigue la dinámica de la distribución regional de riqueza en el tiempo. A continuación, el Gráfico 10 presenta el ejemplo de un escenario que evidencia convergencia bajo este enfoque. El panel A contiene una estimación de la distribución de la riqueza para un período inicial, mientras que el panel B incluye la misma estimación realizada en un momento posterior. Se observa que la riqueza ha tendido a concentrarse en el tiempo, por lo cual bajo esta definición se afirmaría que hay evidencia de convergencia.

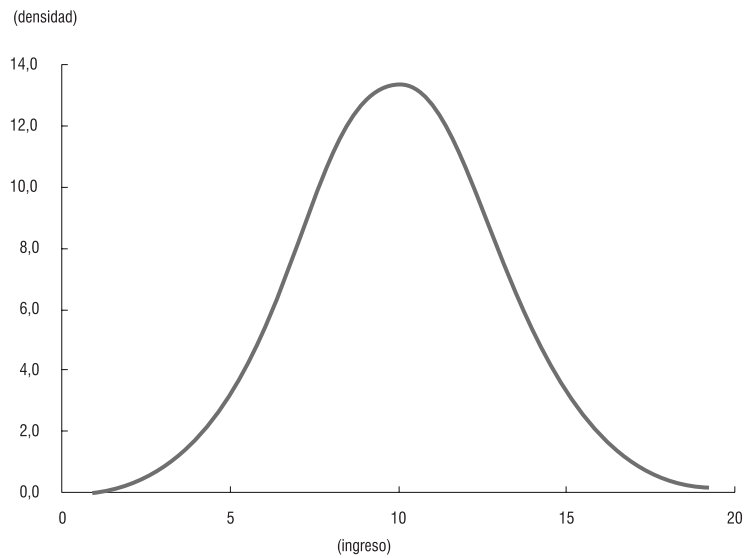
Así como con las definiciones anteriores, a continuación, se aplica esta metodología para los departamentos colombianos en dos momentos: para los años 1995 y 2016. Ambas distribuciones se presentan en el Gráfico 11. Se observa que la distribución de la riqueza departamental ha sufrido pocos

GRÁFICO 10. EJEMPLO GRÁFICO DE CONVERGENCIA BAJO EL ENFOQUE DE LA DISTRIBUCIÓN

A. DISTRIBUCIÓN INICIAL



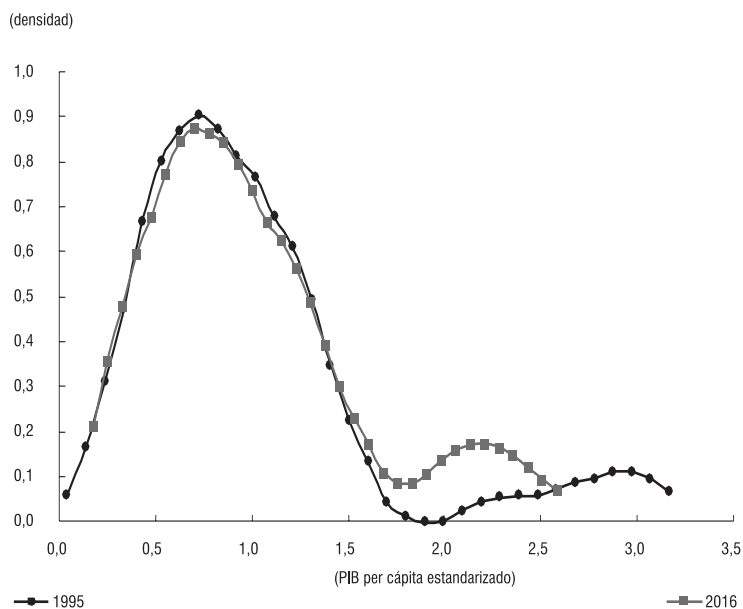
B. DISTRIBUCIÓN FINAL



Fuente: elaboración de los autores.

cambios en las últimas décadas, lo cual significa que Colombia presenta persistencia en su distribución.

GRÁFICO 11. DISTRIBUCIÓN DEL PIB PER CÁPITA DEPARTAMENTAL EN 2000 Y 2016



Fuente: DANE, cálculos de los autores.

5. ¿HABRÁ CONVERGENCIA?

En esta sección se presenta un ejercicio numérico que ilustra las condiciones necesarias para que en un futuro haya convergencia entre algunas de las regiones del país. Para que esto suceda, se requiere que las regiones rezagadas crezcan a un ritmo más acelerado que las regiones prósperas durante cierto período de tiempo. En ese sentido, entre mayor sea la brecha inicial entre las regiones, más aceleradamente deberían crecer las que se encuentran rezagadas para poder alcanzar a las ricas, lo cual significa que debe haber un diferencial permanente entre las tasas de crecimiento de ambas regiones.

El cálculo del diferencial de tasas entre regiones convergentes se describe en el Anexo. Este procedimiento se aplica para las trece principales ciudades del país, utilizando como referencia a Bogotá. Se encuentran los diferenciales de tasas necesarios para que se cierre la brecha entre cada ciudad y la capital

usando tres horizontes de tiempo (n): diez, veinte y cincuenta años. Los valores de producción inicial (P_0 y R_0) se obtienen del valor agregado municipal estimado por el DANE para el 2015 y se dividen por la población de la ciudad. El Cuadro 3 presenta los resultados en pp para cada uno de los tres horizontes. De esta forma, los resultados se interpretan de la siguiente manera: para que Barranquilla converja en su producción per cápita con Bogotá en los próximos diez años debe crecer 3,7 pp por encima del crecimiento promedio que se observe en Bogotá durante ese mismo período; así, si Bogotá crece al 2% anual en promedio durante los próximos diez años, Barranquilla debe crecer al 5,7% para alcanzarla en ese tiempo.

Nótese que la mayoría de las ciudades debe crecer más de 1 pp por encima de Bogotá de forma permanente durante los próximos cincuenta años para alcanzar su misma producción per cápita. Esta es una condición exigente, si se compara con las últimas cifras de actividad económica municipal reportadas por el DANE. Entre 2014 y 2015 la única de las trece ciudades mencionadas que logró crecer más de 1 pp en términos per cápita por encima de Bogotá fue Barranquilla. De las otras, solo Manizales y Pereira crecieron más que la capital, mientras que las diez restantes crecieron a un ritmo menor. De esta forma, es posible pensar que será poco probable observar en un futuro cercano ciudades con producciones per cápita similares a las de la capital, dada la magnitud de la brecha que presentan en la actualidad.

CUADRO 3. DIFERENCIALES DE CRECIMIENTO (PP) NECESARIOS PARA CONVERGER CON BOGOTÁ POR HORIZONTE DE TIEMPO DE LAS TRECE PRINCIPALES CIUDADES

CIUDAD	Años		
	10	20	50
Barranquilla	3,7	1,8	0,7
Bucaramanga	(0,5)	(0,3)	(0,1)
Cali	5,3	2,6	1
Cartagena	2,9	1,5	0,6
Cúcuta	8,4	4,1	1,6
Ibagué	7	3,4	1,4
Manizales	6	2,9	1,2
Medellín	2,8	1,4	0,5
Montería	10	4,9	1,9
Pasto	8,3	4,1	1,6
Pereira	5,8	2,9	1,1
Villavicencio	5,9	2,9	1,2

Fuente: DANE; cálculos de los autores.

6. CONCLUSIONES

En este capítulo se realizó un balance sobre los estudios de convergencia regional en el país, diferenciando el enfoque metodológico utilizado en los diversos trabajos. Luego se explicaron y aplicaron los cuatro enfoques para el caso colombiano, empleando cifras del ingreso departamental de los últimos veinte años.

Es interesante resaltar que, así como se observa en la literatura previa, los resultados de los ejercicios empíricos son mixtos. En este sentido, mientras que la aplicación de convergencia bajo el enfoque tipo beta puede arrojar un resultado, el estudio de la distribución puede generar una conclusión diferente; más aún, dentro del mismo método pueden observarse resultados que difícilmente son concluyentes, como es el caso de la convergencia sigma. Esta variedad en los métodos disponibles para estudiar la convergencia regional ha influenciado el debate académico, y a veces político, que se ha dado en el país en los últimos veinte años.

A pesar de lo anterior, en este capítulo resaltamos que los últimos métodos propuestos por la literatura, dadas las falencias de los métodos anteriores, suelen presentar un mayor consenso para el caso colombiano. En particular, los estudios que se enfocan en estimar la distribución regional de la riqueza y su evolución en el tiempo suelen afirmar que Colombia no es un caso de convergencia regional, al menos en términos económicos. Este resultado fue el mismo que presentamos en el ejercicio ilustrativo aquí realizado.

Para que haya convergencia en un futuro es necesario que las regiones rezagadas mantengan tasas de crecimiento superiores a las observadas en las regiones prósperas durante largos períodos. Como las diferencias actuales en la producción per cápita son tan altas, es poco probable que las regiones colombianas más rezagadas logren en un horizonte próximo producciones económicas cercanas a aquellas que se observan en las regiones prósperas.

REFERENCIAS

- Acevedo, S. (2003). “Convergencia y crecimiento económico en Colombia 1980-2000”, *Ecos de Economía*, vol. 7, núm. 17, pp. 51-78.
- Aguirre, K. (2005). “Convergencia en indicadores sociales en Colombia. Una aproximación desde los enfoques tradicional y no paramétrico”, *Desarrollo y Sociedad*, vol. 56.
- Ardila, L. (2004). “Gasto público y convergencia regional en Colombia”, *Revista ESPE*, vol. 45, pp. 222-268.

- Barón, J. (2002). “La inflación en las ciudades de Colombia: una evaluación de la paridad del poder adquisitivo”, *Documentos de Trabajo sobre Economía Regional*, núm. 31, Banco de la República.
- Bernard, A.; Durlauf, S. (1995). “Convergence in international output”, *Journal of applied econometrics*, vol. 10, núm. 2, pp. 97-108.
- Bernard, A.; Durlauf, S. (1996). “Interpreting Tests of the Convergence Hypothesis”, *Journal of Econometrics*, vol. 71, núm. 1-2, pp. 161-173.
- Binder, M.; Pesaran, H. (1999). “Stochastic growth models and their econometric implications”, *Journal of Economic Growth*, vol. 4, núm. 2, pp. 139-183.
- Birchenall, J.; Murcia, G. (1997). “Convergencia regional: una revisión del caso colombiano”, Departamento Nacional de Planeación.
- Bonet, J.; Meisel, A. (1999). “La convergencia regional en Colombia: una visión de largo plazo, 1926-1995”, *Documentos de Trabajo sobre Economía Regional*, núm. 8, Banco de la República.
- Bonet, J.; Meisel, A. (2006). “Polarización del ingreso per cápita departamental en Colombia, 1975-2000”, *Documentos de Trabajo sobre Economía Regional*, núm. 76, Banco de la República.
- Branisa, B.; Cardozo, A. (2009a). “Regional Growth Convergence in Colombia using Social Indicators”, *Discussion papers*, núm. 195, Ibero America Institute for Economic Research.
- Branisa, B.; Cardozo, A. (2009b). “Revisiting the Regional Growth Convergence Debate in Colombia using Income Indicators”, *Discussion papers*, núm. 194, Ibero America Institute for Economic Research.
- Cárdenas, M.; Pontón, A.; Trujillo, J. (1993). “Convergencia y migraciones interdepartamentales en Colombia: 1950-1983”, *Coyuntura Económica*, vol. 23, núm. 1, pp. 111-137.
- Den Haan, W. (1995). “Convergence in stochastic growth models: The importance of understanding why income levels differ”, *Journal of Monetary Economics*, vol. 35, núm. 1, pp. 65-82.
- Durlauf, S.; Johnson, P. (1995). “Multiple regimes and cross-country growth behavior”, *Journal of applied econometrics*, vol. 10, núm. 4, pp. 365-384.
- Ertur, C.; Koch, W. (2007). “Growth, technological interdependence and spatial externalities: theory and evidence”, *Journal of applied econometrics*, vol. 22, núm. 6, pp. 1033-1062.
- Franco, L.; Raymond, J. (2009). “Convergencia económica regional: el caso de los departamentos colombianos”, *Ecos de Economía*, vol. 13, núm. 28.
- Galvis, L. (2002). “Integración regional de los mercados laborales en Colombia, 1984-2000”, *Documentos de Trabajo sobre Economía Regional*, núm. 27, Banco de la República.

- Galvis, L. (2010). “Comportamiento de los salarios reales en Colombia: un análisis de convergencia condicional, 1984-2009”, *Documentos de Trabajo sobre Economía Regional*, núm. 27, Banco de la República.
- Galvis, L.; Hahn, L. (2015). “Crecimiento municipal en Colombia: el papel de las externalidades espaciales, el capital humano y el capital físico”, *Documentos de Trabajo sobre Economía Regional*, núm. 216, Banco de la República.
- Galvis, L.; Meisel, A. (2001). “El crecimiento económico de las ciudades colombianas y sus determinantes, 1973-1998”, *Coyuntura Económica*, vol. 31, núm. 1, pp. 69-90.
- Galvis, L.; Meisel, A. (2012). “Convergencia y trampas espaciales de pobreza en Colombia: evidencia reciente”, *Documentos de Trabajo sobre Economía Regional*, núm. 177, Banco de la República.
- Gómez, C. (2006). “Convergencia regional en Colombia: un enfoque en los agregados monetarios y en el sector exportador”, *Ensayos sobre Economía Regional*, núm. 45.
- González, N. (2011). “¿Otra vez? Una sencilla visión de la convergencia económica en los departamentos de Colombia: 1975-2005”. Tesis de Maestría, Universidad Nacional de Colombia.
- Jaramillo, C.; Romero, C.; Nupia, O. (2000). “Integración en el mercado laboral colombiano: 1945-1998”, *Borradores de Economía*, núm. 148, Banco de la República.
- Kocherlakota, N.; Yi, K. (1995). “Can convergence regressions distinguish between exogenous and endogenous growth models?”, *Economics Letters*, vol. 49, núm. 2, pp. 211-215.
- León, G.; Benavides, H. (2015). “Inversión pública en Colombia y sus efectos sobre el crecimiento y la convergencia departamentales”, *Dimensión Empresarial*, vol. 13, núm. 1, pp. 57-72.
- León, D.; Ríos, H. (2013). “Convergencia regional en el índice de desarrollo humano en Colombia”, *Equidad y Desarrollo*, vol. 20, pp. 105-141.
- Martínez, C. (2006). “Determinantes del PIB per cápita de los departamentos colombianos 1975-2003”, *Archivos de Economía*, núm. 318.
- Meisel, A.; Vega, M. (2004). “La estatura de los colombianos: un ensayo de antropometría histórica, 1910-2002”, *Documentos de Trabajo sobre Economía Regional*, núm. 120, Banco de la República.
- Quah, D. (1993). “Galton’s Fallacy and Tests of the Convergence Hypothesis”, *The Scandinavian Journal of Economics*, pp. 427-443.
- Quah, D. (1996a). “Empirics for Economic Growth and Convergence”, *European Economic Review*, vol. 40, núm. 6, pp. 1353-1375.
- Quah, D. (1996b). “Twin Peaks: Growth and Convergence in Models of Distribution Dynamics”, *The Economic Journal*, pp. 1045-1055.

- Rocha, R.; Vivas, A. (1998). “Crecimiento regional en Colombia: ¿persiste la desigualdad?”, *Revista de Economía del Rosario*, vol. 1, pp. 67-108.
- Royuela, V.; García, G. (2015). “Economic and Social Convergence in Colombia”, *Regional Studies*, vol. 49, núm. 2, pp. 219-239.

ANEXO

A continuación, se describe el procedimiento para calcular el diferencial de tasas entre regiones convergentes. Sean P_0 y R_0 la producción inicial per cápita de la región pobre y rica respectivamente, donde $P_0 < R_0$. Después de n años, las producciones per cápita de las dos regiones serán:

$$\text{Región pobre: } P_0(1+p)^n$$

$$\text{Región rica: } R_0(1+r)^n$$

donde p y r representan las tasas de crecimiento anual promedio de cada una. Para que haya convergencia, ambos valores después de n años deben igualarse:

$$P_0(1+p)^n = R_0(1+r)^n$$

Aplicando logaritmo natural a ambos lados y despejando, se obtiene la siguiente relación:

$$\frac{1}{n} \ln\left(\frac{R_0}{P_0}\right) = \ln(1+p) - \ln(1+r)$$

Para llegar al diferencial de las tasas de crecimiento se utiliza la siguiente aproximación lineal:

$$\text{Cuando } x \approx 0 \rightarrow \ln(1+x) \approx x$$

Utilizando dicha aproximación es posible reescribir la anterior ecuación como:

$$\frac{1}{n} \ln\left(\frac{R_0}{P_0}\right) = p - r$$

donde $p - r$ es la diferencia en la tasa de crecimiento entre la región pobre y rica necesaria para que ambas tengan la misma producción per cápita.

LAS FINANZAS PÚBLICAS TERRITORIALES EN COLOMBIA: DOS DÉCADAS DE CAMBIOS

Jaime Bonet Morón
Gerson Pérez Valbuena
Jorge Luis Montero Mestre

Los autores son: gerente del Banco de la República en Cartagena, economista del Centro de Estudios Económicos Regionales (CEER) del Banco de la República, y estudiante en práctica del CEER, respectivamente.

1. INTRODUCCIÓN

Las finanzas de las entidades territoriales en Colombia están estrechamente ligadas a la evolución de los procesos de descentralización que se iniciaron a mediados de los años ochenta. Desde su concepción, el principal objetivo fue mejorar la situación de las finanzas y la autonomía de las entidades territoriales mediante el fortalecimiento de los recursos propios y las transferencias del Gobierno central. Aunque han sido múltiples las medidas a través de las cuales se ha buscado profundizar el proceso de descentralización, lo cierto es que el país está aún lejos de alcanzar un estado óptimo, aquel en el que se logre un equilibrio de todas las dimensiones que les permitan a los gobiernos subnacionales contar con mayor autonomía y tener los recursos necesarios para ofrecer a sus habitantes mejor calidad de vida, con menor pobreza y mayor equidad.

En la literatura han sido múltiples los argumentos presentados a favor y en contra de la descentralización. Entre los primeros, el principal es que se logra acercar el gobierno a los locales, como mecanismo para conocer mejor las necesidades y buscar una más eficiente focalización de las inversiones sociales (Oates, 1999). De la misma forma, pero desde una perspectiva macro, se ha señalado el aprendizaje acumulado que municipios y departamentos logran en el manejo de sus finanzas y provisión de bienes públicos, y las externalidades positivas que generan en el crecimiento económico de largo plazo (Asatryan, 2010; Blöchliger, 2013). Sobre este último aspecto, Lozano y Julio (2016) encontraron para Colombia evidencias de la relación positiva entre la descentralización y el crecimiento económico durante las dos últimas décadas en todas las regiones del país.

Por otro lado, se encuentran los argumentos que relacionan los procesos descentralizadores con externalidades negativas. Entre los más populares está la pereza fiscal que traería el aumento de las transferencias del Gobierno central, así como la mayor dependencia de estas en la estructura financiera de los gobiernos locales; el aumento desbordado del gasto público, del endeudamiento y del déficit y, como causa o consecuencia, mayor corrupción (Fisman y Gatti, 2002; Bardhan y Mookherjee, 2005). Stein (1998) argumenta además que el Gobierno central, por razones de economías de escala, podría

ser más eficiente que los gobiernos subnacionales en la producción y provisión de bienes públicos. Bird (2000) hace referencia a las evidencias acerca de la mayor prudencia y eficiencia en el uso de los recursos por parte de los gobiernos subnacionales, cuando estos provienen de fuentes propias, en contraste a cuando las reciben del Gobierno central a través de transferencias. Por el lado del capital humano, hay quienes argumentan también que las entidades territoriales estarían en clara desventaja frente al Gobierno central por no contar con el mayor y mejor capital humano posible (Iimi, 2005).

El objetivo de este capítulo es presentar un panorama de las finanzas de las entidades territoriales durante las dos últimas décadas. A través de este análisis será posible observar los cambios generados a partir de las diferentes reformas, en particular de las transferencias y regalías, en las cuentas financieras de municipios y departamentos¹. Además, este estudio no se limita únicamente a la evolución de las cuentas agregadas de estas entidades territoriales, sino que, en reconocimiento a las significativas disparidades regionales, se presentan los resultados de los principales indicadores para cada región. Cada una de ellas tiene una base económica y una capacidad de generar ingresos propios diferentes, lo que es determinante de una realidad socioeconómica distinta para sus habitantes.

Los retos de los gobiernos subnacionales en la búsqueda de un mayor fortalecimiento y mayor autonomía continuarán en las próximas décadas. Ejemplo de ello son los cambios que se están dando con la creación de las Regiones Autónomas de Planificación (RAP) que, posteriormente, llevarían a la creación de la Región Entidad Territorial (RET). Mediante estos organismos los gobiernos subnacionales estarían buscando el camino hacia la profundización de la descentralización en el país, ya que contemplaría la transmisión de competencias y recursos a estas nuevas entidades. Bajo el nuevo esquema, las RET tendrían la facultad de ejecutar, además de las políticas públicas regionales, las de del orden nacional que se le asignen. Para cumplir con las competencias impuestas, los recursos los obtendrían primero de las transferencias regulares que viene haciendo la Nación y, luego, cuando logren alcanzar la autonomía recaudatoria, con rentas propias y participaciones.

¹ El Anexo 1 presenta un resumen con los principales cambios que se han dado en las transferencias (panel A) y en las regalías (panel B). En el primer caso se observa el paso y los cambios de las dos bolsas de recursos, situado fiscal y participaciones municipales, a una sola agrupada por medio del Sistema General de Participaciones. En el caso de las regalías se presentan los cambios y normas reglamentarias de los organismos a través de los cuales se han administrado los recursos por la explotación de minerales e hidrocarburos: el Estatuto Minero, el Fondo Nacional de Regalías y el actual Sistema General de Regalías.

A fin de que todo lo anterior prospere se tienen que dar los requisitos que contempla la ley. Como es de esperarse, hay quienes están a favor y en contra de estas iniciativas, pero lo importante de considerar es que se prevén vientos de cambio por parte de las entidades territoriales en búsqueda de mayor autonomía. Lo deseable es que si esto ocurre, en el menor tiempo posible estos nuevos organismos territoriales logren autonomía también en la obtención de rentas con las cuales llevar a cabo inversiones que mejoren la calidad de vida de sus habitantes y se reduzca la desigualdad, fin último que busca un proceso descentralizador.

Este capítulo se divide en cinco secciones. En la segunda se presenta una revisión de algunos de los trabajos que han marcado las etapas de evolución de la literatura sobre las finanzas territoriales. En la tercera sección se realiza una descripción de las principales cuentas de los gobiernos subnacionales, así como su evolución en las dos últimas décadas, para el agregado de los gobiernos subnacionales y por regiones. En la cuarta se muestran y analizan los resultados del cálculo de los principales indicadores de ahorro, ingreso y gasto de los gobiernos municipales y departamentales. En la última sección, se presentan los comentarios finales.

2. REVISIÓN DE LITERATURA

Esta sección tiene el propósito de hacer un recorrido a lo largo de los trabajos de mayor influencia en la literatura sobre finanzas públicas en las dos últimas décadas en Colombia. Es importante considerar que los temas y la forma de abordarlos han evolucionado con la coyuntura nacional y las reformas económicas que se han llevado a cabo durante este período.

A mediados de los años noventa los asuntos macroeconómicos estaban a la orden del día, y esto se reflejó en que gran parte de los estudios sobre las finanzas públicas, nacionales y territoriales, se discutieran alrededor del crecimiento y el desempeño de la economía como un todo. Luego de los inicios de la descentralización económica a principios de los años noventa, este sería uno de los asuntos más examinados desde una variedad de perspectivas. Algunos de los trabajos que iniciaron en la época el análisis del proceso de descentralización desde la óptica macro fueron los de Junguito *et al.* (1995), Ferreira y Valenzuela (1993), Ocampo (1995), Weisner (1992, 1995), Ruiz y Tenjo (1987) y Lozano (2001), este último contribuyendo con una comparación entre las implicaciones de la reforma de principios de los ochenta con la que había ocurrido a finales de los años sesenta. Todos ellos, de una u otra manera y desde distintas perspectivas, buscaban determinar las consecuencias de la descentralización en la estabilidad macroeconómica.

Uno de los estudios más recientes acerca de la relación entre descentralización y crecimiento económico, abarcando las dos últimas décadas, es el de Lozano y Julio (2016), quienes encuentran un efecto positivo de la descentralización sobre el crecimiento económico. Para el caso de América Latina, Pinilla *et al.* (2016), al analizar el volumen de producción en diecisiete países, encontraron resultados similares de efecto positivo y a largo plazo de la descentralización fiscal sobre el crecimiento económico.

A finales de la década de los noventa, ante la amenaza de problemas de sostenibilidad de las finanzas públicas territoriales, otro grupo de investigaciones se centró en indagar las implicaciones en varios campos, uno de ellos el bienestar y la distribución del ingreso a través de los cambios en el gasto social (Fainboim *et al.*, 1997a, 1997b; Clavijo, 1998; Pening, 2003; Acosta y Bird, 2005). Más recientemente, y para un amplio número de países, Sepúlveda y Martínez (2011) encuentran que la descentralización ha tenido efectos positivos reflejados en reducciones en los indicadores de pobreza y desigualdad. Para el caso de América Latina en particular, Aghón y Edling (1997) abarcan algunos de los tópicos más relevantes de la descentralización en ese momento y analizan sus implicaciones en aspectos como la política macroeconómica, los efectos redistributivos y las competencias de las entidades territoriales.

La asignación de recursos y los incentivos que genera la nueva legislación para los mandatarios locales, así como la interrelación entre estos y el Gobierno central, fue también objeto de varios análisis (Alesina *et al.*, 2005; Iregui *et al.*, 2001). Derivadas de los mismos hechos, se percibía con preocupación las consecuencias que tendrían los incentivos generados por las reformas a la descentralización con los hechos de corrupción por parte de las autoridades locales de los gobiernos subnacionales (González, 2001), y surgía la pregunta de si estos podrían generar disparidades regionales (Bonet, 2006). Sobre esto último, los resultados muestran para los departamentos del país pocas evidencias de convergencia en los indicadores de calidad de vida, a pesar de llevar más de una década de descentralización fiscal.

A medida que las reformas enfocadas en profundizar el proceso de descentralización en el país han venido madurando, también lo ha hecho el enfoque de las preguntas acerca de su nexos con la realidad nacional. Uno de los aspectos que ha ido en paralelo a estas reformas es el conflicto armado y su relación con la gobernabilidad, tal como lo muestran Rodríguez (2009), Borrero (2004) y Pedraza (2012). Estos autores coinciden en que el conflicto ha sido un fenómeno que sin duda ha afectado la efectividad de los gobiernos subnacionales en la provisión de servicios básicos y que, a la vez, ha ido en detrimento de la soberanía local, no solo en lo político, sino en lo fiscal. Por su parte Bonet (2007c) encuentra que, durante el proceso de maduración de la descentralización, se han

identificado desigualdades en los ingresos fiscales de los gobiernos subnacionales que los lleva a prestar servicios en condiciones diferenciales y que, adicionalmente, estas no logran corregirse con el sistema de transferencias actual.

El otro eje central para las finanzas de las entidades territoriales ha sido el capital proveniente de la explotación de los recursos naturales no renovables. Aunque se llevaron a cabo algunos estudios previos al auge minero-energético que inició en 2002, este marcó un punto de inflexión en el número de investigaciones sobre el tema de regalías. Los primeros estudios se centraron en la política petrolera (Caballero, 1999), la relación entre regalías, el desarrollo local y las disparidades regionales (Perry y Olivera, 2009; Cuéllar y Castellanos, 2011), el impacto de las regalías en las entidades territoriales (Benavides *et al.*, 2000; Hernández, 2004) y, para el caso específico del Casanare se analizó el crecimiento económico y la competitividad regional (Gaviria y Zapata, 2002; Sánchez *et al.*, 2005a) y la relación con la mayor afluencia de recursos de esta fuente en el conflicto armado (Pearce, 2005).

La siguiente etapa la determina la reforma del 2012, a través de la cual se crea el Sistema General de Regalías (SGR), que define la participación de todos los territorios sobre estos recursos sin importar si son productores o conductores de minerales o hidrocarburos. Si bien al inicio de este nuevo esquema el análisis estaba centrado en la administración de los recursos (Pachón *et al.*, 2013) y en la evaluación de resultados (Hernández y Herrera, 2015), la disponibilidad de información hizo que posteriormente las investigaciones se movieran a estudiar los efectos de la reforma sobre múltiples aspectos sociales y económicos de los territorios (Bonet y Urrego, 2014; Bonet *et al.*, 2014; Guzmán y Estrada, 2016). Por su parte, instituciones como el Departamento Nacional de Planeación (DNP) y la Contraloría General de la República (CGR) se centraron en presentar informes sobre los resultados del análisis de monitoreo, seguimiento y control.

Transversal a los dos tipos de recursos recibidos por los gobiernos subnacionales del Gobierno central, transferencias y regalías, se ha querido establecer la posible existencia de pereza fiscal, definida como aquel fenómeno en el que a causa del aumento de las transferencias del Gobierno central las entidades territoriales tienden a reducir sus ingresos tributarios. Entre quienes afirman que no hay evidencias de este fenómeno están Sánchez *et al.* (1994), Zapata *et al.* (2001), Cadena (2002), Zapata (2010, 2016) y, más recientemente Bonet *et al.* (2017). Estos autores llegan a esta conclusión utilizando períodos y metodologías diferentes. Sin embargo, advierten que para evitar la presencia de pereza fiscal en las entidades territoriales es necesario realizar reformas administrativas, diferenciales por tipo de municipio, enfocadas en fortalecer la hacienda de los gobiernos subnacionales. Por otro lado, Ramírez

y Bedoya (2014) y Martínez (2017) encontraron evidencias de pereza fiscal, y coinciden en que son los recursos de regalías los que parecen estar incentivando la reducción en los ingresos tributarios de municipios y departamentos.

Por regiones, la Caribe es tal vez en la que más estudios relacionados con las finanzas públicas territoriales se han llevado a cabo. Parte de la razón es el significativo número de centros de investigación que han dedicado tiempo y recursos al análisis de la situación financiera de las entidades territoriales. Esto es de particular importancia en la región Caribe si se tiene en cuenta la alta dependencia de las transferencias y la significativa producción minero-energética a lo largo de su territorio.

Al interior de la región, Bolívar es el departamento objeto del mayor número de estudios sobre finanzas públicas distintos a regalías (Montenegro *et al.*, 1996; Aguilera, 1999; Fundesarrollo, 2005; López *et al.*, 2007; Toro y Doria, 2007; Espinosa, 2011; Bonet, 2008; Banco Mundial, 2009; Espinosa y Campos, 2013; Meisel y Aguilera, 2017; Bonet y Reina, 2015), seguido por Atlántico (Montenegro y Vargas, 2001; Otero, 2011; Fundesarrollo, (2011, 2012); Restrepo y Chacón, 2015b), San Andrés (Yabrudy, 2017) y Cesar (Bonet y Ayala, 2017).

En el caso particular de estudios relacionados con los recursos provenientes de la explotación de recursos naturales no renovables, el departamento más estudiado ha sido Cesar (CGR, 2004; Sánchez *et al.*, 2005b; Gamarra, 2005; Bonet, 2007a; Hernández, 2007; Bonet, 2007b; Viloría, 2009), seguido por La Guajira (Fontalvo y Mejía, 2001; Viloría, 2002; Aguilera, 2003; Meisel, 2007), Córdoba (Viloría, 2004, 2009), Sucre (CGR, 1999; Viloría, 2002) y Magdalena (Meisel, 2004).

En estos se muestran el estado y la evolución de las finanzas públicas de los departamentos y municipios y su relación con los indicadores socioeconómicos de la población. Los estudios ofrecen resultados importantes. El primero es que la pobreza y la pobreza extrema se han reducido significativamente a lo largo de las dos últimas décadas, aunque la desigualdad ha permanecido casi inalterada, al igual que los altos niveles de informalidad. El segundo es que gran parte de los resultados positivos se debe al proceso de descentralización, en particular a las transferencias condicionadas a los sectores de educación, salud y saneamiento básico. El tercero es que, si bien la región ha recibido una gran cantidad de recursos por concepto de regalías, estos no se han visto reflejados en desarrollo de la infraestructura básica y menos en el mejoramiento del bienestar y calidad de vida de los habitantes. Sumado a todo lo anterior, la brecha en los indicadores socioeconómicos entre la región y el resto del país no ha logrado reducirse.

Adicional a los esfuerzos realizados por los centros de pensamiento, se quiere destacar el significativo y creciente papel de organismos estatales y privados, que han ido más allá de la simple elaboración de indicadores. Algunos

de ellos son el DNP, la Dirección General de Apoyo Fiscal (DAF) del Ministerio de Hacienda, la CGR, la Asociación Nacional de Instituciones Financieras (ANIF), la Financiera de Desarrollo Territorial (Findeter), el Fondo Financiero de Proyectos de Desarrollo (Fonade), el Banco de la República, Fedesarrollo, las universidades, y los proyectos de “Ciudades, Cómo Vamos”. De igual manera, han contribuido significativamente organismos multilaterales, entre los cuales se pueden mencionar el Banco Mundial, el Banco de Desarrollo para América Latina (CAF), el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), la Organización para la Cooperación y el Desarrollo (OCDE), la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal) y el Fondo Monetario Internacional (FMI). Cada uno de ellos, desde su propia perspectiva, ha participado de forma activa en las discusiones sobre las diversas reformas, y han contribuido con análisis y proponiendo nuevos indicadores o la mejora de los existentes. Todo esto en busca del avance en la salud fiscal de las entidades territoriales.

3. UNA MIRADA HISTÓRICA A LAS CUENTAS FISCALES DE LOS GOBIERNOS SUBNACIONALES

Como se mencionó, para entender el presente y tener algún indicio acerca del futuro de las finanzas de los gobiernos locales en Colombia, es imprescindible conocer cómo han venido evolucionando sus principales indicadores en las últimas décadas. Para tal fin, en esta sección se presenta la dinámica de las principales cuentas fiscales de los gobiernos municipales y departamentales. Además, y con el propósito de determinar si existen en este contexto diferencias regionales, el mismo análisis se realiza para las regiones del país.

3.1 PANORAMA GENERAL DE LAS CUENTAS TERRITORIALES

Las cuentas de los municipios y departamentos pueden agregarse en tres grupos: los ingresos totales, los gastos totales, y el déficit o superávit corriente, que corresponde a la diferencia entre ingresos y gastos corrientes (Cuadro 1). Los ingresos están conformados por los corrientes, entre los cuales se cuentan los tributarios y no tributarios, y los de capital, conformados por las transferencias, regalías y recursos de cofinanciación. Los gastos, por su parte, tienen dos componentes: los corrientes y los de capital. Las cuentas se presentan en los agregados para cada gobierno subnacional, departamentos (panel a) y municipios (panel b). La información se puede observar para tres momentos a lo largo de dos décadas, entre 1996 y 2015. Las tres primeras columnas corresponden a los montos en cada uno de esos años, la siguiente corresponde a la variación total entre 1996 y 2015, y las dos restantes, a las tasas de crecimiento promedio en los períodos 1996-2001 y 2002-2015.

CUADRO 1. PRINCIPALES CUENTAS DE LAS ENTIDADES TERRITORIALES MONTOS EN MILLONES DE PESOS CONSTANTES (DIC.-08 = 100)

A. DEPARTAMENTOS

CUENTAS	1996	2001	2015	VARIACIÓN PORCENTUAL (1996 - 2015)	TASA DE CRECIMIENTO PROMEDIO ANUAL (1996 - 2001)	TASA DE CRECIMIENTO PROMEDIO ANUAL (2002 - 2015)
	(MILLONES DE PESOS CONSTANTES DE 2008)	(MILLONES DE PESOS CONSTANTES DE 2008)	(MILLONES DE PESOS CONSTANTES DE 2008)		(PORCENTAJE)	
1. Ingreso total	6.541.640	11.067.831	22.030.176	236,8	9,9	5,2
1.1 Ingresos corrientes	3.344.401	3.427.578	6.705.043	100,5	(0,7)	4,7
1.1.1 Ingresos tributarios	2.198.185	2.570.699	5.353.053	143,5	3,6	4,0
1.1.1.1 Cerveza	758.524	788.802	1.520.653	100,5	0,6	4,3
1.1.1.2 Licores	810.424	765.007	774.063	(4,5)	(2,2)	(0,1)
1.1.1.3 Cigarrillos y tabaco	192.361	339.215	343.793	78,7	14,7	0,6
1.1.1.4 Registro y anotación	200.878	223.306	769.668	283,2	2,5	8,0
1.1.1.5 Vehículos automotores	172.580	221.564	419.871	143,3	6,1	4,2
1.1.1.6 Sobretasa a la gasolina	-	190.074	295.627	55,5	3,7	0,8
1.1.1.7 Otros ingresos tributarios	63.419	42.732	1.229.379	1.838,5	(4,3)	10,6
1.1.2 Ingresos no tributarios	972.627	774.012	1.117.076	14,9	(7,3)	8,6
1.1.3 Transferencias corrientes	173.589	82.867	234.915	35,3	(26,8)	10,2
1.1.3.1 Del nivel nacional	142.042	74.352	135.785	(4,4)	(26,9)	6,4
1.1.3.1 Otras transferencias	31.547	8.515	99.129	214,2	(30,6)	15,6
1.2 Ingresos de capital	3.197.239	7.640.253	15.325.133	379,3	17,0	5,3
1.2.1 Transferencias	2.270.870	5.835.711	8.675.220	282,0	17,3	2,6
1.2.1.1 Del nivel nacional	2.186.337	5.732.294	8.675.220	296,8	17,6	2,8
1.2.1.2 Otras transferencias	84.533	103.417	-	-	5,8	90,0
1.2.2 Cofinanciación	-	178.962	578.364	223,2	53,3	17,0
1.2.3 Regalías	723.853	1.188.410	5.101.616	604,8	12,7	11,7
1.2.4 Otros	202.517	437.169	969.933	378,9	19,4	6,6
2. Gastos totales	6.382.672	9.993.396	24.602.472	285,5	7,4	5,4
2.1 Gastos corrientes	2.697.483	2.352.579	3.463.536	28,4	(3,1)	3,0
2.1.1 Funcionamiento	2.289.001	1.996.434	3.300.106	44,2	(2,8)	3,6
2.1.1.1 Servicios personales	899.989	1.158.324	826.730	(8,1)	0,1	2,1
2.1.1.2 Gastos generales	481.713	286.722	538.993	11,9	(10,7)	4,5
2.1.1.3 Transferencias (nómina y a entidades)	907.299	551.388	1.934.383	113,2	1,3	4,0
2.1.2 Intereses de deuda pública	408.482	356.145	163.430	(60,0)	(4,3)	(5,0)
2.1.2.1 Externa	5	6.680	125.977	2.512.590	152,4	34,2
2.1.2.2 Interna	408.477	349.465	37.453	(90,8)	(4,6)	(28,1)
2.2 Gastos de capital	3.685.188	7.640.817	21.138.936	473,6	12,3	6,0
2.2.1 Formación bruta de capital fijo	1.368.480	712.081	11.757.989	759,2	(16,5)	12,5
2.2.2 Inversión social, transferencias de capital y otros	2.316.708	6.928.736	9.380.948	304,9	20,1	2,6
3. Déficit o ahorro corriente		646.918	1.074.999		401,1	16,6

CUADRO 1. PRINCIPALES CUENTAS DE LAS ENTIDADES TERRITORIALES (CONTINUACIÓN)
MONTOS EN MILLONES DE PESOS CONSTANTES (DIC.-08 = 100)

B. MUNICIPIOS

CUENTAS	1996	2001	2015	VARIACIÓN	TASA DE	TASA DE
	(MILLONES DE PESOS CONSTANTES DE 2008)	(MILLONES DE PESOS CONSTANTES DE 2008)	(MILLONES DE PESOS CONSTANTES DE 2008)	PORCENTUAL (1996 - 2015)	CRECIMIENTO PROMEDIO ANUAL (1996 - 2001)	CRECIMIENTO PROMEDIO ANUAL (2002 - 2015)
					(PORCENTAJE)	
1. Ingreso total	12.019.266	15.495.847	49.775.514	314,1	6,4	7,6
1.1 Ingresos corrientes	6.114.337	6.502.463	19.294.709	215,6	0,4	6,9
1.1.1 Ingresos tributarios	3.703.583	4.909.156	15.572.148	320,5	5,2	8,0
1.1.1.1 Predial	1.428.634	1.648.308	5.044.612	253,1	3,6	7,8
1.1.1.2 Industria y comercio	1.699.715	1.927.593	5.809.364	241,8	2,0	7,6
1.1.1.3 Sobretasa a la gasolina	-	787.884	1.090.394	38,4	8,2	0,8
1.1.1.4 Otros ingresos	575.234	545.371	3.627.778	530,7	(6,4)	14,7
1.1.2 Ingresos no tributarios	1.654.008	978.000	2.428.742	46,8	(11,6)	3,1
1.1.3 Transferencias	756.746	615.307	1.293.819	71,0	(7,4)	5,6
1.1.3.1 Del nivel nacional	694.024	560.454	905.726	30,5	(8,6)	3,7
1.1.3.2 Otras	62.722	54.852	388.093	518,7	4,1	13,6
1.2 Ingresos de capital	5.904.929	8.993.384	30.480.805	416,2	11,5	8,1
1.2.1 Regalías	411.973	758.478	2.878.614	598,7	13,0	11,0
1.2.2 Transferencias nacionales (SGP etc.)	2.821.738	5.982.062	21.460.742	660,6	17,1	7,4
1.2.3 Cofinanciación	759.924	195.332	1.197.705	57,6	(35,2)	19,2
1.2.4 Otros ingresos de capital	1.911.295	2.057.512	4.943.745	158,7	9,8	9,2
2. Gasto total	15.468.408	16.532.747	52.522.224	239,5	3,1	7,7
2.1 Gastos corrientes	5.806.207	4.804.750	7.019.048	20,9	(2,1)	3,3
2.1.1 Gastos de funcionamiento	3.188.516	4.225.534	6.620.205	107,6	4,9	3,9
2.1.1.1 Servicios personales	1.698.876	2.078.398	2.613.722	53,9	4,4	2,6
2.1.1.2 Gastos generales	866.077	794.152	1.004.615	16,0	(0,1)	1,9
2.1.2 Transferencias pagadas (nómina y entidades)	623.564	1.352.985	3.001.868	381,4	11,2	6,2
2.1.2 Intereses de deuda pública	1.877.748	579.216	398.843	(78,8)	(18,2)	(3,2)
2.2 Gastos de capital (Inversión)	9.662.201	11.727.997	45.503.175	370,9	5,7	8,7
2.2.1 Formación bruta de capital fijo	7.732.793	3.782.972	16.148.201	108,8	(8,8)	11,7
2.2.2 Resto de inversiones	1.929.408	7.945.025	29.354.974	1.421,4	25,0	6,2
3. Déficit o ahorro corriente	308.130	1.697.713	12.275.661	3.883,9	19,0	10,5

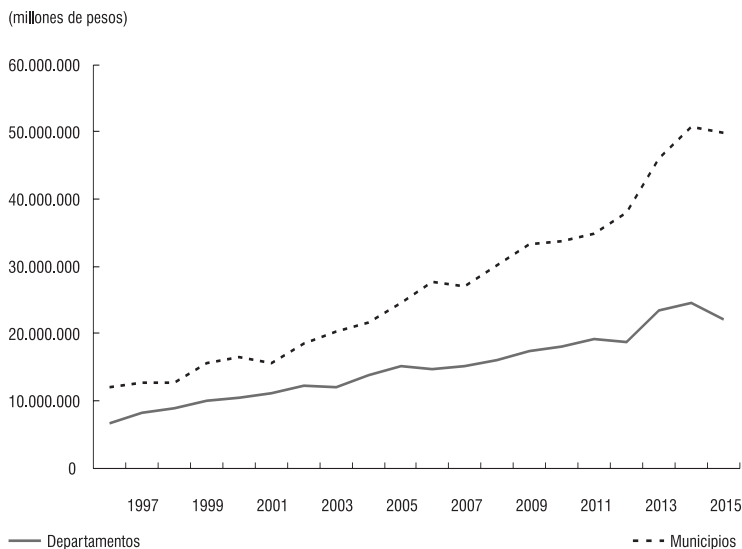
Fuente: DNP (ejecuciones presupuestales); cálculos de los autores.

Una primera observación es que durante las dos décadas anteriores los ingresos han tenido aumentos significativos (lo cual se ve reflejado en el Gráfico 1), tanto en departamentos como en municipios, principalmente gracias al crecimiento de los ingresos de capital, que corresponden a transferencias y regalías. Esto tiene sentido cuando se calcula la participación de los ingresos de capital en los ingresos totales. En el año 2015 los ingresos de capital representaban el 69,6% y el 61,2% para departamentos y municipios, respectivamente, participación que ha venido aumentando durante las últimas décadas si se tiene en cuenta que los ingresos corrientes y de capital tenían una participación proporcional a mediados de los años noventa. Todo esto significa aumento en la dependencia de las entidades territoriales del Gobierno nacional.

En términos de las tasas de crecimiento, los ingresos corrientes y de capital de los gobiernos subnacionales tienen un comportamiento consistente con los cambios en sus participaciones en el ingreso total. Esto es, que durante los dos períodos de análisis, 1995-2001 y 2002-2015, los ingresos corrientes crecieron

GRÁFICO 1. INGRESOS TOTALES, CORRIENTES Y DE CAPITAL DE LOS GOBIERNOS SUBNACIONALES
(MILLONES DE PESOS CONSTANTES DE 2008, 1996-2015)

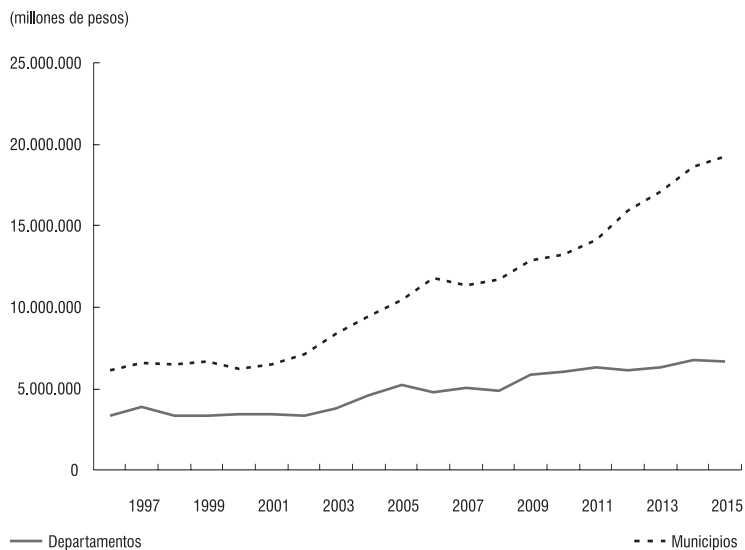
A. INGRESOS TOTALES



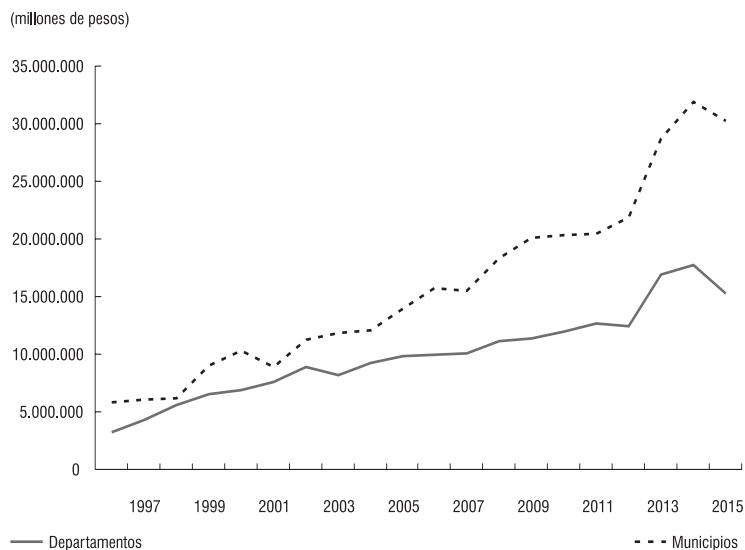
Fuente: DNP; elaboración de los autores.

GRÁFICO 1. INGRESOS TOTALES, CORRIENTES Y DE CAPITAL DE LOS GOBIERNOS SUBNACIONALES
(MILLONES DE PESOS CONSTANTES DE 2008, 1996-2015) (CONTINUACIÓN)

B. INGRESOS CORRIENTES



C. INGRESOS DE CAPITAL



Fuente: DNP; elaboración de los autores.

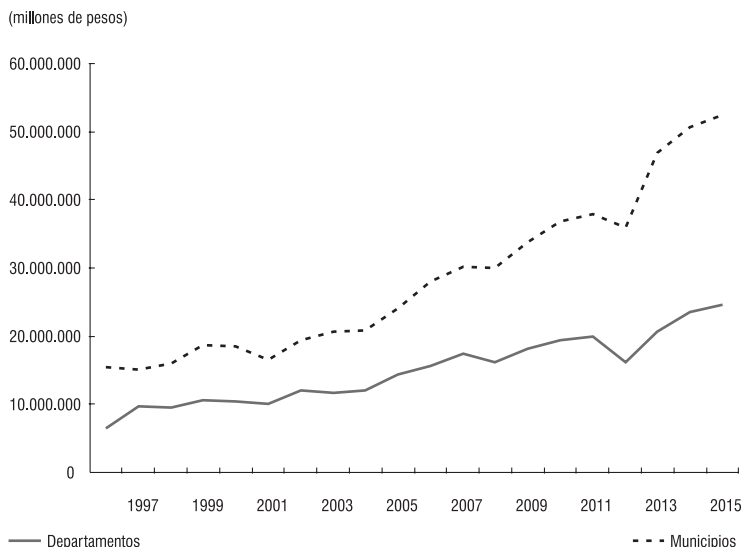
a tasas menores que los de capital, especialmente en el primer período. Este comportamiento está estrechamente relacionado con la dinámica temporal de las transferencias, ya que estas han enfrentado dos períodos de cambio importantes. El primero, a partir de la Ley 60 de 1993 con el situado fiscal y las participaciones municipales hasta 2001, cuando el monto de estos recursos se determinaba como un porcentaje de los ingresos corrientes de la Nación (ICN).

El segundo, a partir de 2002 con la creación de una sola bolsa, el Sistema General de Participaciones (SGP), donde el crecimiento de los recursos debería determinarse según el crecimiento de los cuatro años anteriores de los ICN. Sin embargo, debido a dos leyes reglamentarias (Ley 715 de 2001 y Ley 1776 de 2007), los crecimientos se determinaron transitoriamente según la inflación y algunos puntos definidos anualmente. Solo a partir de 2017 el crecimiento de las transferencias nacionales se define según lo establecido inicialmente con la creación del SGP.

Del lado de los gastos (Gráfico 2), la dinámica ha sido también positiva, en dos sentidos: primero, porque han tenido crecimientos reales durante todo

GRÁFICO 2. GASTOS TOTALES, CORRIENTES Y DE CAPITAL DE LOS GOBIERNOS SUBNACIONALES
(MILLONES DE PESOS CONSTANTES DE 2008, 1996-2015)

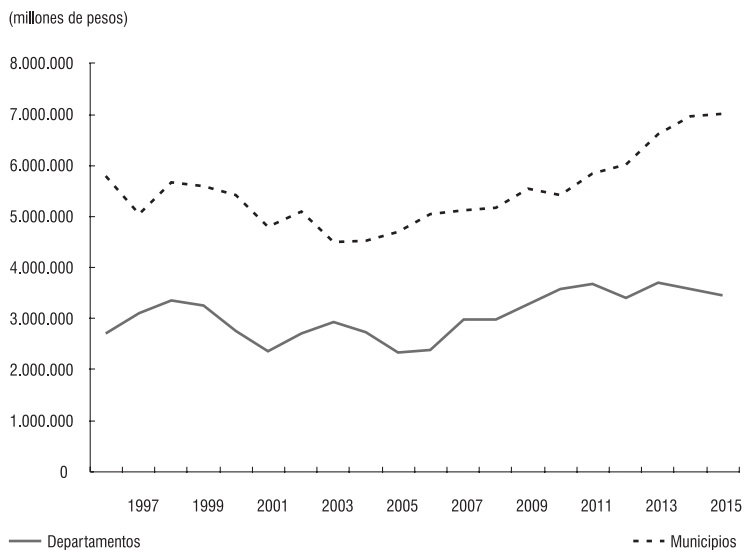
A. GASTOS TOTALES



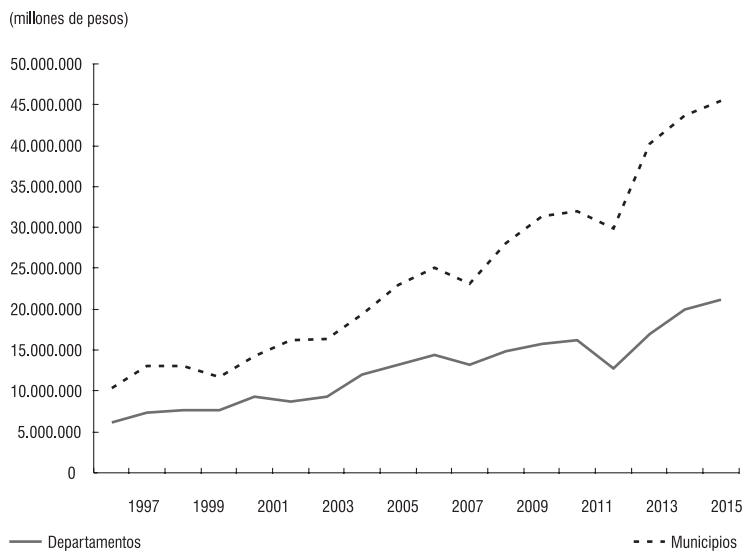
Fuente: DNP; elaboración de los autores.

GRÁFICO 2. GASTOS TOTALES, CORRIENTES Y DE CAPITAL DE LOS GOBIERNOS SUBNACIONALES
(MILLONES DE PESOS CONSTANTES DE 2008, 1996-2015) (CONTINUACIÓN)

B. GASTOS CORRIENTES



C. GASTOS DE CAPITAL



Fuente: DNP; elaboración de los autores.

el período, y segundo, porque los gastos de capital (inversiones y formación bruta de capital con una participación cercana al 85%, tanto en departamentos como en municipios) han crecido a tasas más altas que los gastos corrientes (los cuales incluyen los gastos de funcionamiento y los intereses a la deuda, con una participación cercana al 15%).

Otro indicador que no debe dejarse de lado es el que se calcula como la diferencia entre el ingreso y el gasto, bien sea corriente o total. En ambos casos, montos positivos significan excedentes adicionales que pueden ser utilizados por municipios y departamentos en el cumplimiento de los objetivos a corto, mediano y largo plazo. El Gráfico 3 presenta la evolución del déficit o ahorro corriente (panel a) y el total (panel b).

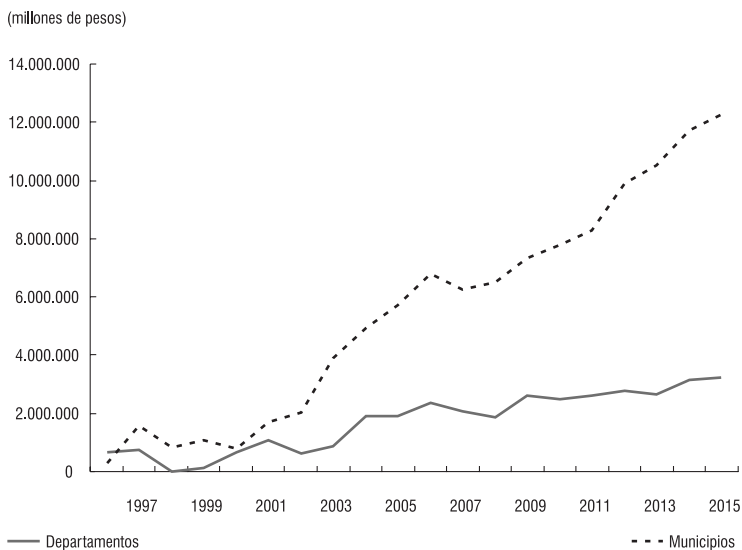
Los excedentes de recursos reflejados como ahorro corriente pueden ser utilizados para el apalancamiento de crédito o pagos de inversión. Usualmente el ahorro corriente está asociado a una mayor capacidad de los gobiernos subnacionales de realizar inversión social, tal como la provisión y mejoras en calidad de los servicios básicos que no son cubiertos por las transferencias nacionales de los gobiernos subnacionales. Por otro lado, el déficit o ahorro total permite determinar la eficiencia en la ejecución de los recursos y la capacidad de generar excedentes para el resto de proyectos de inversión.

Como se puede observar, en el caso del ahorro corriente los resultados son significativos, ya que los saldos año a año han sido positivos tanto para departamentos como para municipios, y han venido aumentando sistemáticamente. Sin embargo, es clara la brecha positiva y creciente a favor de los municipios, en especial a partir de la década del 2000, hasta alcanzar en 2015 una diferencia cercana a los ocho billones de pesos. El ahorro es sustancial para las entidades territoriales si se considera que ha crecido incluso por encima del producto nacional. En 1996 los recursos de ahorro corriente representaban cerca del 0,36% del PIB, mientras que en 2015 esta participación era cercana al 2,45%. En parte estos resultados se deben a las medidas implementadas en la década de los noventa en cuanto a la regulación fiscal de las entidades territoriales sobre controles al endeudamiento, límites al gasto y la exigencia de generar ahorros corrientes (Zapata, 2010).

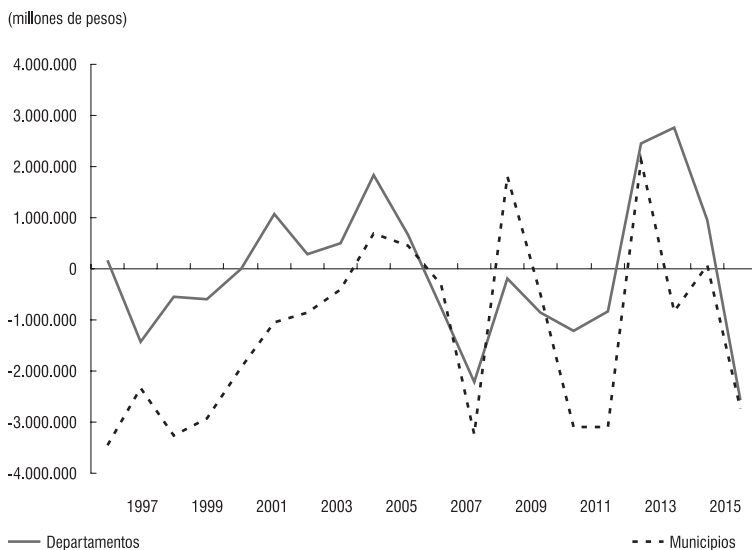
Una situación diferente se observa en el caso de déficit o superávit total, el cual inicia con un alto déficit a mediados de los años noventa, que se reduce hasta alcanzar saldos positivos y su máximo en 2004. Después de este año la situación empieza a ser más volátil, lo cual puede ser explicado en parte por la coyuntura económica nacional e internacional.

**GRÁFICO 3. DÉFICIT O SUPERÁVIT DE LOS GOBIERNOS SUBNACIONALES
(MILLONES DE PESOS CONSTANTES DE 2008, 1996-2015)**

A. DÉFICIT O SUPERÁVIT CORRIENTE



B. DÉFICIT O SUPERÁVIT TOTAL



Fuente: DNP; elaboración de los autores.

3.1.1 LAS CUENTAS TERRITORIALES EN LAS REGIONES DEL PAÍS

Los anteriores resultados permitieron tener una idea respecto a la situación general de algunas de las principales cuentas fiscales de los gobiernos subnacionales, su evolución y las diferencias entre departamentos y municipios. Sin embargo, Colombia se caracteriza por ser un país con grandes diferencias regionales (Galvis y Meisel, 2013), las cuales además han mostrado ser persistentes en el tiempo². El propósito de esta subsección es dar una mirada a las principales cuentas fiscales de cada una de las regiones y caracterizar sus diferencias y su evolución a lo largo de las dos décadas de análisis³.

Tal como se observó en el Cuadro 1 para los agregados de municipios y departamentos, los ingresos y gastos de todas las regiones presentan una tendencia creciente durante todo el período y en sus dos componentes. Los anexos 2 y 3 registran las tendencias en el tiempo para el caso de los ingresos y los gastos, respectivamente. Al realizar los cálculos de déficit o superávit corrientes y de capital se obtienen los resultados presentados en el Gráfico 4.

Lo que se puede observar en el caso del ahorro corriente, es que tanto para departamentos como para municipios los ingresos tributarios y no tributarios estaban creciendo más rápido que los gastos de funcionamiento. Esto es particularmente evidente en el caso de las regiones Oriental, Central y Caribe para los departamentos, e incluye a Bogotá en el de los municipios. Para las otras dos regiones, Pacífico y Nuevos Departamentos, esto no es tan claro, lo que puede deberse a la escala o porque en realidad los ingresos y los gastos estaban creciendo a tasas similares en estas dos regiones. En el caso de los déficit o superávit totales, la variación parece haber aumentado a partir de principios de la década del 2000, momento que coincide con cambios importantes para los gobiernos subnacionales, como por ejemplo la creación del SGP y el auge minero-energético en el país. Estas grandes variaciones, como se mencionó, están relacionadas con la dinámica económica nacional e internacional, en la cual las regiones parecen responder en mayor o menor medida de forma sincronizada.

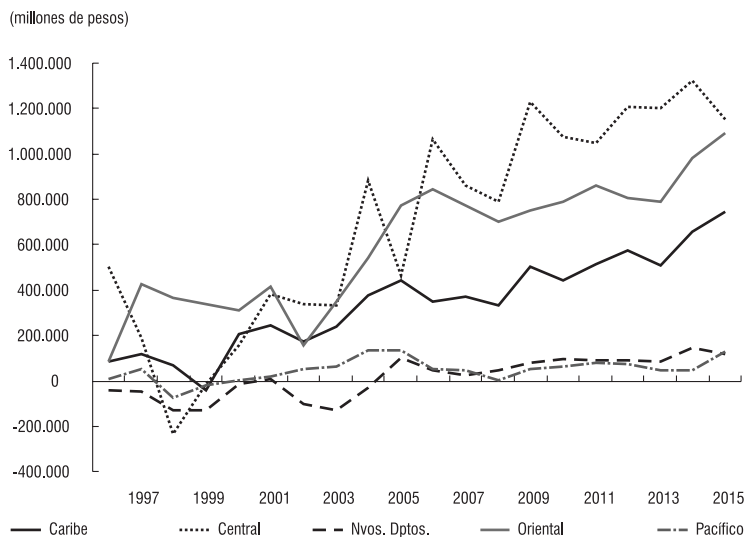
Con el fin de entender un poco mejor la evolución de las cuentas fiscales regionales y evitar el problema de escala de los gráficos, el Cuadro 2 muestra,

² Para una revisión reciente y actualizada de los estudios de convergencia regional en Colombia, ver Galvis *et al.* (2017).

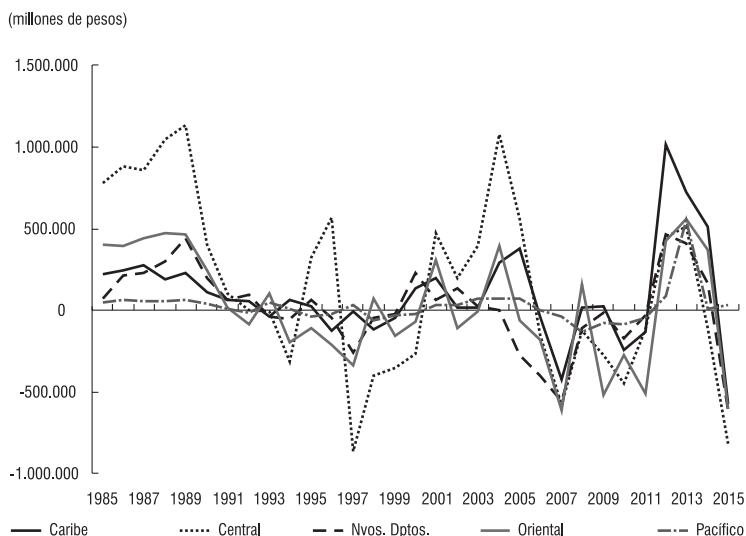
³ Con tal fin se definieron las regiones de la siguiente forma: Caribe: Atlántico, Bolívar, Cesar, Córdoba, La Guajira, Magdalena, Sucre y San Andrés; Central: Antioquia, Caldas, Caquetá, Huila, Quindío, Risaralda, Tolima y Valle del Cauca; Oriental: Boyacá, Cundinamarca, Meta y Norte de Santander; Pacífico: Cauca, Chocó y Nariño; y Nuevos Departamentos: Arauca, Casanare, Guainía, Guaviare, Vaupés, Vichada, Caquetá, Putumayo y Amazonas

GRÁFICO 4. DÉFICIT O SUPERÁVIT EN LOS GOBIERNOS SUBNACIONALES
(MILLONES DE PESOS CONSTANTES DE 2008, 1996-2015)

A. GOBIERNOS DEPARTAMENTALES
I. DÉFICIT O SUPERÁVIT CORRIENTE



II. DÉFICIT O SUPERÁVIT TOTAL

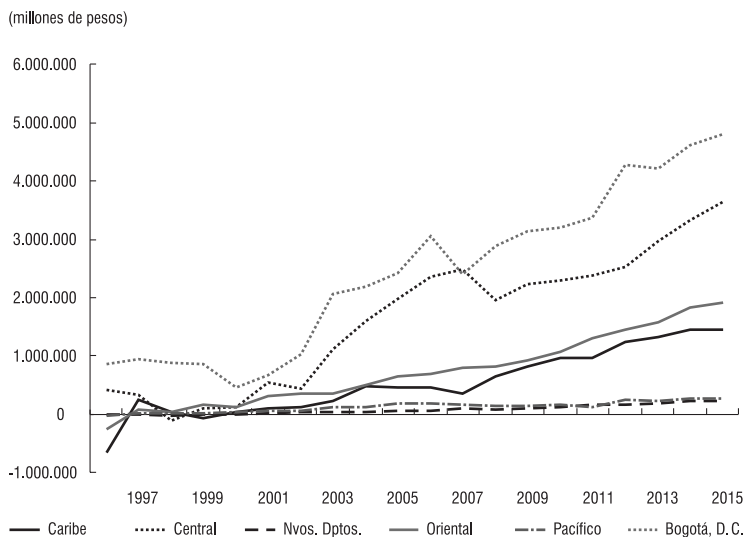


Fuente: DNP (Ejecuciones presupuestales); cálculos de los autores.

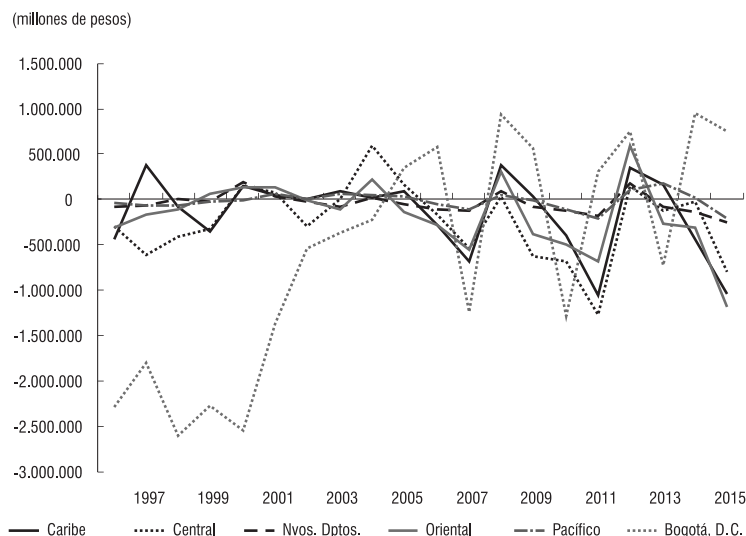
GRÁFICO 4. DÉFICIT O SUPERÁVIT EN LOS GOBIERNOS SUBNACIONALES
 (MILLONES DE PESOS CONSTANTES DE 2008, 1996-2015) (CONTINUACIÓN)

B. GOBIERNOS MUNICIPALES

I. DÉFICIT O SUPERÁVIT CORRIENTE



II. DÉFICIT O SUPERÁVIT TOTAL



Fuente: DNP (Ejecuciones presupuestales); cálculos de los autores.

CUADRO 2. TASAS DE CRECIMIENTO PROMEDIO ANUAL DE LAS PRINCIPALES CUENTAS DE INGRESO Y GASTO DE LOS GOBIERNOS SUBNACIONALES (PORCENTAJES)

A. DEPARTAMENTOS

REGIÓN	INGRESOS					
	1996-2001			2002-2015		
	INGRESO TOTAL	INGRESO CORRIENTE	INGRESO DE CAPITAL	INGRESO TOTAL	INGRESO CORRIENTE	INGRESO DE CAPITAL
Caribe	17,6	0,0	30,6	7,9	6,5	8,3
Central	3,4	(2,4)	7,5	3,3	3,7	3,0
Oriental	13,5	0,7	26,0	5,2	4,8	5,4
Pacífico	28,8	4,0	50,9	7,8	4,2	8,5
Nuevos Dptos.	10,0	3,4	11,2	3,4	7,8	2,8

REGIÓN	GASTOS					
	1996-2001			2002-2015		
	GASTO TOTAL	GASTO CORRIENTE	GASTO DE CAPITAL	GASTO TOTAL	GASTO CORRIENTE	GASTO DE CAPITAL
Caribe	13,8	(6,5)	22,8	7,8	5,5	8,2
Central	3,3	(1,6)	5,9	4,4	2,2	5,2
Oriental	8,8	(4,3)	15,8	5,1	2,7	5,6
Pacífico	26,9	5,1	39,8	7,7	6,2	7,9
Nuevos Dptos.	2,0	(4,4)	3,4	2,7	0,8	3,0

B. MUNICIPIOS

REGIÓN	INGRESOS					
	1996-2001			2002-2015		
	INGRESO TOTAL	INGRESO CORRIENTE	INGRESO DE CAPITAL	INGRESO TOTAL	INGRESO CORRIENTE	INGRESO DE CAPITAL
Caribe	9,1	2,1	12,4	10,1	9,2	10,3
Bogotá	5,8	(3,0)	18,6	5,4	6,9	3,3
Central	3,4	0,0	6,6	7,5	5,4	8,9
Oriental	8,1	5,9	9,4	8,0	8,8	7,6
Pacífico	13,2	10,7	14,3	8,7	5,1	9,7
Nuevos Dptos.	12,2	10,5	12,5	7,6	9,5	7,1

REGIÓN	GASTOS					
	1996-2001			2002-2015		
	GASTO TOTAL	GASTO CORRIENTE	GASTO DE CAPITAL	GASTO TOTAL	GASTO CORRIENTE	GASTO DE CAPITAL
Caribe	7,2	(9,0)	17,0	10,5	4,0	11,5
Bogotá	2,3	0,2	2,9	4,6	3,8	4,8
Central	0,8	(0,4)	1,7	7,7	2,1	9,3
Oriental	3,4	(4,8)	8,3	8,5	4,7	9,2
Pacífico	9,9	3,4	12,2	9,0	3,6	9,8
Nuevos Dptos.	5,1	3,8	5,4	7,6	4,7	8,0

Fuente: DNP; elaboración de los autores.

cada región del país y para cada cuenta de ingresos y gastos, la tasa de crecimiento promedio anual, tanto para los gobiernos departamentales como para los municipales.

A tal fin, se tuvieron en cuenta dos períodos (1996-2001 y 2002-2015), separados por la reforma que dio origen al SGP. Una primera característica es que durante el primer período los ingresos y los gastos de los municipios y departamentos de dos de las regiones de la periferia (Caribe y Pacífica) tuvieron crecimientos superiores a las demás. En el lado de los ingresos, el origen de tal crecimiento fueron los de capital, que están representados por transferencias y regalías. En el lado del gasto, se observa que los recursos se destinaron principalmente a gastos de capital, que están conformados por la formación bruta de capital y por las inversiones de los gobiernos subnacionales.

En segundo lugar, durante el período 2002-2015, aunque la tendencia regional de mayores crecimientos por parte de la región Caribe y Pacífica se mantuvo, las tasas de crecimiento fueron mucho menores que en el período 1996-2001. Lo anterior no solo para los ingresos, sino para los gastos, tanto de municipios como de departamentos.

3.1.2 LAS TRANSFERENCIAS Y LA GENERACIÓN DE INGRESOS EN LAS REGIONES COLOMBIANAS

En la literatura sobre finanzas públicas territoriales ha sido recurrente la pregunta de si los procesos de descentralización han dado origen, en un mayor o menor grado, a lo que se conoce como pereza fiscal, entendida esta como la relación negativa entre los crecimientos de las transferencias nacionales y los ingresos propios de las entidades territoriales, o si, en menor medida, frente a mayores transferencias del Gobierno central los ingresos propios crecen más lentamente.

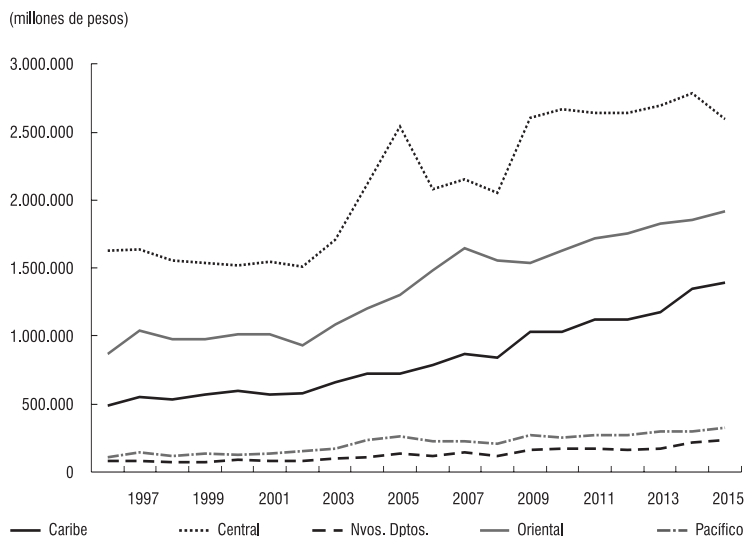
Esta subsección, si bien no pretende probar formalmente la hipótesis de pereza fiscal en las entidades territoriales, tiene el objetivo de mostrar el comportamiento en el tiempo de las principales variables relacionadas: ingresos propios, transferencias nacionales y regalías⁴. Esto permitirá determinar si tienen algún grado de coincidencia, positiva o negativa, y daría un primer indicio sobre la existencia o no de pereza fiscal. El Gráfico 5 y el Cuadro 3 muestran, para los departamentos de las diferentes regiones del país, la dinámica de estos tres indicadores.

⁴ En un estudio reciente Bonet *et al.* (2017) se dedicaron a probar la hipótesis de pereza fiscal territorial en Colombia a lo largo de un período de veinte años, durante los cuales se realizaron al menos tres reformas significativas en los sistemas de transferencias y regalías. Los autores no hallaron evidencias como para afirmar que aumentos en las transferencias recibidas por concepto del SGP o del SGR estén relacionados con disminuciones en el recaudo municipal. Destacaron, sin embargo, que este comportamiento es diferencial por tipo y tamaño de la entidad territorial.

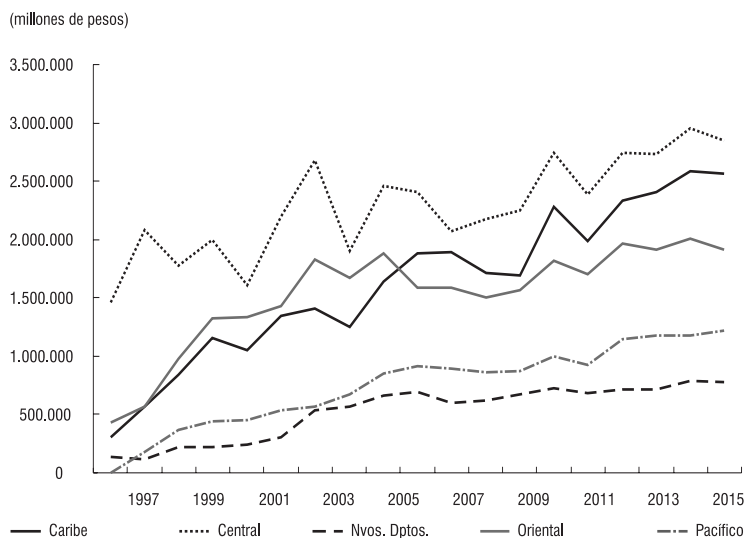
GRÁFICO 5. INGRESOS PROPIOS, TRANSFERENCIAS NACIONALES TOTALES Y REGALÍAS EN LOS GOBIERNOS DEPARTAMENTALES

(MILLONES DE PESOS CONSTANTES DE 2008, 1996-2015)

A. INGRESOS PROPIOS



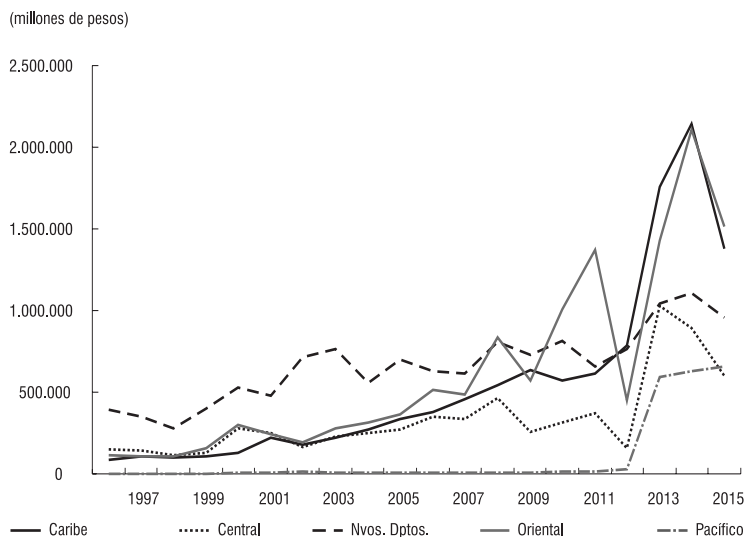
B. TRANSFERENCIAS NACIONALES



Fuente: DNP (Ejecuciones presupuestales); cálculos de los autores.

GRÁFICO 5. INGRESOS PROPIOS, TRANSFERENCIAS NACIONALES TOTALES Y REGALÍAS EN LOS GOBIERNOS DEPARTAMENTALES (CONTINUACION)
(MILLONES DE PESOS CONSTANTES DE 2008, 1996-2015)

C. REGALÍAS



Fuente: DNP; elaboración de los autores.

CUADRO 3. TASAS DE CRECIMIENTO PROMEDIO ANUAL DE LOS INGRESOS PROPIOS, TRANSFERENCIAS Y REGALÍAS DE LOS GOBIERNOS DEPARTAMENTALES
(PORCENTAJES)

REGIÓN	1996-2001			2002-2015		
	INGRESOS PROPIOS	TRANSFERENCIAS NACIONALES	REGALÍAS	INGRESOS PROPIOS	TRANSFERENCIAS NACIONALES	REGALÍAS
Caribe	3,2	27,5	16,3	6,4	5,1	17,1
Central	(1,4)	3,9	13,8	3,7	1,8	8,9
Oriental	2,0	25,5	21,3	4,8	0,9	15,6
Pacífico	3,5	92,9	102,9	4,3	4,9	37,9
Nuevos Dptos.	(0,0)	17,8	7,5	6,8	2,6	3,3

Fuente: DNP; cálculos de los autores.

Lo que permiten observar los resultados del Gráfico 5 es que, durante todo el período, si bien es cierto que las transferencias y las regalías tuvieron tendencias positivas, también se observa el mismo comportamiento en el caso

de los ingresos propios, siendo este el primer indicio en contra de la hipótesis de pereza fiscal. Con el fin de ser un poco más específicos, se calcularon las tasas de crecimiento promedio anual para dos períodos.

Los resultados indican que, durante el primer período, tanto las transferencias como las regalías crecieron más rápido que los ingresos propios⁵. Sin embargo, con excepción de las regiones Central y Nuevos Departamentos, estos últimos crecieron a tasas positivas. Una historia diferente es la que muestran las tasas de crecimiento para el período más reciente (2002-2015), en especial cuando se comparan los ingresos propios y las transferencias nacionales. En este caso los ingresos propios, no solo crecieron a tasas más altas, sino que superaron a las transferencias nacionales en casi todas las regiones. Por su parte, las regalías continuaron con crecimientos altos, debido principalmente al auge minero-energético que se dio en el país a partir de comienzos de la década del 2000.

Para el caso de los municipios, el Gráfico 6 y el Cuadro 4 presentan el comportamiento de los tres indicadores a lo largo de las dos últimas décadas. Como se mencionó al inicio, y comparando estos resultados con los departamentales, se puede observar la mayor fortaleza tributaria de los municipios. Por ejemplo, en 2015 mientras que los departamentos de la región Central recaudaron cerca de COP 2,5 billones, los municipios de la misma región lograron COP 5,5 billones el mismo año. En los demás casos los resultados son similares en cuanto a los mayores recaudos por parte de los municipios. Zapata (2010) menciona al respecto que el fortalecimiento tributario de los municipios coincide con la Ley 1421 de 1993, la cual otorgó al distrito capital un régimen especial en materia de generación de ingresos, lo cual impulsó a otros municipios a adoptar nuevos cobros y así fortalecer sus finanzas públicas vía ingresos propios.

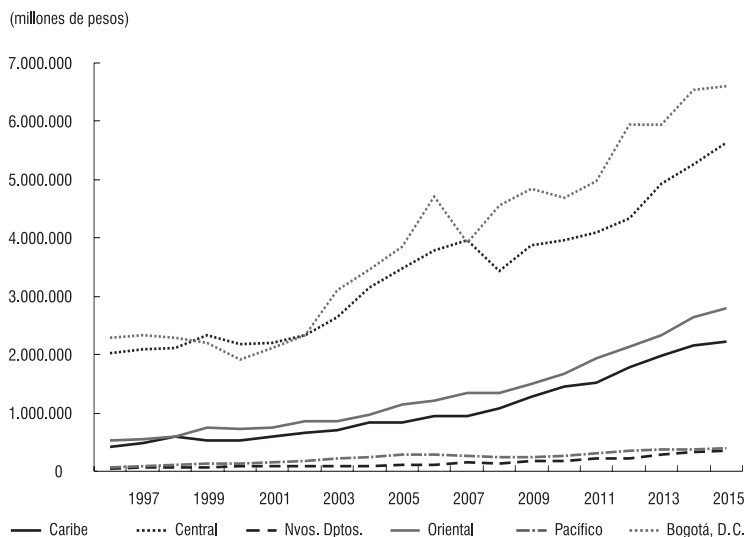
En cuanto a la relación entre los crecimientos de los ingresos propios, las regalías y las transferencias nacionales, los resultados coinciden en que todos los indicadores crecieron a lo largo del período de análisis. Con respecto a lo observado en el caso de los departamentos, los ingresos propios de los municipios crecieron a tasas muy superiores, aunque todavía menores a las de regalías y transferencias. Así, los cambios dados a partir de la Ley 1421 de 1993 generaron no solo la posibilidad de mayores recursos por parte de los gobiernos municipales, sino que contribuyeron a que estos recursos crecieran rápido en el tiempo.

⁵ Es importante tener en cuenta que, a partir de las reformas que se dieron con el proceso descentralizador en Colombia desde mediados de los años ochenta, se llevaron a cabo reformas en los recursos provenientes de los recursos naturales no renovables, en particular en asuntos como liquidación, criterios de distribución y destino de estos recursos.

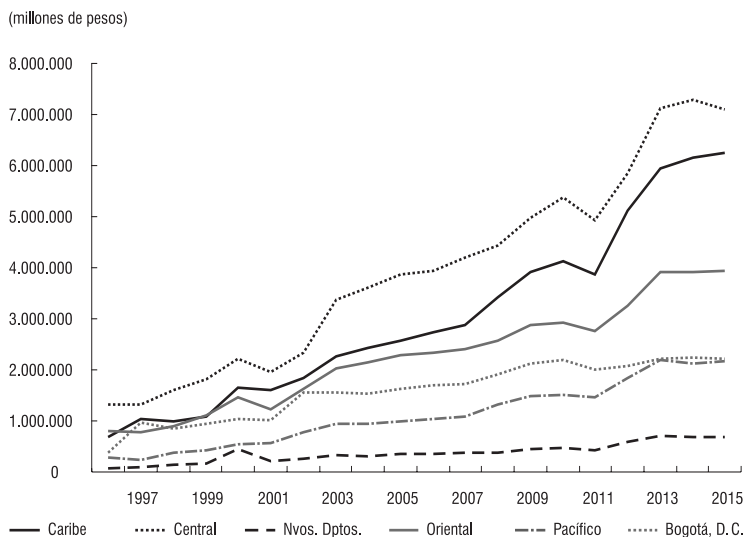
GRÁFICO 6. INGRESOS PROPIOS, TRANSFERENCIAS NACIONALES TOTALES Y REGALÍAS EN LOS GOBIERNOS MUNICIPALES

(MILLONES DE PESOS CONSTANTES DE 2008, 1996-2015)

A. INGRESOS PROPIOS



B. TRANSFERENCIAS NACIONALES

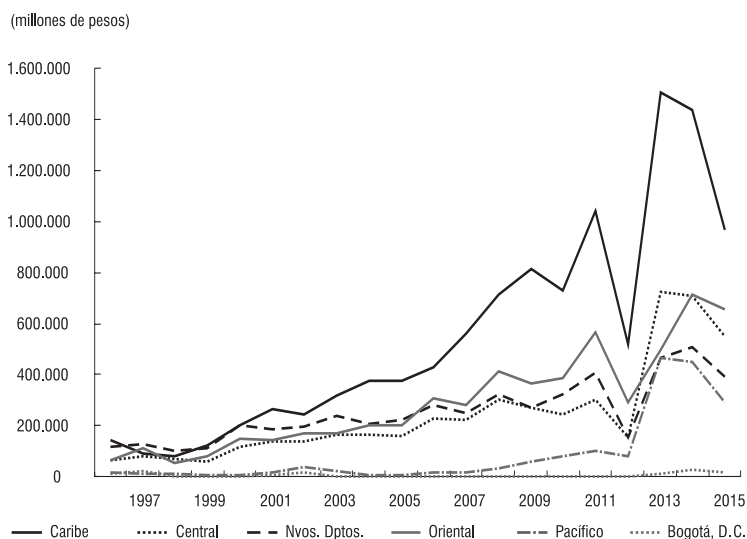


Fuente: DNP (Ejecuciones presupuestales); cálculos de los autores.

GRÁFICO 6. INGRESOS PROPIOS, TRANSFERENCIAS NACIONALES TOTALES Y REGALÍAS EN LOS GOBIERNO MUNICIPALES (CONTINUACIÓN)

(MILLONES DE PESOS CONSTANTES DE 2008, 1996-2015)

C. REGALÍAS



Fuente: DNP (Ejecuciones presupuestales); cálculos de los autores.

CUADRO 4. TASAS DE CRECIMIENTO PROMEDIO ANUAL DE LOS INGRESOS PROPIOS, TRANSFERENCIAS Y REGALÍAS DE LOS GOBIERNO MUNICIPALES (PORCENTAJES)

REGIÓN	1996-2001			2002-2015		
	INGRESOS PROPIOS	TRANSFERENCIAS NACIONALES	REGALÍAS	INGRESOS PROPIOS	TRANSFERENCIAS NACIONALES	REGALÍAS
Caribe	5,7	16,8	17,5	10,0	9,4	12,0
Bogotá	(3,0)	15,2	(56,0)	6,7	3,4	11,3
Central	1,9	10,2	13,5	5,5	7,5	10,7
Oriental	8,0	11,9	15,7	9,5	6,2	10,6
Pacífico	16,3	18,2	(0,7)	4,9	8,1	27,9
Nuevos Dptos.	10,8	29,7	10,6	11,2	7,4	5,3

Fuente: DNP; cálculos de los autores.

Al observar el comportamiento de los indicadores en el segundo período se encuentra que el crecimiento de los ingresos propios, las regalías y las transferencias es mucho más homogéneo, lo cual es consistente con lo encontrado

por Bonet *et al.* (2017) y Zapata (2010), en cuanto a que no existen indicios acerca de la hipótesis de pereza fiscal. Sin embargo, esto no significa que los gobiernos subnacionales en Colombia no tengan alta dependencia de las transferencias, lo cual se pudo apreciar antes. Este hecho afecta negativamente la capacidad de los municipios y departamentos para realizar inversiones, especialmente en el campo social, ya que gran parte de las transferencias están condicionadas a sectores específicos y no necesariamente a las necesidades particulares de la población. El fortalecimiento recaudatorio implicaría mayor discrecionalidad a la hora de realizar inversiones y, quizá, mayor efecto en mejorar la calidad de vida de la población.

4. EVOLUCIÓN DE LOS PRINCIPALES INDICADORES FISCALES DE LAS ENTIDADES TERRITORIALES

Hasta ahora se ha explorado el comportamiento de las principales variables de las cuentas básicas de los gobiernos subnacionales durante las dos últimas décadas. Esta sección tiene como objetivo presentar la evolución de algunos otros indicadores que permiten aproximar la perspectiva futura de la situación de los gobiernos subnacionales, principalmente en términos de ahorro, ingreso y gasto.

4.1 INDICADORES DE AHORRO

En el caso del ahorro se calcularon algunos de los principales indicadores; el Gráfico 7 presenta, para los departamentos (panel A) y los municipios (panel B), la evolución en el tiempo de cada uno de ellos.

Uno de los indicadores básicos es el ahorro primario, que resulta de descontar los gastos de funcionamiento y los otros gastos del ingreso corriente. Adicionalmente, debido a que el cálculo se hace para cada una de las regiones y es necesaria una medida que permita su comparación, se presentan los resultados en forma per cápita. La primera característica de este indicador, tanto en el caso de los departamentos como de los municipios, es la significativa variabilidad regional. Por ejemplo, en el caso de los departamentos, mientras que en la región Oriental en 2015 el ahorro primario de los departamentos alcanzaba cerca de COP 150.000, en el Pacífico era de COP 40.000. En los municipios se presenta una brecha similar entre el de mayor y menor ahorro, en este caso la capital del país y el Pacífico, donde el primero tiene un ahorro primario seis veces mayor que el último.

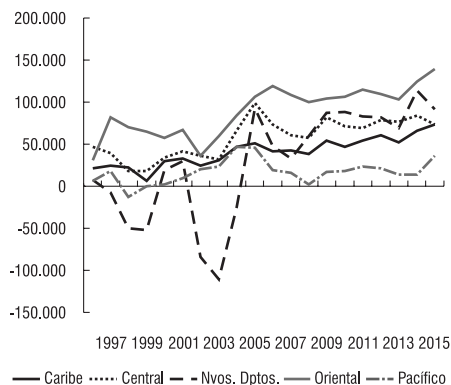
Para el promedio de los departamentos de todas las regiones la capacidad de ahorro, calculada como el cociente entre el ahorro operacional y el ingreso corriente, es cercana al 50% y para los municipios fluctúa alrededor del 60% y ha venido aumentando sostenidamente en el tiempo. Esto

GRÁFICO 7. INDICADORES DE AHORRO DE LOS GOBIERNOS SUBNACIONALES, 1996-2015

A. GOBIERNOS DEPARTAMENTALES

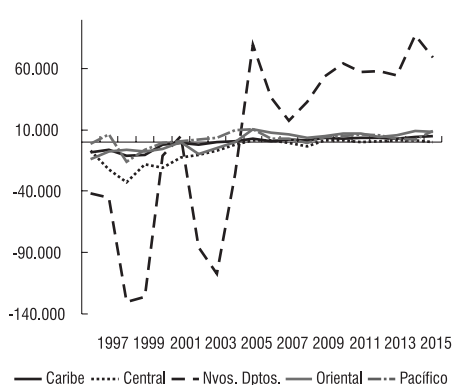
I. AHORRO PRIMARIO PER CÁPITA

(pesos constantes de 2008)



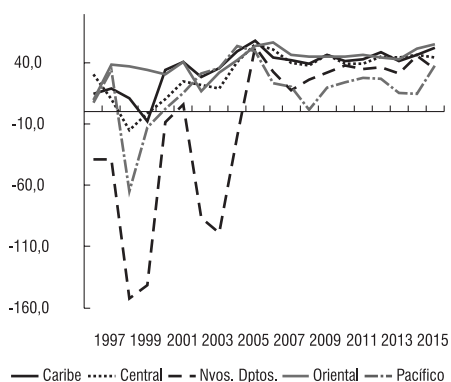
II. AHORRO OPERACIONAL PER CÁPITA

(pesos constantes de 2008)



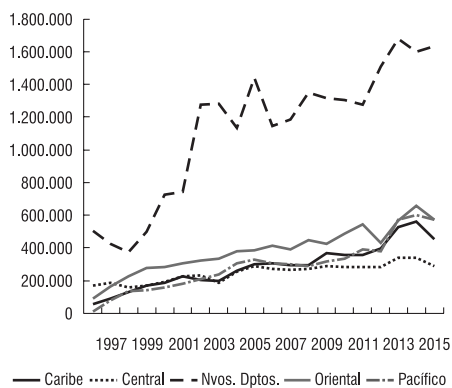
III. CAPACIDAD DE AHORRO

(porcentaje)



IV. AHORRO TOTAL PER CÁPITA

(pesos constantes de 2008)



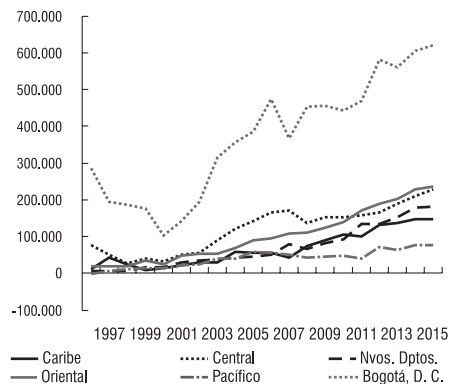
Fuente: DNP (Ejecuciones presupuestales); cálculos de los autores.

GRÁFICO 7. INDICADORES DE AHORRO DE LOS GOBIERNOS SUBNACIONALES, 1996-2015 (CONTINUACIÓN)

B. GOBIERNOS MUNICIPALES

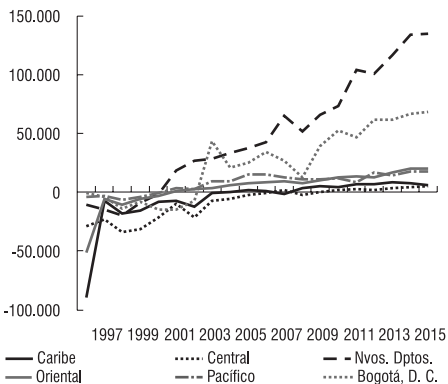
I. AHORRO PRIMARIO PER CÁPITA

(pesos constantes de 2008)



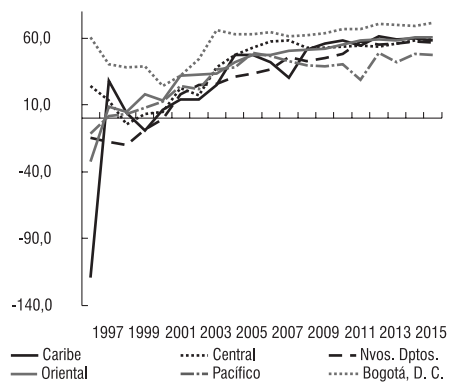
II. AHORRO OPERACIONAL PER CÁPITA

(pesos constantes de 2008)



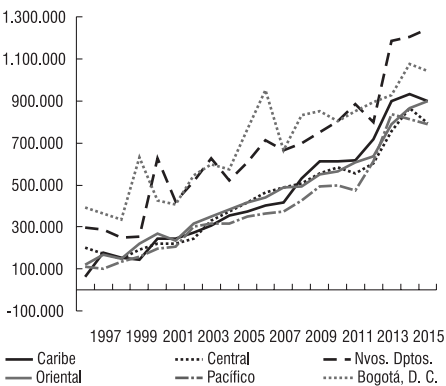
III. CAPACIDAD DE AHORRO

(porcentaje)



IV. AHORRO TOTAL PER CÁPITA

(pesos constantes de 2008)



Nota: las siguientes son las fórmulas de cálculo de los indicadores de ahorro. Ahorro primario: ingreso corriente-gasto de funcionamiento-otros gastos; ahorro operacional: ahorro primario-intereses; capacidad de ahorro: ahorro operacional/ingreso corriente; ahorro total: ingreso total-gasto de funcionamiento-intereses-otros gastos. Para el caso de las variables per cápita, estas se calcularon usando la población total de la región correspondiente.

Fuente: DNP (Ejecuciones presupuestales); cálculos de los autores.

es significativo si se considera que la capacidad de ahorro de municipios y departamentos era cercana a cero a finales de los años noventa. Este comportamiento es también común a los demás indicadores de ahorro de municipios

y departamentos, lo cual es buena noticia si se tiene en cuenta que estos excedentes son los que le permitirán en el futuro a los gobiernos subnacionales apalancar sus inversiones.

4.2 INDICADORES DE INGRESO

En cuanto al ingreso se escogieron solo los más representativos y que dan una idea general acerca de la situación de los gobiernos subnacionales (Gráfico 8). Para los departamentos (panel A) se escogió la importancia del impuesto a la cerveza, a los licores y a los cigarrillos, así como el indicador que aproxima la dependencia de las transferencias. En el caso de los municipios (panel B), los tributos más representativos en las finanzas de estas entidades territoriales son el impuesto de industria y comercio (ICA) y el predial. Adicional a estos, se calculó la capacidad que tienen los municipios de generar ingresos permanentes y la dependencia de las transferencias.

En el caso de los departamentos, lo que se puede observar en cuanto a la generación de ingresos propios es que a lo largo de las dos últimas décadas la importancia relativa del impuesto a la cerveza en los ingresos corrientes de cada región se ha mantenido estable, fluctuando entre el 20% y el 30%. En el caso de los licores se aprecia una tendencia decreciente de su participación en todas las regiones, con la región Pacífico como aquella en la que este tributo tiene mayor participación, pues representa cerca del 25%. En el caso del impuesto a los cigarrillos, la tendencia es similar, excepto en el caso de las regiones Central y Pacífica, donde la importancia de este tributo no solo es la más alta a nivel regional, sino que ha tendido a mantenerse en el tiempo. Entre los impuestos que han venido ganando participación están los de registro y anotación, y los otros ingresos tributarios.

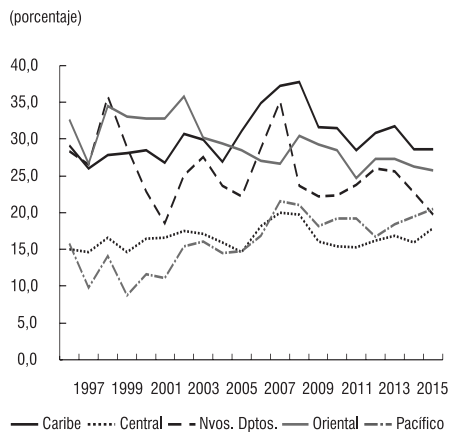
La dependencia de las transferencias ha tenido una evolución particular a lo largo de las dos últimas décadas. Hacia finales de los años noventa tuvo un aumento importante en la realidad de los departamentos, el cual alcanzó su máximo en el año 2002, para luego estabilizarse y empezar a disminuir. Esta dependencia es alta, aunque hay clara diferencia regional que fluctúa entre el 30% para el caso de Nuevos Departamentos y la región Oriental y el 50% en los departamentos de las regiones Pacífico y Caribe. Un claro patrón en este indicador es que son las regiones más rezagadas las que mayor dependencia de las transferencias presentan.

En el caso de los municipios, el ICA y el predial son los tributos que mayor participación tienen en los ingresos corrientes. El primero ha tenido una leve tendencia positiva desde mediados de la década de los noventa y,

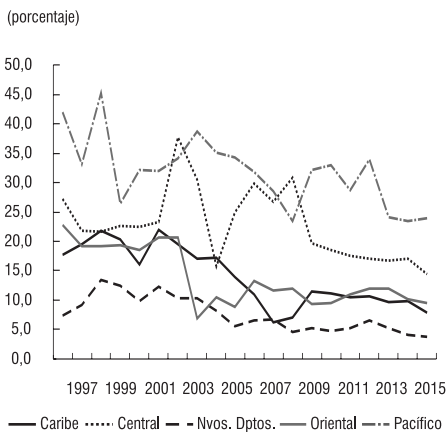
GRÁFICO 8. INDICADORES DE INGRESO DE LOS GOBIERNOS SUBNACIONALES, 1996-2015

A. GOBIERNOS DEPARTAMENTALES

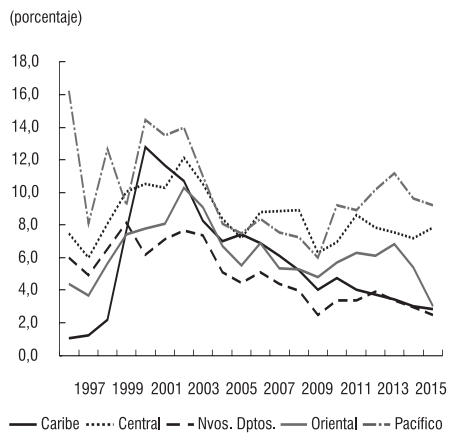
I. IMPORTANCIA DEL IMPUESTO A LA CERVEZA



II. IMPORTANCIA DEL IMPUESTO A LOS LICORES



III. IMPORTANCIA DEL IMPUESTO A LOS CIGARRILLOS



IV. DEPENDENCIA DE LAS TRANSFERENCIAS

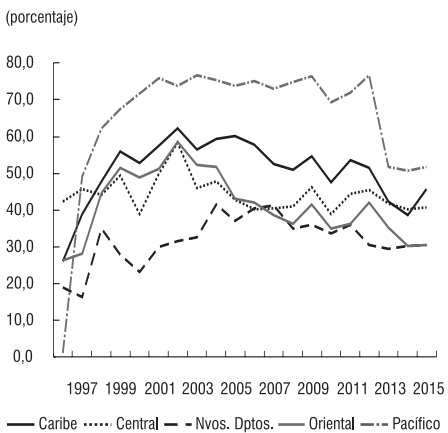
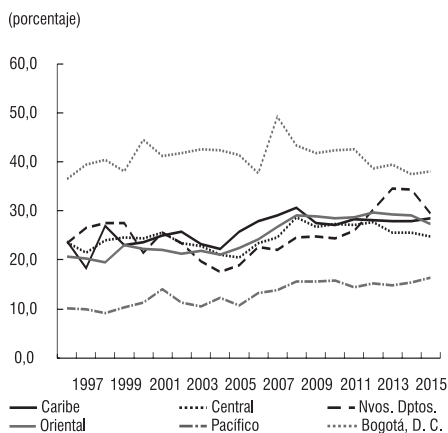


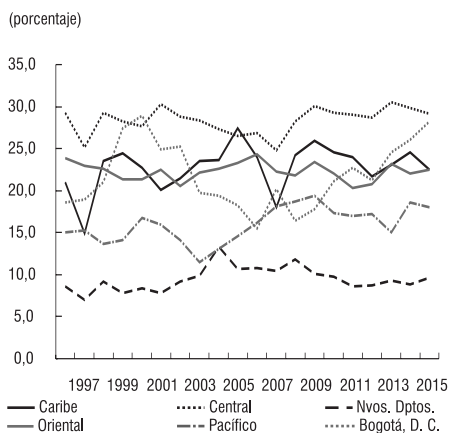
GRÁFICO 8. INDICADORES DE INGRESO DE LOS GOBIERNOS SUBNACIONALES, 1996-2015 (CONTINUACIÓN)

B. GOBIERNOS MUNICIPALES

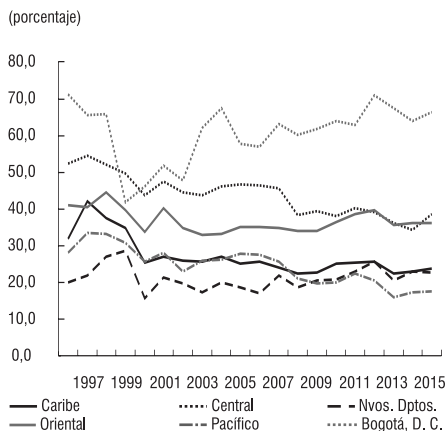
I. IMPORTANCIA DEL ICA



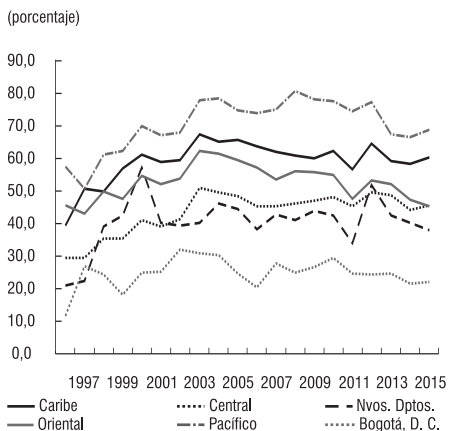
II. IMPORTANCIA DEL PREDIAL



III. CAPACIDAD PARA GENERAR INGRESOS PERMANENTES



IV. DEPENDENCIA DE LAS TRANSFERENCIAS



Nota: las siguientes son las fórmulas de cálculo de los indicadores de ingreso. Importancia del impuesto a la cerveza: impuesto a la cerveza/ ingreso corriente; importancia del impuesto a los licores: impuesto a los licores/ingreso corriente; importancia del impuesto a los cigarrillos: impuesto a los cigarrillos/ingreso corriente; importancia del ICA: impuesto de industria y comercio/ingreso corriente; importancia del predial: impuesto predial/ingreso corriente; capacidad para generar ingresos permanentes: ingreso corriente/ingreso total; dependencia de las transferencias: transferencias/ingreso total.

Fuente: DNP (Ejecuciones presupuestales); cálculos de los autores.

de nuevo, son evidentes las diferencias entre las regiones. Por ejemplo, en la región Pacífica este tributo participa con cerca del 15% y en Bogotá con cerca del 40% de los ingresos corrientes. En el caso del predial, las participaciones fluctúan entre el 10% en los Nuevos Departamentos y el 30% en Bogotá y la región Central.

Adicional a estos indicadores, se calculó el cociente entre el ingreso corriente y el ingreso total, a través del cual se quiere aproximar la capacidad que tienen los municipios de generar ingresos permanentes. En este caso las regiones forman tres grupos bien definidos. El primero es el de alta capacidad, al que pertenece solo Bogotá, que a 2015 tenía una capacidad de generar ingresos permanentes de cerca del 70%. El segundo grupo, con cerca del 40%, lo conforman las regiones Central y Oriental. Y el tercero está compuesto por los Nuevos Departamentos y las regiones Caribe y Pacífico, con una capacidad cercana al 20%.

En el caso de la dependencia de las transferencias, e igual que para los gobiernos departamentales, los municipios de las diferentes regiones siguen un patrón claro: los de las regiones de mayor dependencia de los recursos que transfiere la nación son los más rezagados. Así, las regiones Caribe y Pacífica son las que mayores recursos reciben con respecto al total de ingresos, alcanzando una dependencia cercana al 60%, entre cinco y diez puntos porcentuales (pp) más que en los gobiernos departamentales. El siguiente grupo es el de dependencia media, y está conformado por las regiones Oriental, Central y Nuevos Departamentos, con una dependencia promedio del 45%. La de menor dependencia es la capital del país, con el 20%, lo cual es consistente con su mayor capacidad de generar ingresos permanentes.

4.3 INDICADORES DE GASTO

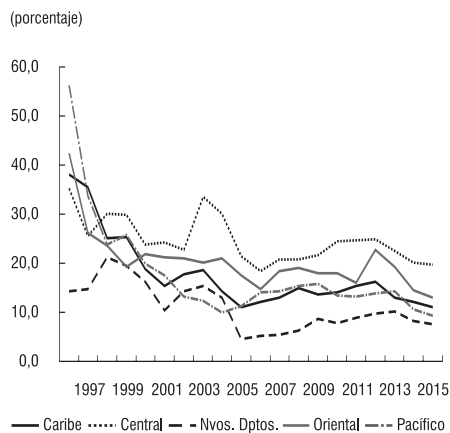
El último grupo de indicadores que permitirá tener una idea de la situación histórica de los gobiernos subnacionales es el de gasto. En este caso se consideran cuatro medidas: la importancia del gasto de funcionamiento y de la inversión en el gasto total, el porcentaje de inversión financiada con transferencias y la importancia de los intereses pagados por deuda pública. El Gráfico 9 presenta la evolución de los indicadores por región para los gobiernos departamentales (panel A) y los gobiernos municipales (panel B).

La evolución reciente de los dos primeros indicadores representa buenas noticias en departamentos y municipios. El gasto de funcionamiento se ha reducido entre un 10% y un 20% en todas las regiones, mientras que a

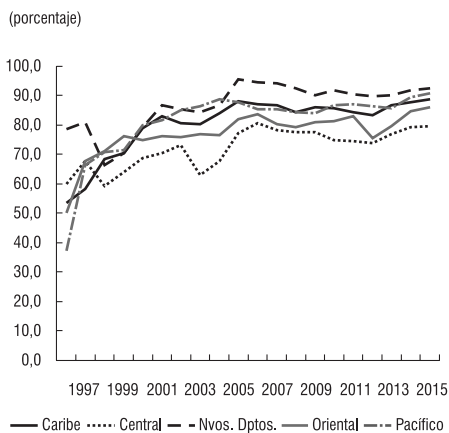
GRÁFICO 9. INDICADORES DE GASTO DE LOS GOBIERNOS SUBNACIONALES, 1996-2015

A. GOBIERNOS DEPARTAMENTALES

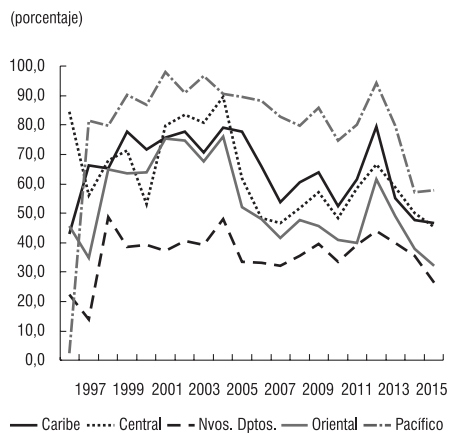
I. PORCENTAJE DEL GASTO DE FUNCIONAMIENTO EN EL GASTO TOTAL



II. PORCENTAJE DE LA INVERSIÓN EN EL GASTO TOTAL



III. INVERSIÓN FINANCIADA CON TRANSFERENCIAS (PORCENTAJE)



IV. INTERESES PAGADOS POR DEUDA PÚBLICA (PORCENTAJE)

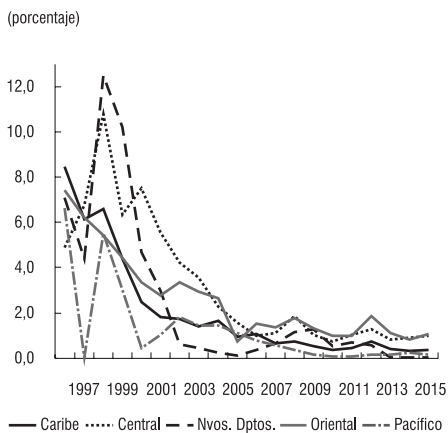
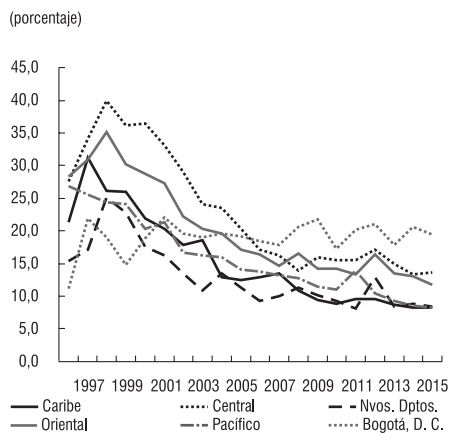


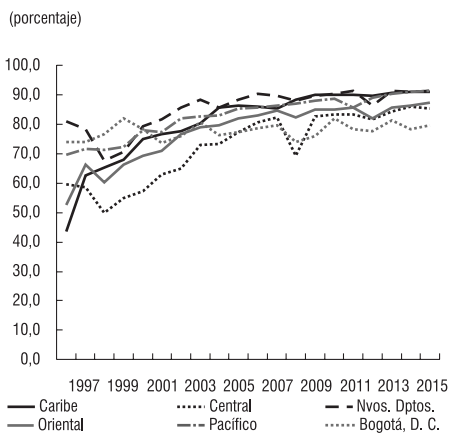
GRÁFICO 9. INDICADORES DE GASTO DE LOS GOBIERNOS SUBNACIONALES, 1996-2015 (CONTINUACIÓN)

B. GOBIERNOS MUNICIPALES

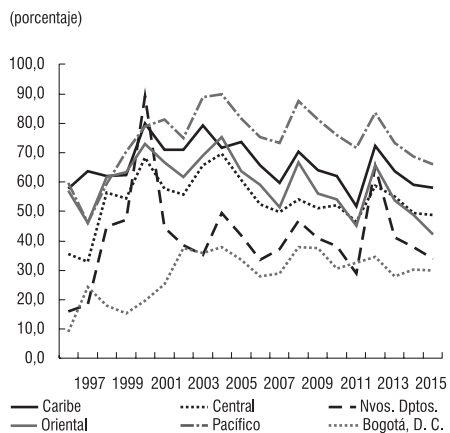
I. PORCENTAJE DEL GASTO DE FUNCIONAMIENTO EN EL GASTO TOTAL



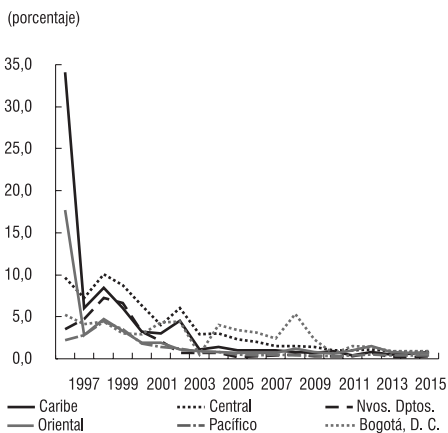
II. PORCENTAJE DE LA INVERSIÓN EN EL GASTO TOTAL



III. INVERSIÓN FINANCIADA CON TRANSFERENCIAS (PORCENTAJE)



IV. INTERESES PAGADOS POR DEUDA PÚBLICA (PORCENTAJE)



Nota: las siguientes son las fórmulas de cálculo de los indicadores de gasto. Porcentaje del gasto de funcionamiento en el gasto total: gasto de funcionamiento/gasto total; porcentaje de la inversión en el gasto total: gasto de inversión/gasto total; inversión financiada con transferencias: transferencias nacionales/gasto de inversión; porcentaje de intereses pagados por deuda pública: intereses/gasto total.

Fuente: DNP (Ejecuciones presupuestales); cálculos de los autores.

mediados de los años noventa se encontraba alrededor del 40% para los departamentos y del 30% para los municipios. Simultáneamente, la inversión como proporción del gasto total ha mostrado un ascenso sostenido en municipios y departamentos para todas las regiones, hasta alcanzar una proporción cercana al 90%, lo cual significa aumentos cercanos a los 20 pp desde mediados de los años noventa. Esta dinámica es sin duda una buena noticia para las finanzas territoriales⁶.

Otro indicador que permite observar la evolución positiva del manejo de las cuentas fiscales en las regiones es la reducción en la inversión financiada con transferencias. Aunque este indicador se ha reducido con más lentitud en el tiempo, y existe una mayor dispersión entre regiones, lo cierto es que luego del repunte de inicios del 2000 este ha caído entre 10 y 20 pp para municipios y departamentos. Aunque los gobiernos subnacionales presentan aún alta dependencia de las transferencias, el hecho de que una menor proporción de las inversiones esté financiada con estas garantiza mayor independencia a la hora de realizar inversión social de alto impacto. Esto, ya que los gobiernos locales pueden dedicar los mayores ingresos propios discrecionalmente en las necesidades identificadas en cada municipio y departamento. Al respecto Bird (2000) plantea que existe mayor eficiencia en la utilidad de los recursos cuando estos provienen de ingresos propios frente a los que reciben del Gobierno central en forma de transferencias. Eso tiene importantes implicaciones, toda vez que la mayor capacidad y autonomía de los municipios y departamentos para financiar los gastos se reflejarán en una mayor fortaleza financiera.

El último indicador, que corresponde a los intereses pagados por concepto de deuda pública, muestra un panorama en el que los gobiernos subnacionales han estado dedicando una menor proporción de sus gastos al cumplimiento de las obligaciones con las entidades crediticias. Hace dos décadas esta proporción era cercana al 8% y actualmente se encuentra entre el 1% y el 2% en promedio para departamentos y municipios. Este comportamiento es el resultado del cumplimiento de las reglas de disciplina fiscal por medio de las cuales se hizo frente a la crisis fiscal territorial de los años noventa, donde la Ley 358 de 1997 (también llamada ley de semáforos) fue clave para detectar y diagnosticar los problemas de endeudamiento de las entidades territoriales. Esta crisis fue tan profunda que amenazaba la estabilidad macroeconómica

⁶ Si bien el aumento de la inversión es positivo, los resultados deben interpretarse con cautela, toda vez que dentro de la contabilización de la cuenta de inversión se incluyen algunos gastos de nómina, como por ejemplo en el caso de sector de educación, lo cual distorsiona el efecto real de este rubro en condiciones normales.

del país. Algunas de las medidas de responsabilidad fiscal que permitieron estos resultados fueron ajustes en cuanto a: 1) fortalecimiento de los ingresos propios; 2) control del endeudamiento; 3) identificación y provisión de los pasivos; 4) restructuración de los pasivos corrientes; 5) mayores ingresos por transferencias nacionales; 6) calidad del gasto financiado por el SGP; 7) estabilización del gasto y transparencia fiscal; 8) sistemas de información fiscal territorial (Ministerio de Hacienda – DAF, 2015).

5. CONCLUSIONES

La evolución de la descentralización le ha marcado el paso a las finanzas de los gobiernos subnacionales durante las dos últimas décadas en el país. Este fenómeno, junto con las reformas administrativas y el ciclo económico, han sido los factores determinantes del estado de las finanzas de municipios y departamentos. Si bien las principales cuentas de las entidades territoriales han tenido tendencias similares, lo cierto es que los municipios han mostrado un claro fortalecimiento y han ampliado sostenidamente la brecha frente a los departamentos. Esa menor fortaleza financiera de estos últimos ha implicado una menor capacidad para desarrollar proyectos que trasciendan al conjunto de los municipios en su jurisdicción.

Otro aspecto que tiene grandes implicaciones sociales y económicas es la simultánea reducción del gasto de funcionamiento y el aumento de los gastos de inversión desde mediados de los años noventa. Posteriormente, a partir de los primeros años de la década del 2000, aunque el gasto de funcionamiento empezó a crecer, los de inversión lo continuaron haciendo a tasas muy superiores. Este mayor dinamismo, especialmente de la inversión social, ha coincidido con un mejor desempeño económico en todo el país y reducciones importantes en los niveles de pobreza y miseria.

Adicional a lo anterior es lo relacionado con las disparidades regionales en el desempeño financiero de los gobiernos subnacionales. Casi sin excepción, las cuentas de municipios y departamentos muestran significativas diferencias en cada una de las regiones en perjuicio, en la mayoría de los casos, de las regiones de la periferia. Estas tienen mayor dependencia de las transferencias, mayor debilidad de los recursos propios y baja capacidad de ahorro. Las implicaciones de dichos resultados son claras. En primer lugar, un alto porcentaje de las inversiones que se realizan en estas regiones rezagadas se lleva a cabo con transferencias, tanto en los departamentos como en los municipios, lo cual lleva a una segunda implicación, y es la menor discrecionalidad en el uso de los recursos, ya que gran parte de estos tienen una destinación

específica, lo que limita el margen de maniobra a las entidades territoriales para realizar las inversiones requeridas en el contexto de la necesidad de cada grupo poblacional en particular.

Si bien las transferencias y regalías han aumentado, así como la misma dependencia de las transferencias, los hallazgos indican también que, contrario a lo que podría pensarse, el proceso descentralizador en Colombia ha estado acompañado de un crecimiento sostenido de los ingresos propios de municipios y departamentos, sobre todo durante la última década. En otras palabras, los municipios y departamentos no se han quedado de brazos cruzados ante la llegada de mayores recursos por concepto de SGP y regalías, por el contrario, los ingresos propios han venido creciendo a tasas significativas. Esto no quiere decir que los gobiernos subnacionales estén cerca de alcanzar su potencial recaudatorio (Bonet y Ayala, 2016). Actualmente se encuentra en discusión la implementación de dos nuevas figuras territoriales, las Regiones Autónomas de Planificación (RAP) y la Región Entidad Territorial (RET), las cuales deberían contribuir en esta tarea y, consecuentemente, a mejorar la calidad de vida de la población y reducir la desigualdad. Estas serán entonces un nuevo canal a través del cual las entidades territoriales encausarán esfuerzos por una mayor descentralización.

REFERENCIAS

- Acosta, O.; Bird, R. (2005). “The Dilemma of Decentralization in Colombia”, en R. M. Bird, J. M. Poterba y J. Slemrod (eds.), *Fiscal Reform in Colombia*, Cambridge-London: The MIT Press.
- Aghón, G.; Edling, H. (comps.) (1997). *Descentralización fiscal en América Latina: nuevos desafíos y agenda de trabajo*. Santiago, Chile: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal).
- Aguilera, J. (2003). “Salinas de Manaure: tradición wayuu y modernización”, Documentos de Trabajo sobre Economía Regional y Urbana, núm. 35, Banco de la República, Centro de Estudios Económicos Regionales (CEER), Cartagena.
- Aguilera, M. (1999). “Las finanzas públicas del departamento de Bolívar”, Banco de la República, mimeo.
- Alesina, A.; Carrasquilla, A.; Echevarría, J. (2005). *Decentralization in Colombia. Institutional reforms in Colombia*, edited by A. Alesina. Cambridge, MA: MIT Press.
- Asatryan, Z. (2010). “Fiscal decentralization and economic growth in OECD countries: a Bayesian model averaging approach”, Berlin, mimeo.

- Banco Mundial (2009). “Plan de acción rápida para la mejora de la gestión pública de la municipalidad de Cartagena de Indias”, *Documento de trabajo*, Banco Mundial.
- Bardhan, P.; Mookherjee, D. (2005). “Decentralization, corruption and government accountability: an overview”, *International Handbook on the Economics of Economic Corruption*, S. Rose-Ackerman, Edward Elgar Publishing.
- Benavides, J.; Carrasquilla, A.; Zapata, J.; Velasco, A.; Link, M. (2000). “Impacto de las regalías en la inversión de las entidades territoriales”, Informe Final, Fedesarrollo.
- Bird R. (2000). “Subnational Revenues: Potentials and Problems”, en S. J. Burki y G. E. Perry (eds.), *Decentralization and Accountability of the Public Sector*. Washington: World Bank.
- Blöchliger, H. (2013). “Decentralisation and economic growth”, Part 1: “How fiscal federalism affects long-term development”, *OECD Working Papers on Fiscal Federalism*, núm. 14, OECD Publishing, Paris.
- Bonet J.; Pérez G. (2016). “Cambios recientes y perspectivas del Sistema General de Participaciones”, *Economía Colombiana*, núm. 346, septiembre-diciembre, Contraloría General de la República, Bogotá.
- Bonet, J. (2006). “Fiscal decentralization and regional income disparities: evidence from the Colombian experience”, *Annals of Regional Science*, vol. 40, núm. 3.
- Bonet, J. (2007a). “Regalías y finanzas públicas en el departamento del Cesar”, Documentos de Trabajo sobre Economía Regional y Urbana, núm. 92, Banco de la República, Centro de Estudios Económicos Regionales (CEER), Cartagena.
- Bonet, J. (2007b). “Minería y desarrollo económico en el Cesar”, Documentos de Trabajo sobre Economía Regional y Urbana, núm. 85, Banco de la República, Centro de Estudios Económicos Regionales (CEER), Cartagena.
- Bonet, J. (2007c). “Desequilibrios regionales de la descentralización”, en M. Fernández, W. Guerra y A. Meisel (eds.), *Políticas para reducir las desigualdades regionales en Colombia* (pp. 444-481), Bogotá: Banco de la República, Colección de Economía Regional.
- Bonet, J. (2008). “Las finanzas públicas de Cartagena, 2000-2007”, Documentos de Trabajo sobre Economía Regional y Urbana, núm. 101, Banco de la República, Centro de Estudios Económicos Regionales (CEER), Cartagena.
- Bonet, J.; Ayala, J. (2016). “La brecha fiscal territorial en Colombia”, Documentos de Trabajo sobre Economía Regional y Urbana, núm. 235, Banco de la República, Centro de Estudios Económicos Regionales (CEER), Cartagena.
- Bonet, J.; Ayala, J. (2017). “Las finanzas públicas de Valledupar, 2005-2015”, Documentos de Trabajo sobre Economía Regional y Urbana, núm. 252,

- Banco de la República, Centro de Estudios Económicos Regionales (CEER), Cartagena.
- Bonet, J.; Guzmán, K.; Urrego, J.; Villa, J. (2014). “Efectos del nuevo Sistema General de Regalías sobre el desempeño fiscal municipal: un análisis dosis-respuesta”, Documentos de Trabajo sobre Economía Regional y Urbana, núm. 203, Banco de la República, Centro de Estudios Económicos Regionales (CEER), Cartagena.
- Bonet, J.; Pérez, G.; Ricculli, D. (2017). “¿Hay pereza fiscal territorial en Colombia?”, Documentos de Trabajo sobre Economía Regional y Urbana, núm. 261, Banco de la República, Centro de Estudios Económicos Regionales (CEER), Cartagena.
- Bonet, J.; Reina, Y. (2015). “Necesidades de inversión y escenarios fiscales en Cartagena”, Documentos de Trabajo sobre Economía Regional y Urbana, núm. 219, Banco de la República, Centro de Estudios Económicos Regionales (CEER), Cartagena.
- Bonet, J.; Urrego, J. (2014). “El Sistema General de Regalías: ¿mejoró, empeoró o quedó igual?”, Documentos de Trabajo sobre Economía Regional y Urbana, núm. 198, Banco de la República, Cartagena.
- Borrero, A. (2004). “El conflicto armado interno, los cultivos ilícitos y la gobernabilidad local”, *Revista Opera*, vol. 4, núm. 4, Universidad Externado de Colombia.
- Caballero, C. (1999). “Cambios en la política petrolera: el turno de las regalías”, *Economía Colombiana y Coyuntura Política*, núm. 276, Contraloría General de la República.
- Cadena, X. (2002). “¿La descentralización emperreza? Efecto de las transferencias sobre los ingresos tributarios municipales en Colombia”, *Desarrollo y Sociedad*, núm. 50.
- Clavijo, S. (1998). *Descentralización de la educación y la salud: aspectos fiscales del gasto social en Colombia*. Bogotá: Ediciones Uniandes.
- Contraloría General de la República (1999). “Manejo de las regalías en el municipio de Tolú”, *Informe*, Contraloría General de la República.
- Contraloría General de la República (2004). “Las regalías del carbón en el Cesar”, *Informe*, Contraloría General de la República.
- Cuéllar, M.; Castellanos, D. (2011). “Reforma a las regalías: ¿hacia una menor disparidad regional?”, *Semana Económica*, núm. 795.
- Espinosa, A. (2011). “Política tributaria e incentivos fiscales: consideraciones para el desarrollo económico de Cartagena”, *Revista Economía & Región*, núm. 53, Universidad Tecnológica de Bolívar, Cartagena de Indias.
- Espinosa, A.; Campos, J. (2013). “El recaudo del impuesto predial en Cartagena de Indias, 1984-2010”, *Revista Economía & Región*, vol. 7, núm. 2, Universidad Tecnológica de Bolívar.

- Fainboim, I.; Acosta, O.; Cadena, H. (1997a). “El proceso reciente de descentralización fiscal en Colombia y sus perspectivas”, *Coyuntura Social*, núm. 5, Fedesarrollo.
- Fainboim, I.; Olivera, M.; Alonso, J. C. (1997b). “La sostenibilidad de la política fiscal colombiana”, *Coyuntura Económica*, vol. 27, núm. 3, Fedesarrollo.
- Ferreira, A.; Valenzuela, L. (1993). “Descentralización fiscal: el caso colombiano”, *Serie Política Fiscal*, núm. 49, Comisión Económica para América Latina y el Caribe, Naciones Unidas.
- Fisman, R.; Gatti, R. (2002). “Decentralization and corruption: evidence across countries”, *Journal of Public Economics*, vol. 83, núm. 3, Elsevier, Amsterdam.
- Fontalvo, A.; Mejía, J. (2001). “Impacto de la descentralización en el desarrollo administrativo-financiero del municipio de Barrancas en el período 1991-1999”, Tesis de grado, Programa de Economía, Universidad del Atlántico, Barranquilla.
- Fundesarrollo (2005). “Situación financiera de Cartagena, 1994-2004”, Fundesarrollo, mimeo.
- Fundesarrollo (2011). “Las finanzas públicas del área metropolitana de Barranquilla y el municipios de Sabanalarga, 2010”, Fundesarrollo, mimeo.
- Fundesarrollo (2012). “Las finanzas públicas del área metropolitana de Barranquilla y el municipio de Sabanalarga, 2011”, Fundesarrollo, mimeo.
- Galvis, L.; Galvis, W.; Hahn, L. (2017). “Una revisión de los estudios de convergencia regional en Colombia”, Documentos de Trabajo sobre Economía Regional y Urbana, núm. 264, Banco de la República, Centro de Estudios Económicos Regionales (CEER), Cartagena.
- Galvis, L.; Meisel, A. (2013). “Regional inequalities and regional policies in Colombia: the experience of the last two decades”, en J. R. Cuadrado-Roura y P. Aroca (eds.), *Regional Problems and Policies in Latin America* (pp. 197-223), Berlin Heidelberg: Springer-Verlag.
- Gamarra, J. (2005). “La economía del Cesar después del algodón”, Documentos de Trabajo sobre Economía Regional y Urbana, núm. 59, Banco de la República, Centro de Estudios Económicos Regionales (CEER), Cartagena.
- Gaviria, A.; Zapata, J. (2002). “Petróleo y región: el caso del Casanare”, *Cuadernos de Fedesarrollo*, núm. 8, Fedesarrollo.
- González, E. (2001). “Evaluación de la descentralización municipal en Colombia. La relación entre corrupción y proceso de descentralización en Colombia”, *Archivos de Economía*, núm. 167, Departamento Nacional de Planeación.
- Guzmán, K.; Estrada, A. (2016). “Los gobiernos departamentales y la inversión en regalías en Colombia”, Documentos de Trabajo sobre Economía Regional y Urbana, núm. 236, Banco de la República, Centro de Estudios Económicos Regionales (CEER), Cartagena.

- Hernández, A.; Herrera, F. (2015). “Evaluación del Sistema General de Regalías”, *Cuadernos del PNUD*, Bogotá: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- Hernández, G. (2004). “Impacto de las regalías petroleras en el departamento del Meta”, *Ensayos sobre Economía Regional*, Banco de la República.
- Hernández, G. (2007). “Memoria de cálculo de los beneficios fiscales futuros del carbón en el departamento del Cesar”, mimeo.
- Iimi, A. (2005). “Decentralization and economic growth revisited: an empirical note”, *Journal of Urban Economics*, vol. 57, núm. 3, Elsevier, Amsterdam.
- Iregui, A.; Ramos, J.; Saavedra, L. (2001). “Análisis de la descentralización fiscal en Colombia”, *Borradores de Economía*, núm. 175, Banco de la República, Bogotá.
- Junguito, R.; Melo, L.; Misas, M. (1995). “La descentralización fiscal y la política macroeconómica”, *Borradores de Economía*, núm. 31, Banco de la República, Bogotá.
- López, L.; Novoa, D.; Baldovino, E.; Ocampo, C.; Leviller, L. (2007). “La competitividad tributaria empresarial de Cartagena de Indias. Análisis de eficiencia y productividad”, *Series de Estudios sobre la Competitividad de Cartagena*, núm. 7, Observatorio del Caribe Colombiano.
- Lozano, I. (2001). “Colombia’s public finance in the 1990s: a decade of reforms, fiscal imbalance, and debt”, *Borradores de Economía*, núm. 174, Banco de la República, Bogotá.
- Lozano, I.; Julio, J. (2016). “Descentralización fiscal y crecimiento económico en Colombia: evidencia de datos de panel a nivel regional”, *Revista Cepal*, núm. 119, agosto, Cepal, Bogotá.
- Martínez, L. (2017). “Sources of Revenue and Government Performance: Evidence from Colombia”, University of Chicago, mimeo.
- Meisel, A. (2004). “La economía de Ciénaga después del banano”, Documentos de Trabajo sobre Economía Regional y Urbana, núm. 50, Banco de la República, Centro de Estudios Económicos Regionales (CEER), Cartagena.
- Meisel, A. (2007). “La Guajira y el mito de las regalías redentoras”, en A. Meisel (ed.), *Las economías departamentales del Caribe continental colombiano* (pp. 370-421), Bogotá: Banco de la República, Colección de Economía Regional.
- Meisel, A.; Aguilera, M. (2017). “Magangué: capital humano, pobreza y finanzas públicas”, *Revista del Banco de la República*, vol. 88, núm. 1056, pp. 19-44.
- Ministerio de Hacienda – Dirección General de Apoyo Fiscal (DAF) (2015). *Responsabilidad fiscal subnacional y descentralización en Colombia: quince años de consolidación*, Bogotá: Ministerio de Hacienda y Crédito Público.

- Montenegro, A.; Nule, G.; Vargas, C. (1996). “Distrito Turístico y Cultural de Cartagena de Indias: situación financiera, recomendaciones y plan de ajuste”, Funcicar, mimeo.
- Montenegro, A.; Vargas, C. (2001). “Distrito de Barranquilla: situación financiera actual y recomendaciones”, Fundesarrollo, Barranquilla.
- Oates, W. (1999). “An essay on fiscal federalism”, *Journal of Economic Literature*, vol. 37, núm. 3, American Economic Association, Nashville, Tennessee.
- Ocampo, J. A. (1995). “El proceso colombiano de descentralización. Ponencia inaugural del II Seminario Internacional sobre Descentralización Fiscal en América Latina del Proyecto Cepal/GTZ”, *Serie Política Fiscal*, núm. 84, Comisión Económica para América Latina y el Caribe, Naciones Unidas.
- Otero, A. (2011). “Superando la crisis. Las finanzas públicas de Barranquilla, 2000-2009”, *Revista Economía & Región*, vol. 5, núm. 2, Universidad Tecnológica de Bolívar.
- Pachón, M.; Wills, L.; Sánchez, F. (2013). “Dinámicas políticas alrededor de la administración y uso de las regalías” (en línea), Universidad de los Andes, Bogotá, consultado el 13 de noviembre de 2013, en <economia.uniandes.edu.co/content/download/47341/395872/file/Pachon_Will_Sanchez_Mayo2013_Dinamicaspoliticasalredordelaadministracionyusodelasregalias.pdf>
- Pearce, J. (2005). “Más allá de la malla perimetral. El petróleo y el conflicto armado en Casanare, Colombia”, Cinep.
- Pedraza, J. (2012). “Gobernabilidad municipal en medio del conflicto armado en Colombia”, *Revista Opera*, núm. 12, Universidad Externado de Colombia.
- Pening, J. (2003). “Evaluación del proceso de descentralización en Colombia”, *Economía y Desarrollo*, vol. 2, núm. 1, Bogotá.
- Perry, G.; Olivera, M. (2009). “El impacto del petróleo y la minería en el desarrollo regional y local en Colombia”, *Documentos de Trabajo*, núm. 51, Fedesarrollo, Bogotá.
- Pinilla, D.; Jiménez, J.D.; Montero, R. (2016). “Descentralización fiscal y crecimiento económico. La experiencia reciente de América Latina”, *Revista Desarrollo y Sociedad*, núm. 77.
- Ramírez, J. M.; Bedoya, J. G. (2014). “Regalías directas por hidrocarburos y esfuerzo fiscal municipal en Colombia”, *Coyuntura Económica*, vol. 44, núm. 2, pp. 15-34.
- Restrepo, A.; Chacón, J. (2015). “Las finanzas públicas de Soledad, Atlántico. Un caso atípico”, *Revista Economía & Región*, vol. 9, núm. 2, Universidad Tecnológica de Bolívar.
- Rodríguez, L. (2009). “Los municipios colombianos y el conflicto armado. Una mirada a los efectos sobre la efectividad en el desempeño de los gobiernos locales”, *Colombia Internacional*, núm. 70, pp. 93-120.

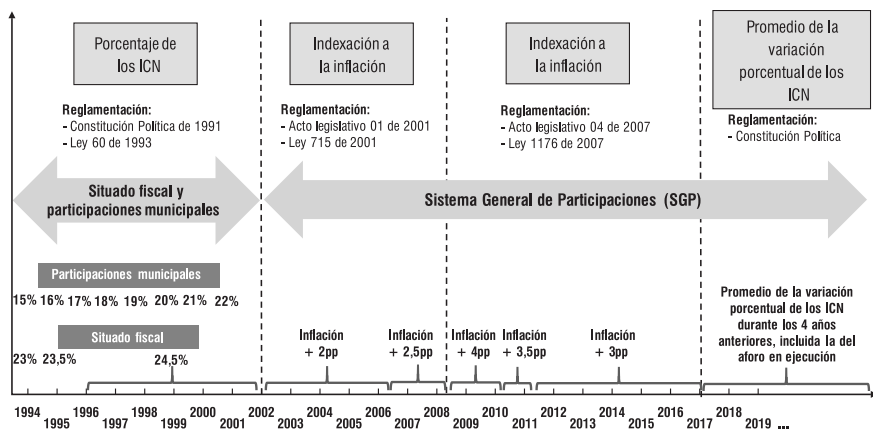
- Ruiz, J.; Tenjo, F. (1987). “La descentralización cuestionada: la reforma actual frente a la de 1968”, *Revista Economía Colombiana*, núm. 190-191, Contraloría General de la República.
- Sánchez, F.; Martínez, M.; Mejía, C. (2005a). “La estructura económica actual del Casanare y posibilidades futuras de crecimiento y competitividad”, tomo I, núm. 006739, CEDE, Universidad de los Andes.
- Sánchez, F.; Mejía, C.; Herrera, F. (2005b). “Impacto de las regalías del carbón en los municipios del Cesar, 1997-2003”, *Cuadernos del PNUD*, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- Sánchez, J.; Gutiérrez, C.; Parra, J. C. (1994). “Transferencias intergubernamentales y comportamiento fiscal”, *Coyuntura Económica*, vol. 24, núm. 2, pp. 89-110.
- Sepúlveda, C.; Martínez, J. (2011). “The consequences of fiscal decentralization on poverty and inequality”, *Environment and Planning C: Government and Policy*, vol. 29, núm. 2, pp. 321-343.
- Stein E. (1998). “Fiscal decentralization and government size in Latin America”, *Working Paper Series*, núm. 368, Banco Interamericano de Desarrollo (BID), Washington, D. C.
- Toro, D.; Doria, M. (2007). “La curva de Laffer y la optimización del recaudo tributario en Cartagena”, *Revista Economía & Región*, núm. 5, Universidad Tecnológica de Bolívar.
- Viloria, J. (2002). “Riqueza y despilfarro: la paradoja de las regalías en Barrancas y Tolú”, Documentos de Trabajo sobre Economía Regional y Urbana, núm. 28, Banco de la República, Centro de Estudios Económicos Regionales (CEER), Cartagena.
- Viloria, J. (2004). “La economía del departamento de Córdoba: ganadería y minería como sectores clave”, Documentos de Trabajo sobre Economía Regional y Urbana, núm. 51, Banco de la República, Centro de Estudios Económicos Regionales (CEER), Cartagena.
- Viloria, J. (2009). “El ferroníquel de Cerro Matoso: aspectos económicos de Montelíbano y el Alto San Jorge”, Documentos de Trabajo sobre Economía Regional y Urbana, núm. 117, Banco de la República, Centro de Estudios Económicos Regionales (CEER), Cartagena.
- Weisner, E. (1992). *Colombia: descentralización y federalismo fiscal: Informe final de la Misión de Descentralización*, Presidencia de la República, Departamento Nacional de Planeación, DNP, Bogotá, Colombia.
- Weisner, E. (1995). “La visión global y la reforma del marco de política”, en *La descentralización, el gasto social y la gobernabilidad en Colombia*. Bogotá: Departamento Nacional de Planeación (DNP).

- Yabrudy, J. (2017). “Treinta años de finanzas públicas en San Andrés: de la autosuficiencia a la dependencia fiscal”, en A. Meisel y M. Aguilera (eds.), *Economía y medio ambiente del archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina* (pp. 191-234), Bogotá: Banco de la República, Colección de Economía Regional.
- Zapata J. G. (2010). “Las finanzas territoriales en Colombia”, en *Debates presidenciales*, Bogotá: Fedesarrollo - CAF.
- Zapata J. G. (2016). “Finanzas municipales en Colombia: buen desempeño pero se mantienen las desigualdades”, Bogotá, mimeo.
- Zapata J. G.; Acosta, O. L.; Gonzáles, A. (2001). “Evaluación de la descentralización municipal en Colombia. ¿Se consolidó la sostenibilidad fiscal de los municipios colombianos durante los años noventa?”, *Archivos de Economía*, núm. 165, Departamento Nacional de Planeación, Bogotá.

ANEXO 1

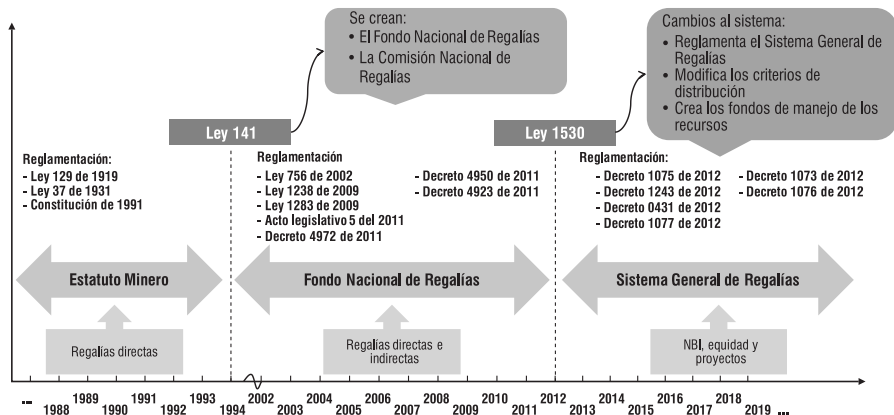
EVOLUCIÓN NORMATIVA DE LAS TRANSFERENCIAS EN COLOMBIA

A. SISTEMA GENERAL DE PARTICIPACIONES (SGP)



Fuente: Bonet y Pérez (2016).

B. SISTEMA GENERAL DE REGALÍAS (SGR)



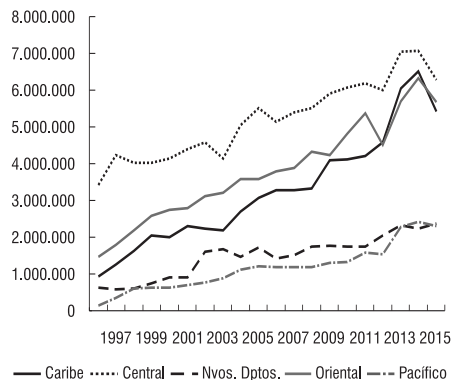
Fuente: Bonet et al. (2017).

ANEXO 2

ANEXO 2A. INGRESO TOTAL, CORRIENTE Y DE CAPITAL EN LOS GOBIERNOS DEPARTAMENTALES (MILLONES DE PESOS CONSTANTES DE 2008, 1996 - 2015)

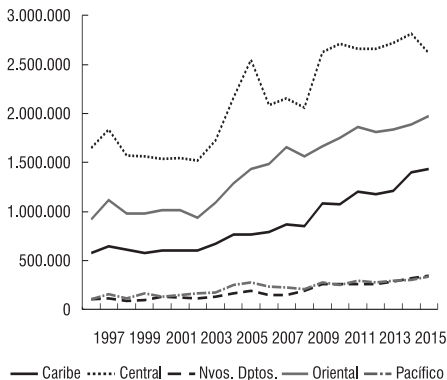
A. INGRESO TOTAL

(millones de pesos)



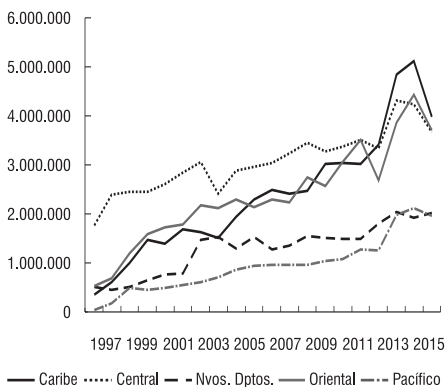
B. INGRESO CORRIENTE

(millones de pesos)



C. INGRESO DE CAPITAL

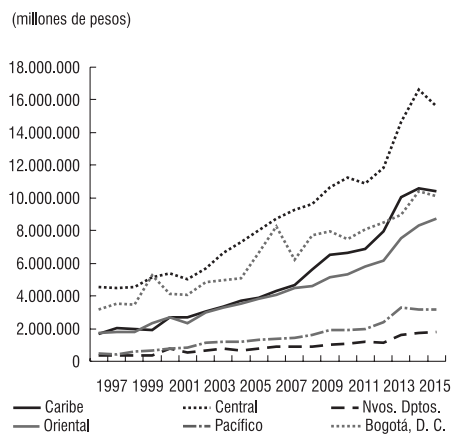
(millones de pesos)



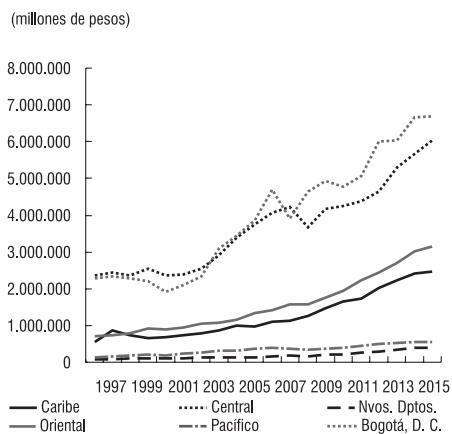
Fuente: DNP (Ejecuciones presupuestales); cálculos de los autores.

ANEXO 2B. INGRESO TOTAL, CORRIENTE Y DE CAPITAL EN LOS GOBIERNOS MUNICIPALES (MILLONES DE PESOS CONSTANTES DE 2008, 1996 – 2015)

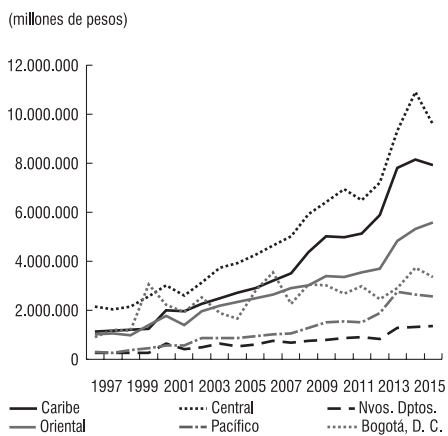
A. INGRESO TOTAL



B. INGRESO CORRIENTE



C. INGRESO DE CAPITAL



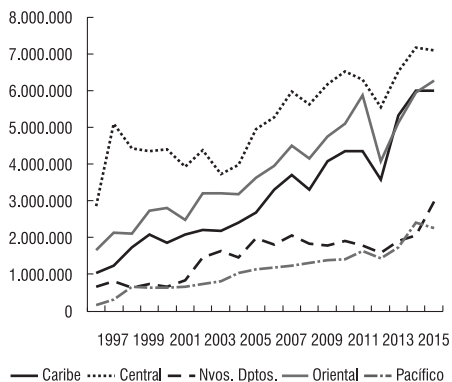
Fuente: DNP (Ejecuciones presupuestales); cálculos de los autores.

ANEXO 3

ANEXO 3A. GASTO TOTAL, CORRIENTE Y DE CAPITAL EN LOS GOBIERNOS DEPARTAMENTALES (MILLONES DE PESOS CONSTANTES DE 2008, 1996-2015)

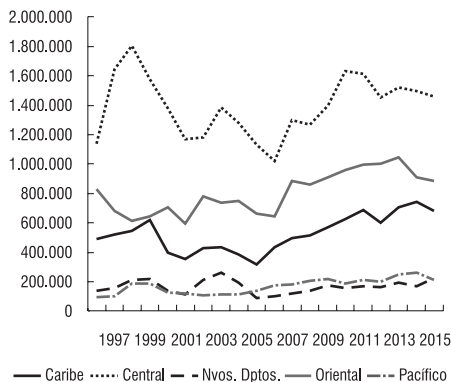
A. GASTO TOTAL

(millones de pesos)



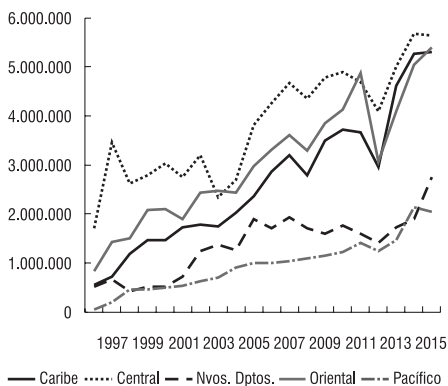
B. GASTO CORRIENTE

(millones de pesos)



C. GASTO DE CAPITAL

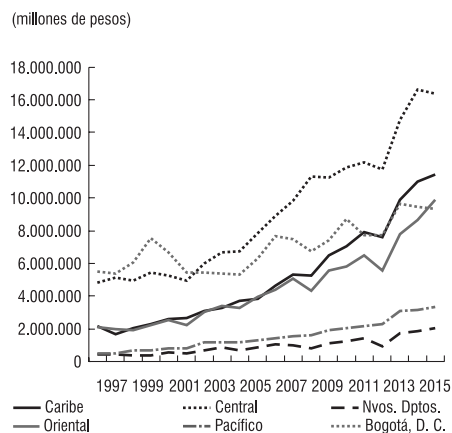
(millones de pesos)



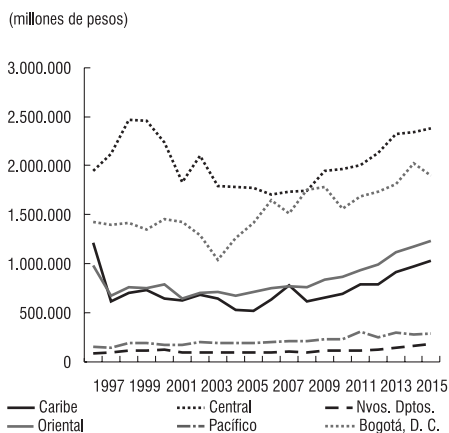
Fuente: DNP (Ejecuciones presupuestales); cálculos de los autores.

ANEXO 3B. GASTO TOTAL, CORRIENTE Y DE CAPITAL EN LOS GOBIERNOS MUNICIPALES (MILLONES DE PESOS CONSTANTES DE 2008, 1996-2015)

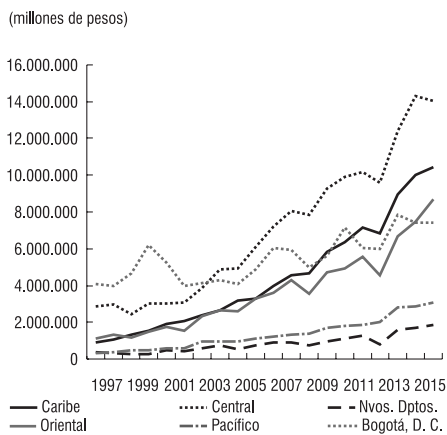
A. GASTO TOTAL



B. GASTO CORRIENTE



C. GASTO DE CAPITAL



Fuente: DNP (Ejecuciones presupuestales); cálculos de los autores.

TERCERA PARTE
ARQUEOLOGÍA

ARQUEOLOGÍA EN EL CARIBE COLOMBIANO: BALANCE, RETOS Y PERSPECTIVAS

Juan Guillermo Martín
Javier Rivera Sandoval

1. INTRODUCCIÓN

La arqueología en el Caribe colombiano ha tenido una prolongada trayectoria, desde inicios del siglo XX, debido a que es una región clave para entender los intrincados procesos relacionados con adaptabilidad y complejización social (Mason, 1939; Angulo, 1955, 1981, 1983, 1988; Reichel-Dolmatoff, 1954, 1955, 1965, 1991; Reichel-Dolmatoff y Dussán, 1956; Plazas y Falchetti, 1981, 1988; Oyuela-Caycedo, 1987, 2006; Oyuela-Caicedo y Rodríguez, 1995).

La diversidad de procesos sociales identificados y estudiados en el Caribe se relacionan en buena medida con la variabilidad en las condiciones ambientales que la región ofrece. Los enfoques paleoecológicos, fundamentados en la paleobotánica y la arqueozoología (Betancourt y Rangel, 2012; Oyuela-Caycedo, 1996; Peña, 2001; Ramos y Archila, 2008; Ramos, 2014), han ofrecido una nueva perspectiva sobre los cambios ambientales con una perspectiva de larga duración. A ello se suman la geoarqueología (Butzer, 1989) y los análisis de paisaje, que han precisado las transformaciones que este ha sufrido debido a la prolongada presencia humana en la región.

Se trata de trayectorias culturales diferentes que se adaptaron a entornos disímiles, los transformaron y aprovecharon sus recursos, más allá de una economía de subsistencia y desarrollos culturales unilíneales.

Por supuesto, no todas las aproximaciones arqueológicas a la región Caribe han tenido en cuenta estos criterios. Lo cierto es que los corpus de información generado por los pioneros de la arqueología del Caribe colombiano marcaron una hoja de ruta, plantearon interrogantes y generaron una base fundamental para el desarrollo de la disciplina.

Este capítulo ofrece una breve síntesis de lo que hasta la fecha se ha venido generando en la región Caribe, incluyendo el desarrollo de la arqueología histórica y urbana, la arqueología subacuática y el papel de los museos arqueológicos como piezas fundamentales en la difusión de estos conocimientos.

2. EL PAISAJE COMO UNIDAD DE ANÁLISIS

A partir del desarrollo de la geoarqueología, a finales del siglo XX, el paisaje ha cobrado mayor relevancia y, en ese sentido, la comprensión de los diversos

paisajes que configuran la región Caribe colombiana facilita el entendimiento de los procesos sociales y culturales que se dieron en los últimos diez mil años.

Se trata de una región de contrastes, desde una perspectiva ambiental, donde se presentan paisajes que van desde estuarios, sabanas, lagos, ciénagas, cuencas hidrográficas diversas, llanuras desérticas, sistemas montañosos, y la imponente Sierra Nevada de Santa Marta. Todos ellos, de una u otra forma interconectados, pero con evidentes diferencias, las cuales se presentan a continuación siguiendo un orden geográfico desde la península de La Guajira hasta el golfo de Urabá.

Las llanuras desérticas y semidesérticas están concentradas en el área norte, específicamente en la península de La Guajira, el enclave de Los Venados en el Cesar, pequeños sectores de Bolívar y Atlántico, el sector oriental del parque nacional natural de la isla de Salamanca, y en la bahía de Santa Marta. Se trata de zonas ecológicas en las cuales predominan la escasa pluviosidad, altas temperaturas y una cobertura vegetal adaptada a estas condiciones (Hernández *et al.*, 1995).

La vegetación característica está constituida por árboles pequeños, arbustos achaparrados de hojas permanentes, rígidas y espinosas. También se presentan gramíneas que se secan en verano. En estas zonas crecen además plantas con hojas carnosas y arbustos como el yabo (*Cercidium praecox*) y el cují (*Neltuma juliflora*), alrededor de los cuales se forman matorrales muy densos (Rangel, 2012).

La fauna está representada por especies endémicas como el cardenal guajiro (*Cardinalis phoeniceus*), serpientes de coral (*Micrurus sanglensis*) y salamandras (*Bolitoglossa* sp.) (Rangel, 2012).

Sin embargo, la problemática ambiental actual en la región Caribe se caracteriza por el predominio de la ganadería intensiva y el incremento de la agroindustria y los proyectos de minería, lo que ha causado el deterioro de los ecosistemas, afectando en particular los territorios indígenas y campesinos.

La Sierra Nevada de Santa Marta es la elevación costera más alta del mundo (5.775 m, a 46 km de la costa, y 17.000 km² de área), aislada del extremo norte de los Andes (serranía del Perijá) por un valle de 62 km de ancho. Este aislamiento provoca un fuerte grado de endemismo en numerosas especies de la flora y la fauna.

La Sierra está ubicada entre los departamentos de Magdalena, La Guajira y Cesar, con apariencia de pirámide cuyo costado norte bordea el mar Caribe desde las planicies de La Guajira hasta la desembocadura del río Manzanares. El costado occidental limita con la Ciénaga Grande de Santa Marta y el valle aluvial del río Magdalena, y finalmente el costado oriental, delimitado por

el valle del río Cesar hasta La Guajira. En la Sierra Nevada se encuentran los picos más elevados del territorio colombiano (Cristóbal Colón y Simón Bolívar, con 5.750 m cada uno); además se localizan lagos ubicados a más de 3.000 metros sobre el nivel del mar (m. s. n. m.), a partir de los cuales se forman los ríos que descienden por los tres costados.

Las zonas estuarinas son los lugares en los que los ríos llegan al mar combinando la salinidad del agua marina y el agua dulce. Este intercambio de nutrientes, sedimentos y organismos vivos genera ambientes valiosos desde un punto de vista biológico y económico. Dichos ambientes son el lugar de crianza de gran variedad de aves migratorias, peces marinos costeros y camarones. En la actualidad muchas de estas zonas de estuarios son utilizadas como puertos de gran importancia para la navegación industrial y turística.

La vegetación típica de estos ambientes es la del manglar, dentro de la que se destacan especies como *Avicennia germinans*, *Conocarpus erecta*, *Laguncularia racemosa*, *Pelliciera rhizophora*, *Rhizophora mangle*. Estos árboles tienen como característica su tolerancia a suelos muy húmedos, en los que se presenta alta concentración salina y que durante buena parte del año soportan la inundación por efectos de la marea. Esa complejidad de suelos y vegetación favorece la presencia de gran variedad de moluscos, peces, aves y mamíferos. Entre los primeros se cuenta con especies como la piangua (*Anadara* spp.) y la ostra negra (*Isognomun alatus*); crustáceos, como el cangrejo azul (*Cardisoma* spp.), los langostinos (*Penaeus* spp.) y el camarón pistola (*Alpheus* spp.); mamíferos, como el mapache cangrejero (*Procyon carnivorus*) y la nutria (*Lutra longicaudis*). Entre los peces más frecuentes se encuentran los bagres marinos, mientras que las aves de la zona suelen ser las garzas nocturnas (*Nycticorax* spp.), los piqueros (*Sula leucogaster*) y el pelícano (*Pelicanus occidentalis*). También se hallan caimanes (*Crocodylus acutus*) y babillas (*Caiman crocodilus*) (Rangel, 2012).

Estos ambientes, al igual que en muchas otras regiones del Caribe, se ven amenazados por los procesos de explotación agrícola y pesquera, que limitan la productividad del sistema e incluso el mismo potencial económico. Además, los estuarios o zonas litorales se ven muy afectados por la construcción de las carreteras que sin planificación destruyen manglares al disminuir el intercambio de sales y nutrientes.

Las sabanas de la región se encuentran localizadas sobre todo en los departamentos de Córdoba, Sucre y Bolívar, y se caracterizan por ser zonas cuyas características de suelo, clima y flora las convierten en ecosistemas de gran importancia económica y ecológica, que en la actualidad se utilizan para la producción ganadera.

La vegetación que representa a estos entornos ambientales son *Trachypogon* spp., *Paspalum* spp., *Axonopus* spp. y *Andropogon* spp. También se encuentran especies como *Curatella americana*, *Byrsonima crassifolia*, *Bowdichia virgiloides* y *Xilopia aromatica*. Los pocos bosques de galería que se registran, y de los que hoy pocos reductos quedan, se localizan a lo largo de las riberas de los ríos y caños con cauce permanente; básicamente están conformados por árboles como *Tabebuia serratifolia*, *Ceiba pentandra*, *Hymenaea courbaril* y *Comarouna rosea*, entre otros (Rangel, 2012).

En cuanto a la fauna de la región, cada vez más mermada, se cuenta con especies de mamíferos como el venado de cola blanca (*Odocoileus virginianus*), chigüiro (*Hydrochaeris hydrochaeris*), jerre-jerre (*Dasyprocta punctata*), saínos (*Tayassu tajacu* y *Tayassu pecari*), lapa o tinajo (*Agouti paca*) y armadillo (*Dasybus novemcinctus*). Entre los reptiles sobresalen la tortuga hicotea (*Trachemys callirostris*) y la babilla (*Caiman crocodilus*) (Rangel, 2012).

Sin embargo, estos ecosistemas se han visto modificados por el incremento de actividades de ganadería extensiva, para las que se han mejorado los pastos y se ha degradado el bosque, y también han sido utilizados para los cultivos intensivos de arroz y palma de aceite africana. Estos procesos de transformación del entorno generan impactos negativos en los suelos, porque se hacen frágiles y se contaminan, con la consecuente pérdida del potencial ecológico y económico.

Lagos y humedales son ecosistemas productivos que cumplen la función de controlar las inundaciones, en la medida en que actúan como esponjas de almacenamiento durante el invierno y de liberación en el verano; asimismo, son retenedores de sedimentos y nutrientes, lo que favorece la agricultura. La relación del agua, el suelo, los nutrientes, la vegetación y la fauna favorece que en estas zonas se dé una gran diversidad de vida silvestre, recursos forestales, abastecimiento de agua y despensas agrícolas.

La vegetación acuática de los humedales está conformada por plantas flotantes como los pajonales y las tarullas. Entre tanto, la fauna está caracterizada por mamíferos como el chigüiro (*Hydrochaeris hydrochaeris*), el perro de agua (*Lutra longicaudis*) y el manatí (*Trichechus manatus*, *Trichechus inungis*). También ocupan la zona babillas (*Caiman crocodylus*), caimanes (*Crocodylus intermedius*, *Crocodylus acutus*) y la tortuga hicotea (*Trachemys callirostris*) (Rangel, 2012).

Las ciénagas, humedales y lagunas presentan diversos problemas ambientales, como la quema de vegetación, contaminación con agroquímicos, sedimentación excesiva, inundación constante y erosión. Además, por la caza de especies de reptiles como iguanas y tortugas, y la sobreexplotación pesquera.

El complejo de humedales más representativos de la región Caribe lo conforma el río Magdalena, que forma cerca de 1.900 ciénagas, e incluye los ríos San Jorge y Cauca, formando la Depresión Momposina, así como los humedales de los ríos Sinú, Atrato y Cesar. Se dice que el total de los humedales de la Depresión Momposina corresponden a 607.504 hectáreas, de las cuales 57,7% están localizadas en los actuales departamentos de Bolívar y Magdalena.

Los montes son formaciones montañosas que se ubican cerca al litoral, haciendo las veces de franja entre las sabanas y el mar. Su formación geológica corresponde a rocas sedimentarias del Terciario, depositadas en el fondo del mar y levantadas por los movimientos tectónicos de la placa del Caribe y el levantamiento de los Andes. En la región Caribe, las unidades que las representan son los Montes de María o serranía de San Jacinto, en Bolívar, y la serranía de San Jerónimo, al norte de Córdoba y Sucre.

La fauna de estos ambientes está representada por monos y aves, siendo las principales especies la pava congona (*Penelope purpurascens*), el paujil colombiano (*Crax alberti*), la guacamaya azul y amarilla (*Ara ararauna*), y mamíferos como el mono araña (*Ateles* sp.), mono aullador (*Aloatta seniculus*), mono capuchino (*Cebus capucinus*), saíno (*Tayassu tajacu*), tití cabeza blanca (*Saguinus oedipus*), entre otros (Rangel, 2012).

Los problemas ambientales que se presentan en la región son similares a los ya descritos; no obstante, parece que en estas zonas tienden a acrecentarse debido a la erosión de ladera; la deforestación provoca procesos geomorfológicos laminares, escorrentías que lavan las colinas y arrastre de materiales. El aumento de cultivos y zonas ganaderas a su vez han limitado los espacios a la vida silvestre.

3. LAS OCUPACIONES PREHISPÁNICAS DEL CARIBE COLOMBIANO

La arqueología de esta región se ha concentrado principalmente en las diversas ocupaciones prehispánicas, proponiendo una periodización a partir de las estrategias de subsistencia asociadas con la diversidad ambiental antes expuesta (Groot, 1989). En este sentido, Langebaeck y Dever (2000) plantean tres etapas para lo que se ha denominado el período Formativo: por un lado, está el Formativo Temprano, asociado a los grupos de cazadores recolectores que, a través de sus innovaciones, posibilitarían el desarrollo de la vida sedentaria y la producción de alimentos. Le sucede el Formativo Medio, vinculado con las actividades agrícolas y el aprovechamiento específico de tubérculos y raíces como la yuca. Finalmente, el Formativo Tardío estará relacionado con

el cultivo y la producción del maíz y el surgimiento de una complejidad social que facilitó el desarrollo de las sociedades cacicales.

Para el Formativo Temprano en la costa Caribe se ha reportado instrumental lítico paleoindio, representado básicamente en puntas de proyectil en sitios como Bahía Gloria, en el golfo de Urabá (Correal, 1983), Santa Marta, Mahates, Betancí (Reichel-Dolmatoff, 1989), San Nicolás en el valle del río Sinú y en el canal de Dique (Reichel-Dolmatoff, 1986). Lamentablemente, se trata de hallazgos esporádicos, en los que por lo general el contexto no es claro y su asociación inexistente. Tampoco se da cuenta de una cronología absoluta que pueda precisar otros aspectos en torno a las estrategias de subsistencia de estos grupos humanos.

Recientemente, en el alto Ranchería se recuperó, en una recolección superficial, una serie de artefactos paleoindios. Resalta la presencia de fragmentos de puntas joboides, *choppers* y *chopping-tools*, así como raspadores plano-convexos, en el municipio de Barrancas, en La Guajira (Rodríguez *et al.*, 2010). Se trata de hallazgos que se relacionan con los reportados en Venezuela en los estados de Falcón y Lara (Jaimes, 1998, 1999), asociados con pobladores tempranos en esta región del continente.

Desde la paleoecología se ha podido establecer que, entre el 18.000 y 6.000 A. P. (antes del presente), la temperatura empezó a elevarse, lo cual generó un aumento en el nivel del mar, que alcanzó a estar 100 metros (m) por debajo de los índices actuales (Archila, 1993: 116). Asimismo, este proceso ocasionó una fluctuación en las líneas de costa que estaban siendo ocupadas por los grupos de cazadores recolectores. Esto no solo explica por qué no hay suficiente evidencia sobre los primeros pobladores del Caribe, ya que como se ha reportado para otras regiones quizá los sitios asociados a estos grupos están sumergidos (Dillehay, 2000), sino que también tiene una fuerte incidencia en las dinámicas de aprovechamiento de los recursos costeros y estuarinos. Además, entre el 7.000 y 1.900 A. P. se dieron varios procesos que modificaron el paisaje en el Caribe colombiano, los cuales incluyen movimientos tectónicos, cambios en los cursos de los ríos, aumento de las precipitaciones, formación de lagos y ciénagas estacionales y la incursión del mar tierra adentro (Archila, 1993; Oyuela-Caicedo, 1996), con las consecuentes formaciones de ecosistemas de mangle, que se redujeron posteriormente con la llegada de épocas más secas. En este proceso se destaca la alternancia de períodos secos y húmedos a partir de los niveles de inundación en la porción baja de los ríos Magdalena, Cauca y San Jorge en los últimos 5.500 años (Archila, 1993: 119, Oyuela-Caycedo, 1996: 53).

Las fechas más antiguas asociadas con actividad humana en el Caribe colombiano provienen del sitio San Jacinto I, una ocupación fechada desde

el 5.940 ± 60 A. P. (Oyuela-Caycedo y Bonzani, 2014: 8). Allí fue posible establecer no solo la manera como las poblaciones de cazadores recolectores aprovecharon los recursos que tenían a su disposición, sino también las tecnologías que implementaron para ello, como el surgimiento de la cerámica (Rodríguez, 1988).

Esta estrategia de adaptación contrasta con el de los contextos conocidos como concheros, donde es posible evidenciar otros mecanismos de aprovechamiento y sobresale la gran abundancia de restos de moluscos en sitios como Monsú (5.300 ± 80 A. P. - 2.800 A. P.), Puerto Chacho (5.220 ± 90 A. P.), Puerto Hormiga (5.040 ± 70 A. P. - 4.502 ± 250 A. P.), Canapote (3.730 ± 120 A. P. - 3.890 ± 100 A. P.) y Barlovento (3.510 ± 100 A. P. - 2.980 ± 120 A. P.), los tres primeros localizados en inmediaciones del canal del dique y los otros dos sobre la costa cerca a Cartagena. Dichos yacimientos sugieren tanto los procesos de cambio climático que sufrió la región, como la manera en que incidieron en la configuración del paisaje y la disponibilidad de recursos.

Para períodos posteriores se han registrado otros concheros en el área de la isla de Salamanca, entre Barranquilla y Santa Marta, y en proximidades de la Ciénaga Grande de Santa Marta. En la primera zona se han identificado fechas entre el 1.615 ± 100 A. P. y el 985 ± 120 A. P., en sitios reportados inicialmente por Reichel-Dolmatoff en la década de los cincuenta y que son interpretados como campamentos temporales que pudieron estar vinculados con los pueblos Tairona de la Sierra Nevada de Santa Marta, como es el caso del sitio Cangarú (Oyuela-Caycedo, 1996: 67). Una situación similar se presentó para los concheros identificados en la Ciénaga Grande, donde se ha estimado una cronología que va del 1.490 ± 100 A. P. al 825 ± 100 A. P. (Oyuela-Caycedo, 1996: 64).

Asimismo, en el costado oriental del golfo de Urabá se han reportado otros concheros sin dataciones asociadas, pero con evidencia de fragmentos cerámicos, restos faunísticos, instrumentos líticos y sepulturas, como en el sitio El Estorbo, asociados a un patrón de asentamiento en el que las viviendas eran dispuestas en terrazas sobre áreas de piedemonte (Santos, 1986).

Estos sitios muestran continuidad en el uso de los concheros como estrategia de aprovechamiento de recursos, aunque los más tardíos serían usados por las sociedades agroalfareras. Precisamente el Caribe ha sido el escenario para la discusión sobre el origen de la agricultura, la sedentarización y la cerámica desde hace casi 6.000 años en sitios tan tempranos como San Jacinto I, ubicado en la serranía de San Jacinto. Allí, a partir del análisis de polen, macrorrestos, material malacológico y óseo faunístico, se pudieron reconstruir las condiciones ambientales e incidencia en las estrategias de subsistencia de las poblaciones de cazadores recolectores entre el 5.940 ± 60 A. P. y

el 5.300 ± 75 A. P., incluyendo la introducción de la cerámica con desgrasante de la fibra vegetal más antigua de América.

En este sitio se destaca la presencia de 112 hornos subterráneos y otra serie de rasgos, entre los que sobresalen huellas, postes, acumulaciones de moluscos y artefactos para el procesamiento de alimentos. Los autores hacen énfasis en la falta de asociación entre los hornos y el material cerámico, reforzando la idea de que al inicio la alfarería no se usó en actividades de cocina (Oyuela-Caycedo y Bonzani, 2014).

Esta cerámica se caracteriza por un color de pasta oscuro, en el que se destaca el uso de fibra vegetal como desgrasante. Son vasijas elaboradas por modelado directo y horneadas a baja temperatura, pero llaman la atención la elaboración y calidad de los motivos decorativos modelados, particularmente en las asas, donde se representan animales y diseños geométricos de gran complejidad, cuya significación social debió primar sobre su carácter meramente utilitario (Oyuela-Caycedo y Bonzani, 2014).

A solo 5 km de este sitio se encuentra San Jacinto II, que muestra una tecnología y quizá un estilo de vida más o menos similar, aunque se observan algunas diferencias que sugieren una mayor elaboración en los artefactos, como la incorporación de arena para la fabricación de la cerámica, aunque aquella con fibra vegetal sigue siendo la más recurrente. Estas modificaciones se darán hacia el 4.565 ± 85 A. P. (Oyuela-Caycedo y Bonzani, 2014: 9).

En la región ya había sido reportada cerámica temprana en Monsú (Reichel-Dolmatoff, 1985), localizado en el canal del Dique, una zona plana y cenagosa donde se evidencian aún numerosos montículos artificiales. Allí se obtuvieron tres fechas radiocarbónicas, la más antigua hacia el 5.300 ± 300 A. P. Estos concheros, característicos del Caribe colombiano, fueron motivo de investigación, sumando otros sitios similares como Puerto Hormiga, también en inmediaciones del canal del Dique, donde se identifica igualmente cerámica con desgrasante vegetal, con una antigüedad de 4.875 ± 170 A. P. Se consideró como un sitio caracterizado por una horticultura incipiente, combinada con la recolección de moluscos y la pesca en los numerosos cuerpos de agua que circundan la región (Reichel-Dolmatoff, 1985).

Otro de los sitios tempranos de la región Caribe es Rotinet, en la ciénaga de El Guájaro, investigado por Carlos Angulo Valdés (1981). En este lugar, caracterizado por las acumulaciones de moluscos, se recuperaron fragmentos cerámicos, líticos y numerosos restos de fauna. Las fechas de radiocarbono obtenidas allí lo ubican cronológicamente entre el 4.190 ± 120 A. P. y 3.800 ± 110 A. P.

Recientemente, en la otra orilla de El Guájaro, Alejandra Betancourt excavó el sitio conocido como Punta Polonia, similar en su ensamble artefactual a

Rotinet, obteniendo una fecha de radiocarbono similar a Rotinet, y donde se sugiere la implementación de múltiples estrategias de subsistencia que incluyen la explotación de recursos acuáticos con probable actividad agrícola (Betancourt, 2003). Esta investigación está en curso, pero muy pronto habrá nuevos datos que amplíen la secuencia de ocupación de esta zona del Caribe colombiano.

Por otro lado, el sitio arqueológico denominado Barlovento se ubica a unos kilómetros de Cartagena, en una zona de manglares. En este lugar se obtuvieron tres fechas de radiocarbono que van del 3.510 ± 100 A. P., 3.140 ± 120 A. P., hasta el 2.980 ± 120 A. P. Aquí la cerámica se caracteriza por el desgrasante de cuarzo y concha molida y la decoración incisa con motivos geométricos (Reichel-Dolmatoff, 1955).

Más tarde, en el Formativo Medio, hacia el 3.070 ± 200 A. P., en Malambo se presenta un evidente cambio en los modos de subsistencia de las poblaciones que habitan el Caribe, lo cual va a incidir en los sistemas de producción y en el surgimiento del estilo de vida aldeano. Estos se relacionan con la domesticación y procesamiento de la yuca amarga, interpretación que se hace a partir del análisis de la cerámica encontrada como evidencia indirecta (Angulo, 1981). Langebaeck y Dever (2000: 15-18) señalan que la discusión sobre el Formativo Medio se ha centrado básicamente en este sitio, pues define una tradición cerámica caracterizada por una decoración incisa que se extiende en una amplia área territorial del norte de Suramérica, planteando relaciones con otras regiones y en particular con el valle del río Orinoco.

Las más recientes investigaciones en el bajo Magdalena han puesto en evidencia las diferencias estilísticas entre la alfarería más temprana encontrada en la región (la llamada tradición Malambo), que tiene una distribución en ambos márgenes del río, incluyendo el sitio conocido como Papare (Langebaeck, 1987), y aquella recuperada en los niveles más superficiales, de amplia distribución en la región (Langebaeck y Dever, 2000, Rivera-Sandoval, 2015).

Para este período se asume que esas sociedades comenzaron a vivir transformaciones que incluyeron un aumento demográfico y se desarrolló la división de actividades especializadas debido a la intensificación de la agricultura. Sin embargo, se consolidó la explotación de recursos acuáticos, teniendo en cuenta la presencia del río y las ciénagas aledañas (Angulo, 1981).

No obstante, en el caso del sitio La Sierra, Langebaeck y Dever (2000) identifican cerámica Malambo, pero sugieren que en él la adopción de la agricultura no conllevó al aumento demográfico, sino a una disminución paulatina hasta la llegada de los españoles.

En el Formativo Tardío ya se habría consolidado el proceso de adaptación a los paisajes lacustres y ribereños, situación que es evidente en lugares como

Momil, en las inmediaciones del bajo Sinú, con fechas de hace aproximadamente 2.150 ± 60 A. P., donde se observa la incorporación de técnicas de agricultura probablemente asociadas al maíz, nuevamente inferido a partir de la cultura material vinculada con el procesamiento de esta planta (Reichel-Dolmatoff y Dussán de Reichel, 1956; Foster y Lathrap, 1975; Reichel-Dolmatoff, 1989). De igual forma, se sugiere la centralización administrativa de estas sociedades. No obstante, se supone en ese sitio la transición de un modelo vegecultor a uno agricultor, intensificando la producción del maíz para poder sustentar una población en crecimiento, lo cual generó a su vez estructuras de organización social y de trabajo mucho más complejas que en áreas como Malambo (Langebaeck y Dever, 2000).

Por su parte, en la Alta Guajira se han identificado por lo menos tres períodos de ocupación: el más antiguo, con clara influencia de la tradición Malambo, de la cual hace falta ampliar la información, seguido del período Horno, ubicado hacia el siglo V a. C., y el más reciente, asociado al período Portacelli, desde el año 750 d. C. Estos períodos evidencian un proceso de adaptación a la diversidad ambiental de la región, por ejemplo, los grupos ubicados en los valles de los ríos Ranchería y Cesar se caracterizaron por una economía basada en la agricultura, mientras que aquellos que ocuparon el bajo Ranchería se dedicaron principalmente a la pesca, la caza y la recolección de moluscos (Ardila, 1996).

Zambrano (Reichel-Dolmatoff, 1986) es otro sitio en el bajo Magdalena que se asocia con la tradición cultural tardía de esta región del país, relacionada con los complejos del río Cesar y Tubará. Algunos investigadores sugieren que se trata de una transformación de lo denominado Zenú, un desarrollo regional que requiere un capítulo aparte y se menciona posteriormente.

4. LOS DENOMINADOS DESARROLLOS REGIONALES DEL CARIBE COLOMBIANO

Las investigaciones adelantadas en Momil, Ciénaga de Oro y Betancí, en la región conocida como la Depresión Momposina, generaron un corpus de información relacionada con la transformación del paisaje, la agricultura intensiva y la complejización social con el trabajo pionero de los esposos Reichel-Dolmatoff (1956). Estos investigadores definieron el Complejo Betancí, originalmente identificado en la cuenca del río Sinú, haciendo énfasis en que se trataba de un patrón de poblamiento adaptado a las riberas de los ríos y ciénagas de la región que se difundió posteriormente a la cuenca del río San Jorge.

Esa región se caracteriza por la presencia de túmulos funerarios y plataformas de vivienda, saqueados desde la época de la Conquista. Los trabajos

de Reichel-Dolmatoff (1986) en el San Jorge llevan a renombrar este complejo como Betancí-Viloria, teniendo en cuenta sus evidentes similitudes.

Luego, entre los años 1976 y 1990, las investigaciones arqueológicas en la cuenca del río San Jorge dieron a conocer una impresionante obra de ingeniería hidráulica de la América prehispánica. Cerca de 5.000 km² de campos elevados de cultivo. Una región inundable donde se genera un delta interior conformado por el bajo río San Jorge y los ríos Magdalena y Cauca (Plazas y Falchetti, 1981, 1986, 1988, 1990; Plazas *et al.*, 1988; Plazas *et al.*, 1993).

Para esta región se definieron tres tradiciones cerámicas de amplia dispersión geográfica, llegando incluso al golfo de Urabá (Santos, 1986), pertenecientes a lo que Plazas y Falchetti (1981) denominan “una misma familia”. Para ellas, esas tradiciones, las cuales se inician en el segundo milenio antes del presente y se extienden hasta la conquista española, corresponden a conjuntos culturales diferenciados que comparten rasgos funerarios y patrones de asentamiento asociados con una estrategia adaptativa bien definida, en la que aprovechan los recursos ictiológicos y la fauna características de estos ecosistemas, junto con un sistema agrícola alternado con actividades en zonas altas e inundables, dependiendo de la fluctuación de los períodos secos y lluviosos (Plazas y Falchetti, 1981; Plazas *et al.*, 1993).

La orfebrería ha sido una expresión tecnológica y cultural fundamental para las investigaciones de esta región del Caribe colombiano. Ha servido para precisar aspectos cronológicos y relaciones estilísticas y culturales a nivel regional, teniendo en cuenta las similitudes tecnológicas existentes, como la aleación de oro y cobre, el dorado por oxidación y la técnica de la cera perdida entre el Caribe colombiano y América Central (Falchetti, 1976, 1987, 1995; Bray, 1984; Cooke, 1986; Uribe, 1988).

En el caso de la Depresión Momposina, Falchetti (1995) sugiere que los estilos identificados, tanto en el oro como en la alfarería, tienen influencia en la actividad textil y la cestería. La falsa filigrana correspondería a lo que la investigadora denomina un “tejido de metal” (1995: 266).

Cabe destacar que la tercera tradición mencionada por Plazas y Falchetti (1986) no se asocia con la construcción y uso del sistema de canales y camellones. Correspondería más bien al Complejo Las Palmas, cuyas relaciones culturales se han establecido con los grupos que los españoles denominaron malibúes (Plazas *et al.*, 1993). A su vez, este complejo guarda similitudes con el Complejo Plato Zambrano del bajo Magdalena que, como se mencionó, tiene una amplia distribución espacial y se ubica cronológicamente hasta la conquista europea (Reichel-Dolmatoff y Dussán, 1991).

Hacia el norte de la región Caribe los esposos Reichel-Dolmatoff adelantaron tareas de prospección en los valles del río Cesar y la cuenca media del

río Ranchería. Esta aproximación llevó a conectar los hallazgos de la primera fase con las ocupaciones tempranas de la Sierra Nevada de Santa Marta (Reichel-Dolmatoff, 1954). De igual forma, se asumió que el cultivo del maíz sería una influencia tardía proveniente de las estribaciones de la sierra.

De acuerdo con estos investigadores, el crecimiento demográfico y la presión sobre el ambiente conllevaron a un acelerado proceso erosivo que se agudizó con la conquista española y la introducción de las cabras en la región (Reichel-Dolmatoff, 1954).

La presencia de los estilos cerámicos del río Ranchería en la cuenca del río Cesar permitieron definir un horizonte cultural que se extendía hasta el bajo Magdalena por un lado, y el actual territorio venezolano por el otro.

Décadas más tarde, Gerardo Ardila adelantó investigaciones arqueológicas en la Alta Guajira y la cuenca media del río Ranchería. Su aproximación incluyó otros *proxies* como la antropología histórica, la etnografía, la lingüística y destaca la hipótesis de que la primera tradición policroma vendría desde las tierras bajas venezolanas, siguiendo el curso del río Orinoco (Ardila, 1996).

En la región Caribe sobresale una formación geológica particular: la Sierra Nevada de Santa Marta. Se trata de un macizo montañoso que posee todos los pisos térmicos y un marcado endemismo, dado su aislamiento de la cordillera de los Andes. Desde inicios del siglo XX comenzaron a adelantarse exploraciones arqueológicas en los costados norte y suroriental, debido a la presencia de centros poblados y modificaciones importantes del paisaje. De estas primeras aproximaciones destacan la de Alden Mason, quien adelantó trabajo de campo en la franja costera y las zonas de Dibulla y el río Don Diego (Mason, 1939). De igual forma, excavó en sitios como Pueblito, Nahuange, Guachaquita y Palmarito, que se caracterizan por los muros de contención, anillos de laja, pavimentos de veredas, escaleras y canalización de aguas.

Décadas más tarde, la pareja Reichel-Dolmatoff retoma los trabajos en Pueblito sumando las cuencas de los ríos Córdoba, Sevilla y Manzanares, definiendo tres fases de ocupación (Reichel-Dolmatoff, 1954). Por su parte, Bischof (1968), con sus excavaciones en Pueblito, propone una periodización que hace énfasis en dos fases: el período Nahuange o Buritaca y el Pueblito Tardío.

La investigación arqueológica en la Sierra se intensifica en la década de 1970, cuando el Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH) adelanta una expedición de la cuenca del río Buritaca. Durante esas tareas se identifican y registran más de doscientos asentamientos prehispánicos, caracterizados por las estructuras de piedra, muros de contención, y las transformaciones del paisaje. Fue un programa que se mantuvo entre 1976 y 1986, en el cual participaron numerosos investigadores (Cadavid y Groot, 1987; Cadavid y Herrera, 1985).

Los datos actuales indican una ocupación inicial hace 1.800 años, consolidando las aldeas con estructuras en piedra hacia los siglos XI o XII de nuestra era. De igual forma, se aclara que aquello denominado por los españoles durante la Conquista como Tairona, corresponde a diversos territorios y organizaciones sociales que comparten un sustrato cultural pero que tenían independencia y autonomía política (Langebaek, 1987; Serje, 1987; Giraldo, 2000).

5. ARQUEOLOGÍA HISTÓRICA Y SUBACUÁTICA EN EL CARIBE COLOMBIANO

Sin duda alguna el trabajo pionero de arqueología histórica en el Centro Histórico de Cartagena es el de Gonzalo Correal Urrego (1994), quien adelantó un amplio estudio en la Casa de la Inquisición, como parte de un plan de restauración a cargo del Instituto Nacional de Vías. En este trabajo reporta la presencia de abundante material cerámico que, infortunadamente, no fue debidamente identificado, dada la escasa experiencia con estos materiales por parte del investigador.

Jimena Lobo Guerrero y Elena Uprimmy (2007) también adelantaron estudios arqueológicos de tres predios en la Ciudad Amurallada, asociados con intervenciones de restauración inmueble, todos en el ámbito de la plaza de San Agustín. Estos estudios revelaron la secuencia histórico-constructiva de esta plaza y su entorno.

En cuanto al sistema defensivo se refiere, se ha abordado ampliamente desde una perspectiva histórica y arquitectónica, con una profusa bibliografía al respecto (Zapatero, 1979, Marco Dorta 1988; Blanes, 2001; Cabrera, 2003).

Por su parte, arqueológicamente hablando, las estructuras defensivas han sido investigadas por Monika Therrien (2001), quien estudiando el claustro de San Pedro Claver documentó algunos rasgos asociados con la antigua muralla de la ciudad, así como artefactos relacionados con esta actividad militar.

En ese sentido vale la pena precisar que el Centro Histórico de Cartagena de Indias, incluyendo por supuesto su sistema defensivo, hace parte de la lista de Patrimonio Mundial desde la década de 1980. Eso ha motivado múltiples y desordenadas intervenciones, la mayoría de ellas no documentadas o en literatura gris, que dificultan el seguimiento de su evolución hasta nuestros días.

En el caso de los proyectos que cuentan con documentación arqueológica resalta el adelantado en 1998 por el Consorcio Civilco en Tierra Bomba, el cual fue coordinado por el arqueólogo Roger Arrazcaeta, director del gabinete de arqueología de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana. Sin duda alguna, a la fecha resulta ser la aproximación arqueológica más seria relacionada con las estructuras militares de esta isla.

En el 2004 Carlos Del Cairo adelantó un reconocimiento arqueológico subacuático, buscando localizar la antigua batería de Chamba en la isla Tierra Bomba (Del Cairo, 2009), un esfuerzo desarticulado de lo que se había adelantado un lustro atrás. Posteriormente el mismo investigador en 2008, y articulado a su proyecto de tesis de maestría, intentó abordar el ataque de Vernon de 1741 analizando el sistema defensivo actual de Tierra Bomba; infortunadamente, el investigador confundió nombres y mapas históricos, por lo que sus conclusiones merecen ser reevaluadas, una limitación propia de un estudio de maestría que además no contó con un juicioso estudio de fuentes primarias.

Un asentamiento del Caribe colombiano que ha venido siendo investigado desde mediados del siglo pasado es Santa María la Antigua del Darién. Se trata de un hito importante en el proceso de conquista de Tierra Firme, constituyéndose en la primera ciudad de Castilla del Oro en 1510. Desde esta ciudad colonial se llevó a cabo, para Europa, el descubrimiento del Mar del Sur por parte de Vasco Nuñez de Balboa y se inició el proceso de conquista de América Central, a cargo de Pedrarias Dávila, a partir de 1514 (Martín y Rovira, 2012).

Dada su particular importancia, fue objeto de estudio por parte de una misión de exploración a cargo del rey Leopoldo de Bélgica en 1956. A partir de esa fecha Graciliano Arcila Vélez continúa visitando y trabajando el sitio hasta finales del siglo XX (Arcila, 1986). El sitio vuelve a retomarse por un proyecto esporádico y coyuntural de Vignolo y Becerra (2011), hasta que a partir de 2013 se adelanta el primer proyecto sistemático en el lugar, diseñando un plan de manejo y consiguiendo su declaratoria como bien de interés cultural de la Nación en el año 2015 (Sarcina, 2017).

Por último, vale la pena resaltar el reciente proyecto adelantado en el barrio Abajo de Barranquilla, que se consolida como el primero de arqueología urbana en la región. Al ampliarse la carrera 50, en el centro de la ciudad, se llevó a cabo una serie de excavaciones, dirigidas por Javier Rivera (2015), que demostraron una larga ocupación humana en lo que ahora ocupa la ciudad de Barranquilla, desde el siglo XIII de nuestra era. Se esperan ahora las publicaciones asociadas con este proyecto.

En cuanto a arqueología subacuática se refiere, las investigaciones apenas comienzan. Los proyectos en aguas internas, fluviales y lacustres; en el mar territorial; en la zona contigua, la zona económica exclusiva, o en la plataforma continental e insular, han sido pocos, a pesar de contar con un gran potencial arqueológico. En el caso del Caribe colombiano se ha identificado, a partir del trabajo de archivo, la existencia de 119 naufragios en las costas de Cartagena, La Guajira, Magdalena, Maracaibo, Morrosquillo, Panamá, San Andrés, Santa Marta y Urabá, todos ubicados temporalmente entre los siglos XVI al XIX (Romero y Pérez, 2005).

Tal vez la bahía de Cartagena de Indias es la que cuenta con el mayor número de intervenciones arqueológicas en proyectos académicos (García y Del Cairo, 2002; Mc Bride, 2003; García, 2004; Del Cairo y García, 2006; Uribe, 2006; Del Cairo, 2009), desde la década de 1980, con el reconocimiento de varios naufragios coloniales en Salmedina y en las bahías de Cartagena de Indias (García y Del Cairo, 2002, 2006; Mc Bride, 2003; Uribe, 2006). De igual manera, se han identificado evidencias prehispánicas correspondientes a concheros (Mc Bride, 2003), estructuras y restos de fuertes (Mc Bride, 2003; Del Cairo, 2009).

Sin embargo, desde 2008 se vienen realizando diagnósticos y reconocimientos no intrusivos desde la arqueología preventiva en la bahía de Buenaventura; el golfo de Morrosquillo; Albornoz, cerca de la isla Burbuja; Barú, islas del Rosario, Bocachica, el canal de Manzanillo, San Andrés, Providencia y la Ciénaga Grande de Santa Marta.

Debe aclararse que en Colombia los trabajos arqueológicos subacuáticos, a diferencia de aquellos en territorio continental, han sido escasos y desarrollados más como esfuerzos individuales aislados que como programas de investigación permanente y de larga duración (García y Del Cairo, 2002; Romero y Pérez, 2005; Del Cairo y García, 2006).

El primer esfuerzo científico que buscó la capacitación profesional en el tema se dio entre 1989 y 1995 en el sitio Salmedina I, en Cartagena de Indias, bajo los auspicios de la Armada Nacional (Departamento de Buceo y Salvamento y Centro de Investigaciones Oceanográficas e Hidrográficas), la Fundación Museo Naval del Caribe y la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales (FIAN) (Uribe, 2006).

Esta primera expedición logró recuperar del lecho marino 7 cañones, 68 tachuelas de diversos tamaños, 23 fragmentos de plomo, 19 fragmentos de vidrio, un fragmento de lámina de diversos calibres y numerosas piedras de lastre. El equipo de investigación propuso que estos elementos hacían parte de un buque inglés del siglo XVIII que se encontraba en aprestamiento de combate. Sin embargo, y después de este primer esfuerzo, lastimosamente, como lo mencionó en su momento el investigador Uribe (2006), toda la información de ese proyecto desapareció.

Años después, en el 2001, en la misma ciudad se han vuelto a desarrollar propuestas de capacitación profesional. Durante el primer curso se buscó formar y capacitar un equipo de estudiantes de varias universidades colombianas en temas de protección y conservación del patrimonio cultural sumergido en un naufragio conocido como El Conquistador (García y Del Cairo, 2002). De este curso impartido por el Centro de Investigaciones Oceanográficas e Hidrográficas (CIOH) de la Dirección General Marítima (Dimar),

saldrían algunos de los pocos investigadores que hoy día continúan con sus trabajos en este campo.

Paralelamente, se han realizado inventarios de bienes arqueológicos. En 2003 John McBride llevó a cabo un proyecto cuya finalidad era continuar con el inventario total de la bahía de Cartagena y comparar las condiciones actuales de deterioro, saqueo y alteraciones por sedimentación, con registro mediante medios no intrusivos. Este avance de investigación resultó en una serie de prospecciones que se hicieron a través de inmersiones sistemáticas de observación visual, lo cual permitió cubrir una extensa parte de la superficie del fondo de la bahía. Sólo se clasificaron los sitios que eran observables a simple vista. Se trazaron tres zonas con potencial arqueológico, ubicadas en la bahía de Cartagena, la isla Tierra Bomba y sectores cercanos al casco urbano. En términos generales los sitios arqueológicos registrados consisten principalmente en basureros dispersos, producto de fondeos, baterías de cañones y naufragios (McBride, 2003).

Por otra parte, desde el año 2013 se han venido adelantando algunos estudios arqueológicos articulados a proyectos de dragado portuario en la bahía de Cartagena; tales trabajos permanecen aún como literatura gris producto de informes dentro de programas de arqueología preventiva, por lo que es poco probable que sus resultados estén disponibles para un público general próximamente (Del Cairo y Palacio, 2014; Martín y Roa, 2015).

Recientemente el Grupo de Arqueología de la Universidad del Norte inició un proyecto de paisaje cultural marítimo de la bahía de Cartagena de Indias, específicamente relacionado con el ataque de Vernon en 1.741. Se trata de un intento por consolidar un programa permanente de investigaciones, así como un espacio de capacitación que ha contado con el apoyo intermitente del CIOH y el ICANH. Este proyecto contó con el apoyo financiero de la National Geographic y el Waitt Institute, y espera publicar sus primeros resultados a finales de 2018 (Martín *et al.*, en prensa).

Asociado con el proyecto arqueológico en Santa María del Darién, se llevó a cabo la prospección y evaluación arqueológica de la bahía La Gloria, considerada el puerto de la ciudad colonial. Desafortunadamente los datos recuperados, mediante el uso de magnetómetro y buceos de anomalías, no permitió la identificación de ninguna evidencia que sugiriese que allí se hubiera llevado alguna actividad portuaria pasada o presente (Martín *et al.*, 2015).

Finalmente, y a partir de un trabajo previo de investigación histórica adelantado por Álvaro Mendoza y Enrique Yidi (2014), se precisó la identificación de un antiguo vapor alemán hundido en la bahía de Puerto Colombia, en 1918, al final de la Primera Guerra Mundial. A partir de 2015 la Universidad del Norte inició un proyecto arqueológico e histórico sobre este barco,

identificado como el *Prinz August Wilhelm*, en el que se evaluó su estado de conservación, se adelantó un trabajo de investigación de archivo sistemático y se documentó el pecio mediante un sistema multihaz (Martín *et al.*, 2017). Se espera con este proyecto consolidar un programa de investigaciones en la bahía que garantice la conservación del patrimonio subacuático de Puerto Colombia, de su biodiversidad, y evite los serios procesos erosivos que sufre el litoral de ese municipio (Bolívar *et al.*, 2017).

6. LOS MUSEOS ARQUEOLÓGICOS REGIONALES

La región Caribe colombiana, y en general el país, no poseen una poderosa tradición de museos. En la región se cuenta con un registro de ocho museos arqueológicos, de los cuales dos hacen parte del Museo del Oro: el Zenú, en Cartagena de Indias, inaugurado en 1982, y el Tairona, en Santa Marta, recientemente renovado. En ambos espacios se hace énfasis, por supuesto, en la orfebrería, con un estilo museográfico sobrio y elegante.

Sin embargo, en la región Caribe hay, al menos, cuatro museos que se destacan, dos de ellos asociados a entidades universitarias, y los otros dos a iniciativas comunitarias, que dan cuenta del poder que tiene el patrimonio arqueológico en la reconstrucción del tejido social de una región azotada por la violencia en el país.

En la década de 1940 el Instituto de Investigaciones Etnológicas del Atlántico estuvo a cargo de un pionero de la arqueología colombiana, Carlos Angulo Valdés. Es a partir de su gestión que se consolida como un centro de investigación científica albergando numerosas colecciones arqueológicas, resultado de los proyectos que se venían adelantando en la región. En 1960 una reforma administrativa de la Universidad del Atlántico transformó el Instituto en el Museo de Antropología de la universidad, convirtiéndose en el custodio de esas colecciones y comunicador de este conocimiento (Álvaro Martes, comunicación personal, 2018).

En 2005 el museo fue renovado, luego de treinta años de estancamiento, tarea que adelantó la entonces directora, María Trillos, y a partir de ese momento retomó su papel, convirtiéndose en un referente local. Actualmente, bajo la dirección de Álvaro Martes, el museo se encuentra en una nueva etapa de renovación, esperando que con ello se amplíe la escasa oferta cultural de Barranquilla.

El otro museo universitario que surge, desde el año 1977, con el trabajo incansable de Carlos Angulo Valdés, es el Museo Arqueológico de Pueblos Karib (Mapuka), de la Universidad del Norte; fundado en 2013, alberga una

amplia colección arqueológica de la región Caribe y en su corta trayectoria cuenta con más de una docena de proyectos nacionales e internacionales, un programa de especialización en Arqueología y numerosas publicaciones (Martín y Campuzano, 2015).

El museo Mapuka, paralelamente, se ha convertido en un referente cultural para la región, con amplia oferta de actividades permanentes tales como “Un Caribe a Cuatro Voces”, “Diálogos de Arqueología”, “Mapukeando”, exhibiciones temporales que garantizan una oferta variada y diversa de contenidos y donde la comunidad educativa ha encontrado también un laboratorio de enseñanza-aprendizaje.

Otro museo que se ha consolidado en referente regional, promovido primero como iniciativa particular y respaldado luego por el municipio, es el Museo Arqueológico de Galapa (MUGA). Aunque su creación, por acuerdo municipal, se remonta al año 2007, no fue sino hasta marzo de 2013 que consolidó veinte años de trabajo y esfuerzo al inaugurar su sala permanente. Hoy día está adscrito a la Casa de la Cultura del municipio, convirtiéndose en un centro cultural ejemplo para el departamento y la región (Meca, comunicación personal, 2018).

Sin duda el museo más emblemático, por todo lo que significó su consolidación, es el Museo Comunitario de San Jacinto, Bolívar. Se trata de un esfuerzo iniciado en 1984, cuando un grupo de jóvenes entusiastas configuró la primera biblioteca municipal y a partir de ella se fue desarrollando una colección arqueológica con el aporte de los vecinos del municipio que, en sus labores diarias en el campo, iban recolectando objetos arqueológicos (Botero, 2014).

La violencia que azotó la región de los Montes de María generó un desplazamiento forzado y la consecuente desarticulación de esta comunidad. Eso llevó al estancamiento del proceso, pero silenciosamente no desapareció, la comunidad siguió resguardando la colección y mantuvo viva la esperanza de un futuro espacio museal (Botero, 2014; Campuzano, 2013).

La estrategia de resistencia a la violencia por parte de la comunidad de San Jacinto se articuló en torno al patrimonio arqueológico, de tal suerte que mediante un decidido trabajo comunitario y la participación de todos en la construcción de guion museográfico se facilitó el doloroso proceso de reconstrucción del tejido social del municipio (Campuzano, 2013).

Hoy en día el Museo Comunitario de San Jacinto, de la mano de Jorge Quiroz (Braco), se ha posicionado como referente en la región y el país, con amplia oferta cultural y la inmensa responsabilidad de transmitir a las generaciones futuras ese legado cultural que los hace únicos y especiales en la región Caribe colombiana.

7. CONSIDERACIONES FINALES

Dada la riqueza arqueológica de la región Caribe colombiana, desde muy temprano en el siglo XX se convirtió en un foco de atención de investigadores nacionales y extranjeros. A partir de estos trabajos pioneros se fue construyendo un corpus de información que sigue siendo referente obligado para las investigaciones presentes y futuras (Mason, 1939; Reichel-Dolmatoff y Dussán, 1956; Reichel-Dolmatoff, 1955, 1985; Angulo 1981; Plazas y Falchetti, 1981; Oyuela-Caycedo, 1987).

En la década de 1970 se contaba ya con una importante base de información que generó los primeros programas de investigación, entre los cuales se destacó el de la cuenca del río Buritaca, en la Sierra Nevada de Santa Marta, y se fueron incorporando más datos relacionados con procesos claves para el desarrollo de las sociedades prehispánicas del continente como la invención de la alfarería, el aprovechamiento de recursos y los procesos de adaptación, los cambios en las prácticas hortícolas y agrícolas, las dinámicas poblacionales, la complejización social, el desarrollo tecnológico y la transformación del paisaje (Giraldo, 2000; Oyuela-Caycedo y Bonzanni, 2014).

Durante la década de 1990 los proyectos arqueológicos en la región Caribe disminuyeron debido a la violencia y la inseguridad en el campo, coincidiendo con los inicios de la arqueología histórica y urbana.

A partir del siglo XXI un nuevo impulso en el desarrollo de la infraestructura, construcción, exploración y explotación mineroenergética en la región le abrieron nuevamente posibilidades a la arqueología preventiva. Actualmente, en los archivos del ICANH existen más de ochocientos registros relacionados con informes de prospección, excavación y monitoreo arqueológico, que dan cuenta de la intensa actividad vivida en estas dos últimas décadas. Lamentablemente, estos informes no pasan de la literatura gris y su consulta resulta limitada, de ahí que está la inmensa tarea de consolidar esta información para que sea útil.

En cuanto a la arqueología histórica se refiere, la situación es menos alentadora. Aunque se destaca el surgimiento de un programa arqueológico permanente en Santa María la Antigua del Darién, centros históricos como Cartagena, Santa Marta y Mompo, solo por mencionar unos cuantos, están por fuera de los estudios arqueológicos; las numerosas intervenciones arquitectónicas en estos centros históricos no han pasado por intervenciones arqueológicas previas, perdiendo cada día valiosa información de estas ciudades coloniales. El desconocer que cada uno de estos centros urbanos es un sitio arqueológico que requiere el diseño de un plan de manejo apropiado seguirá facilitando las tareas de los promotores inmobiliarios.

Finalmente, la arqueología subacuática en Colombia se encuentra hoy en día en una crisis profunda, debido a la formulación de la Ley 1675 de 2013, acompañada por el Ministerio de Cultura y el Instituto Colombiano de Antropología e Historia, que le abrió la puerta a las empresas cazatesoros, permitiéndoles obtener como ganancia el 50% de lo que el Estado colombiano ahora mismo no considera patrimonio cultural. El caso del galeón San José es el mejor ejemplo de cómo las instituciones que deberían velar por la conservación, investigación y gestión del patrimonio se han puesto al servicio de los intereses privados, promoviendo proyectos de carácter puramente comercial.

REFERENCIAS

- Angulo, C. (1955). *Arqueología de Tubará*, Barranquilla: Universidad del Atlántico.
- Angulo, C. (1981). *La tradición Malambo*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República.
- Angulo, C. (1983). *Arqueología del valle de Santiago, norte de Colombia*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República.
- Angulo, C. (1988). *Guájaro en la arqueología del norte de Colombia*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República.
- Archila, S. (1993). “Medio ambiente y arqueología de las tierras bajas del Caribe colombiano”, *Boletín Museo del Oro*, núm. 34-35, pp. 111-164.
- Arcila, G. (1986). *Santa María la Antigua del Darién*, Bogotá: Presidencia de Colombia.
- Ardila, G. (1996). *Los tiempos de las conchas*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Betancourt, A. (2003). “Punta Polonia y el Formativo Temprano en Colombia”, tesis para optar por el título de antropólogo, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.
- Betancourt, A.; Rangel, O. (2012). “Reconstrucción paleoecológica del Holoceno tardío en la ciénaga de Luruaco”, en: J. O. Rangel (ed.), *Colombia, diversidad biótica XII. La región Caribe de Colombia* (pp. 131-143), Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Bischof, H. (1968). “Contribuciones a la cronología de la Cultura Tairona”, *Verhandlungen des XXXVIII Internationalen Amerikanisten Kongress*, Band 1, Munchen.

- Blanes, T. (2001). *Fortificaciones del Caribe*, Madrid: Sociedad de Servicios de Artes Gráficas.
- Bolívar, M.; Rivillas, G.; Martín, J. G. (2017). “Erosion of Puerto Colombia Coast by Maritime Activities”, en *Water Perspectives in Emerging Countries. Integrating Ecosystems in Coastal Engineering Practice (Incecp)* (pp. 222-235), Cuvillier Verlag.
- Botero, C. (2014). “La construcción del Museo Comunitario de San Jacinto, Montes de María, Bolívar”, *Boletín de Historia y Antigüedades*, vol. CI, núm. 859, pp. 493-515.
- Bray, W. (1984). “Across the Darien Gap”, en: F. Lange y D. Stone (eds.), *The Archaeology of Lower Central America* (pp. 305-338), New Mexico Press, Albuquerque.
- Butzer, K. W. (1989). *Arqueología. Una ecología del hombre: método y teoría para un enfoque contextual*, Madrid: Ediciones Bellaterra.
- Cabrera, A. (2003). “Relación de la fortaleza de San Fernando con el parque histórico y arqueológico de la isla de Carex y el sistema de fortificaciones de la bahía”, en: D. Pineda (ed.), *II Taller Internacional de Fortificaciones. Investigación del fuerte de San Fernando de Bocachica: una visión integral* (pp. 25-44), Universidad Politécnica de Valencia, Valencia.
- Cadavid, G.; Groot, A. M. (1987). “Buritaca 200. Arqueología y conservación de una población precolombina (Sierra Nevada de Santa Marta-Colombia)”, *Boletín Museo del Oro*, núm. 19, pp. 56-81.
- Cadavid, G.; Herrera, L. F. (1985). “Manifestaciones culturales en el área Tairona”, *Informes Antropológicos*, núm. 1, pp. 5-54.
- Campuzano, J. (2013). “El Museo Comunitario de San Jacinto, Bolívar, Colombia. Tejiendo pasado en la valoración del presente”, *Baukara, bitácoras de antropología e historia de la antropología en América Latina*, núm. 4, pp. 22-33.
- Correal, G. (1983). “Evidencia de cazadores especializados en el sitio La Gloria, golfo de Urabá”, *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*, vol. 15, núm. 58, pp. 77-82.
- Correal, G. (1994). “Prospección arqueológica en la Casa de la Inquisición, Cartagena”, *Boletín de Arqueología, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales*, vol. 9, núm. 2, pp. 3-53.
- Cooke, R. (1986). “La arqueología del Panamá precolombino y su importancia para los estudios de los pueblos de habla chibcha”, en: R. Barrantes, M. E. Bozzoli y P. Gudiño (eds.), *Memorias del Primer Simposio Científico sobre Pueblos Indígenas de Costa Rica*, Instituto Geográfico de Costa Rica, San José.
- Del Cairo, C. (2009). *Arqueología de la guerra en la batería de San Felipe*, Bogotá: Editorial CESO; Universidad de los Andes.

- Del Cairo, C.; García, C. (comps.) (2006). *Historias sumergidas. Hacia la protección del patrimonio cultural subacuático en Latinoamérica*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Del Cairo, C.; Palacio, L. (2014). *Prospección arqueológica y plan de manejo arqueológico para la modificación de la licencia ambiental para el dragado de profundización del canal de acceso a la bahía de Cartagena de Indias, Colombia*, Medellín: Aqua & Terra Consultores.
- Dillehay, T. (2000). *The Settlement of the Americas. A New Prehistory*, New York: Basic Books.
- Falchetti, A. M. (1976). "The Goldwork of the Sinu Region, Northern Colombia" (tesis sin publicar), University of London, Institute of Archaeology, London.
- Falchetti, A. M. (1987). "Desarrollo de la orfebrería Tairona en la provincia metalúrgica del norte colombiano", *Boletín Museo del Oro*, núm. 19, pp. 3-23.
- Falchetti, A. M. (1995). *El oro del Gran Zenú. Metalurgia prehispánica en las llanuras del Caribe colombiano*, Bogotá: Banco de la República, Museo del Oro.
- Foster, D.W.; Lathrap, D. (1975). "Más evidencias sobre el desarrollo de la cultura de selva tropical en la costa norte de Colombia, durante el primero y segundo milenio antes de Cristo". *Revista Colombiana de Antropología*, núm. 14, pp.103-139.
- García, C. (2004). "Propuesta metodológica mapa arqueológico subacuático", Universidad Nacional (monografía sin publicar).
- García, C.; Del Cairo, C. (comps.) (2002). "Curso de protección y conservación del patrimonio cultural sumergido", Colombia: Ministerio de Cultura, Museo Naval del Caribe y Escuela Naval de Cadetes Almirante Padilla.
- Giraldo, S. (2000). "Del Rioja y otras cosas de los caciques: patrones de intercambio tairona en el siglo XVI", *Arqueología del Área Intermedia*, núm. 2, pp. 47-68.
- Groot, A. M. (1989). "La Costa Atlántica", en: A. Botiva (comp.), *Colombia prehispánica: regiones arqueológicas* (pp. 19-39). Bogotá: Colcultura; Instituto Colombiano de Antropología.
- Hernández, J. I.; Samper, D.; Landazábal, C.; Nieto, M.; Otero, M. (1995). *Desiertos: zonas áridas y semiáridas de Colombia*, Cali: Banco de Occidente.
- Jaimés, A. (1998). "El Vano, Venezuela. El Jobo traditions in a Megathere kill site", *Current Research in the Pleistocene*, núm. 15, pp. 25-27.
- Jaimés, A. (1999). "Nuevas evidencias de cazadores-recolectores tempranos y aproximación del uso del espacio geográfico en el noroccidente de Venezuela. Sus implicaciones en el contexto suramericano", *Arqueología del Área Intermedia*, núm. 1, pp. 83-120.

- Langebaek, C. H. (1987). “La cronología de la región arqueológica Tairona vista desde Paparé, municipio de Ciénaga”, *Boletín de Arqueología*, vol. 2, núm. 1, pp. 83-101, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacional.
- Langebaek, C. H.; Dever, A. (2000). “Arqueología en el Bajo Magdalena: un estudio de los primeros agricultores del Caribe colombiano”, *Informes de Arqueología del Instituto Colombiano de Antropología e Historia*, núm.1, Bogotá.
- Lobo, J.; Uprimny, E. (2007). “Arqueología vemos, de otras cosas no sabemos. Resultados recientes en arqueología histórica en la ciudad de Cartagena de Indias”, *Revista Memorias*, vol. 4, núm. 7, pp. 46-59.
- Marco, E. (1988). *Cartagena de Indias: puerto y plaza fuerte*, Bogotá: Fondo Cultural Cafetero.
- Martín, Juan G.; Espinosa, J. M.; Roa, E.; Blanco, E.; Blanco, J. (2017). “Arqueología subacuática en Puerto Colombia. Avances sobre el vapor *Prinz August Wilhelm*”, *Arqueología Iberoamericana*, núm. 36, pp. 60-65.
- Martín, J. G.; Roa, E. (2015). “Prospección arqueológica subacuática para el plan de dragado de profundización de la zona de maniobras y atraques de Contecar S.A. a 16,5 y 17,5 metros de profundidad, bahía de Cartagena” (informe sin publicar).
- Martín, J. G.; Rovira, B. (2012). “The Panamá Viejo Archaeological Project. More than a Decade of Research and Mangement of Heritage Resources”, *Historical Archaeology*, vol. 46, núm. 3, pp. 16-26.
- Martín, J. G.; Espinosa, J. M.; Sarcina, A. (2015). “¿El primer puerto español en Tierra Firme? Arqueología en bahía La Gloria, Colombia”, *Arqueología Iberoamericana*, núm. 28, pp. 62-69.
- Martín, J. G., Campuzano, J. (2015). “Museo Arqueológico de Pueblos Karib - MAPUKA. Hacia la sensibilización de una región” *Revista Códice*, núm 28, pp. 62-73.
- Mason, A. (1931-1939). Archaeology of Santa Marta, Colombia. The Tairona Culture (part I, “Report on field Work”, 1931; part II, sec. 1, “Objects of stone, shell, bone and metal”, 1936; part II, sec. 2, “Object of pottery”, 1939), *Field Museum of Natural History, Anthropological Series*, núm. 20, pp. 1-3, Chicago.
- Mc Bride, J. (2003). “Prospección e inventario de los recursos culturales sumergidos en la bahía de Cartagena de Indias, Informe Proyecto bajo la cota 0”, ICANH.
- Oyuela-Caycedo, A. (1987). “Dos sitios arqueológicos con desgrasante de fibra vegetal en la serranía de San Jacinto (departamento de Bolívar)”, *Boletín de Arqueología. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacional*, vol. 2, núm. 1, pp. 5-26.

- Oyuela-Caycedo, A. (1996). “The study of collector variability in the transition to sedentary food producers in Northern Colombia”, *Journal of World Prehistory*, vol. 10, núm. 1, pp. 49-93.
- Oyuela-Caycedo, A. (2006). “El contexto económico de la alfarería temprana en el caso de San Jacinto 1”, *Boletín de Arqueología PUCP*, núm. 10.
- Oyuela-Caycedo, A.; Bonzani, R. M. (2014). *San Jacinto 1. Ecología histórica, orígenes de la cerámica e inicios de la vida sedentaria en el Caribe colombiano*, Barranquilla: Universidad del Norte.
- Oyuela-Caycedo, A.; Rodríguez, C. (1995). “La formación de los concheros: el caso del noroccidente de América del Sur”, *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, núm. 11, pp. 73-123.
- Peña, G. A. (2001). “Peces migratorios y residentes del sitio arqueológico de Guájaro-Colombia: aproximación a los cambios climáticos entre los siglos IX y XIII d. C.”, en: G. Morcote (ed.), *Memorias del Simposio Pueblos y Ambientes: una Mirada al Pasado* (pp. 79-88), Academia Colombiana de Ciencias Exactas Físicas y Naturales, Bogotá.
- Plazas, C.; Falchetti, A. M. (1981), *Asentamientos prehispánicos en el bajo río San Jorge*, Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República.
- Plazas, C.; Falchetti, A. M. (1986). “La cultura del oro y el agua: un proyecto de reconstrucción”, *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. 23, núm. 6, pp. 57-72.
- Plazas, C.; Falchetti, A. M. (1988). “Poblamiento prehispánico y adecuación hidráulica en el bajo río San Jorge. Arqueología de las Américas”, Congreso Internacional de Americanistas, Banco Popular, Bogotá.
- Plazas, C.; Falchetti, A. M. (1990). “Manejo hidráulico Zenú”, en: *Ingenierías prehispánicas* (pp. 151-171), Fondo FEN; Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá.
- Plazas, C.; Falchetti, A. M.; Sáenz, J. (1993). *La sociedad hidráulica Zenú. Estudio arqueológico de 2000 años de historia en las llanuras del Caribe colombiano*, Bogotá: Banco de la República.
- Plazas, C.; Falchetti, A. M.; Van der Hammen, T. (1988). “Cambios ambientales y desarrollo cultural en el Bajo río San Jorge”, *Boletín Museo del Oro*, núm. 20, pp. 55-88.
- Rangel, O. (ed.). (2012). *Colombia, diversidad biótica XII. La región Caribe de Colombia*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Reichel-Dolmatoff, G. (1954). “Investigaciones arqueológicas en la Sierra Nevada de Santa Marta, partes 1 y 2”, *Revista Colombiana de Antropología*, núm. 2, pp. 147-206.
- Reichel-Dolmatoff, G. (1955). “Excavaciones arqueológicas en los conchales de la costa de Barlovento”, *Revista Colombiana de Antropología*, núm. 4, pp. 247-272.

- Reichel-Dolmatoff, G.; Dussán, A. (1991). *Arqueología del Bajo Magdalena, estudio de la cerámica Zambrano*, Bogotá: Fondo de Promoción de la Cultura.
- Reichel-Dolmatoff, G. (1991). *Excavaciones arqueológicas en Puerto Hormiga (departamento de Bolívar)*. *Antropología 2*, Bogotá: Ediciones de la Universidad de los Andes.
- Reichel-Dolmatoff, G. (1985). *Monsú. Un sitio arqueológico*, Bogotá: Fondo de Promoción de la Cultura, Banco Popular.
- Reichel-Dolmatoff, G. (1986). *Arqueología de Colombia: un texto introductorio*, Bogotá: Editorial Arco.
- Reichel-Dolmatoff, G. (1989). “Colombia indígena, período prehispánico”, en *La Nueva Historia de Colombia*, Editorial Planeta, Bogotá.
- Reichel-Dolmatoff, G.; Dussán, A. (1956). “Momil: excavaciones arqueológicas en el río Sinú”, *Revista Colombiana de Antropología*, núm. 5, pp. 111-303.
- Ramos, E.; Archila, S. (2008). *Arqueología y subsistencia en Tubará, siglos IX-XVI*, Bogotá: Universidad de los Andes.
- Ramos, E. (2014). “Etnozoología y zooarqueología aplicada a la conservación de especies de fauna en el Caribe colombiano: primeros pasos en un largo camino”, *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano*, vol. 2, núm. 1, pp. 44-60.
- Rivera-Sandoval, J. (2015). “Estudios arqueológicos para el proyecto de ampliación de la carrera 50 en Barrio Abajo y Barlovento, Centro Histórico de Barranquilla, Informe de avance” (sin publicar), Departamento de Historia y Ciencias Sociales, Universidad del Norte, Barranquilla.
- Rodríguez, C. (1988). “Las tradiciones alfareras tempranas en las llanuras del Caribe colombiano”, *Boletín de Arqueología*, vol. 3, núm. 2, pp. 26-40.
- Rodríguez, J. V., Cifuentes, A.; Aldana, F. (2010). *Espacios rituales y cotidianos en el Alto río Ranchería, La Guajira, Colombia. Arqueología del sureste de la Sierra Nevada de Santa Marta*, Bogotá: Instituto Colombiano de Desarrollo Rural; Universidad Nacional de Colombia.
- Romero, R.; Pérez, J. F. (2005). *Nafragios y puertos marítimos en el Caribe colombiano*, México: Siglo XXI.
- Santos, G. (1986). “Asentamientos prehispánicos en la región del golfo de Urabá y su desarrollo hasta la época de la Conquista”, *Maguaré*, núm. 3, pp. 57-62.
- Sarcina, A. (2017). “Santa María la Antigua del Darién, la primera ciudad española en Tierra Firme”, *Revista Colombiana de Antropología*, vol. 53, núm. 1, pp. 269-300.
- Serje, M. (1987). “Arquitectura y urbanismo en la cultura tairona”, *Boletín Museo del Oro*, núm. 19, pp. 87-96.
- Therrien, M. (2001). “Correrías de san Pedro Claver: narrativas alrededor de la cultura material”, *Revista de Antropología y Arqueología*, núm. 13, pp. 89-112.

- Uribe, C. A. (2006). “Los inicios de la arqueología submarina en Colombia”, en: C. García y C. Del Cairo (eds.), *Historias sumergidas. Hacia la protección del patrimonio sumergido en Latinoamérica*, Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Uribe, M. V. (1988). “Introducción a la orfebrería de San Pedro de Urabá, una región del noroccidente colombiano”, *Boletín Museo del Oro*, núm. 20, pp. 35-53.
- Vignolo, P.; Becerra, V. (eds.) (2011). *Tierra Firme: el Darién en el imaginario de los conquistadores*, Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia; Universidad Nacional de Colombia.
- Yidi, E.; Mendoza, Á. (2014). *De la gloria al olvido: el hundimiento del vapor Prinz August Wilhelm en Puerto Colombia, 1918*, Puerto Colombia: Fundación Puerto Colombia.
- Zapatero, J. M. (1979). *Historia de las fortificaciones de Cartagena de Indias*, Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica.

CUARTA PARTE
ESTRUCTURAS POLÍTICAS

**MODERNIZACIÓN DEL ESTADO Y
ADAPTACIONES DEL CLIENTELISMO: DE LA
UTILIZACIÓN POLÍTICA A LA DEPREDACIÓN
GLOBALIZADA DE LOS RECURSOS PÚBLICOS**

Gloria Isabel Ocampo

1. INTRODUCCIÓN

Este capítulo¹ examina las relaciones entre poder político, clientelismo-corrupción y Estado. A partir de una etnografía del Estado y la política efectuada en el departamento de Córdoba, abordo, en un primer momento, la manera en la cual el clientelismo se instaura como factor de gobernabilidad local y como dispositivo de relacionamiento entre los poderes políticos regionales y un Estado centralista y, después, cómo se efectúa el paso del clientelismo descentralizado y redistributivo a uno monetizado, en cierta medida centralizado, y articulado con los flujos de corrupción que permean el Estado. El primer tipo, que se consolida a mediados del siglo XX, se funda en el sistema electoral, pero se arraiga en las estructuras, las prácticas y las simbologías del patronazgo agrario y del caciquismo del siglo XIX. La transición hacia el segundo tipo, es decir, hacia el clientelismo depredador y criminal de recursos públicos, se efectúa en el marco de las reformas modernizadoras emprendidas por el Estado colombiano desde las últimas décadas del siglo XX.

Mi aproximación al análisis del clientelismo se inscribe en la línea iniciada en Colombia con el trabajo sobre las bases sociales y culturales de este dispositivo de acción política, por el equipo liderado por el antropólogo Néstor Miranda, en donde investigadores como Alejandro Reyes, Eloísa Vasco y Jorge Valenzuela realizaron estudios regionales o de localidades, y Fernán González dio inicio a sus análisis de larga duración de la vida política nacional (González, 2012)². Estos trabajos desarrollaban la tesis de Guillén Martínez sobre la continuidad histórica entre las sociabilidades prepolíticas de la hacienda colonial y las formas de adscripción partidista de la sociedad de ese entonces, y retomaban las ideas sobre la historia del caciquismo y las bases sociales de las adscripciones políticas en la sociedad colombiana del siglo XIX, planteadas por Malcolm Deas en 1973 y Frank Safford en 1983.

¹ El presente texto se basa en una presentación realizada en Cartagena en septiembre de 2017 en el Seminario *Estudios sobre el Caribe colombiano: balance de veinte años*, organizado por el Banco de la República, Centro de Estudios Económicos Regionales (CEER).

² En este frente se destaca el libro de Reyes Posada (1978) y los artículos de Fernán González (1976, 1977 y 1980; citados en González (2012).

Estudios posteriores, como el de Francisco Leal Buitrago y Andrés Dávila-Ladrón de Guevara (1990), analizaron el clientelismo en el marco del desarrollo capitalista del país. Estos autores plantean cómo durante el Frente Nacional y en los años siguientes se refinaron y generalizaron las prácticas clientelistas para mantener la lealtad de las redes políticas locales y regionales, gracias al acceso de los jefes de estas a los cargos de la burocracia y a los recursos del Estado. El clientelismo fue, entonces, planteado como un medio de intermediación política que ocupa espacios que la falta de presencia del Estado deja entre este y la sociedad y, por tanto, como una vía de articulación entre ambos (Ibíd.).

Para Dávila-Ladrón de Guevara (1990, 1999: 66), hasta el Frente Nacional puede hablarse de un clientelismo tradicional, caracterizado por el intercambio directo entre clientes y patrones (sin que el Estado desempeñara un papel importante en las transacciones), dado el carácter personal de las adhesiones y lealtades y la extrema dependencia de estas relaciones. Después, el Estado adquirió un papel central al suministrar los recursos para el intercambio de bienes y favores por votos, lo que habría dado lugar al clientelismo moderno (1999: 66) que, después de la Constitución de 1991, sería reemplazado por el clientelismo de mercado, que utiliza a su favor los cambios modernizadores del Estado (Gutiérrez, 1998; en Dávila-Ladrón de Guevara, 1999: 68 y 70). Se producen, entonces, cambios en la conformación y el funcionamiento de las redes políticas y en los modos y grados de competencia entre ellas (Dávila-Ladrón de Guevara y Delgado Varela, 2002).

Francisco Gutiérrez Sanín (2007 y 2002) analizó la forma como el Frente Nacional minó la capacidad integradora de los partidos tradicionales, al trasladar a ellos la disputa por la burocracia y los recursos (que entonces se distribuían paritariamente entre partidos). Esto rompió la articulación de los políticos regionales con los jefes nacionales, y les otorgó una autonomía que les permitió, a partir de los años setenta y ochenta, aumentar su poder en los partidos y en la política nacional. Este autor analizó también los efectos de la Constitución de 1991, sobre todo los de las medidas de descentralización y de municipalización de la vida política con las que se pretendía resquebrajar la intermediación clientelista. Pero, inversamente a lo que se buscaba, los jefes políticos de las regiones, al tener acceso directo a los recursos del Estado (por la transferencia de competencias y recursos centrales a los gobiernos locales), se empoderaron, frente a los jefes del centro, trastocando la relación de fuerzas entre ellos (Gutiérrez Sanín, 2007).

La exacerbación del conflicto por la acción de los grupos armados y su ambición de tener influencia y poder habrían producido el surgimiento de un nuevo tipo de clientelismo: el clientelismo armado (Peñate, 1999), el cual

ha sido objeto de debates, sobre todo en relación con sus efectos³. Mauricio García Villegas y Javier Eduardo Revelo Rebolledo (2010: 64 y 66), retoman el análisis del clientelismo “armado, mafioso o simplemente ilegal”, que se produce en el intercambio desigual entre políticos nacionales y locales, donde los grupos armados conforman sus propias redes de clientela y capturan la institucionalidad local mediante el uso de las armas y de la alianza entre mafias y políticos. Por su lado, Gustavo Duncan (2005: 63) distingue entre el clientelismo armado, que se presenta en las zonas rurales y en cabeceras municipales, donde patronos y clientes pueden ser constreñidos a pagar comisiones a los *señores de la guerra* para acceder a los recursos del Estado y a votar por sus candidatos, y el clientelismo mafioso, que se produce en las zonas urbanas y dirige la intimidación a la clase política, a los contratistas del Estado y a la burocracia.

Por mi parte, en mi trabajo sobre los poderes regionales en Córdoba (Ocampo, 2014) exploré las bases sociales del clientelismo, sus modos de funcionamiento y los dispositivos concretos mediante los cuales él llega a constituirse en factor de integración política y de gobernabilidad y en el modo de relación de la región con el Estado central. Mi interés se dirigió, después, al examen de cómo las disposiciones globales de transformación del estado adoptadas en el país a finales del siglo XX se tradujeron en políticas y normas que, al llegar al nivel de su ejecución (*local*), han sido reinterpretadas, adaptadas y ejecutadas por las mediaciones del clientelismo, de tal manera que este, en vez de desaparecer (como se suponía que ocurriría), encontró en las nuevas formas de funcionamiento del Estado las condiciones favorables a la usurpación de recursos públicos en escalas inimaginadas, y adquirió nuevas dimensiones y nuevos significados (Ocampo, 2018).

2. PROCESOS DE CONFORMACIÓN REGIONAL Y SISTEMA POLÍTICO

Lo que hoy es el departamento de Córdoba no puede ser considerado como una región periférica, que es como suelen caracterizarse los contextos donde prevalecen relaciones políticas premodernas como el clientelismo: desde el siglo XIX, el territorio del sur de Bolívar (primero el estado y después el departamento), que comprendía la zona de Tolú, el bajo Sinú y las sabanas, era una región relativamente integrada, tanto económica como políticamente

³ En especial, se discute la interpretación de la inserción de los grupos ilegales como captura o configuración cooptada del Estado (cf. Garay Salamanca *et al.*, 2008; López, 2010; Gutiérrez Sanín, 2006).

(y con conexiones con los territorios insulares del Caribe). Allí se estableció una estructura de poderes subregionales y un orden social articulados alrededor de la hacienda ganadera y de caciquismos locales y subregionales, en una situación de minoría con respecto al centro regional, que era Cartagena. Se conformaron, entonces, élites económicas y políticas que asumieron la función política (y, a veces, la militar), así como la relación con el centro del Estado. Se trató de un proceso de conformación regional basado en tres factores que definirán la estructura social y política en este territorio:

- El dispositivo material y conceptual de la hacienda y del caciquismo como esquemas fundantes de la organización de la sociedad y del poder (Ocampo, 2014; Solano y Flórez Bolívar, 2009).
- La conformación y reproducción de poderes locales y regionales que llegan a dominar la política y a situarse como intermediarios en la relación de la región con el Estado.
- Una presencia del Estado mediada por aquellos poderes, los cuales logran monopolizar la institucionalidad estatal y canalizar la función redistributiva mediante el clientelismo, el cual se instaura como el mecanismo de integración política y de relacionamiento de la población con el Estado.

Dicho de otra manera, estos factores, cuyo correlato es el sistema hacendario de producción ganadera (basado en la apropiación extensiva de la tierra), definirán la estructura social, la organización y el modo de funcionamiento del poder político, así como el modo de construcción del Estado. Y definirán, también, la relación (clientelar) de la región con el centro político. El sistema político así constituido se reproduce en el tiempo y mostrará una enorme capacidad de adaptación a las circunstancias cambiantes de la región y del Estado.

La consolidación de élites subregionales, que resentían el lugar marginal ocupado por la región frente a Cartagena; la expansión de la ganadería hacia el sur, que propiciaba relaciones económicas y políticas con la región andina (especialmente con Antioquia), y el fortalecimiento de Montería como centro del desarrollo regional llevaron a la creación del departamento de Córdoba en 1952. Los políticos logran, entonces, acceso directo a la burocracia y a los recursos estatales, lo cual es facilitado por las relaciones que establecen con los dirigentes de los partidos en el centro del país y a su eficiencia en la organización del sistema clientelar. Se produce, también, el ingreso de los “turcos” (ciudadanos de origen árabe) a la política, y surgen o se consolidan nuevas facciones en el partido Liberal, el cual logra la preeminencia en la política regional, aunque el conservatismo (que predominaba en Montería) mantiene

su poder gracias al régimen alternado del Frente Nacional, el cual genera un esquema de alianzas bipartidistas para la distribución de cargos y prebendas que se prolongará después de finalizado el pacto político entre liberales y conservadores y, aún, después de instaurada la elección popular de alcaldes y gobernadores.

Los poderes tradicionales se transforman en clase política, la cual se erige como intermediaria e intérprete entre el Estado y la población. Pero esto no significó el relevo de las élites políticas tradicionales ni la ruptura del esquema de poder o de las sociabilidades políticas previas —como sí ocurrió en otras regiones—: los poderes políticos subregionales se integran en una clase política de alcance departamental, que se acomoda a las nuevas condiciones del ejercicio de la política, la cual requería ahora mayor dedicación (especialización), nuevas prácticas (formas organizativas, intercambios, etc.) y nuevos y mayores recursos.

Mientras tanto, los campesinos, expulsados del campo por la ampliación del área ganadera, catástrofes naturales o distintas violencias, se instalaban precariamente en Montería u otros centros urbanos, donde pasaban a conformar las bases del sistema clientelar. De este modo, el clientelismo se instituye (y se reproduce) en la intersección entre dos planos: el horizontal, de las redes de poder construidas por las élites, y el plano vertical, de los intercambios desiguales entre las élites políticas y el resto de la población. Este sistema resultaba funcional tanto para aquellas, que estructuraban sobre él su poder, como para la población en proceso de urbanización y marginalización, que requería traductores e intermediarios en sus relaciones con el Estado, así como sus recursos. La política se instaló, entonces, como el sector dominante y determinante en la sociedad cordobesa en lo cual incidió también el lugar secundario que se le asignó en las políticas centrales al desarrollo de la ganadería, la actividad que las condiciones naturales de la región y su desarrollo tecnológico, entre otros factores, ubicaban como su “vocación natural”.

Simultáneamente con aquellos procesos, en el país se había producido un crecimiento de los recursos estatales y de la burocracia, se avanzaba en la estatización y en la descentralización, lo cual, junto con el fortalecimiento del poder legislativo, reforzaba las jefaturas políticas regionales, que adquirieron mayor autonomía con respecto al nivel central (Gutiérrez Sanín, 2007).

Aunque el clientelismo se instaura en todo el país, presenta especificidades que se van delineando en los procesos (económicos, sociales y políticos) de conformación regional. En Córdoba, como lo expuse, se establece sobre las relaciones y simbologías surgidas de la hacienda y del caciquismo, es decir, se inserta en un sistema social y político donde las relaciones y adhesiones

primarias —especialmente, el parentesco y la localidad (*localidad* en el sentido de lazos por compartir un territorio— desempeñan un papel preponderante. Pero, ¿cómo estas lógicas primordiales llegan a organizar la política regional?

El parentesco y la localidad son productores de nexos, lealtades y símbolos que son absorbidos por la política: ambos principios de organización social circunscriben relaciones, cimentan adhesiones y generan identidades y obligaciones políticas (cf. Ocampo, 2014: primera parte, capítulo 2). Así, surgen parentelas que logran acumular el poder político, como la de los López, una familia originaria de la región de las sabanas, que establece una tradición liberal con fuerte acento ideológico y se entronca con la élite conservadora monteriana (mediante alianza matrimonial entre dos de sus varones con mujeres de la élite política conservadora). Sus patriarcas saben interpretar las nuevas circunstancias del Estado y de la política local: logran acceso a las instancias centrales y a la burocracia, establecen una organización partidaria jerarquizada y disciplinada (el movimiento Mayorías Liberales) de alcance departamental y edifican un sistema clientelar basado en la oferta de bienestar social. Sus miembros, que asumen distintos roles políticos, se ubican en la cúspide de la pirámide de la organización clientelar y acumulan un poder que les permite el predominio en la política regional durante varias décadas.

Otro caso que muestra la imbricación entre parentesco y poder político es el de la familia De la Espriella. Esta, también adherente del partido Liberal y oriunda de las sabanas, entreteje, por medio del parentesco (básicamente, de alianzas matrimoniales), una red supradepartamental que la relaciona con familias tan influyentes políticamente como los Burgos y los López (de Córdoba), los Guerra Tulena (de Sucre), los Díazgranados (del Magdalena) y los Char (del Atlántico). Sus miembros logran acceso a la burocracia en distintos niveles y, sobre todo, una representación parlamentaria y un poder político que les permitieron ubicar, en 2014, a tres de sus miembros en el Senado: los hermanos María del Rosario Guerra de la Espriella, Antonio Guerra de la Espriella y su primo Julio Miguel Guerra Sotto (otro de los primos, el senador Miguel Alfonso de la Espriella Burgos, había sido despojado de su investidura parlamentaria al ser condenado por parapolítica en 2008). Algunos de sus integrantes viran hacia partidos o movimientos surgidos al vaivén de las coyunturas políticas (Centro Democrático, Cambio Radical, Opción Centro, Movimiento Popular Unido y Colombia Democrática) (Ocampo, 2014), lo cual les permite sortear las interdicciones sobre participación de consanguíneos y parientes en grados cercanos en cargos del Estado o en la representación partidista.

Este modo de funcionamiento del poder político se basa en una concepción naturalizada de la imbricación entre parentesco y política; se acepta que el

poder político se organice y opere según las leyes del parentesco: el capital político se constituye en familia, se organiza y se distribuye entre las parentelas y se trasmite por herencia; los roles y funciones políticas se distribuyen según criterios como nivel genealógico, sexo, edad o tipo de lazos (filiación a alianza). Esta concepción de la política define, también, la naturaleza de los partidos políticos, los cuales no son aquí lo que la teoría política entiende como tales, sino la expresión de las estructuras y de las redes locales y regionales de poder (basadas en adhesiones primarias), las cuales se traslapan en ellos y les insuflan su propia lógica.

Ahora bien, la relación entre parentesco y lealtad política no es mecánica, ni da lugar a la conformación de “grupos” inamovibles y perfectamente cohesionados, sino a redes de carácter fluido. Esto produce un sistema caracterizado por un continuo juego de fracturas y recomposiciones: las luchas por el poder, por la influencia política en los territorios, por votos, cargos o intereses económicos, generan frecuentes rupturas y divisiones, pero el sistema político mismo posibilita la reparación de tales fracturas mediante la generación de nuevas alianzas⁴. Por eso, aquí las luchas faccionales operan como modo de integración y no de desintegración política, y la estabilidad estructural del sistema resulta de ese incesante juego de rupturas y alianzas entre grupos y segmentos políticos.

La solidez del sistema político así constituido hace que poderes externos (legales o ilegales) hayan tenido que plegarse a los esquemas del clientelismo y del faccionalismo. Fue esto lo que hizo Álvaro Uribe Vélez cuando en el departamento buscó apoyo para su primera elección en 2002 y para su reelección en 2006, y lo que hicieron los paramilitares cuando buscaron tener representación política regional como paso previo a su negociación con el Estado (dando lugar a lo que se conoció como la “parapolítica”). En ambos casos, jefes del partido Conservador y de las facciones minoritarias del liberalismo, así como representantes de nuevos partidos, establecieron alianzas electorales de carácter suprarregional (con el Partido Social de Unidad Nacional y con las Autodefensas Unidas de Colombia), lo que les permitió derrotar el poder político ostentado durante años por Mayorías Liberales (de donde provenían algunos de ellos)⁵.

⁴ Se trata de *estructuras segmentarias*, en el sentido propuesto por E. E. Evans Pritchard (1977).

⁵ Es conocido el apoyo que dieron a Uribe congresistas como Julio Manzur Abdala (del Partido Conservador), Zulema Jattín (de Apertura Liberal), Reginaldo Montes (de Cambio Radical), Eleonora Pineda y Miguel Alfonso de la Espriella (de Colombia Democrática) (Serrano, 2003; en Ocampo, 2014: 202). En 2007 Salvatore Mancuso contó a la Fiscalía que, en 2003, seis congresistas unidos en “El sindicato” lo habían buscado para proponerle que apoyara su candidato a la Gobernación y así acabar con el dominio tradicional de la familia López Cabrales (López Hernández, 2008; en Ocampo, 2014: 203).

La colaboración con los paramilitares, al ser judicializada, llevó a la destitución de la representación parlamentaria cordobesa (unos fueron condenados y despojados de su investidura y otros renunciaron para no ser juzgados por la Corte Suprema de Justicia sino por la justicia ordinaria). Pero, la alianza alrededor de Uribe (y, después, de Juan Manuel Santos) permitiría la sustitución de los parlamentarios depuestos y el surgimiento de nuevos liderazgos, manteniendo intacto el sistema regional de poder y su funcionamiento por medio del clientelismo.

Ahora bien, el otro componente de la función estructurante del clientelismo en el sistema político es el control o la apropiación de la función redistributiva del Estado. En efecto, los políticos direccionaron o asumieron directamente la distribución de la burocracia local y de los recursos provenientes del nivel central, estableciendo un esquema de intercambios (votos por favores) que se mantenía en el tiempo, a veces, a lo largo de generaciones. Además, ellos ofrecían o promovían soluciones alternas o arreglos extraoficiales a los problemas o conflictos locales y, al mismo tiempo, actuaban como voceros de las demandas ante el nivel central. La ejecución de estas funciones les permitió situarse como intermediarios necesarios tanto para el Estado como para la ciudadanía, acumular capital político y crear sus propios sistemas de poder.

De este modo, el clientelismo llegó a ser en Córdoba un elemento transversal al sistema político, que articula las adhesiones primarias con las adhesiones políticas y se inscribe en los “arreglos” institucionales, de poder y de clase que sustentan el pacto social. Puede decirse que el clientelismo copa el espacio político de tal manera que toda experiencia política pasa, en algún momento, por él (cf. Ocampo, 2014).

La lógica del clientelismo regirá también las relaciones entre la región y el centro político: es el poder electoral de las regiones el que asegura la elección de los gobernantes (incluido el presidente de la república), el nombramiento de altos dignatarios (incluidos miembros de las altas cortes) y funcionarios, la aprobación de las leyes, etc.; y ese poder electoral transferido al centro revierte a la región bajo la forma de recursos que son “redistribuidos” por el clientelismo. De este modo, el intercambio entre el poder electoral regional (los votos) y el poder distributivo del centro (los recursos estatales) es el dispositivo articulador de la región con el Estado central.

El papel del clientelismo como la institución que organiza la política regional y las relaciones de la región con el centro político lleva a su institucionalización y a su legitimación. Por esto en Córdoba en la vida cotidiana las relaciones clientelares son asimiladas a las prácticas burocráticas, y el clientelismo es percibido como una realidad en sí, como el *modo de ser* de

la política, lo cual impide apreciar la desigualdad estructural que sustenta sus intercambios. El clientelismo resulta funcional en la medida en que es un sistema en donde todos parecen ganar, aunque sea de manera enormemente desigual. Pero es, precisamente, la conciencia adquirida sobre esa disparidad la evidencia de que las élites acaparan los mayores beneficios, y el desbordamiento de la actividad depredadora (como lo mostraré a continuación), lo que podría llegar a erosionar esa funcionalidad.

3. POLÍTICAS MODERNIZADORAS DEL ESTADO Y ADAPTACIONES DEL CLIENTELISMO

La modernización del Estado emprendida por los gobiernos en las últimas décadas del siglo XX fue inspirada en lineamientos internacionales de corte neoliberal que proponían la reducción del gasto público, la delegación de funciones en el sector privado y la concentración del Estado en las funciones regulatorias. Al adoptar tales directrices, el Estado colombiano respondía también a la influencia de una élite tecnocrática y política que, desde el centro, propugnaba por la modernización y el establecimiento de un manejo técnico del Estado, y a la presión de la opinión pública que denunciaba los desmanes del clientelismo.

Lo que me propongo, entonces, es analizar de manera inductiva las consecuencias sociales, institucionales y políticas (y los efectos no previstos, o incluso, indeseados) de la adopción de esquemas como aquellos en las condiciones específicas del país, y en sus distintos niveles territoriales. Sin entrar a discutir aquí las dificultades propias del modelo, mi tesis es que este tipo de modernización encontrará sus límites en la inexistencia de las condiciones que él requería: una institucionalidad estatal formal y funcional (moderna), y una ciudadanía con grados importantes de integración y formalización.

Concentrándome en la primera condición (la institucionalidad estatal formal y funcional), afirmo que en Colombia, al llegar al nivel de su ejecución (local), las disposiciones globales serán reinterpretadas, adaptadas y ejecutadas gracias a las mediaciones del clientelismo, que es la institución que organiza la política local y regional y la relación de la región con el Estado. Por esto, el nuevo estilo delegante y menos intervencionista del Estado no consiguió la desaparición de los vicios que se buscaba eliminar, sino que produjo su adaptación a las nuevas maneras de concreción de las políticas estatales en las condiciones particulares de las regiones y las localidades. Así, el sistema clientelar, en vez de desaparecer, encontró en el Estado reformado condiciones favorables a la usurpación de recursos públicos a gran escala, sobre todo con el mecanismo, supuestamente moderno, de la concesión de

contratos, que ha sido la forma principal de delegación de funciones estatales. La contratación tendrá consecuencias muy contundentes sobre el funcionamiento del sistema político y se convertirá en el mayor factor de deslegitimación del Estado y la política, en un país donde, como lo afirma Duncan (2005: 9)⁶, la producción de riqueza ha estado muy supeditada a las oportunidades ofrecidas por la política, de modo que el poder político ha sido la llave para asegurar el éxito de las empresas económicas.

¿Pero, de qué manera el clientelismo responde o se adapta a las medidas modernizadoras? Para responder, habría que considerar tres tipos de cambios: la monetización, cierta tendencia a la centralización, y su articulación con los flujos de depredación de recursos estatales.

3.1. LA MONETIZACIÓN DE LAS RELACIONES DE CLIENTELA

En el nuevo esquema estatal, las formas *tradicionales* de distribución clientelista de recursos (burocrática, y de dinero en escalas de menor magnitud) evolucionan hacia la asignación por el gobierno central de enormes sumas (regalías, transferencias, cupos indicativos, etc.) de las que los mandatarios regionales o locales y sus aliados pueden disponer. En Córdoba la propagación de este esquema de distribución coincidió con el relevo de la representación parlamentaria del departamento, ocasionada por las investigaciones y condenas por parapolítica, que produjo un reacomodamiento en la política regional: el declive de Mayorías Liberales y el empoderamiento de nuevas figuras como Musa Besaile, Bernardo “Ñoño” Elías y Alejandro Lyons. Debido quizá a su juventud y al modo abrupto como llegaron a la cima del sistema político, ellos carecían de las sólidas estructuras clientelares de sus adversarios o de sus predecesores, pero suplirían esta carencia con el acceso que tuvieron a los recursos estatales, y que utilizaran para lucrarse con contratos o negocios de diversa índole y, electoralmente, para la compra de votos, una práctica que se acrecienta con los flujos de dinero que entonces circulaban desde el Estado. Así lo expresa un líder popular:

[Hay políticos nuevos que] no tienen consolidado un electorado, hacen política comprando votos a última hora. La compra se arregla antes y después de las elecciones: los candidatos prestan la plata

⁶ Al respecto, Duncan cita a Revéz, quien asocia las posibilidades de generación de riqueza en Colombia a “la ambigüedad del Estado entre lo público y lo privado, de la imbricación entre lo político y lo económico”, y señala que “el Estado como sistema de contratación [ha sido] el núcleo central para entender la dinámica política y económica” (Revéz, 1997; en Duncan, 2005: 9).

y después negocian [...]; van donde el líder y él les da lista de votantes, arreglan el precio, por ejemplo, \$50.000 cada uno, y les dan un adelanto; arreglan la logística y los llevan a votar y después les dan el resto. Los políticos se dan cuenta [del cumplimiento o no de lo pactado], no se sabe cómo. Es generalizado en todas partes. Por eso, el que no tiene plata no puede aspirar ni siquiera al concejo. [Los candidatos] cuando pierden, quedan con muchos compromisos y problemas económicos. Nadie podría hacer política si no compra votos. La gente dice: “en campaña nos recuperamos económicamente”; no piden nada colectivo; nadie reclama; nadie conoce el programa [...] Son intereses inmediatos (entrevista, 2013; fuente reservada).

De esta manera, el clientelismo vira hacia un intercambio monetizado y surgen nuevas prácticas, asociadas con la disposición de los flujos monetarios: a los intercambios previos, enmarcados en relaciones primarias y adhesiones personales, en lealtades y patronazgos dotados de un componente emocional importante, se yuxtaponen, ahora, relaciones monetizadas, burocratizadas, mucho más fluidas y cambiantes, en las que los electores tienden a comportarse más como vendedores dispuestos a negociar sus votos que como dependientes de sus patronos o padrinos políticos. Aunque ciertos valores, principios y formas de acción política asociadas con el clientelismo se mantienen, puede decirse que sentimientos de adhesión partidaria como los que caracterizaban, por ejemplo, al movimiento Mayorías Liberales, han desaparecido, lo mismo que el significado afectivo de la imagen del jefe político.

3.2. LAS TENDENCIAS CENTRALIZANTES DEL CLIENTELISMO

En el Estado reformado se trata de erradicar el clientelismo con medidas como la centralización de la función distributiva (que es su carburante), lo cual despoja a los jefes políticos regionales (considerados como clientelistas y corruptos) de parte de sus prerrogativas. Así, en 2012 se aprobaron leyes como la que reglamentó las regalías y dio poder de veto al Gobierno nacional en su distribución (Ley 1530, 2012), y la ley de vivienda, que generó un amplio debate por cuanto le daba al Ministerio (en cabeza entonces de Germán Vargas Lleras) la capacidad de decidir la ubicación de las viviendas de interés social (León, 2012). También, se concedieron al centro otras prerrogativas, como la posibilidad de intervención en la aplicación de la Ley de Víctimas y en los recursos del Fondo de Reconstrucción. Como lo afirmó una analista política,

las reformas tenían como implicación que el país político girara “más alrededor de Bogotá” (León, 2012).

De hecho, en vez de erradicar los vicios del sistema político, las nuevas disposiciones van a posibilitar a políticos del orden nacional utilizar las simbologías de reciprocidad y lealtad propias del clientelismo para establecer una relación directa con los territorios, mientras que la distancia y la ausencia de relaciones cara a cara son subsanadas con estrategias de comunicación. De este modo, el centro lograba la recuperación de los poderes delegados a las regiones⁷, aunque sin eliminar la función de los jefes regionales o locales, quienes siguieron desempeñando un papel de mediadores respecto al centro político, de cuyos recursos dependen.

Esta tendencia a la centralización del clientelismo puede ser ilustrada por el modo de gobernar (caracterizado como neopopulista) (González, 2006) de Álvaro Uribe Vélez, y del clientelismo gestor de Germán Vargas Lleras. En el primer caso, la distribución centralizada de recursos le permitió al presidente establecer una relación directa con las poblaciones clientelizadas de los territorios, sobre todo a través de los subsidios, una política cuyo cubrimiento él amplió mediante programas como Familias en Acción y otros desarrollados por la Agencia de Acción Social de la Presidencia (la Agencia Presidencial para la Acción Social y la Cooperación Internacional). Esta forma de relación sin intermediaciones se escenificaba en los consejos comunitarios (que encarnaban la idea del Estado comunitario, propuesto por el presidente), el lugar por excelencia del encuentro del mandatario con los territorios. En 2010, al finalizar el segundo período presidencial de Uribe, un informe periodístico decía que este había realizado más de trescientos eventos de este tipo; y resumía las reacciones que ellos suscitaban al afirmar que para unos esta había sido la forma de comunicación más eficiente del Gobierno, mientras que otros señalaban la personalización del poder por parte del jefe de Estado (Elpais.com.co, 2010). En realidad, los consejos comunitarios cumplían ambas funciones, pero lo que quiero subrayar es que este dispositivo reproducía el patrón del clientelismo: el presidente asumía la función de árbitro, mediador y gran dador (desempeñada hasta entonces por los jefes políticos locales), mientras que los asistentes actuaban como clientes, dependientes de las decisiones presidenciales y de la persona del presidente.

⁷ A los que se había referido Dávila-Ladrón de Guevara en 1999, cuando los políticos del centro trataban de recuperar el terreno perdido como consecuencia de reformas como la elección popular de gobernadores y alcaldes, que antes le daba juego al presidente de la República (Dávila-Ladrón de Guevara, 1999: 16).

Al tiempo que utilizaba a su favor buena parte de los recursos políticos, económicos y simbólicos que antes oxigenaban el poder clientelar en las regiones, Uribe seguía utilizando la dependencia de los jefes regionales con respecto a los recursos del ejecutivo (central), como se reveló en su reelección cuando encontró en la unión de los jefes de distintas facciones políticas el apoyo que le permitió lograrla (mientras que sus aliados accedían al poder regional). La combinación de una relación directa con los electores y la dependencia de los jefes políticos regionales de los recursos provenientes del nivel central contribuyó a una concentración de poder en manos del presidente, que Fernán González describe como “nunca vista antes en la historia política del país y cercana a la que disfrutaron caudillos neopopulistas de otros países vecinos” (González, 2006).

El otro caso es el de Germán Vargas Lleras, un político del centro que se ha relacionado con los territorios aprovechando las estructuras clientelares dominantes en ellos, sin importar que se trate de políticos controvertidos (algunos de ellos judicializados o condenados). En el gobierno de Juan Manuel Santos él ocupó inicialmente el cargo de ministro del Interior y de Justicia y posteriormente el de Vivienda, Ciudad y Territorio. En 2014, cuando el presidente buscaba su reelección, lo escogió como su fórmula vicepresidencial y, al ser reelegido, el exministro continuó liderando aquella política, así como el desarrollo de la infraestructura vial del país. Esto tenía un alto significado político, pues era asumir la dirección de dos de los ejes fundamentales del plan de desarrollo de Santos. En vivienda, el vicepresidente anunció la construcción de un millón de viviendas de interés social y cien mil casas totalmente subsidiadas.

Como lo expuse, con el argumento de limitar la participación (clientelista) de los políticos y de las autoridades locales en la distribución de los recursos de la vivienda, la institucionalidad estatal había sido reformada (suprimiendo las agencias regionales y su burocracia); además, se habían centralizado actividades claves del proceso, como la selección de postulantes a los subsidios, su asignación, la selección de los constructores de los proyectos de vivienda y la supervisión del desarrollo de estos. De este modo, el ministro podía negociar la distribución de recursos con las élites políticas locales, y aparecer ante los favorecidos con las viviendas o las obras de infraestructura como el dispensador de estos beneficios (lo que antes hacían los jefes locales). Vargas Lleras logró proyectarse nacionalmente con obras que fueron ampliamente publicitadas, sin ocultar el sentido de inversión política que ellas tenían ni el componente clientelista de su poder.

En este caso, como en el de Uribe, aunque de maneras diferentes, políticos del nivel nacional, mediante el control de la función redistributiva

(posibilitado por reformas institucionales que coartaban la intervención de los políticos locales en la ejecución de los recursos estatales) y la ejecución personalizada de políticas públicas de importancia territorial, acceden directamente a las estructuras clientelares de los territorios, utilizando la lógica clientelar.

3.3. DEL CLIENTELISMO A LA DEPREDACIÓN Y A LA APROPIACIÓN CRIMINAL DE LO PÚBLICO

La idea que intento desarrollar aquí parte de la concepción del clientelismo electoral como un sistema de intercambios desiguales donde los políticos entregan recursos públicos y reciben apoyo electoral. Como lo he dicho, en Córdoba este sistema se instaura sobre lazos jerárquicos de lealtad y patronazgo, y se caracteriza por la personalización del poder y de la función redistributiva, y por la dilución entre lo público y lo privado. Mi argumento es que las medidas modernizantes del Estado, que implican el aumento en la capacidad distributiva y la delegación de funciones estatales en particulares (especialmente, mediante la contratación), al adoptar los esquemas y la lógica del clientelismo, van a permitir la expansión de su capacidad depredadora.

Para captar las distintas formas e implicaciones del clientelismo, adopto la propuesta de Jean-François Médard (2000: 854) para analizar sistemas políticos donde la dilución entre lo público y lo privado caracteriza las prácticas estatales y la lógica de funcionamiento del Estado. Las distintas formas del clientelismo se ubicarían, entonces, entre dos tipos de Estado: uno, con un modo de regulación fundado sobre la redistribución por medio de redes clientelares, y el otro, un Estado depredador en el que la apropiación de recursos tiende a volverse integral y a criminalizarse, llevando al límite la desinstitucionalización y la personalización del poder y a la pérdida del sentido de la noción de lo público (espacio y políticas).

Tal distinción permite diferenciar entre la distribución personalizada de cargos y recursos públicos a cambio de apoyos políticos, y la apropiación depredadora de esos recursos. Esta última forma, que implica la malversación, la desviación o la apropiación de fondos públicos de manera organizada, deliberada y estructurada, es la que propongo entender como clientelismo depredador, lo que suele entenderse como *corrupción*. Analizar la corrupción en la óptica del clientelismo permite abordarla en sus modos de operación y de su inserción en la sociedad, y no por medio de “acontecimientos” o agentes aislados, que es lo que impide entender su naturaleza (De Maillard, 1997: 12) y su sistematicidad.

Un ejemplo de los acomodamientos del clientelismo en el nuevo modelo estatal es el achicamiento del Estado emprendido por Álvaro Uribe: en 2004,

dos años después de haber asumido la presidencia, anunció una reducción de 26% en los cerca de 157.000 cargos de entidades del Gobierno y reconoció haber suprimido 142 empresas estatales, pero la posibilidad de favorecer las redes clientelares mediante la vinculación laboral al Estado seguía operando bajo la modalidad de contratos de trabajo y bolsas de empleo manejadas por los políticos, quienes de controlar la nómina estatal pasaron a crear cooperativas de trabajo asociado o “bolsas de empleo” que proveían de trabajadores al Estado, o fundaciones y organizaciones no gubernamentales (ONG) que contrataban con el Estado. Aparte de los beneficios producidos por esta intermediación, la circulación de los contratos (de corta duración) permitía a quienes los asignaban ampliar el número de sus dependientes o renovar periódicamente sus adhesiones.

Pero, más allá de estas adaptaciones, la defraudación de recursos públicos va a encontrar su nicho principal en la contratación estatal a gran escala, la cual es cooptada por el clientelismo, que la subordina a la lógica de apropiación privada de lo público. De esta manera, los jefes políticos dejan de depender de los favores y las antiguas transacciones clientelistas, para concentrarse en contrataciones multimillonarias (muchas veces fraudulentas) que involucran a funcionarios, particulares y, en muchos casos, fuerzas ilegales. El clientelismo adquiere una nueva dimensión y nuevos significados: de la redistribución clientelista se pasa a un clientelismo depredador, que implica acciones concertadas y premeditadas que, al incluir amenazas, extorsiones o afectar la integridad de otros, adquieren relevancia criminal (aunque esta puede surgir también de la magnitud, sistematicidad y publicidad de las defraudaciones).

Ahora bien, ¿cómo se produce esta transición en los ámbitos locales? En Córdoba, entre los políticos que reemplazaron a los parlamentarios depuestos por parapolítica se hallaban dos políticos de Sahagún que van a encarnar el paso del clientelismo redistributivo al clientelismo depredador: Bernardo “Ñoño” Elías y Musa Besaile; a ellos se sumó Alejandro Lyons, cuñado del “Ñoño” Elías, quien sin ninguna trayectoria política llegó a ocupar la gobernación de Córdoba.

Sahagún es una población de unos 80.000 habitantes, ubicada en la subregión de las sabanas. Ella ha sido la sede o el origen de clanes políticos de los que han emergido importantes facciones y jefaturas del orden regional, y ha ostentado una representación parlamentaria desproporcionada en relación con su tamaño y el número de habitantes. El accionar de los políticos sahuaguenses arriba mencionados, condensa e ilustra la triangulación entre clientelismo-poder político-apropiación de recursos públicos, y expondrá también la articulación de las redes locales del clientelismo con las instancias transnacionales de corrupción.

A sus 30 años Alejandro Lyons fue elegido gobernador gracias al apoyo de jefes políticos que formaban parte de la coalición que había logrado imponerse en el departamento. Él encarnará la depredación de recursos públicos a través de dispositivos o comportamientos abierta y decididamente criminales. Actualmente es prófugo de la justicia y reside en Miami, desde donde, acorralado por los cargos que se le imputan y ante las pruebas allegadas contra él, decidió, a cambio de beneficios, colaborar con la justicia estadounidense, interesada en detectar operaciones de lavado de dinero involucradas en su caso. Las capturas y las acusaciones basadas en sus confesiones exponen la naturaleza y la dimensión de las redes a través de las cuales se mueven las grandes defraudaciones y la corrupción en el Estado (cf. Ocampo, 2018).

Pero, voy a concentrarme en Elías y Besaile, quienes formaron parte de las coaliciones establecidas alrededor de Álvaro Uribe Vélez y de las AUC para derrotar a Mayorías Liberales, movimiento en el que ambos habían militado. Gracias a sus nuevas alianzas ambos llegan a la Cámara de Representantes en 2006 y pasan al Senado en 2010 y en 2014, situándose como los grandes electores del departamento y entre los mayores del país. De hecho, cada uno dobló en 2014 el número de votos obtenidos en la elección anterior. Gracias al aporte que hicieron en votos para la reelección del presidente Santos, fueron los políticos que más obtuvieron lo que coloquialmente se llamó la “mermelada reeleccionista”: La asignación de recursos como contraprestación al apoyo electoral, que se hizo bajo la figura de los cupos indicativos (que habían reemplazado a los antiguos auxilios parlamentarios); en otras palabras, recibieron cuantiosas partidas presupuestales para proyectos de inversión promovidos por los parlamentarios que, según Mauricio Cárdenas (quien sería ministro de Hacienda de Santos), eran “la principal herramienta que [tenían] a mano los gobiernos para asegurar el apoyo a sus iniciativas legislativas” (Cárdenas *et al.*, 2006; en Ocampo, 2014: 194).

Esta utilización de los recursos estatales —que se superpone a la práctica tradicional de distribución burocrática— será la base del poder que llegan a ostentar los dos nuevos senadores: Elías acrecienta el capital electoral heredado de su tío Jorge Ramón “Joche” Elías Náder (condenado por el Proceso 8.000), gracias, sobre todo, al control que adquirió sobre el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF) durante el gobierno de Álvaro Uribe Vélez (Negrete y Galeano, 2011). En pocos años construyó un “movimiento” (denominado la Ñoñomanía) y logró, justo antes de las elecciones de 2014, la asignación de cuotas políticas, como la Coordinación del Departamento para la Prosperidad Social en Córdoba (de la cual dependían más de trescientos cargos y la ayuda social en el departamento), la coordinación departamental del Fondo Nacional del Ahorro (FNA) y la dirección regional del

ICBF (Ocampo, 2014: 323). Posteriormente, recibiría enormes recursos que transfiere a sus aliados mediante millonarias contrataciones de obras públicas en Sahagún, otros municipios de Córdoba y en departamentos aledaños (Ocampo, 2014: 323). Cuando en 2016 el presidente Santos fue a aquella población para la inauguración del estadio impulsado por Elías, afirmó que este era el municipio de Córdoba que más inversiones había recibido durante su mandato, porque “la lealtad política se paga con inversiones y que en esa localidad [había obtenido] el 70 por ciento de la votación” (Serrano M., 2016).

Pero, sobrepasando el nivel local de su influencia, Elías adquiere el control del Fondo Financiero de Proyectos de Desarrollo (Fonade), una empresa industrial y comercial del Estado de carácter financiero, vinculada al Departamento Nacional de Planeación (DNP), cuyo presupuesto anual se aproximaba en 2016 a los COP3 billones (Fonade y DPN, 2015) y tenía posibilidad de incidir en el manejo de otros presupuestos, por lo que se consideraba como una de las más poderosas e influyentes del Gobierno. Fonade había sido siempre presentado como un ente eminentemente técnico, sin embargo, su control se convirtió en una de las apuestas de los poderes clientelistas cordobeses hasta el punto de que en 2015 Besaile y Elías sellaron un pacto político para elegir en la gobernación al hermano del primero y dejar el control de la entidad a Elías (*La Otra Cara*, 2017), quien logró poner a la cabeza de ella a su propio suegro (W Radio, 2016). Entre sus múltiples contratos, Fonade firmó con la alcaldía de Sahagún (donde el alcalde era Carlos Alberto Elías Hoyos, primo del “Ñoño” Elías) un convenio interadministrativo para la ejecución de COP51.767 millones aportados por la Nación para la realización de obras de infraestructura deportiva en esa población, así como otros convenios y contratos con recursos gestionados por “Ñoño” por intermedio del Departamento para la Prosperidad Social y Findeter, para la construcción del acueducto y el alcantarillado (Ardila Arrieta, 2014).

Las redes de defraudación, que se habían extendido del ámbito local al nacional, adquirirán una dimensión internacional al articularse con la multinacional Odebrecht, una compañía brasilera que tuvo en Colombia una importante participación en la construcción de obras de infraestructura vial, y que desarrolló un esquema transnacional de corrupción. Elías aparecerá comprometido en este gracias al consorcio Sion, constituido por coterráneos y parientes suyos vinculados a Fonade, para obtener millonarios contratos con entidades públicas (entre los cuales se cuenta la construcción de pavimento en las calles de Sahagún) (*El Tiempo*, 2017). El consorcio se habría utilizado también para simular contratos y sobornar a varios funcionarios para que Odebrecht fuera favorecido con concesiones en la construcción de importantes vías en el país (El Espectador, 2017a). Por estos hechos, la

Fiscalía llamó a indagatoria a Basima Patricia Elías Nader, prima de Elías y su colaboradora más cercana (Durán Núñez, 2017), pero la contundencia de las acusaciones quedaría plenamente expuesta con la captura del senador (y el retiro de su visa por el gobierno de los Estados Unidos) tras las denuncias de su coterráneo Otto Bula (suplente en el Senado de Mario Uribe, cuando este fue condenado por parapolítica), quien, al ser incriminado por los sobornos de Odebrecht, decidió colaborar con la justicia a cambio de beneficios.

Por el caso Odebrecht se han capturado o investigado parlamentarios (entre ellos Musa Besaile y Antonio Guerra de la Espriella, de Córdoba y Sucre), viceministros, candidatos presidenciales, gerentes de las campañas y el director de la Agencia Nacional de la Infraestructura. El presidente Santos reconoció “una operación irregular” en la financiación de su primera campaña, cuando recibió de Odebrecht “400.000 dólares para afiches”, pero declaró que el gerente de la campaña “lo había traicionado” (RCN Noticias, 2017). Sin embargo, la investigación no ha terminado y se espera que se determine el monto y el destino exactos de las “inversiones” de la multinacional. Mientras tanto, el “Ñoño” Elías define los términos de una colaboración con la Fiscalía donde daría a conocer hechos y personas asociadas con esta trama de corrupción. Según Gustavo Duncan, Elías fue, básicamente, un intermediario en el paso de dinero entre Odebrecht y los electores que reeligieron al presidente Santos (Duncan, 2017), pues es conocido que el senador puso su capital electoral a disposición de la reelección y, como se afirmó, fue uno de los políticos que expandió la compra de votos.

Esta es, pues, la tercera forma de adaptación del clientelismo a las nuevas condiciones del Estado: sobre la organización material del clientelismo, de sus sociabilidades y de su esquema conceptual, se expanden la usurpación de lo público y la corrupción en la nueva institucionalidad del país. La indiferenciación entre lo público y lo privado y la utilización política de las relaciones y lealtades primarias proporcionará un modelo y un nicho de seguridad a las acciones depredadoras.

Desde el punto de vista del Estado, el hecho de que en su construcción el clientelismo actúe como elemento estructural y que la institucionalidad resultante se acomode a la lógica privada, permite que las prácticas clientelares, ilegales y de usurpación de recursos públicos transiten por las instancias e instituciones oficiales o formales como duplicaciones de la realidad formal y legal, pues, como lo afirma Rita Laura Segato, “siendo subterráneas, pueden emerger a la superficie con la aceptación de su intocabilidad y funcionalidad [por parte del Estado, el cual, puede] [...] actuar paraestatalmente sin traicionar su normativa” (2013: 85 y 90). Incluso, el accionar ilegal puede realizarse a través de la normativa estatal: la corrupción operando a través del

apego a las reglas burocráticas, como ocurre con los concursos de contratación o con el funcionamiento de los órganos de control. Porque, también, los vicios en el diseño institucional y la disposición del orden jurídico, de manera deliberada o no, llegan a formar parte de los entramados favorables al clientelismo y a la defraudación, mientras que las formas constitucionales de participación democrática (como la tutela o el derecho de petición) pueden ser, también, capturadas por la lógica depredadora. Hechos como estos demuestran el carácter sistémico de los conciertos de ilegalidad y depredación.

4. COMENTARIOS FINALES

El clientelismo, que había aprovechado la expansión del Estado y el crecimiento de la burocracia, se inscribe después en un Estado reformado que delega y contrata. La circulación de mayores flujos de dinero y la posibilidad que tienen políticos y mandatarios para disponer de ellos irrumpen en el sistema electoral, donde se facilita así la compra-venta de votos. Este mecanismo “moderniza” la relación cliente-patrón, la cual adquiere una forma más contractual: desde el punto de vista de los clientes, la contraprestación en especie les permite atender las nuevas necesidades sociales (entre las cuales figuran ahora los costos de la formalización, como el pago de impuestos o de servicios públicos y la bancarización), y les otorga mayor libertad en el uso de los recursos recibidos por el voto (pues, al tratarse de dinero, el elector puede escoger, por ejemplo, entre pagar una deuda, efectuar una mejora en la vivienda o comprar un celular).

Por otra parte, la cohesión de las clientelas y la adhesión a los jefes locales se debilitan por la interposición de las nuevas lealtades que suscitan (o exigen) los políticos del orden nacional, a quienes las reformas en el Estado les generan los espacios para situarse como *patrones* en la relación que establecen con la población de los territorios (superpuesta en el esquema clientelar local).

Y, finalmente, el clientelismo, que se había gestado en los ámbitos locales utilizando los nexos del parentesco y la vecindad, actúa como canal de circulación de las nuevas formas de apropiación del Estado, expande su ámbito de acción, establece complicidades de corrupción con el sector privado y se inserta en los procesos globales de prebendas y depredación de lo público. Los grandes electores, que accedían a recursos como auxilios parlamentarios de regular cuantía que se irrigaban en las regiones, acceden ahora a mayores recursos que son apropiados y redistribuidos mediante contratos, negociados y defraudaciones, a los que se condiciona la elección de los gobernantes quienes quedan así alienados a sus promotores.

De este modo, el Estado es ahora menoscabado, no por los arreglos y mediaciones “menores” del clientelismo (promover una invasión, beneficiar a los adherentes u otorgar pequeñas dádivas) sino por las enormes transacciones fraudulentas que se tejen a la sombra de las políticas modernizantes. El clientelismo se subordina a la lógica y a los dispositivos de depredación que se instalan, tanto adentro como por fuera del Estado, transgrediendo la ley, utilizándola o manipulándola y, de este modo, adquiere nuevas dimensiones y nuevos significados: emerge un clientelismo depredador o criminal, basado en relaciones de complicidad y contubernio, capaz de permear el Estado en todos sus niveles y de insertarse en los círculos transnacionales de corrupción.

Lo anterior, y la atribución que suele hacerse del clientelismo y la depredación como características propias de las regiones (o de ciertas regiones), llevaría a pensar en un estado dual, en el sentido de existencia de una organización democrática formal y legal con un *côté* o unas zonas premodernas, clientelistas y corruptas. Pero lo que tenemos es un Estado y un sistema político donde las lógicas del Estado moderno coexisten y se imbrican con las lógicas clientelistas, depredadoras o criminales; donde las instituciones formales vehiculan, al mismo tiempo, la modernización y sus antónimos, y donde entre la ley y su transgresión se ha establecido una relación simbiótica. Se presenta, entonces, la paradoja de que la búsqueda de los objetivos explícitos del proyecto modernizador y democratizador del Estado confluya con la expansión de la depredación de recursos públicos en todos los niveles y en los mayores grados.

REFERENCIAS

- Ardila Arrieta, L. (2014, 6 de marzo). Así sabe la mermelada de Ñoño Elias. *La Silla Vacía*. Recuperado de <http://lasillavacia.com/historia/asi-sabe-la-mermelada-de-nono-elias-46813>
- Dávila-Ladrón de Guevara, A. (1999). Clientelismo, intermediación y representación política en Colombia: ¿qué ha pasado en los noventa? *Estudios Políticos*, [S.l.], n. 15, p. 61-78, dec. 1999. ISSN 2462-8433. Disponible en: <<http://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/estudiospoliticos/article/view/16676/14465>
- Dávila-Ladrón de Guevara, A., y N. Delgado Varela (2002). La metamorfosis del sistema político colombiano: ¿clientelismo de mercado o nueva forma de intermediación? En F. Gutiérrez Sanín (Comp.), *Degradación o cambio. Evolución del sistema político colombiano* (pp. 321-355). Bogotá: Editorial Norma-IEPRI.

- Deas, M. (1973). “Algunas notas sobre la historia del caciquismo en Colombia”, *Revista de Occidente*, núm. 27.
- De Maillard, J. (1997). *L’avenir du crime*. París: Flammarion.
- Duncan, G. (2017, 24 de agosto). La ley no es igual. ¿Pasará de nuevo? *El Tiempo*. Opinión. Recuperado de <https://www.eltiempo.com/opinion/columnistas/gustavo-duncan/pasara-de-nuevo-bernardo-nono-elias-122876>.
- Duncan, G. (2005). “Del campo a la ciudad en Colombia. La infiltración urbana de los señores de la guerra”. Universidad de los Andes. Documento Cede 2005-2. ISSN 1657-7191 Edición Electrónica
- Durán Núñez, D. (2017, 27 de julio). El caso Odebrecht y Mauricio Vergara, el contratista de Sahagún. *El Espectador*. Recuperado de <http://www.elespectador.com/noticias/judicial/el-caso-odebrecht-y-mauricio-vergara-el-contratista-de-sahagun-articulo-705050>
- El Espectador (2017a, 26 de julio). Caso Odebrecht llega al Congreso. *El Espectador*. Recuperado de <http://www.elespectador.com/noticias/judicial/caso-odebrecht-llega-al-congreso-articulo-704937>
- El País (2010, 4 de julio). Los consejos comunales, la mejor vitrina que tuvo Uribe. *El País*. Recuperado de <http://www.elpais.com.co/colombia/los-consejos-comunales-la-mejor-vitrina-que-tuvo-uribe.html>
- El Tiempo (2017, 8 de agosto). Gabriel Dumar, vinculado al caso Odebrecht, se entregó a la Fiscalía. *El Tiempo*. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/justicia/investigacion/gabriel-dumar-se-presento-ante-la-fiscalia-117642>
- Evans Pritchard, E. E. (1977). *Los Nuer*. Barcelona: Anagrama.
- Fondo Financiero de Proyectos de Desarrollo (Fonade) y Departamento Nacional de Planeación (2015). Acuerdo 204 [ilegible] por el cual se aprueba el presupuesto de ingresos y gastos del Fondo Financiero de Proyectos de Desarrollo - Fonade para la vigencia fiscal de 2016 (22 de diciembre). Recuperado de https://www.fonade.gov.co/images/website/pdf/presupuesto_aprobado_fonade_vig_2016.pdf
- Garay Salamanca, L.J., Salcedo-Albarán, E., León-Beltrán, I. y Guerrero, B. (2008). *La captura y reconfiguración cooptada del Estado en Colombia*. Bogotá: Fundación Método, Fundación Avina y Transparencia por Colombia.
- García Villegas, M. y Revelo Rebolledo J. E. (2010). *Estado alterado. Clientelismo, mafias y debilidad institucional en Colombia* / García Villegas, Mauricio y Javier Eduardo Revelo Rebolledo. Bogotá: Centro de Estudios de Derecho, Justicia y Sociedad, Dejusticia. https://www.dejusticia.org/wp-content/uploads/2017/04/fi_name_recurso_200.pdf
- González, F. E. (1976). “Clientelismo y democratización: la alternativa liberal”, en *Controversia*, núm. 95, pp. 95-243.

- González, F. E. (1977). “Constituyente I: ¿consolidación del estado nacional?”, en *Controversia*, núm. 59-60.
- González, F. E. (1980). “Clientelismo y administración pública”, *Enfoques Colombianos*, núm. 14, pp. 67-106.
- González, F. E. (2006). “El retorno de los caudillos en Iberoamérica: populismos, partidos y movimientos sociales en coyunturas fluidas”, conferencia inédita, presentada en el Seminario Internacional “Transformaciones recientes del estado en América Latina”. Escuela de Ciencias Humanas, Facultad de Jurisprudencia, Facultad de Educación continuada. Universidad el Rosario, Bogotá.
- González, F. E. (2012). “Hacia una mirada interactiva de la construcción del estado. Reflexiones preliminares sobre las complementariedades entre Antropología, Historia, Sociología y Ciencia políticas a partir de mi experiencia investigativa y docente”, Ponencia para el Congreso de Antropología, Medellín, octubre 24 a 26 de 2012.
- Gutiérrez Sanín, F. (2007). *¿Lo que el viento se llevó? Los partidos políticos y la democracia en Colombia. 1958-2002*. Bogotá: Norma.
- Gutiérrez Sanín, F. (2006). “Las aporías de la modernización desde los partidos”, en F. Gutiérrez- Sanín. *¿Lo que el viento se llevó? Los partidos y la democracia en Colombia, 1958-2002*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Gutiérrez Sanín, F. (2002), “Historias de democratización anómala. El Partido Liberal en el sistema político colombiano desde el Frente Nacional hasta hoy” en Gutiérrez Sanín, F. (Comp.) *Degradación o cambio. Evolución del sistema político colombiano*. Bogotá, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales. Editorial Norma.
- La Otra Cara (2017, 22 de agosto). El rastro de “Ñoño” Elías y Musa Besaile en Fonade. La Otra Cara. Recuperado de <https://laotracara.co/recomendados/el-rastro-de-nono-elias-y-musa-besaile-en-fonade/>
- Leal Buitrago, F. y A. Dávila-Ladrón de Guevara (1990). *Clientelismo: el sistema político y su expresión regional*. Bogotá: Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI), Universidad Nacional de Colombia y Tercer Mundo Editores.
- León, Juanita (2012). “Así cambió el poder en 2012”, en La Silla Vacía, 21 de diciembre. Recuperado de: <http://www.lasillavacia.com/historia/asi-cambio-el-poder-en-2012-40722>
- López Hernández, C. (Ed.) (2010). *Y refundaron la patria. De cómo mafiosos y políticos reconfiguraron el Estado colombiano*. Bogotá: Debate, Corporación Nuevo Arco Iris.
- Médard, J.-F. (2000). L'État et le politique en Afrique, *Revue française de science politique*, 50(4), 2000. Recuperado de http://www.persee.fr/doc/rfsp_0035-2950_2000_num_50_4_3955121990, p. 25-36.

- Negrete Barrera, V. y Galeano Sánchez, J. (2011). *Análisis sociopolítico de Montería y propuestas sobre liderazgo, participación y compromiso ciudadano*. Montería: Ediciones Universidad del Sinú – Elías Bechara Zainúm / Fundación del Sinú.
- Ocampo, G. I. (2014), *Poderes regionales, clientelismo y estado. Etnografías del poder y la política en Córdoba*, Colombia, Cinep-Odecofi, Bogotá.
- Ocampo, G. I. (2018) ¿Cuál Estado para cuál ciudadanía? Paradojas y disyunciones de la modernización del Estado en Colombia, Bogotá, Odecofi-Cinep, Eafit.
- Peñate, A. (1999). “El sendero estratégico del ELN: del idealismo guevarista al clientelismo armado”. En: Malcolm Deas y María Victoria Llorente. Reconocer la guerra para construir la paz. Santafé de Bogotá, Cerec-Norma-Ediciones Uniandes, 1999.
- RCN Noticias, (8 de mayo de 2017), Presidente Santos: “Roberto Prieto me traicionó [Video: 10:33 a. m.] Recuperado de <http://www.noticiasrcn.com/nacional-pais/presidente-santos-roberto-prieto-me-traiciono>
- Reyes, A. (1978). *Latifundio y poder político. La hacienda ganadera en Sucre*, Bogotá: Editorial CINEP.
- Safford, Frank. (1983). “Formación de los partidos políticos durante la primera mitad del siglo XIX”. En: Fondo Cultural Cafetero (comp.). *Aspectos polémicos de la historia colombiana del siglo XIX*, memorias de seminario (pp. 11-50). Bogotá, D. C.: Fondo Cultural Cafetero.
- Segato, R. L. (2013). La nueva elocuencia del poder. Una conversación con Rita Segato. En *Las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres* (pp. 77-114). México: Ediciones Tinta Limón.
- Serrano M., N. (2016, 3 de junio). “Lealtad política se paga con inversiones”: Presidente en Sahagún. El Universal. Recuperado de <http://www.eluniversal.com.co/regional/lealtad-politica-se-paga-con-inversiones-presidente-en-sahagun-227648>
- Solano D., S. P. y R. Flórez Bolívar (Eds.) (2009). “Documentos para la historia del departamento de Córdoba. Informes de los gobernadores de las provincias de Lórica, Chinú y Nieto, 1835-1882”. Cartagena de Indias: Universidad de Cartagena de Indias, Colección Región, Historia, Patrimonio. Recuperado de: <http://hispanismo.cervantes.es/documentos/13060-Sergio%20Paolo%20Solano.%20Informes%20de%20los%20gobernadores%20de%20las%20provincias%20de%20Lorica%20y%20Chin%C3%BA,%20actual%20Departamento%20de%20C%C3%B3rdoba%20%28Colombia%29,%201861-1884..pdf>
- W Radio (2016, 6 de junio). Gerente de Fonade se entera de su salida por postulación de su sucesor. Recuperado de <http://www.wradio.com.co/noticias/actualidad/gerente-de-fonade-se-entera-de-su-salida-por-postulacion-de-su-sucesor/20160615/nota/3161588.aspx>

NOTAS SOBRE LA ECONOMÍA POLÍTICA DEL CARIBE COLOMBIANO

Leonardo Bonilla Mejía
Iván Higuera Mendieta

Los autores son, en su orden, investigador del Banco de la República en Medellín y becario pre-doctoral en el Instituto de Política Energética de la Universidad de Chicago.

1. INTRODUCCIÓN

Una parte importante de las investigaciones económicas que se han realizado a lo largo de los últimos veinte años en el Caribe colombiano se ha dedicado a estudiar la magnitud y persistencia de las desigualdades regionales. A pesar de que el país ha hecho avances importantes en casi todos los frentes, la abundante evidencia muestra que las regiones periféricas del país, entre las cuales se destaca la región Caribe, siguen rezagadas en casi todos los indicadores de crecimiento económico y calidad de vida. Más aún, se trata de un fenómeno altamente persistente y no se espera que esta tendencia vaya a revertirse en el corto o mediano plazo (Bonet y Meisel, 1999; Barón, 2003; Galvis y Meisel, 2010; Aguilera *et al.*, 2017).

Un factor clave para explicar estas marcadas diferencias regionales es la calidad de las instituciones. Más allá de las condiciones geográficas, hay cada vez más evidencia de que son sobre todo las instituciones heredadas de la Colonia y los primeros años republicanos las que explican el desigual desempeño económico y social que observamos hoy (Acemoglu *et al.*, 2012; Meisel, 2014). Por ejemplo, uno de los aspectos claves de la herencia colonial en algunas zonas de Colombia es la predominancia de las instituciones extractivas basadas en el esclavismo (Acemoglu *et al.*, 2012). Esto lleva a que las regiones tengan en general menor presencia estatal, lo que se traduce en menor capacidad de proveer servicios públicos básicos y establecer derechos de propiedad. Como consecuencia, estas regiones no solo tienen los indicadores más bajos en educación, nutrición, salud y saneamiento, sino que también registran mayor violencia, desplazamiento forzoso y concentración de la tierra (Acemoglu *et al.*, 2015; Robinson, 2016; Fergusson *et al.*, 2017b).

Esta notable debilidad institucional lleva naturalmente a cuestionarse acerca del funcionamiento de las élites y, más generalmente, de la democracia en las regiones rezagadas. La literatura ha resaltado que las élites locales son las primeras beneficiadas en tener instituciones débiles, en la medida en que estas les permiten mantenerse en el poder. En el Caribe, por ejemplo, es notable la ausencia de competencia política. Lo que en otras épocas se reflejaba en partidos hegemónicos, hoy se manifiesta en la predominancia de clanes familiares que mantienen el control de las instituciones económicas y

políticas. Esto se ha logrado a través de la combinación de distintas formas de fraude electoral y violencia (Archer, 1990; Gallego, 2011; Acemoglu *et al.*, 2013; Ocampo, 2014; Robinson, 2016; Fergusson *et al.*, 2017a). La ausencia de instituciones fuertes y el control hegemónico del poder político permiten a su vez la extracción de rentas; en la región Caribe esto se ve reflejado, entre otros, en la concentración de la propiedad de la tierra, los bajos niveles de tributación y la larga lista de escándalos de corrupción (Ibáñez y Muñoz, 2010; Machado y Meertens, 2010; Ocampo, 2014; Robinson, 2016; Fergusson *et al.*, 2017b).

Un aspecto adicional que tiende a pasar desapercibido es que la interdependencia entre las élites locales y la política nacional también es una fuente de poder. En efecto, la pobre institucionalidad en las regiones genera importantes ventajas para la clase política nacional, lo que empodera a las élites locales y mina el desarrollo de sus instituciones. La evidencia tiende a confirmar esto, al mostrar que existen en Colombia intercambios activos de favores, por ejemplo entre transferencias subnacionales y apoyo legislativo y electoral (Cárdenas *et al.*, 2006; Ocampo, 2014; Chaves *et al.*, 2015; Bonilla e Higuera, 2017). El debate, que no es nuevo, se ha enfocado en los últimos años en el uso de la *mermelada*, de la cual la región Caribe ha sido una de las grandes receptoras. No en vano una parte importante de los escándalos de corrupción resultantes ha involucrado a la clase política de la región. Para Gibson (2012), esta relación explica cómo es posible que coexista una democracia relativamente funcional a nivel nacional con regímenes autoritarios en las regiones.

La violencia también desempeñó un rol central en la historia reciente del Caribe, primero por la incursión de grupos guerrilleros y después por el auge paramilitar. A pesar de tener tasas de homicidio relativamente bajas, se trata de una de las regiones que registró más masacres, asesinatos selectivos, desplazamientos forzosos y despojos de tierras. En muchos casos, esto se dio en el contexto de alianzas entre los paramilitares y la clase política (Romero, 2003; Duncan, 2006; Garay *et al.*, 2010; Machado y Meertens, 2010; González, 2014; Centro Nacional de Memoria Histórica, 2013; Gutiérrez y Vargas, 2016). En efecto, cerca de la mitad de los congresistas condenados por parapolítica son representantes de la región y el número de políticos locales investigados por este delito, incluyendo alcaldes y gobernadores, es mucho mayor. La evidencia muestra que estas alianzas usaron sistemáticamente la violencia en contra de los opositores, promoviendo así a sus candidatos en elecciones locales y nacionales (Gallego, 2011; Steele, 2011; Acemoglu *et al.*, 2013; Fergusson *et al.*, 2017c).

Este capítulo tiene por objetivo hacer una revisión de los estudios recientes sobre la economía política del Caribe colombiano y resaltar los aspectos

claves para comprender la persistencia de su rezago. La siguiente sección describe los cambios más importantes que han afectado a la región Caribe en su historia reciente, haciendo énfasis en el surgimiento del clientelismo moderno; la tercera se concentra en la relación simbiótica que existe entre las élites regionales y la clase política nacional; la cuarta sección discute el efecto que tuvo la violencia durante las últimas décadas y en particular el auge del paramilitarismo; la quinta presenta las cifras objetivas de calidad institucional disponibles, complementadas con estadísticas de percepción ciudadana, y la última sección concluye.

2. GÉNESIS DEL CLIENTELISMO MODERNO

Las instituciones políticas de la región Caribe se han transformado a lo largo del siglo XX principalmente por dos factores: la actividad productiva de la región y el orden político del país. Entre los principales cambios productivos de la región se destacan el auge de la economía ganadera y la llegada de la gran minería y las regalías. En cuanto al orden político, se debe resaltar el papel de la descentralización administrativa y fiscal y la apertura política.

La primera gran transformación de la estructura económica que tuvo lugar durante el siglo XX en la región Caribe fue el debilitamiento del sector agrícola y la consolidación de la economía ganadera (Posada-Carbó, 1998). En este punto vale la pena resaltar que a diferencia del sur de Estados Unidos, Haití o Cuba, el Caribe colombiano nunca desarrolló grandes plantaciones durante el período colonial. Esto se atribuye tanto a aspectos geográficos como a la preponderancia de la actividad minera, lo que generó una escasez relativa de mano de obra esclava e hizo poco competitiva la producción nacional (Abello, 2006). En lugar de esto, se establecieron haciendas orientadas a producir alimentos para mercados locales, que se caracterizaron por requerir poco capital y ser intensivas en mano de obra. El tabaco y el banano son los únicos dos productos agrícolas de la región que conocieron auges exportadores importantes durante el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. Otros cultivos que prosperaron durante este período, como el arroz, el algodón y la caña de azúcar, se concentraron en satisfacer la demanda nacional. Los sucesivos declives de estas actividades marcaron puntos de quiebre en las respectivas regiones y contribuyeron al fortalecimiento de la economía ganadera (Posada-Carbó, 1998; Bucheli, 2005; Meisel, 2009; Vilorio, 2015).

Una de las principales características de la hacienda ganadera del Caribe es la de ser extensiva y relativamente poco tecnificada. En efecto, esta actividad creció impulsada en especial por el aumento en la demanda interna, y a pesar

de numerosas iniciativas públicas y privadas nunca alcanzó niveles de productividad que la hicieran competitiva en los mercados internacionales (Viloria, 2004; García, 2006; Ocampo, 2007). Su predominancia se ha asociado principalmente a tres factores. Primero, está la geografía y, en particular, el clima que impone restricciones importantes a la mayor parte de las actividades agrícolas. En segundo lugar, están las políticas comerciales de Colombia. La revaluación generada por el auge del café limitó las posibilidades exportadoras de los productos agrícolas. En el caso de la ganadería, esto se sumó a importantes protecciones arancelarias que tuvieron efectos adversos sobre la productividad del sector (García, 2006; Meisel, 2009). Por otro lado, están los altos costos de adecuación de la tierra para actividades agrícolas y la insuficiente inversión en este rubro. El sector público ha sido débil a la hora de conectar a las regiones, lo que se ve reflejado en una red de vías terciarias poco densa y en mal estado. También ha habido pocos avances en el desarrollo de los distritos de riego, lo que limita seriamente el potencial agrícola de algunas áreas.

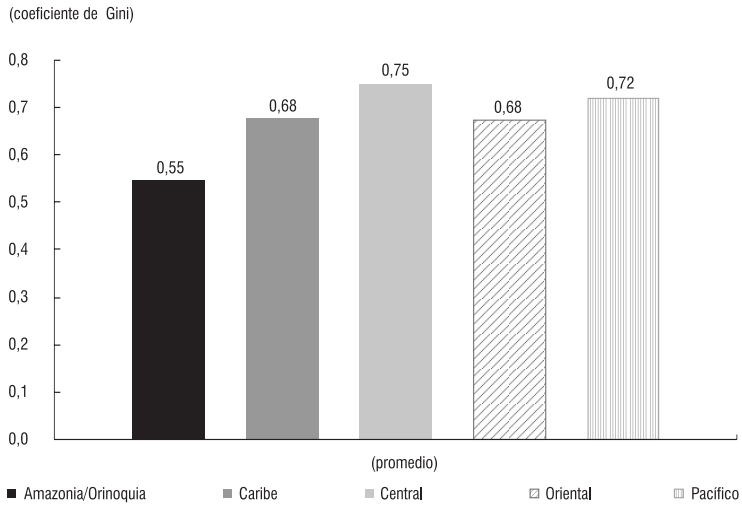
La inversión privada también ha sido insuficiente. Primero, debido a la inseguridad generada por la presencia de grupos al margen de la ley y los problemas de titulación de predios, que han desincentivado la inversión en adecuación y frenado la expansión de cultivos permanentes (Arias *et al.*, 2014). Segundo, por la tributación, que sigue siendo particularmente baja, lo que ha permitido la acumulación de predios y frenado el mercado de tierras. Esto ha sido posible gracias al control que tienen las élites locales sobre el registro catastral y el cobro del predial rural. Este tema es todavía una de las principales fuentes de conflicto entre la línea más liberal de la política nacional y las élites locales (De Janvry y Sadoulet, 1989; Machado, 1998; López, 2009; González, 2014).

La acumulación de tierras no es un fenómeno exclusivo de la región Caribe. El Gini de propietarios en los municipios de la región es 0,68, comparable con las regiones Oriental, e inferior a las Central y Pacífico (Gráfico 1, panel A)¹. Donde sí se destaca la región Caribe es en la titulación informal de los predios, indicador que la lleva a ocupar el segundo lugar, precedido únicamente por la región Pacífico (Gráfico 1, panel B). El problema es particularmente grave en el sur de Córdoba, Bolívar y La Guajira, zonas que también

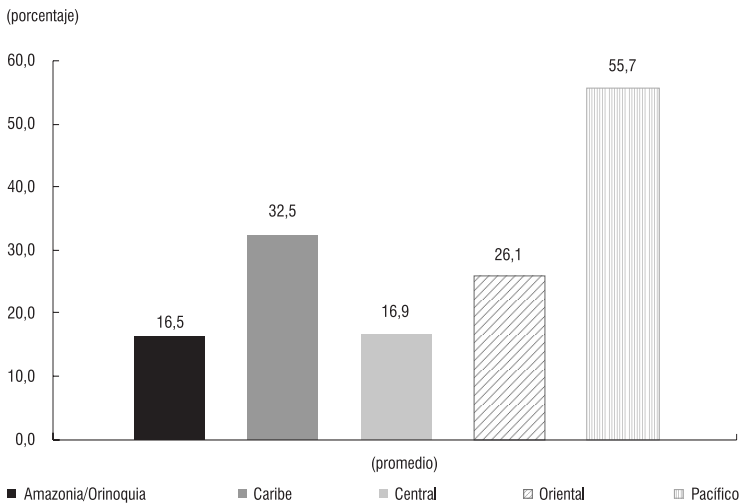
¹ Los cuadros, gráficos y mapas de este capítulo clasifican los departamentos y municipios en seis regiones y los siguientes son los departamentos incluidos en cada una de ellas. Amazonia-Orinoquia: Amazonas, Arauca, Caquetá, Casanare, Guainía, Guaviare, Putumayo, Vaupés y Vichada; Caribe: Atlántico, Bolívar, Cesar, Córdoba, La Guajira, Magdalena, San Andrés y Sucre; Central: Antioquia, Caldas, Huila, Quindío, Risaralda y Tolima; Oriental: Boyacá, Cundinamarca, Meta, Norte de Santander y Santander; Pacífico: Cauca, Chocó, Nariño y Valle del Cauca.

GRÁFICO 1. CONCENTRACIÓN DE TIERRAS E INFORMALIDAD EN TITULACIÓN

A. CONCENTRACIÓN DE TIERRAS (2000-2012)



B. INFORMALIDAD EN TITULACIÓN (2000-2009)



Nota: los indicadores corresponden al promedio anual del período señalado. En el caso de la concentración en la propiedad, se toma el Gini de propietarios. No se cuenta con información catastral de Antioquia y Bogotá.

Fuentes: Instituto Geográfico Agustín Codazzi (IGAC) y el Centro de Estudios sobre Desarrollo Económico (CEDE); cálculos de los autores.

han registrado niveles particularmente altos de violencia durante las últimas décadas (Anexo 1, mapa A1). Esto no es una casualidad. Durante el período del Frente Nacional se recrudecieron los conflictos en la Zona Bananera, el Bajo Sinú y el sur del Atlántico, tanto por el despojo a campesinos como por la ocupación de fincas (Zamosc, 1986; Machado y Meertens, 2010; Grajales, 2011). En los años siguientes la guerrilla llegó a tener control territorial en áreas rurales de todos los departamentos de la región, lo que frenó seriamente la actividad productiva. Más recientemente la violencia paramilitar se tradujo en un masivo desplazamiento forzado y despojo de tierras en toda la región (Romero, 2003; Duncan, 2006; Garay *et al.*, 2010).

El fortalecimiento de la economía ganadera y la concentración de la tierra profundizaron las relaciones de patronazgo tradicional en las zonas rurales, donde el poder político sigue estando estrechamente relacionado con la propiedad de la tierra y vínculos de localidad y la familia (Escobar, 2002; Deas, 2005; Ocampo, 2014). Ocampo (2014) describe este proceso para los partidos políticos cordobeses a partir de varios ejemplos los cuales ilustran que, más que el partido, el contacto con la localidad y el origen familiar tienen un peso mayor dentro de las jerarquías locales. Sin embargo, la pertenencia a una familia no asegura el éxito político; el capital social familiar solo es válido en la medida en que el candidato se muestre perteneciente a la comunidad, es decir, siendo un *local*. El otro gran efecto de esta transformación en la estructura productiva tiene que ver con las migraciones masivas a las ciudades, lo que ha generado las bases para nuevas formas de clientelismo.

La predominancia de la ganadería también restó importancia a la región Caribe en el contexto político nacional. En efecto, la ganadería fue durante muchos años la principal actividad económica de la región, pero nunca logró ser un producto exportable, de tal manera que los ingresos fueron bajos en comparación con los de otras regiones del país (Meisel, 2009). Así, mientras que las regiones cafeteras tuvieron, a través de la Federación Nacional de Cafeteros y numerosos políticos de orden nacional, un amplio control de la política fiscal y monetaria del país, la región Caribe gozó de poca representación (Bates, 1999; Meisel, 2017). Nótese que uno de los factores determinantes de la crisis del banano fue precisamente la enfermedad holandesa que generó el auge del café (Meisel, 2009).

A finales de siglo XX llegó una segunda transformación económica a casi todos los departamentos de la región con la expansión de la explotación de la minería, renglón que dinamizó la economía y sobre todo aumentó sustancialmente los recursos públicos por medio de las regalías. Sin embargo, no siempre se logró mejorar sustancialmente la provisión de servicios públicos, lo que en muchos casos se explica por la extracción de rentas por parte de

las élites locales. Esto fue en parte posible gracias a los cambios en la política nacional. Por un lado, tuvo lugar una profunda reforma administrativa y fiscal que aumentó la autonomía de las regiones y descentralizó las funciones del Estado; los alcaldes y gobernadores se convirtieron en ejecutores de una parte importante del presupuesto nacional. En paralelo, se dio una ambiciosa reforma al sistema político que permitió la elección popular de gobernadores y alcaldes y se abrió el espectro político a nuevos partidos. En el caso específico de la región Caribe, se debe también mencionar como un hito central la división del Bolívar Grande y el Magdalena Grande, que se dio a mediados del siglo XX, en la medida en que dio mayor autonomía a las élites de los nuevos departamentos por el control administrativo y la representación en el Congreso (Ocampo, 2014).

Estas reformas se hicieron con la intención de mejorar la calidad de vida mediante un sistema político más competitivo y responsable. La evidencia indica que la descentralización efectivamente mejoró la provisión de servicios públicos, pero más que todo en los municipios que hicieron esfuerzos fiscales importantes. En los municipios altamente dependientes del Gobierno nacional y en particular aquellos que reciben regalías, el efecto fue adverso (Faguet y Sánchez, 2014; Martínez, 2017; Sánchez y Pachón, 2017). En cuanto a la apertura política, la evidencia muestra que en muchos casos lo que se terminó creando fueron *microempresas* electorales cuyo único objetivo es capturar rentas (Pizarro, 2002). Esto es coherente con el hecho de que los alcaldes de partidos emergentes tienden a gastar más que los de los partidos tradicionales, dada la poca probabilidad de reelegirse (Galindo, 2015). Esos resultados indican que la descentralización y la apertura dieron un impulso a la modernización del Estado en algunas regiones, mas no necesariamente en otras donde las élites locales lograron adaptarse y construir nuevas modalidades de captación de rentas y clientelismo.

Los casos de Sucre y Córdoba son ilustrativos. Escobar (2002) y Ocampo (2014) describen cómo con la elección popular de alcaldes y gobernadores aumentó sustancialmente el costo de las campañas, ya sea por la naturalización de la compra de votos o por otros gastos como publicidad y transporte, lo que dio lugar a nuevas formas de extracción de rentas. Además de más donaciones privadas a campañas, los autores destacan el uso sistemático del creciente presupuesto de alcaldías y gobernaciones, que terminaron financiando esquemas clientelistas bajo la forma de patronazgo político y también a través de corrupción en la contratación. En este contexto, la apertura y los mayores espacios de control político y social no generaron la renovación esperada. Más que reemplazar o cambiar las viejas fuerzas, la nueva competencia reforzó el sistema de poder vigente mediante las alianzas familiares y

de amistad, y el control efectivo de las estructuras regionales de los partidos políticos, nuevos o viejos.

El problema va más allá de las élites locales. En efecto, una parte de las campañas se financia con recursos provenientes de auxilios parlamentarios, lo cual requiere una interacción directa con el Gobierno nacional. Más aún, los escándalos recientes no solo involucran obras de infraestructura locales, sino también obras nacionales, como las concesiones de vías nacionales —ej. Odebrecht— y recursos del Sistema General de Participaciones (SGP) girados por educación —ej. estudiantes fantasma, programa de alimentación escolar— y salud (ej. cartel de la hemofilia y el VIH). Esto refleja hasta qué punto ese tipo de esquema involucra tanto a la política local como a la nacional, incluyendo congresistas, alcaldes y gobernadores. La interdependencia entre las élites locales y la política nacional se discute con mayor detalle en la siguiente sección. El otro fenómeno que marcó el rumbo de la región durante las últimas décadas fue la violencia y, en particular, la rápida expansión del paramilitarismo. Esto no solo desencadenó una explosión en las tasas de homicidio, desplazamiento y despojo de tierras, sino también empoderó a una parte de la clase política local que desarrolló estrechos vínculos con los grupos armados ilegales. La cuarta sección profundiza en este tema.

3. POLÍTICA REGIONAL Y NACIONAL

En Colombia, como en otros países, existen vínculos fuertes de interdependencia entre las élites locales y la política nacional que se materializan en un intercambio activo de favores. Un ejemplo claro de esto es la distribución de transferencias subnacionales a cambio de apoyo en el legislativo. Actualmente este intercambio está asociado a la *mermelada*, un término relativamente reciente que hace referencia a las regalías; sin embargo, dista de ser nuevo. En efecto, Cárdenas *et al.* (2006) muestran que siempre ha existido y lo único que ha cambiado son las cuentas a través de las cuales se distribuyen los recursos, pasando de *obras útiles y benéficas*, a *auxilios parlamentarios* y, más recientemente, *cupos indicativos*, que se asignan mediante proyectos específicos de diversos fondos del Gobierno nacional.

Un ejemplo de este tipo de transferencias son los recursos de cofinanciación para vías terciarias, asignados discrecionalmente por el Gobierno nacional a través del Instituto Nacional de Vías (Invías) y ejecutados por los gobiernos locales. Al respecto Mejía-Guinand *et al.* (2008) muestran que fueron los municipios que tuvieron consejos comunitarios durante el gobierno Uribe los que recibieron muchos más recursos para construcción de vías. Por su parte,

Bonilla e Higuera (2017) encuentran que durante los últimos veinte años los alcaldes que hacen parte de la coalición del Gobierno nacional reciben mucho más de este tipo de recursos que sus pares no alineados; pero esto no se ve reflejado en mejoras significativas en la actividad económica o la calidad de vida de los habitantes.

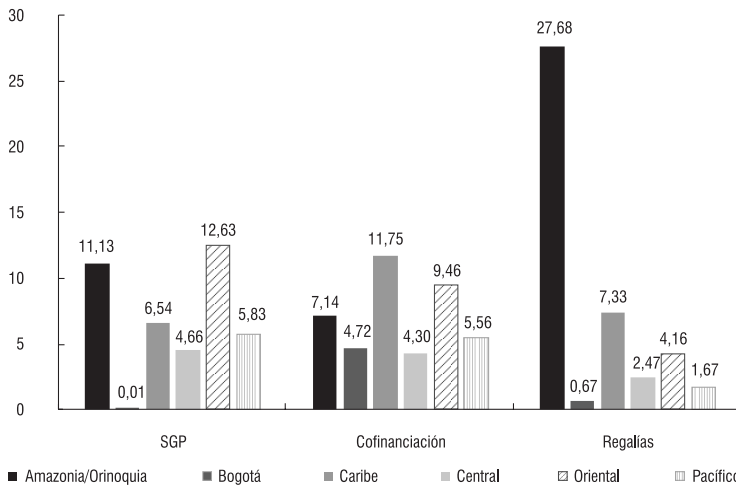
También varios estudios muestran que las transferencias subnacionales y, más en general el presupuesto nacional, han permitido obtener ventajas electorales. Drazen y Eslava (2010) señalan que en los períodos precedentes a las elecciones aumenta significativamente el gasto en proyectos altamente visibles, como las inversiones en infraestructura. Nupia (2011) y Báez *et al.* (2012) hallan que el programa “Familias en Acción” tuvo importantes réditos electorales durante las elecciones presidenciales de 2010, y para Gallego (2012), los recursos de reconstrucción para las zonas afectadas por la ola invernal de 2010-2011 también generaron importantes ventajas electorales para los partidos que gobernarían en las siguientes elecciones locales. Por su parte, Bonilla e Higuera (2017) muestran que los políticos aspirantes a la Cámara de Representantes y a la Presidencia obtienen más votos en los municipios gobernados por alcaldes alineados con la coalición de gobierno. Este efecto no es significativo en las elecciones locales, lo cual sugiere que las mayores ventajas electorales son para los políticos de orden nacional.

La región Caribe fue precisamente una de las que más recibió recursos discrecionales para vías durante los últimos años. Mientras que el presupuesto de vías financiado con SGP fue similar al del resto del país, la región Caribe fue la que más recibió recursos de cofinanciación para este rubro, con transferencias por habitante que duplican las de Bogotá o las regiones Central y Pacífico. También fue la segunda con más recursos de regalías para vías, precedido únicamente por la región Amazonia/Orinoquia (Gráfico 2). Esto refleja en especial las decisiones estratégicas de los congresistas, que han priorizado este tipo de gastos en su negociación con el Gobierno nacional.

Otro aspecto clave de la interacción entre las élites de la región Caribe y la política nacional es que muchos de sus congresistas hacen parte de las Comisiones Económicas del Congreso de la República y en no pocas ocasiones las han presidido. Como puede verse en el Gráfico 3, la región Caribe es de lejos la que mayor representación tiene en las Comisiones Tercera y Cuarta, tanto en la Cámara de Representantes como en el Senado. Estas comisiones son particularmente importantes dado que es en ellas donde se tramita el Presupuesto General de la Nación y el Plan Nacional de Desarrollo, entre otros. Puede entonces decirse que, aun cuando la región ha estado marginada de las altas posiciones económicas del Gobierno nacional (Meisel, 2017), sus políticos han logrado una posición dominante en estos temas en el Congreso.

GRÁFICO 2. TRANSFERENCIAS SUBNACIONALES PARA VÍAS TERCARIARIAS (1996-2014)

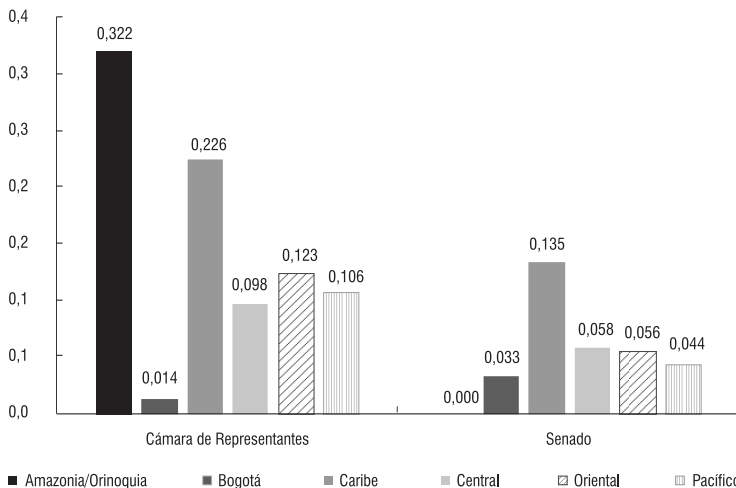
(transferencias por habitantes en miles de pesos)



Nota: los indicadores corresponden al promedio anual del periodo señalado y se expresan en miles de pesos constantes de 2014. Fuentes: ejecuciones presupuestales del Departamento Nacional de Planeación (DNP); cálculos de los autores.

GRÁFICO 3. REPRESENTACIÓN EN LAS COMISIONES TERCERA Y CUARTA DEL CONGRESO (2010-2014)

(congresistas por cada 100.000 habitantes)



Nota: los valores se expresan en congresistas/año por cada 100.000 habitantes. Fuentes: información de Congreso Visible; cálculos de los autores.

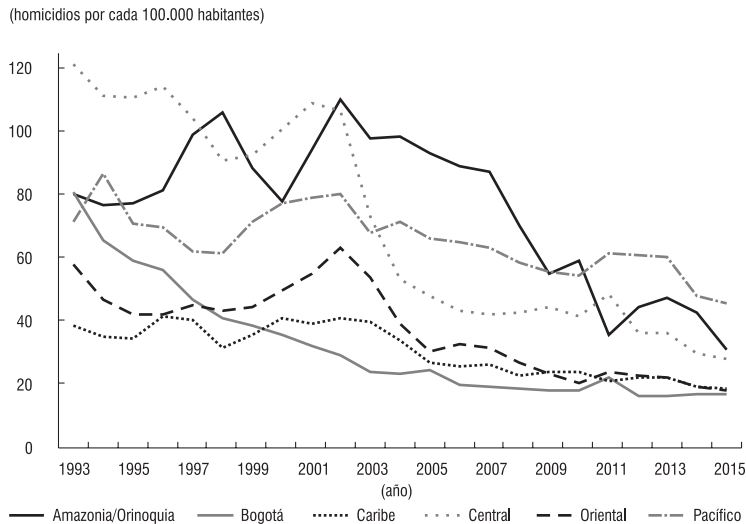
Dicho tipo de relaciones entre las élites locales y la política nacional ha tenido un precio alto para las regiones. En efecto, las prácticas clientelistas van en detrimento de la representación política de los ciudadanos, lo que usualmente implica que los recursos no necesariamente se traducen en mejorar la provisión de servicios públicos (Stokes *et al.*, 2013). Para Gibson (2012) estos intercambios, en efecto, permiten que coexistan regímenes autoritarios en las regiones con una democracia relativamente funcional a nivel nacional. Eso es especialmente cierto cuando las negociaciones políticas entre las élites locales y la política nacional son personalizadas y poco transparentes, y los recursos resultantes son sistemáticamente usados para extraer rentas y comprar votos. Los casos más recientes de corrupción en la región Caribe, que involucran recursos nacionales de vías, educación y salud, coinciden bien con este diagnóstico.

4. VIOLENCIA Y POLÍTICA

Pese a una larga historia de violencia, el Caribe registró una de las tasas de homicidio más bajas del país durante las últimas décadas. Esto no implica que la región haya tenido un período de calma, sino que refleja la intensidad alcanzada por el conflicto en otras regiones del país como la Central, Amazonia/Orinoquia y Pacífico. La tasa de homicidio del Caribe superó la cifra de 40 por cada 100.000 habitantes en varias ocasiones, entre 1995 y 2005, años durante los cuales se recrudeció el conflicto con las guerrillas, primero, y con los paramilitares después (Gráfico 4). A diferencia de otras regiones, en el Caribe la violencia fue en general mayor en las zonas rurales, con tasas particularmente altas en los límites de Córdoba y Bolívar con Antioquia, los Montes de María y la zona de influencia de la Sierra Nevada de Santa Marta en Magdalena, La Guajira y Cesar (Mapa A2, panel A).

Durante este período de violencia aumentaron sobre todo las masacres y los asesinatos selectivos. En efecto, la región Caribe fue una de las más afectadas del país, con incidencias solo superadas por las regiones Central y Amazonia/Orinoquia en algunos años. El Gráfico 5 muestra estadísticas de masacres y asesinatos selectivos construidos a partir de las bases de datos del Centro Nacional de Memoria Histórica. Como puede verse, el mayor número de masacres tuvo lugar entre 1995 y 2005, alcanzando un punto máximo en el año 2000 con seis víctimas por cada cien mil habitantes. Precisamente en ese año tuvo lugar la masacre de El Salado, en los Montes de María, emblemática por la sevicia con que fueron torturados y asesinados por lo menos sesenta personas en el transcurso de cinco días (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2009). Los asesinatos selectivos también aumentaron dramáticamente durante este

GRÁFICO 4. TASAS DE HOMICIDIO (1993-2015)



Nota: las tasas se expresan en homicidios/año por cada 100.000 habitantes.
Fuentes: Policía Nacional; cálculos de los autores.

GRÁFICO 5. MASACRES Y ASESINATOS SELECTIVOS (1993-2012)

A. MASACRES

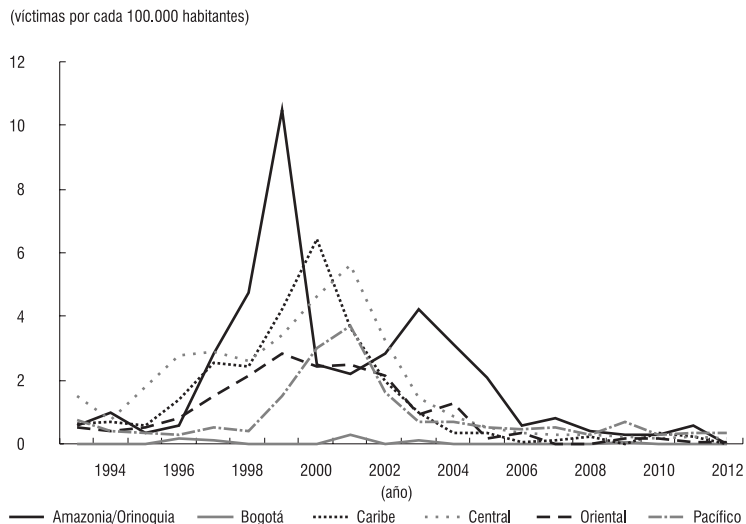
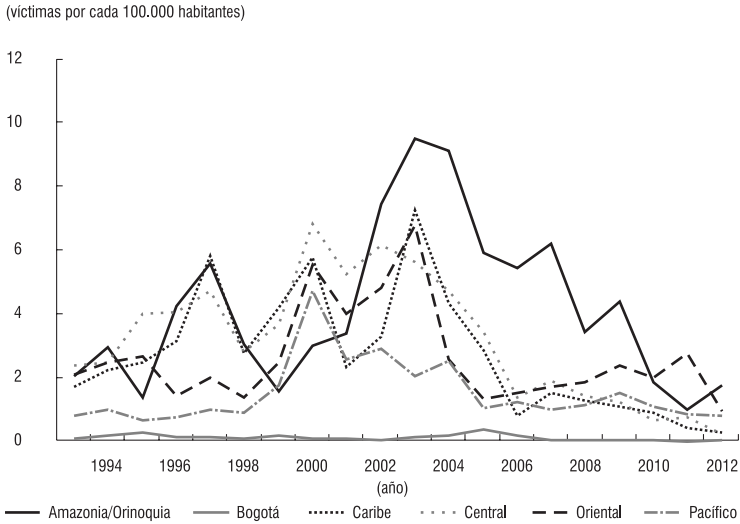


GRÁFICO 5. MASACRES Y ASESINATOS SELECTIVOS (1993-2012) (CONTINUACIÓN)

B. ASESINATOS SELECTIVOS



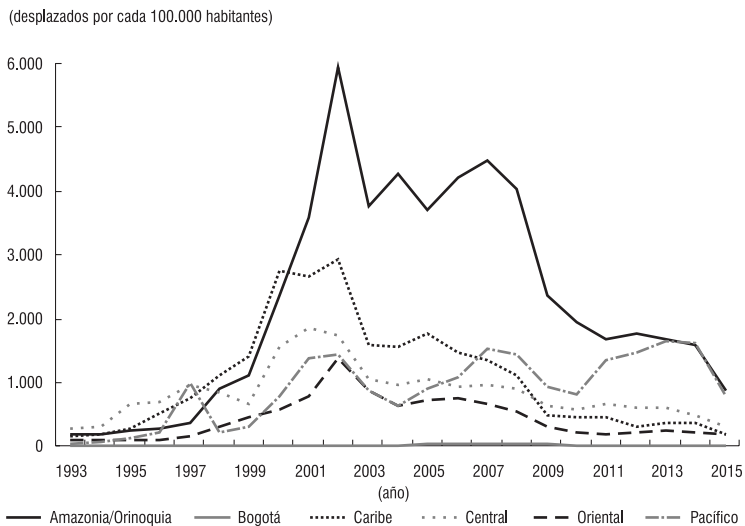
Nota: las tasas se expresan en víctimas/año por cada 100.000 habitantes.
 Fuentes: Centro Nacional de Memoria Histórica; cálculos de los autores.

período, con una cifra de siete víctimas por cada cien mil habitantes en 2003. A diferencia de los atentados a la infraestructura y los delitos contra la propiedad, en su gran mayoría cometidos por las guerrillas, las masacres y los asesinatos selectivos se atribuyen en gran medida a los grupos paramilitares durante este período (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2013).

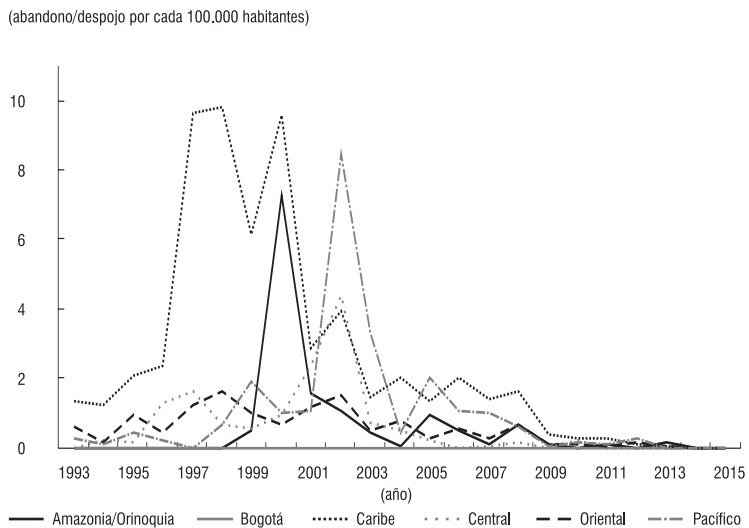
Este tipo de violencia generó un fenómeno masivo de desplazamiento forzado y abandono o despojo de tierras en el Caribe. Entre 1997 y 2006 la tasa de desplazamiento forzado de la región fue la segunda más alta del país, precedida únicamente por Amazonia/Orinoquia (Gráfico 6, panel A). Más aún, el patrón espacial del desplazamiento forzado coincide con el de los homicidios, lo cual refleja hasta qué punto hubo estrecha relación entre estos fenómenos (Mapa A2). Asimismo, la región Caribe fue la que más despojo de tierras registró entre 1996 y 2001, con tasas hasta quince veces superiores al resto del país (Gráfico 6, panel B). La literatura especializada coincide en que la acumulación de tierras fue precisamente uno de los principales objetivos de los actores armados al margen de la ley. Esto es particularmente cierto en el caso de los paramilitares, para quienes el desplazamiento y el robo de tierras

GRÁFICO 6. DESPLAZAMIENTO FORZOSO Y ABANDONO/DESPOJO DE TIERRAS (1993-2015)

A. DESPLAZAMIENTO FORZOSO



B. ABANDONO/DESPOJO DE TIERRAS



Nota: las tasas se expresan en individuos/año por cada 100.000 habitantes.
 Fuentes: Unidad de Víctimas y el CEDE; cálculos de los autores.

fue un elemento central de la estrategia militar y política, especialmente en zonas donde hubo alianzas fuertes con las élites locales (Romero, 2003; Duncan, 2006; Garay *et al.*, 2010; Machado y Meertens, 2010; González, 2014; Centro Nacional de Memoria Histórica, 2013; Gutiérrez y Vargas, 2016). La frase de Jairo Castillo Peralta (Pitirri), excomandante paramilitar de Sucre, resume bien lo que vivió la región durante este período: “Unos iban matando, otros comprando y otros legalizando”.

El Caribe es una de las regiones en las que se construyeron las alianzas más sólidas entre los grupos paramilitares y la clase política. Este fenómeno, conocido hoy en día como la *parapolítica*, involucró a una parte importante de los políticos del Caribe. En efecto, se trata de la región con más congresistas condenados por parapolítica, 47% de los casos registrados entre 2007 y 2013 (Mapa 1). Magdalena es, después de Antioquia, el departamento con más congresistas condenados. El número de políticos locales investigados por este delito, incluyendo alcaldes y gobernadores, es mucho mayor. El caso de Córdoba muestra bien la magnitud del problema: los seis senadores cordobeses elegidos en 2006 fueron destituidos o renunciaron a su curul en medio de las investigaciones por parapolítica. El escenario en la Cámara de Representantes fue similar. Durante los períodos siguientes se han elegido varios de los herederos de estas casas políticas y no pocos han sido investigados por este y otros delitos.

El control político que derivó de las alianzas con los paramilitares se dio en gran medida a través del uso sistemático de la violencia en contra de los opositores, en particular aquellos provenientes de partidos de izquierda, lo que se tradujo en una reducción importante en la competencia política durante este período (Gallego, 2011; Steele, 2011; Acemoglu *et al.*, 2013; Fergusson *et al.*, 2017c). Además de las ventajas electorales para los candidatos aspirando a posiciones locales y nacionales, también hay evidencia de que los congresistas involucrados fueron grandes impulsores de la agenda legislativa del Gobierno nacional durante este período (Garay *et al.*, 2010; Acemoglu *et al.*, 2013).

5. CALIDAD INSTITUCIONAL EN CIFRAS

En esta sección se presentan algunas medidas de calidad institucional basadas en estadísticas del Departamento Nacional de Planeación (DNP), la Procuraduría General de la Nación (PGN) y la Misión de Observación Electoral (MOE). Es importante resaltar que se trata de medidas imperfectas, pues no necesariamente capturan la magnitud de los problemas. Por ejemplo, es de esperarse que los corruptos más hábiles sean también los que no son investigados o sancionados. Para contrastar con estos datos y conocer un poco más

acerca de la percepción ciudadana, al final de la sección se presentan estadísticas del Proyecto de Opinión Pública de América Latina (Lapop).

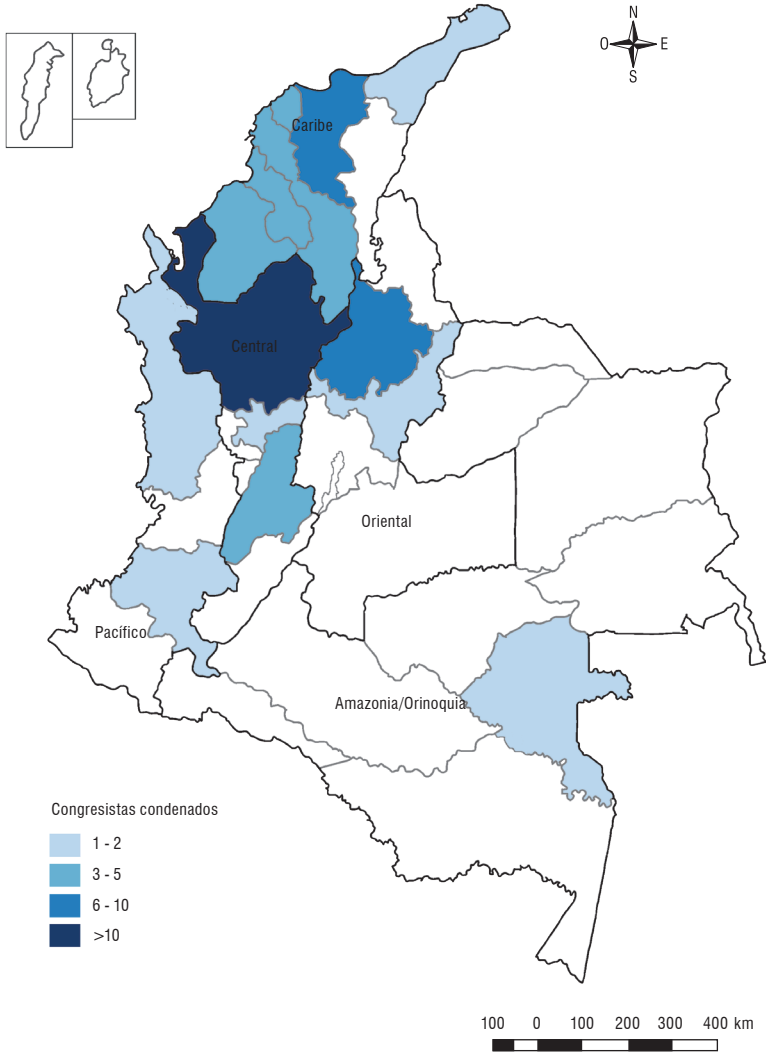
El primer indicador presentado es el de desempeño fiscal del DNP, que mide, entre otras, la generación de recursos propios, la magnitud de la inversión y la capacidad de ahorro de municipios y departamentos. Como puede verse en el panel A del Gráfico 7, desde 2000 ha habido una mejora sostenida en todas las regiones del país. En términos relativos, sin embargo, las cosas han cambiado poco y las regiones Caribe, Pacífico y Amazonia/Orinoquia siguen reportando los desempeños más bajos del país. Algo similar sucede con el índice de Gobierno Abierto de la PGN, que mide el nivel de reporte de información, la calidad de la gestión y el cumplimiento de las normas. Aun cuando la región Caribe ha mejorado su puntaje durante los últimos años, sigue ocupando el último lugar en el país y la brecha con respecto a las regiones mejor calificadas se mantiene (Gráfico 7, panel B).

A pesar de los bajos puntajes en desempeño fiscal y transparencia, la región Caribe reporta pocas sanciones disciplinarias con relación al resto del país. Se trata en efecto de la región con menos sanciones disciplinarias por habitante y la diferencia con Bogotá es de dos a uno (Gráfico 8, panel A). Esto contrasta con las estadísticas de noticias criminales de la Fiscalía General de la Nación (FGN) por delitos contra la Administración Pública². En efecto, en este caso el Caribe está en el promedio nacional levemente por debajo de Bogotá y la región Central y por encima del Pacífico (Gráfico 8, panel B). Esto puede estar reflejando problemas de eficiencia y falta de transparencia en las entidades de control. Al respecto, Gamarra (2008) anota que las regiones que más requieren mejoras en la calidad del gasto son también las que más enfrentan problemas de control fiscal, entre otras razones por el alto riesgo de corrupción en estos organismos.

En el caso de delitos electorales, se observan tasas mayores en las regiones más rezagadas del país. El Gráfico 9 presenta el número de delitos electorales por habitante, calculado a partir de las estadísticas de la MOE. Como puede verse, las regiones Amazonia/Orinoquia, Caribe, Oriental y Pacífico tienen las tasas más altas de delitos electorales. Estas son en promedio 50% mayores a las de la región Central y tres veces las de Bogotá, resultados que indican, como es de esperarse, que la democracia participativa enfrenta mayores riesgos en las regiones más rezagadas.

² Los delitos contra la Administración Pública incluyen celebración indebida de contratos, concusión, usurpación y abuso de funciones, utilización indebida de información, abuso de autoridad, cohecho, enriquecimiento ilícito, peculado, prevaricato, tráfico de influencias y delitos contra los servidores públicos. El Gráfico 8 excluye este último por no tratarse necesariamente de corrupción.

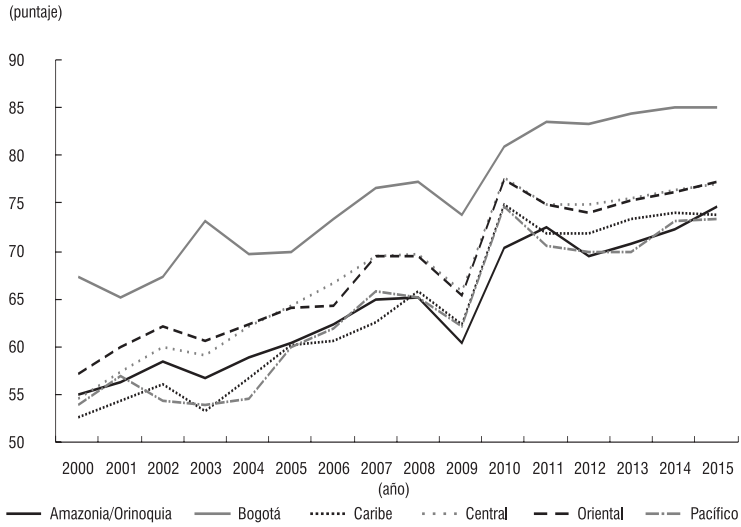
MAPA 1. CONGRESISTAS CONDENADOS POR PARAPOLÍTICA (2007-2013)



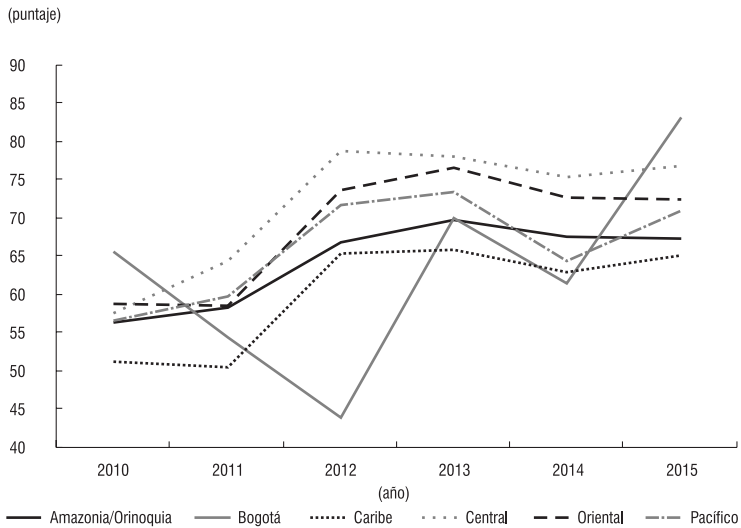
Fuentes: Verdad Abierta y La Silla Vacía; cálculos de los autores.

GRÁFICO 7. DESEMPEÑO FISCAL Y GOBIERNO ABIERTO

**A. ÍNDICE DE DESEMPEÑO FISCAL
(2000-2015)**



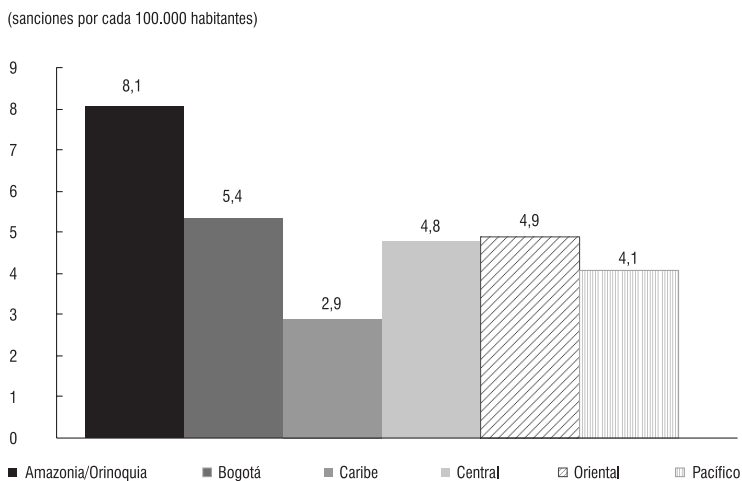
B. ÍNDICE DE GOBIERNO ABIERTO



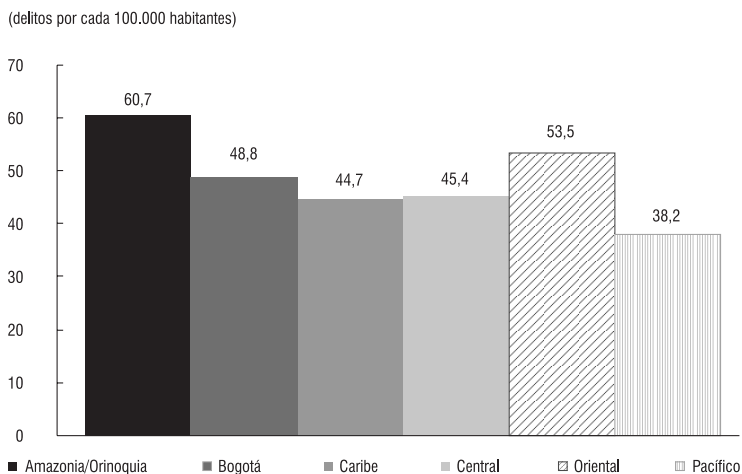
Nota: los gráficos presentan los promedios por región y año de los índices municipales de desempeño fiscal y Gobierno Abierto. Fuentes: DNP y la PGN; cálculos de los autores.

GRÁFICO 8. CORRUPCIÓN: SANCIONES DISCIPLINARIAS Y NOTICIAS CRIMINALES

A. SANCIONES DISCIPLINARIAS PGN (2008-2016)

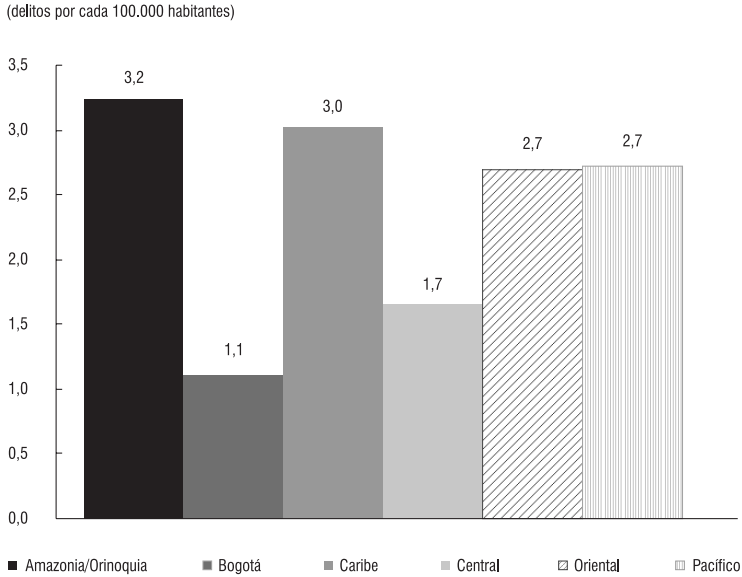


B. NOTICIAS CRIMINALES FGN (2008-2016)



Nota: las sanciones disciplinarias corresponden a todos los funcionarios públicos o miembros de la Fuerza Pública sancionados entre 2008 y 2016. Las noticias criminales corresponden a todas las investigaciones, independientemente de la etapa del caso, por delitos contra la Administración Pública (excluyendo los delitos contra los servidores públicos). Los indicadores corresponden al promedio anual del periodo señalado y se expresan en delitos/año por cada 100.000 habitantes.

Fuentes: Sistema de Información de Registro de Sanciones y Causas de Inhabilidad (SIRI) de la PNG y los registros de noticias criminales de la FGN; cálculos de los autores.

GRÁFICO 9. DELITOS ELECTORALES (2002-2012)

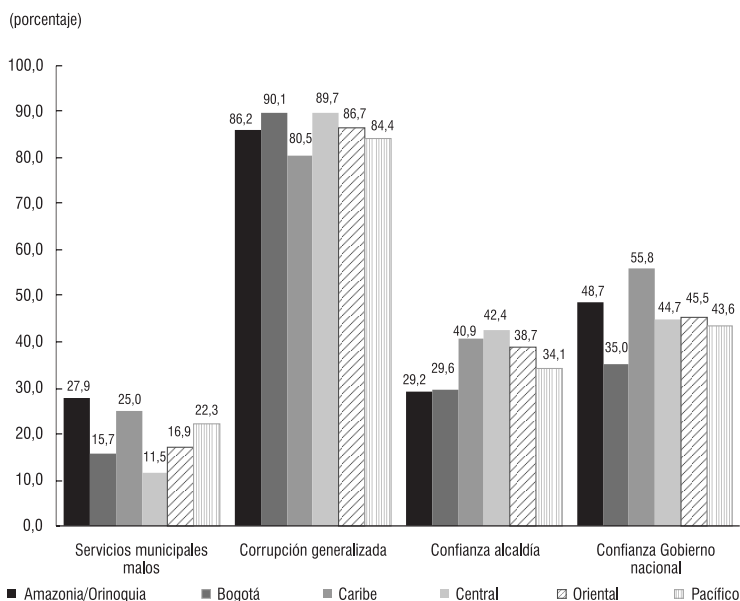
Nota: se incluyen todos los delitos electorales cometidos entre 2002 y 2012. Los indicadores corresponden al promedio anual del período señalado y se expresan en delitos/año por cada 100.000 habitantes.

Fuente: MOE; cálculos de los autores.

Para contrastar las medidas oficiales de calidad institucional con la percepción de los ciudadanos, a continuación se presentan algunas estadísticas calculadas a partir de las encuestas Lapop de 2010 a 2014, representativas para seis regiones del país. Lo primero que se debe decir es que los habitantes del Caribe, y en general de las regiones periféricas, están particularmente insatisfechos respecto a la calidad de los servicios públicos. Mientras que 11,5% de los habitantes de la región Central y 15,7% de los bogotanos consideran que los servicios municipales son malos, el porcentaje de insatisfechos es de 22,3% en el Pacífico, 25% en el Caribe y 27,9% en la Amazonia/Orinoquia. La percepción de corrupción también es alta, el 80,5% de los habitantes de la región Caribe coinciden en que es una práctica generalizada. Sin embargo, es importante resaltar que tiende a percibirse mayor corrupción en el resto del país, como Bogotá (90,1%) y la región Central (89,7%). Esto es sorprendente, pues estudios previos han mostrado que las ciudades de la región Caribe registran una mayor cantidad de sobornos por parte de empleados públicos (Langbein y Sanabria, 2013). Más aún, la región Caribe muestra niveles relativamente altos de confianza en las alcaldías y el Gobierno nacional, lo cual

puede implicar que sus habitantes no necesariamente ven a la corrupción como un límite al buen funcionamiento del Estado (Gráfico 10).

GRÁFICO 10. PERCEPCIÓN DE LAS INSTITUCIONES (2010-2014)

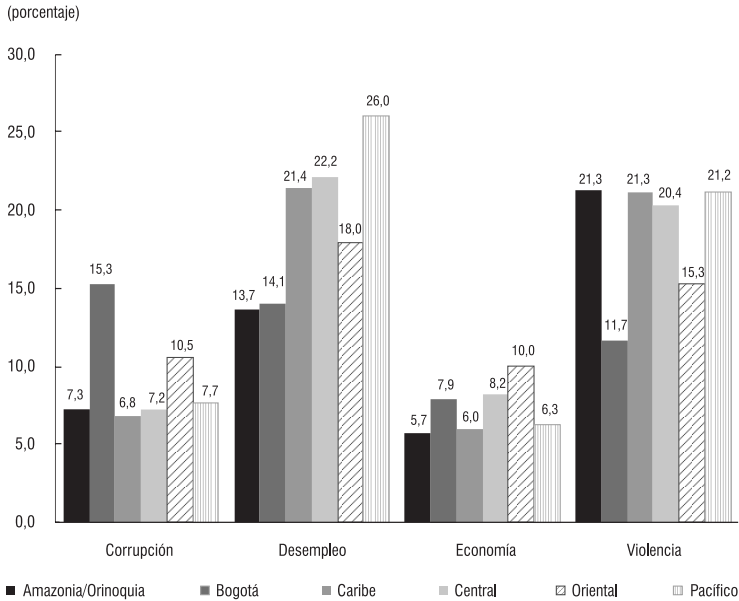


Nota: se toman todas las encuestas de 2010 a 2014, representativas a nivel regional. Servicios municipales malos corresponde al porcentaje de individuos que considera los servicios públicos de mala calidad o pésimos. Corrupción generalizada corresponde al porcentaje de individuos que consideran la corrupción de funcionarios públicos como algo muy generalizado. La confianza en la alcaldía y el Gobierno nacional se mide en una escala de 1 a 7. El gráfico presenta el porcentaje de individuos que reporta niveles de confianza superiores o iguales a 5.

Fuentes: Lapop; cálculos de los autores.

La relativa confianza de los habitantes también se ve reflejada en que solo el 6,8% de los habitantes de la región Caribe consideran que la corrupción es el principal problema del país. Esta tasa es cercana a la de otras regiones periféricas, como la Amazonia/Orinoquia y el Pacífico, pero muy inferior a la de Bogotá y la región Oriental. En cambio, los problemas que sobresalen entre los habitantes del Caribe son el desempleo y la violencia, con 21,4% y 21,2% respectivamente (Gráfico 11). Asimismo, respecto de las elecciones hay mayor confianza en el Caribe que en el resto del país: el 43,4% de los habitantes del Caribe reportan niveles altos de confianza en las elecciones, mientras que en Bogotá solo el 27,8%. Esto es coherente con el hecho de que el porcentaje de personas que reporta presiones para votar —o no— es similar al nacional. Sin embargo, contrasta con la alta proporción de individuos que

GRÁFICO 11. ¿CUÁL ES EL PROBLEMA MÁS GRAVE QUE ENFRENTA EL PAÍS? (2010-2014)



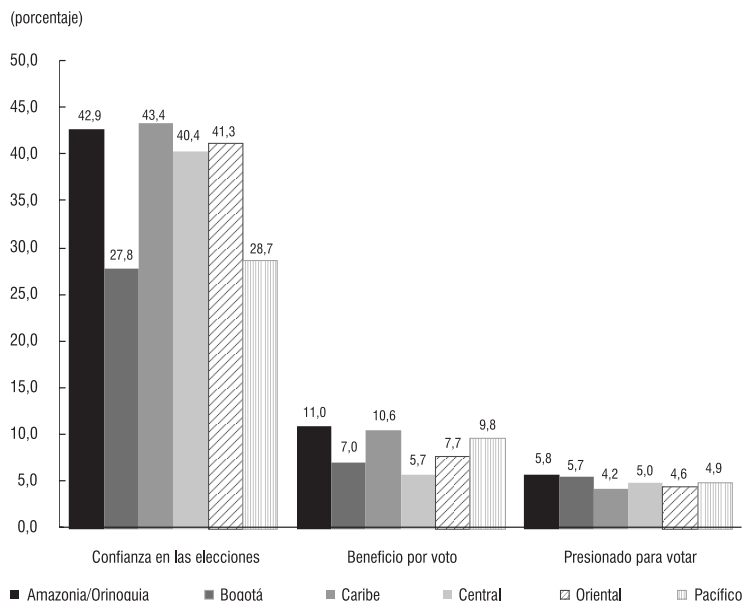
Nota: se toman todas las encuestas de 2010 a 2014, representativas a nivel regional.
Fuentes: Lapop; cálculos de los autores.

reportan ofrecimientos de beneficios a cambio del voto en la región (10,6%) (Gráfico 12)³.

Resulta paradójico que en el Caribe haya menor percepción de corrupción y niveles relativamente altos de confianza en los gobiernos y las elecciones, cuando la insatisfacción con los servicios públicos es grande y una mayor proporción de la población reporta haber recibido beneficios a cambio de votos. Esto puede deberse en parte a factores culturales que determinan la forma en que se entiende el funcionamiento del Estado y la relación entre los políticos y los ciudadanos. Para explorar este punto, el Gráfico 13 presenta el porcentaje de entrevistados que *no* consideran corrupción los siguientes actos: soborno de un conductor a un policía de tránsito, soborno de un empresario a un congresista, soborno de una madre a un empleado público para agilizar

³ La compra de votos es probablemente mayor a la reportada en Lapop. Utilizando experimentos de listas, Fergusson *et al.* (2017a) encuentran que aproximadamente el 20% de la población incurre en este tipo de prácticas, con probabilidades mayores en individuos pobres, con alto sentido de reciprocidad y poco respeto por la ley.

GRÁFICO 12. PERCEPCIÓN DE LAS ELECCIONES (2010-2013)

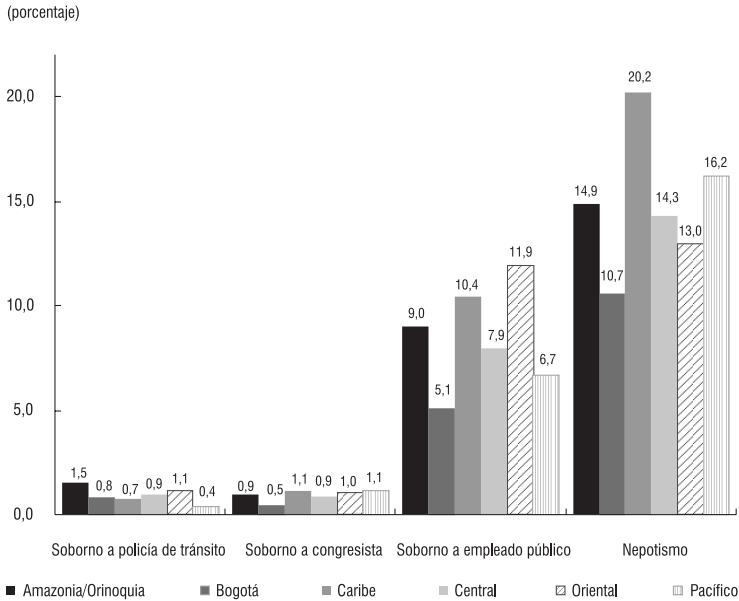


Nota: se toman todas las encuestas de 2010 a 2013, representativas a nivel regional. La confianza en las elecciones corresponde al porcentaje de individuos que reporta un nivel alto de confianza en ellas. Beneficio por voto corresponde al porcentaje de personas que reportan ofrecimiento de beneficios a cambio del voto. Presiones para votar corresponde al porcentaje de personas que reportan haber recibido presiones sobre ellas, algún familiar o amigo cercano, para votar o no.

Fuentes: Lapop; cálculos de los autores.

un trámite y nombramiento de un cuñado en un cargo público (nepotismo). Es más común percibir como acto de corrupción el soborno a un policía de tránsito o el de un congresista que el soborno a un empleado público o el nepotismo. Esto es particularmente cierto en las regiones periféricas, donde la tolerancia con respecto a los sobornos a funcionarios públicos y el nepotismo es relativamente alta. En el Caribe el 10,4% y 20,2% de los encuestados no consideran estos dos actos como corrupción, frente a 5,1% y 10,7% en Bogotá. Algo similar sucede con los sobornos a congresistas, aun cuando el porcentaje de individuos que no lo considera corrupción es en general menor. Todo esto puede estar reflejando un mayor grado de naturalización de este tipo prácticas, lo que explicaría, al menos en parte, la relativamente baja percepción de corrupción en regiones como el Caribe, en las cuales el fenómeno es latente.

GRÁFICO 13. ¿CUÁLES DE LOS SIGUIENTES NO CONSTITUYEN UN ACTO DE CORRUPCIÓN? (2010-2013)



Nota: se toman todas las encuestas de 2010 a 2014, representativas a nivel regional. El gráfico presenta el porcentaje de individuos que considera que las prácticas enumeradas *no* son consideradas como actos de corrupción.
 Fuentes: Lapop; cálculos de los autores.

6. CONCLUSIONES

Este capítulo hace una revisión de estudios sobre la economía política del Caribe colombiano, encontrando que por lo menos tres temas han marcado el rumbo de la región. Primero están las transformaciones en la economía regional, acompañadas de la apertura política y la descentralización fiscal y administrativa, que han aumentado sustancialmente los recursos de los gobiernos locales. La evidencia muestra que estos cambios no siempre han permitido abrir el espectro político o mejorar sustancialmente la provisión de servicios públicos. En cambio, en algunas regiones han salido fortalecidas las élites tradicionales, que han sabido adaptarse y poner en marcha nuevas formas de clientelismo. Segundo, los gobiernos nacionales no son ajenos a este fenómeno. Los intercambios de recursos de inversión y puestos por apoyo legislativo y electoral han favorecido a las élites locales y nacionales, sin necesariamente traducirse en mejoras sustanciales en la calidad de vida de las regiones. Los recientes escándalos de corrupción que involucran recursos

nacionales y políticos locales son ejemplos de ello. Tercero, la relación entre la política y la violencia persiste. En particular, los grupos paramilitares forman estrechos vínculos con la clase política local, restringen la competencia política y desencadenan un ciclo de violencia, desplazamiento y despojo de tierras.

Estos tres factores se ven reflejados en las distintas medidas de calidad institucional disponibles. Por ejemplo, el Caribe es una de las regiones del país con peores indicadores de desempeño fiscal y Gobierno Abierto y es también una de las que más reporta delitos electorales. No sucede lo mismo con las sanciones disciplinarias, donde es la región que menos reporta, lo cual podría estar reflejando problemas de eficiencia y falta de transparencia en las entidades de control. Por su parte, los habitantes de la región están particularmente insatisfechos con los servicios públicos y reportan con mayor frecuencia recibir ofrecimientos de beneficios a cambio del voto. A pesar de esto, la región registra niveles relativamente altos de confianza en los gobiernos locales y nacionales y en las elecciones. Más aún, la percepción de corrupción es relativamente baja y, en comparación con otras regiones, hay mayor tolerancia frente a prácticas corruptas como el soborno a empleados públicos y el nepotismo. Esto podría estar reflejando un mayor grado de naturalización del fenómeno, lo que explicaría, al menos en parte, la relativamente baja percepción de corrupción en regiones como el Caribe, en las que el fenómeno es latente.

La modernización del sistema político y de las instituciones locales es sin duda una de las principales prioridades de la región Caribe y el país. De esto depende el uso eficiente de los recursos públicos y la capacidad de generar aumentos importantes en la productividad y la calidad de vida. Ello requiere cambios importantes en por lo menos cuatro frentes. Primero, es indispensable establecer un sistema sólido de derechos de propiedad. En particular, se necesita un sistema catastral rural moderno que formalice la propiedad y dinamice el mercado de tierras. En las regiones afectadas por el conflicto, esto debe ir de la mano con los procesos de reparación a víctimas. Segundo, se necesita mayor control sobre la calidad del gasto, lo cual implica no solo mayor transparencia, tema en el que se avanza con sistemas como el Sistema Electrónico para la Contratación Pública (Secop) y los pliegos únicos, sino también un rol más activo de la sociedad civil y la prensa en la fiscalización de los recursos. La evidencia indica que esta fiscalización es precisamente uno de los mecanismos a través de los cuales el aumento en el recaudo de impuestos locales pueden generar efectos positivos: hay mayor control social cuando los recursos provienen de la misma comunidad. En cuanto a los organismos de control, las fuertes disparidades regionales que se encuentran en las sanciones disciplinarias sugieren que se requiere una revisión exhaustiva de los procesos y, más en general, del funcionamiento de las entidades de control.

En tercer lugar, es indispensable hacer que las negociaciones entre los gobiernos nacionales y representantes de las regiones sean transparentes y estén guiadas por criterios netamente técnicos. Esto no solo reduce el riesgo de apropiación de rentas, sino que genera condiciones para que la distribución de los recursos de la Nación sea más eficiente y atienda las verdaderas prioridades de las regiones. Finalmente, es necesario seguir promoviendo cambios en la cultura política que lleven a desnaturalizar las prácticas clientelistas y corruptas. La cátedra de historia, los programas de formación ciudadana y gobierno escolar, y las políticas de cultura ciudadana, son sin duda esfuerzos en la dirección correcta. Sin embargo, es necesario seguir innovando en este campo, las estadísticas de compra de votos y tolerancia frente a prácticas clientelistas y corruptas muestran que todavía falta mucho camino por recorrer.

REFERENCIAS

- Abello, A. (2006). “Un caribe sin plantación”, *Memorias de la Cátedra del Caribe Colombiano*. San Andrés: Universidad Nacional de Colombia, sede Caribe, Observatorio del Caribe Colombiano.
- Acemoglu, D.; García-Jimeno, C.; Robinson, J. A. (2012). “Finding El Dorado: Slavery and Long-run Development in Colombia”, *Journal of Comparative Economics*, vol. 40, núm. 4, pp. 534-564.
- Acemoglu, D.; García-Jimeno, C.; Robinson, J. A. (2015). “State Capacity and Economic Development: A Network Approach”, *American Economic Review*, vol. 105, núm. 8, pp. 2364-2409.
- Acemoglu, D., Robinson, J. A.; Santos, R. J. (2013). “The Monopoly of Violence: Evidence from Colombia”, *Journal of the European Economic Association*, vol. 11, S. 1, pp. 5-44.
- Aguilera, M.; Reina, Y.; Orozco, A.; Yabrudy, J.; Barcos, R. (2017). “Evolución socioeconómica de la región Caribe colombiana entre 1997 y 2017”, Documentos de Trabajo sobre Economía Regional, núm. 258, Banco de la República.
- Archer, R. (1990). “The Transition From Traditional to Broker Clientelism in Colombia: Political Stability and Social Unrest”, Kellogg Institute Working paper, núm. 140.
- Arias, M. A.; Ibáñez, A. M.; Zambrano, A. (2014). “Agricultural Production Amid Conflict: The Effects of Shocks, Uncertainty, and Governance of Non-State Armed Actors”, Working paper.

- Báez, J. E.; Camacho, A.; Conover, E.; Zárate, R. D. (2012). “Conditional cash transfers, political participation, and voting behavior”, s. d.
- Barón, J. D. (2003). “¿Qué sucedió con las disparidades económicas regionales en Colombia entre 1980 y el 2000?”, Documentos de Trabajo sobre Economía Regional, núm. 38, Banco de la República.
- Bates, R. H. (1999). *Open-Economy Politics: The Political Economy of the World Coffee Trade*, New Jersey, Princeton University Press.
- Bonet, J.; Meisel, A. (1999). “La convergencia regional en Colombia: una visión de largo plazo, 1926-1995”, Documentos de Trabajo sobre Economía Regional, núm. 8, Banco de la República.
- Bonilla, L.; Higuera, I. (2017). “Political Alignment in the Time of Weak Parties: Electoral Advantages and Subnational Transfers in Colombia”, Documentos de Trabajo sobre Economía Regional, núm. 260.
- Bucheli, M. (2005). *Bananas and Business: The United Fruit Company in Colombia, 1899-2000*, New York, New York University Press.
- Cárdenas, M.; Mejía, C.; Olivera, M. (2006). “La economía política del proceso presupuestal: el caso de Colombia”, *Serie de Estudios Económicos y Sectoriales*, núm. 8, Banco Interamericano de Desarrollo.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (2009). *La masacre de El Salado: esa guerra no era nuestra*, Bogotá, Imprenta Nacional.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (2013). *¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad. Informe general Grupo de Memoria Histórica*, Bogotá, Imprenta Nacional.
- Chaves, I.; Fergusson, L.; Robinson, J. A. (2015). “He Who Counts Elects: Economic Elites, Political Elites, and Electoral Fraud”, *Economics & Politics*, vol. 27, núm. 1, pp. 124-159.
- Deas, M. (2005). *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*, Bogotá, Tercer Mundo Editores.
- De Janvry, A.; Sadoulet, E. (1989). “Path Dependent Policy Reforms: From Land Reform to Rural Development in Colombia”, Working paper series-California Agricultural Experiment Station, Department of Agricultural and Resource Economics (USA).
- Drazen, A.; Eslava, M. (2010). “Electoral Manipulation Via Voter-Friendly Spending: Theory and Evidence”, *Journal of Development Economics*, vol. 92, núm. 1, pp. 39-52.
- Duncan, G. (2006). *Los señores de la guerra: de paramilitares, mafiosos y auto-defensas en Colombia*, Bogotá, Planeta.
- Escobar, C. (2002). “Clientelism and Citizenship: The Limits of Democratic Reform in Sucre, Colombia”, *Latin American Perspectives*, vol. 29, núm. 5, pp. 20-47.

- Faguet, J.-P.; Sánchez, F. (2014). “Decentralization and Access to Social Services in Colombia”, *Public Choice*, vol. 160, núm. 1-2, pp. 227-249.
- Fergusson, L.; Molina, C.; Riaño, J. F. (2017a). “I Sell My Vote, and So What? A New Database and Evidence from Colombia”, *Documentos CEDE*, núm. 20.
- Fergusson, L.; Molina, C.; Robinson, J. A.; Vargas, J. F. (2017b). “The Long Shadow of the Past: Political Economy of Regional Inequality in Colombia”, *Documentos CEDE*, núm. 22.
- Fergusson, L.; Querubin, P.; Ruiz-Guarín, N. A.; Vargas, J. F. (2017c). “The Real Winner’s Curse”, *Documentos CEDE*, Colombia. Evidence from Colombia. núm. 5.
- Galindo, H. (2015). “New Parties and Policy Outcomes: Evidence from Colombian Local Governments”, *Journal of Public Economics*, núm. 126, pp. 86-103.
- Gallego, J. A. (2011). “Civil Conflict and Voting Behavior: Evidence from Colombia”, *SSRN Electronic Journal*.
- Gallego, J. A. (2012). “Natural Disasters and Clientelism: The Case of Floods and Landslides in Colombia”, Working paper.
- Galvis, L. A.; Meisel, A. (2010). “Persistencia de las desigualdades regionales en Colombia: un análisis espacial”, *Documentos de Trabajo sobre Economía Regional*, núm. 120, Banco de la República.
- Gamarra, J. R. (2008). “Desfalcos y regiones: un análisis de los procesos de responsabilidad fiscal en Colombia”, en: J. Bonet (ed.), *Geografía económica y análisis espacial en Colombia*, Banco de la República de Colombia.
- Garay, L. J.; Salcedo-Albarán, E.; Beltrán, I. d. L. (2010). “Redes de poder en Casanare y la Costa Atlántica”, en: C. López (ed.), *Y refundaron la patria [...] De cómo mafiosos y políticos reconfiguraron el Estado colombiano*, Bogotá, Debate.
- García, J. (2006). “Las políticas económicas y el sector ganadero en Colombia: 1950-1977”, *Cuadernos de Historia Económica y Empresarial*.
- Gibson, E. L. (2012). *Boundary Control. Subnational Authoritarianism in Federal Democracies*, New York, Cambridge University Press.
- González, F. (2014). *Poder y violencia en Colombia*, Bogotá, Odecofi-Cinep.
- Grajales, J. (2011). “The Rifle and the Title: Paramilitary Violence, Land Grab and Land Control in Colombia”, *The Journal of Peasant Studies*, vol. 38, núm. 4, pp. 771-792.
- Gutiérrez, F.; Vargas, J. (2016). *El despojo paramilitar y su variación: quiénes, cómo, por qué*, Bogotá, Editorial Universidad del Rosario.
- Ibáñez, A. M.; Muñoz, J. C. (2010). “The Persistence of Land Concentration in Colombia: What Happened Between 2000 and 2009?”, en M. Bergsmo, C. Rodríguez-Garavito, P. Kalmanovitz y M. P. Saffon (eds.), *Distributive Justice in Transitions*, Oslo, Torkel Opsahl.

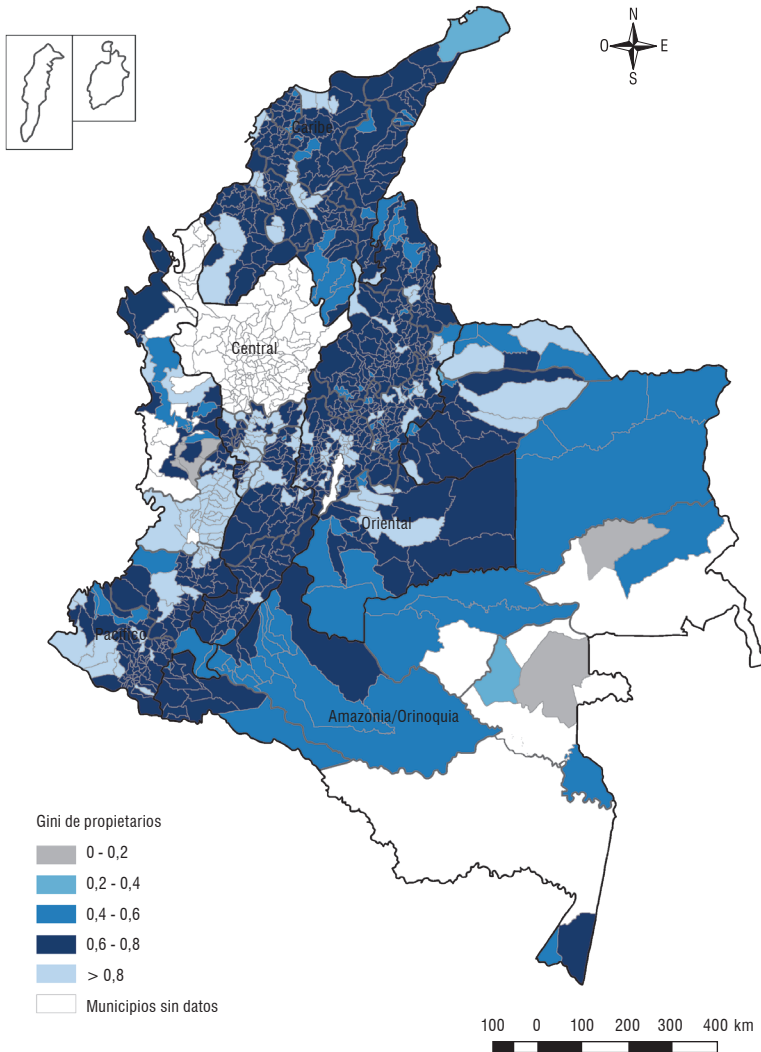
- Langbein, L.; Sanabria, P. (2013). “The Shape of Corruption: Colombia as a Case Study”, *Journal of Development Studies*, vol. 49, núm. 11.
- López, M. U. (2009). “El veto de las élites rurales a la redistribución de la tierra en Colombia”, *Revista de Economía Institucional*, vol. 11, núm. 21.
- Machado, A. (1998). *Cuestión agraria en Colombia a fines del milenio*, Bogotá, El Áncora Editores.
- Machado, A.; Meertens, D. (2010). *La tierra en disputa. Memorias de despojo y resistencia campesina en la costa Caribe (1960-2010)*, Bogotá, Centro Nacional de Memoria Histórica y Ediciones Semana.
- Martínez, L. R. (2017). “Sources of Revenue and Government Performance: Evidence from Colombia”, Working paper.
- Meisel, A. (2009). *¿Por qué perdió la costa Caribe el siglo XX? y otros ensayos*, Cartagena, Banco de la República.
- Meisel, A. (2014). “No Reversal of Fortune in the Long Run: Geography and Spatial Persistence of Prosperity in Colombia, 1500-2005”, *Revista de Historia Económica- Journal of Iberian and Latin American Economic History*, vol. 32, núm. 3, pp. 411-428.
- Meisel, A. (2017). “El liderazgo y el futuro del Caribe colombiano”, mimeo.
- Mejía-Guinand, L. B.; Botero, F.; Rodríguez, J. C. (2008). “¿Pavimentando con votos?: apropiación presupuestal para proyectos de infraestructura vial en Colombia, 2002-2006”, *Colombia Internacional*, núm. 68, pp. 14-42.
- Nupia, O. (2011). “Anti-poverty programs and presidential election outcomes: Familias en Acción in Colombia”, *Documentos CEDE*, núm. 14.
- Ocampo, G. I. (2007). *La instauración de la ganadería en el valle del Sinú: la hacienda Marta Magdalena, 1881-1956*, Medellín, Universidad de Antioquia.
- Ocampo, G. I. (2014). *Poderes regionales, clientelismo y Estado*, Bogotá, Odecofi-Cinep.
- Pizarro, E. (2002). “La atomización partidista en Colombia: el fenómeno de las microempresas electorales”, en: F. Gutiérrez (ed.), *Degradación o cambio. Evolución del sistema político colombiano*, Bogotá, Norma.
- Posada-Carbó, E. (1998). *El Caribe colombiano: una historia regional (1870-1950)*, Banco de la República, El Áncora Editores.
- Robinson, J. A. (2016). “The Misery in Colombia”, *Desarrollo y Sociedad*, vol. 76, núm. 9, pp. 9-90.
- Romero, M. (2003). *Paramilitares y autodefensas 1982-2003*, Bogotá, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Colombia.
- Sánchez, F.; Pachón, M. (2017). “Decentralization, Fiscal Effort and Social Progress in Colombia at the Municipal Level , 1994-2009 : Why Does National

- Politics Matter?”, en: G. Perry y R. Angelescu (eds.), *Improving Access and Quality of Public Services in Latin America*, Palgrave Macmillan US, New York.
- Steele, A. (2011). “Electing Displacement: Political Cleansing in Apartadó, Colombia”, *Journal of Conflict Resolution*, núm. 55, pp. 423-445.
- Stokes, S. C.; Dunning, T.; Nazareno, M.; Brusco, V. (2013). *Brokers, Voters, and Clientelism: The Puzzle of Distributive Politics*, New York, Cambridge University Press.
- Viloria, J. (2004). “La economía ganadera en el departamento de Córdoba”, Documentos de Trabajo sobre Economía Regional, núm. 43, Banco de la República.
- Viloria, J. (2015). *Empresarios del Caribe colombiano: historia económica y empresarial del Magdalena Grande y del Bajo Magdalena, 1870-1930*, volumen 1, Bogotá, Banco de la República.
- Zamosc, L. (1986). *The Agrarian Question and the Peasant Movement in Colombia. Struggles of the National Peasant Association 1967-1981*, New York, Cambridge University Press.

ANEXOS

MAPA A1. CONCENTRACIÓN DE TIERRAS E INFORMALIDAD EN TITULACIÓN

A. GINI DE TIERRAS, 2000-2012

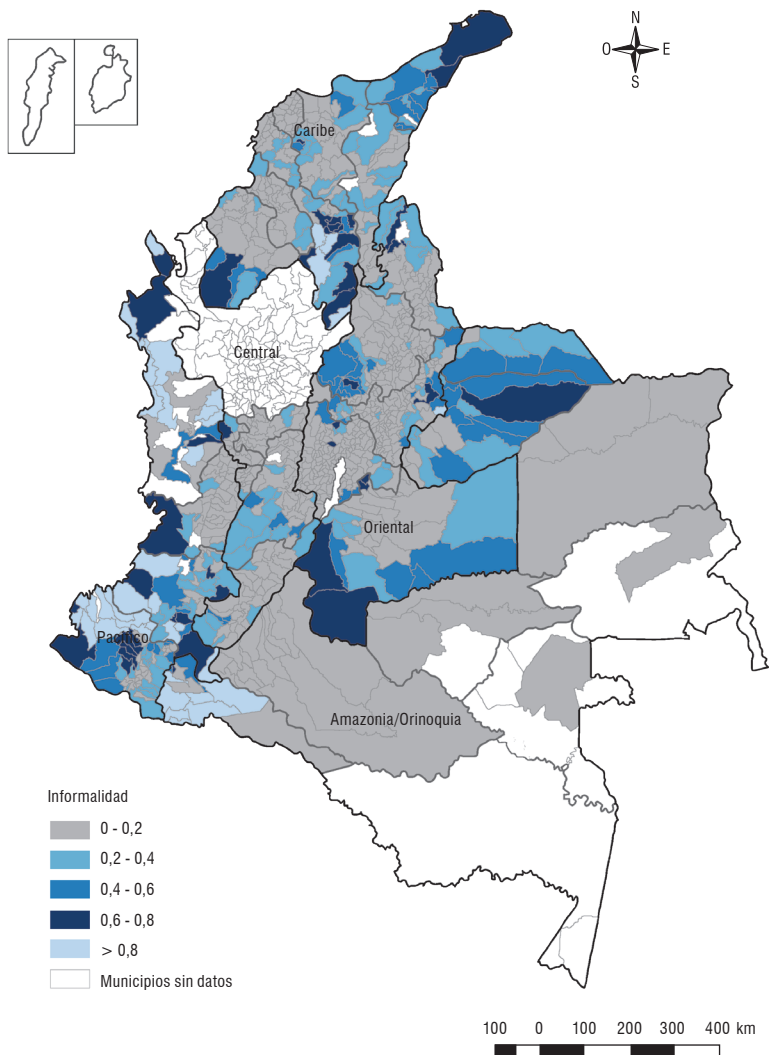


Nota: los indicadores corresponden al promedio anual del período señalado. En el caso de concentración de la propiedad, se toma el Gini de propietarios. Dado que no se cuenta con información catastral de Antioquia las estadísticas presentadas para la Región Central no incluyen a este departamento.

Fuentes: IGAC y el CEDE; cálculos de los autores.

MAPA A1. CONCENTRACIÓN DE TIERRAS E INFORMALIDAD EN TITULACIÓN

B. INFORMALIDAD EN TITULACIÓN, 2000-2009

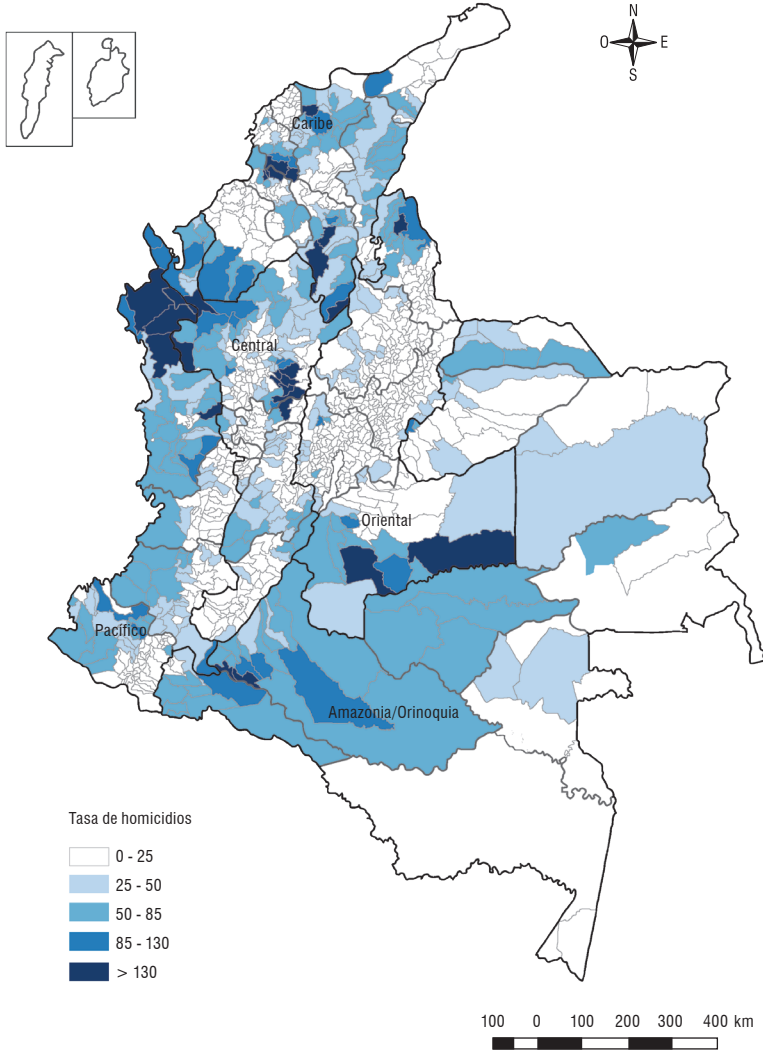


Nota: los indicadores corresponden al promedio anual del período señalado. En el caso de concentración de la propiedad, se toma el Gini de propietarios. Dado que no se cuenta con información catastral de Antioquia las estadísticas presentadas para la Región Central no incluyen a este departamento.

Fuentes: IGAC y el CEDE; cálculos de los autores.

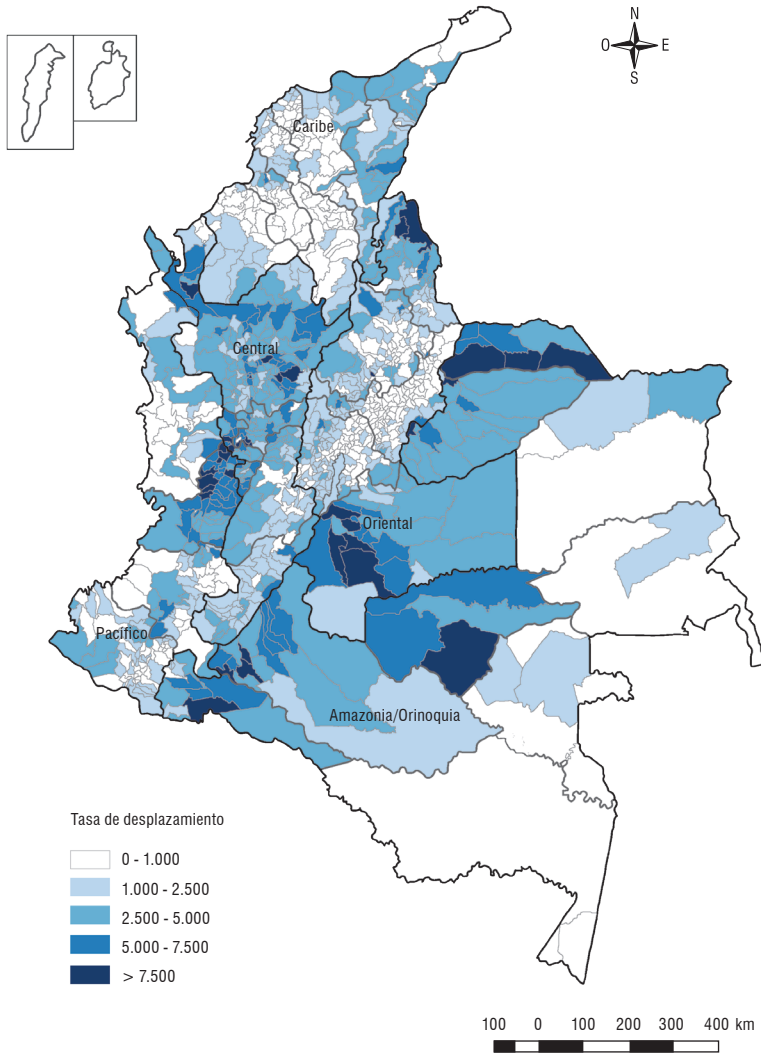
MAPA A2. TASA DE HOMICIDIOS Y DESPLAZAMIENTO FORZOSO (1993-2015)

A. HOMICIDIOS



MAPA A2. TASA DE HOMICIDIOS Y DESPLAZAMIENTO FORZOSO (1993-2015)

B. DESPLAZAMIENTO FORZOSO



Nota: los indicadores corresponden al promedio anual del periodo señalado y se expresan en víctimas/año por cada 100.000 habitantes.
Fuentes: Unidad de Víctimas y el CEDE; cálculos de los autores.

QUINTA PARTE
INDAGACIONES SOBRE LA CULTURA

**ESTUDIOS SOBRE EL PATRIMONIO
LINGÜÍSTICO DEL CARIBE COLOMBIANO -
BALANCE PROSPECTIVO**

María Trillos Amaya

La autora es profesora de la Universidad del Atlántico.

Para responder a los retos que implicó la invitación del Banco de la República sede Cartagena con motivo de la conmemoración de los veinte años de existencia del Centro de Estudios Económicos Regionales (CEER), se adelantó una revisión documental acerca de los análisis realizados sobre las lenguas que se hablan en la región Caribe colombiana. Aquí se presenta una reflexión respecto de los avances y desafíos en investigación lingüística, el perfil pluri-lingüístico de la región y los procesos de investigación y formación avanzada; síntesis que se fundamenta en dos concepciones: 1) el lenguaje como entidad compleja que se expresa en diversas áreas, cuyo estudio puede enfocarse de manera general hacia todas las lenguas, una familia o una lengua; 2) la lingüística como la ciencia que investiga el origen, la evolución y la estructura del lenguaje para deducir las leyes y variaciones de las lenguas naturales en el tiempo y el espacio, la identificación y clasificación de las familias de lenguas, así como las condiciones que hacen posible la comprensión y la comunicación mediante su utilización.

1. AVANCES SIGNIFICATIVOS EN LINGÜÍSTICA GENERAL

Dos tendencias demarcan los avances de los estudios lingüísticos: 1) desde el cognitivismo se busca profundizar en el conocimiento de las estructuras de las lenguas con el objetivo de describir los mecanismos mentales que las engendran; 2) desde diversas corrientes (filosofía analítica, sociología del lenguaje, etnometodología, semiología), se ha evolucionado hacia el estudio sobre los usos de las lenguas representados en el análisis del discurso, los textos y los hechos comunicativos (Charaudeau, 2012).

- Las dimensiones culturales, sociales y cognitivas que visionan las lenguas en sus contextos genealógico y territorial permiten distinguir las diferencias culturales en términos de estándares epistémicos, a la manera de los credos espirituales de los pueblos amerindios, lo cual permite afirmar que todo conocimiento es local, autóctono, admite aproximaciones mediante el análisis de expresiones discursivas (prédicas y mitos) y prácticas simbólicas (ceremonias y ritos). Desde la antropología lingüística, la etnografía de la comunicación y la antropología cognitiva,

se ha logrado un acercamiento a tales manifestaciones y se ha mostrado que los criterios del conocimiento occidental han excluido otros conocimientos y métodos de análisis, generando una especie de globalización epistémica en el interior de una globalización cultural general (Van Dijk, 2016).

- El establecimiento del concepto texto como la unidad básica del análisis del discurso (comparable a la oración en gramática o el fonema en fonología) ha permitido desde la lingüística funcional interpretar las maneras como la gente usa el lenguaje para vivir, tejer ideas, significados textuales e interpersonales, concepto que ha facilitado el desarrollo del análisis del discurso multimodal y definir que el lenguaje interactúa con otras modalidades de comunicación como imágenes, sonidos, acciones y situaciones del lenguaje en uso. También forma parte de los cambios el desarrollo de formas animadas de representación que mueven múltiples palabras e imágenes en páginas bidimensionales para modelar aspectos dinámicos del lenguaje: cambios en el texto o logogénesis, en el hablante u ontogénesis, en la cultura o filogénesis (Martin y Vell, 1998).
- Los estudios en semántica y pragmática han posibilitado definir la manera en que el lenguaje es apto para hablar del mundo o reconstruir la realidad social; cómo las palabras, la gramática y el discurso permiten categorizar, clasificar y organizar la experiencia humana. Las variables pragmáticas, contextuales y sociocognitivas sustentan el análisis de la conversación, derivado de la etnografía de la comunicación. Las teorías enunciativas y pragmáticas sobre los estudios semántico-lexicales (sentido de las palabras), la semántica gramatical (de las gramáticas morfológicas a las del sentido) y el comparatismo (lingüística contrastiva, histórica y comparativa) han permitido aprehender la significación a partir de las condiciones de uso del lenguaje, inscribir su funcionamiento en el conjunto de prácticas culturales y sociales para indagar por las representaciones cognitivas que las sostienen (Moirand, 2007).

A los anteriores avances se pueden integrar: 1) estudios sobre la competencia comunicativa que se focalizan en sus variaciones lingüística y comunicativa, lo que abrió caminos a la lingüística cognitiva; 2) el avance de la lingüística aplicada, de los proyectos multidisciplinarios y la interdisciplinariedad lingüística, que han llevado a aunar esfuerzos en torno a fenómenos lingüísticos, dando origen a nuevas interdisciplinas; 3) el desarrollo de metodologías múltiples, la incorporación creciente de los métodos cuantitativo y experimental para verificar o desechar hipótesis; 4) el resurgimiento del empirismo como forma de conocimiento de la lengua en uso, lo que ha gene-

rado diversas líneas de investigación y mayor protagonismo en la explicación del objeto de estudio; 5) la teoría gramatical sistémico-funcional, la concepción del lenguaje como una práctica social y el análisis crítico del discurso han facilitado integrar la teoría y la práctica en programas educativos.

2. DESAFÍOS EN EL SIGLO XXI

- La informática originó la lingüística del corpus (lexicometría, analizadores sintácticos en línea, marcas reportadas sobre los géneros, la textometría, entre otros). Los desafíos hoy son: definir qué hacer con los *corpora* generados, cómo producir teorías del lenguaje y superar las categorías de análisis de la época precorpus; tratar la multimodalidad y ofrecer explicaciones del significado que integren el lenguaje verbal con otros lenguajes; articular la teoría y la práctica en la interdisciplinariedad para mejorar la explicación de los significados en la dinámica social (Moirand, 2011).
- Es fundamental: 1) hacer uso de los avances alcanzados para mejorar la enseñanza de las lenguas, los libros de texto y los currículos; las búsquedas inteligentes de información en internet; el diagnóstico y tratamiento de trastornos verbales; la comunicación pública; evitar la reproducción de ideologías sexistas y racistas; 2) admitir que es poco lo que se sabe del contexto, de las relaciones detalladas entre estructuras sociales, de la situación al nivel micro y la estructura de la sociedad al nivel macro; al igual que sobre la manera como las identidades o los roles sociales (género, edad, clase, etnia, profesión) marcan el uso de las lenguas.
- El largo plazo en el desarrollo de los trabajos de grado plantea la necesidad de buscar procedimientos que faciliten a estudiantes de los diferentes niveles desarrollar de manera idónea y eficiente trabajos de grado y tesis en un tiempo prudencial. En los procesos de formación es preciso identificar las demandas lingüísticas y cognitivas que exige de los estudiantes la producción escrita para explicitar los criterios lingüísticos y textuales necesarios y facilitarles esta labor, pues se trata de desarrollos lingüísticos y cognitivos no espontáneos que se alcanzan mediante recursos pedagógicos asertivos.

El mayor desafío está en el campo de la lingüística aplicada, pues debe contribuir de manera real y efectiva a satisfacer necesidades sociales: manejo eficiente de las cuatro operaciones lingüísticas en lengua materna (escuchar, hablar, leer, escribir); el aprendizaje de lenguas segundas y extranjeras, la

comprensión crítica de textos de diversa naturaleza, la producción de discursos y textos con fines específicos.

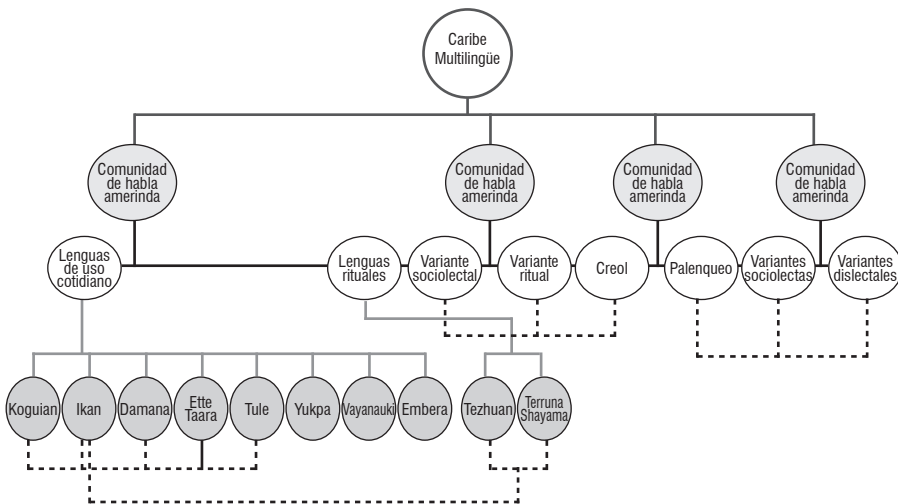
3. PERFIL MULTILINGÜE DEL CARIBE COLOMBIANO

En términos cuantitativos, el multilingüismo de esta región puede sintetizarse de la siguiente manera: tres lenguas indoeuropeas (español, inglés, rom); dos lenguas criollas (palanquero y creol), diez lenguas amerindias (ocho de uso cotidiano y dos de uso ritual) (Diagrama 1).

3.1 LENGUAS INDOEUROPEAS

Esta familia integra lenguas asiáticas y europeas. Estudios de lingüística histórica y comparativa (siglo XIX) han demostrado relaciones gramaticales, fonéticas y léxicas entre estos dos grupos de lenguas y definido que derivan de una protolengua o lengua ancestral hipotética de la cual no existen pruebas tangibles, pues se diversificó mucho antes del desarrollo de la escritura (Meillet, 1903). Con el arribo de los europeos a América llegaron lenguas del occidente europeo, de las cuales hoy se hablan tres en la región: español, inglés, romaní.

DIAGRAMA 1. INTERRELACIONES LINGÜÍSTICAS EN EL CARIBE COLOMBIANO



Fuente: Trillos-Amaya (2010).

3.1.1 *ESPAÑOL CARIBEÑO*

La lengua española ocupa una posición privilegiada en el conglomerado de lenguas que se hablan en el Caribe, espacio en el cual se diversifica en subdialectos. Esta variedad caribeña del español se origina de la misma cepa lingüística de las hablas antillanas, de las costas orientales de Panamá y México, de las costas y los llanos venezolanos, pues posee rasgos lingüísticos consonantes con los de las hablas de estos países, siendo nucleares las relaciones que establecen a nivel fonético la aspiración y pérdida de /-s/, la presencia de un fonema faríngeo /h/ en vez del velar /x/, la velarización de /n/ en final de palabra [ŋ], más el uso generalizado del tuteo en las interacciones verbales.

Si a los procesos lingüísticos anteriores se les agregan las variaciones que sufren en las diversas subregiones del Caribe colombiano (Mapa 1) los fonemas /r/ y /l/, cuando aparecen antes de una consonante oclusiva (/p, t, k/, /b, d, g/) más el uso del voseo en zonas muy restringidas, el dialecto caribeño presenta las siguientes variaciones: habla vallenata con dispersión hacia el sur de La Guajira (escaso debilitamiento de /s/ + voseo), habla samaria con dispersión hacia el Cesar, Atlántico y La Guajira (escaso debilitamiento de /-s/); habla cartagenera con dispersión hacia las sabanas de Bolívar, Sucre, Córdoba y Atlántico (pérdida de -/s/); habla mompoxina (voseo más pérdida de /-s/); habla insular con epicentro en San Andrés (presencia de todos los rasgos anteriores mas no debilitamiento de /-s/); habla barranquillera, en la que confluyen todos los rasgos (Trillos-Amaya, 2001).

— *HABLA BARRANQUILLERA*

En la ciudad de Barranquilla confluyen, procedentes de los cuatro puntos cardinales de la región, manifestaciones lingüísticas que involucran zonas culturales ancladas en espacios geográficos disímiles, diversidad geográfica en la que el río Magdalena traza una línea que demarca la región: 1) banda suroccidental, donde se destacan como nichos ecológicos: los Montes de María, las sabanas y llanuras interiores, la Depresión Mompoxina y La Mojana; 2) la banda nororiental, donde sobresalen el desierto de La Guajira, la Sierra Nevada de Santa Marta y la serranía de Perijá. El habla barranquillera constituye un diasistema que recoge las realizaciones fónicas de hablantes procedentes de las diversas zonas. Sobresale la realización de /r/, una de las unidades que mayores variaciones propicia, caracterizando el perfil sociolingüístico de los hablantes oriundos de la ciudad.

— VARIACIONES DEL FONEMA VIBRANTE SIMPLE /R/

El Cuadro 1 sintetiza el análisis de un amplio corpus recogido entre habitantes de Barranquilla provenientes de zonas rurales y urbanas de la región, en cuyo análisis se tuvieron en cuenta las variables lugar de procedencia y escolaridad del hablante encuestado¹.

CUADRO 1. VARIACIONES DE /R/ EN BARRANQUILLA SEGÚN PROCEDENCIA DEL HABLANTE

GLOSA	ZONA							
	SUROCCIDENTAL	NORORIENTAL	ÁREA METROPOLITANA DE BARRANQUILLA	BARRANQUILLA				
ala	'ala	l	'ala	l	'ala	l	'ala	l
plano	'plano	l	'plano	l	'plano	l	'plano	l
Alcibíades	adsi'biadej	d	alsi'biadej	l	alsi'biadej	l	alsi'biadej	l
Uldarico	udda'riko	d	ulda'riko	l	ulda'riko	l	ulda'riko	l
aljibe	ag'gibe	g	al'jibe	l	al'jibe	l	al'jibe	l
almojábana	ammo'jabana	m	almo'jabana	l	almo'jabana	l	almo'jabana	l
alpiste	ap'piste	p	al'piste	l	al'piste	l	al'piste	l
alquimia	ak'kimia	k	al'kimia	l	al'kimia	l	al'kimia	l
Altamira	atta'mira	t	alta'mira	l	alta'mira	l	alta'mira	l
cercano	se'kkano	k	ser'kano	r	ser'kano	r	ser'kano	ř
armada	a'mmada	m	ar'mada	r	ar'mada	r	ar'mada	ř
Arauca	a'rauka	r	a'rauka	r	a'rauka	r	a'rauka	ř
alcanzar	ak'kasa	k	al'kasar	l	al'kasar	l	al'kasar	ř
arcabuco	ak'kabuko	k	arka'buko	r	arka'buko	r	ařka'buko	ř
arnés	an'ne	n	ar'nej	r	ar'nej	r	ař'něj	ř
mermelada	memme'lada	m	merme'lada	r	merme'lada	r	meřme'lada	

Nota: el apóstrofe señala acento presilábico.

Los datos del Cuadro 2 permiten establecer las siguientes reglas de realización de /r/:

CUADRO 2. REGLAS DE REALIZACIÓN DE /R/ EN EL HABLA CARIBEÑA COTIDIANA

A	B	C	D
→ r / v-v	→ b, d, g /-b, d, g		
→ r / c-v	/r/ → p, t, k, /-p, t, k		
→ r / v-c	→ s, h / s, n	→ ř / v-c	
→ r / -#	→ l / l	/r/ → ř / -#	/r/ → 0 / -#
	→ n / -n	→ 0 / -#	
	→ m /-m		

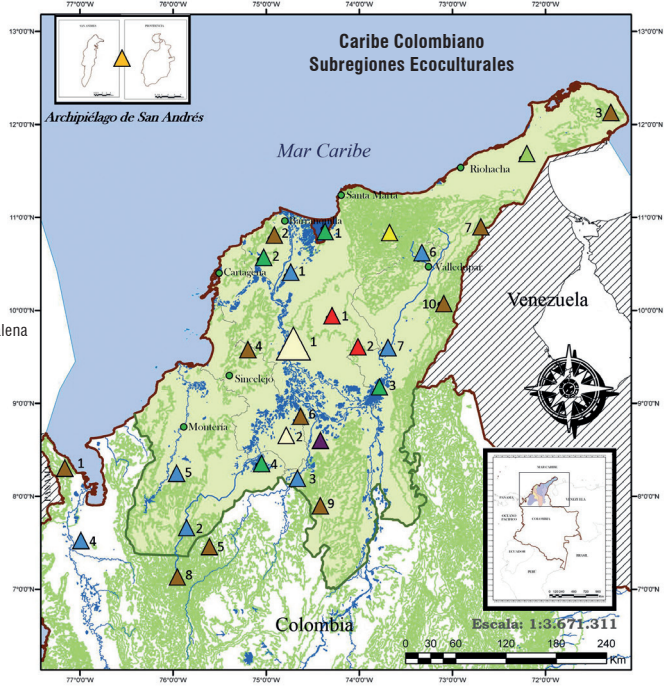
Fuente: Trillos-Amaya (2012).

¹ Los datos forman parte de un estudio diatópico (1989) basado en un corpus recogido entre hablantes de zonas rurales y urbanas de la región. El profesor Genubath Roa, en el texto *Sobre el habla barranquillera*, presenta resultados de la investigación con los que opto al título de Máster en Lingüística por la Universidad del Valle.

MAPA 1. SUBREGIONES ECOCULTURALES

Subregiones Ecológicas

- ▲ Archipiélago de San Andrés
- ▲ Península de La Guajira
- ▲ Sierra Nevada de Santa Marta
- ▲ 1. Llanuras del Magdalena
- ▲ 2. Valle del río Ariguani
- ▲ Sabanas del sur de Bolívar
- ▲ 1. Depresión Momposina
- ▲ 2. La Mojana
- ▲ 1. Río Magdalena
- ▲ 2. Río San Jorge
- ▲ 3. Río Cauca
- ▲ 4. Río Atrato
- ▲ 5. Río Sinú
- ▲ 6. Río Guatapurí
- ▲ 7. Río Cesar
- ▲ 1. Ciénaga Grande de la Magdalena
- ▲ 2. Embalse del Guájaro
- ▲ 3. Ciénaga Zapatoza
- ▲ 4. Ciénaga de Ayapel
- ▲ 1. Serranía del Darién
- ▲ 2. Serranía del Piojé
- ▲ 3. Serranía La Macuira
- ▲ 4. Montes de María
- ▲ 5. Serranía de Ayapel
- ▲ 6. Serranía La Mojana
- ▲ 7. Serranía de Manauare
- ▲ 8. Nudo de Paramillo
- ▲ 9. Serranía de San Lucas
- ▲ 10. Serranía de Perijá



Convenciones

- Capitales de departamento
- Límites departamentales
- Límite marino Colombia
- Límite Colombia
- Cuerpo de agua
- Relieve - Curva nivel

Sistema de coordenadas:

- MAGNA Colombia Bogotá
- Proyección: Transverse Mercator
- Falso Este: 1000000.00000000
- Falso Norte: 1000000.00000000
- Factor escala: 10000000

Base cartográfica: IGAC (Instituto Geográfico Agustín Codazzi).

Fuente: Trillos A. María, "El español allende la mar de los caribes", en *El lenguaje en Colombia*. Tomo I: realidad lingüística de Colombia. 2012.

Mapa adaptado por: Álvaro Alfonso Ríos Cobas.

La lectura de las reglas anteriores arroja los siguientes resultados:

- Conjunto A: en hablantes oriundos o no de la ciudad, /r/ no varía en posición intervocálica, entre consonante y vocal, ni entre vocal y consonante, tampoco en posición final de palabra.
- Conjunto B: para las personas procedentes de la zona suroccidental de la región, /r/ se asimila [R] a la consonante que le sigue.
- Conjunto C: en hablantes oriundos de la ciudad, /r/ se acerca a una vibrante múltiple /r̃/ entre vocal y consonante (con tendencia a mantenerse en posición final de palabra).
- Conjunto D: para todos los hablantes, /r/ cae en final de palabra (ϕ).

Las variaciones en la realización de /r/ plantean un *continuum* sonoro, cuya base es la naturaleza fisiológica del sonido: vibración simple del ápice de la lengua con acercamiento a la zona dental, lo que puede proyectarse en una línea de variaciones que representa las realizaciones (Gráfico 1): una vibrante simple /r/ que hacia la izquierda multiplica las vibraciones [r̃] y hacia la derecha las pierde, asimilándose a la consonante, [R], que le sigue [p, t, k, b, d, g, s, l, n, m], para caer (ϕ).

GRÁFICO 1. VARIACIONES EN LA PRODUCCIÓN DE /R/

[r̃]-----/r/ -----[R]-----ϕ

Fuente: Trillos-Amaya (2012).

Los ejemplos que siguen ilustran la gama de variaciones de /r/.

Texto 1

Adsibiádej y Antonia tuvieron un hijo abbino, Pajcual, al que todas las mañanas le gustaba come ammojábanaj y café tinto. Su hemmano Uddarico era muy querido por sus compañeraj y le gustaba juga ajedrej, por eso le decían en la escuela el rey de loj affile. Ambos sentían un gran cariño pol los pajaritos que su padre consebbaba en jaulaj en loj aleroj de la cocina. Ellos le ayudaban a su papá a alimentalloy. Pol la mañana sacaban agua del agjibe pa'ponelles en las jaulas con el appiste. Adda'i era el hemmano de Adsibiádej, tío de Pajcual y de Uddarico. Todos los fines de semana iban a Sabanalagga a visitallo en su finca Attamira.

La lectura del texto 1 fue realizada por un hablante oriundo de las sabanas. Como puede apreciarse, se cumplen las reglas del Cuadro 2, es decir, /r/ permanece invariable en todas las posiciones menos cuando es seguida por consonantes, pues asimila el sonido de estas; lo mismo sucede en final de palabra.

Texto 2

Alsibiadej y Antonia tuvieron un hijo albino, Pajcual, al que todas las mañanas le gustaba comer almojábanaj y café tinto. Su hermano Uldarico era muy querido por sus compañeraj y le gustaba jugar ajedrej, por eso le decían en la escuela el rey de loj alfile. Ambos sentían un gran cariño por los pajaritos que su padre conserbaba en jaulaj en loj aleroj de la cocina. Ellos le ayudaban a su papá a alimentarlos. Por la mañana sacaban agua del aljibe para ponerles en las jaulas con el alpisto. Aldair era el hermano de Alsibiadej, tío de Pajcual y de Uldarico. Todos los fines de semana iban a Sabanalarga a visitarlo en su finca Altamira.

El texto 2 fue leído por un hablante de La Guajira. Como puede apreciarse, el fonema /r/ no se altera ante las consonantes que lo siguen. En este caso no hay incidencia alguna que le haga perder la estabilidad articulatoria en posición c-v (consonante vocal).

Texto 3

Alsibiadej y Antonia tuvieron un hijo albino, Pajcual, al que todas las mañanas le gustaba comer almojábanaj y café tinto. Su hermano Uldarico era muy querido por sus compañeraj y le gustaba jugaa ajedres, por eso le decían en la escuela el rey de loj alfilej. Ambos sentían un gran cariño por los pajaritos que su padre conserbaba en jaulaj en loj aleros de la cocina. Ellos le ayudaban a su papá a alimentarajloj. Por la mañana sacaban agua del aljibe para ponerles en las jaulas con el alpisto. Aldair era el hermano de Alsibiades, tío de Pajcual y de Uldarico. Todos los fines de semana iban a Sabanalarga a visitarlo en su finca Altamira.

La lectura del texto 3 correspondió a un barranquillero. Como puede observarse, las vibraciones del fonema en cuestión se muestran fortalecidas (/r/).

El Cuadro 3 sintetiza las apreciaciones señaladas a partir de la lectura de cada uno de los hablantes seleccionados. Hoy, por razones sociolingüísticas, la producción del alófono barranquillero /r/ pudiera estar influyendo en hablantes no oriundos de la ciudad, lo que depende de factores extralingüísticos como la etapa de la vida en que se inmigró, el tiempo de permanencia en la ciudad y la escolaridad alcanzada, entre otras variables, hipótesis que se resuelve a partir de estudios sociolingüísticos empíricos de enfoque mixto; así

como aquellos fenómenos lingüísticos que al solaparse dificultan establecer límites claros entre ellos.

CUADRO 3. REALIZACIONES DEL FONEMA /R/

GLOSA	HABLANTE SABANERO TEXTO 1	HABLANTE GUAJIRO TEXTO 2	HABLANTE BARRANQUILLERO TEXTO 3
hermano	<i>hemmano</i>	<i>hermano</i>	<i>heirmano</i>
comer	<i>come</i>	<i>come</i>	<i>comer</i>
jugar	<i>juga</i>	<i>jugar</i>	<i>jugaa</i>
por los	<i>pol los</i>	<i>por los</i>	<i>por los</i>
conservaba	<i>consebbaba</i>	<i>conserbaba</i>	<i>conserbaba</i>
alimentarlos	<i>alimentalloj</i>	<i>alimentarlos</i>	<i>alimenta+lo</i>
por la	<i>pol la</i>	<i>por la</i>	<i>por la</i>
Aldair	<i>Addai</i>	<i>Aldair</i>	<i>Aldair</i>
Sabanalarga	<i>Sabanalagga</i>	<i>Sabanalarga</i>	<i>Sabanalaiga</i>
visitarlo	<i>visitallo</i>	<i>visitarlo</i>	<i>visita+lo</i>
altamina	<i>attamira</i>	<i>altamira</i>	<i>altamira</i>

Fuente: elaboración propia.

El Mapa 2 muestra la extensión de las isoglosas que marcan los límites entre los fenómenos lingüísticos característicos del español caribeño en cuanto a las realizaciones del fonema /r/: en la banda nororiental se realiza [r], en la suroriental [R], en Barranquilla [r̄], formando entramados de límites divergentes, lo que hace del español caribeño una unidad dialectal variada.

3.1.2 ROMANÍ, LENGUA DEL PUEBLO ROM

No se ha documentado de manera suficiente el posible origen de los diferentes grupos gitanos diseminados por Europa, Asia, África y América, ni se conocen los acontecimientos que originaron la diáspora iniciada aproximadamente en el siglo X. No obstante se acepta, de acuerdo con los estudios de Grellmann (1787) y Pott (1844), que son originarios del norte de la India y migraron a los territorios donde hoy se encuentran Pakistán, Irán, Afganistán y Turquía, de donde llegaron a la península de los Balcanes, como se muestra en el Mapa 3.

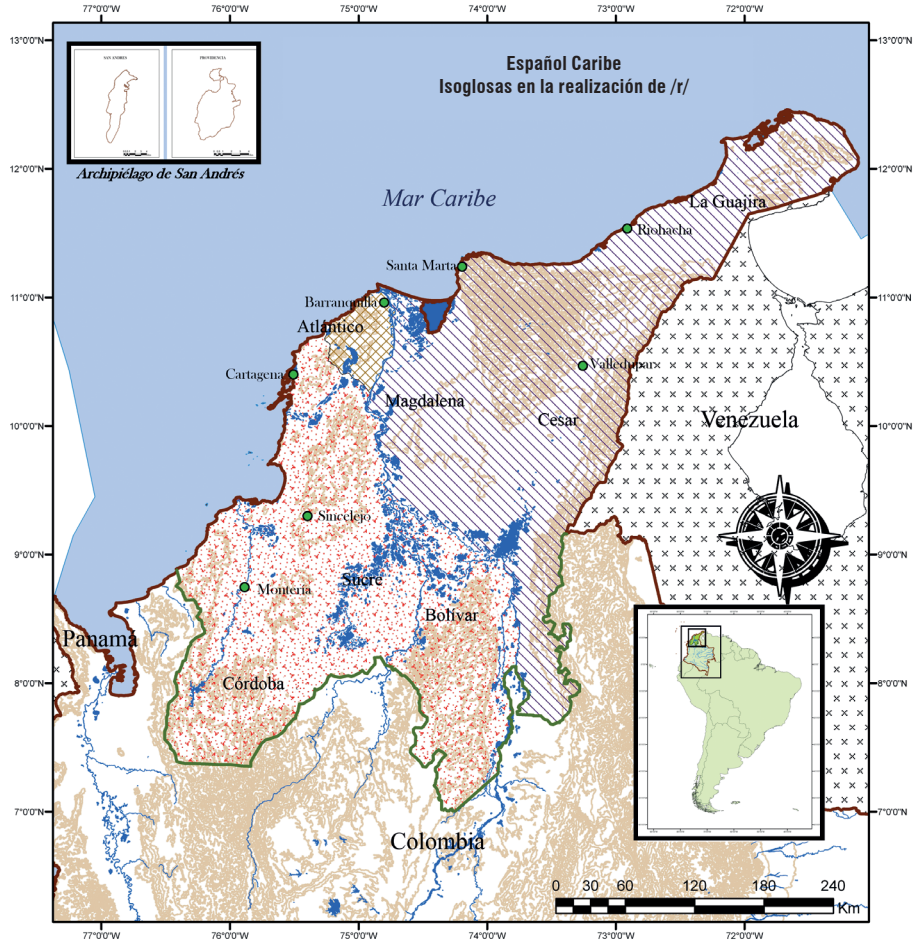
Los especialistas han establecido que se dio una migración de familias hablantes de las lenguas dom, lom y rom desde la India, la cual se ramificó, y determinan conexiones entre los dom y los actuales rom (Sampson, 1923; Turner, 1927). Posteriores estudios gramaticales definen que las lenguas dom y lom tienen tres géneros (femenino, masculino y neutro), mientras que el

rom solo femenino y masculino (Liégeois, 1983). Con base en la idea de que el género gramatical es uno de los paradigmas lingüísticos en el que difícilmente suceden cambios, se pensó que primero migraron los integrantes de los pueblos dom y lom y más tarde los rom (Hancock, 2002). El análisis del léxico de las lenguas habladas por los rom de hoy en diferentes territorios señala que las palabras que representan la vida sedentaria son de origen indio y las relacionadas con la vida trashumante no, concluyendo que en sus orígenes las familias gitanas eran sedentarias (Hancock, 2002). Estudios genéticos han confirmado que los pueblos gitanos descienden de un grupo ancestral hindú que se diversificó en Europa (Kalaydjieva, Gresham y Calafell, 1999) y tendrían un sustrato étnico común con los grupos hindúes jat shihs, panjabi hindus y rajputs (Bhalla, 1992). Fraser (1992) puso en duda tal argumento.

Hoy la palabra ‘rom’ integra nombres de comunidades itinerantes hablantes de lenguas de origen hindú o que utilizan un léxico especializado de estas lenguas, entre otras: lom del Cáucaso y Anatolia que hace aportes al lomavren, variante del armenio; dom del Oriente Próximo que aporta al domari, una lengua moderna indoaria, hablada por artistas y trabajadores metalúrgicos. Al norte de Pakistán la población dum, también metalúrgicos y músicos, hablan una lengua centroíndica. El romaní es una lengua indoaria, cuyo léxico y gramática derivan del sánscrito, forma parte de la diáspora de los idiomas índicos hablados por comunidades itinerantes de origen hindú. Las dataciones permiten decir que se habla en Europa desde la Edad Media, distinguiéndose tres fases en su desarrollo histórico: protorromaní o preeuropeo, romaní temprano (período bizantino); dialectos del romaní moderno, siglo XIV en adelante.

A finales del siglo XIV, con la caída del Imperio romano en Europa Oriental, la población romaní hablante emigró de los Balcanes y se asentó en el centro y el este de Europa; al entrar el romaní en contacto con diversas lenguas —turco, rumano, húngaro, alemán, lenguas eslavas, entre otras— sufrió variaciones fonológicas, morfológicas y léxicas que originaron varias ramas dialectales. La documentación sobre el romaní del siglo XVI testimonia la presencia de diversos dialectos en el sur y occidente europeo, y en los Balcanes; documentos del siglo XVIII lo ubican en toda Europa. Los especialistas expresan que los rasgos lingüísticos de esa época son cercanos a las variaciones presentes en los actuales dialectos romaní. Entre los siglos XIX y XXI las migraciones han impuesto procesos interlingüísticos que han complejizado la clasificación de los dialectos resultantes, pues en algunos hay rasgos de dos o más ramas, lo que dificulta la tarea de establecer divisiones exactas entre los diversos grupos lingüísticos.

MAPA 2. ISOGLOSAS EN LA REALIZACIÓN DE /r/



Convenciones

- Capitales de departamento
- ▨ Realización de /r/
- ▩ Realización de /r/
- Realización de /r/

Sistema de coordenadas:

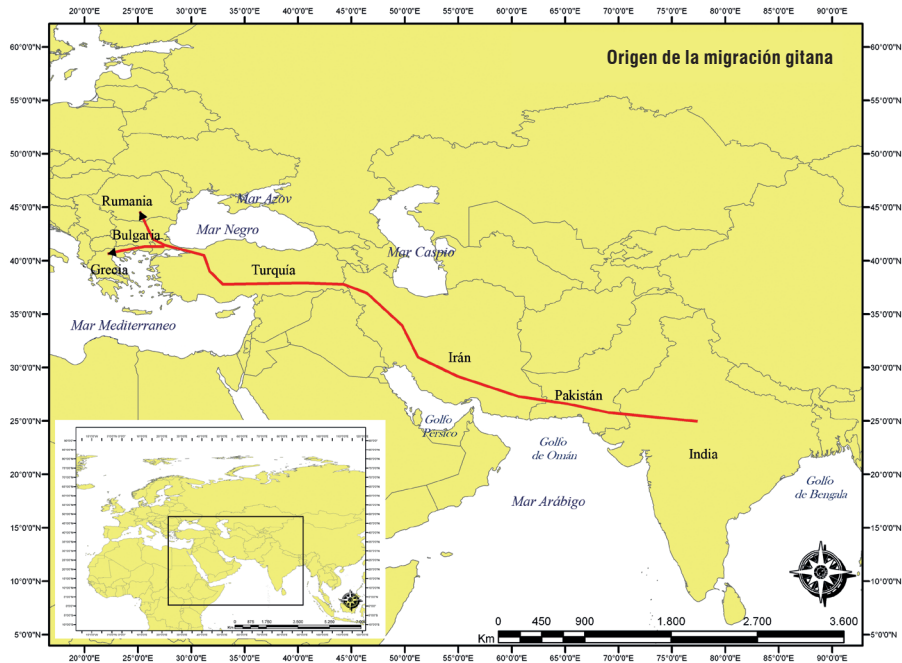
MAGNA Colombia Bogotá
 Proyección: Transverse Mercator
 Falso Este: 1000000.00000000
 Falso Norte: 1000000.00000000
 Factor escala: 100000000

Base cartográfica: IGAC (Instituto Geográfico Agustín Codazzi).

Fuente: Trillos A. María, "El español allende la mar de los caribes", en *El lenguaje en Colombia*. Tomo I: realidad lingüística de Colombia. 2012.

Mapa adaptado por: Álvaro Alfonso Ríos Cobas.

MAPA 3. ORIGEN DE LA DIÁSPORA GITANA



Convenciones

- Migración gitana
- Países

Sistema de coordenadas:

GCS_WGS_1984
Proyección: Transverse Mercator
Falso Este: 1000000.00000000
Falso Norte: 1000000.00000000
Factor escala: 10000000

Fuente: María Trillos Amaya.
Mapa adaptado por: Álvaro Alfonso Ríos Cobas.

En síntesis, el romaní estaría constituido por un conjunto de variedades lingüísticas de origen indoeuropeo originarias de la zona noroeste de la antigua India y el centro de Pakistán, enriquecido con préstamos léxicos de las lenguas que se hablaban en los países por los cuales los gitanos fueron pasando. Hoy en día se habla en Europa, el oeste de Asia, el norte de África y América.

3.1.3 LOS ROM DE SABANALARGA (ATLÁNTICO)

El Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE) reporta la convivencia de gitanos en Barranquilla, Soledad, Santa Marta, Sincelejo, Sampués (Censo 2007). No se reportan datos exactos sobre la cantidad de romaní hablantes en la región, lo cual puede solventarse al aplicar la encuesta del Programa de Protección a la Diversidad Etnolingüística (PPDE), del Ministerio de Cultura. De esta manera sería posible que en un futuro se contara con datos fidedignos, pues serían los mismos rom orientados desde el PPDE (2008) quienes intervendrían en establecer las estadísticas poblacional y romaní hablantes.

En el año 2015, mediante la encuesta Percepciones y actitudes lingüísticas², estudiantes de la Maestría en Lingüística de la Universidad del Atlántico adelantaron indagaciones entre los rom de Sabanalarga, quienes se identificaron como integrantes del linaje Bolochochok. Aspecto que se arraiga en la tradición gitana de formar a las nuevas generaciones según los parámetros de su propia cultura, la transmisión de conocimientos de padres a hijos por tradición oral, incide en el bajo número de personas escolarizadas; no obstante, tres de quienes respondieron el cuestionario declararon haber cursado los niveles de Educación Básica Primaria y Secundaria y uno de ellos alcanzó estudios de Pregrado. Para un número importante de los rom de Sabanalarga la formación académica que se imparte en los centros educativos del municipio promueve la aculturación, pues los procesos pedagógicos solo contemplan la cultura mestiza (Gómez y Coronado, 2015).

Los autores señalan que los rom declararon hablar romaní shib, el cual, al igual que los restantes dialectos del romaní, estaría relacionado con el sánscrito. Por las interacciones que establecen son hablantes bilingües y hacen uso dialógico del romaní y el español; consideran que la primera lengua es

² Procura información sobre las condiciones socioculturales en que se desarrollan las lenguas en una comunidad bilingüe, según las variables sexo, edad, escolaridad, etnia y lugar de procedencia (Documento de trabajo Celikud, ajustes 2014).

la materna y la segunda un medio de comunicación al que deben acceder por razones sociales y de negocios; que el lenguaje oral es su principal medio de comunicación puesto que el romaní es una lengua ágrafa y, por ser símbolo de su identidad cultural, mantienen una férrea convicción de protección hacia ella. Como todo pueblo de tradición oral, dicen desconocer las normas gramaticales para la escritura de su lengua y consideran que la comunicación escrita que han practicado en su comunidad hasta el momento es espontánea, libre de normas gramaticales y ortográficas a las que piensan acceder en un futuro no lejano (Gómez y Coronado, 2015).

Otra percepción manifiesta por los encuestados es que el español posee una estructura gramatical interesante en contraste con la de su lengua materna, sin embargo se sienten mejor comunicándose en esta lengua; consideran que el español es difícil de aprender por el tipo de estructuras que lo caracterizan. Reconocen que existen diversos factores que los llevan a aprender español, entre otros: favorecer la comunicación con los castellanohablantes; que las nuevas generaciones deben emprender estudios de orden cultural y socioeconómicos por los negocios que adelantan con la sociedad mestiza.

Los autores consideran que los gitanos de Sabanalarga tienen claros conocimientos acerca de los países en los que se hablan las dos lenguas —romaní y español— y que las diferencias gramaticales entre los diversos dialectos del romaní se originan en la trashumancia que han protagonizado por países de lenguas diferentes. Aseguran que son una comunidad lingüística bilingüe que se esfuerza por proteger y preservar sus tradiciones culturales: lengua, cocina, danzas, vestimenta, matrimonio, ritos mortuorios, en fin, su visión particular del mundo (Gómez y Coronado, 2015).

Para los rom de Sabanalarga, como para el resto de la población rom colombiana, la célula básica de organización social y territorial es la *kumpania*, unidad familiar dominada por los hombres, que ha ido cambiando hacia el control por parte de las mujeres. La historia de la estirpe rom de la *kumpania* de Sabanalarga, en el departamento del Atlántico, se deriva de la primera familia gitana que llegó a este municipio en la década de los cuarenta del siglo pasado.

El Estado colombiano ha reconocido a los rom como un grupo étnico colombiano, con igualdad de derechos, a pesar de las marcadas diferencias de sus usos y costumbres. Por mandato constitucional pueden acceder a las políticas públicas colectivas que el Estado debe garantizar a todos los colombianos, reconocimiento obtenido mediante el Decreto Ley 2957 de 2010 de la Dirección de Etnias (Ministerio del Interior y de Justicia).

3.2 CONTACTOS INTRALINGÜÍSTICOS: LENGUAS CRIOLLAS - LENGUAS INDOEUROPEAS

3.2.1 INGLÉS SANANDRESANO

Según los especialistas, la lengua inglesa llegó al archipiélago en 1631 con la fundación de una colonia británica en Providencia. En 1641 España ocupó las islas que lo constituyen, con el objetivo de disolver focos de piratería. El inglés ha permanecido en el archipiélago a pesar de las condiciones adversas derivadas de la imposición del español, intento que se dio desde la corona española y fue consumado por el Gobierno de Colombia a mediados del siglo pasado. El inglés sanandresano es una variante del inglés utilizado en un amplio espectro de las Antillas y las costas orientales de Centroamérica. En San Andrés puede considerarse una lengua ritual, pues con ella se ofician los actos litúrgicos en la Iglesia bautista. Algunos especialistas suelen plantear la existencia de un continuo sociolectal que se da entre el inglés y el creol, lengua criolla (Forbes, 1987).

3.2.2 LENGUAS CRIOLLAS

Este tipo de lenguas surgen a partir de una situación de contacto interétnico o intergrupar. Dos lenguas criollas forman parte del patrimonio lingüístico colombiano, una hablada en el archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina, la otra en San Basilio de Palenque, en el departamento de Bolívar. En ambas el aporte de sistemas lingüísticos africanos está dado: 1) en el caso del creol en San Andrés, por lenguas del Atlántico occidental: wolof o yolofo, biáfara, balante; mandé (mandinga, bámbara, malinke); kwa (ashanti, ewe, yoruba); 2) en el caso del palenquero, por lenguas del Congo, grupo bantú / kikongo, kimbundo, umbundo, lingala, kiswahili (Patiño, 2002).

Como todas las lenguas criollas, el creol y el palenquero presentan gran sencillez en la codificación, es decir, en los esquemas silábicos (CV), supresión en distinciones semántico-gramaticales (pronombres personales), preferencia por la organización analítica frente a la sintética (noción de pluralidad fuera del artículo y del sustantivo: *di bwai dem* - “los muchachos”, *ma moná* - “los niños”); soportes lingüísticos de dos lenguas, una como sustrato y la otra como superestrato (Patiño, 2002).

3.2.3 CREOL SANANDRESANO

Presenta base léxica inglesa y afinidades con el criollo de Jamaica y el de la costa de Misquitos, Puerto Limón, Portobelo y Bocas del Toro en Centroamérica (O'Flynn, 1990). El sustrato lingüístico africano proviene en mayor proporción del grupo kwa (Costa de Oro) y sus africanismos son comunes al habla jamaíquina. Como rasgos pueden citarse: carencia de segmentos fricativos dentales ‘tri’, *three*, “tres”; dis, *this*, “este”; inversión del orden de las vocales en los diptongos [ei] y [ou] del inglés, así *eight* y *float* se pronuncian *iet* y *fluot*, respectivamente; ausencia de concordancia en la frase nominal; expresión de la pluralidad con el mismo morfema que funciona como pronombre de tercera persona de plural, *dem*, ejemplo: *di buod* - “las tablas” (O'Flynn, 1990).

En 2010 Moya, mediante una encuesta sociolingüística aplicada en el sector de San Luis, evidenció que los raizales son bilingües tempranos con el creol como primera lengua (L1) y el español como segundo idioma (L2), lo que se debe a: 1) la presencia del español en las actividades escolares; 2) los padres lo enseñan a los hijos y los apoyan en su desarrollo durante los primeros años de estudio; 3) la existencia de familias interétnicas continentales-raizales. El inglés es tercera lengua (L3) para quienes fueron escolarizados en esta lengua, hicieron estudios bíblicos en la Iglesia bautista (*Sundy School*) o viajaron a países anglófonos a estudiar o trabajar, pues ya no se enseña como L2 ni en *Sundy School*, ni en las escuelas públicas, ni en los institutos de lenguas de la isla, se aprende como lengua extranjera. Según la autora, el inglés cedió el espacio de L2 al español y en los hogares poco se enseña. En las oficinas estatales los servicios solo se ofrecen en español y los instrumentos oficiales se escriben en esta lengua, siendo así el español la única lengua oficial de la isla a pesar del mandato constitucional expresado en el artículo 10: “El castellano es el idioma oficial de Colombia. Las lenguas y dialectos de los grupos étnicos son también oficiales en sus territorios. La enseñanza que se imparta en las comunidades con tradiciones lingüísticas propias será bilingüe”.

Para los sanandresanos el español es la lengua del ámbito laboral, pues el inglés es usado por los docentes que lo enseñan o por quienes ejercen funciones en empresas de turismo, y solo suele hacer presencia en conversaciones donde los usos lingüísticos del interlocutor lo exijan. Forbes, citado por Moya, expresa que el inglés ha descendido en su estatus de segunda lengua. Los sanandresanos en un alto porcentaje entienden el inglés oral y escrito, pero empieza a dificultárseles hablarlo y escribirlo, por lo que va quedando relegado a las ceremonias de la Iglesia protestante (Moya, 2010).

3.2.4 LENGUA DE PALENQUE

Presenta base léxica española como superestrato y sustrato lingüístico africano proveniente de lenguas bantúes (Megenny, 1982). Varios especialistas han señalado coincidencias gramaticales con el criollo lusitano-bantú de la costa occidental africana: De Granda (1977, 1978) se fundamenta en la negación con doble partícula y el sistema de pronombres personales y posesivos; Megenny (1986) identifica en el palenquero los pronombres *bo* (tú) y *ele* (él), el verbo *bae* (ir) y el sentido impersonal de ‘haber’ en el verbo *tené*; Schwegler (1996) agrega el empleo de *hende /jende/* (gente) con el sentido de ‘nosotros’, inclusivo; Del Castillo (1982) ha identificado como bantuisismos provenientes de los idiomas kikongo y kimbundo, palabras como *góngoro* (úlceras), *majaná* (niños), *moná* (hijo, hija), *chumbungo* (pozo), *gombe* (vaca, ganado). Como rasgo fonético notable se señala la conservación de oclusivas sonoras prenasalizadas (*mbulu* – ‘burru’, *ndoló* – ‘dolor’, *ngutá* – ‘gustar’).

Para el palenquero, y recientemente para el creol, el español es la lengua de superestrato y además, lexificadora, es decir, la fuente principal en la construcción léxica. En el pasado el inglés fue la lengua lexificadora del creol, pero fue desplazado por el español a medida que las interacciones políticas entre la isla y el Estado colombiano se fueron estrechando. Varios lingüistas encuentran que existe un continuo lingüístico (basilecto, mesolecto, acrolecto, inglés estándar caribeño) (O’Flynn, 1990). En estos casos, los especialistas piensan en la progresiva descriollización y posterior absorción del criollo por la lengua lexificadora cuando esta es también la lengua de superestrato. Como en este momento la lengua lexificadora es el español, por aspectos lingüísticos diferenciales es imposible que absorba el creol, por lo tanto el peligro de extinción no se reporta. En cambio en Palenque, en vez del continuo lingüístico, existe diglosia, es decir separación de funciones entre los dos códigos (español y palenquero), sentidos como diferentes por los hablantes. Al ser la lengua lexificadora la misma de superestrato, es difícil percibir la progresiva descriollización, que va dando paso al desplazamiento del palenquero por el español, lo que genera un grave riesgo de extinción (Patiño, 2002).

Para McWhorter (1998), debido a que la constitución de las lenguas criollas se dio no hace mucho tiempo, se caracterizan por presentar: escasa inflexión verbal y nominal, regular valor semántico de los afijos derivativos, ausencia de mecanismos tonales en las distinciones léxicas o gramaticales. Por lo tanto, a medida que pase el tiempo es posible que desarrollen estos mecanismos, superen el sistema de inflexión, accedan a procesos de derivación y adquieran tonos léxicos y gramaticales, superando de esta manera la diferencia sincrónica frente a las lenguas de mayor desarrollo en el tiempo.

Las lenguas criollas coexisten en el país: el palenquero con el español en Palenque, en algunos barrios de Barranquilla y Cartagena; el creol con el inglés y el español en el archipiélago de San Andrés, Santa Catalina y Providencia. A pesar de los avances legislativos, el español sigue siendo el medio de comunicación con el Estado y la transmisión de conocimientos escolares. En consecuencia, las lenguas criollas siguen empleándose en el ámbito familiar, en la cotidianidad, no en espacios formales, por lo tanto no tienen presencia en las relaciones de sus hablantes con las instituciones del Estado en la prensa, tampoco en los servicios de salud. Según los especialistas, el creol y el palenquero presentan relaciones genéticas con criollos del Caribe anglófono el primero, y del Caribe hispanófono —español-portugués— el segundo.

3.3 LENGUAS NATIVAS

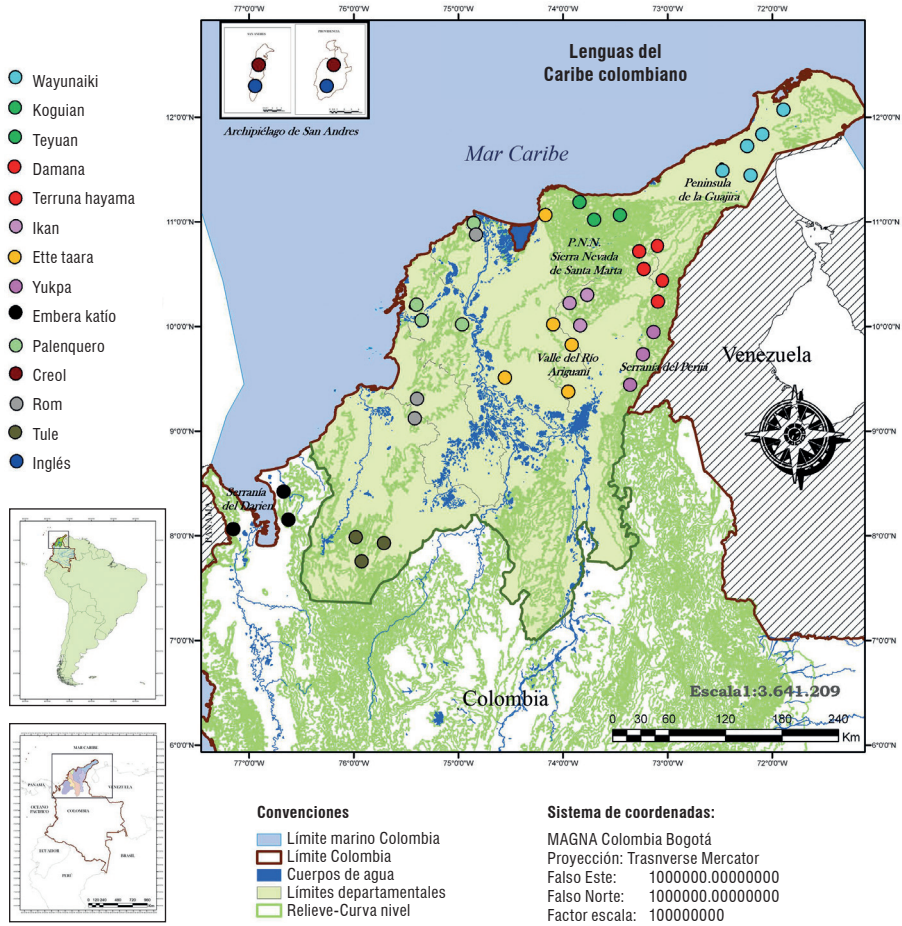
Habladas por los pueblos indígenas, se dividen en dos lenguas rituales y ocho de uso cotidiano (Cuadro 4 y Mapa 4). Son muy variadas en sus estructuras, tipología y origen, resultado de la adaptación de distintos grupos humanos que llegaron a la región hace más de 10 mil años.

Se clasifican en las familias lingüísticas chibcha, arawak, caribe, chocó, de las cuales las tres primeras son estirpes continentales, procedentes de amplios recorridos protagonizados desde el norte de Mesoamérica y la cuenca del Amazonas por el sur; el grupo chocó, de carácter regional, llegó al Caribe en la época de la Colonia, por movimientos migratorios originados desde el Pacífico hacia las últimas estribaciones de la cordillera Occidental.

Estas lenguas difieren unas de otras en cuanto a gramática, fonología y léxico, no se da intercomprensión espontánea posible entre ellas. Las lenguas de la familia chibcha (teyuan, terruna, koguian ikan, damana) presentan rasgos gramaticales y fonológicos que revelan orígenes cercanos, además de un vocabulario compartido en un amplio porcentaje; más lejanos en el parentesco son el ette taara y el tule, por lo tanto se ubican en otras ramas de la misma familia. Las tres lenguas restantes (wayunaiki, integrante de la familia arawak, yukpa yiwonky del grupo Caribe, embera katío del *filum* Chocó), por pertenecer a troncos lingüísticos diferentes no existe lazo alguno que las una.

Miradas estas lenguas desde la perspectiva de la sociología del lenguaje, se distinguen diferentes situaciones multilingües: en La Guajira, Magdalena y Cesar, conjunto determinado por la Sierra Nevada de Santa Marta, se hablan tres lenguas de uso cotidiano (koguian, ikan, damana), dos rituales (teyuan, terruna), más el español; en La Guajira, considerando la península, aparecen

MAPA 4. LENGUAS NATIVAS HABLADAS EN LA REGIÓN



Base cartográfica: IGAC (Instituto Geográfico Agustín Codazzi).
 Fuente: María Trillos Amaya.
 Mapa adaptado por: Álvaro Alfonso Ríos Cobas.

el wayunaiki y el español; en el Magdalena, valle del río Ariguani, el ette taara y el español; en la serranía de Perijá, el yukpa yiwonki y el español, en este mismo espacio convive también un grupo del pueblo wiwa hablante de damana y español; en Córdoba, en los altos San Juan y San Jorge, embera y español.

CUADRO 4. LENGUAS NATIVAS DE LA REGIÓN

FAMILIA	UBICACIÓN	PUEBLO	LENGUA	
			COTIDIANA	RITUAL
Chibcha	Sierra Nevada de Santa Marta	Ika (Arhuaco)	Ikan	
		Kággaba	Koguián	Teyuan
	Wiwa	Damana	Terruna shayama	
	Valle del río Ariguani	Ette ennaka	Ette taara	
Arawak	Tapón del Darién	Tule	Cuna	
	Península de La Guajira	Wayúu	Wayunaiki	
Caribe	Serranía del Perijá	Yukpa	Yukpa yiwonki	
Chocó	Altos ríos Verde y Sinú	Embera katio	Embera katio	

Fuente: Trillos-Amaya (2001).

Desde los estudios comparativos, en zonas muy localizadas se conforman continuos lingüísticos: en la Sierra Nevada de Santa Marta y sus inmediaciones (valle del río Ariguani y Narakajmanta —municipio de Gaira— e Itti Takke —municipio de El Copey—, aparecen cinco lenguas (kogui, ika, damana, teyuan y terruna shaiama / ette taara), entre las cuales se aprecian rasgos comunes que han permitido plantear su pertenencia a la familia chibcha. Panorama que se completa con el tule, cuya presencia en el Darién inicia el rastro dejado por las lenguas chibchas en Colombia. El yukpa, último reducto de la familia Caribe en el norte de Colombia, tiene en el carijona, lengua de la Amazonia, su única hermana en el país, siendo posible establecer parentesco con sus hermanas de Venezuela y las Guayanas. La relación genética entre el wayunaiki y las lenguas arawak de la Orinoquia también permite pensar en estudios comparativos con sus hermanas del litoral Caribe en las Guayanas y Venezuela. El embera katio, al pertenecer a la familia chocó, extiende lazos hacia el Pacífico colombiano, panameño y ecuatoriano.

Los pueblos Mokana, Zenú y Kankuamo se registran como no hablantes de sus lenguas maternas, las cuales perdieron por efecto de la castellanización adelantada en tiempos de la colonización española.

4. ESTUDIOS SOBRE EL PATRIMONIO LINGÜÍSTICO 1997-2017

En las páginas que siguen se sintetizan los aportes que durante los últimos veinte años se han hecho al conocimiento de las lenguas y las dinámicas que agencian en el contexto regional. Un grupo considerable de lingüistas, etnolingüistas, analistas del discurso y sociolingüistas nucleados en grupos de investigación han realizado investigaciones desde perspectivas diversas y modos diferenciados de delimitar problemas, construir objetos de estudio, definir categorías de análisis.

4.1 ESTUDIOS ETNOLINGÜÍSTICOS

A finales de la década de los ochenta el Centro Colombiano de Lenguas Aborígenes (CCELA), el Instituto Caro y Cuervo (ICyC) y el Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH) realizaron actividades que aglutinaron investigadores nacionales y extranjeros a fin de propiciar un mejor conocimiento de las lenguas colombianas. Un producto derivado del seminario “Estado actual de la clasificación de las lenguas de Colombia” (1988) es el libro *Lenguas indígenas de Colombia. Una visión descriptiva* (González, 2000a). El texto contiene un conjunto de artículos y ofrece una visión de las estructuras que caracterizan las lenguas nativas. En el artículo “Clasificación de las lenguas indígenas de Colombia” el lingüista Jon Landaburu (2000a), siguiendo criterios de distribución espacial, clasificó las lenguas en cuatro estirpes: 1) de proyección continental, presentes en vastos territorios meso- y suramericanos, como son las chibcha, caribe, arawak y quechua; 2) de proyección regional, con redes lingüísticas discontinuas en varias áreas suramericanas (tucano, sáliba-piaroa); 3) local, lenguas diseminadas en una misma área (guahibo, macú-puinave, uitoto, bora, chocó, barbacoa); 4) de lengua única (paez, guambiano, ticuna, cofán, andoque, kamsá). De estas estirpes hacen presencia en la región las familias continentales chibcha, caribe y arawak, más el tronco chocó con el embera-catío, considerado de orden local.

La producción propiciada por las instituciones señaladas puede clasificarse de la siguiente manera:

- Lingüística descriptiva: artículos contenidos en la obra *Lenguas indígenas de Colombia. Una visión descriptiva* (Instituto Caro y Cuervo, 2000):
 - Landaburu, J. “La lengua ika”.
 - Llerena, R. “Elementos de gramática y de fonología de la lengua cuna”.

- Mansen, R. “El idioma wayuu (o guajiro)”.
- Meléndez, M. A. “Reseña bibliográfica del chimila”.
- Olaya, N. “Descripción preliminar del sistema verbal de la lengua kogui (kawgi)”.
- Ortiz, C. “La lengua kogui: fonología y morfosintaxis nominal”.
- Pérez, F. “Lenguas aborígenes de la península de La Guajira”.
- Robayo, C. “Introducción al estudio de la lengua yuko o yukpa”.
- Trillos-Amaya, M. “Síntesis descriptiva de los sistemas fonológico y morfosintáctico del damana”.
- Trillos, M. y Ortiz, C. “Lenguas aborígenes de la Sierra Nevada de Santa Marta”.
- Sociolingüística: artículos contenidos en el libro *Lenguas amerindias: condiciones sociolingüísticas en Colombia* (X. Pachón y F. Correa (coord. y ed.), ICANH, 1997:
 - Pardo, M. “Aspectos sociales de las lenguas del Chocó” (integra embera katio de Córdoba).
 - Pérez, F. “Wayunaiki: lengua, sociedad y contacto”.
 - Trillos-Amaya, M. “La Sierra: un mundo plurilingüe”.
- Estudios descriptivos y comparativos: investigaciones realizadas en el CCELA (1997-2006):
 - Pérez, M. L. “El verbo en koguián” (inédito).
 - Pérez, F. “El nominal en wayunaiki” (inédito).
 - Ramírez, R. “El sintagma verbal en wayunaiki” (inédito).
 - Zalabata, R. “Fonología de la lengua ika” (inédito).
 - Pérez, J. (2004). *El criollo de Palenque de San Basilio: una visión estructural de su lengua*, Bogotá: Uniandes.
 - Trillos-Amaya, M. (1997). *Categorías gramaticales del ette taara – Lenguas de los chimilas*.
 - Trillos-Amaya, M. (1999) *Damana. Language of the world*, Munchen: Lincom Europa.
 - Trillos-Amaya, M. (2005a). *Las modalidades lógicas en damana. Poli-fonía*, Barranquilla: Universidad del Atlántico.
 - Trillos-Amaya, M. (2006). “La cortesía lingüística en damana”, en *Langues de Colombie. Amerindia. Revue d’ethnolinguistique amérindienne*, Paris: CNRS de France.
 - Trillos-Amaya, M. (2005b). *Lenguas chibchas de la Sierra Nevada de Santa Marta: una visión histórico-comparativa*, Bogotá: Universidad de los Andes - CCELA.

4.2 GRUPOS DE INVESTIGACIÓN

Reconocidos por Colciencias, existen cuatro grupos de investigación generadores de conocimientos sobre las lenguas y las interacciones que sus hablantes generan (Cuadro 5). Constituidos por investigadores activos, el capital intelectual

CUADRO 5. GRUPOS DE INVESTIGACIÓN

GRUPO	INSTITUCIÓN	CATEGORÍA	LÍNEAS DE INVESTIGACIÓN	PRODUCTOS DE INVESTIGACIÓN - MUESTRA
Lenguaje y Educación (1992)	Uninorte	A1	<ul style="list-style-type: none"> - Conciencia lingüística - Enseñanza/ aprendizaje de las lenguas - Lenguaje y contexto educativo - Lenguaje y cultura 	<ul style="list-style-type: none"> - Standardized Test Results: An Opportunity for English Program Improvement. Colombia, How, 2017. - "La representación de la revolución en el texto escolar: 'ser' y 'llegar a ser' en la historia", 2017. - "Lexis, Lexical Competence and Lexical Knowledge: A Review", Reino Unido; 2017. - Postura lingüística y estrategias de aprendizaje en escolares en contexto de inmersión bajo el currículo nacional británico, 2017.
Giescah (Grupo de Investigación para el Estudio Sociolingüístico del Caribe, 1998)		A1	<ul style="list-style-type: none"> - Contacto de lenguas y dialectos - Etnografía de la comunicación - Sociolingüística y adquisición del lenguaje y dialectos - Sociolingüística y análisis del discurso - Variación y cambio lingüístico 	<ul style="list-style-type: none"> - Estudio filológico para una edición crítica de <i>Horas y Fronda lírica</i>, de Julio Flórez, 2016. - Transnacionalidad e identidades lingüísticas en la frontera dominico-haitiana, 2015. - Formas pronominales de tratamiento y cortesía en el habla de Tunja, Colombia, 2014. - Doctrina de Dios: el ser y las obras de Dios, 2012. - Doctrina de la persona y obra de Cristo, 2012.
Ceikud (Círculo de Estudios Lingüísticos, Sociales y Culturales, 1996)	Uniatlántico	A	<ul style="list-style-type: none"> - Bilingüismo e interculturalidad - Derechos y políticas culturales - Desarrollo de competencias comunicativas en contextos interlingüísticos - Enseñanza de lenguas en contextos multiculturales 	<ul style="list-style-type: none"> - El Caribe: lenguas, pueblos, épocas y espacios, 2015. - El español allende la mar de los caribes, 2012. - Laboratorio natural y bibliotecas vivientes: una experiencia con los ette ennaka del Ariguani, 2011. - Conciencia y actitudes lingüísticas en el Caribe colombiano, 2011.
Cadis (Círculo de Análisis del Discurso, 1988)		R	<ul style="list-style-type: none"> - Análisis semiolingüístico de las canciones populares del Caribe colombiano - Discurso y cotidianidad - Discurso, educación y pedagogía - Epistemología del lenguaje - Interacciones verbales en el Caribe colombiano. 	<ul style="list-style-type: none"> - Abordaje discursivo de una caricatura política, 2017. - Confrontación de imágenes discursivas, argumentación y (des)cortesía en un debate entre candidatos presidenciales en Colombia, 2016. - La canción vallenata como acto discursivo, 2004. - Problemas de incoherencia en varias noticias deportivas publicadas en dos diarios colombianos, 2005. - Amor, despecho y descortesía en las canciones de Agustín Lara (2009).

Fuente: Base de datos Scienti – Colciencias (febrero, 2018)

tual acumulado por más de dos décadas les ha permitido hacer presencia en el escalafón de Colciencias a partir de las mediciones que se realizan cada año; ellos siguen las líneas de investigación a las cuales se adhieren los proyectos que desarrollan mediante trabajo de grupo, estrategia que facilita la producción de conocimientos y la formación de investigadores mediante la incorporación a las prácticas y dinámicas de interacciones grupales continuas.

- Grupo Lenguaje y Educación. Desarrolla estudios sistémico-funcionales en el ámbito de los proyectos: 1) Systemics Across Languages (SAL), en asocio con investigadores adscritos a las universidades General Sarmiento de Buenos Aires y Autónoma de México. Sus planteamientos se basan en tesis que siguen a Michael Halliday acerca del análisis de procesos verbales y la valoración de los artículos resultantes de investigaciones en el área del lenguaje, centrando el interés en las metafunciones experiencial e interpersonal, especialmente en las cláusulas de tipo verbal; 2) Atentu, proyecto destinado a analizar el impacto del acompañamiento institucional para la enseñanza de inglés en las normales del departamento del Atlántico; 3) Enseñanza/aprendizaje de lenguas, el cual propone el acompañamiento mediante una pedagogía de enseñanza de la lectura y la escritura basada en géneros y definida desde los contextos situacional y cultural; conformado por docentes de la Universidad del Norte, ha hecho aportes desde la línea de investigación “Conciencia lingüística”, con títulos como: *Citizenship Education and the EFL Standards: A Critical Reflection*; *Urdimbre del texto escolar*; *Textos que se leen en la universidad. Una mirada desde los géneros discursivos en la Universidad del Norte*; *La representación de la revolución en el texto escolar: “Ser” y “llegar a ser” en la historia*; *El texto escolar y el aprendizaje: enredos y desenredos*.
- Grupo Giescah. Desarrolla estudios sociolingüísticos en el ámbito de proyectos originados en España y Puerto Rico por el lingüista Humberto López Morales: 1) Preseca (“Proyecto para el estudio sociolingüístico del español de España y América”); 2) Dispolex (“Disponibilidad léxica”), cuyo objetivo es conocer el léxico de estudiantes no graduados mediante presupuestos metodológicos comunes (encuestas, campos semánticos, tabulación y datos estadísticos), con lo cual aportan información sobre el léxico del español y sus variedades dialectales en España y varios países latinoamericanos (Briz y Albelda, 2009). En la Universidad del Atlántico, Giescah: 1) siguiendo los lineamientos Preseca, busca construir un corpus del español hablado en el Caribe colombiano basado en las variables diatópica y diastrática, sexo y escolarización; 2) elaborar lexicones

del español caribeño con la meta de que sirvan de punto de apoyo para la construcción futura de un diccionario del español hablado en la región; desde la línea de investigación “Variación y cambio lingüístico” hace aportes con títulos como: *Tendencias de variación sociolingüística en la ciudad de barranquilla*; *El español del Caribe, unidad y diversidad*; *Estudio fonético del español del Caribe*; *Tendencias de variación sociolingüística en la ciudad de Barranquilla*; *Las investigaciones sociolingüísticas en Colombia*; *Discurso en el aula: práctica comunicativa y pedagógica*.

- Grupo Celikud. Desarrolla estudios en las diversas comunidades lingüísticas de la región: 1) Observa las dinámicas socioculturales en las comunidades que se expresan en más de una lengua; 2) investiga las diferencias y similitudes en la adquisición y el desarrollo del lenguaje —primeras y segundas lenguas— para definir criterios y estrategias didácticas que coadyuven en el desarrollo de un bilingüismo eficaz; 3) reflexiona sobre problemas de la comprensión y producción de mensajes orales y escritos en primeras y segundas lenguas; 4) desarrolla conocimientos que faciliten comprender la diversidad lingüística y afianzar investigaciones para revitalizar las lenguas nativas. Mantiene relaciones académicas con instituciones nacionales y extranjeras mediante la Red Colombia Multilingüe (el Departamento Administrativo de Ciencia, Tecnología e Investigación – Colciencias; el Ministerio de Cultura – Mincultura; el Ministerio de Educación – Mineducación; el Instituto Caro y Cuervo; la Universidad de Antioquia – Uniantioquia; la Universidad del Valle – Univalle; Celia-CNRS de Francia; GTZ de Alemania, entre otras). Dedicó esfuerzos al establecimiento de criterios para el desarrollo de competencias en la interpretación y construcción de textos orales y escritos. *Sobre la condición social de las lenguas nativas del Caribe*; *The role of the palenge language in the transmission of afro-palenquero cultural heritage*; *La cortesía lingüística en damana*; *Conciencia y actitudes lingüísticas en el Caribe colombiano*; *Lenguas chibchas de la Sierra Nevada de Santa Martha - Una perspectiva histórico-comparativa*.
- Grupo Cadis. Dedicado a los estudios del discurso, los trabajos del Cadis se iniciaron a finales de los años ochenta del siglo pasado. A partir de las teorías de P. Charaudeau busca contribuir a la comprensión de la realidad interaccional en el Caribe con base en hechos discursivos cotidianos relevantes, el funcionamiento de las intenciones comunicativas, y contratos y estrategias discursivas que subyacen en las diferentes interacciones en los ámbitos cotidiano y académico. Otro escenario de estudio lo constituyen los géneros discursivos. Se

proyecta a nivel internacional mediante relaciones con la Asociación Latinoamericana de Estudios del Discurso (ALED) y el Programa de Estudios del Discurso de Cortesía en Español (Edice) y otras asociaciones y redes de naturaleza similar. En los últimos años ha proyectado sus estudios hacia la cortesía en interacciones verbales en contextos universitarios de la región Caribe indagando, mediante la aplicación de encuestas, acerca de los hábitos socioculturales de cortesía subyacentes en los procesos conversacionales producidos por estudiantes. Aportes: entre otros, *Fundamentos teóricos e importancia del análisis crítico del discurso*; *Relaciones solicitativas y cortesía en algunas conversaciones telefónicas institucionales*; *Los imaginarios culturales y la construcción subjetiva de la realidad en la canción vallenata*; *La canción vallenata como acto discursivo*; *La cortesía verbal y gestual en la ciudad de Barranquilla*.

4.3 FORMACIÓN AVANZADA: MAESTRÍA EN LINGÜÍSTICA DE LA UNIVERSIDAD DEL ATLÁNTICO

El programa de Maestría en Lingüística se inició en febrero de 2011 con el propósito de formar una comunidad académica que atienda la situación lingüística del Caribe, que estudie tanto el español como las lenguas nativas y propenda por su conservación y desarrollo. El Comité Curricular hace esfuerzos por asegurar la transversalidad de la investigación, competencia que requiere de metodologías diferenciadas acordes con cada uno de los énfasis: “Lenguaje y Cultura”, “Lenguaje y Sociedad”, “Lenguaje y Discurso”. El estudiante debe adelantar, con la orientación de un tutor, un proceso de investigación que deberá sintetizar en el trabajo de grado, lo cual le concede el carácter de una maestría de investigación, pues busca una formación teórica y metodológica con la cual fundamentar los trabajos de grado que deben elaborar los estudiantes para optar al título de Magíster en Lingüística.

Durante el proceso de formación los estudiantes son inducidos a desarrollar, entre otras, las siguientes competencias: 1) reflexión sobre la realidad lingüística a nivel mundial y toma de conciencia del impacto de los conocimientos que construyan sobre las lenguas de la región; 2) identificación, descripción y clasificación de fenómenos lingüísticos para estudio en cada uno de los énfasis; 3) interpretación, transmisión y elaboración eficaz de textos académicos; 4) diseño y aplicación de metodologías, técnicas y herramientas para el desarrollo de la capacidad de descripción, análisis y argumentación lingüísticas, al igual que evaluación de hipótesis propias.

El Cuadro 6 relaciona los tres grupos que constituyen el soporte que le dio vida a la maestría con las líneas de investigación y los énfasis que la caracterizan. Estos grupos han generado durante más de dos décadas conocimientos sobre las lenguas y los usos que sus hablantes hacen de ellas, conocimientos que han legitimado en el campo de las líneas de investigación que cada cual trabaja. Dos valores importantes en su actividad son la interacción entre los miembros del grupo y la formación de jóvenes investigadores y maestrantes, en las cuales los discípulos aprenden al lado de un maestro la labor de investigar, actividad que les permite incrementar las publicaciones conjuntas de discípulos y maestros. Los procesos de investigación que desarrollan los maestrantes se organizan a partir de las tres líneas que orientan los coordinadores de cada grupo de investigación.

4.3.1 DIVERSIDAD LINGÜÍSTICA Y CULTURAL

Orientada por el Celikud, los trabajos que se presentan en el Cuadro 6 — énfasis en Lenguaje y Cultura— siguen las políticas sobre la diversidad lingüística y el multilingüismo, las cuales se hacen efectivas al mediar la educación. Incluye el español caribe con los subdialectos, las lenguas nativas (indígenas, criollas, de señas, romaní) y las de los migrantes (árabe, semítica y de señas). Desde dichas políticas se observa el tratamiento del bilingüismo en la práctica educativa (primera infancia, básica y media), lo que permite incrementar el prestigio de todas las lenguas (Ley de Protección de las Lenguas Nativas) y reducir el abandono escolar prematuro de los estudiantes procedentes de los pueblos minorizados (indígenas, afrodescendientes y gitanos).

4.3.2 VARIACIÓN Y CONTEXTOS SOCIALES

El Cuadro 7 presenta una muestra de los trabajos de grado correspondientes al énfasis “Lenguaje y Sociedad” llevados a cabo en Barranquilla y Cartagena. El proceso de investigación siguió la metodología de los programas Dispolex (Disponibilidad léxica) y Valesco (Valencia, Español Coloquial), cuyos propósitos son: para el primero, de acuerdo con López Morales (1999), su ideólogo, el establecimiento de la norma léxica de una determinada comunidad de habla; para el segundo, según Briz (2009), se trata del uso social del español en situaciones cotidianas de comunicación, no vinculado a un nivel de lengua determinado y en el que los dialectalismos aparecen en función de las características de los usuarios.

CUADRO 6. ÉNFASIS EN LENGUAJE Y CULTURA

AUTOR	TRABAJO DE INVESTIGACIÓN	PROPÓSITO, METODOLOGÍA Y TÉCNICAS DE INVESTIGACIÓN
Edinson Ayala Mendoza	Los derechos lingüísticos del pueblo ette ennaka a la luz de la Ley 1381 de 2010	Contribuir a la comprensión crítica de la situación de los derechos lingüísticos en el asentamiento Nara Kajmanta, resguardo Issa Oristuna, corregimiento de Gaira, municipio de Santa Marta, departamento del Magdalena. Estudio cualitativo con una muestra estadística basada en un trabajo colectivo con catorce ette ennakas, grupo integrado por autoridades tradicionales, etnoeducadores, líderes comunitarios, cabildo gobernador, asesor de lengua materna. La fundamentación conceptual toma como centro la Ley de Lenguas y el papel de las lenguas en un Estado-nación.
Cila Paternina	Criterios didácticos para el desarrollo del español como segunda lengua en la Institución Educativa Zalemako Sertuga	Estudio de corte etnográfico cuyo propósito es definir criterios didácticos pertinentes para la enseñanza del español como segunda lengua, realizado en la Institución Etnoeducativa Zalemako Sertuga, comunidad indígena wiwa de la Sierra Nevada de Santa Marta. Las bases teóricas se enfocaron en las temáticas bilingüismo, contacto de lenguas, interculturalidad y los aportes de la pedagogía para la enseñanza de segundas lenguas. Se aplicó una batería de cuestionarios dirigidos a padres de familia, docentes, estudiantes y representantes de la comunidad en los centros etnoeducativos que conforman la institución: Gotsezhie, Kemakumake y Wimake.
Zacima Quiroz	Criterios para el desarrollo de la competencia comunicativa intercultural en estudiantes wayuu bilingües.	Este proceso investigativo tuvo como propósito la indagación de criterios acordes con la realidad cultural y lingüística del pueblo wayuu de La Guajira colombiana. A nivel teórico distingue entre competencias conversacionales y académicas en una segunda lengua en los contextos multiculturales de las escuelas etnoeducativas colombianas. Los procesos que contribuyen a la recolección de datos (observación, grabación de procesos pedagógicos, entrevistas, encuestas, indagación, cotejo, reflexión), dan soporte y validez a los resultados.
Darly Baldovino	Tipificación del léxico de uso cotidiano de los estudiantes de educación media de Malambo - Perspectiva lingüístico-cognitiva	Este estudio tiene como objetivo tipificar el léxico de uso cotidiano de los estudiantes de 10.º grado de educación media del municipio de Malambo. El corpus se recolectó mediante un cuestionario organizado en nueve campos semánticos aplicado a cien estudiantes de 10.º grado. El análisis se realizó desde las concepciones de la lingüística cognitiva, lo que facilitó tipificar el léxico de uso cotidiano de los jóvenes malamberos como un lenguaje rico en procesos metafóricos producto de operaciones cognitivas complejas que podría tomarse como referente para el acceso al léxico académico.
Luz Elena Torres	Estudio sobre la competencia textual mediante la elaboración de historias de vida - Caso: estudiantes de 7.º grado de la Institución Educativa María Auxiliadora, de Galapa	Responde a la necesidad de que los estudiantes de 6.º y 7.º grado desarrollen la competencia textual, para lo cual se construyó un corpus de veinticinco historias de vida, textos que fueron examinados según tres categorías de análisis: manifestaciones de la coherencia en sus diferentes matices, de los procesos cohesivos de carácter lingüístico, y las situaciones que expresa todo relato. El análisis cualitativo siguió las concepciones sobre la competencia textual desarrolladas por Teun van Dijk y las trabajadas por el profesor Álvaro Díaz.
Carmen Padilla	Desarrollo del español como segunda lengua (L2) en estudiantes sordos	Analiza las incidencias que intervienen en el desarrollo de la competencia comunicativa en español escrito como segunda lengua en estudiantes sordos del Centro de Educación y Rehabilitación de la Audición y el Lenguaje, de Barranquilla. Se desarrolló según un método cualitativo fundamentado en datos estadísticos y un estudio etnográfico en el que participaron 84 personas entre estudiantes, docentes, directivos y padres de familia. Los datos se recogieron mediante observación participante, aplicación de cuestionarios y trabajo con grupos focales, además de una muestra de escritura para caracterizar la producción textual de los estudiantes.

Fuente: Base de datos, Maestría en Lingüística - Universidad del Atlántico.

CUADRO 7. ÉNFASIS EN LENGUAJE Y SOCIEDAD - TEMAS DE INVESTIGACIÓN

Autor	Título	Propósito, metodología y técnicas de investigación
Nathaly Castro	Estudio sociolingüístico sobre el ser focalizador en el habla de Cartagena (Colombia)	Del corpus de la ciudad de Cartagena se analizan oraciones que dan cuenta de las funciones informativa y contrastiva. La familia, el trabajo, el ocio, la infancia, las fiestas locales, la evolución de la ciudad, el contraste generacional, la seguridad en el barrio, experiencias personales, fueron los temas de conversación tenidos en cuenta. En la selección del corpus se tuvieron en cuenta las variables sociolingüísticas edad, sexo y nivel de instrucción. La descripción de los usos del verbo 'ser', entidad sobre la cual se apoya la focalización de la oración, partió del interrogante: ¿cuáles son las funciones del ser focalizador en el discurso cartagenero?, entre otros.
Rosana Rivera	Factores internos y externos que condicionan el uso del 'yo', 'tú' y 'uno', en el habla de Barranquilla, en el registro semi-informal	Con ejemplos tomados del corpus <i>El habla de Barranquilla</i> se analiza el uso, función y distribución de los pronombres de primera persona /Yo/, segunda del singular en función no deíctica /Tú/ y el indefinido /Uno/. Las variables tenidas en cuenta: 1) la incidencia de factores lingüísticos internos, entre otros clase verbal, modalidad y estructura discursiva; 2) el nivel de instrucción, edad y sexo del informante en la elección de la alternancia pronominal y su distribución en el habla de Barranquilla. Resultados: uso del pronombre de primera persona singular en el compromiso con el enunciado, mayor uso del pronombre indefinido frente al de segunda persona para despersonalizar el discurso.
Keyla Geraldino	Variaciones léxicas y cambios semánticos del habla barranquillera	A partir de la pregunta: ¿Qué clases de variaciones y cambios léxico-semánticos se presentan en el habla barranquillera teniendo en cuenta las variables sociales edad, género, procedencia y nivel de instrucción?, se propone identificar las variaciones y cambios léxico-semánticos que se presentan en el habla barranquillera. Tiene en cuenta las variables edad, género, procedencia y nivel de instrucción, así como cinco campos semánticos: vestuario, economía, alimentos, cuerpo humano, tecnologías. En la recolección de datos se utilizaron la ficha técnica y el test del proyecto de disponibilidad léxica; además, la ficha técnica extraída de la metodología utilizada por Presseas - Barranquilla.
Vilkin Fer Coronado	Disponibilidad léxica de los estudiantes preuniversitarios de Sabanalarga (Atlántico)	Determinar la disponibilidad léxica con que cuentan los estudiantes de las instituciones educativas privadas y públicas de Sabanalarga (Atlántico) para interlocutar, socializar o responder en interacciones específicas, fue el propósito de este trabajo. Participaron sesenta estudiantes, quienes respondieron los instrumentos de recolección de datos sobre seis campos semánticos (tecnología, partes del cuerpo, alimentos y bebidas, prendas de vestir, apodosos y deportes). Las variables incluyeron sexo, centros educativos públicos y privados. El análisis tuvo en cuenta aspectos diferenciales y similitudes del léxico utilizado por jóvenes de Sabanalarga y otras jurisdicciones departamentales.
Rosiris González	Disponibilidad léxica del habla de los estudiantes de la Institución Educativa Oriental de Santo Tomás	Buscó determinar el léxico disponible en los estudiantes de la Institución Educativa Diversificada Oriental de Santo Tomás para desarrollar una estrategia pedagógica que permita enriquecer el vocabulario y mejorar el discurso oral y escrito. Se implementó una metodología cualitativa-cuantitativa. Se aplicaron instrumentos de recolección de datos a sesenta estudiantes (50% hombres y 50% mujeres), atendiendo siete centros de interés específicos: alimentos y bebidas, animales, partes del cuerpo, la casa, la naturaleza, profesiones y oficios, tecnología; también se tuvieron en cuenta las variables sociales, sexo y escolaridad. Los datos se cotejaron con los de otras poblaciones del Atlántico y regiones de varias naciones para determinar similitudes y diferencias.

Fuente: Base de datos, Maestría en Lingüística - Universidad del Atlántico.

4.3.3 DISCURSO Y COTIDIANIDAD

En el Cuadro 8 se aprecian los temas abordados por los estudiantes que siguen el énfasis Lenguaje y Cotidianidad, los cuales se enmarcan en los estudios del discurso, entendido como el resultado de la combinación entre lo explícito y lo implícito, expresado en una conversación, un texto escrito o una imagen, y contenido en la corriente que sigue a Patrick Charaudeau; por lo tanto, privilegian aspectos que relacionan los hechos discursivos — verbales o icónicos— y las condiciones sociodiscursivas de la producción del lenguaje, centrándose en las teorías del sujeto hablante y de los géneros discursivos.

CUADRO 8
ÉNFASIS EN LENGUAJE Y COTIDIANIDAD - TEMAS DE INVESTIGACIÓN

AUTOR	TRABAJO DE INVESTIGACIÓN	PROPÓSITO, METODOLOGÍA Y TÉCNICAS DE INVESTIGACIÓN
Josefa Suárez	Estudio de tres versiones de un mismo programa radial desde la perspectiva semiolingüística del discurso	Analiza el discurso en tres versiones del programa de radio <i>Temprano es más bacano</i> , en Barranquilla, Cartagena y Santa Marta. El corpus lo constituyeron transcripciones de veinte minutos de emisión, correspondientes a diversos segmentos del programa en cada ciudad. Los datos se procesaron mediante el programa Atlas.ti. El análisis reveló que la finalidad discursiva del programa es 'hacer entender' a su audiencia diferentes tópicos mediante las secciones informativa, humorística, deportiva, musical; que se trata de un contrato discursivo de entretenimiento entre los participantes del acto comunicativo. En procura de captar el mayor número de oyentes, los comunicadores reivindican la identidad caribeña mediante las estrategias discursivas pautadas.
Lina Zúñiga	Letanías del Carnaval de Barranquilla desde una perspectiva semiolingüística	A través del método cualitativo y un enfoque empírico deductivo se caracteriza un corpus de letanías participantes en el "Encuentro de letanías del Carnaval de Barranquilla" en los años 2011 y 2012, corpus constituido por textos de autoría colectiva de tres grupos de letanieros. En la tabulación de datos se utilizaron el programa Atlas.ti y dos rejillas que facilitaron la clasificación de la información obtenida. El análisis evidenció: siete núcleos temáticos (sociedad, política, sexualidad, farándula, deporte, educación y humor por humor), la imagen del letaniero como una persona divertida que busca persuadir a su interlocutor mediante un contrato discursivo humorístico plagado de estrategias discursivas que explotan lo absurdo, la exageración y la polisemia.
Paulo Villadiego	El tuit como género discursivo en usuarios de la región Caribe colombiana	Mediante el método cualitativo y un enfoque empírico-deductivo se analizó un corpus de tuits de usuarios caribeños. Las categorías de análisis se organizaron de diversas disciplinas (semiolingüística, pragmática, comunicación digital, retórica, psicología). Se caracterizó el tuit como un género discursivo mediado por ordenador (DMO) y se describió desde los niveles situacional, discursivo y textual. En el nivel situacional se ubica al tuit en el ámbito de las comunicaciones digitales en internet; las redes sociales como su situación global y la plataforma Twitter.com como su situación específica. Se describen las identidades de los usuarios locutores e interlocutores, sus finalidades discursivas y las características físicas del tuit como dispositivo de comunicación.

CUADRO 8 (CONTINUACIÓN)

ÉNFASIS EN LENGUAJE Y COTIDIANIDAD - TEMAS DE INVESTIGACIÓN

AUTOR	TRABAJO DE INVESTIGACIÓN	PROPÓSITO, METODOLOGÍA Y TÉCNICAS DE INVESTIGACIÓN
Lina Polo	Construcción de la imagen masculina y femenina en noticias publicadas en tres periódicos colombianos acerca de una presunta violación	Busca visibilizar la construcción de las imágenes masculina y femenina en noticias publicadas en tres diarios colombianos sobre un hecho acaecido en un restaurante bogotano a finales de 2013. El corpus se construyó por comparación y contraste de la manera como se presenta la noticia en tres diarios nacionales (<i>El Tiempo</i> , <i>El Espectador</i> y <i>El Heraldo</i>). El análisis fue orientado por el interrogante: ¿Cómo se caracterizan en el discurso, las imágenes masculina y femenina en las noticias publicadas en tres periódicos colombianos acerca de una 'presunta' violación? Como conclusión general se establece que hubo un manejo serio y neutral en los tres diarios.
Jacob Cantillo	Análisis discursivo sobre prédicas católicas y evangélicas	Identifica estrategias discursivas presentes en las prédicas de representantes de las Iglesias católica y evangélica en tres temas: purgatorio, santidad y resurrección. La búsqueda se fundamentó en el método heurístico-hermenéutico bajo un enfoque cualitativo y un muestreo intencional. El corpus se construyó sobre una muestra representativa de videos en los que pastores y sacerdotes predicán sobre los temas objeto del análisis, tomados de YouTube y clasificados mediante códigos que identifican al hablante, a la Iglesia, la prédica y la clase de prédica. A partir de los usos se establece una especie de tipología verbal: 1) en las prédicas evangélicas la secuencia está constituida por verbos relacionados con juicios, dictámenes y sentencias; 2) en los católicos, relacionados con procesos expositivos y ejercitativos.

Fuente: Base de datos, Maestría en Lingüística - Universidad del Atlántico.

5. DESARROLLO DE COMPETENCIAS COMUNICATIVAS EN ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Uno de los mayores escollos en el ámbito de la lingüística que se desarrolla en el Caribe, planteado en las reflexiones iniciales de este capítulo, fue el relacionado con el desarrollo de la competencia comunicativa en estudiantes universitarios, área interdisciplinaria en la que interactúan la psicopedagogía y la lingüística al relacionar el contenido y los procesos de enseñanza, aprendizaje, adquisición y contextualización social, lo cual exige un modelo constituido por universos concéntricos que deberá tener en cuenta la filosofía del lenguaje como el espacio más amplio, pues da cuenta de la facultad lingüística humana; la semiótica, donde aparece el universo de los códigos, lo que dota al ser humano de la capacidad para crear sistemas comunicativos; la antropología lingüística, que permite entender la diversidad cultural en consonancia con la lingüística y evidenciar la capacidad comunicativa propia del género humano.

Estudios sobre la experiencia en el desarrollo de competencias comunicativas en estudiantes universitarios muestran que los docentes parten del supuesto de que aquellos llegan de la educación secundaria con competencias para la construcción e interpretación de textos tanto orales como escritos.

En el caso explícito de las universidades del Caribe, dichos estudios señalan que los estudiantes alcanzan solo el nivel superficial en la comprensión del texto, no superando en el campo de la escritura las dificultades con que suelen llegar; dicen, además, que no se dedica una atención específica al tratamiento explícito de los géneros propios del discurso académico, de los cuales solo el ensayo y el resumen son trabajados. Anomalías muy graves, si se tiene en cuenta que son los licenciados en Lengua Castellana los que tienen la responsabilidad de orientar el desarrollo de competencias comunicativas tanto en la educación básica primaria como en la secundaria.

En el contexto universitario caribeño se considera que los estudiantes salen de la educación secundaria con competencias para la construcción e interpretación de textos tanto orales como escritos. Con base en esta consideración, los profesores suelen exigirles informes y pruebas escritas sobre lecturas obligatorias; sin embargo, las operaciones cognitivas que exigen construir esas pruebas —definir, ejemplificar, caracterizar, comparar, fundamentar o justificar, clasificar, explicar o desarrollar, enumerar y resumir, entre otras— revelan procesos deficientes. Por otra parte, los resultados de las pruebas a que deben someterse los estudiantes conducen a pensar que tales deficiencias están relacionadas con las escasas competencias lectoras que padecen (Instituto Colombiano para la Evaluación de la Educación - Icfes, 2017)³. Al respecto pueden observarse los comentarios de la prensa tanto nacional como extranjera:

a. La Colombie livrée l'illettrisme. Même s'il était traduit en espagnol, six écoliers colombiens sur dix ne comprendraient pas bien cet article. C'est ce qui ressort d'une évaluation internationale, "PIRLS", dont les résultats ont été publiés le mois dernier. Ils sont humiliants pour un pays qui a longtemps été fier de sa vie intellectuelle, au point de présenter sa capitale comme «l'Athènes sud-américaine»⁴ (Taille, 2014).

b. Estudiantes universitarios leen pero no entienden. Según los resultados de las pruebas Saber Pro de noviembre del año pasado practicada a cerca de 146.000 alumnos de educación superior en lectura crítica, razonamiento cuantitativo, escritura e inglés, solo el 40% tiene niveles aceptables de

³ El Icfes aplica las pruebas Saber a estudiantes de tercero, quinto y noveno grado; Saber 11.º, educación media; Saber Pro, educación superior. Coordina la participación en evaluaciones internacionales: Estudio del Progreso Internacional en Competencia Lectora Pirls (por su sigla en inglés).

⁴ Traducción libre: "Colombia entregada al analfabetismo. Si esta noticia fuera traducida al español, seis de cada diez estudiantes no la comprenderían. Este es el resultado de una evaluación internacional, Pirls, publicado el mes pasado, el cual es humillante para un país que se ha mostrado siempre orgulloso de su vida intelectual, al punto de denominar su capital como la Atenas Suramericana" (Taille, 2014).

escritura, es decir, son capaces de argumentar la idea principal de un escrito (Portafolio, 2012).

Ahora, si se mira explícitamente el contexto de las licenciaturas en Educación, se encuentra:

c. Licenciaturas en Educación: con los más bajos Saber Pro [...] “[...] en Colombia los estudiantes que ingresan a los programas de licenciatura son los que obtienen los puntajes más bajos en las pruebas Saber 11 [...]”, señala el estudio ‘Tras la excelencia docente: cómo mejorar la calidad de la educación para todos los colombianos’ (Estrada, 2012).

Al respecto, estudios sobre la experiencia en las licenciaturas muestran que los supuestos con que suelen trabajar los docentes que tienen a su cargo ayudar a los estudiantes en el desarrollo de competencias comunicativas, pierden de vista señalamientos como el siguiente:

d. Los textos académicos que los alumnos deben leer en este nivel educativo [el de licenciatura] suelen ser derivados de textos científicos no escritos para ellos sino para concedores de las líneas de pensamiento y de las polémicas internas de cada campo de estudio. Son textos que dan por sabido lo que los estudiantes no saben. Asimismo, en la universidad se les suele exigir pero no enseñar a leer como miembros de las comunidades discursivas de sus respectivas disciplinas (Carlino, citada por Villaseñor, 2013).

En el caso explícito de las universidades del Caribe, se señalan anomalías que definen la gravedad del asunto si se tiene en cuenta que son los licenciados en Lengua Castellana los que tienen la mayor responsabilidad de orientar el desarrollo de competencias comunicativas tanto en el nivel primario como secundario:

e. [...] desde el punto de vista de la escritura que hacen los estudiantes, a pesar de que realizan permanentemente “ensayos” en clase y fuera de ella, la dificultad se encuentra —precisamente— en la elaboración de estos tipos de escritos. Los resultados de las entrevistas demuestran que los estudiantes tienen poco conocimiento para la elaboración de este tipo de escritos y señalan la poca orientación que tienen para elaborarlos (Cárdenas, 2013).

Las investigaciones sobre la escritura en la universidad colombiana han definido que existen diferencias entre las formas de escritura requeridas en los estudios secundarios respecto de la universidad; además, que de una universidad a otra las expectativas son heterogéneas. Las conclusiones de diversos estudios son enfáticos en señalar la necesidad de que las universidades desarrollen

procesos sistemáticos de acompañamiento y formación para el desarrollo de la escritura académica, que promuevan publicaciones de notas de clase o artículos relacionados con estos temas (Pérez y Rodríguez, 2013).

En el contexto caribeño los estudios consultados revelan que los estudiantes presentan problemas de comprensión lectora, en los que un alto porcentaje alcanza solo el nivel superficial del texto (Carbonó y Miranda, 2008); no superan en el transcurso de un semestre todas sus dificultades en el campo de la escritura (Pertuz, 2008); en las universidades no se le dedica una atención específica a la enseñanza explícita de los géneros propios del discurso académico, y de estos solo el ensayo y el resumen son trabajados (Cárdenas, 2013). Aspectos preocupantes si se toma en cuenta la apreciación de García:

f. [...] con respecto a la formación de un lector crítico se deben crear posibilidades didácticas para recrear situaciones de la vida cotidiana y reflexionar sobre los discursos que en ella se dan, como también los discursos de los medios de comunicación que abundan en su contexto y propiciar estrategias que develen lo no dicho, lo no develado; puesto que si la escuela fortalece esos procesos de lectura los caminos hacia una sociedad más democrática se abrirán para la juventud, pues en la medida en que al no ser fácil objeto de alienación por parte de los medios sus puntos de vista aparecerán y la comunicación será más cierta, sincera y objetiva (García, 2017).

Estos resultados expresan que es posible entender los procesos de comprensión y construcción de textos escritos como un medio universal de registro y transmisión del saber (gramática y ortografía), pero no como recursos para potenciar la construcción del conocimiento. Es posible además, que los docentes consideren como naturales las convenciones culturales de cada disciplina y, por lo tanto, no se esté orientando de manera adecuada a los estudiantes.

6. CONCLUSIONES Y RECOMENDACIONES

Portadoras de la memoria colectiva de sus hablantes, las lenguas nativas del Caribe evidencian la relación sociedad-naturaleza, constituyen un vivo ejemplo de correlaciones entre biodiversidad y glotodiversidad. Han facilitado que integrantes de numerosos pueblos tejan estrechas relaciones entre complejos sistemas culturales y lingüísticos y el medio ambiente, caracterizado por la diversidad de especies que alberga y el importante número de lenguas que se han hablado desde tiempos inmemorables. La correlación entre diversidad biológica y diversidad lingüística modela diversos sistemas

sociales y culturales, convivencia armónica del ser humano con la naturaleza y negación del pensamiento que induce a su dominio por el hombre (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura - Unesco, 2006).

Como conclusión a estos procesos de reflexión sobre las lenguas habladas hoy en la región y los estudios que inspiran, se vislumbra el reto que supone para los investigadores la diversidad lingüística y cultural de la región en mención y los desafíos impuestos por los avances de la lingüística que hoy fomentan un tratamiento de los hechos del lenguaje en dos perspectivas: las lenguas como sistemas abstractos y las lenguas en sus usos. De estos aspectos preocupan:

- A. Los bajos rendimientos en lectura y escritura de los estudiantes de los distintos niveles escolares en las pruebas a las que son sometidos y en las cuales un gran porcentaje suele no alcanzar la media nacional. Entender la lectura y la escritura como procesos complejos esenciales en la formación de los estudiantes lleva a recomendar que las universidades aborden desde la alta dirección este tema e impulsen a las facultades de Educación a establecer lineamientos que orienten el desarrollo de competencias para la interpretación y construcción de textos orales y escritos como procesos esenciales en la construcción de conocimientos. Para alcanzar esta meta es recomendable: 1) medir las reales competencias lectoescritoras de los estudiantes en todos los niveles escolares; 2) determinar las necesidades de formación de los estudiantes de pregrado en lectura y escritura de textos académicos; 3) potenciar los procesos y prácticas de formación investigativa mediante la lectura y la escritura; 4) establecer los criterios metodológicos para los programas de competencia comunicativa; 5) transformar las concepciones y las prácticas de los espacios de formación en competencias comunicativas por medio de talleres donde se motive a los estudiantes a que se apropien del arte de leer y escribir para la construcción de conocimientos.
- B. La emergencia que desde hace unas décadas vienen anunciando los lingüistas dedicados a los estudios de las lenguas nativas fue ratificada por el Estado colombiano el 25 de enero de 2010 con la promulgación de la Ley 1385, mediante la cual se establecieron normas sobre reconocimiento, protección, uso, preservación y fortalecimiento de estas lenguas y sobre los derechos lingüísticos de sus hablantes. En los artículos 12 y 13 esta ley muestra la preocupación del Estado por las lenguas que se extinguieron, las que están en peligro de extinción y las que se encuentran en estado de precariedad, lo que puede considerarse como un rasgo de

buena voluntad del Estado hacia la protección del patrimonio lingüístico nacional si las reglamentaciones establecidas no se traducen en procedimientos eficaces de salvaguarda, si no se materializan en programas integrales de revitalización lingüística. Los estudios han demostrado que la región Caribe sigue siendo un laboratorio lingüístico, no obstante la extinción de lenguas que se ha venido dando desde la época de la colonización española; es preciso continuar estudiando los sistemas que las caracterizan, sobre todo aquellas que carecen de descripciones; que se trabaje para que la revitalización lingüística rinda los frutos deseados y para que en unas cuantas década las nuevas generaciones de colombianos no sean testigos mudos de la desaparición de este patrimonio lingüístico del país.

- C. En los artículos 20 y 21 la ley indicada plantea: Colciencias apoyará proyectos de investigación y documentación de las lenguas nativas; el Estado y las universidades implementarán programas de formación de investigadores, especialmente con integrantes de sus comunidades de hablantes; el Ministerio de Educación y las universidades establecerán programas para formar docentes en el buen uso y enseñanza de las lenguas; el Estado prestará su apoyo a las universidades y otras entidades educativas idóneas en la creación de cátedras para el estudio y aprendizaje de las mismas; se crearán programas de capacitación en el conocimiento y uso de lenguas de comunidades nativas, dirigidos a aquellas personas no indígenas que tienen responsabilidad en la prestación de servicios públicos o desarrollo de programas a favor de comunidades que padecen dificultades para comunicarse en castellano; los proyectos sobre lenguas nativas a que se refieren estos artículos serán financiados o cofinanciados con los recursos del Ministerio de Cultura. En el país existe una experiencia de documentación de estas lenguas, la del Centro Colombiano de Lenguas Nativas (Ccela, 1986-2006), que puede servir como modelo para planificar estrategias de lingüística en rescate de aquellas lenguas que no han sido documentadas.
- D. El análisis de los planes curriculares relacionados con la enseñanza de lenguas en las universidades de la región muestra que se centran en las disciplinas y muy poco en las necesidades del contexto inmediato. A excepción de la Universidad de La Guajira, que por ser el wayunaiki lengua oficial según la ordenanza departamental 1 de 1992 acoge la cátedra de esta como segunda lengua, y varios programas curriculares que responden a la realidad lingüística del departamento, preocupan los programas de la Universidad del Atlántico, la cual en los últimos ajustes pedagógicos que sufrió fueron borrados los criterios de arraigo antropológico y humanista que

los fundamentaban al desplazar el objetivo de aprendizaje, las lenguas y la literatura hacia una formación centrada en el desarrollo de las disciplinas pedagógicas. Conviene superar posibles reticencias y obstáculos administrativos que impiden la transdisciplinariedad, facilitar la circulación del profesorado entre facultades, fomentar la participación conjunta del profesorado de las disciplinas que alimentan estos programas —filólogos, lingüistas, literatos, pedagogos— en equipos de investigación, realizar actividades académicas y formativas en las que se fomente la cooperación entre ellos.

- E. Ante el desequilibrio que acusan los programas de lengua en las universidades estatales de la región (*cf.* Sistema Nacional de Información de la Educación Superior - Snies), es prioritario que: 1) los planificadores pedagógicos vuelvan la mirada hacia las necesidades y realidades del contexto en el que se desarrollan para alimentar los programas y los trabajos de grado; 2) se acorte la distancia entre la investigación y la formación profesional, pues la mayoría de los docentes prefiere las labores administrativas a las actividades de investigación; 3) se conozcan y atiendan las necesidades básicas de los estudiantes de lenguas (maternas, segundas o extranjeras), la formación y capacitación de docentes, la orientación de los programas, el diseño curricular, la elaboración de materiales educativos teniendo en cuenta la realidad plural de la región; 4) trabajar en el desarrollo curricular, desde la identificación de las necesidades básicas de aprendizaje y de las competencias que deben desarrollar los educandos que viven en contextos bilingües o plurilingües, la elaboración de textos y guías para uso de maestros y alumnos en las áreas del currículo escolar, tanto de las escuelas bilingües como de las monolingües. Las universidades están en mora de formar profesionales e investigadores con aptitudes para desenvolverse en contextos multiculturales, proyectar las necesidades y formular alternativas para el desarrollo de las lenguas y las competencias comunicativas de sus hablantes.
- F. Es positiva la participación de los grupos de investigación en los programas de formación de investigadores, pues contribuyen al desarrollo armónico y al fortalecimiento de la comunidad académica. En los programas de posgrado, principalmente de maestría y doctorado, es de primordial importancia que los profesores, tutores y directores de trabajos de investigación y tesis promuevan la participación de sus estudiantes en proyectos formales de investigación, en la presentación de sus resultados en congresos, simposios y coloquios, así como en la preparación de los manuscritos correspondientes para ser enviados a publicación

- en revistas listadas en el *Journal Citation Reports* (JCR), con el mejor factor de impacto posible.
- G. Si bien toda actividad de investigación científica es importante, por contribuir a la generación de conocimientos, resulta estratégico que los grupos de investigación orienten acciones hacia la solución de los problemas que aquejan a la región en las áreas de lenguaje, lenguas y comunicación. Es fundamental hacer investigación aplicada y transferir los resultados a las comunidades que los necesiten, lo cual requiere una adecuada concertación de acciones entre los diversos actores: 1) los integrantes de los grupos pedagógicos y de investigación; 2) los representantes de los sectores gubernamental, productivo y social interesados; 3) los directivos y autoridades de las instituciones de investigación y de educación superior donde se encuentran los grupos de trabajo. En este contexto, para alcanzar un desarrollo sustentable, las universidades y los grupos de investigación científica y tecnológica desempeñan un papel primordial en materia de educación, ciencia y tecnología.
- H. Es recomendable para los encargados de administrar la investigación en las universidades públicas de la región que estudien los planes de trabajo elaborados por los grupos de investigación, en procura de optimizar los procesos que les han permitido alcanzar la clasificación en las mediciones de grupo de Colciencias; evaluar las funciones de docencia, extensión y administración que los integrantes de los grupos deben realizar; revisar si la producción de conocimientos que han logrado está permeando los planes curriculares y la docencia en los centros educativos, si aquellos investigadores que han probado un potencial en la construcción de conocimientos y desarrollo en consultorías gozan de inmejorables condiciones para proyectarlos con el propósito de que los grupos de investigación alcancen mayor efectividad en la ejecución a tiempo de los proyectos.

7. REFERENCIAS

- Ávila, D.; Barletta, N.; Chamorro, D. (agosto de 2017). “La representación de la revolución en el texto escolar: ‘ser’ y ‘llegar a ser’ en la historia” [en línea], *Signos*, núm. 50, disponible en: https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid... 09342017000200150
- Barletta, N.; Chamorro, D. (eds.) (2014). *El texto escolar y el aprendizaje: enredos y desenredos*, Barranquilla: Editorial Universidad del Norte.
- Bhalla, V. (1992). “Ethnicity and Indian Origins of Gypsies of Eastern Europe and the USSR: A Bio-Anthropological Perspective”, en: K. S. Singh

- (ed.), *Ethnicity, Caste and People* (pp. 323-334), Institute of Ethnography, Moscow.
- Briz, A.; Albelda, M. (2009). “El español en el mundo. Anuario 2009. Valesco (Valencia, Español Coloquial)” [en línea], disponible en: https://cvc.cervantes.es/lengua/anuario/anuario_09/briz_albeida/p02.htm
- Calle, D. L. (2017). “Citizenship Education and the EFL Standards: A Critical Reflection” [en línea], disponible en: <https://doi.org/10.15446/profile.v19n1.55676>
- Carbonó, V.; Miranda, R. (2008). “La comprensión lectora en los estudiantes de la Universidad del Atlántico: un estudio para perfilar estrategias conducentes a su desarrollo”, Bogotá, II Encuentro Nacional y I Internacional sobre Lectura y Escritura en Educación Superior.
- Cárdenas, L. (2013). “Prácticas de lectura y escritura en la universidad. ¿Qué y cómo leen y escriben los estudiantes de licenciatura?” [en línea], disponible en: uniatlantico.edu.co/revistas/index.php/Amauta/article/viewFile/.../622
- Charaudeau, P. (2012). “Les fondements d’une grammaire du sens. Retour à mes premières amours. En Hommage à Mats Forsgren” [en línea], disponible en: <http://www.patrick-charaudeau.com/Les-fondements-d-une-grammaire-du.html>
- De Granda, G. (1977). *Estudio sobre un área dialectal hispanoamericana de población negra. Las tierras bajas occidentales de Colombia*, Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- De Granda, G. (1978). *Estudios lingüísticos hispánicos, afrohispanicos y criollos*, Madrid: Gredos.
- Del Castillo, M. N. (1982). *Esclavos negros en Cartagena y sus aportes léxicos*, Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Escamilla, J. (2000). “Fundamentos teóricos e importancia del análisis crítico del discurso”, *Polifonía*, vol. 2, núm. 1, pp. 94-107.
- Escamilla, J. (2009). *Amor, despecho y descortesía en las canciones de Agustín Lara. Estudios sobre lengua, sociedad y cultura – Homenaje a Diana Bravo*, Estocolmo: Acta Universitaria Stockolmiensis.
- Escamilla, J.; Morales, E. (2004). “La canción vallenata como acto discursivo”, *Revista Latinoamericana de Estudios del Discurso*, vol. 4, núm. 2, pp. 27-53.
- Escamilla, J.; Morales, E. (2004). “Los imaginarios culturales y la construcción subjetiva de la realidad en la canción vallenata”, *Polifonía*, vol. 4, núm. 1, pp. 142-165.
- Escamilla, J.; Morales, E.; Torres, L. M. (2005). “Relaciones solicitativas y cortesía en algunas conversaciones telefónicas institucionales”, *Polifonía*, vol. 5, núm. 6, pp. 29-48.

- Escamilla, J.; Morales, E.; Torres, L. M.; Henry, G. (2004). “La cortesía verbal y gestual en la ciudad de Barranquilla (Colombia)”, en: D. Bravo y A. Briz, *Pragmática sociocultural: estudios sobre el discurso de cortesía* (pp. 198-210), Madrid: Ariel.
- Estrada, S. (marzo 16 de 2012). “Estudiantes de licenciatura con los más bajos Saber Pro” [en línea], *Diario del Magdalena*, disponible en: <https://www.mineducacion.gov.co/observatorio/1722/article-300105.html>
- Forbes, O. (1987). “Recreolización y desreolización en el habla de San Andrés y Providencia”, *Glotta*, vol. 2, núm. 4, pp. 24-36.
- Fraser, A. (1992). *The Gypsies*, Oxford: Blackwell Publishers.
- García, A. (2017). “Concepciones de lector, lectura y comprensión lectora subyacentes en los textos escolares de lenguaje”, tesis de doctorado, Barranquilla, Universidad del Atlántico.
- Gómez, D.; Coronado, V. (2015). “Resultados de la aplicación de la encuesta Percepciones y actitudes lingüísticas, reajustes 2014”, documento de trabajo Celikud.
- González, M. S. (ed.) (2000). *Lenguas indígenas colombianas. Una visión descriptiva*, Yerbabuena: Imprenta Patriótica del Instituto Caro y Cuervo.
- Grellmann, H. (1787). *Dissertation on the Gypsies*, London: W. Ballintine.
- Hancock, I. (2002). *We are the romani people*, Reino Unido: Antony Rowe.
- Icfes (2017). “Bases de datos nacionales e internacionales” [en línea], disponible en: <http://www.icfes.gov.co/investigadores-y-estudiantes-posgrado/acceso-a-bases-de-datos>
- Kalaydjieva, L.; Gresham, D.; Calafell, F. (1999). *Genetics of the Roma (Gypsies). Human Genome Project Special Report*, Perth: Centre for Human Genetics, Edith Cowan University.
- Landaburu, J. (2000a). “Clasificación de las lenguas indígenas de Colombia”, en: M. S. González (ed.), *Lenguas indígenas de Colombia. Una visión descriptiva* (pp. 25-48), Yerbabuena: Imprenta Patriótica del Instituto Caro y Cuervo.
- Landaburu, J. (2000b). “La lengua ika”, en: M. S. González (ed.), *Lenguas indígenas de Colombia. Una visión descriptiva* (pp. 733-746), Yerbabuena: Imprenta Patriótica del Instituto Caro y Cuervo.
- Liégeois, J.-P. (1983). *Gypsies: An Illustrated History*, London: Saqi Books.
- López, H. (1999). *Léxico disponible de Puerto Rico*. Madrid: Arco Libros
- López, H. (s. f.). “Estudios de disponibilidad léxica: pasado y presente” [en línea], disponible en: www.boletinfilologia.uchile.cl/index.php/BDF/article/download/19231/20354
- Llerena, R. (1998). *Elementos de gramática y de fonología de la lengua cuna*, Bogotá: Ccela, Uniandes.

- Llerena, R. (2000). “Elementos de gramática y de fonología de la lengua cuna”, en M. S. González (ed.), *Lenguas indígenas de Colombia. Una visión descriptiva* (pp. 59-71), Yerbabuena: Imprenta Patriótica del Instituto Caro y Cuervo.
- Mansen, R. (2000). “El idioma wayuu (o guajiro)”, en: M. S. González (ed.), *Lenguas indígenas de Colombia. Una visión descriptiva* (pp. 795-810), Yerbabuena: Imprenta Patriótica del Instituto Caro y Cuervo.
- Martin, J. R.; Vell, R. (1998). *Reading Science: Critical and Functional Perspectives on Discourses of Science*, London: Routledge.
- McWhorter, J. H. (1998). “Identifying the creole prototype: vindicating a typical class”, *Language*, vol. 74, núm. 4, pp. 788-818.
- Megenney, W. (1982). “La influencia del portugués en el palanquero colombiano”, en: *Divulgaciones etnológicas*, vol. 2, pp. 25-42, Universidad del Atlántico, Instituto de Divulgaciones Etnológicas.
- Megenney, W. (1986). *El palenquero, un lenguaje poscriollo de Colombia*, Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Meillet, A. (1903). *Introduction à l'étude comparative des langues indo-européennes*, Paris: Librairie Hachette et Cia.
- Meléndez, M. A. (2000). “Reseña bibliográfica del chimila”, en: M. S. González (ed.), *Lenguas indígenas de Colombia. Una visión descriptiva* (pp. 789-791), Yerbabuena: Imprenta Patriótica del Instituto Caro y Cuervo.
- Ministerio de Cultura (2008). “Política de protección a la diversidad etnolingüística” [en línea], *Compendio de Políticas Culturales*, disponible en:
- Ministerio de Cultura (2008). Programa de Protección a la Diversidad Etnolingüística (PPDE). Bogotá: Documento de trabajo.
- Moirand, S. (2007). “Visiones del pasado, el presente y el futuro de la lingüística” [en línea], disponible en: doi:10.4067/S0718-09342007000100002
- Moirand, S. (2011). “Le dialogisme: de la réception du concept à son appropriation en analyse du discours”, *Cahiers de praxématique*, núm. 57, pp. 69-99.
- Moss, G., Benítez, T.; Mizuno, J. (eds.) (2016). *Textos que se leen en la universidad. Una mirada desde los géneros discursivos en la Universidad del Norte*, Barranquilla: Editorial Universidad del Norte.
- Moss, M. G.; Ávila, D.; Barletta, N.; Carreño, S.; Chamorro, D.; Misino, J.; Tapia, C. (2003). *Urdimbre del texto escolar*, Barranquilla: Ediciones Uninorte.
- Moya, S. (2010). “Situación sociolingüística de la lengua creole de San Andrés isla. El caso de San Luis”, tesis para optar por el título de lingüista, Bogotá, Universidad Nacional.
- O’Flynn C. (1990). *Tiempo, aspecto y modalidad en el criollo sanandresano*, Bogotá: CCEA - Uniandes.

- Olaya, N. (2000). “Descripción preliminar del sistema verbal de la lengua kogui (kawgi)”, en: M. S. González (ed.), *Lenguas indígenas de Colombia. Una visión descriptiva* (pp. 781-787), Yerbabuena: Imprenta Patriótica del Instituto Caro y Cuervo.
- Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura - Unesco (2006). *Lenguas y tradiciones orales de la Amazonia: ¿diversidad en peligro?*, La Habana: Casa de las Américas.
- Ortiz, C. (2000). “La lengua kogui: fonología y morfosintaxis nominal”, en: M. S. González (ed.), *Lenguas indígenas de Colombia. Una visión descriptiva* (pp. 757- 780), Yerbabuena: Imprenta Patriótica del Instituto Caro y Cuervo.
- Pachón, X.; Correa, F. (coord. y ed.) (1997). *Lenguas amerindias: condiciones sociolingüísticas en Colombia*, Yerbabuena: Imprenta Patriótica del Instituto Caro y Cuervo - Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Pardo, M. (1997). “Aspectos sociales de las lenguas del Chocó (integra embera katio de Córdoba)”, en X. Pachón y F. Correa (coord. y ed.). *Lenguas amerindias: condiciones sociolingüísticas en Colombia* (pp. 323-381), Yerbabuena: Imprenta Patriótica del Instituto Caro y Cuervo - Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Patiño, C. (2002). “Sobre las dos lenguas criollas de Colombia”, en: Lengua, educación y cultura en el contexto del Caribe Occidental, *Cuadernos del Caribe*, núm. 3, Universidad Nacional de Colombia, San Andrés.
- Pérez, F. (1997). “Wayunaiki: lengua, sociedad y contacto”, en: X. Pachón y F. Correa (coord. y ed.), *Lenguas amerindias: condiciones sociolingüísticas en Colombia* (pp. 177-218), Yerbabuena: Imprenta Patriótica del Instituto Caro y Cuervo - Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Pérez, F. (2000). “Lenguas aborígenes de la península de La Guajira”, en: M. S. González (ed.), *Lenguas indígenas de Colombia. Una visión descriptiva* (pp. 793-794). Yerbabuena: Imprenta Patriótica del Instituto Caro y Cuervo.
- Pérez, F. *El nominal en wayunaiki* (inédito).
- Pérez, J. P. (2004). *El criollo de Palenque de San Basilio: una visión estructural de su lengua*, Bogotá: CCEA - Uniandes.
- Pérez, J. P. (2008). “The Role of the Palenge Language in the Transmission of Afro-Palenquero Cultural Heritage”, *Museum International*, vol. 60, núm. 3, pp. 40-55, Paris, Unesco.
- Pérez, M. L. *El verbo en koguián* (inédito).
- Pérez, M.; Rodríguez, A. (2013). “¿Para qué se lee y se escribe en la universidad colombiana? Caracterización de prácticas de lectura y escritura en 17 universidades”, *Revista de Docencia Universitaria – REDU*, vol. 11, núm. 1.
- Pertuz, W. (2008). “Prácticas de lectura y escritura en la universidad colombiana” [en línea], disponible en: <https://www.thefreelibrary.com>

- Portafolio* (abril 3 de 2012). “Estudiantes universitarios leen pero no entienden” [en línea], disponible en: <http://www.portafolio.co/portafolio-plus/estudiantes-universitarios-leen-pero-no-entienden>
- Pott, A. (1844). *Die Zigeuner in Europa und Asien* [en línea], disponible en: <https://archive.org/details/diezigeunerineu01pottgoog>
- Ramírez, R. *El sintagma verbal en wayunaiki* (inédito).
- República de Colombia (2010). “Decreto-Ley 2957 de 2010. Dirección de Etnias del Ministerio del Interior y de Justicia” [en línea], disponible en: https://www.redjurista.com/.../decreto_2957_de_2010_ministerio_del_interior_y_de_j.
- República de Colombia (2010). “Ley 1381 de 2010 – Protección de las lenguas nativas” [en línea], disponible en lenguasdecolombia.caroycuervo.gov.co/.../Ley_1381_2010_proteccion_lenguas_nati...
- República de Colombia (s. f.). “SNIES, Módulo Consultas” [en línea], consultado en <http://snies.mineducacion.gov.co>
- Robayo, C. (2000). “Introducción al estudio de la lengua yuko o yukpa”, en: M. S. González (ed.), *Lenguas indígenas de Colombia. Una visión descriptiva* (pp. 709-717), Yerbabuena: Imprenta Patriótica del Instituto Caro y Cuervo.
- Rodríguez, Y. (1997). “Tendencias de variación sociolingüística en la ciudad de Barranquilla”, *Polifonía*, vol. 1, núm. 1, pp. 109-133.
- Rodríguez, Y. (2000). “El español del Caribe, unidad y diversidad”, *Rara Avis*, vol. 4, núm. 16, pp. 1-20.
- Rodríguez, Y. (2004). “Discurso en el aula: práctica comunicativa y pedagógica”, *Rara Avis*, vol. 4, pp. 5-15.
- Rodríguez, Y. (2005). “Estudio fonético del español del Caribe”, *Revista del lenguaje Itaca*, vol. 4, núm. 2, pp. 78-90.
- Sampson, J. (1923). “On the origin and early migration of the Gypsies”, *Journal of the Gypsie*, vol. 2, núm. 4, pp. 156-169.
- Schwegler, A. (1996). “*Chi ma nKongo*”: *lengua y rito ancestrales en el palenque de San Basilio (Colombia)*, Frankfurt - Madrid: Biblioteca Ibero-Americana.
- Taille, M. (enero 31 de 2014). “La Colombie livrée à l'illettrisme. Liberation” [en línea], disponible en: http://www.liberation.fr/monde/2013/01/31/la-colombie-livree-a-l-illettrisme_878374
- Trillos-Amaya, M. (1997). “La Sierra: un mundo plurilingüe”, en: X. Pachón y F. Correa (coord. y ed.), *Lenguas amerindias: condiciones sociolingüísticas en Colombia* (pp. 219-268), Yerbabuena: Imprenta Patriótica del Instituto Caro y Cuervo - Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Trillos-Amaya, M. (1997). *Categorías gramaticales del ette taara - Lenguas de los Chimilas*, Bogotá: CCEA - Uniandes.
- Trillos-Amaya, M. (1999). *Damana. Language of the world*, Munchen: Lincom Europa.

- Trillos-Amaya, M. (2000). “Síntesis descriptiva de los sistemas fonológico y morfosintáctico del Damana”, en: M. S. González (ed.), *Lenguas indígenas de Colombia. Una visión descriptiva* (pp. 749-756), Yerbabuena: Imprenta Patriótica del Instituto Caro y Cuervo.
- Trillos-Amaya, M. (2001). *Ayer y hoy del Caribe colombiano en sus lenguas*, Cartagena de Indias: Observatorio del Caribe Colombiano.
- Trillos-Amaya, M. (2005a). “Las modalidades lógicas en damana”, *Polifonía*, vol. 5-6, núm. 1, pp. 93-119.
- Trillos-Amaya, M. (2005b). *Lenguas chibchas de la Sierra Nevada de Santa Martha: una perspectiva histórico-comparativa*, Bogotá: Ccela-Uniandes.
- Trillos-Amaya, M. (2006). “La cortesía lingüística en Damana”, *Amerindia - CNRS de Francia*, vol. 29, núm. 30, pp. 263-279.
- Trillos-Amaya, M. (2010). “El multilingüismo del Caribe colombiano”, en: *Maestría en Lingüística. Condiciones mínimas de calidad. Documento mayor*, Barranquilla: Universidad del Atlántico.
- Trillos-Amaya, M. (2011a). *Conciencia y actitudes lingüísticas en el Caribe colombiano*, Bogotá: Fundación Cultural Javeriana de Artes.
- Trillos-Amaya, M. (2011b). “Sobre la condición social de algunas lenguas nativas del Caribe”, *Divulgaciones Etnológicas*, vol. 60, pp. 152-178.
- Trillos-Amaya, M. (2012). “El español allende la mar de los caribes”, en: C. Patiño y J. Bernal (eds.), *El lenguaje en Colombia. Realidad lingüística de Colombia* (pp. 175-195), Yerbabuena: Imprenta Patriótica del Instituto Caro y Cuervo.
- Trillos-Amaya, M.; Ortiz, C. (2000). “Lenguas aborígenes de la Sierra Nevada de Santa Marta”, en *Lenguas indígenas de Colombia. Una visión descriptiva* (pp. 729-731), Yerbabuena: Imprenta Patriótica del Instituto Caro y Cuervo.
- Trillos-Amaya, M.; Solano, O.; Martes, A. (2011). “Laboratorio natural y bibliotecas vivientes: una experiencia con los ette ennaka del Ariguani”, *Divulgaciones Etnológicas*, vol. 60, pp. 61-78.
- Turner, R. (1927). “On the position of Romaní in Indo-Aryan”, *Journal of the Gypsy Lore Society*, vol. 5, núm. 4, pp. 145-183.
- Van Dijk, T. (2016). *Discurso y conocimiento. Una aproximación sociocognitiva*, Barcelona: Gedisa.
- Villaseñor, V. Y. (2013). “Hacia la didáctica de la escritura académica en la universidad” [en línea], *Reencuentro*, núm. 66, disponible en: <http://www.redalyc.org/pdf/340/34027019010.pdf>
- www.mincultura.gov.co/.../politicas-culturales/compendio-politicas-culturales/.../defau...
- Zalabata, R. *Fonología de la lengua ika* (inédito).

ANEXO 1

CUADRO A1. MAESTRÍA EN LINGÜÍSTICA, UNIVERSIDAD DEL ATLÁNTICO EGRESADOS 2011-2017

AUTOR	TÍTULO DEL TRABAJO DE INVESTIGACIÓN
Alandete, Eliana	La incidencia de la vulnerabilidad y otros factores sociales en la comprensión lectora de los estudiantes de básica primaria
Ariza, Marla	La incidencia de los factores sociopedagógicos en la adquisición de la escritura inicial
Ayala, Edinson	Los derechos lingüísticos del pueblo ette ennaka a la luz de la Ley 1381 de 2010
Baldovino, Darly	Tipificación del léxico de uso cotidiano de los estudiantes de educación media de Malambo. Perspectivas lingüístico-cognitiva
Cantillo, Jacob	Análisis discursivo sobre prédicas católicas y evangélicas
Castro, Nathaly	Estudio sociolingüístico sobre el ser focalizador en el habla de Cartagena (Colombia)
Cruz, Jacqueline	Estudio sociolingüístico de la intensificación en el habla de Barranquilla
De la Cruz, Mariel	Los pronombres 'yo', 'tú' no deíctico y 'uno' en el habla de Cartagena
De la Rosa, Johan	La a como marcador diferencial de caso acusativo en Barranquilla
Fontalvo, Lizney	Una aproximación sociolingüística al empleo de la argumentación oral y escrita en el español de una microcomunidad de estudiantes tomasinos
Franco, Aixa	Características discursivas de videos emitidos en lengua de señas colombiana
García, Liliana	Los contextos de situación del español escrito en estudiantes sordos. Una aproximación desde la lingüística Funcional
Gerardino, Keyla	Variaciones léxicas y cambios semánticos del habla barranquillera
Gómez, Mileidys	Presencia de rasgos orales en textos narrativos escritos de estudiantes en contextos etnoeducativos
Gómez, David	El orden de palabras Sv Vs y la interfaz sintáctico-semántica en el español caribeño colombiano: Barranquilla
Granados, Dilia	El discurso citado en el habla de Barranquilla
Hernández, Claudia	Formación teórica en la lectura de los docentes de educación básica primaria en instituciones educativas de Soledad
Insignares, Jaime	La lectura de textos como mecanismos para el desarrollo de la producción escrita
Miranda, Meljar	La configuración de la jerga de los estudiantes de la Institución Educativa Villa Estadio
Morales, Efraín	Neologie politique pendant les années Uribe
Navarro, Aura	Marcadores de género como estrategias conversacionales en la comunidad de habla de Barranquilla
Paternina, Cila	Criterios didácticos para el desarrollo del español como L2 en la Institución Etnoeducativa Zalemaku Sertuga
Blanco, Perla	Incidencia de los factores socioculturales y metacognitivos en los niveles de comprensión lectora en estudiantes de la Corporación Universidad de la Costa
Polo, Lina	Construcción de la imagen masculina y femenina en noticias publicadas en tres periódicos colombianos acerca de una presunta violación
Rocha, Paola	Marcas de oralidad en la producción de textos expositivos
Rivera, Rosana	Factores internos y externos que condicionan el uso del 'yo', 'tú' y 'uno' en el habla de Barranquilla en el registro semiinformal
Rueda, Mireya	La influencia de la configuración sociolingüística en la producción de textos expositivos de los estudiantes de 5.º grado de primaria
Salazar, Anabela	Los marcadores discursivos en las comunidades de Barranquilla, Valledupar, Cartagena: un estudio comparativo
Salcedo, Hadivys	Metáfora en el habla de Barranquilla, el arte de transformar el discurso consuetudinario: un estudio sociolingüístico

ANEXO 1**CUADRO A1. MAESTRÍA EN LINGÜÍSTICA, UNIVERSIDAD DEL ATLÁNTICO
EGRESADOS 2011-2017 (CONTINUACIÓN)**

AUTOR	TÍTULO DEL TRABAJO DE INVESTIGACIÓN
Saravia, Donaldo	Estructuras narrativas en el habla de jóvenes adolescentes soledños
Suárez, Josefa	Estudio de tres versiones de un mismo programa radial desde la perspectiva semiolingüística del discurso
Tapias, Luz Elena	Análisis de la competencia textual mediante la elaboración de historias de vida
Villadiego, Paulo	El tuit como género discursivo en usuarios de la región Caribe colombiana
Zúñiga, Lina	Letanías del Carnaval de Barranquilla desde una perspectiva semiolingüística

Fuente: elaboración propia.

**LOS ESTUDIOS LITERARIOS DEL CARIBE
COLOMBIANO (2009-2017) GOZAN DE BUENA
SALUD**

Ariel Castillo Mier

La literatura del Caribe colombiano, desde el siglo XIX, viene sumando aportes valiosos a las letras nacionales¹. Un rasgo que ha identificado el desarrollo literario de esta región, señalado en los anteriores estados del arte de 2005 y 2009, ha sido la bárbara distancia entre el discurso creativo y su recepción crítica². Allí señalábamos cómo a los propios creadores les había tocado a menudo desdoblarse en críticos a fin de que las obras de sus colegas no pasasen desapercibidas. Aunque lectores nativos con buen bagaje intelectual han sabido aproximarse con solvencia a las obras de sus paisanos, como Fernando de la Vega (1891-1952), Víctor Manuel García Herreros (1894-1950), Antonio Curcio Altamar (1920-1953), Carlos Arturo Caparrosa (1906-1997) y Carlos J. María (1937-1994), durante muchos años han sido los críticos foráneos quienes mejor han dilucidado acerca de la producción literaria de la región, en su relación con el entorno social y cultural y en su diálogo con la literatura nacional, latinoamericana y universal.

Los grandes escritores del Caribe han encontrado sus más eficaces exégetas en estudiosos extranjeros: Candelario Obeso en Lawrence Prescott; Luis Carlos López en James Alstrum; José Félix Fuenmayor en John Brushwood y Kevin Guerrieri; Jorge Artel en Luisa García-Conde; Manuel Zapata Olivella en Marvin A. Lewis e Yvonne Captain-Hidalgo; Héctor Rojas Herazo en Seymour Menton y John Brushwood; el Grupo de Barranquilla en Ángel Rama y Jacques Gilard; Gabriel García Márquez en Mario Vargas Llosa; Jairo Mercado en Ernesto Volkening; Giovanni Quessep en Martha Canfield; Ramón Bacca en José Manuel Camacho; y Marvel Moreno en Jacques Gilard.

A partir del ejemplo de Carlos J. María, desde finales de los sesenta del siglo pasado la situación comenzó a cambiar con la aparición de un grupo de estudiosos que viajó al interior del país o al extranjero a cursar estudios de posgrado. Algunos, como Jairo Mercado Romero (1941-2003), Cristo Rafael Figueroa

¹ Menciono algunos, del siglo XIX a nuestros días, que se han destacado por la singularidad de sus obras, a menudo, de ruptura con la tradición establecida en su tiempo: Luis Capella, Candelario Obeso, Luis C. López, José F. Fuenmayor, Gregorio Castañeda Aragón, Oscar Delgado, Meira Delmar, Manuel Zapata Olivella, Héctor Rojas Herazo, Álvaro Cepeda, Gabriel García Márquez, Giovanni Quessep, Germán Espinosa, Fanny Buitrago, Jairo Mercado, Roberto Burgos, Marvel Moreno, Julio Olaciregui, Ramón Bacca, Raúl Gómez Jattin, Jaime Manrique Ardila, entre otros.

² Al respecto, véanse Castillo (2006) y Castillo y Urrea (2009).

Sánchez y Yuri Ferrer, se quedaron en la capital y desarrollaron un impecable magisterio que abarca varias generaciones de estudiosos; Teobaldo Noriega se fue al exterior; y otros, con base en una preparación fundamentada teóricamente, regresaron a la tierra natal y se dieron al trabajo pionero de renovar, entre nosotros, la recepción de la literatura, que se había quedado en las buenas intenciones de un impresionismo al cual, con frecuencia, entorpecía una erudición anacrónica. Aunque formado en otra disciplina, en derecho, Roberto Montes Mathieu, apoyado en su experiencia de escritor y su vasto bagaje literario, ha desarrollado pacientemente una notable labor de historiador de la literatura del Caribe que merece ya un reconocimiento.

Entre quienes iniciaron esa tarea de abordar la producción literaria del Caribe colombiano con el rigor de la academia y se dieron a la tarea de crear grupos de investigación en la región, cabe destacar los nombres de Guillermo Tedio, Gabriel Ferrer, Rómulo Bustos, Jorge Nieves, Rolando Bastidas, Claudia de la Espriella, Alfonso Rodríguez, Mercedes Ortega, Oscar Ariza y Wilfredo Esteban Vega. Su tesonera labor se puede apreciar en el trabajo de sus discípulos que hoy pueblan las revistas y los libros de estudios literarios, no solo regionales y nacionales, sino también internacionales. Tal es el caso de Nadia Celis, Lázaro Valdelamar, Giobanna Buenahora, Orlando Araújo, Amílkar Caballero, Lyda Vega, Antonio Silvera, Luis Elías Calderón, Emiro Santos, Clinton Ramírez, Julio Penenrey, Gerson Oñate, Eliana Díaz y Adalberto Bolaño, entre otros, en cuyos ensayos y textos críticos, de alto nivel, abordan con igual competencia a los autores del patio, a los del Gran Caribe y a los latinoamericanos. Agudos lectores todos, no cabe duda de que esta generación que despunta a partir de la primera década del siglo XXI va a consolidar lo que hasta ahora no se había conseguido: una reflexión sobre la producción literaria que conforma una tradición crítica dialogante (y no una simple acumulación de voces aisladas, de individualidades incomunicadas) la cual, por fin, da el salto cualitativo de la oralidad a la escritura, del imperio irresponsable de la charlatanería a la lucidez fecunda del texto escrito.

1. LA MAESTRÍA EN LITERATURA DEL CARIBE E HISPANOAMÉRICA

Una explicación válida de este proceso feliz nos la proporciona la creación en el 2011 de la Maestría en Literatura del Caribe e Hispanoamérica en la Universidad del Atlántico que, a lo largo de ocho cohortes, ha cumplido un papel clave en la formación de investigadores procedentes de los diversos departamentos de la región, quienes, poco a poco, han ido salvando el vasto vacío, a veces abismal, entre la creatividad de nuestros escritores y la reflexión

crítica que funda una literatura al generar ese espacio de encuentro en el que las obras se comunican entre sí, a partir de sus afinidades y oposiciones.

Este trabajo, sin duda, se ha consolidado gracias a la alianza con el programa de literatura de la Universidad de Cartagena y la labor de grupos de investigación como Ceilika y Gilkarí, además de sus respectivos semilleros, que han nutrido las 22 ediciones de la revista *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, iniciada en el año 2005, que ha cumplido su labor prácticamente sin interrupciones durante doce años.

La Universidad de Cartagena ha liderado la edición de dos colecciones de obras fundamentales de la región: una de creación, *El reino errante*³, y una de ensayos, *Señales y garabatos*⁴, que en sus títulos rinden homenaje a dos autores emblemáticos del Caribe colombiano: Jorge García Usta y Héctor Rojas Herazo.

Junto a estas ediciones cabe agregar el esfuerzo admirable de la editorial Diente de León que, interesada en rescatar la literatura relacionada con el río Magdalena, ha reeditado con admirables estudios críticos dos novelas inconseguibles: *La maldición*, de Manuel María Madieto (2010), publicada por entregas en *El Mosaico* en el siglo XIX, y la de Rafael Caneva Palomino (2012), *Y otras canoas bajan el río...*

Los egresados de la maestría, con sus trabajos han ensanchado el campo de los estudios literarios más allá de los géneros canónicos de la novela, el cuento y la poesía para abarcar materiales como las revistas culturales, el cine, las artes visuales, el carnaval, los medios de comunicación de masas y la música popular, al tiempo que trascienden las fronteras geográficas para aproximarse a manifestaciones artísticas centroamericanas, caribeñas, suramericanas y universales. La lista de las tesis sustentadas nos muestra la diversidad de temas y perspectivas desde las cuales se aborda la literatura, así como la paulatina apertura al diálogo con las letras del Gran Caribe.

Cabe destacar dos aspectos más: por un lado, cómo la mayoría de los estudiantes que ingresan a la Maestría son mujeres, quienes, poco a poco, han ido fortaleciendo una mirada feminista bien fundamentada que constituye

³ Jorge García Usta, *El fuego que perdura* (2007); Luis Carlos López, *Obra poética* (2007); Alberto Sierra Velásquez, *Dos o tres inviernos* (2007); Raymundo Gomez - Cásseres, *Días así* (2007); Jorge Artel, *Tambores en la noche* (2009); Pedro Blas Julio, *Obra poética* (2009); Candelario Obeso, *Cantos populares de mi tierra* (poesía) y *Secundino el zapatero* (teatro), (2009); y Roberto Burgos Cantor, *Pavana del ángel* (2014). Cada libro viene precedido de un prólogo e incluye al final una noticia bibliográfica del autor.

⁴ En esta colección figuran: Amílkar de la Hoz, *Omeros de Derek Walcott y Simulación de un reino de Álvaro Miranda: poética de la deconstrucción del canon* (2010), y Gabriel Ferrer Ruiz, *La poética de Luis Carlos López* (2010).

ya un aporte a las letras nacionales. Por el otro, la atracción que ejercen las letras de los compositores de la música de acordeón en los estudiosos que han comenzado a abordar a estos artistas como lo que realmente son, verdaderos poetas. En Valledupar, en la Universidad Popular del Cesar, coordinado por Jaime Maestre Aponte, se ha organizado el Encuentro de investigadores de la música vallenata, que este año llegó a su cuarta realización y en el que estudiosos de diversas universidades del país, al lado de los estudios musicológicos, abordan las letras de las canciones como textos poéticos.

2. LA BUENA ESTRELLA DE GARCÍA MÁRQUEZ Y LA PRODUCTIVIDAD DE LA OBRA

Sorprendente ha sido hasta hace unos años el escaso interés por el abordaje crítico de la obra de García Márquez en su región natal. Las razones no son fáciles de establecer. Podría pensarse en cierta reticencia regional a la crítica, puesta de manifiesto por los propios creadores, a quienes, no obstante, les ha tocado, con frecuencia, ejercerla. Célebres son las interrogaciones retóricas de Cepeda Samudio en torno a quienes se dedican al ejercicio del criterio: “¿a qué denominación de los platelmintos pertenecerán los críticos: parásitos que viven de parásitos?” (Cepeda, 2015: 264) y el repudio radical de García Márquez por el caparazón de pontífice de los mismos: “Los críticos son hombres serios y la seriedad dejó de interesarme hace mucho tiempo. Más bien me divierte verlos patinando en la oscuridad” (Rentería, 1979: 32). Para el periodista Julio Roca Baena la causa de la carencia de crítica, en el caso de García Márquez, radica en la “repugnancia a encaramarse en la ola del prestigio ajeno” (Roca, 1982: 10).

No obstante, a raíz de la muerte del autor, la proliferación de periódicos, revistas y libros en el Caribe colombiano ha sido incontenible, hasta el punto de que una editorial, Collage Editores, no dudó en editar seis obras sobre el autor: una con treinta y tres testimonios compilados por Álvaro Suescún (2015), cinco estudios escritos por poetas, periodistas y narradores nativos del Caribe — Joaquín Mattos Omar (2015), Julio Olaciregui (2015), Jorge García Usta (2015) y Gustavo Tatis (2015) y (2016)— y una selección de textos del francés Jacques Gilard (2015) sobre su experiencia lectora de la narrativa de García Márquez.

Junto a estos libros se ha dado una proliferación de obras nacionales y extranjeras de profesores, periodistas, amigos, en los que lo dominante es la fascinación por la persona, el culto de la anécdota, la búsqueda de los supuestos referentes reales de la obra y la tentación biográfica⁵. Incluso

⁵ Tal es el caso de las obras de Álvarez (2007), Díaz-Granados (2013), Paternostro (2014), Henríquez (2016), Tatis (2015 y 2016), Mattos (2015).

algunas prestigiosas editoriales extranjeras, animadas por la voracidad comercial y la ávida demanda de los lectores, se atreven a publicar libros llenos de necedades o de mentiras. Tal es el caso de *García Márquez en 90 minutos*, de Paul Strathern (2016), en el que se habla de las plantaciones de plátano, se inventa el miedo del niño García Márquez al abuelo, se habla de la región de Barranquilla, se asigna a Bogotá una altura de ocho mil metros y sin ningún empacho se cita textualmente la carta de Guillermo de Torre rechazando *La hojarasca*, de la cual no se conserva testimonio.

No obstante, también se han publicado rigurosos estudios que con apoyo en complejos marcos teóricos, en ediciones tanto individuales como colectivas, nos revelan aspectos novedosos sobre la obra. En lo individual se destaca la obra *Gabriel García Márquez. El Caribe y los espejismos de la modernidad*, de Orlando Araújo (2013), quien, apoyado en las teorías del campo de Bourdieu, la sociocrítica de Cros y la noción bajtiniana del cronotopo, además del conocimiento de la crítica sobre la obra, ahonda en las incidencias del modo de ser costeño y las vivencias caribes de García Márquez en la génesis de *Cien años de soledad*, su arraigo en la cultura regional, las relaciones de la obra con la historia y el influjo de la oralidad y ciertos elementos de irracionalidad en la visión del mundo de la obra y en la elección de las estrategias narrativas del autor.

Algunas universidades han aprovechado diversos aniversarios de la vida y la obra de García Márquez para invitar a investigadores nacionales y extranjeros destacados a compartir el resultado de sus indagaciones ante un público amplio. La Universidad Tecnológica de Bolívar en un curso de verano 2007-2008 cuyas memorias, a cargo de Tatiana Grosch Obregón y María del Pilar Londoño (2009), se publicaron con el título de *Travesías por la geografía garciamarquiana*, reunió una serie de reflexiones sobre aspectos no solo literarios, sino también históricos, filosóficos y sociopolíticos relacionados con su obra. El curso propuso como actividad complementaria un recorrido por la geografía real que inspiró la imaginaria del escritor: de Cartagena a Barranquilla a Ciénaga a la Zona Bananera a Aracataca a Riohacha y a Santa Marta, en la quinta de San Pedro Alejandrino.

La Universidad del Norte, con la coordinación de Orlando Araújo (2015), compiló algunas conferencias del II Congreso Internacional de Literatura, el cual se dedicó a la reflexión sobre la obra garciamarquiana con el título *El legado de Macondo*. Al editarlas, las complementaron con ensayos antológicos sobre García Márquez a cargo de Rafael Gutiérrez Girardot, Jacques Joset y Helene Pouliquen. Ese congreso internacional, ejemplarmente organizado en alianza con la Universidad del Atlántico, llega en 2019 a su quinta realización y ha sido un evento clave, dada la calidad de sus participantes,

para la renovación de los estudios literarios en la ciudad y la región. El de 2018 tuvo como tema el Caribe negro. Gratuito para toda la comunidad universitaria y externa, el Congreso se propone, mediante una aproximación al influjo histórico de la ‘negritud’ en la cultura del Gran Caribe, establecer un diálogo entre la literatura, el arte y los estudios contemporáneos y culturales.

La vida y la obra de García Márquez han sido asimismo el eje de una actividad que organiza anualmente el Parque Cultural del Caribe, a través de su mediateca Macondo: la “Cátedra Gabriel García Márquez”, que en 2016 tuvo su quinta celebración. Desde sus inicios, con invitados nacionales e internacionales, dicha cátedra se ha propuesto propiciar nuevas lecturas e interpretaciones acerca de la vida y obra de nuestro nobel que orienten a formadores, mediadores y profesores para potenciar su aproximación al universo garciamarquiano. Uno de los lemas que ha orientado a los organizadores del evento es “García Márquez al alcance de todos”, y entre los temas que se han abordado figuran los valores del hombre Caribe, las realidades sociales y las amistades que influyeron en su formación, los escenarios colombianos de su vida, el imaginario wayuu presente en su obra, el simbolismo del agua, la sátira, la oralidad, la traducción al francés, el contacto cubano, las mutaciones de Macondo; las representaciones de género, poder, sexualidad y religiosidad; las relaciones con la historia colombiana y latinoamericana, el grupo de Barranquilla, el erotismo, la estética barroca y la importancia del espacio cultural del Caribe en sus novelas.

Por otra parte, la Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI), encargada de gerenciar el Centro Gabo, lidera en convenio con el Ministerio de Tecnologías de la Información y Comunicaciones (Min-TIC) la creación de archivos digitales en los que se registre lo pertinente para la comprensión de la vida y la obra de Gabriel García Márquez. En una primera etapa se ha adelantado la propuesta de un “Árbol Gabo” en el que se reúnen las categorías y subcategorías que sintetizan la trayectoria del hombre y el escritor, su historia personal y familiar, su labor como investigador y creador, periodista, contador de historias a través de la literatura y el cine, su papel como educador, ciudadano, emprendedor, premios, referencias culturales y otros. Asimismo, se presentó una cronología maestra, año por año, de 1927 a 2014, en la cual se registran la trayectoria vital y literaria y los contextos que ayudan a iluminar su obra. De igual manera, se desarrolló el proyecto “Gabo habla”, compilación de entrevistas escritas y audiovisuales en las que, a partir del Árbol Gabo, se clasifican las diversas informaciones, y se ha iniciado también un inventario nacional de las tesis sobre su obra.

Uno de los elementos destacables de este auge de estudios garciamarquianos ha sido emprendido también por la FNPI: el acercamiento reflexivo

a la obra periodística de García Márquez. La publicación, coordinada por Héctor Feliciano (2012), de la obra *Gabo periodista*, en la que las figuras más destacadas abordan afectuosa y críticamente el periodismo garciamarquiano al tiempo que escogen los textos que más les gustan, constituye sin duda un punto de partida importante que debe ser continuado y profundizado por nuevos estudiosos.

Como se puede apreciar, la figura y la obra de Gabo han atraído primordialmente la atención de los estudiosos de la literatura. Es evidente el propósito de diversas instituciones educativas y culturales por rendir homenaje a la altura de nuestro máximo escritor. No obstante, eso no ha impedido que los lectores se acerquen a otros escritores que se han ido consolidando en el canon.

3. CONSOLIDACIONES EN EL CANON

Las lecturas críticas consolidan a un grupo de autores como los más estudiados. Entre ellos se destaca Álvaro Cepeda Samudio (2015) con la edición crítica de su narrativa completa en la colección Archivos de la Unesco. Solo dos autores colombianos figuran en esa exigente nómina de ediciones: los poetas José Asunción Silva y Aurelio Arturo. Cepeda es el primer narrador colombiano que se incluye allí y el libro, como todos los de la serie, es un modelo para seguir acerca de la manera de editar críticamente una obra. Sobre Cepeda se ha escrito también una interesante biografía reveladora de aspectos inéditos de su vida: la de Claudine Bancelin (2012), *Vivir sin fórmulas. La vida intensa de Álvaro Cepeda Samudio*. Por otra parte, de *La casa grande* se había adelantado ya una primera edición crítica por parte de Jacques Gilard (2012).

Junto a Cepeda, los autores sobre los cuales se han publicado más estudios son: Héctor Rojas Herazo, acerca del cual han escrito Beatriz Peña Dix (2007), Alicia Chamorro (2008), Emiro Santos (2009) y Gabriel Arturo Castro (2013); sobre Roberto Burgos Cantor figuran los libros de Ariel Castillo y Adriana Urrea (2009) y el de Kevin Alexis García (2014); sobre Marvel Moreno, los de Yohainna Abdala Mesa (2005) y Juan Manuel Cuartas Restrepo (2006); y sobre Ramón Illán Bacca los de Danny González Cueto (2011) y Ariel Castillo y Joaquín Vilorio de la Hoz (2014).

Cabe destacar en este punto una actividad a cargo del Observatorio del Caribe Colombiano y el Banco de la República: el programa “Leer el Caribe”, en el cual se invita a los escritores caribeños colombianos a compartir sus experiencias con la comunidad estudiantil, y a estudiosos reconocidos para proponer a los maestros de bachillerato estrategias de lectura crítica, mecanismos eficaces de aproximación a las obras y actividades lúdicas para optimizar la didáctica de la literatura

y del lenguaje. Al final los estudiantes, a partir de las obras de los autores, desarrollan videos, carteleras, obras de teatro, ilustraciones y otros trabajos creativos. Entre los invitados han estado Jorge García Usta, Germán Espinosa, Roberto Burgos, Ramón Illán Bacca, Hazel Robinson, Fanny Buitrago, José Luis Garcés, Álvaro Miranda, Alberto Salcedo Ramos y Alonso Sánchez Baute.

4. PRESENCIA FEMENINA

La *Revista de Estudios Colombianos* de la Asociación de Colombianistas y la Universidad de San Diego dedicaron un número monográfico en 2014 a la literatura del Caribe colombiano, en el cual, la presencia femenina fue dominante, no solo en la reflexión, sino en los tópicos estudiados. La palabra de la mujer, hasta hace poco ignorada por los estudiosos, encuentra un ámbito de resonancia en las miradas de jóvenes investigadoras tanto del Caribe como del interior —Lyda Vega, Mercedes Ortega, Ana María Patiño, Mónica del Valle Idárraga y Nadia Celis— que desde diversas perspectivas abordan la producción literaria del Caribe, tanto de los autores canónicos (Zapata Olivella, Rojas Herazo, García Márquez, Fanny Buitrago), como de los menos estudiados (Hazel Robinson).

5. RESCATES

En *Macondo visionado. Textos primeros de Antonio Brugés Carmona sobre folclor y música costeña*, Luis Elías Calderón (2014) reúne la obra periodística de Antonio Brugés Cardona, uno de los primeros periodistas y escritores del Caribe que se atrevió a indagar en la cultura popular del Caribe colombiano, lo que lo convierte en un insoslayable antecedente criollo de García Márquez. La compilación viene precedida de un prólogo en el que Calderón aborda la trayectoria vital, el periodismo y la ficción de Antonio Brugés Carmona, visionario y contradictorio escritor, quien hacia 1934 comenzó a publicar una serie de artículos sobre la cultura popular del antiguo valle de Upar, en los que se ocupa de las creencias, las costumbres, las danzas, los bailes, el folclor musical —cumbia, porro, vallenato— y los inmigrantes turcos, así como la figura insigne del acordeonero, cuyo canto anticipa varios aspectos del proyecto narrativo de García Márquez. Positivo precursor, Brugés Carmona se adelantó a discusiones hoy vigentes en los estudios culturales, y las manifestaciones y valores que defendió no solo se han extendido por todo el país, sino que también se han internacionalizado.

6. CUATRO ESTUDIOS EJEMPLARES

En décadas pasadas se publicó un libro clave, que abrió camino a los investigadores: la *Antología del cuento caribeño*, de Jairo Mercado Romero y Roberto Montes Mathieu (2003), editada por la Universidad del Magdalena, que incluye un sustancioso prólogo de Jairo Mercado, titulado “La cultura del cuento y el cuento de la cultura en el Caribe colombiano”, en el cual se narra la historia de una cultura que contempla, como uno de sus ejes, el cuento, el relato oral, la palabra. El ensayo despliega el proceso de la cultura del Caribe colombiano —la historia del poblamiento y el mestizaje, la fundación de ciudades y su desarrollo, el nacimiento de la conciencia regional y nacional, y la ardua articulación de la región al país— como marco para la apreciación de los sesenta y cinco cuentistas seleccionados por los dos antólogos, una bibliografía básica de cuentos y la bibliografía consultada.

En estos últimos años se destacan cuatro obras que no solo retan a los estudiosos, sino que también les abren caminos insospechados a sus indagaciones: el de Nadia Celis Salgado (2015), *La rebelión de las niñas: el Caribe y la “conciencia corporal”*, publicado en Madrid por la editorial Iberoamericana Vervuert, ganador de dos premios internacionales —el Nicolás Guillén (2016-2017) que otorga la Caribbean Philosophical Association, y la mención de honor en el Premio Iberoamericano de la Latin American Studies Association (2016), y uno nacional, el Montserrat Ordóñez— y reseñado en las revistas *Aguaita*, *Letras femeninas*, *Caribbean Quarterly*, *Andamios* y *Repeating Islands*; la antología de Juan Duchesne Winter (2015) *Hermosos invisibles que nos protegen. Antología wayuu*; un ensayo panorámico sobre la poesía del Caribe colombiano a cargo de Gabriel Ferrer (2016), *La poética del Caribe continental. Lírica del Caribe colombiano contemporáneo*; y la compilación de estudios críticos de Mercedes Ortega y Julio Penenrey (2017), *Todos me miran. América Latina y el Caribe desde los estudios de género*.

6.1 LA REBELIÓN DE LAS NIÑAS

La rebelión de las niñas: el Caribe y la “conciencia corporal” de Nadia Celis (2015) aborda la representación de la infancia femenina y la manera como las niñas viven la corporalidad —la rebelión de los cuerpos— en las novelas de escritoras del Caribe hispánico, además de cuestionar los imaginarios de dominación masculina y otros paradigmas sociales, culturales y familiares imperantes en la región Caribe, como el de los adultos que se enamoran de niñas de 12 años, privilegiando el deseo masculino, la dominación y el interés sexual.

En la contraportada del libro encontramos dos opiniones de entendidos en el tema. La de Beatriz González-Stephan, profesora de Rice University:

Un libro poderoso e innovador. Celis ha seleccionado un corpus de textos preciso y contundente, que muestra con claridad las políticas patriarcales sobre sexualidad y cuerpo de las jóvenes y niñas, tanto por el modo como interiorizan y reproducen las lógicas del deseo masculino sobre sus cuerpos y gestos, como por la subversión de estos parámetros. Un libro magnífico, importante, que hace sustanciales aportes al campo no solo de los estudios del Caribe hispano, sino a los de la cultura de género latinoamericana.

Y la de Ángel G. Quintero Rivera, de la Universidad de Puerto Rico:

Nadia Celis trasciende un feminismo fácil (aunque necesario) de denuncia de la utilización de los cuerpos femeninos como objetos, adentrándose en un riquísimo feminismo, complejo y pasionalmente caribeño, donde lo femenino es sujeto no solo por su carácter de persona, sino además a través de la comunicación y expresividad del cuerpo mismo. El cuerpo femenino aparece como el centro de una subjetividad que no se disculpa por su condición corpórea, generando la posibilidad de transformaciones intersubjetivas en las cuales la liberación feminista pueda potenciar su femineidad. Original y profundo, el libro es también de lectura amigable y hermosa.

6.2 PARA QUE SIGA AMANECIENDO. UN NUEVO CAPÍTULO DE LA HISTORIA DE LA LITERATURA DEL CARIBE COLOMBIANO

Uno de los vacíos evidentes en la historia de la literatura del Caribe colombiano es la ausencia de la literatura wayuu. Por lo tanto, la aparición de la antología de Juan Duchesne Winter (2015) constituye un paso importante, fundamental para una idónea historia de las letras caribeñas colombianas, tanto por el camino que ha adelantado como por la senda que nos abre.

A partir de una introducción llena de sugerencias y orientaciones que proporciona las claves para la lectura, el libro continúa con un fragmento del libro de Weildler Guerra sobre los palabreros que funciona con un prólogo y sienta las bases conceptuales para entender el uso de la palabra en la cultura wayuu, su importancia decisiva para la convivencia. Más adelante se nos

presenta una certera selección de fragmentos de novela, cuentos, ensayos y poemas, y se cierra con una serie de entrevistas con los escritores, hombres y mujeres, de la comunidad, en la que los autores nos aclaran detalles acerca de sus comienzos, su formación, sus propósitos y dificultades.

Un concepto funcional para este trabajo es el de identidad, entendido como un efecto relacional con orientaciones que dependen del contexto, contrario a la visión esencialista de los indigenistas que tiende a fijar rasgos que se prestan para la impostura. La identidad surge del ejercicio de la libertad y la autonomía. En consecuencia con esta visión se practica, a lo largo del ensayo introductorio, un pensamiento que contrapuntea oposiciones y las entrelaza sin reducirlas nunca a una dicotomía maniquea ni a una síntesis armónica definitiva. Este pensamiento viene muy a propósito para una sociedad que inventa de manera permanente otras fronteras, cuyas raíces radican en las relaciones que propone y cuya identidad se forja a partir del intercambio con los otros.

Duchesne propone una metodología apta para la apreciación, más allá de la etnografía y la antropología, sin idealizaciones ni nostalgias, de la cultura wayuu, cuyas artes verbales pueden compararse con las de otras literaturas indígenas (la purépecha, la panmaya, la mapuche, la quechua, la náhuatl), con su acervo milenario activo desde antes de la Colonia que ahora, en la globalización, se ha posicionado como objeto de estudio crítico-literario. El enfoque de Duchesne es, pues, literario, no mitológico ni etnológico, atento a la fabulación, la invención, el poder de imaginación que la lectura entraña, y su estímulo para el pensamiento, más que la constatación de un estado de cosas en lo social o histórico.

Se trata, entonces, de apreciar, desde el punto de vista estético, la producción verbal de los wayuus con miras a su reivindicación frente a las descalificaciones académicas que las ven como infantiles, primitivas, a partir de un concepto restringido de la literatura. Las modalidades de la escritura en las que se componen mensajes elocuentes y perdurables mediante símbolos gráficos y sonoros, así como formas memorizadas y estilizadas de la lengua oral, buscan, a juicio del crítico, afirmar un modo propio de vida y los valores que lo sostienen, entre los cuales se destacan la pasión del territorio y la continuidad colectiva, el diálogo entre el tiempo anterior de los ancestros y el presente.

Para el profesor Duchesne el paso de la oralidad a la escritura alfabética constituye una estrategia afirmativa de una manera autónoma y diferente de vivir muy fluida en la que se da una especie de hibridez, un contrapunteo y entrelazamiento entre naturaleza y sociedad, mente y cuerpo, vida y muerte, lo visible y lo invisible, lo masculino y lo femenino, lo humano y lo no humano, el bien y el mal, la identidad y la diferencia, y todo tipo de dualidades como la oposición occidental entre modernidad y no modernidad.

El trabajo de Duchesne se aleja de conceptos que operan como lugares comunes al referirse a las literaturas del Caribe: ni realismo mágico ni mito ni dioses ni demonios; se trata de seres supervitales, más allá del bien y el mal, ni benévolos ni malévolos, que pueden beneficiar o afectar dependiendo de con quién se relacione. Otra observación juiciosa es la de que no tiene sentido contraponer lo fantástico y lo realista, pues lo que hay son realidades múltiples.

Para la construcción de una historia de la literatura del Caribe colombiano que cumpla con los requisitos básicos de esa rama de los estudios literarios —que sea historia, es decir, que ponga de manifiesto un proceso, la coherencia interna de unos cambios, y que sea asimismo literaria, es decir, que atienda a la especificidad artística de los textos, respetando su carácter inventivo y el predominio de la imaginación, capaz de crear mundos posibles a través de la palabra— es, sin duda, fundamental, el aporte de Duchesne.

6.3 HACIA LA POESÍA DEL CARIBE COLOMBIANO

Bien delimitado en el tiempo y el espacio, este estudio ahonda en los rasgos estéticos e ideológicos de la poesía del Caribe colombiano del siglo XX, su lenguaje y sus significaciones estrechamente relacionados con los contextos geográficos, históricos y socioculturales que, a juicio del autor, definen la lírica de esta región. Ferrer selecciona la obra de seis poetas —Luis Carlos López, Jorge Artel, Héctor Rojas Herazo, Giovanni Quessep, Raúl Gómez Jattin y Rómulo Bustos— que anteceden o desarrollan una vanguardia tardía en Colombia; la analiza, la interpreta y compara los procedimientos y los ejes poéticos alrededor de los cuales se estructura la totalidad de la obra. Los criterios para la selección de los poetas son la época en que aparecen sus obras (seis momentos del siglo XX), la relación con la identidad caribe y la recepción nacional. Ferrer, a partir de López, descubre una continuidad entre los poetas, cada uno de los cuales retoma la tradición anterior y la renueva. Lo grotesco, lo religioso, la oralidad, la cultura popular, son algunos de los rasgos a partir de los cuales dialogan las obras seleccionadas, a veces por afinidad, y otras, por oposición. El trabajo de Ferrer deja abierta una posibilidad de exploración que apenas postula: las relaciones con las poéticas del Caribe no colombiano.

6.4 TODOS ME MIRAN

Con este título tomado de los versos de una canción de Gloria Trevi de 2006 que dice “Y todos me miran, me miran, me miran, porque hago lo que pocos se atreven a hacer”, asumida como himno de la población LGBTIQ

latinoamericana por su exaltación del deseo de transgresión y liberación, Julio Penenrey y Mercedes Ortega compilan una serie de estudios acerca de la representación a las identidades de género en los que se exploran nuevas visiones, a partir de una mirada antihegemónica e incluyente acerca de la feminidad, la masculinidad, la heterosexualidad, que rompe con los estereotipos impuestos en la región del Caribe, a la que consideran “zona virgen” en cuanto a la implementación y divulgación de los estudios de género. La meta que orienta a los compiladores es, por un lado, la creación de un nuevo aparato crítico aplicable a representaciones no canónicas, periféricas, decoloniales, de lo masculino y lo femenino, y, por el otro, responder a la situación social de intolerancia, discriminación y violencia contra las mujeres y la población LGBTIQ en la región y el país. Doble apuesta: aportar a la academia y construir alternativas sociales mucho más humanas e igualitarias basadas en la defensa de los derechos humanos, el rechazo de los diversos tipos de discriminación, invisibilización y violencia, la aceptación de identidades de género plurales y no excluyentes y de un pensamiento innovador, emancipador, capaz de romper con ese dualismo en relación con la feminidad normativa que le asigna a la mujer dos opciones extremas: o virgen, esposa, madre, pasiva, sumisa, o puta, mujer pública, monstruo, mala, rebelde, y al hombre el modelo de masculinidad cuyo paradigma es el blanco heterosexual, machista, violento y seguro.

7. ANTOLOGÍA

Junto a la antología de literatura wayuu, quizá la otra antología valiosa, en la medida en que aporta insumos para futuros estudios de profundización, es la de Rubén Darío Otálvaro (2012), *Ellas escriben en el Caribe*, en la cual selecciona a cuarenta poetas del siglo XX, escoge tres poemas de cada una, las entrevista a partir de un interrogatorio igual para todas, y agrega una bibliografía y un concepto sobre su obra por parte de algún escritor.

8. ENTREVISTAS

Si en ocasiones anteriores el género de la autobiografía estaba tomando vuelo y convirtiéndose en una ayuda, a menudo útil, si se maneja con cuidado, por estos años, con la excepción del libro de Carlos Alemán y coautores (2010), construido a partir del interrogatorio de un par de amigos, parece haber desaparecido esa tendencia de los escritores a mirarse en el espejo, pero en

su lugar, han surgido las entrevistas. Así ocurre con las conversaciones de Carlos Arboleda González (2012) con el narrador David Sánchez Juliao y el de Gustavo Tatis (2007) con el poeta Gustavo Ibarra Merlano. Tales trabajos no dejan de ser un importante auxilio a la hora de establecer los conceptos acerca de la literatura de los autores. Una biografía destacada es la de Albio Martínez Simanca (2011) sobre José Félix Fuenmayor.

9. MAGAZÍN DEL CARIBE

Es preciso destacar aquí la labor que, sin pretensiones académicas, han desarrollado desde Bogotá, dirigida por Álvaro Morales Aguilar y editada por Roberto Montes Mathieu, quienes con las uñas se han impuesto la tesonera labor de editar con periodicidad un magazín en el que difunden poemas, cuentos, ensayos, semblanzas, entrevistas, rescate de textos extraviados u olvidados, y toda clase de informaciones acerca de los escritores de todas las épocas del Caribe colombiano. Tal labor merece indudablemente un reconocimiento regional y nacional y podría ser un interesante tema de tesis para los estudiosos de la literatura del Caribe. A puro pulso los creadores de este órgano de la Asociación de Escritores del Caribe (Asecaribe) han llegado ya a sesenta números.

10. BALANCE

Como en los años anteriores, todavía no se consolida la relación entre los grupos de investigación, aunque ya se insinúa, a partir de temas y perspectivas comunes. Sin embargo, es imperioso buscar la integración de los estudiosos de toda la región a través de una red de estudiosos de la literatura del Caribe en la que se registren las actividades de sus miembros, se abran debates, se difundan los trabajos y se compartan bibliografías y proyectos.

Siguiendo el ejemplo de la colección *El reino errante y Diente de León*, se hace necesaria la edición de una Biblioteca de autores del Caribe colombiano que recupere y difunda autores cuya obra yace dispersa en revistas y periódicos, como la de Víctor Manuel García Herreros, o no se ha vuelto a editar, como la de Vidal Echeverrya.

De igual manera, sería pertinente hacer una antología de textos literarios relacionados con el conflicto, como por ejemplo, *Libranos del bien*, de Alonso Sánchez Baute, a fin de elevar el nivel de las reflexiones que se viene con el posconflicto.

La escasa producción bibliográfica de las universidades del Caribe se constituye en una amenaza que, tal vez, podría ser subsanada mediante la edición virtual, como lo está haciendo la Biblioteca Nacional con la literatura colombiana.

Es muy positiva la perspectiva incluyente de las líneas de investigación novedosas y plurales, que avanzan con paso firme hacia la investigación en zonas inexploradas en el Gran Caribe.

Destacable asimismo es el abordaje, junto a los autores canónicos, de otros recientes o jóvenes o menos trajinados por la crítica.

Conviene, por último, destacar la interesante experiencia de la Gobernación del Atlántico, que becó a veinticinco profesores para que adelantaran la Maestría en Literatura. De seguro sus efectos se verán en poco tiempo en una relación mucho más plena con la literatura por parte de los alumnos de esos maestros.

Los estudios literarios del Caribe colombiano, a diferencia de la economía y la política, gozan de buena salud.

REFERENCIAS

- Abdala, Y. (2005). *El devenir de la creación. Marvel Moreno: escritura, memoria, tiempo*, Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Alemán, C.; Ortiz, Á. P.; Martínez, G. (2010). *En cada casa un piano. Memorias de Carlos Alemán Zabaleta*, Bogotá: Trilce.
- Álvarez, I. (2007). *El país de las aguas: revelaciones y voces de la Mojana en la vida y obra de Gabo*. Sincelejo: multigráficas.
- Araújo, O. (2013). *Gabriel García Márquez. El Caribe y los espejismos de la modernidad*, Barranquilla: Universidad del Norte.
- Araújo, O. (2015). *El legado de Macondo. Antología de críticos sobre Gabriel García Márquez*, Barranquilla: Editorial Universidad del Norte.
- Arboleda González, Carlos (2012). Navegando en un cuento. Charlas con David Sánchez Juliao. Manizales: Panamérica.
- Bancelin, C. (2012). *Vivir sin fórmulas. La vida intensa de Álvaro Cepeda Samudio*, Bogotá: Planeta.
- Calderón, L. E. (2014). *Macondo visionado: textos primeros de Antonio Bruges Carmona sobre folclor y música costeña*, Barranquilla: La Iguana Ciega.
- Caneva, R. (2012). *Y otras canoas bajan el río...*, Bogotá: Diente de León.
- Castillo, A. (2006). "Un conjuro contra la nada literaria y vital", *Revista Aguaita*, núm. 15, pp. 155-157.
- Castillo, A.; Urrea, A. (2009). *Roberto Burgos Cantor. Memoria sin guardianes*, Cartagena: Observatorio del Caribe.

- Castillo, A.; Vilorio, J. (2014). *Caribe literario: siete ensayos sobre cultura y literatura del Caribe colombiano*, Santa Marta: Universidad del Magdalena.
- Castro, G. A. (2013). *Entre el mundo del lenguaje y la memoria. Siete ensayos literarios alrededor de la poesía de Héctor Rojas Herazo*, Bucaramanga: SIC.
- Cepeda Samudio, Álvaro (2015). *Obra literaria*. Edición crítica de Fabio Rodríguez Amaya. Colección Archivos, 66. Poitiers: CRLA-Archivos-Alción.
- Celis, N. (2015). *La rebelión de las niñas: el Caribe y la "conciencia corporal"*, Madrid/Frankfurt: Iberoamericana Vervuert.
- Chamorro, A. N. (2008). *Casa no-velada. Análisis de la novelística de Héctor Rojas Herazo*, Bogotá: Universidad Santo Tomás.
- Cuartas, J. M. (2006). *Marvel Moreno, treinta años de "escritura de mujer"*, Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Díaz-Granados, J. L. (2013). *Gabo en mi memoria*, Bogotá: Ediciones B.
- Duchesne, J. (2015). *Hermosos invisibles que nos protegen. Antología wayuu*. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, Universidad de Pittsburgh.
- Feliciano, H. (2012). *Gabo periodista*, Cartagena: Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano.
- Ferrer, G. A. (2016). *La poética del Caribe continental. Lírica del Caribe colombiano contemporáneo*, Estados Unidos: Universidad de Pittsburg.
- García, J. (2015). *Cómo aprendió a escribir*, Bogotá: Collage.
- García, K. A. (2014). *Raíces de la memoria. Ficción y posmodernidad en la narrativa de Roberto Burgos Cantor*, Cali: Universidad del Valle.
- Gilard, J. (2012). "Irrupción de la pasión en una vida rutinaria. (Reseña del libro *Memoria de mis putas tristes* de Gabriel García Márquez)", *Aguaita*, núm. 23, p. 161.
- Gilard, J. (2015). *Así leí a García Márquez*, Bogotá: Collage.
- González, D. (2011). *Barranquilla: centro de diálogo del cosmos andino y caribeño*, Alemania: Académica Española.
- Grosch Obregón, Tatiana; Londoño, María, eds. (2009). *Travesías por la geografía garciamarquiana*, Cartagena: Universidad Tecnológica de Bolívar.
- Henríquez, G. (2016). *Ciénaga y Barranquilla en las claves de Gabriel García Márquez*.
- Madiedo, M. M. (2010). *La maldición*, Bogotá: Diente de León.
- Martínez, A. (2011). *José Félix Fuenmayor. Entre la tradición y la vanguardia*, Cartagena: Observatorio del Caribe Colombiano.
- Mattos, J. (2015). *En la madriguera del genio*, Bogotá: Collage.
- Mercado, J.; Montes, R. (2003). *Antología del cuento caribeño*, Magdalena: Universidad del Magdalena.

- Olaciregui, J. (2015). *Vida cotidiana en tiempos de García Márquez*, Bogotá: Collage.
- Ortega, M.; Penenrey, J. (2017). *Todos me miran. América Latina y el Caribe desde los estudios de género*, Barranquilla: Universidad del Atlántico.
- Otálvaro, Rubén Darío, ed. (2012). *Ellas escriben en el Caribe. Antología de mujeres poetas del Caribe colombiano*. Montería: Universidad de Córdoba.
- Paternostro, S. (2014). *Soledad y compañía. Un retrato compartido de Gabriel García Márquez*, Bogotá: Penguin Random House.
- Peña, B. (2007). *Los laberintos del artífice: hacia una teoría de la novela en Héctor Rojas Herazo*, Bogotá: Uniandes.
- Rentería Mantilla, Alfonso (1979), *García Márquez habla de García Márquez en 33 grandes reportajes*. Bogotá: Rentería Editores.
- Roca Baena, Julio, “Prehistoria de un genio”, *Intermedio-Suplemento del Caribe*, 21 de marzo de 1982: 10
- Santos, E. (2009, julio-diciembre) “El jardín y la torre. Poéticas de la culpabilidad y la inocencia en Héctor Rojas Herazo”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 10, pp. 13-34.
- Strathern, P. (2016). *García Márquez en 90 minutos*, Madrid: Siglo XXI.
- Suescún, Á. (2015). *Gabito nuestro de cada día*, Bogotá: Collage.
- Tatis, Gustavo (2007). Gustavo Ibarra Merlano. *Un humanista frente al mar*. Cartagena: Espitia.
- Tatis, G. (2015). *García Márquez: la llave secreta de Melquíades*, Bogotá: Collage.
- Tatis, G. (2016). *La rosa amarilla del prestidigitador García Márquez*, Bogotá: Collage.

ANEXO 1

CRONOLOGÍA DE LOS ESTUDIOS LITERARIOS EN EL CARIBE COLOMBIANO (2005-2017)

LIBROS

(2005)

Abdala, Y. *El devenir de la creación. Marvel Moreno: escritura, memoria, tiempo*, Bogotá: Ministerio de Cultura.

(2006)

Cuartas, J. M. *Marvel Moreno, treinta años de “escritura de mujer”*, Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.

De la Espriella, C. Álvaro Cepeda Samudio. *Nueva visión de la narrativa colombiana*, Bogotá: Biblioteca de Cultura.

(2007)

Font, J. *García Márquez. Más de medio siglo de anecdotario inédito sobre el nobel colombiano según la memoria de uno de sus más antiguos amigos*, Yunagar.

García, J. *El fuego que perdura. Antología poética*, Cartagena: Universidad de Cartagena.

García, J. *García Márquez en Cartagena. Sus inicios literarios*, Cartagena: Universidad de Cartagena.

García, J. *Presencia del ausente: homenaje a Gabriel García Márquez*, Buenos Aires: Sudamericana.

López, L. C. *Obra poética*, Cartagena: Universidad de Cartagena.

Peña, B. *Los laberintos del artífice: hacia una teoría de la novela en Héctor Rojas Herazo*, Bogotá: Uniandes.

Sánchez, F. *La medicina en la obra de Gabriel García Márquez*, Bogotá: Universidad Central.

Sierra, A. *Dos o tres inviernos. Novela*, Cartagena: Universidad de Cartagena.

Tatis, G. *Gustavo Ibarra Merlano. Un humanista frente al mar*, Cartagena: Espitia.

(2008)

Chamorro, A. N. *Casa no-velada. Análisis de la novelística de Héctor Rojas Herazo*, Bogotá: Universidad Santo Tomás.

Durán, M. *Novela y dictadores en América Latina. La identidad en ficción, pensamiento y forma*, Bogotá: Rocca.

Universidad del Atlántico, Vicerrectoría de Investigaciones. *El Caribe. Las ciencias humanas y el arte*, Barranquilla: Universidad del Atlántico.

Tatis, Gustavo. *El mundo según Germán Espinosa*. Bogotá: Icono.

(2009)

Abello, A. *et al. Travesías por la geografía garciamarquiana*, Cartagena: Universidad Tecnológica de Bolívar.

Castillo, A.; Urrea, A. *Roberto Burgos Cantor. Memoria sin guardianes*, Cartagena: Observatorio del Caribe.

Martin, G. *Gabriel García Márquez. Una vida*. Estados Unidos: Random House Mondadori.

Parga, B. *La maestra y el Nobel*, Bogotá: La Oveja Negra.

Suescún, Á. *Ceniza salobre. Entrevista con Gustavo Ibarra Merlano*, Cartagena: Universidad Tecnológica de Bolívar.

(2010)

Aushuna, V. *Shiinalu'uirua shiirua ataa, en las hondonadas maternas de la piel*, Bogotá: Ministerio de Cultura.

Alemán, C.; Ortiz, Á. P.; Martínez, G. *En cada casa un piano. Memoria de Carlos Alemán Zabaleta*, Bogotá: Trilce.

Caballero, A. *Omeros de Derek Walcott y Simulación de un reino de Álvaro Miranda: poética de la deconstrucción del canon*, Barranquilla: Universidad del Atlántico.

Ferrer, G. *La poética de Luis Carlos López*, Barranquilla: Universidad del Atlántico.

Fonseca, C. I. *et al. De Alicia adorada a Carito, memorias sobre la modernidad en el Caribe colombiano*, Cartagena: Universidad de Cartagena.

Madiedo, M. M. *La maldición*, Bogotá: Diente de León.

Marquínez, G. *El mundo mágico de García Márquez*, Bogotá: El Búho.

Motato, H. *La parodia de la dictadura: un diálogo con la historia en la narrativa garciamarquiana*, Bucaramanga: Universidad de Santander.

Múnera, A. *Manuel Zapata Olivella, por los senderos de sus ancestros*, Bogotá: Ministerio de Cultura.

Robinson, H. *No te rindas: No give up Maan!*, Bogotá: Ministerio de Cultura.

(2011)

Celis Salgado, N. *Lección errante: Mayra Santos-Febres y el Caribe contemporáneo* (coeditado con J. P. Rivera), San Juan: Isla Negra.

González, D. *Barranquilla: centro de diálogo del cosmos andino y caribeño*, Alemania: Académica Española.

López-Baralt, M. *Una visita a Macondo. Manual para leer un mito*, Puerto Rico: Callejón.

Martínez, A. *José Félix Fuenmayor. Entre la tradición y la vanguardia*, Cartagena: Observatorio del Caribe Colombiano.

Rueda, M. H. *La violencia y sus huellas. Una mirada desde la narrativa colombiana*, Madrid: Iberoamericana.

Santos, E. G. *Héctor Rojas Herazo. El esplendor de la rebeldía*, Cartagena: Pluma de Mompox.

Santos, E. G. *Retorno a las catedrales*, Cartagena: Universidad de Cartagena. Universidad del Atlántico, Vicerrectoría de Investigaciones. *Explorando el Caribe*, Barranquilla: Universidad del Atlántico.

(2012)

Araújo, O. *Nostalgia y mito. Ensayos de crítica literaria*, Barranquilla: Editorial Universidad del Norte.

Arboleda, C. *Navegando en un cuento. Charlas con David Sánchez Juliao*, Manizales: Panamericana Formas e Impresos.

Bancelin, C. *Vivir sin fórmulas. La vida intensa de Álvaro Cepeda Samudio*, Bogotá: Planeta.

Caneva, R. *Y otras canoas bajan el río...*, Bogotá: Diente de León.

Cepeda, Á. *La casa grande*, Bogotá: El Áncora.

Feliciano, H. *Gabo periodista*, Cartagena: Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano.

López, C. *Memorias de Macondo. Cuando un territorio de imaginación visitó la FILBo*, Bogotá: Ministerio de Cultura.

Otálvaro, R. D. *Ellas escriben en el Caribe*, Montería: Universidad de Córdoba.

Paz, E. *Enfoque analítico de la obra narrativa de Gabriel García Márquez. Aproximación a la ideología de sus textos*, USA: Paperback.

(2013)

Castro, G. A. *Entre el mundo del lenguaje y la memoria. Siete ensayos literarios alrededor de la poesía de Héctor Rojas Herazo*, Bucaramanga: SIC.

Del Río, J. *El cine según García Márquez*, Cuba: ICAIC, IECTV.

Díaz-Granados, J. L. *Gabo en mi memoria*, Bogotá: Ediciones B.

González, N. *Colombia, una nación en formación en su historia y literatura (siglos XVI-XXI)*, Madrid: Iberoamericana.

Santos, E. G. *Cartografías de la imaginación. Ensayos sobre literatura hispanoamericana y del Caribe*, Cartagena: Universidad de Cartagena.

Vanegas, B. *El canto de las moscas y la predicación sobre la violencia ocultada*, Bucaramanga: Universidad de Santander.

(2014)

Araújo, O. *Eros a contraluz. El erotismo en la cuentística de Germán Espinosa*, Barranquilla: Editorial Universidad del Norte.

Benavides, A. C. *La soledad de Macondo o la salvación por la memoria*, Bogotá: Siglo del Hombre.

Calderón, L. E. *Macondo visionado: textos primeros de Antonio Bruges Carmona sobre folclor y música costeña*, Barranquilla: La Iguana Ciega.

Castillo, A.; Vilorio, J. *Caribe literario: siete ensayos sobre cultura y literatura del Caribe colombiano*, Santa Marta: Universidad del Magdalena.

García, K. A. *Raíces de la memoria. Ficción y posmodernidad en la narrativa de Roberto Burgos Cantor*. Cali: Universidad del Valle.

Gómez, R. *Reflexiones críticas*. Cartagena: Universidad de Cartagena.

Paternostro, S. *Soledad y compañía. Un retrato compartido de Gabriel García Márquez*, Bogotá: Penguin Random House.

Said, R. *Cinco escalones para llegar a Gabriel García Márquez*, Cúcuta: Arte Impreso.

(2015)

Araújo, O. *El legado de Macondo. Antología de críticos sobre Gabriel García Márquez*. Barranquilla: Editorial Universidad del Norte.

Celis, N. *La rebelión de las niñas: el Caribe y la “conciencia corporal”*, Madrid/Frankfurt: Iberoamericana Vervuert.

Constaín, J. E. *Gabo contesta*, Bogotá: Intermedios.

Díaz, Á. *Gabriel García Márquez: cien años de eternidad (humor, papel y ceniza)*, Madrid: Verbum.

Duchesne, J. *Hermosos invisibles que nos protegen. Antología Wayuu*, Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, Universidad de Pittsburgh.

García, J. *Cómo aprendió a escribir*, Bogotá: Collage.

Gilard, Jacques. *Así leí a García Márquez*, Bogotá: Collage.

Giménez, E. et al. *La soledad solidaria del Gabo. Obra narrativa de Gabriel García Márquez*, Venezuela: Festivales.

Mattos, J. *En la madriguera del genio*, Bogotá: Collage.

Moreno, J. *Transculturación narrativa: la clave wayúu en Gabriel García Márquez*, Cali: Universidad del Valle.

Olaciregui, J. *Vida cotidiana en tiempos de García Márquez*, Bogotá: Collage.

Rodríguez, F.; Gilard, J. *Álvaro Cepeda Samudio. Obra literaria*, Argentina: Alción.

Suescún, Á. *Gabito nuestro de cada día*, Bogotá: Collage.

Tatis, G. *García Márquez: la llave secreta de Melquíades*, Bogotá: Collage.

Vizcaino, E. *Antología literaria de Glicerio Tomás Pana Uriana*, Barranquilla: Santa Bárbara.

Zuluaga, C. *Leer a García Márquez*, Bogotá: Uniandes.

(2016)

Araújo, O. *Gabriel García Márquez. El Caribe y los espejismos de la modernidad*, Madrid: Editorial Verbum/Editorial Universidad del Norte.

Bejarano, F. A. *Gabriel García Márquez, la pluma arquitecta*, Medellín: Impresores de Libros.

Encuentro Internacional de Periodismo. “Gabo”, *periodista / Memorias Encuentro Internacional de Periodismo*, Bogotá: Universidad Externado de Colombia.

Ferrer, G. A. *La poética del Caribe continental. Lírica del Caribe colombiano contemporáneo*, Estados Unidos: Universidad de Pittsburgh.

Henríquez, G. *Ciénaga y Barranquilla en las claves de Gabriel García Márquez*.

Morenos Blanco, J. *Gabriel García Márquez, literatura y memoria*, Cali: Universidad del Valle.

Mutis, S. *Sindéresis. Dos ensayos: Álvaro Mutis, Gabriel García Márquez*, Bogotá: Uniandes.

Strathern, P. *García Márquez en 90 minutos*, Madrid: Siglo XXI.

Tatis, G. *La rosa amarilla del prestidigitador García Márquez*, Bogotá: Collage.

(2017)

Araújo, O. *El tejido de la brisa. Nuevos asedios a la obra de Marvel Moreno y Germán Espinosa*, Barranquilla: Editorial Universidad del Norte.

Biblioteca Nacional de la República Argentina. *El año mágico de García Márquez*, Buenos Aires: Biblioteca Nacional. Moreno, J. *Cien años de soledad 50 años después*, Cali: Universidad del Valle.

Ortega, M.; Penenrey, J. *Todos me miran. América Latina y el Caribe desde los estudios de género*, Barranquilla: Universidad del Atlántico.

Zuluaga, C. *Gabriel García Márquez: no moriré del todo*, Bogotá: Luna Libros.

ANEXO 2

CRONOLOGÍA DE LOS ESTUDIOS LITERARIOS EN EL CARIBE COLOMBIANO (2009-2017)

ARTÍCULOS

(2009)

Alfaro, A. (julio-diciembre). “*Después del paraíso, ¿libro apócrifo?*”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 10, pp. 87-104.

Arriaga, E. (enero-junio). “*I and I: vida, muerte y libertad en Changó, el gran putas*, de Manuel Zapata Olivella”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 9, pp. 197-205.

Bautista, Á. “Raúl Gómez Jattin: las fronteras del río Sinú”, *Poligramas*, núm. 31, pp. 107-117.

Bolaño, A. (julio-diciembre). “La máscara, el sueño y la embriaguez. Giovanni Quessep a través de la escritura apolínea”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 10, pp. 51-71

Caballero, A. (julio-diciembre). “Giovanni Quessep: a poet with a multi-divided soul”, *Cuadernos de literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 10, p. 35.

Cabarcas, M. (enero-junio). “Tambores en la noche: las cenizas de los antepasados”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 9, pp. 237-240.

Castillo, A. “El carnaval a cuestras de Jaime Manrique Ardila”, *Poligramas*, núm. 31, pp. 71-81

Ferrer, G. (julio-diciembre). “Geografía poética de Giovanni Quessep”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 10, pp. 73-85.

Figueroa, C. R. (enero-junio). “*La ceiba de la memoria* de Roberto Burgos Cantor: perspectivismo, neobarroco, acceso a la memoria histórica e incertidumbres de la escritura”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 9, pp. 141-159.

Henao, D. “Poder y gamonalismo en *Los funerales de la Mamá Grande*”, *Poligramas*, núm. 31, pp. 119-127.

Julio, A. (enero-junio). “Jorge Artel. La construcción de lo afro en la poética de Jorge Artel”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 9, pp. 95-106.

Lora, M. I. (enero-junio). “Reescritura y memoria histórica en *La ceiba de la memoria* de Roberto Burgos Cantor”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 9, pp. 129-139.

Meza, J. (julio-diciembre). “Muerte de Merlín de Giovanni Quessep: de la condena a la ensoñación de la fábula”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 10, pp. 113-120.

Mutis, S. (julio-diciembre). “Todo nos será negado. (Un acecho a la poesía de Giovanni Quessep)”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 10, pp. 9-12.

Ordóñez, J. E. (julio-diciembre). “Giovanni Quessep, el encantado”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 10, pp. 105-111.

Ortiz, J.; Valdelamar, L. (enero-junio). “La actividad intelectual de Candelario Obeso: entre el reconocimiento y la exotización”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 9, p. 349.

Osorio, V. (julio-diciembre). “*Laúd memorioso*: la estética de la vuelta al pasado”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 26, p. 200.

Pacheco, R. (julio-diciembre). “Metamorfosis del tiempo o el círculo de la existencia en la poética de Giovanni Quessep”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 10, pp. 121-130.

Puello, C. P. (enero-junio). “*Poemas de Calle Lomba* de Pedro Blas Julio Romero: resistencia barroca en el arrabal americano”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 9, p. 75.

Ramírez, G. (diciembre). “La más ambiciosa crónica de la parábola vital y literaria de nuestro Nobel. (Reseña del libro *Gabriel García Márquez. Una vida*, de Gerald Martin)”, *Aguaita*, núm. 21, p. 142.

Robledo, J. F. (julio-diciembre). “Giovanni Quessep, el poeta que espera con Merlín bajo el espino blanco”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 10, pp. 131-141.

Santos, E. (julio-diciembre). “El jardín y la torre. Poéticas de la culpabilidad y la inocencia en Héctor Rojas Herazo”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 10, pp. 13-34.

Tedio, G. “Maracas en la ópera o la reescritura de algunos hitos culturales e históricos en el Caribe colombiano”, *Poligramas*, núm. 31, pp. 129-139.

Tedio, G. (junio). “Charlas con un hombre que lo sabía todo”. (Reseña del libro *Entrevistas con Gustavo Ibarra Merlano*, de Álvaro Suescún), *Aguaita*, núm. 19-20, p. 147.

Valdelamar, L. (enero-junio). “La cuestión del mestizaje y la categoría episódico-existencial del Muntú en *La rebelión de los genes* y *Changó, el gran putas*, de Manuel Zapata Olivella”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 9, pp. 207-217.

Vega Castro, Lyda Luz (junio). “El efecto Mossar en literatura”. (Reseña del libro *El amor brujo o historia de la guitarra y el piojo*, de Guillermo Tedio, *Aguaita*, núm. 19-20, p. 149.

Vega, L. L. (julio-diciembre). “Carta imaginaria a Giovanni Quessep”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*.

(2010)

Arévalo, G. A. (enero-junio). “La escritura y Roberto Burgos Cantor. A propósito de *La ceiba de la memoria*”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 27, p. 238.

Ariza, O. A. (julio-diciembre). “La picaresca en las canciones vallenatas como manifestación concreta de una ideología”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 12, pp. 91-102.

Bolaño, A. (julio-diciembre). “Oralidad, anticanon y conciencia de identidad en la poesía de Candelario Obeso”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 12, pp. 23-50.

Castillo, A. (julio-diciembre). “Literatura y lucidez creadora en los cantos de Adolfo Pacheco”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 12, pp. 103-134.

Celis, N. “Algo tan feo en la vida de dos señoras bien: los relatos de formación de Marvel Moreno y Rosario Ferré”, *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, vol. 34, núm. 3, pp. 559-580.

Celis, N. (junio). “Del amor, la pederastia y otros crímenes literarios: América Vicuña y las niñas de García Márquez”, *Poligramas*, núm. 33, pp. 29-55.

Correa, G. (enero-junio). “Negar la cafre realidad, inventarse, salir a ser otra y estrenarse otra vez, recién nacida: de la deformidad asignada a la reinención del sí mismo orgulloso”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 11, pp. 215-229.

Giraldo, Y. (enero-junio). “La percepción de su reflejo... (Aproximación a la poética de Gioconda Belli)”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 11, pp. 111-131.

Gutiérrez, A. (enero-junio). “Instancias y distancias del estereotipo femenino en *Señora de la miel* de Fanny Buitrago”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 11, pp. 13-40.

Jalk, L. (julio-diciembre). “Oralidad más escritura es igual a *Tres tristes tigres*”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 12, pp. 11-22.

Martínez, A. (julio-diciembre). “Visión del diablo en el discurso ficcional de dos cuentistas del Caribe colombiano: José Félix Fuenmayor y Guillermo Tedio”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 12, pp. 51-67.

Morillo, M. (enero-junio). “La arquetípica del yo: la personalidad de la voz en la poética de Raúl Gómez Jattin”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 11, pp. 57-73.

Ortega, K. L. (enero-junio). “Seres abyectos: ¿La muerte del ser como sujeto? (Aproximación a dos cuentos de Ángel Santiesteban Prats)”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 11, pp. 139-153.

Ruiz, M. M. (julio-diciembre). “Una lectura de la novela *Cosme* de José Félix Fuenmayor. Apuntes para una edición crítica”, *Estudios de Literatura Colombiana*, núm. 27, pp. 197-210.

Silva, M. (julio-diciembre). “La semilla de la independencia en la novela histórica de Germán Espinosa”, *Estudios de Literatura Colombiana*, núm. 27, pp. 135-153.

Torres, Ó. (enero-junio). “Rapsoda vallenato: crónica y literatura”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 27, p. 281.

Urango, J. C. (julio-diciembre). “Entre lo narrativo y lo descriptivo. ¿Qué predomina en la música de acordeón del Caribe colombiano?”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 12, pp. 169-189.

Vega, L. (julio-diciembre). “Yo, Freddy”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 12, pp. 149-167.

(2011)

Bolaño, A. (mayo). “La insumisión poética contra la muerte y el silencio”. (Reseña del libro *Obra poética* de Héctor Rojas Herazo), *Aguaita*, núm. 22, p. 139.

Bolaño, A. (mayo). “La restitución del sueño y la memoria”. (Reseña del libro *Metamorfosis del jardín* de Giovanni Quessep), *Aguaita*, núm. 22, p. 138.

Bolaño, A. (mayo). “Un giro lírico importante”. (Reseña del libro *Candiles en la niebla* de Héctor Rojas Herazo), *Aguaita*, núm. 22, p. 140.

Bustos, R. (julio-diciembre). “Miradas provisionarias sobre tres novelas urbanas: *Días así* (Raymundo Gomezcáseres), *Tres informes* (Efraim Medina Reyes), *Lecciones de vértigo* (Pedro Badrán)”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 14, pp. 107-121.

Caballero, A. (2011a, enero-junio). “Álvaro Miranda: la recreación del reino del Caribe, sus voces y sus silencios y la deconstrucción del canon poético de

Occidente”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 13, pp. 129-145.

Caballero, A. (2011b, julio-diciembre). “Bello animal: una mirada caribeña del mundo posmoderno”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 14, pp. 79-91.

Castillo, A. (enero-junio). “La narrativa experimental de Álvaro Cepeda Samudio”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 13, pp. 101-128.

Castro, G. D. (enero-junio). “Meira Delmar: travesía por su voz poética”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 13, pp. 85-99.

Ferrer, G. A. (2011a, enero-junio). “La poética de Héctor Rojas Herazo”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 13, pp. 15-44.

Ferrer, G. A. (2011b, julio-diciembre). “Poética e identidad en Raúl Gómez Jattin”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 14, pp. 143-169.

Ferrer, Y. (2011a, enero-junio). “Guillermo Tedio: el cuento con ojos”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 13, pp. 153-166.

Ferrer, Y. (2011b, enero-junio). “La “arquitectura estética” de una poética del Caribe colombiano: el caso de Luis Carlos López visto por Gabriel Ferrer Ruiz”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 13, pp. 224-226.

Ferrer, Y. (2011c, julio-diciembre). “El espacio-tiempo vital recuperado”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 14, pp. 93-105.

Ferrer, Y. (2011d, julio-diciembre). “Remedios contra el “alzhéimer cultural”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 14, pp. 187-192.

Figuroa, C. R. (julio-diciembre). “La cuentística de Andrés Elías Flórez Brum: una poética de resistencia frente a la adversidad”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 14, pp. 123-142.

Garcés González, J. L. (julio-diciembre). “La narrativa fundamentada de Naudín Gracián”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 14, pp. 171-183.

Gutiérrez, A. (enero-junio). “José Luis Garcés González, escritor universal del Sinú”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 13, pp. 167-186.

Maglia, G. (mayo). “Distintas estrategias poéticas de resistencia en el complejo campo literario del Caribe afrohispanico”, *Aguaita*, núm. 22, p. 134.

Ordóñez, J. E. (julio-diciembre). “Estructura mítica en *El hostigante verano de los dioses*”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 14, pp. 27-45.

Ortega, M. G. (enero). “Temáticas recurrentes en la poesía de Jorge Artel”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 13, pp. 69-83.

Plata, J. (enero-junio). “El teatro de Fanny Buitrago”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 13, pp. 147-151.

Rodríguez, Y. (julio-diciembre). “De la ruina a la soledad en *Respirando el verano*”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 14, pp. 15-26.

Santos, E. (julio-diciembre). “Cosme o el ocaso de los hombres. (Aproximación a la novela de José Félix Fuenmayor)”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 14, pp. 47-58.

Tedio, G. (mayo). “Fernando Denis o la conciencia del poema”. (Reseña del libro *La geometría del agua* de Fernando Denis), *Aguaita*, núm. 22, p. 141.

Valdelamar, L. (enero-junio). “La poesía de Rómulo Bustos”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 13, pp. 187-218.

Vega, W. E. (2011a, enero-junio). “La saga de Cedrón. La escritura de la decadencia del orden comunal”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 13, pp. 45-67.

Vega, W. E. (2011b, julio-diciembre). “Julio Olaciregui, *Los domingos de Charito y Dionea*: negación y nostalgia desde el exilio”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 14, pp. 59-77.

(2012)

Araújo, O. “Germán Espinosa: transgresión y continuidad en la tradición literaria colombiana”, *Atenea* (Chile), núm. 506, pp. 57-69.

Bolaño, A. (diciembre). “Un estudio comparativo importante y singular”, *Aguaita*, núm. 24, p. 134.

Celis Salgado, N. “In the Beginning There Was Violence: Marvel Moreno’s *En diciembre llegaban las brisas*, or the Genealogy of Power”, en: E. Cibeiro y F. López, *Global Issues in Contemporary Hispanic Women’s Writing: Shaping Gender, the Environment, and Global Politics*, New York: Routledge, pp. 176-193.

Celis Salgado, N. “The Rhetoric of Hips: Shakira’s Embodiment and the Quest for Caribbean Identity”, en: I. Fulani (ed.), *Archipelagos of Sound. Transnational Caribbeanities, Women and Music*, Kingston: University of West Indies Press, pp. 191-216.

Cobo, G. (mayo). “David Sánchez Juliao (1941-2011)”, *Aguaita*, núm. 23, p. 158.

Cobo, G. (mayo). “José Luis Díaz-Granados, poeta”, *Aguaita*, núm. 23, p. 156.

Collazos, O. (mayo). “Para leer el Caribe”, *Aguaita*, núm. 23, p. 148.

Figuerola, C. R. (mayo). “El hacer cotidiano del país silenciado”. (Reseña del libro *Una siempre es la misma* de Roberto Burgos Cantor)”, *Aguaita*, núm. 23, p. 154.

Gilard, J. “Irrupción de la pasión en una vida rutinaria. (Reseña del libro *Memoria de mis putas tristes* de Gabriel García Márquez)”, *Aguaita*, núm. 23, p. 161.

Herrera, P. (mayo). “*Un asilo en la Goajira*. Novela histórica”, *Aguaita*, núm. 23, p. 11.

Montes, R. (diciembre). “En cada cuenta está su ‘corralito de piedra’. (Reseña del libro *Plátano en tentación y otras especies* de Francisco Pinaud)”, *Aguaita*, núm. 24, p. 136.

Montoya, P. (diciembre). “Fugacidad en la permanencia”. (Reseña del libro *El secreto de Alicia* de Roberto Burgos Cantor)”, *Aguaita*, núm. 24, p. 137.

Puello, C. P.; Cardona, S. P. (enero-junio). “Revista cultural *En tono menor*: ‘intelectuales y el debate cultural a finales de la década del setenta en la ciudad de Cartagena’”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 15, pp. 15-36.

Tedio, G. (diciembre). “La realidad imita la ficción”. (Reseña del libro *Pequeñas bestias* de Naudín Gracián)”, *Aguaita*, núm. 24, p. 140.

Tedio, G. (mayo). “*Textos de medianoche* o la ética del buen leer”. (Reseña del libro *Textos de medianoche* de José Luis Garcés)”, *Aguaita*, núm. 23, p. 152.

(2013)

Araújo, O. “La memoria como ficción. Una estética de la historia en Juan José Saer y Germán Espinosa”, *Alpha* (Chile), núm. 37, pp. 105-114.

Castillo, A. (diciembre). “Crítica colombiana reciente en torno a García Márquez”, *Aguaita*, núm. 25, p. 145.

Castillo, A.; Abello, A. “De Colombia llega un barco cargado de poesía. Antología de poetas colombianos del Caribe”, *Del Caribe*, núm. 59, p. 81.

Castillo, A. “Gabriel García Márquez y la música de acordeón en el Caribe colombiano”, *Del Caribe*, núm. 59, p. 103.

Celis, N. (enero-junio). “Bailando el Caribe: corporalidad, identidad y ciudadanía en las plazas de Cartagena”, *Caribbean Studies*, vol. 41, núm. 1, pp. 27-61.

Celis, N. (julio-diciembre). “Entre el fetiche y el cuerpo ‘propio’: las niñas en las escritoras del Caribe hispano”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 18, pp. 15-34.

Díaz, E. (julio-diciembre). “Discusiones encarnizadas: el cuerpo de la intelectual orgánica en la poesía de Márgara Russotto”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 18, pp. 211-236.

Goyes, J. C. “Escolios y simulaciones a un reino poético: la poesía de Álvaro Miranda”, *Del Caribe*, núm. 59, p. 93.

Ortega, M. (enero-junio). “Igualdad y diferencia: la construcción de lo femenino en la obra de Marvel Moreno”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 17, pp. 89-103.

Vidal, L. A. (julio-diciembre), “Yo, Tituba, la bruja negra de Salem, de Maryse Condé”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 18, pp. 167-194.

(2014)

Araújo, O. “Traducir a Gabo”, en: *Gabriel García Márquez: de la letra a la memoria* (pp. 155-164). Ciudad de México: Programa Editorial del Gobierno de la República.

Arrieta, R. (junio). “La argumentación y otros elementos discursivos en las canciones de Adolfo Pacheco Anillo”, *Revista Vallenatología*, vol. 1, p. 157.

Bolaño, A. (julio-diciembre). “Mercado, José Ramón (2013), *Pájaro amargo*. (Reseña)”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 20, pp. 149-151.

Buitrago, H. (julio-diciembre). “Análisis sociocrítico del poema ‘La herencia del placer’ de Raúl Gómez Jattin”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 20, pp. 39-50.

Calderón, L. E. (julio-diciembre). “Antonio Brugés Carmona. Música costeña / Realismo mágico”, *Revista de Estudios Colombianos*, núm. 44, p. 5.

Castillo, A. (diciembre). “Macondo: país invitado de honor”, *Aguaita*, núm. 26, p. 116.

Castillo, A. (julio-diciembre). “La literatura del Caribe colombiano: desfase abismal entre creación y crítica”, *Revista de Estudios Colombianos*, núm. 44, p. 1.

Castillo, A. (junio). “Gabriel García Márquez y la música del acordeón en el Caribe colombiano”, *Revista Vallenatología*, vol. 1, p. 30.

Celis Salgado, N. (julio-diciembre). “La magia de contar historias: Fanny Buitrago en conversación con Nadia Celis Salgado”, *Revista de Estudios Colombianos*, núm. 44, pp. 48-52.

Del Valle, M. M. (julio-diciembre). “Casas desoladas: una imagen de San Andrés isla”, *Revista de Estudios Colombianos*, núm. 44, p. 53.

García, E. (julio-diciembre). “Mitografías de la destrucción: revisionismo poético y mundo solar en la poesía de Héctor Rojas Herazo”, *Revista de Estudios Colombianos*, núm. 44, p. 18.

García, J. (diciembre). “Árabes en Macondo”, *Aguaita*, núm. 26, p. 105.

Jaramillo, M. M. (julio-diciembre). “Hotel de vagabundos: crisol racial de las Américas”, *Revista de Estudios Colombianos*, núm. 44, p. 13.

Jaramillo, M. M.; Ortiz, L. (julio-diciembre). “Guioamar Cuesta y Alfredo Ocampo, compiladores. *Antología de mujeres poetas afrocolombianas*”, *Revista de Estudios Colombianos*, núm. 44, p. 57.

Lázaro, M. (julio-diciembre). “En diciembre llegaban las brisas de Marvel Moreno: una lectura desde el psicoanálisis”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 20, pp. 117-138.

Miranda, Á. (diciembre). “La Aracataca del niño Gabito”, *Aguaita*, núm. 26, p. 120.

Miranda, Á. (julio-diciembre). “Fue menester para la escritura entrecruzar el mar con los Andes, el pescado frito con la papa criolla, el carnaval y las marimondas con la misa y la magia permanente del arcoíris después de la lluvia”, *Revista de Estudios Colombianos*, núm. 44, p. 3.

Molano, A. (julio-diciembre). “Visión lírica en *Respirando el verano* de Héctor Rojas Herazo: un acercamiento a las relaciones entre novela y poesía”, *CLCH*, núm. 20, pp. 51-76.

Molina, F. (julio-diciembre). “El problema de la migración y la errancia en la cuentística de José Luis González”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 20, pp. 77-90.

Molina, F. (junio). “La oralidad en las canciones de Calixto Ochoa”, *Revista Vallenatología*, vol. 1, p. 225.

Montes, R. (junio). “Adolfo Pacheco, el poeta de los Montes de María”, *Revista Vallenatología*, vol. 1, p. 168.

Ortega, M. (julio-diciembre). “Femeneidades monstruosas en la obra de Marvel Moreno”, *Revista de Estudios Colombianos*, núm. 44, p. 33.

Pacheco, R. (julio-diciembre). “*Muerte y levitación de la ballena*, de Rómulo Bustos Aguirre: principios para una segunda inocencia”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 20, pp. 15-38.

Patiño, A. M. (julio-diciembre). “Las novelas de la sanandresana Hazel Robinson Abrahams”, *Revista de Estudios Colombianos*, núm. 44, p. 40.

Palencia-Roth, M. (julio-diciembre). “Nuestro García Márquez personal”, *Revista de Estudios Colombianos*, núm. 44.

Pernett, N. (diciembre). “La compañía bananera en la obra de Gabriel García Márquez”, *Aguaita*, núm. 26, p. 131.

Sánchez-Blake, S. (julio-diciembre). “Escritoras latinoamericanas: razón y locura”, *Revista de Estudios Colombianos*, núm. 44, p. 60.

Sánchez-Blake, S. (julio-diciembre). “Michael Edward Stanfield. *Of Beasts and Beauty: Gender, Race, and identity in Colombia*”, *Revista de Estudios Colombianos*, núm. 44, p. 62.

Valdés, P. A. (diciembre). “Mis años de *Cien años de soledad*”, *Aguaita*, núm. 26, p. 102.

Vega, L. (julio-diciembre). “Las mujeres de García Márquez: un retrato en sepia”, *Revista de Estudios Colombianos*, núm. 44, p. 27.

(2015)

Araújo, O. “La ficcionalización del erotismo en los cuentos de Germán Espinosa”, Francia: Caravelle, p. 105.

Archbold, J. W. (julio-diciembre). “*Las masculinidades de los hombres homosexuales en Plata Quemada*, de Ricardo Piglia”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 22, pp. 107-122.

Arrieta, R. (mayo). “La visión de lo femenino en el universo musical de Isaac Carrillo, el eco de la culpa originaria”, *Revista Vallenatología*, vol. 2, p. 135.

Bermúdez, J.; González, E.; Ventura, A. (enero-junio). “*Señora de la miel y Bello animal* de Fanny Buitrago: la belleza es puro cuento”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 21, pp. 83-102.

Castillo, A. (diciembre). “Calixto Ochoa: antecedente ignorado de *Cien años de soledad*”, *Aguaita*, núm. 27, p. 120.

Figuroa, C. (diciembre). “*Estrellas clandestinas* de Camilo José Guerra López: el consuelo de una poética de la trascendencia existencial”, *Aguaita*, núm. 27, p. 100.

García, J. (diciembre). “Árabes en Macondo. Ensayos y poemas”, *Aguaita*, núm. 27, p. 110.

González, A. (diciembre). “*La rebelión de las niñas* de Nadia V. Celis”, *Aguaita*, núm. 27, p. 106.

Medina, I. (mayo). “El machismo en las canciones vallenatas”, *Revista Vallenatología*, vol. 2, p. 51.

Motato, H. (mayo). “La presencia de la cultura vallenata en la obra garciamarquiana”, *Revista Vallenatología*, vol. 2, p. 92.

Oñate, Gerson (enero-junio), “Metamorfosis del mar: fuga, desierto y germen en el poema ‘Aguas’ de Raúl Hernández Novás”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 21, pp. 163-178.

Quintero, M. (mayo). “La juglaría en el decurso del siglo XX”, *Revista Vallenatología*, vol. 2, p. 121.

Rodríguez, M. (diciembre). “Sobre las confesiones de un joven místico. (Reseña del libro *Estrellas clandestinas* de Camilo José Guerra López)”, *Aguaita*, núm. 27, p. 97.

(2016)

Araújo, O. “Cosme, la marcha espantosa del que no sabe a dónde va”. (Prólogo a la novela *Cosme*, de José Félix Fuenmayor”, Universidad de los Andes / Universidad del Norte.

Araújo, O. “La ciudad y las letras. La Arenosa en la obra de Gabriel García Márquez”, Universidad del Valle, Cali.

Castillo, M. (mayo). “La literatura en la música. Relaciones cómplices en algunas canciones de Lisandro Mesa”, *Revista Vallenatología*, vol. 3, p. 118.

Celis, N. (abril-septiembre). “Tras medio siglo de *El hostigante verano de los dioses*: Fanny Buitrago y la ‘autenticidad’ Caribe”, *Revista Iberoamericana*, vol. LXXXII, núm. 255-256, pp. 471-486.

(2017)

Araújo, O. “*Cien años de soledad*, a medio siglo”, Universidad del Valle, Cali.

Araújo, O. “El rostro de los pergaminos. A propósito del primer medio siglo de *Cien años de soledad*”. (Traducción al inglés y al bengalí, en proceso).

Buitrago, H. “*Tríptico cereteano* de Raúl Gómez Jattin: entre el paisaje, la niñez, las mujeres y la homosexualidad de pueblo”, en *Todos me miran: América Latina y el Caribe desde los estudios de género*, pp. 201-224.

Celis, N. “La infancia como ‘pose’: Fanny Buitrago y la monstruosa ‘mujer-niña’ (*Forthcoming*)”, en: *Lecturas perversas de cuerpos abyectos*, Universidad Autónoma de Yucatán, Mérida.

Celis, N. “La Negra’s ‘Provocation’: ‘Corporeal Consciousness’ and the Taking of Space in Nuestra Señora de la Noche by Mayra Santos Febres (*Forthcoming*)”, en: *Philosophizing the Americas: An Inter-American Discourse*, Fordham University Press, New York.

Celis, N. “La soledad de Úrsula: intimidad y violencia en Macondo, ayer y hoy”, en: *Cien años de soledad cincuenta años después. Gabriel García Márquez. Literatura y memoria II*, Programa Editorial de la Universidad del Valle, pp. 337-356.

Celis, N. “Violencia íntima y poder. *En diciembre llegaban las brisas* de Marvel Moreno (*Forthcoming*)”, en: *La obra de Marvel Moreno*, Universidad del Norte, Barranquilla.

Moreno, F. “Ciclón y decir lo innombrable de la homosexualidad a la función crítica del escritor”.

Penenrey, J. “Masculinidades y descentralización en *Bachata del ángel caído* y *Carnaval de Sodoma*, de Pedro Antonio Valdez”, pp. 151-176.

LA BIBLIOGRAFÍA DEL ARTE DE 1997 A 2017

Álvaro Medina

En general los estudios, ensayos y demás textos consagrados a las artes visuales proceden de cuatro ámbitos precisos: 1) el académico universitario, de textos rigurosos que se canalizan a través de revistas y uno que otro libro, de tirajes cortos circunscritos a los especialistas; 2) el de los llamados *coffee-table books*, patrocinados por la empresa privada, generosos en reproducciones a color y textos serios pero no muy extensos en relación con el volumen de la respectiva publicación, de tirajes a contar por miles que circulan en las élites económicas y sociales; 3) el de los museos de arte e instituciones similares, un rango de actividad que supone la elaboración de trabajos serios, extensos, exhaustivos y complejos, meta que pocas veces alcanzan los curadores responsables de concebir la exposición y el respectivo catálogo; 4) el de las galerías comerciales de arte, dadas a publicar impresos de una docena de páginas con textos de presentación que pueden ser serios y rigurosos cuando se trata de maestros consagrados y artistas exitosos, impresos que se reducen a un simple plegable con una presentación breve y llena de lugares comunes más unas cuantas fotos, insuficientes a la hora en que el historiador pretende abordar una obra determinada.

La cantidad de fotos insertadas es determinante en el campo de las artes visuales, pues puede suplir lo que el texto no expresa de manera clara y a veces ni plantea, a condición de que las fichas técnicas sean completas, un requisito que no siempre se cumple. Esta carencia, aplicable a la producción que circula a nivel nacional, adolece de precariedades que dependen de las instituciones, las regiones y la dinámica económica del momento. Una misma institución puede lanzar catálogos excelentes y/o absolutamente mediocres. Como el presente capítulo está centrado en la calidad de los textos (aporte y responsabilidad del curador), tengamos en cuenta que la trascendencia de los contenidos depende de las contingencias y variables mencionadas, no siendo raro el caso de exposiciones de suma importancia que estuvieron acompañadas de plegables de escaso y a veces casi nulo valor documental.

Para que el lector pueda juzgar por sí mismo el volumen y alcance de las publicaciones sobre el arte caribe colombiano que circularon entre 1997 y 2017, se reseñarán, por temas y en orden cronológico, las más destacadas. Al final, unas observaciones complementarias servirán de conclusión. Rompiendo con la ficha bibliográfica tradicional, se da primero el título y luego el número de

ilustraciones, ya que permite medir los alcances de divulgación de la obra artística; por último, el (o los) autor(es), y se concluye con los otros datos de rigor.

1. BIBLIOGRAFÍA SELECTA DEL ARTE DEL CARIBE COLOMBIANO

1.1 REFLEXIONES, TEMAS E HISTORIAS GENERALES

El arte del Caribe colombiano

154 ilustr. + Texto de Álvaro Medina

Gobernación del Departamento de Bolívar, Cartagena, 2000, 146 p.

En seis capítulos el autor resume la historia del arte realizado a lo largo del siglo XX por artistas oriundos del Caribe colombiano o radicados en sus territorios. En apretada síntesis se estudian y presentan las obras más características e icónicas de 79 artistas de los ocho departamentos de la Costa, algunos de los cuales eran desconocidos del gran público por carecer de la posibilidad de proyectarse en ámbitos más amplios, lo cual revela una actividad creativa mayor de la que reflejan galerías, diarios y revistas. Con errores bastante gruesos, la bibliografía, las notas biográficas y el índice onomástico completan este trabajo pionero.

Poéticas visuales del Caribe colombiano al promediar el siglo XX

247 ilustr. + Texto de Álvaro Medina

Ediciones M. V., Bogotá, 2008, 216 p.

En once capítulos que se pueden leer en cualquier orden, el autor escribe siete monografías detalladas sobre temas ligados a la región que desarrollaron los fotógrafos Leo Matiz y Nereo López, y los pintores Enrique Grau, Alejandro Obregón, Cecilia Porras, Orlando “Figurita” Rivera y Noé León, alternando con capítulos de contexto referidos a “Antecedentes generales”, “Inicios históricos”, “El desarrollo cultural, social y económico de la Costa” y, para cerrar, “La literatura, las artes y el círculo de La Cueva”. La primera versión fue escrita para la Universidad de Bérgamo, Italia, e incluida por Fabio Rodríguez en el libro en dos tomos titulado *Plumas y pinceles* (Bergamo University Press, 2009), una publicación que contiene diecisiete largos estudios sobre las artes y la literatura de la región.

Los recursos de la imaginación: artes visuales del Caribe colombiano
357 ilustr. + Texto de Eduardo Márceles Daconte
Segunda edición, Gobernación del Atlántico, Barranquilla, 2010, 274 p.

En setenta y cinco breves capítulos Márceles hace un recuento de los artistas de toda la región, desde las molas de la comunidad indígena kuna hasta los contemporáneos al momento de concebir y redactar el texto. No es una historia propiamente dicha, sino un recuento de momentos significativos aislados a considerar como hitos. Buena parte de los temas giran en torno a artistas individualizados por haber marcado época, otros se refieren a tendencias particulares (el arte conceptual), técnicas (la fotografía y la acuarela) o subregiones (los artistas sanandresanos). El repertorio de obras reunidas ofrece un panorama visual que completa los criterios y juicios del autor.

Geostéticas del Caribe 3

41 ilustr. + Textos de Javier Gil, Alberto Abello Vives, Amalia Boyer, Oscar Leone, Gustavo Chirolla, Ciro Guerra, Néstor Martínez Celis, Ibis Hernández Abascal, Rafael Ortiz, Esteban Álvarez, Adriana Urrea, Roberto Burgos Cantor, Miguel Ángel López-Hernández y Manuel Zúñiga M.
Museo Bolivariano de Arte Contemporáneo / Ministerio de Cultura, 2010, 170 p.

El encuentro internacional en el museo samario convocó a ensayistas que reflexionaron sobre las “relaciones de estética y territorio” en el Gran Caribe, como las reflejan el arte, la literatura, la música y la danza.

Caribbean Art at the Crossroad of the World

Elvis Fuentes (comp.)
280 ilustr. + Textos de Derek Walcott, Elvis Fuentes, Maryse Condé y otros
37 autores
Museo del Barrio, New York / Yale University Press, 2012, 491 p.

Este voluminoso y ambicioso libro abarca tanto a los artistas originarios de las Antillas Mayores, las Antillas Menores y el Caribe continental, como a los inmigrantes y viajeros que se asentaron o pisaron sus territorios desde el siglo XVIII hasta la primera década del XXI. Todas las técnicas fueron

consideradas, desde el cuadro de caballete, el mural, el dibujo, el grabado y la fotografía, hasta el diseño gráfico, la instalación, el objeto y el video. En lo que hace a Colombia, salvo un par de excepciones, los artistas estudiados son los nacidos en su costa Caribe: Leo Matiz, Enrique Grau, Alejandro Obregón, Nereo López, Mario Volpe, Teresa Sánchez, Vicente Martínez, Oswaldo Maciá y Gonzalo Fuenmayor. El compilador rompió con el precedente sentado por el historiador jamaiquino Veerle Poupeye en su libro *Caribbean Art* (Londres, Thames and Hudson, 1998), limitado a los países antillanos.

Bellas Artes como historia de Cartagena

Dirigido por Sacra Norma Náder David.

238 ilustr. + Textos de Carlos Arturo Fernández, Sacra Norma Náder David, Aníbal Olier Bueno, Libe de Zulategi y Mejía, Jaime Correa Vélez, Gustavo Tatis Guerra, Isabel Cristina Ramírez Botero, Estela Barreto Álvarez, Álvaro Medina, Sandra de la Cruz Bonfante y otros
Bellas Artes y Ciencias de Bolívar, Cartagena, 2016, 406 p.

En el proyecto más ambicioso dedicado a trazar la historia y medir los alcances reales de una institución colombiana entregada a la formación de artistas de diversas disciplinas, este grueso volumen trata sobre la fundación de la Escuela a fines del siglo XIX, sus avatares con el paso de las generaciones, su renacimiento tras un cierre sin sentido, los aportes de sus profesores y las trayectorias personales de sus alumnos más notables, la verdadera y perdurable huella de su impacto en el tejido social de la región y el país. El total de autores es de quince y los textos están agrupados para dar cuenta de los esfuerzos y logros en artes plásticas, artes escénicas y música. Los autores nombrados circunscriben sus reflexiones al quehacer plástico y visual del activo y dinámico centro educativo cartagenero.

1.2 ESTUDIOS MONOGRÁFICOS

Barrios, Álvaro

(Cartagena, 1945 -)

Álvaro Barrios—El testigo ocultista

36 ilustr. + Textos de Gonzalo Arango, Juan Gustavo Cobo Borda, Marta Traba, Carlos Salas, Axel Stein, Fernando Toledo, Álvaro Barrios, Jaime Cerón y Eduardo Serrano

Galería Mundo, Bogotá, octubre 12 de 2006, 64 p.

Los numerosos enfoques y criterios desplegados por los autores van, desde plantear que en sus inicios fue un dibujante “de formas y contenidos agresivos” (Arango), a la confesión del artista cuando plantea: “mi arte es colombiano, aunque a veces es del otro mundo”. El color de las reproducciones es excelente.

Sueños con Álvaro Barrios

302 ilustr. + Texto de Jaime Cerón

Jaime Vargas Ediciones, Bogotá, 2011, 240 p.

El extenso y completo estudio de Cerón se puede resumir con un planteamiento consignado en el último párrafo: “A lo largo de cinco décadas de trabajo ha ido incorporando diferentes fuentes iconográficas, diversos métodos de trabajo y distintos medios, pero ha mantenido constante el uso de humor”. La cronología está complementada con citas que enriquecen la lectura.

Álvaro Barrios—La leyenda del sueño / Revisión retrospectiva

135 ilustr. + Textos de María Belén Sáez de Ibarra, Christianne Lesueur, Ana

Sokoloff, Halim Badawi, María Cleofe y María Isabel Rueda

Banco de la República, Bogotá, 2013, 167 p.

La exposición giró en torno a “la fuerte presencia” del concepto de apropiación en la obra de Barrios (Sáez de Ibarra), lo cual explica la utilización de la tira cómica, cara al pop art, respetando todas sus “características conceptuales y formales” (Sokoloff). Badawi estudia las variantes de *El martirio de san Sebastián*, una obra icónica, Cleofe analiza “la literatura y las artes plásticas en simbiosis”, es decir, la unión de la imagen y la palabra, y Rueda cierra la publicación con una entrevista al artista. La cronología de Lesueur abunda en anécdotas biográficas.

Cogollo, Heriberto

(Cartagena, 1945 -)

Cogollo

144 ilustr. + Textos en español e inglés de Eduardo Bastidas Peña, Heriberto

Cogollo, Francisco Gil Tovar, Joyce Mansour y Jack Baron

Ediciones Forma y Color, Bogotá, 2000, 160 p.

Gil Tovar reflexiona sobre si Cogollo es realista, verista, surrealista o pseudosurrealista, ya que sus cuadros presentan dosis de “significativismo y simbolismo”. Pierre estudia la serie titulada *El mundo de un Nohor*, el “medio brujo” de Senegal y Uganda quien, según el pintor, “puede contemplar las vísceras y las entrañas de sus congéneres”, el atributo sobrenatural que le permite concluir que los cuerpos que vemos en sus cuadros poseen “la luz interior de los mitos”. Surge así un mundo que se parece al nuestro y no es como el nuestro, inquietante y misterioso, lo cual explica que algunos autores lo aborden desde su lado lírico, escribiendo poemas alusivos a lo que ven en las pinturas. Los numerosos textos del pintor son esclarecedores de motivaciones, temas y conceptos.

Delgado, Cecilia

Cartagena, 1940 -)

Cecilia Delgado—Vida silenciosa

24 ilustr. + Textos de Álvaro Medina y Germán Rubiano Caballero

Museo de Arte Moderno de Cartagena, Cartagena, 2011, 32 p.

Puertas, rincones, ventanas interiores, nichos y pisos de baldosas encuadrados en primerísimos planos revelan “un mundo lleno de imprecisiones, vaguedades y ausencias”, pero lo más interesante es que Delgado introduce en cada cuadro “citas pictóricas que nos remiten a obras de Sánchez Cotán, Zurbarán, Morandi y el bogotano Roberto Páramos, entre otros” (Medina). Rubiano se fija en la producción de años anteriores y es contundente al escribir: “Estos óleos están mejor realizados —por la experiencia de los años— y son más profundos —sus contenidos tienen significados más claros—”. La luz y la arquitectura de todas estas pinturas son las de la Cartagena colonial, un asunto que Delgado ha evocado con insistencia en otras series.

Fuenmayor, Gonzalo

(Barranquilla, 1977 -)

Gonzalo Fuenmayor / Dibujos – Drawings

34 ilustr. + Textos de Jaime Cerón y Gonzalo Fuenmayor

Pluma Galería de Arte, Bogotá, 2006, 72 p.

Para la ocasión, Fuenmayor exhibió dibujos al carboncillo fechados entre 2004 y 2006. Ya se había iniciado en eso que podríamos llamar la zaga del plátano, con un sentido irónico que podría explicar esta frase de su autoría:

“Me interesa descubrir dentro del territorio común y ordinario, líneas invisibles que ofrezcan narrativas y realidades alternas”. ¿Lo lograba en la práctica? Cerón da la respuesta al plantear que ve “desplazamientos imaginarios de toda índole”, ya que “Fuenmayor propone un juego referencial en donde los plátanos se convierten, hasta cierto punto, en instrumentos bélicos, o se relacionan con vehículos de transporte o espacios mediáticos”, además de tener “una identidad sexual más o menos perceptible”, o sea que el motivo central de la serie es una fruta y muchas otras cosas.

23 ilustr. + *Gonzalo Fuenmayor*

Entrevista de María Isabel Sáez de Ibarra y texto de Álvaro Medina, 8 p.
Mundo, separata, Bogotá, septiembre 27, 2007.

El cultivo y el comercio del banano, sumado a unas iniquidades económicas y sociales que hoy son legendarias, han marcado políticamente a numerosos países del Caribe, el tema que Fuenmayor ha tratado de modo reiterado en sus trabajos. El artista aborda el asunto, según le manifiesta a Sáez de Ibarra, para “evocar y provocar”. En carboncillos de refinado realismo el dibujante crea híbridos de lámparas y frutas, les da brillos de joyería y los sitúa en espacios domésticos a tono con una realidad desquiciada.

Gómez Barros, Rafael

(Santa Marta, 1972 -)

Sonajeros—Rafael Gómez Barros

52 ilustr. + Texto en español e inglés de Alonso Garcés y Carlos Arturo Fernández

Alonso Garcés Galería, Bogotá, [2005], 56 p.

Mientras Garcés calificó la instalación central exhibida en su galería de “fósiles imaginarios que se tiñen de tierras cárdenas y pieles de miedo y aires muertos”, Fernández se fijó en el hecho de que la muestra se componía de videos, dibujos, pinturas y objetos escultóricos permeados por el “gusto de lo primitivo” en su “perspectiva ritual”. Los *Sonajeros* de Gómez Barros semejan cráneos a escala natural unidos por las quijadas y envueltos cuidadosamente como para un segundo entierro, ornamentados con cuerdas de grosores diversos, sonajeros, campanillas y cuentas de colores, una evocación funeraria que puede hacer pensar en un hallazgo arqueológico precolombino

cuando en verdad remite a los miles de caídos en la violencia política colombiana de los últimos años.

Grau, Enrique

(Cartagena, 1920 – Bogotá, 2004)

Enrique Grau—La ilusión de lo real, 2002

Textos de Ana María Lozano y Camilo Caderón + 61 ilustr.

Museo de Arte Moderno de Bogotá, Bogotá, 2002, 84 p.

Lozano escribe una biografía sintética que identifica y reseña a grandes rasgos las etapas creativas del pintor. Calderón plantea la existencia de un “realismo sin paliativo, pero enriquecido con diversidad de connotaciones simbólicas”, el enunciado que le permite entrar en el riguroso y novedoso análisis de los autorretratos que el cartagenero firmó entre 1940 y 1998. El estudio permite comprender que tras las figuras y las formas hay motivaciones profundas y casi secretas que son el centro de cada composición. Quiere decir que las figuras y las formas no son sino la ilusión que oculta la realidad abordada por Grau, según lo que se anticipa en el título de la publicación.

Enrique Grau—Grabados 1942-2002

58 ilustr. + Texto de Germán Rubiano Caballero

Centro Cultural y Educativo Español “Reyes Católicos”, Bogotá, 2003, 42 p.

Este catálogo gira en torno al Grau grabador, la faceta menos estudiada de su trabajo de taller. Serigrafías, litografías, aguafuertes y punta secas se reúnen para mostrarnos a un artista contenido y sobrio. En su texto, Rubiano Caballero sitúa la obra gráfica del cartagenero en el contexto de la historia del grabado en Colombia y define las características de sus ciclos creativos.

Enrique Grau—Homenaje

241 ilustr. + Texto de Bélgica Rodríguez

Villegas Editores, Bogotá, 2003, 319 p.

Publicado unos meses antes de la muerte del maestro, este grueso volumen es el más completo —en cuanto a imágenes— de los dedicados a Grau. A

la altura del reto, la reconocida historiadora venezolana Bélgica Rodríguez identifica los temas del pintor cartagenero y los singulariza con observaciones esclarecedoras a propósito de las “fiestas y ceremonias de vida” que lo inspiraban, una definición feliz y acertada.

Enrique Grau—Gozosos y Dolorosos
28 ilustr. + Texto de Álvaro Medina
Galería El Museo, Bogotá, 2003, 34 p.

En noviembre de 2003 Grau abrió una exposición sorprendente porque su obra, predominantemente festiva, tocaba el tema de la violencia política colombiana con una dramática y acusadora serie de objetos, dibujos y pinturas. Los temas tradicionales de su trayectoria alternaron con los francamente horribles, que él decidió abordar por un asunto de conciencia. “Sean gozosas o dolorosas, Grau pinta escenas cargadas de sugerencias que se antojan excesivas”, plantea el texto, y continúa: “Si antes era pródigo en velos, flores, aves, naipes, etc., ahora lo es en desgarramientos, ataduras, laceraciones, heridas, etcétera”.

Guerrero, Alfredo
(Cartagena, 1936 -)
Alfredo Guerrero y su mundo pictórico
Texto de Álvaro Medina (en español e inglés) + 248 ilustr.
Ediciones M. V., Bogotá, 1998, 184 p.

Miembro del legendario grupo cartagenero de Los Quince, Guerrero es un dibujante y pintor realista que ha trabajado de espaldas a los movimientos vanguardistas del siglo XX. El autor indaga qué hay detrás de su actitud y la saca a relucir en cinco capítulos que llevan por títulos “El artista y sus autorretratos”, “El concepto del dibujo y los dibujos de un concepto”, “La puesta en encuadre y el paso del tiempo”, “El artista y la modelo” y “Realidad y arte”. A manera de anexo hay una entrevista con Guerrero, diez pronunciamientos teóricos, siete comentarios críticos de época, una cronología detallada, filmografía y bibliohemerografía. El diseño y la calidad de impresión son excelentes.

Alfredo Guerrero—La pureza visual

25 ilustr. + Textos de Germán Rubiano Caballero y Álvaro Medina

Museo de Arte Moderno de Cartagena, Cartagena, 2012, 32 p.

Con motivo de una exposición individual que reunió la obra realizada entre 2006 y 2012, el Museo cartagenero y la Fundación Arte en Colombia publicaron un catálogo que revelaba a un Guerrero con un nuevo modo de interpretar la luz ambiental. Dado que el artista ha insistido “en tan pocos temas” a lo largo de su vida, como comenta Rubiano Caballero, resulta pertinente señalar que sus variantes formales no deben buscarse en los motivos tradicionales que lo atraen, sino en el tratamiento que les da. La muestra reveló al pintor que retoma y prolonga a su modo “la luz sin sombra” (Medina) que el venezolano Armando Reverón descubrió en la luminosidad del Caribe continental.

Hoyos, Cristo

(Sahagún, 1952 -)

Cristo Hoyos—Uré: pezuña y bahareque

36 ilustr. + Texto en español e inglés de Álvaro Medina

San Pedro Museo de Arte Virreinal, Puebla (México), 2004, 34 p.

Hoyos pinta a partir de un repertorio de ideas tan complejas que lo sitúan como un artista posmoderno. Identifica una comunidad, convive con ella, indaga en sus prácticas ancestrales, saca conclusiones y las revela en imágenes de tal sencillez al primer vistazo que no parecen contener, dado que son realistas, la cantidad de implicaciones que el autor de la presentación plantea en este catálogo. En la presentación se lee: “La pintura es aquí, antes que una estética, un entramado conceptual concebido en busca de cambios en un mundo concreto”. El autor se refiere a la situación de inequidad que se vive en Uré, en el departamento de Córdoba, una población birracial de indígenas y afrodescendientes cuyas características esta exposición desarrolló como tema.

León, Noé

(Ocaña, 1907 – Barranquilla, 1978)

Noé León

208 ilustr. + Texto de Eduardo Serrano

Seguros Bolívar, Bogotá, 1999, 176 p.

El autor hace un recorrido completo a lo largo de la vida y obra de León, el gran pintor ingenuo de la Colombia del siglo XX, desde sus inicios en el anonimato a su éxito fulgurante a nivel nacional. En capítulos muy bien ilustrados estudia temas tales como los bodegones, los paisajes, la vida pueblerina, las cometas, los buses, los barcos fluviales, la ciudad, los jaguares, los autorretratos, etc. La cronología de Enrique Dávila Martínez es muy completa, pero tiene errores a enmendar.

Noé León entre el cielo y la tierra. Pinturas

60 ilustr. + Textos de Eduardo Serrano y Álvaro Barrios

Universidad de Salamanca / Museo de Arte Moderno de Bogotá, Bogotá, 2001, 64 p.

La vida y la pintura de este artista humilde y sin pretensiones intelectuales cambió en 1960, cuando conoció a José Gómez Sicre en La Cueva de Barranquilla y este lo invitó a participar en el Salón Interamericano de ese año. Dejó entonces de copiar cromos importados que representaban paisajes nórdicos sombríos y empezó a registrar el entorno tropical con una paleta intensa de colores contrastados y luces brillantes, el giro que le permitió “crear un universo gracioso, exquisito y particular” (Serrano), cambio de rumbo que el otro autor lamenta y considera un desacierto (Barrios). El catálogo tiene una cronología prolija y detallada, pero con inexactitudes que ya han sido corregidas por otros investigadores. Las reproducciones a color son excelentes.

Loochkartt, Ángel

(Barranquilla, 1933 -)

Loochkartt—Retratos de ángel, 2017

220 ilustr. + Texto de Álvaro Suescún

Letras Clave, [Barranquilla], 216 p.

En extenso y ponderado texto, mezcla de crónica ágil y análisis serio, Suescún nos revela un Loochkartt imaginador de personajes para concluir que ha sido un creador dedicado a describir con colores. El autor asocia la paleta del pintor con ciertas frutas tropicales y explica la razón de ser del lenguaje y los temas de este maestro de la fiesta, la lujuria y el erotismo. Es un “manejador de lo extravagante”, nos dice, y “toca aristas que traspasan la lógica de lo simple”, la afirmación que permite comprender que el artista de

los ángeles danzantes, los bailarines, los congos de carnaval, las bacanales y las rondas amorosas es un cruce de arte etrusco, pintura renacentista y exaltaciones tropicales. Al texto principal lo complementan una selección de textos críticos, un reportaje, una entrevista y algunas noticias pertinentes sobre la trayectoria de Loochkartt.

Maciá, Oswaldo

(Cartagena, 1960 -)

Oswaldo Maciá—Ecuaciones (Esculturas olfativo-acústicas) / Equations (Olfactory-acoustic sculptures)

76 ilustr. + Textos en español e inglés de Orlando Britto Jinorio, Oswaldo Maciá, Jonathan Watkins, Adrian Searle y Carlos Jiménez

Centro Atlántico de Arte Moderno, Las Palmas de Gran Canaria, febrero-junio de 2016, 174 p.

Dado el carácter no convencional de la obra de Maciá, cuya materialización elude a conciencia el campo de las artes visuales, basta citar a Britto para captar la originalidad y la fuerza de su trayectoria: “no solo es un escultor al uso, sino que también es un poeta y pensador, un músico y compositor, que nos sitúa ante nuevos horizontes de percepción”. Definiendo el campo en el que ha estado desarrollando su trabajo, el artista escribe un manifiesto en el que afirma: “Mi escultura llena el espacio con volúmenes de sonido y olor”. El magnífico catálogo fue publicado con motivo de una exposición de proyectos realizados en varios países del mundo entre 1994 y 2017, y nos revela a un dibujante notable en el sentido ortodoxo del término. Todos los autores son detallados y profundos en sus análisis, por lo que se trata de una publicación de consulta obligatoria. Los proyectos presentados tienen una nota introductoria clara y pertinente. La “Biografía” final es detallada.

Martínez, Vicente

(Cartagena, 1956 -)

Vicente Martínez—Armadilhas para Poeira e Luz / Traps for Dust and Light

77 ilustr. + Textos en portugués, inglés y español de Agnaldo Farias y Álvaro Medina

Universidade de Brasilia, Brasilia, 2008, 149 p.

Según Farias, el cartagenero Martínez “actualiza la estética de colegas como los brasileños Artur Barrios y Cildo Meireles, la colombiana María Teresa Hincapié, el mexicano Gabriel Orozco y el belga Francis Alys”, tras lo cual pasa a penetrar en el sentido poético de una obra realizada con materiales no convencionales, incluso inesperados, tales como cinta pegante translúcida, cuerdas, papeles rotos, bolsas plásticas de supermercado, etc. Ampliando lo anterior, el segundo autor recuerda los antecedentes prestigiosos del arte sin técnica (Seurat, Braque y Duchamp), define a Martínez como el practicante de un nuevo ismo, el facilismo, un recurso de contenidos sorprendivos y complejos que lo llevan a concluir: “Fácil es la técnica empleada, elaboradísimo el concepto que constituye su alma”.

Matiz, Leo
(Orihueca, 1917 – Bogotá, 1999)
Leo Matiz — Homenaje Nacional de Fotografía
266 ilustr. + Texto de Miguel Ángel Flórez Góngora
Ministerio de Cultura, Bogotá, 1998, 250 p.

En numerosas y largas sesiones de trabajo el periodista Flórez Góngora entrevistó a Matiz y logró que le contara su vida de principio a fin. El reportaje revela las obsesiones, los sueños, los viajes, las aventuras, las dificultades y los éxitos del primer artista colombiano que supo proyectarse internacionalmente. Escrito en primera persona, el texto narra la intrepidez del fotógrafo cuando intentó cubrir el Bogotazo, para terminar herido de bala y despojado de las cámaras. El relato va y viene al azar sin atenerse al orden cronológico y menciona la influencia que recibió de Luis B. Ramos, no faltando las exageraciones macondianas y las afirmaciones ficticias. Las fotografías están distribuidas por temas tales como “Contraluz”, “Abstractos”, “Conflicto”, “Niños”, “Trabajo”, etcétera.

Leo Matiz—À chaque peintre un photograph
47 ilustr. + Textos en francés e inglés de Camilo Racana y Miguel Ángel Flórez Góngora
Galerie Tatiana Tournemine, París, 2001, 24 p.

Racana, el curador de la muestra, se refiere a la colaboración que David Alfaro Siqueiros le solicitó a Matiz en 1946 para la realización de un mural, el origen de la controversia que se desató posteriormente. Flórez Góngora

recuerda por su parte que Siqueiros vivió entre “conspiraciones legendarias”, menciona la admiración que el muralista mexicano le profesaba al fotógrafo colombiano y concluye dando algunos datos del contrato que los unió y, en últimas, los separó para siempre. Magníficamente impreso, el catálogo tiene el mérito de divulgar una buena selección de las fotos que Matiz tomó a petición del pintor. Tres cuadros de Siqueiros, en paralelo con las fotos, revelan las convergencias en lo que hace a las poses de los modelos y las divergencias en cuanto a las estéticas trasegadas por los dos artistas.

Leo Matiz—Pasiones en blanco y negro

60 ilustr. + Textos de Alejandra Matiz y María Margarita García

Museo de Arte Hispanoamericano Isaac Fernández Blanco, Buenos Aires, 2006, 60 p.

Hija mayor del fotógrafo, Alejandra evoca la figura del padre, mientras que la periodista García describe las andanzas de Matiz en Barranquilla, Bogotá y más tarde México, primero como caricaturista y luego como fotógrafo, “buscando un ángulo distinto, no solo de pensamiento sino de estética”.

Leo Matiz—El sentido de lo moderno

74 ilustr. + Textos de Alejandra Matiz, Milagros Maldonado, José Antonio Navarrete y Miguel Ángel Flórez Góngora

Galería Fundación La Previsora, Caracas, abril 2007 – mayo 2008, 90 p.

Los textos son breves, pero las ilustraciones despliegan un ejemplar conjunto de abstracciones significativas y reveladoras de cuán coherente fue el colombiano a la hora de buscar y hallar la imagen no anecdótica, la que se sostiene por su ponderado juego de luces y sombras.

El México de Leo Matiz

101 ilustr. + Textos de Alejandra Matiz, Álvaro Mutis, Luis-Martín Lozano, Eva Calderón Zavala y Marta Zamora

DGE Equilibrista, México, D. F., 2008, 166 p.

Mutis reconoce en la semblanza sobre Matiz, que “su amistad significó para mí, además de un placer inagotable, una severa lección de vida que me marcó definitivamente”. Lozano detalla con minucia las peripecias del período

1936-1947 de Matiz, desde su primera exposición de caricaturas en Santa Marta hasta la salida de México, tras acusar a Siqueiros de plagio. En lo que hace a los primeros trabajos del colombiano publicados en revistas gráficas mexicanas, luego en los Estados Unidos, el aporte de Lozano es inmenso. Calderón Zavala investigó las revistas en las que Matiz colaboró y precisa los temas tratados en sus fotorreportajes, dando a conocer cuán amplios fueron sus recorridos por el territorio mexicano. Su documentado artículo tiene un complemento en 22 de los reportajes publicados en los años cuarenta en las revistas *Así*, *Mañana*, *Norte*, *Hoy* y *Nosotros* que, en reproducción facsimilar, nos dejan ver la riqueza del legado matiziano. En breve artículo, Zamora se refiere a Frida Kahlo como modelo del colombiano. La bibliografía, la impresión y el formato son magníficos.

Leo Matiz—Mirando el infinito / Gazing at the Infinite

151 ilustr. + Textos de Ernesto Peñaloza Rueda, Eduardo Serrano, Germán Arciniegas y Miguel Ángel Flórez Góngora
Museo Nacional de Colombia, Bogotá, 2013, 108 p.

Peñaloza Rueda traza los recorridos de Matiz por el mundo y enuncia los criterios que lo guiaron en el trabajo curatorial que desarrolló al estructurar la exposición en el Museo. Serrano define a grandes rasgos las características del arte de Matiz y plantea que uno de sus logros fue el de dejarnos un gran fotorreportaje, realizado a lo largo de su vida, sobre los cambios que experimentó la Bogotá que le tocó vivir. Arciniegas escribió una crónica de época, clave para conocer los sucesos vividos por el fotógrafo durante la asonada del 9 de abril de 1948, que pretendió documentar y no pudo al ser herido por un francotirador. El testimonio del historiador está ilustrado, por cierto, con dos fotos del Bogotazo atribuidas a Matiz, una falsedad flagrante dado que perdió la totalidad de los rollos tras ser saqueado y llevado de urgencia a un hospital. Flórez Góngora se concentra en la vinculación del colombiano al cine mexicano y en su desempeño como responsable de fotografía fija en el rodaje de varias películas, un tema no tratado previamente.

Leo Matiz, el muralista de la lente. Siqueiros en perspectiva

140 ilustr. + Textos de Miguel Ángel Flórez Góngora y Marcela González (al alimón), y de Miguel Ángel Esquivel
INBA / Fundación Leo Matiz, México D. F., 2017, 110 p.

Los primeros dos autores resumen los inicios profesionales de Matiz en Colombia, su arribo a México y su encuentro con Siqueiros, para concluir en la polémica que los distanció para siempre. Sin omitir las amistades, contactos y desplazamientos de Matiz en México, Esquivel hace comparaciones estéticas entre el quehacer del colombiano y algunos de sus contemporáneos mexicanos para referirse también a la polémica que lo distanció de Siqueiros, el tema central de este hermoso libro. Treinta y siete de las fotos comisionadas por el muralista y la cronología fueron complementadas con la reproducción facsimilar de seis artículos de la prensa mexicana sobre la querrela entre los dos artistas.

Leo Matiz, el muralista de la lente—A cien años de su nacimiento

111 ilustr. + Textos de Alejandra Matiz y Ernesto Lumbreras

INBA / Fundación Leo Matiz, México D. F., 2017, 112 p.

Alejandra exalta, en unas pocas páginas, la memoria de su padre, un hombre que “aprendió el arte de la reportería gráfica en el mundo desbordante y fragoroso de la calle, en los ánimos iracundos de las revueltas populares y en el espectáculo inagotable de la vida cotidiana”. Lumbreras describe la llegada de Matiz a México, sus contactos con el mundo intelectual y artístico presentado por Porfirio Barba-Jacob y Germán Pardo García, y cómo entró en contacto con el muralista José Clemente Orozco, a quien el colombiano fotografió en el taller, en la casa y en exposiciones, el tema dominante de este libro. La cronología es bastante detallada, pero tiene errores a enmendar.

Mojica, Marco

(Barranquilla, 1976 -)

Marco Mojica / Pinturas + dibujos

6 ilustr. + Textos de Álvaro Barrios y Jaime Cerón

Museo de Arte Moderno de Barranquilla, Barranquilla, 2004, 16 p.

Si Barrios escribe un manifiesto personal que puede confundirse con un manifiesto de Mojica, cosa que no es, Cerón define que el hábil dibujante basa sus trabajos en la apropiación de obras ajenas, pero sin limitarse a las operaciones de citar y recontextualizar, ya que “incorpora sutiles niveles de intervención crítica”, una variante enriquecedora que equivale a rizar el rizo.

Marco Mojica

59 ilustr. + Texto de Jaime Cerón
UBS Enfoques, Bogotá, 2005, 56 p.

Aparte el hecho de contener imágenes no reproducidas previamente, lo que amplía la idea que podemos hacernos de los dibujos en blanco y negro de Mojica, el texto de Cerón no agrega nada nuevo por ser el mismo del catálogo reseñado antes.

Marco Mojica

26 ilustr. + Textos de Jaime Cerón y Marco Mojica
Galería El Museo, Bogotá, s. d., 38 p.

La obra de Mojica se basa, según nos explica él en un texto de su autoría a leer como un manifiesto, en la “apropiación y resignificación de imágenes” fotográficas de instalaciones impresas en revistas de arte, que él copia “al natural” agregando “un eslabón más dentro de la cadena de reproducciones”. La sutil intervención suscita “un diálogo invisible entre: a) la imagen instalada; b) la imagen reproducida [...]; y c) la imagen pintada con base en esa reproducción”, el hecho que “crea preguntas” y le da un nuevo sentido a la imagen que Mojica firma y exhibe, dándole un sutil giro humorístico.

Morales, Darío

(Cartagena, 1944 – París, 1988)

Esencia y sugerencia—Darío Morales 1944-1988

41 ilustr. + Textos de Eduardo Serrano y Eligio García
Galería La Cometa, Bogotá, octubre de 2005, 42 p.

En breve texto Serrano describe las características del dibujo de Morales, que relaciona con Rembrandt, Chardin y Degas para luego referirse a las variantes de trazo y color que pueden detectarse en sus pinturas, fijándose en los aditamentos que gustaba incorporar en sus composiciones: sillas, lámparas, colchones, bañeras, etc. La de García es una crónica signada por la amistad que lo unió al pintor, punteada de alusiones a Cartagena, París y Nueva York.

Morelos, Delcy

(Tierralta, Córdoba, 1967 -)

Delcy Morelos: color que soy

83 ilustr. + Textos de José Ignacio Roca y Gerardo Mosquera

Seguros Bolívar, Bogotá, 2015, 109 p.

La introducción puntualiza que “Morelos, de ascendencia indígena, creció en Córdoba, una de las zonas de Colombia más golpeadas por la violencia paramilitar de finales del siglo XX”, una afirmación que define el contexto histórico y geográfico del que surgen sus pinturas. Mosquera resalta que la artista pinta “formas puras, geométricas”, cargadas de “impurezas emotivas y de referencias sociales gracias al tratamiento expresivo del color”, quedando próxima del minimalismo por “la repetición, el modo serial de crear las obras y de desplegarlas en el montaje”. Yendo más allá, el crítico cubano plantea que a pesar “del lenguaje abstracto, [...] su trabajo siempre evoca experiencias personales y sociales, pulsiones psicológicas y una visión del mundo”. El “Ensayo gráfico” se divide en “Sangre”, “Piel” y “Tierra”, acentuando el vínculo que la artista tiene con un lugar y un período histórico precisos.

Nereo

(Cartagena, 1920 – Nueva York, 2015)

Nereo—Homenaje Nacional de Fotografía

247 ilustr. + Texto de Manuel Zapata Olivella

Ministerio de Cultura, Bogotá, 1998, 249 p.

Nereo comenzó a trabajar como fotógrafo profesional gracias a una recomendación que Zapata Olivella le hiciera al director de la revista *Cromos*. De allí que, dada la amistad que los unió desde niños en el barrio Getsemaní de Cartagena, Zapata escribiera una biografía centrada en la trayectoria vital del artista y en su trashumancia por el Caribe colombiano. En la selección de fotos se revela el fotógrafo que en lugar de trabajar en series temáticas prefería el instante aislado, pero intenso, revelador de una situación y un rasgo humano significativo. La calidad de impresión es irregular, pero los logros de Nereo no se opacan.

Nereo López—Un contador de historias

200 ilustr. + Textos de Santiago Rueda, César Peña, Andrés Fresneda, Juan Pablo Fajardo y Juan Andrés Valderrama
La Silueta Ediciones, Bogotá, 1911, 198 p.

Haciendo gala de buen ojo en la selección de las fotos publicadas, fechadas en su casi totalidad entre 1958 y 1968, este libro revela como pocos el talento de Nereo, al que Rueda sitúa como perteneciente “de manera integral a un período específico de la historia mundial de la fotografía, que hemos denominado la ‘edad de oro’ del fotorreportaje”. Según Peña, aunque se consideraba un *self-made man*, Nereo fue “un hombre con una alta sofisticación visual y en todo el sentido de la palabra, moderno”.

Nereo—Saber ver / Knowing how to look

460 ilustr. + Textos en español e inglés de José Antonio Carbonell, Jaime Abello y Eduardo Serrano
Maremágnun, Bogotá, 2015, 352 p.

Carbonell, el responsable de la edición de este libro, plantea que la publicación busca que se mire a Nereo como algo más que un fotorreportero, ya que “su obra se halla impregnada de altísimos valores artísticos”, y Serrano ha escrito un texto que particulariza, uno a uno, los capítulos que la selección de fotos considera: “Inicios”, “El reportero”, “El fotógrafo de la calle”, “El retrato” y “El arte”. Abello publica una breve, pero interesante crónica sobre los hábitos y proyectos del artista en 2014 y 2015, en Nueva York, Barranquilla y Bogotá. La cronología es prolija en detalles biográficos y recorridos por el mundo.

Neumann, Vicky
(Barranquilla, 1963 -)

Vicky Neumann 1999

34 ilustr. + Texto en español e inglés de Álvaro Medina
Galería El Museo, Bogotá, 1999, 60 p.

“Vicky Neumann no pinta cosas sino sensaciones de cosas”, afirma el texto para referirse a unos lienzos que giran en torno a recuerdos e imágenes de acontecimientos pasados, pero de corte absolutamente personal o familiar que la artista rescata del olvido. La materia prima no deriva de lo onírico sino de la remembranza y la nostalgia, una particularidad que le da su fundamento a esta otra afirmación: “en un cuadro de Neumann podemos ver figuras de domingo, luz de vacaciones, brisas de diciembre en Barranquilla o difusos ecos de sonidos”.

Obregón, Alejandro

(Barcelona, España, 1920 – Cartagena, 1992)

Alejandro Obregón—El mago del Caribe

134 ilustr. + Texto de Carmen María Jaramillo

Asociación de Amigos del Museo Nacional de Colombia, Bogotá, 2001,
192 p.

El estudio de Jaramillo fue escrito para una exposición de Obregón en el Museo Nacional y cubre el período 1947-1968, el más creativo de su trayectoria, destacando que el artista tuvo el mérito de reformular “el espacio predominante en el arte nacional de la década del cuarenta”, a lo que agrega “la forma en que [...] se aproxima al país político [...], de un modo insular en su generación”. La autora apoya su análisis con citas pertinentes de lo que la crítica opinó de los cuadros más significativos del quehacer obregoniano.

Obregón, 2003

122 ilustr. + Texto de Juan Gustavo Cobo Borda

Mundo, Bogotá, 2003, 64 p.

Revista y catálogo a la vez, o catálogo con presentación de revista, *Mundo* fue el órgano de difusión de la galería bogotana del mismo nombre, concebido como una publicación monográfica dedicada a los artistas que exponían en sus espacios. Ciñéndose al criterio que le dio su identidad, se seleccionó el texto que el poeta Cobo-Borda le consagró al maestro entreverando biografía, análisis crítico, reflexiones filosóficas y los encuentros y desencuentros personales del autor y el pintor, sin olvidar las conversaciones (no las entrevistas) que tuvieron. Se trata, en verdad, de un libro completo con formato de revista (o de catálogo, lo mismo da).

Obregón en Barranquilla

195 ilustr. + Texto de Adlai Stevenson

La Iguana Ciega, Barranquilla, 2011, 267 p.

Esta detallada crónica, organizada en breves capítulos, cuenta las andanzas del maestro en la primera ciudad que adoptó como suya tras superar la etapa de estudios en Barcelona y Boston, ya que en Barranquilla concibió y trabajó las pinturas más destacadas por la crítica. Basado en entrevistas de su autoría y en documentos de época, Stevenson escribió una biografía que identifica las residencias, los talleres y los lugares frecuentados por el maestro, situando paso a paso las obras monumentales que Obregón realizó en edificios públicos y privados de la ciudad y en dos de los municipios vecinos. El anexo reúne diez documentos, algunos de los cuales fueron escritos por miembros del Grupo de Barranquilla en los años cuarenta.

Obregón

277 ilustr. + Texto de Camilo Chico

Villegas Editores, Bogotá, 2011, 327 p.

“El presente estudio —expresa Chico— analiza de manera cronológica el pensamiento pictórico de quien considero la personalidad más relevante de las artes pictóricas en el siglo XX en Colombia”. El autor traza el desenvolvimiento del pintor sin omitir viajes iniciáticos, formación, obras, influencias, tanteos, logros, madurez y posición ante la vida, condensando la trayectoria de un artista que marcó época y orientó rumbos. Este es, hasta la fecha, el volumen que mejor ilustra el desarrollo pictórico de Obregón, ya que abunda en reproducciones de la primera juventud e incluye obras clave poco conocidas de los años de esplendor, superando en sus alcances los dos libros publicados previamente (en 1979 y 1992), fallidos en cuanto no hubo, en la selección, el rigor antológico que este sí tiene.

Obregón / Geografías pictóricas

194 ilustr. + Texto de Isabel Cristina Ramírez en portugués y español

Ministerio de Relaciones Exteriores, Bogotá, 2014, 180 p.

Para explicar y ayudarnos a comprender los nada convencionales paisajes de Obregón, expuestos en el Museo Nacional de Brasilia, la historiadora y curadora de la muestra nos hace recorrer esos paisajes al ritmo de las vivencias que el pintor tuvo desde niño. El cazador, el pescador, el buzo y el viajero salen a relucir de modo pertinente para comunicarnos la certeza de que el maestro pintó lo que vivió. Con esta esclarecedora idea en mente Ramírez analiza decenas de cuadros y desmenuza temas, motivos, lenguajes, sentidos, poéticas y contextos, el más completo y exhaustivo estudio sobre Obregón hasta la fecha.

Porras, Cecilia

(Cartagena, 1920 – 1971)

Cecilia Porras—Cartagena y yo, 1950-1970

127 ilustr. + Textos de John Castle, David Ayala, Álvaro Medina y Gustavo Tatis

Fundación Gilberto Alzate Avendaño, Bogotá, 2009, 250 p.

La retrospectiva de Porras en la Fundación bogotana dio lugar a un catálogo que contiene tres estudios sobre la obra y personalidad de la artista, analizada en el contexto cultural, social y político de su trayectoria vital. Si Ayala y Tatis tuvieron en cuenta sus contactos con el Grupo de Barranquilla y su participación como actriz en la filmación de *La langosta azul*, Medina se centró en los temas y los lenguajes que manejó en sus diferentes etapas creativas. Al volumen lo complementa una “Compilación” que rescata un texto de la pintora y trece artículos de periodistas y críticos, entre los que figuran Jorge Gaitán Durán, Walter Engel, Marta Traba, Gabriel García Márquez y Germán Vargas. La cronología y la bibliografía son completas. Hay que destacar la publicación de fotografías de Nereo que nos permiten vislumbrar a la mujer desenfadada que fue Porras. La impresión es modesta si se compara con *Cecilia Porras—Su vida y su obra* (1995) de Jorge Child, una rareza bibliográfica que todo interesado en el tema debe consultar.

Rivera, Orlando “Figurita”

(Barranquilla, 1916 – Baranoa, 1960)

Orlando Rivera—Figurita entre comillas, 2006

79 ilustr. + Texto de Heriberto Fiorillo

Ediciones La Cueva, Barranquilla, 2006, 143 p.

El “Figurita” comediante, bailarín, caricaturista, publicista, pintor y *bon vivant* desfila en todo su esplendor con fotos, dibujos y pinturas, llenando las páginas del libro que nos revela a una de las personalidades menos conocidas del arte colombiano del siglo XX, un personaje clave en el ambiente del círculo de La Cueva, en Barranquilla. Sacándolo de la leyenda para situarlo en la realidad, la biografía de Fiorillo desentraña éxitos y fracasos, sueños y humanas frustraciones, fortalezas y bondades del inventor del “cheverismo”, una afirmación de Germán Vargas que el autor cita oportunamente. El estilo ágil y ameno resulta apropiado cuando narra las circunstancias de la muerte del pintor, ocurrida al caer disfrazado, en pleno carnaval de Barranquilla, de una carroza diseñada por él.

Rodríguez, Ofelia

(Barranquilla, 1946 -)

Ofelia Rodríguez—Exposición antológica

34 ilustr. + Textos en español e inglés de Ana María Escallón y Dawn Ades
Museo de Arte Moderno de Bogotá, Bogotá, 2008, 70 p.

La crítica británica Dawn Ades, una reconocida estudiosa del arte latinoamericano, reconoce en Rodríguez “una artista profundamente original”, pero para entender en su plenitud la validez del aporte de la barranquillera bastan sus propias palabras: “Frida y Diego Rivera y algunos artistas cubanos me empezaron a llamar la atención porque son auténticamente latinoamericanos... a Frida y a Diego los incluí en mis obras para honrarlos, eran los primeros artistas latinoamericanos con los cuales tuve un contacto más cercano, a causa de mis visitas constantes a México”. Escallón traza a su turno una semblanza biográfica con énfasis en los años de formación de la artista en Barranquilla, Bogotá y Yale University, y en el impacto que le causó leer al novelista Alejo Carpentier, para explicar que Rodríguez convierte el “objeto popular”, clave en los ensamblajes y collages que introduce en sus pinturas, “en un instrumento conceptual” que sitúa a la artista entre el surrealismo y el pop art. La cronología tiene el mérito de intercalar declaraciones y comentarios de la pintora sobre los momentos clave de su trayectoria.

Rueda, María Isabel

(Cartagena, 1972 -)

María Isabel Rueda

110 ilustr. + Textos de Jaime Cerón, Claudia Casais y María Isabel Rueda
UBS Enfoque, Bogotá, 2005, 70 p.

La cámara fotográfica es la herramienta que le permite a Rueda crear series de imágenes en las que mezcla, son sus palabras, “castillos con retratos góticos, conjuntos multifamiliares con grupos de adolescentes, góticos mexicanos con góticos colombianos, paisaje natural con paisaje urbano, color con blanco y negro, creando nuevas relaciones para las mismas imágenes”, ya que es “la agrupación y acumulación la que cambia el sentido”. De allí que Cerón afirme que, si bien se apoya en la foto, “no se podría decir que [...] sea una fotografía”. La parte gráfica de esta publicación presenta las series *Revés*, *Vampiros en la Sabana*, *Crash*, *Conjuntos*, *Encanto y horror*, *Detrás*, *Del otro mundo*, *Kill your Idols* y *Lo uno y lo otro*.

Rumié, Ruby

(Cartagena, 1958 -)

Ruby Rumié [involucrada]

203 ilustr. + Textos de Alberto Abello Vives y Ruby Rumié

NH Galería, Cartagena, 2014, 136 p.

Este libro, como bien lo sugiere Abello Vives, es una obra más de Rumié. El diseño, la calidad de impresión y la selección de obras son un regalo a la vista y una afirmación conceptual en lo que hace a la manera como la artista cartagenera se *involucra* con la gente para volverla parte activa de sus propuestas. “Para ella, ser artista es pararse en los pies del otro”, afirma Abello, la actitud que explica que, si bien predomina la fotografía de excelente calidad, las técnicas de expresión sean múltiples. Rumié asume la creación poética como un compromiso ante la sociedad en general, de allí que su texto enfatice el interés que tiene en las “problemáticas de carácter social, patrimonial y territorial”, asuntos que ella aborda en función de las preocupaciones o necesidades del conglomerado humano que la involucra. El libro presenta nueve obras realizadas entre 2007 y 2013. Cada obra da lugar a un capítulo prologado de modo directo y sencillo por la propia artista, pero las imágenes hablan por sí solas. El anexo contiene textos de Ramón Castillo y Rodrigo Alonso.

Sánchez, Teresa

(Santa Marta, 1957 -)

Teresa Sánchez

15 ilustr. + Texto en español e inglés de Germán Rubiano Caballero

Galería Diners, Bogotá, [1998], 38 p.

En texto breve pero medular, Rubiano Caballero recorre la obra reciente de Sánchez, la más lograda escultora del Caribe colombiano, y precisa que sus fundiciones y tallas “Exhiben generalmente unas formas esenciales, más abstraídas que abstractas” y que las piezas “tienen que ver con la vista y el tacto”, dos definiciones esenciales en toda aproximación crítica a esta creadora de iconografías personales.

Instalaciones—Teresa Sánchez

7 ilustr. + Texto de Germán Rubiano Caballero
Centro Colombo Americano, Bogotá, 1999, 12 p.

Rubiano Caballero resalta que estas “esculturas abstractas mantienen el contacto con el mundo real, especialmente con las formas naturales”, razón por la cual procura ser preciso al abordar piezas como las tituladas *Cardumen*, *Corales*, *Espinas*, *Río*, *Estrellas de mar* y *Nísperos*, reveladoras de una poética surgida de lo que Sánchez vivió y respiró en el ambiente marino de su natal Santa Marta.

Orden y naturaleza — Esculturas 1991-2000 — Teresa Sánchez

21 ilustr. + Texto de Eduardo Serrano Rueda
Museo de Historia del Arte MuHAr, Montevideo, abril 28 – mayo 21, 2000
Museo Eduardo Sívori, Buenos Aires, junio 9 – julio 2, 2000
Galería Arte Actual, Santiago de Chile, agosto 23 – octubre 2, 2000, 49 p.

Serrano precisa una de las claves de la escultora cuando escribe: “Si bien formalmente la obra de Teresa Sánchez alude a la naturaleza y en particular a la naturaleza de su nativa Costa Atlántica, en la concepción y ejecución de su trabajo reitera en primer término la importancia de la estética —entendida como orden, cadencia, equilibrio y sugerencias— en su definición del arte”. Concebida con criterio antológico, esta exposición itinerante dio a conocer en los países del Cono Sur a la artista que bebió en el minimalismo y no es minimalista, retoza con la abstracción y no es abstracta, se inspira en la naturaleza y no es naturalista.

Teresa Sánchez—Mutaciones naturales

23 ilustr. + Textos de Germán Rubiano Caballero y Eduardo Serrano
Galería Diners, Bogotá, octubre 11 – noviembre 17 de 2001, 36 p.

Rubiano destaca la “gran coherencia formal y conceptual” de Sánchez; Serrano reconoce la existencia “de un lenguaje visual propio y adaptable a sus intereses expresivos”. Los dos atributos se materializan en una mezcla de contención formal y sensualidad, dos calidades que riñen y se anulan en ciertos casos, pero en Sánchez se complementan de modo armónico.

Teresa Sánchez—Formas esenciales

12 ilustr. + Textos de María Elvira Ardila y Marta Rodríguez

Museo de Arte Moderno de Bogotá, Bogotá, 30 de octubre – 25 de noviembre, 2003, 40 p.

La artista preparó esta exposición en función de la sala que el Museo le asignó, lo que le facilitó el montaje de una instalación de “formas puras y atávicas”, como las llama Rodríguez. La crítica calificó de “novedoso” que estos últimos trabajos dejaran “de tener alguna analogía con el mundo natural, con lo que de cierta manera se acercan más a la abstracción pura”. La anotación es acertada, si bien la escultora seguía fiel al carácter orgánico propio de sus tanteos y obsesiones iniciales.

Volúmenes lineales—Teresa Sánchez.

34 ilustr. + Texto de María Elvira Iriarte

Patricia Ready Galería, Santiago de Chile, 16 de octubre – 6 de diciembre, 2008, 48 p.

Con el rigor que caracterizan sus estudios, Iriarte anota que Sánchez ha recorrido “un camino nada frecuente en las artes visuales contemporáneas”, al desplazarse “desde la abstracción geométrica” de sus búsquedas primerizas “hacia una morfología de curvas y volúmenes más orgánicos”. Hecha la observación, la autora recuerda que la “vía opuesta (de la naturaleza a la abstracción) tuvo y tiene muchísimos cultores; pero es raro encontrar un artista que abandona el terreno conocido de la geometría para adentrarse en la producción de formas libres”. No sobra agregar que en esta particularidad reside la originalidad de Sánchez.

Transmuted Nature—Teresa Sánchez

18 ilustr. + Textos en inglés de Carolina Barco y Germán Rubiano Caballero
Embassy of Colombia, Washington D. C., November 2008 – January 2009, 36 p.

Con solo nueve esculturas, realizadas entre 1991 y 2007, Sánchez mostró la evolución de unas formas que, según Rubiano, “*have curves, sinuous traces, fluent routes, serpentine like precipitations, non figurative configurations, all loaded with nature*”.

Suárez, Alfonso
(Mompós, 1952 -)
Visitas y apariciones de Alfonso Suárez
24 ilustr. + Texto de Christian Padilla
Espacio El Dorado, Bogotá, 2017, 22 p.

Sin tener que recurrir a citas tomadas de Foucault, Guattari o Bourdieu, Padilla ha escrito un texto ejemplar, justo y pertinente sobre la obra de un gran creador, ciñéndose como curador y analista a tratar de entender lo que busca, es y proyecta el legado artístico de Suárez. Brilla el artista en este estudio breve, ponderado y lúcido, no el marco teórico y las a veces impertinentes, barrocas e imaginarias reflexiones que otros autores acostumbran a intercalar en sus escritos.

Vellojín, Manolo
(Barranquilla, 1942 – Bogotá, 2013)
Manolo Vellojín—The Spiritual Side of Geometry
64 ilustr. + Texto en inglés y español de Álvaro Medina
Durban Segnini Gallery, Miami, November 2014 – February 2015, 120 p.

Con motivo de su primera exposición individual en los Estados Unidos, organizada después de su fallecimiento, el texto de presentación plantea que las series que Vellojín tituló *Sudario, Responso, Viacrucis, Cruzada, Ofrendas, Vanitas, Beato y Templo*, presentes en la muestra, derivan del duelo y el luto que ocasiona la muerte de un ser querido, un tema poco frecuentado por el arte moderno y contemporáneo. La abstracción geométrica del barranquillero se basaba “en la heráldica, pero también en las ricas sugerencias, o alusiones, o connotaciones de la ornamentación propia del ritual católico, presente en ábsides, adoratorios, altares, criptas, capas, casullas, estolas, etc.”. Toca subrayar que, aunque Vellojín no fue creyente, trabajó con elementos propios de los lenguajes religiosos, explotando a fondo *El lado espiritual de la geometría*, el título de la exposición. Una cronología detallada resume los hitos de la vida del pintor.

Volpe, Mario
(Barranquilla, 1936 – Berna, Suiza, 2013)
Mario Volpe—Abstractions 1962-2002
87 ilustr. + Textos en alemán e inglés de Oswaldo Benavidez C. y Viana Conti
Gestaltung, Satz y Druk, Berna, 2003, 128 p.

Mario Volpe es el pintor abstracto que Colombia ignora, ya que vivió casi toda su vida entre los Estados Unidos, Italia y Suiza, donde murió. Benavides afirma que la obra de Volpe es una consecuencia de su “formación arquitectónica en el Carnegie Institute of Technology y en Harvard”, y Conti considera que su trayectoria puede dividirse en cuatro ciclos, marcados por los movimientos artísticos que pudo ver en la Nueva York de los años cincuenta y sesenta. Los dos textos principales están complementados con artículos críticos publicados en diarios y revistas de Zúrich, Basilea, Berna, Génova, Bruselas, Nápoles, Alicante, Barranquilla y Cartagena.

Colour Black—Mario Volpe
161 ilustr. + Introducción de Konrad Tobler / Textos de Mario Volpe, Viana Conti, Álvaro Medina y Christian Campiche en inglés y alemán
Till Schaap Edition, Berna, 2015, 183 p.

Además de pintor, Volpe fue un dibujante inclinado a trabajar en blanco y negro, una predilección derivada de la disciplina que adquirió como arquitecto, una profesión que practicó y abandonó a la vuelta de contados años. Normalmente podríamos llamar bocetos a estos estudios previos, pero no lo son, ya que fueron ejecutados por el gusto que sentía por el negro como color, de allí el título de este libro revelador y sobrio. El largo texto del pintor y dibujante es una confesión que da cuenta de recorridos por el mundo, experiencias, gustos e inquietudes, que se esbozan a la luz del principio de que toda obra artística es “inseparable de la biografía del pintor”.

2. OBSERVACIONES GENERALES

A la luz del recuento anterior, que pretende ser exhaustivo y no lo es porque no todos los impresos logran circular del modo eficiente que sería de desear,

consideremos ahora que la costa Caribe colombiana cuenta con cuatro pequeños museos activos: el Museo Bolivariano de Arte Contemporáneo, sito en Santa Marta, el Museo de Arte Moderno de Cartagena, el Museo de Arte Moderno de Barranquilla y el Museo Zenú de Arte Contemporáneo, en Montería; este último carece de sede y colecciones propias, por lo que funciona como una galería institucional, dinámica y ambiciosa en cuanto a su programación. De las publicaciones reseñadas en estas páginas, son contadas las que llevan el sello de esos cuatro museos.

Al menos un tercio de las decenas de exposiciones de los museos regionales debieron generar, según los estándares internacionales, impresos de la calidad y extensión de los reseñados en los casos de Vicky Newman, Gonzalo Fuenmayor y Alfonso Suárez, producidos e impresos en Bogotá. La pequeña pero intensa e interesante exposición de homenaje que el Museo de Arte Moderno de Barranquilla realizó en julio de 2015 con motivo del fallecimiento de Norman Mejía, teniendo en cuenta que hacía años no exponía en la ciudad, quedó registrada en un plegable que no arroja luces sobre un artista importante y enigmático como pocos en Colombia y América Latina.

Matiz, Obregón y Grau acaparan la producción de estudios. Los que rondan los 50 años se hacen sentir ya, aunque tímidamente. Llama la atención el caso particular de Teresa Sánchez, por contar con catálogos que son ejemplares en todo sentido, pero hace años no se hace presente con impresos igual de interesantes. Norman Mejía, el colectivo El Sindicato, Alfonso Suárez y Edwin Jimeno, que aquí se mencionan de primero por haber sido galardonados en Salones Nacionales, son artistas ya reconocidos o de alguna manera visibles que no han merecido publicaciones a la altura de la creatividad que han demostrado. Agréguese a esto que Abdú Eljaiek, El Grupo Los Quince, Delfina Bernal, el grupo El Sindicato, Efraín Arrieta, Ramiro Gómez, Álvaro Herazo, Ida Esbra, Rosa Navarro, Olivia Miranda, el excelente e irreverente grupo cartagenero de Las Emputadas (Alexa Cuesta, Helena Martín Franco y Lissette Urquijo), el grupo barranquillero Bi-Infrarrojo (Milena Aguirre y Rafael Barraza), Muriel Angulo y Marta Amorocho tampoco las han merecido.

Paralelo a esto tenemos que son escasos los historiadores, curadores y críticos de la región dedicados a escribir textos analíticos exigentes, honrando la extensión y la profundidad que los temas merecen. Abunda el texto corto con lugares comunes, un defecto que en verdad es nacional. Para superar el síndrome de la parquedad, un modelo a seguir es el de Dawn Ades en el catálogo de Ofelia Rodríguez, que no ahorra palabras en la tarea de penetrar las complejidades de la obra que analiza.

Si hay hallazgos que anotar, los protagonizan los impresos dedicados a Volpe, Rodríguez, Martínez y Maciá, tal vez porque han desarrollado sus trabajos por fuera de Colombia, con un éxito internacional fulgurante en el caso de Maciá, del que apenas empezamos a tener conciencia en Colombia. Volpe fue un pintor abstraccionista perteneciente a la generación de los años sesenta, más creativo y arrojado que su contemporáneo Carlos Rojas, pero aún no ha sido reconocido como tal; Martínez es un instalador sin par cuya obra sorprende por la atrevida simplicidad de sus propuestas, sencillas en la ejecución y complejas en su dimensión conceptual.

Paralelo a los hallazgos, tenemos unas fuentes más en los catálogos de los Salones Regionales y sobre todo en los contenidos de la revista *Ojo al Arte*, el órgano oficial del Instituto Universitario de Bellas Artes y Ciencias de Bolívar (Unibac), en el que se pueden leer algunos artículos serios sobre las artes y los artistas del Caribe colombiano. Es de lamentar, eso sí, que dicha publicación no aplique el estándar internacional de las dieciséis citas bibliográficas que las instituciones académicas universitarias exigen como mínimo, un estándar que los museos deberían adoptar en sus catálogos para quedar a la altura de los tiempos. Se trata de subir el nivel de calidad y entender que además de dar los datos básicos de la obra que se estudia (título, materiales, lenguaje y tema), un autor debe indagar en la motivación, el porqué, el sentido, el propósito y los alcances estéticos y sociales (o ambientales) del trabajo que motiva sus reflexiones, sin perder de vista las vivencias y los intereses particulares del artista, ajeno a los enunciados teóricos de pensadores que no tienen la menor noción de quiénes son los protagonistas del arte colombiano. En la Unibac, por cierto, también se han escrito trabajos de grado para optar al título de Magíster en Historia del Arte con temas tales como la fundación del Museo de Arte Moderno de Cartagena o los trabajos de Cecilia Porras y Edwin Jiménez, el anuncio de que la situación actual podría cambiar en el corto plazo.

La costa Caribe colombiana es una región sumida en la violencia y frenada por el alto nivel de corrupción de sus políticos, la pésima calidad y cobertura de los servicios públicos, la regular o mala calidad de hospitales y centros de salud, el manejo irresponsable de los recursos mineros, los rezagos feudales que debilitan el agro ya que posee tierras productivas y una tenencia calificada de inequitativa por los expertos en el tema, el mediocre desempeño académico de la universidad pública, el bajón industrial de los últimos años y la dependencia de un capital foráneo que llega, depreda y con gran facilidad se va. Contrastando con este desolador panorama, el empuje cultural es de primera magnitud por ser dinámico, intenso y constante, dentro de una tradición que lleva décadas sin ceder en creatividad.

Se comprende que un alto porcentaje de la producción visual carezca de proyección nacional, circunscribiéndose a ser un fenómeno local. Si se coordinaran, sus cuatro museos podrían generar, compartir y financiar proyectos de interés mutuo resumibles en un catálogo común de gran alcance en sus contenidos visuales y textuales, un proyecto lógico y factible obstaculizado por las rivalidades y los celos. En el plano puramente museístico, las artes visuales producen mucho y reciben poco, a veces casi nada, desestimulando al creador en su taller.

Lo mejor de la producción artística del Caribe colombiano dista de ser provinciana, pero la actitud de los artistas y las instituciones sí lo es. La falta de proyección merma el reconocimiento y no estimula el conocimiento, es decir, el estudio por parte de la crítica, privando al historiador de la documentación que le daría respaldo y razón de ser a sus trabajos. Se hace historia en el día a día, pero no se dejan las huellas que lo atestigüen, volviéndose arte chatarra de consumo rápido y olvido perenne o casi perenne, peligro que palian trabajos panorámicos como *Los recursos de la imaginación* y *El arte del Caribe colombiano*.

SEXTA PARTE
CARNAVALES Y FESTIVALES

LAS FIESTAS DE INDEPENDENCIA DE CARTAGENA DE INDIAS Y SU ESPÍRITU DE CARNAVAL

Alberto Abello Vives

Al momento de escribir este capítulo, el autor se desempeñaba como director de la Biblioteca Luis Ángel Arango y la Red de Bibliotecas del Banco de la República.

1. INTRODUCCIÓN

En noviembre de 2017 se conmemoró 205 años de la primera celebración de la independencia de Cartagena de Indias, ocurrida el 11 de noviembre de 1811. Un año más tarde de esta notable fecha, la ciudad se congregaba y daba inicio a la primera festividad republicana de la hoy Colombia: a los actos gubernamentales y eclesiásticos se sumaron festejos populares. Como lo anota el desaparecido sociólogo Édgar Gutiérrez, “hubo luminarias desde la noche anterior y ese día según la Gaceta de Cartagena de Indias del jueves 12 de noviembre, precisamente en la edición número 31, hubo misa solemne con *Te Deum* a la que asistieron las autoridades de la ciudad y sus distintas comunidades, así como una asistencia extraordinaria del pueblo. Allí mismo se informa que el vecindario entero se entregó a todo género de regocijos. Máscaras, disfraces, música, vivas y repetidas salvas [...]”¹.

He ahí el origen de las fiestas del 11 de noviembre, o simplemente novembrinas, como fueron llamadas por la costumbre de repetir las cada año, a las que haré referencia en este capítulo. En el espacio temporal 1997-2017, período de análisis del seminario convocado por el Centro de Estudios Económicos Regionales (CEER), es decir, durante los últimos veinte años, la ciudad ha presenciado, paulatinamente y con altibajos, su restauración, luego de décadas de crisis durante la segunda mitad del siglo XX. Mientras tanto, el país se percata de ellas y su verdadero contenido con cierta timidez. Se trata de un proceso iniciado con el surgimiento del Cabildo de Getsemaní en 1988, que pasa por la creación del Comité por la Revitalización de las Fiestas de Independencia en 2003, por la firma de un amplio Pacto Social para esta revitalización en 2016, y avanza hasta llegar al mes de agosto de 2017, cuando el Consejo Nacional de Patrimonio dio su aval para que ellas cuenten con un Plan Especial de Salvaguarda que asegure su inclusión en la Lista Representativa del Patrimonio Inmaterial de los colombianos.

¹ “En noviembre llegan las Fiestas de Independencia” tomado de *Cuadernos de Noviembre*, Instituto de Patrimonio y Cultura de Cartagena, Cartagena, 2011, núm. 2, p. 15.

El lector encontrará aquí no solo los principales hitos y características de lo que ha significado la recuperación de la fiesta republicana en Cartagena, sino que también encontrará una síntesis de las travesías que dieron origen y pusieron en movimiento a los carnavales en la llanura del hoy llamado Caribe colombiano, al norte de Colombia y, aunque nacidos en los tiempos coloniales, enriquecieron las fiestas novembrinas con sus músicas, danzas, disfraces, y máscaras. Por ello, el nombre que lleva este texto: “Las Fiestas de Independencia de Cartagena de Indias y su espíritu de carnaval”.

2. DE LA CRISIS A LA REVITALIZACIÓN

Luego de décadas de crisis, en 1988 surge el Cabildo de Getsemaní como una llama para alumbrar el camino que ha de abrirse y diferenciarse de la senda del Concurso Nacional de Belleza surgido en los años treinta del siglo XX. Con la aparición del Cabildo de Getsemaní se retoma la idea de la ocurrencia de los cabildos de nación y lengua del período colonial, y su realización, gracias al esfuerzo mancomunado de los getsemanisenses, muchos de ellos agrupados en la Fundación Gimani Cultural, logra incorporarse de manera permanente en el calendario festivo de noviembre. Un bello desfile que desde ese entonces recorre la ciudad y termina en la plaza de La Trinidad, acoge a quienes consideraban, por ese entonces, que otras fiestas, distintas e independientes del reinado de belleza, eran posibles.

En 2003 se crea el Comité por la Revitalización de las Fiestas de Independencia, que logró convertirse en el principal promotor de su recuperación durante lo corrido del siglo XXI. Para este comité la revitalización es pensada desde la posibilidad de darle más energía, mayor potencia, mejor organización, más contenido histórico y cultural, mayores estímulos y recursos financieros. Retornarles a estas fiestas su posición principal es su misión.

Por el estímulo a la investigación, por la realización de foros y seminarios, por la propuesta sobre las políticas públicas necesarias, por el acompañamiento a instituciones públicas y privadas, por contar con una agenda permanente que convoca a los más variados sectores de la ciudad, es la organización de la sociedad que ha generado los mayores impactos posibles en la recuperación de las fiestas. Nació cuando el también desaparecido Jorge García Usta, luego de años dedicados a explicar su crisis y a recomendar su recuperación, convocó a instituciones y personas, a la academia y a grupos folclóricos, y armó este comité, que se mantiene vivo a la hora de escribir estas notas. García Usta murió en diciembre de 2005 mientras se realizaba

una evaluación de las fiestas del noviembre inmediatamente anterior, en las que por primera vez adquirían un nuevo realce.

Con el ejemplo de Getsemaní, el continuado esfuerzo revitalizador y muchos barrios de la ciudad aparecieron carnavales, bandos, desfiles, comparsas y festivales durante la temporada novembrina. La ciudad había crecido y al cambiar de siglo ya no era aquel villorrio, se acercaba al millón de habitantes y los excluidos de las celebraciones oficiales buscaron sus propias expresiones. Fue así como San Diego, Daniel Lemaitre, Torices, Martínez Martelo, Las Gaviotas, Blas de Lezo, Escallón Villa, Lo Amador, Calamares, La Consolata, El Socorro, San José de los Campanos, entre otros tantos barrios, empezaron a contar, de manera intermitente, con sus propias celebraciones, no siempre reconocidas, apoyadas o bien vistas por la administración local². La fiesta se hace en los diversos barrios de la ciudad, por fuera, casi siempre, de la programación oficial y con baja visibilidad mediática.

Por su parte, dos instituciones educativas, la Escuela Superior de Cartagena de Indias y La Milagrosa, abrieron el camino a la amplia participación estudiantil en las fiestas. A partir de su ejemplo varias decenas de instituciones educativas cuentan con programas formativos que concluyen cada año con desfiles y festivales. Al lado del esfuerzo barrial, el cual marca la inclusión aspirada de los más amplios sectores de la población que se vieron desalojados de las fiestas oficiales, las instituciones educativas con su participación en las Fiestas de Independencia se convierten en, tal vez, la principal estrategia para la supervivencia y proyección de ellas.

Este período va a caracterizarse por el surgimiento de una propuesta clara para retomar el carnaval novembrino y dotar a las fiestas de contenido histórico y cultural. Las fiestas se conciben como un gran proyecto de ciudad que con mayor integración e inclusión sociales, contribuya a la transformación de Cartagena en una ciudad menos fragmentada. Así, el Comité por la Revitalización se ha detenido a pensar las políticas públicas necesarias para ello; ha promovido espacios de reflexión, investigaciones, intercambios de experiencias, propuestas de diseños de vestuario y utilería festiva, estrategias de divulgación, apropiación social del conocimiento y gestión interinstitucional. En este período, cuando el Instituto de Patrimonio y Cultura de Cartagena (IPCC) y el Comité por la Revitalización de las Fiestas de Independencia han trabajado de la mano, las fiestas han avanzado.

² Ibid, pp. 54-55.

3. ¿POR QUÉ CAMBIAR SU NOMBRE?

Como resultado temprano del Comité por la Revitalización, se realizó en junio de 2004 el seminario “Pensar las Fiestas de Independencia”, que gracias a la participación social y a los aportes de amplios estamentos festivos permitieron contar con los *Principios para una política pública de fiestas*, que han regido el pensamiento y las acciones del grupo de instituciones, grupos y personas aglutinadas en él.

Uno de los temas debatidos ampliamente, tal vez el más trascendental, fue la importancia de recuperar el contenido histórico y cultural perdido. Por ello, tras un amplio ejercicio de participación social de organizaciones folclóricas y culturales e instituciones locales, apoyado por aportes intelectuales de investigadores que se dedicaron a reconstruir la memoria festiva, su significado y sus expresiones, se hizo un primer acuerdo para llamarlas *Fiestas de Independencia*, cuyo nombre fue acogido e incorporado por instancias gubernamentales, sociales y los medios de comunicación. Se hizo necesario renombrar los festejos de noviembre, que las nuevas generaciones de colombianos y cartageneros identificaban más con un reinado de belleza nacional que con la celebración de la independencia de Cartagena de Indias, la cual abrió y cerró el largo proceso de independencia de Colombia (1811-1821).

Tanto en el seminario como en los Principios mencionados, se hace énfasis en que:

Fiestas de Independencia es el verdadero nombre de las fiestas populares que se realizan en el mes de noviembre en la ciudad de Cartagena, que atestiguan la esencia histórica, cultural y social de tales festividades, y expresan una metáfora viva de la independencia nacional y el valor histórico de los sectores populares y subalternos en la construcción de una ciudad caribe. A ellas, a sus programaciones, orientaciones y sentidos, se subordinan los otros festejos de noviembre (IPCC, 2016, p. 24).

Así, pues, las Fiestas de Independencia no son otra cosa que aquellas fiestas novembrinas o del Once de Noviembre, nacidas hace 205 años.

Las propuestas para su revitalización reconocen la importancia de los espacios barriales para las celebraciones (cabildos, como el de Getsemaní, con tres décadas de existencia; bandos, carnavales, comparsas y desfiles); consideran la reconversión del reinado de las fiestas –que no reinado de la Independencia– como un ejercicio cívico de integración barrial para estimular los festejos arriba mencionados; estimulan la aparición de componentes festivos

en los programas educativos institucionales que han originado la aparición de comparsas, desfiles y festivales estudiantiles, y convierten el Desfile de la Independencia en el principal evento de su conmemoración. Un desfile, al mejor estilo de los carnavales, entre las murallas de Cartagena y el mar Caribe.

Las organizaciones promotoras de las Fiestas de Independencia las han pensado como un gran proyecto de ciudad, que contribuya a reconvertir la exclusión y la fragmentación sociales. La ciudad del futuro es imaginada con una reducción notable de la pobreza y la discriminación racial, condiciones que afectan en mayor medida la población de herencia africana, y con mayores niveles de convergencia social frente a la aguda asimetría de su inequidad social. En ese proyecto de ciudad caben las Fiestas de Independencia como el espacio multirracial y multclasista de mayor inclusión social, que suma, en mayor medida, sus manifestaciones culturales.

4. EL ESPÍRITU DE CARNAVAL

La comprensión del estado actual y de los principales retos de las Fiestas de Independencia no es posible sin una referencia histórica de largo plazo que obliga a remontarse a los primeros tiempos de configuración de la ciudad, cuando, como resultado de su acontecer ampliamente conocido, se implanta en su territorio un nuevo *rizoma cultural*, en el que se enredan múltiples raíces étnicas americanas, europeas y africanas, y florecen expresiones y festejos populares que se convertirán en los más importantes de la ciudad a lo largo de su historia³.

Las variadas expresiones de la fiesta popular cartagenera con la que se conmemora la Independencia tienen sus orígenes en la colonización hispana de América y de lo que con ella se produjo: el arrasamiento de culturas

³ Cartagena de Indias, en el Caribe de Colombia, fue el principal puerto de España en la Nueva Granada, reconocido por su importancia para los intereses imperiales en América y por haberse especializado en la importación de mano de obra esclavizada y en las operaciones logísticas de los metales preciosos provenientes de la minería suramericana que eran transportados en dirección a la península ibérica.

El concepto de rizoma, aplicado aquí para comprender los fenómenos culturales de Cartagena, abreva en la obra *Mil mesetas, capitalismo y esquizofrenia* de Gilles Deleuze y Félix Guattari (2002). Para estos autores franceses el rizoma es una antigenealogía, no responde a un modelo estructural específico, enreda múltiples matrices, no obedece a raíz única, pone en juego una diversidad de signos; es abierto y siempre cambiante, nunca cerrado o único; está hecho de direcciones que se cambian, los caracterizan 'entradas' y también 'salidas' múltiples, impensadas, que saben cambiar su propia naturaleza en el tiempo (pp. 13-18).

indígenas de la llanura del Caribe colombiano y la negación de la libertad humana, como resultado del comercio triangular y de uno de los más grandes dramas de la modernidad como lo ha sido la esclavización de africanos y la trata negrera. Pero también nace como resultado de la resistencia, la búsqueda de la libertad, el cimarronaje y el arrochelamiento, que no solo permitieron la supervivencia de prácticas y expresiones culturales, sino su irrigación, gracias a los procesos de poblamiento de toda la provincia de Cartagena.

Nace bajo la forma de carnaval durante la Colonia, al lado de otras celebraciones y festejos, entre ellos las Fiestas de la Virgen de la Candelaria, los cabildos de nación, la Semana Santa y los fandangos; carnaval que con el pasar de los siglos deriva en parte esencial del contenido cultural de la conmemoración anual de la Independencia.

Se hace preciso, entonces, encender las luces para observar su pasado y encontrar las piezas dispersas de ese rompecabezas, aún más grande, sobre la circulación, movilidad e irrigación de expresiones culturales, del que hacen parte las fiestas y que incorpora la herencia indígena americana, la memoria patrimonial africana y las manifestaciones culturales europeas; encender luces para observar la confluencia de culturas que hicieron posible que naciera en la ciudad colonial un carnaval, que este carnaval, por los procesos de poblamiento, ocurriera también en distintos pueblos de la provincia, que se moviera en el calendario para enriquecer la fiesta republicana de conmemoración novembrina de la posterior independencia de la Corona española y que su epicentro se relocalizara en otro puerto y en otro tiempo, ya en la era republicana.

5. TRAVESÍAS FESTIVAS

Como ocurren los hechos, la trayectoria de estas fiestas no podría reconstruirse de forma lineal. A la manera de los rizomas está hecha de continuidades y discontinuidades, de similitudes y diferencias, de implantaciones y trasplantes. Se mueve en el tiempo y el espacio, se relocaliza, pero también muta y trasciende al espacio urbano de Cartagena donde nació.

Es preciso rendir tributo a Nina S. de Friedemann, quien desde la década de los setenta del siglo XX sugiere estudiar la llamada “costa Atlántica” desde los marcos teóricos de los estudios del Caribe, ya en la década de los ochenta se pregunta por esas rutas del carnaval en el Caribe colombiano y al hacer seguimiento a músicas y danzas da luces sobre movimientos espaciales y confluencias ocurridos en estas fiestas populares. Son pioneros sus textos y fotografías sobre los carnavales de Palenque de San Basilio, Mompos, Barranquilla y de la ribera del Río Magdalena.

Hoy, tres décadas después, podría enriquecerse esa ruta identificada por Friedemann y construirse una más amplia trayectoria como resultado de la identificación de al menos tres grandes travesías culturales:

1. La travesía transatlántica al vaivén del comercio triangular y la trata negrera, que ayuda a entender las diásporas humanas, culturales y el mestizaje, con fuerte componente africano, en el Caribe del Nuevo Mundo. Esta travesía permitió el mestizaje de elementos americanos, europeos y africanos; a las danzas, instrumentos y músicas americanas se sumó la incorporación del carnaval medieval europeo y la recuperación de la memoria ritual y festiva africana y las prácticas indígenas. Nacieron nuevas expresiones, entre ellas muchas de las manifestaciones hoy conocidas y que integran los carnavales del Caribe.

Aquí es preciso detenerse para precisar cómo, antes de los fenómenos culturales acaecidos en América luego de la importación de mano de obra africana, había ocurrido ya un intercambio de expresiones culturales de doble vía entre la península ibérica y los imperios africanos. En la obra de Alonso de Sandoval, *De Instauranda Aethiopia Salute*, escrita en Cartagena a partir de la información suministrada tanto por esclavizados como por involucrados en la trata, y publicada en Sevilla en 1627, más conocida como *Un tratado sobre la esclavitud*, es posible identificar la incorporación de elementos culturales europeos en ciertos ritos, entre ellos ritos funerarios, en territorios africanos: “[...]parten con sus amigos para hallarse al entierro; llevando cada un conforme a su posible unos oro y vestidos, otros algunas cosas de las que los portugueses llevan a aquellas partes”⁴. Y si en África era posible identificar incorporaciones culturales europeas como producto de los viajes marítimos y la circunnavegación de sus costas, en la misma península ibérica fueron notorias expresiones culturales como resultado de la llegada de africanos. Así que se hace necesario liberar tanto la herencia europea como la diáspora africana de ciertos esencialismos culturales que caracterizan su interpretación.

También, se requiere dejar de pensar que esta travesía lo fue en una sola dirección, desde las costas mediterráneas y africanas hacia América. Así como la riqueza obtenida con la explotación de la mano de obra esclavizada viajó a Europa, así lo hicieron también ciertas expresiones que, como el llamado zambapalo, tuvieron su origen en el Caribe, pero viajaron y se introdujeron en la península.

⁴ Alonso de Sandoval, *Un tratado sobre la esclavitud*, Madrid, Alianza Editorial, 1987, p. 115.

En la actualidad, el *Diccionario de la lengua española* define al ‘zambapalo’ como danza *grotesca* originaria de las Indias Occidentales –hispanas– de uso en la España de finales del siglo XVI y el siglo XVII. Leyendo las *Crónicas caribeñas* de Alejo Carpentier nos encontramos en una de ellas, refiriéndose a los tiempos coloniales en las Antillas:

[...] sabemos que mucho se bailaba, y que esto facilitaba considerablemente el proceso de fusión de lo hispánico con lo negro, proceso efectuado en América, a causa del cual España fue literalmente invadida por danzas nuevas, venidas de nuestro continente [americano], a poco que el sol dejara de ponerse sobre el reino de Felipe II. A la fecha en que escribe su novela del *Celoso extremeño*, Cervantes nos habla ya del “endemoniado son de la zarabanda, nuevo entonces en España” antes de referirse en *La ilustre fregona*, al baile de la chacona, “indiana amulatada”, que disfrutaba favores al baile del zambapalo⁵.

Y así podríamos seguirle el hilo a estos viajes en contravía de las expresiones culturales.

El zambapalo aparece entonces en la literatura del Siglo de Oro español. Son varios los autores que utilizan este vocablo en sus obras literarias asociándolo a la fiesta, al baile, a la música, en cierta manera al desorden y la mascarada⁶. Entre ellos se encuentran Gabriel Lobo Lasso de la Vega, en su obra *Manojuelo de romances*; el mencionado Miguel de Cervantes Saavedra en sus obras *Celoso extremeño*, *La ilustre fregona*, *Entremés del rufián viudo llamado Trampagos*; *Comedia famosa intitulada La Gran Sultana, doña Catalina de Oviedo* y *Entremés de la cueva de Salamanca*; Luis Vélez de Guevara en su obra *El diablo cojuelo*; Francisco de Rojas Zorrilla en *Lo que quería el marqués de Villena*; Francisco de Quevedo en *Discurso de todos los diablos o infierno emendado* y Alonso Jerónimo Salas de Barbadillo en *El curioso y sabio Alejandro, fiscal y juez de vidas ajenas*⁷.

2. La segunda travesía, sobre la que se hace necesario profundizar, es la de uno de tantos carnavales caribes, precisamente el nacido en Cartagena

⁵ Alejo Carpentier, *Crónicas caribeñas*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2012, p. 343.

⁶ *Nuevo Diccionario histórico del español*, disponible en <http://web.frl.es/CNDHE/org/publico/pages/consulta/entradaCompleja.view>

⁷ En español antiguo ‘agenas’, con g en lugar de j.

de Indias, que gracias a fuerzas centrífugas se dispersó primero por toda la provincia y que mediante la existencia de posteriores fuerzas centrípetas, relocalizó posteriormente su epicentro en el puerto emergente de Barranquilla⁸.

Se trata de un amplio espectro temporal que se origina en los albores de la colonización española, cuando se da el contacto y exterminio de buena parte de la población indígena, la importación de esclavizados al puerto de Cartagena de Indias, la ocurrencia de los cabildos de nación, la introducción de carnavales europeos y de fiestas religiosas. Ese amplio período que, iniciado en los tiempos coloniales, transcurre durante la independencia absoluta de esta ciudad frente a la Corona española por un siglo XIX republicano con caminos bifurcados entre las dos ciudades –mientras Cartagena declina, Barranquilla se configura y asciende en el panorama nacional– y por el siglo XX, en el que se producen intercambios entre las dos ciudades, hasta llegar al actual siglo XXI, cuando ha desaparecido el carnaval de comienzos de año en Cartagena, se encuentran en franca recuperación las Fiestas de Independencia de esta ciudad, que recogen la memoria de su carnaval, y ha sido declarado el carnaval de Barranquilla como Obra Maestra del Patrimonio Oral e Intangible de la Humanidad por la Unesco en el año 2003.

Por la fuerza transformadora de las expresiones africanas, esta travesía tiene en los cabildos de nación un espacio que imprime la huella africana y, gracias a ello, según Friedemann, “el carnaval [cartagenero] constituyó una fiesta distinta, nueva”⁹. Para decirlo en términos contemporáneos, los cabildos fueron, en este caso, los únicos lugares autorizados por las autoridades para el encuentro, que permitieron la salvaguarda del patrimonio cultural africano, muy a pesar de haber sido un estupendo mecanismo de subordinación, aislamiento y control político e ideológico, pero “tuvieron una activa participación en las celebraciones religiosas y seculares como la fiesta de la Virgen de la Candelaria y las carnestolendas que cronológicamente le seguían [...] Para las fiestas de la Candelaria y del Carnaval los negros intensificaban la actividad de los cabildos; durante aquellos días sus amos y las autoridades municipales les permitían congregarse y divertirse en los respectivos cabildos [...] Las fiestas de carnaval y la

⁸ Como el objetivo de este ensayo es explorar los orígenes y la evolución de las Fiestas de Independencia de Cartagena de Indias, el autor privilegia aquí el origen del carnaval cartagenero en los inicios del régimen colonial hispánico y, por lo tanto, no incluye los orígenes de carnavales en Riohacha y Santa Marta, que también alimentan el carnaval de Barranquilla y han sido estudiados por otros autores.

⁹ Nina S. de Friedemann, *Fiestas, celebraciones y ritos de Colombia*, Bogotá, Villegas Editores, 1995, p. 66.

celebración de la Virgen de la Candelaria que les precedía fueron consideradas por los pobladores de Cartagena como sus festividades más representativas”¹⁰.

Joaquín Posada Gutiérrez describe los desfiles que de los cabildos partían por la ciudad durante las fiestas:

*Iban cantando, bailando, dando brincos y haciendo contorsiones al son de tambores, panderetas con cascabeles y golpeando platillos y almireces de cobres y con semejante estruendo y tan terrible agitación, algunos, haciendo tiros con escopetas y carabinas por todo el camino, llegaban a la Popa bañados en sudor, pero sin cansarse*¹¹.

Los cabildos estuvieron localizados en varios lugares de la ciudad colonial, especialmente en el barrio Santo Toribio (San Diego). Entrado el siglo XVIII funcionaban cabildos de nación en distintas calles: Cabildo de Carabalíes (calle de Nuestra Señora del Cabo o Calle Segunda de la Cruz); Cabildo Minas (Calle del Santísimo); Cabildo de Luango o Luanda (Calle del Quero); Cabildo de Araraes; Cabildo de Jojoes (Calle de los Siete Infantes); Cabildo de Chalaes (Calle de San Pedro Mártir). En 1808, en la Calle Nuestra Señora de África, se encontraba ubicado el Cabildo de Congos.

La aparición de un nuevo ‘tipo de carnaval’ no fue un fenómeno exclusivamente urbano. Sabemos de las fuerzas centrífugas que rigen el poblamiento de la provincia de Cartagena durante el período colonial. En su vasto territorio se encontraban asentamientos indígenas y surgieron sitios de libres, de arrochelados y palenques de negros cimarrones. Este poblamiento ha sido estudiado ampliamente y no requiere mayores precisiones en este capítulo. Lo importante a tener en cuenta es que, con el movimiento poblacional, también ocurrieron viajes, muchas veces de doble vía, entre la ciudad y la provincia y entre los distintos puntos de la provincia, de las expresiones culturales. En la provincia de Cartagena se empiezan a celebrar carnavales —San Bernardo del Viento, Sahagún, Corozal, Mompo, Magangué y en los pueblos ribereños— y de esa misma provincia partieron expresiones que enriquecieron el carnaval

¹⁰ María Cristina Navarrete, *Prácticas religiosas de los negros en la Colonia, Cartagena siglo XVII*, Cali, Editorial Universidad del Valle, 1995, pp. 77-78.

¹¹ Joaquín Posada Gutiérrez, *Memorias histórico-políticas*, t. II, Bogotá, Imprenta Nacional, 1929, pp. 207.

cartagenero. Según Friedemann, “los pueblos y ciudades que en direcciones occidental y oriental se levantan en el tramo de la llanura caribe bañada por el río Magdalena pueden considerarse como el área *carne-sto-léndica* del Caribe colombiano”¹².

Como resultado de estas fuerzas centrífugas poblacionales el carnaval que se celebraba en toda la provincia de Cartagena siguió celebrándose durante el siglo XIX, y en ella emerge Barranquilla, convertida en villa apenas en 1813, durante la República de Cartagena.

Es el incremento del comercio exterior del país durante la segunda mitad del siglo XIX, el que se convierte en el motor del crecimiento de esta ciudad, que ya al finalizar ese siglo se convertía en el principal puerto colombiano para el comercio exterior. Ante esa situación, se da la relocalización de la centralidad del Carnaval a Barranquilla, ciudad que se convirtió, según Friedemann, en el imán que “atrae y concentra las tradiciones étnicas de negros, indios y campesinos, rebosando el proceso de asentamiento histórico del carnaval vernáculo”¹³.

Con las fuerzas centrípetas del Carnaval de Barranquilla, este se consolida con los aportes de toda la región Caribe (Riohacha, Santa Marta, el río Magdalena, Mompo y otros municipios de Bolívar, además de Cartagena, obviamente), y crece al compás de su economía y con la llegada de inmigrantes de toda esa región y del exterior. En ese sentido, el Carnaval de Barranquilla es, igualmente, un carnaval rizomático, no solo por ser mucho más que ese pobre perfil definido desde la visión de la ‘trietnia’, que no reconoce la diversidad en el interior de los aportes europeos, indígenas y africanos, sino por ser la síntesis de los carnavales regionales del Caribe colombiano y la incorporación de las expresiones de los inmigrantes, carnaval que ha tenido momentos de auge, decadencia y posterior revitalización a lo largo del siglo XX, del cual Cartagena se ha propuesto aprender para su propio ejercicio de revitalizar las Fiestas de Independencia.

Van Rensselaer, viajero estadounidense de padres alemanes, describe por primera vez el Carnaval de Barranquilla en 1829.

Tuvimos fiesta de carnaval, que en Italia dura varias semanas, pero en ese lugar donde todos dependen de la labor cotidiana, ha

¹² Nina S. de Friedemann, “El carnaval rural en el río Magdalena”, tomado de *Boletín Cultural y Bibliográfico* vol. XXI, núm. 1, Bogotá, Banco de la República, 1984, p. 38.

¹³ Nina S. de Friedemann, *Fiestas, celebraciones y ritos de Colombia*, Bogotá, Villegas Editores, 1995, p. 70.

*sido prudentemente reducida a tres días durante los cuales no es el caso trabajar, porque todo es alegría y travesura. No podría decir ahora sobre el motivo que originó el festival, si fue el paganismo o algún evento eclesiástico. Aquí parece que el lugar principal lo tienen los aborígenes del país con sus trajes más antiguos*¹⁴.

Un punto de inflexión final de esta travesía podría ser el momento en el que una delegación del carnaval barranquillero, con motivo del VII Encuentro Nacional de Patrimonio realizado en Cartagena en septiembre de 2016, rindió tributo e hizo un acto de reconocimiento a las Fiestas de Independencia, como depositarias del carnaval colonial cartagenero.

3. La tercera travesía que explica el espíritu de carnaval de las Fiestas de Independencia hace referencia al movimiento de las fuerzas endógenas cartageneras con las que las manifestaciones del carnaval de principios de año migraron y convivieron hasta mediados del siglo XX con la conmemoración novembrina de la Independencia.

Los escritores Jorge Artel, Daniel Lemaitre y Gabriel García Márquez, exponentes importantes de la literatura cartagenera y del Caribe colombiano, construyen representaciones sobre este espíritu de carnaval de la Cartagena novembrina. Igualmente, Enrique Grau lleva a sus representaciones plásticas imágenes de las fiestas populares y la mascarada. También se encuentra un importante registro fotográfico de las fiestas novembrinas, marcadas por la carnavalada, en la Fototeca Histórica de Cartagena. Veamos algunas notas de los escritores mencionados:

De Jorge Artel: “El 11 de noviembre es para los cartageneros, sobre todo, una fecha carnestoléndica”.

De García Márquez:

Todos los años, por el 11 de noviembre, la ciudad celebra el aniversario puntual de su independencia proclamada, pero ni aun los más viejos recuerdan una fiesta callejera tan concurrida, entusiasta y pacífica como esta. Ha sido –y ese fue uno de sus éxitos mayores– el orden de júbilo dentro del caos. (Una cometa en la muchedumbre, Cartagena, 1983)

Y hasta se metieron disfrazados durante el carnaval en noviembre en los cuartos de alquiler del antiguo barrio de esclavos de Getsemani. (El rastro de tu sangre en la nieve, 1986)

¹⁴ Centro de Información y Documentación Carnaval de Barranquilla, colección recortes de prensa, Barranquilla, 1829.

De Daniel Lemaitre:

Los diablitos de espejo, la danza de la cinta, la de los gallinazos, los marineros, los negros carabalíes y mil pandillas de monos animaban las dormidas calles del Corralito, yendo de casa en casa para mostrar sus habilidades. Sanos divertimentos y muy ingenuos, pero no por ingenuos y sencillos menos gozados.... ¡Mi madre! ¡El día que pude hacer parte de una pandilla de monos no me cambiaba por nadie!

Esta travesía interna ha ocurrido durante los siguientes períodos:

5.1 PERÍODO DE 1812 A 1814

Es el período del Estado Soberano de Cartagena de Indias. Se sabe que desde 1812 se inició la celebración de la Independencia y que, al lado de eventos gubernamentales y eclesiásticos, aparecieron manifestaciones festivas. Donaldo Bossa Erazo, firmando como Chantecler una columna, anota:

*Durante las fiestas de noviembre se permiten disfraces, pero esto tiene origen en 1812 y años siguientes, hasta la caída de la ciudad en manos del Pacificador Morillo, Cartagena entera celebró cada aniversario del Once con regocijos públicos que merecieron la aprobación de las autoridades republicanas del Estado libre y soberano. Entre esos regocijos no faltaron las mojigangas y enmascarados a cargo, principalmente, de esclavos y esclavas [...]*¹⁵

5.2 PERÍODO DE 1815 A 1821

El cuarto aniversario de la Independencia transcurrió bajo el sitio a la ciudad impuesto por el ejército expedicionario a cargo de Pablo Morillo, enviado por Fernando VII para la “pacificación del reino”. Cartagena había sido sitiada por mar y tierra desde el 22 de agosto de 1815, sitio que terminó el 7 de diciembre del mismo año.

El 11 de noviembre, precisamente, hubo una ofensiva de las tropas españolas. Por vía marítima y con acciones en la bahía tomaron posesión de Tierra

¹⁵ Donaldo Bossa Herazo, *El Figaro*, 17 de noviembre de 1958; citado por Gutiérrez, Édgar J., en: *Fiestas: Once de Noviembre en Cartagena de Indias*, Medellín, Editorial Lealon, 2000, p. 233.

Bomba, desde donde los cartageneros obtenían alimentos y aún mantenían comunicación con otros sectores de la isla; con la toma de Tierra Bomba, a donde entraron setecientos soldados, la línea del cerco se cerraba a favor de las tropas de Morillo. Por vía terrestre realizaron operaciones sobre el cerro de La Popa, protegido por los cartageneros, y a pesar de la superioridad militar los españoles fueron obligados a retirarse, habiendo perdido al mismo capitán de la operación y a otros miembros del ejército realista.

El 12 de noviembre las fuerzas navales de Cartagena:

se hallaban fondeadas inmediatas a Boca Grande, las cuales hasta el número de trece, entre goletas, balandras y bongos, vinieron sobre los nuestros ocupados en reconocer parte de la costa de la isla, trabándose el más vivo cañoneo en la inmediación del Caño del Loro que duró de un modo horroroso todo el día¹⁶.

Seis años más tarde, durante la noche del 24 de junio de 1821, mejor conocida como la Noche de San Juan, el último reducto español que permanecía en la ciudad fue derrotado militarmente en una operación realizada por la armada republicana bajo la dirección del general José Padilla, quien viniendo de Santa Marta ingresó a la bahía por el canal del Dique. Pocos meses más tarde, el 10 de octubre de ese mismo año, los últimos españoles salieron del puerto de Cartagena rumbo a La Habana. Fue el remate, en el mar Caribe, de la independencia de la hoy Colombia.

Por todo ello es poco probable que existiesen celebraciones de la independencia durante esos seis años de ocupación española.

5.3 PERÍODO DE 1821 A 1911

Es un período de decadencia y posterior y paulatina recuperación de la ciudad, que cierra con la ya estudiada conmemoración del centenario de la Independencia, la cual le dio fuerza a la fiesta conmemorativa. Sobre este largo período debe anotarse que las fiestas novembrinas, reaparecidas y sobrevivientes en medio de las dificultades económicas y la disminución demográfica de la ciudad, reflejaron la pervivencia durante la república de la discriminación racial contra la población con herencia africana y los temores ante los pardos

¹⁶ Pablo Morillo, *Documentos de la reconquista de Colombia y Venezuela*, cap. II, p. 69. Transcripciones del Fondo Documental “Pablo Morillo”, Archivo de la Real Academia de la Historia de Madrid, España. Selección y notas de Heraclio Bonilla, Marco Manuel Forero Polo y Carlos Daniel Pérez Ruiz, (coordinación: Ignacio Castán Andolz), Universidad Nacional de Colombia, 2011.

manifestados a lo largo del siglo XIX. Recordemos que solo hasta mediados de ese siglo, ya en la era republicana, se produjo el fin de la esclavitud.

Las formas de celebrar al final del siglo decimonónico son también un espejo de esa marcada división social en segmentos y capas, que, a la manera de las castas coloniales, hacían de la ciudad una especie de ‘milhojas’. Los *Apuntes históricos sobre Cartagena del siglo pasado* –siglo XIX– de doña Juana Sotomayor de Pérez, fechados el 19 de febrero de 1950, ilustran esta situación¹⁷.

5.4 PERÍODO DE 1911 A 1960

Durante este período se acentúan las voces de las élites en contra de las fiestas populares y sus expresiones, y a favor de un cambio en el paradigma festivo. Las ideas de progreso, asociadas al turismo, de una ciudad que es pensada como hispánica, requiere la puesta en valor del patrimonio arquitectónico, el ocultamiento de sectores afro cartageneros del espacio urbano y la transformación de la conmemoración novembrina en otro tipo de certamen, en armonía con el tipo de ciudad que abrirá sus puertas al turismo. Múltiples voces, incluida la de la prominente figura del historiador Eduardo Lemaitre, coinciden con la idea de generar nuevas festividades acordes con la ciudad hispánica y la búsqueda de su progreso. Lemaitre recomienda hacer “una fiesta que atraiga el turismo y no una carnavalada del pueblo. Vemos el ejemplo de Manizales y sus ferias”¹⁸.

Durante las cuatro primeras décadas del siglo XX conviven el carnaval cartagenero de principios de año y las fiestas novembrinas. En 1934 nació el Reinado Nacional de la Belleza, un año después de la celebración de los cuatrocientos años de fundación de la ciudad. Ya después de 1940, no existen rastros de los carnavales.

5.5 PERÍODO DE 1960 A 1988

Una mirada al programa oficial de las fiestas novembrinas del año 1960 da fe del cambio definitivo del rumbo que estas, para ese entonces, habían tomado. Las fiestas son organizadas desde la perspectiva de un reinado de belleza, como su epicentro, y la programación oficial se hace girar alrededor de él. A

¹⁷ Juana Sotomayor de Pérez (1950), manuscrito, p. 2, (colección particular familia Pérez Sotomayor).

¹⁸ Eduardo Lemaitre, columna “El hondero entusiasta” (sin fuente), citada por Gutiérrez, E. J., *op cit.*, p. 232.

partir del primer Miss Universo obtenido por Colombia, el reinado de belleza congregó a sectores gubernamentales y empresariales del país e inició una carrera exitosa que contó con respaldo financiero de las entidades territoriales y recursos públicos. Asimismo, ocurre durante este período la más fuerte crisis de las fiestas populares, que pasaron definitivamente de protagonistas a convidadas y la población de participante viva a observadora. Mientras tanto, el auge mediático del reinado de belleza reforzó un imaginario nacional del 11 de noviembre que toma distancia de su contenido histórico. Se desdibuja así la razón de la celebración republicana. En 1982 *El Universal* publicó una columna de Rafael Mouthón titulada: “Ya no son fiestas”.

Estas fueron las razones que motivaron al Cabildo de Getsemaní y al Comité por la Revitalización de las Fiestas de Independencia.

6. BREVE BALANCE DE LOS ESTUDIOS

Finalmente, es preciso reconocer que, desde el campo de la investigación, las universidades locales han desempeñado un papel destacado, se ha producido una importante expansión del conocimiento sobre las hoy llamadas Fiestas de Independencia. Son muy importantes para su comprensión las investigaciones y ensayos publicados durante las últimas dos décadas. Gracias a los aportes de Édgar Gutiérrez, Édgar Rey Sinning, Enrique Muñoz, Rafael Acevedo, Elisabeth Cunin, Freddy Ávila, Raúl Román, Jorge García Usta y Gina Ruz, entre otros, hoy se sabe mucho más sobre estas fiestas y su espíritu de carnaval que hace veinte años. En 2016 el Instituto de Patrimonio y Cultura (IPCC) y el Comité por la Revitalización de las Fiestas de Independencia publicaron dos volúmenes de los *Cuadernos de Noviembre*, una iniciativa para llenar de conocimiento el rescate de las fiestas populares, ese sueño de Jorge García Usta, Astrid Torres, Emery Barrios y Édgar Gutiérrez, quienes ya no están para ver sus notables avances.

REFERENCIAS

- Carpentier, A. (2012). *Crónicas caribeñas*, La Habana, Editorial Letras Cubanas. Centro de Información y Documentación Carnaval de Barranquilla (1829), Colecciones de Prensa, Barranquilla.
- Deleuze, G.; Guattari, F. (2002). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia: pre-textos.
- De Sandoval, A. (1987). *Un tratado sobre la esclavitud*, Madrid, Alianza Editorial.

- Friedemann, N. S. de (1984). “El carnaval rural en el río Magdalena”, en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. XXI, núm. 1, Banco de la República, Bogotá.
- Friedemann, N. S. de (1995). *Fiestas, celebraciones y ritos de Colombia*, Bogotá, Villegas Editores.
- Gutiérrez, É. J. (2000). *Fiestas: Once de Noviembre en Cartagena de Indias*, Medellín, Editorial Lealon.
- Instituto de Patrimonio y Cultura de Cartagena (2011). “En noviembre llegan las Fiestas de Independencia”, *Cuadernos de Noviembre*, núm. 2, Cartagena.
- Instituto de Patrimonio y Cultura de Cartagena (2016). “Inclusión de las fiestas de independencia de Cartagena en la lista representativa de patrimonio cultural inmaterial de la nación colombiana”, Documento técnico, IPCC, Cartagena de Indias.
- Morillo, P. (2011). *Documentos de la reconquista de Colombia y Venezuela*. Transcripciones del Fondo Documental “Pablo Morillo”, Archivo de la Real Academia de la Historia de Madrid (España), selección y notas de Heraclio Bonilla, Marco Manuel Forero Polo y Carlos Daniel Pérez Ruiz, (coordinación: Ignacio Castán Andolz), Universidad Nacional de Colombia.
- Navarrete, M. C. (1995). *Prácticas religiosas de los negros en la Colonia, Cartagena siglo XVII*, Cali, Editorial Universidad del Valle.
- Nuevo Diccionario histórico del español*, disponible en <http://web.frl.es/CNDHE/org/publico/pages/consulta/entradaCompleja.view>
- Posada, J. *Memorias histórico-políticas*, t. II, Bogotá, Imprenta Nacional, pp. 207
- Sotomayor de Pérez, Juana, *Apuntes históricos sobre Cartagena del siglo pasado –siglo XIX–* (manuscrito), 19 de febrero de 1950 (colección particular familia Pérez Sotomayor).

MITOLOGÍA VALLENATA

Alonso Sánchez Baute

Escritor colombiano nacido en Valledupar. Autor de *Al diablo la maldita primavera* (Alfaguara, 2003), *¿Sex o no sex?* (Planeta, 2005), *Libranos del bien* (Alfaguara, 2008), *¿De dónde flores si no hay jardín?* (Alfaguara, 2015).

1.

Seguramente son innecesarias las dos precisiones históricas sobre los orígenes del vallenato que voy a hacer, pero no está de más señalarlas. La primera se refiere al hecho de que al menos cinco de los siete departamentos del Caribe continental se disputan actualmente el origen de esta música y, lo más probable, es que los cinco tengan la razón. Más allá de las múltiples leyendas que hablan de la llegada del acordeón a Colombia (que van desde el carguero que naufragó frente a las playas de La Guajira hasta la no menos fantástica que trae García Márquez en *Cien años de soledad* al decir que el primer acordeón fue el regalo que le hizo a Francisco el Hombre sir Walter Raleigh), está demostrado¹ que este instrumento ingresó al país desde varios puertos y no solo por el de La Guajira, como algunos repiten cual si fuera un dogma. No está confirmada, eso sí, ni la fecha exacta en que sucedió, ni quién lo trajo, ni cómo aprendieron a interpretarlo. Es probable que haya entrado en el pecho de un dominicano² atraído por alguna fiesta patronal en Riohacha o Santa Marta o por algún marino que lo interpretaba en altamar al tratarse de un instrumento que no deja ahogar sus sonidos con el viento. Las primeras noticias de su llegada datan de la segunda mitad del siglo XIX, más exactamente entre 1860 y 1885, es decir, cuando el país se llamaba Estados Unidos de Colombia y era regido por la Constitución de 1863, según la cual éramos una federación compuesta por nueve estados. Dos de ellos, descontando Panamá, correspondían a nuestra costa Caribe: Magdalena y Bolívar. Esos dos departamentos se convirtieron un siglo después en los cinco que casualmente hoy se disputan el origen del vallenato. Por tanto, no es exagerado afirmar que quizás ninguno de ellos esté equivocado.

¹ El historiador samario Joaquín Vilorio de la Hoz documentó su investigación *Acordeones, cumbiamba y vallenatos en el Caribe colombiano: aproximación cultural, política y económica*, con una serie de manifiestos de aduana fechados entre 1869 y 1884 que confirman la cantidad exacta de acordeones que ingresaron en ese período legalmente al país, así como el puerto de ingreso.

² En su libro *Breve introducción a la cultura dominicana* el investigador José Luis Sáenz introduce una serie de fotografías testimoniales de que el conjunto musical de caja, guacharaca y acordeón se conoce en su país desde finales del siglo XIX.

Ahora bien, en cuanto corresponde estrictamente al Magdalena Grande³ sabemos que el acordeón no se detuvo en Riohacha, sino que siguió por el camino que conduce hasta Valledupar e incluso pasó de largo hasta detenerse en el límite sur del valle de Upar, exactamente en El Paso⁴, donde iniciaban las más grandes haciendas ganaderas de la región: Las Cabezas, Mata de Indio y Leandro (la finca de don Urbano Pumarejo, tatarabuelo de López Pumarejo y de Santo Domingo Pumarejo, ubicada en lo que hoy es Bosconia). La importancia de estas en la música de acordeones, según investigadores como Ciro Quiroz, es que fueron la cuna del antecedente primario del vallenato: los cantos de vaquería.

Sobre cómo aprendieron a tocar el instrumento en Colombia, diversos acordeoneros, compositores y gente que lo conoció afirma que uno de los primeros de que se tenga noticia en hacer sonar sus acordes —mucho antes de Francisco el Hombre o de Luis Pitre— fue Hernando Rivera, más conocido como Nandito el Cubano, quien llegó al país a mediados del siglo XIX junto con su hermano Jorge Rivera. “El viejo Emiliano Zuleta —cuenta Iván Gil Molina— me dijo que cuando el acordeón llegó a Colombia el primero que lo registró fue Nandito el Cubano”. Se sabe que fue él quien enseñó a tocar a muchos de los que vinieron luego, aunque desafortunadamente no se tienen registros fonográficos. Su asiento inicial fue Caracolí. Nicolás “Colacho” Mendoza, quien nació en 1936, solía contar que cuando él era un niño de 10 años Nandito el Cubano llegó a vivir a su pueblo, Sabana Manuela, en jurisdicción de San Juan del Cesar, en el centro de La Guajira. El Cubano tendría para entonces unos 90 años⁵. “Mi papá, Julio Mendoza, aprendió de él a sacarle notas al arrugado”, le contó el Rey de Reyes a Iván Gil Molina.

En cuanto a la expansión de este instrumento en la Zona Bananera, el investigador y folclorólogo Ricardo Gutiérrez Gutiérrez ha escrito en diversas crónicas que a finales del siglo XIX el acordeón ya se oía con frecuencia en esta vasta región de la provincia de Padilla, que comprende los municipios de Aracataca, Ciénaga y Fundación, siendo Sevilla el sitio donde vivían los directivos de la empresa. Hacia 1918 Ciénaga era considerada una de las tres ciudades más importantes de la costa Atlántica; a ella confluían nativos,

³ El compositor Adolfo Pacheco sostiene, sin prueba hasta el momento, que el acordeón también entró por el Golfo de Morrosquillo.

⁴ Germán Serna sostenía que los acordeones llegaron a El Paso porque en esa parte del Magdalena solían atollarse las embarcaciones en trayecto al interior del país. “Ahí encalló una embarcación que llevaba acordeones y unos marinos los sacaron y empezaron a tocarlos”, solía contar en las parrandas.

⁵ Si en 1946 pasaba de los 90 años, se presume entonces que Nandito el Cubano comenzó a interpretar el acordeón hacia 1870-1880, lo cual coincide con su fecha de entrada al país por el puerto de Riohacha.

italianos, inmigrantes árabes, sefarditas y de otras nacionalidades allí residenciados, que conformaron una identidad triétnica y convirtieron al municipio en un gran centro comercial regional con los ingresos del cultivo del banano, iniciado en 1883 y cuyas primeras exportaciones se llevaron a cabo con la producción del distrito Río Frío, situado a pocos kilómetros de Ciénaga.

De acuerdo con Gutiérrez,

Tras consolidar la United Fruit Company —en 1901— la organización del cultivo y el transporte de la fruta a través del tren hasta el puerto, los dueños de la tierra y los trabajadores que intervinieron en el proceso lograron ingresos superiores en los años comprendidos entre 1910 y 1925, fechas memorables en las cuales se consolidó el proyecto. Esta atípica situación generó un comportamiento económico diferente al de otras ciudades de la costa Caribe. Con esa prodigalidad de recursos se realizaron grandes inversiones en el campo, lo que incitó descomunales migraciones de otros departamentos para hacerle frente a la demanda laboral. El éxito económico permitió continuos viajes y largas permanencias en algunos países europeos, especialmente en Bruselas, donde conocieron y tomaron variados diseños arquitectónicos que adaptaron a sus propiedades.

Esta bonanza económica, la primera de tres grandes en la región del Magdalena Grande, atrajo a decenas de acordeoneros, no tanto para amenizar fiestas y parrandas, sino para traer y llevar noticias de —y a— los familiares de quienes habían abandonado su terruño para ir a trabajar en el cultivo del banano. “Al cambiar las circunstancias económicas luego de la masacre en 1928 —remata Gutiérrez Gutiérrez— se estancaron las exportaciones de banano, lo que produjo un paulatino éxodo de los antiguos trabajadores del banano”. La Zona Bananera nunca se recuperó, pero había dejado como herencia al juglar vallenato, que pronto hace sonar su acordeón llevando y trayendo recados en todos los rincones de la provincia.

A Valledupar los acordeones llegaron cuando ya habían hecho coro con la caja y la guacharaca (a propósito, López Michelsen fue quien primero dijo que el vallenato es la conjunción del acordeón europeo, la caja africana y la guacharaca indígena⁶. Sin embargo, en la investigación que adelanté para

⁶ “[...] De donde se agarra la Colombia mulata, mestiza y tropical que constituye la síntesis literaria y antropológica porque abarca al negro y al español, del que salió el mulato; al mestizo, que es el hijo del español con la indígena; y el ambiente propicio para el amor, que es el tropicalismo” (Alfonso López Michelsen en el prólogo del libro de Consuelo Araújo, una frase que por demás no es propia, pues ya su padre la había dicho varias décadas antes).

escribir esta conferencia me topé con la opinión del reputado musicólogo Egberto Bermúdez y al seguirla encontré que la guacharaca, ese instrumento musical idiófono cuyo sonido se produce al raspar la madera o el metal, es tan africana como la caja. Proviene de Angola, pero allá se llama de otra manera: *dikanza*; en Brasil también se conoce como *reco-reco*. Lo anterior llevaría a que la frase de López, misma que todos los autores hemos repetido, sería equivocada).

Pero sigo con lo nuestro. Decía que a Valledupar esta música llegó cuando ya había hecho coro con la caja y la guacharaca. Tanto fue así que en sus conversaciones Ciro Quiroz suele citar una frase escrita a principios del siglo XX por el sacerdote Enrique Pérez Arbeláez: “He recorrido estas tierras y no encontré un solo músico en Valledupar”.

Según escribió Consuelo Araújo en una de sus columnas en *El Espectador*, las dos primeras parrandas⁷ de que se tenga noticia en Valledupar fueron organizadas en la década de 1930 en la casa de un campesino llamado Feliciano Quiroz. Para entonces —y en las décadas posteriores— las fiestas en la ciudad se hacían donde Oscarito Pupo, José Uhía y Tito Pumarejo. Lo que más se oía era música de bandas como la de Reyes Torres, Los Caballeros de la Noche y la de un señor Espeleta, de Riohacha. También se oían valeses y polcas en la casa de puertas abiertas de Anita Castro Trespalacios, quien vivía en la esquina suroriental de la Plaza Loperena, que es como se llamaba la plaza Alfonso López antes de que la lambonería política revolcara nuestra nomenclatura.

En tanto, la música de acordeón, que se tenía por plebe, sonaba hasta ciertas horas de la noche en las casas del doctor Pavajeau y de Juancho Castro, y a partir de la madrugada las famosas ‘colitas’ en la fondas de Lola Bolaños y Petra Arias, y en la casa de hospedaje de Ana Gregoria Caamaño⁸. Es importante anotar que, a diferencia del tango y el *jazz*, el vallenato ni nació ni tuvo asiento en los prostíbulos, sino en estas fondas que ayudaron a su popularización. Por eso debe decirse que la música vallenata tiene una gran deuda con Lola Bolaños. De alguna manera, ella fue la primera de lo que hoy podría llamarse relacionista pública del vallenato. Lola era pariente de Chico

⁷ La palabra ‘parranda’ es herencia española y la define el *Diccionario de la lengua española* como “una cuadrilla de músicos o aficionados que salen de noche tocando instrumentos de música o cantando para divertirse, y juega bulliciosa, especialmente la que se hace yendo de un sitio a otro”. Otros, en cambio, afirman que el término nace del trabajo de cortar la parra y la posterior fiesta de la vendimia.

⁸ Ana Gregoria Caamaño tenía una casa de hospedaje que incluía alimentación en la cual se hospedaban los acordeoneros —entre ellos Alejo y Nafer Durán— en tiempos de festival. Su hija, Nohema Frago, fue una de las primeras cantantes femeninas de vallenatos.

Bolaños, uno de los mejores acordeoneros que ha tenido desde siempre la región y el encargado, según palabras de Tomás Darío Gutiérrez Hinojosa, de hacer sonar esta música por primera vez allende las fronteras patrias, cuando fue invitado a Curazao para tocar en homenaje a la visita de la reina Guillermina, de los Países Bajos⁹. Según me contó Cecilia “la Polla” Monsalvo, expresidenta de la Fundación Festival de la Leyenda Vallenata, “Lola tenía una fonda en el centro, donde el vallenato se escuchaba en acordeón, y Petra Arias¹⁰ tenía otra en el Cañaguatate, donde se tocaba mayormente con guitarras”, lo que lleva a la idea de que lo infame en esta música no fue ni el origen ni la historia de sus letras, como en el tango, sino el instrumento. No solo era más barato (costaba dos pesos), sino que llegó de la mano de los marineros, en tanto que la guitarra había sido introducida directamente por los españoles desde la Colonia.

Por otro lado, no hay certeza de la fecha exacta en que la música de acordeón comenzó a llamarse ‘vallenato’. Lo claro sí es que a los nacidos en ese extenso valle que va del centro de La Guajira, en Fonseca, hasta el río Magdalena en el sur, y desde la Sierra Nevada de Santa Marta al occidente hasta la serranía de Perijá al oriente, desde el siglo XIX se les llamaba natos del valle, o sea, vallenatos. Por tanto, aunque la música de acordeones recibe el mismo apellido usado como gentilicio por los nacidos en Valledupar, ese ‘vallenato’ no corresponde tanto a una ciudad como a una región.

Hechas ambas precisiones, pasemos al tema que nos ocupa: la fiesta vallenata, que históricamente se divide en tres: 1) Los carnavales como fiestas paganas, los cuales se organizaban en la ciudad y la región hasta finales del siglo pasado, cuando Consuelo Araújo adelantó una campaña feroz en contra de ellos alegando que al Festival le estaba yendo mal por la competencia que le hacían, pero con un claro trasfondo político; 2) La fiesta popular que corresponde a las galleras¹¹ organizadas cada sábado de diez de la mañana a seis de

⁹ Esta información hace parte de la tradición oral local, pues no está documentada en ninguna parte ni en forma alguna.

¹⁰ Petra Arias era oriunda de Ataquez, donde la guitarra tenía mayor ascenso por razones de tradición, tal cual lo demostró Alberto Fernández, también nacido allí y una de las guitarras de Bovea y sus Vallenatos.

¹¹ Las primeras riñas de gallos de que se tenga noticia en Valledupar datan de mediados del siglo XIX, cuando un señor de apellido Pavajeau fundó un hotel en la actual casa de los Pavajeau Molina en la plaza Alfonso López. Como no había ninguna actividad festiva en el pueblo, al señor Pavajeau se le ocurrió poner a pelear gallos para divertir a los visitantes.

la tarde desde la Colonia¹². ¿Por qué las galleras¹³ fueron tan importantes en la consolidación de esta música? Porque, según me dijo Darío Pavajeau Molina, quizás el gallero más reconocido del valle de Upar, “La parranda siempre seguía a la gallera”¹⁴; 3) La fiesta religiosa conocida como “El milagro de la Virgen del Rosario y la leyenda de las Cargas¹⁵”, que se realiza el 29 y 30 de abril de cada año.

Estos son, pues, los antecedentes que encontró Alfonso López Michelsen al llegar a Valledupar en diciembre de 1967 tras ser nombrado gobernador del Cesar. Desde la década de los cincuenta López se había reencontrado con su pasado vallenato y visitaba con frecuencia El Diluvio, la finca heredada de su bisabuelo Sinforoso “Pocholo” Pumarejo Quiroz. Solía también permanecer largos períodos en Valledupar, hospedándose siempre en casa de Oscarito Pupo Martínez, su primer y gran amigo en la ciudad (la hija mayor de Oscarito, Leticia, era quien le llevaba la contabilidad en los negocios particulares y “le atendía todo lo relacionado con el negocio de arroz en su finca en Mariangola”, tal como lo recuerda Ricardo Gutiérrez en *Crónicas del mundo vallenato*). En una visita social a esta casa ya como gobernador, López comentó a un grupo de amigos la necesidad de crear un evento o de buscar un distintivo que mostrara la ciudad ante el resto del país. Según cuenta Carlos Alberto Atehortúa en su libro *Escalona: adiós al mito*, Miriam Pupo Pupo, una de las tres hijas de Oscarito, recordó entonces una gran parranda que el año anterior se había celebrado en Aracataca cuando Gabriel García Márquez pidió a su amigo Rafael Escalona que le llevara a los más grandes exponentes de la música de acordeones. García Márquez escribió años después sobre este mismo evento:

¹² Los gallos llegaron de España. El primer reglamento sobre sus peleas lo firmó Bolívar.

¹³ Siempre hubo al menos una gallera en el siglo XX. Luego de la mencionada en casa de la familia Pavajeau, la primera gallera que se recuerda del siglo pasado fue en casa de Joaquín Campo; después, en la de Marcelo Calderón; otras, donde Rafael María Fernández y Víctor Maestre, hasta llegar a la actual, llamada Miguel Yaneth e inaugurada justo en el año en que todo lo grande empezó: 1967. Una fecha que dejó anclada acá un par de minutos. Por ahora vale decir que desde entonces esta gallera ha congregado no solo a galleros de la región Caribe, como ocurría desde antes, sino también a galleros de todo el Caribe: de Venezuela, de México, de Puerto Rico, de República Dominicana y, por supuesto, Cuba. Las galleras terminaban siempre convertidas en parrandas que solían ser amenizadas por Luis Enrique Martínez o Abel Antonio Villa.

¹⁴ La gallera era un espacio eminentemente masculino. Las únicas dos mujeres galleras que se recuerdan en la región son Ezequiela Sánchez, en Villanueva, y Ana Rosado, en San Diego.

¹⁵ Leyenda o literatura histórica, pues aparece mencionada en *La Floresta de la Santa Madre Iglesia de la provincia de Santa Marta y el Nuevo Reino de Granada*, de Nicolás de la Rosa.

Un día de 1963, durante el Festival de Cine de Cartagena, le pedí a Rafael Escalona que me reuniera a los mejores conjuntos de música vallenata para oír todo lo que se había compuesto en los siete años en que yo había estado fuera de Colombia. Escalona, que ya era compadre mío desde unos doce años antes, me pidió que fuera el domingo siguiente a Aracataca, adonde él llevaría la flor y nata de los compositores e intérpretes de las hornadas más recientes. El acuerdo se llevó a cabo en presencia de la muy querida amiga y periodista sagaz Gloria Pachón —que hoy es la esposa del senador Luis Carlos Galán— y ella publicó la noticia al día siguiente con un título que a todos nos tomó por sorpresa: “Gran Festival Vallenato el domingo en Aracataca”. Todos los fanáticos del vallenato de aquellos tiempos, que no éramos muchos, pero sí suficientes para llenar la plaza del pueblo, nos encontramos el domingo siguiente en Aracataca. El escritor Álvaro Cepeda Samudio llevó tres camiones de cerveza helada y los repartió gratis entre la muchedumbre. Escalona llegó tarde, como de costumbre, pero también como de costumbre llegó bien, con nadie menos que con Colacho Mendoza, de quien nadie dudaba entonces que iba a ser lo que es hoy: uno de los maestros del acordeón de todos los tiempos. Mientras los esperábamos, el centro de la fiesta fue Armando Zabaleta, quien nos dejó admirados con el modo de cantar su canción más reciente y magnífica: *La garra del águila*. Era un buen comienzo, porque aquella canción era la crónica muy bien contada de la visita que Escalona había hecho poco antes al presidente Guillermo León Valencia en su palacio, y estaba, por consiguiente, en la línea del vallenato clásico que fue creado para contar cantando y no para bailar. Tanto es así, que en el festival de la semana pasada, alguien se disponía a bailar cuando Alejo Durán el Grande estaba en uno de sus grandes momentos, e interrumpió para decir: “Si me bailas me voy”. Aquella pachanga de Aracataca no fue el primer festival de la música vallenata (como ahora pretenden algunos), ni quienes la promovimos sin saber muy bien lo que hacíamos podemos considerarnos como sus fundadores. Pero tuvimos la buena suerte de que le inspirara a la gente de Valledupar la buena idea de crear los festivales de la leyenda vallenata”.

García Márquez afirma que su parranda no fue el primer Festival, quizás recordando los dos festivales que con anterioridad se habían celebrado en Valledupar. Iván Gil Molina los trae, en su orden, a colación:

El Festival Vallenato del Teatro Caribe, en 1963; y el de la Policía de La Giralda (un estadero del señor Avelino Romero), en 1966. A ambos les doy la categoría de festival porque fueron concursos en los que se designaron primero, segundo y tercer puesto y en los que los patrocinadores pagaron el premio.

En ellos concursaron, entre otros, Alberto Pacheco, Chema Martínez, Miguelito Mohada. En la parranda convocada por García Márquez, en tanto, no hubo concurso.

De todas maneras, esta fiesta en Aracataca se tiene como el antecedente primario de esa fiesta propuesta cuatro años después por Miriam Pupo, que tropezó con el primer inconveniente cuando los presentes en aquella reunión social, según Atehortúa, “se toparon con la certeza de que los músicos eran oriundos de la periferia y de los pueblos circunvecinos porque Valledupar no contaba con un solo acordeonero” (esto es parcialmente cierto, pues ya era conocido el acordeón de Moralitos, que es de Guacoche, y la concertina de Gustavo Gutiérrez). Según sigue contando Atehortúa, fue Miriam Pupo quien propuso convocar a Consuelo Araújo y a Rafael Escalona para organizar el festival planeado inicialmente para celebrarse en febrero de 1968, es decir, dos meses después. Dado que febrero era época de carnavales, en una nueva reunión salió a la palestra la fecha del 29 y 30 de abril, buscando darle realce a la celebración de la Virgen del Rosario. Sin embargo, poco a poco la fiesta de los acordeones ha venido desplazando la fiesta religiosa casi hasta anularla. De hecho, entre parranda y parranda son pocos los visitantes que se interesan por conocer o participar de esta otra celebración.

El primer Festival de la Leyenda Vallenata se celebró entonces el 29 y 30 de abril de 1968. Los organizadores se centraron al inicio en la tarea de conseguir los recursos necesarios para su realización, de los cuales carecía el naciente departamento. En este sentido el mayor apoyo lo dio Cervecería Águila a través de Álvaro Cepeda Samudio, quien también había apoyado la pachanga de García Márquez en Aracataca. Otros aportes económicos fueron dados por Coltejer y empresas nacionales que tenían vínculos con López Michelsen. El premio para el ganador fue de cinco mil pesos, que se repartieron entre acordeonero, cajero y guacharaquero. Con el resto del dinero conseguido se montó una tarima frente a la casa de Carmen Montero Castro, a un costado de la plaza, lo que llevó al pintor Jaime Molina a decir: “Esto no es un festival, sino un parrandón con tarima”. El jurado, a su vez, estuvo compuesto por el congresista liberal Miguel Faciolince (desde el inicio la política ha estado muy presente en esta fiesta), Jaime Gutiérrez de

Piñeres (el Piño), Gustavo Gutiérrez Cabello, Tobías Enrique Pumarejo y Rafael Escalona¹⁶.

En adelante el trabajo de Consuelo consistió en estudiar a profundidad el tema, apropiarse de elementos que hacían parte de la cultura popular de Valledupar y, sobre todo, en crear una ficción, no el vallenato como música, que ya existía, sino la fiesta de los acordeones, alrededor de la cual se tejió una historia común. Dice Harari en *Homo Deus*: “La vida de la mayoría de las personas tiene sentido únicamente dentro de la red de historias que se cuentan las unas a las otras. Este sentido se crea cuando muchas personas entretienen conjuntamente una red común de historias”.

En un artículo publicado por la revista *Poder* en marzo de 2002, la periodista Jackie Urzola afirmó que, luego de la publicación de *Cien años de soledad*, Consuelo Araújo “aprovechó que los intelectuales capitalinos estaban enloquecidos con el olor a Macondo para ofrecerles la posibilidad de vivir y sentirse también actores de ese mundo alucinante”. Así las cosas, ella construyó no solo un gran evento alrededor de esta música, sino también, y creo que esto es mucho más importante, toda una mitología —y hablo de mitología como una ficción— en la que, como escribió José Jorge Dangond, “los juglares se convirtieron en reyes; la música en ciencia —por cuenta de *Vallenatología*, el libro de Consuelo— y una familia con más de dos músicos, en dinastía”.

Ahora bien, ¿por qué todos en Valledupar creímos en su momento en esta ficción? Primero, porque necesitábamos creer en algo para poder construir nuestra identidad ahora que éramos capital de departamento, y segundo, porque los amigos y los vecinos compartían esta misma opinión. Retomo a Harari:

¹⁶ En cuanto a los participantes en ese primer evento se cuentan dos anécdotas contradictorias, ninguna de las cuales está documentada, aunque es cierto que la primera cuenta con varios testigos. Según cuenta Roberto “el Turco” Pavajeau, quien al final ganó no estuvo inicialmente inscrito para participar: “Alejo Durán no venía para acá. Yo me hice amigo de él en un evento gallístico en Sincelajo. Yo estaba con Eduardo Mattos y me lo traje a parrandear aquí. Llevábamos tres días bebiendo y se lo traje a la casa a mi papá (la casa queda en plena plaza). Cuando íbamos a entrar a la casa, Jaime Piñeres lo alcanzó a ver desde donde Hernandito Molina y se vino de una vez para acá. Alejo no quería participar, pero Jaime le dijo que el doctor López quería oírlo tocar y él fue por eso, a tocarle a López. A la gente le gustó Alejo por su personalidad, por el vozarrón y porque era negro. Emiliano estaba destinado a ganar, pero cuando le tocó el turno lo llamaron tres veces a la tarima y nunca apareció. Salimos a buscarlo y estaba en una parranda donde María Namén, que estaba ennoviada entonces con Poncho Murgas. Poncho atajó a Emiliano y dijo: “Él no va para ningún concurso, que aquí estamos bien sabroso. Emiliano perdió por W”. Así las cosas, la derrota de Emiliano se debería a Poncho Murgas y el triunfo de Alejo, al destino. La otra historia cuenta que, de camino a participar en el Festival, Alejo se detuvo a almorzar en algún pueblo intermedio entre El Paso y Valledupar. La mujer que lo atendió le preguntó de sus afanes; él contestó la razón del viaje y ella le dijo: “Vai a perdé el tiempo. ¿No vei que eso lo va a ganar es Alejo Durán?”. Según esta versión, Durán se habría inscrito de antemano para participar en el concurso, que a la postre ganó.

La gente refuerza constantemente las creencias del otro en un bucle que se perpetúa a sí mismo. Cada ronda de confirmación mutua estrecha aún más la red de sentido, hasta que uno no tiene más opción que creer lo que todos los demás creen.

En esta ficción se habla incluso de un ‘país vallenato’, lo cual significa que hemos inventado un país para sostener —para validar— una identidad. Y no está mal que así haya sido, lo señalo pero no lo critico, porque dio resultado. Aun así, como escribió Weildler Guerra Curvelo: “Muchos de los estereotipos comúnmente aceptados sobre la música popular de acordeón deben ser revisados a la luz de las evidencias documentales, etnográficas y musicales, de manera reflexiva y serena”.

2.

El Festival consiguió el objetivo de sus creadores: posicionarnos en el mapa nacional. Supuso un antes y un después en un momento en el que la ciudad estaba ávida de esperanza; inventó un concepto y demostró que, más que imitar otros modelos, debemos inventarlos, conjugando el carácter propio — el acento local, lo singular— con la proyección global. Demostró también que una infraestructura cultural puede ser fundamental en el proceso de transformar una sociedad, pues poco a poco el Festival se convirtió en un catalizador del progreso a la vez que en exponente y motor del cambio que ha contribuido a crear una ciudad más abierta y cosmopolita, donde la cultura tiene un papel preponderante. A partir de esta fiesta el vallenato pasó de ser una música provinciana a convertirse en la música nacional. Que el arte, la música, permitiera que una ciudad asumiera su orgullo apostando por lo tradicional, por el folclor, ha sido un ejemplo vital. Hoy simboliza, en Colombia, el cambio a una era turística, mientras que a nivel local logró que la gente se apropiara de su cultura y la convirtiera en una razón extra para vivir, y lo más importante: para darnos identidad.

Cuando murió Consuelo, en septiembre de 2001, el Festival gozaba de pleno reconocimiento a nivel nacional. Lo que seguía era la apertura a nivel internacional, la cual consiste no en traer músicos del resto del mundo a cantar en esta fiesta, como se ha entendido hasta ahora, sino en lograr su reconocimiento allende las fronteras. Sin embargo, desde entonces ha corrido por otros cauces, no solo en este sentido de la apertura internacional, sino, especialmente, en el interés por la salvaguarda de la tradición del folclor vallenato. De modo que no todo ha sido positivo. El Festival podría ser la catedral del

vallenato, como lo son al cine Cannes o Hollywood, pero se ha conformado con ser tan solo una fiesta; podría ser también una especie de faro que elabore un nuevo modelo en la industria cultural. Podría no ser, en fin, un simple recinto —como hoy lo es— para contener lo que ya sucede, sino un espacio abierto que a su vez abra nuevos espacios y nuevas formas de entender y asumir la cultura. Fue lo que sucedió en sus inicios, pero fue lo que dejó de hacer hace muchos años cuando, por cuenta del mercantilismo, decidió dejar atrás su mayor y quizás su única riqueza, por lo que no es exagerado afirmar que en los últimos veinte años ha logrado en difusión lo que ha perdido en autenticidad.

Todo esto sin contar que el parque de la Leyenda, donde se desarrolla el evento final del concurso, no es un lugar para el pueblo. El Festival nació y creció en la plaza pública, a la que asistía todo el que quería. La construcción del parque de la Leyenda levantó unos muros reales, pero también imaginarios, entre la música y sus seguidores. La fiesta vallenata que se realiza en este parque es cada vez más excluyente, y es menos de los vallenatos y más solo de los visitantes (por fortuna, no toda la fiesta es la que se vive en el Parque de la Leyenda, hay un festival popular del que se habla poco: sucede en las casetas, en las casas con patios amplios que abren sus puertas a todo el que quiera entrar, y en los barrios populares). Con sus desbordados precios, las directivas de la Fundación están haciendo que, incluso y cada vez más, apenas un rezago de la élite vallenata pueda ingresar allí, al punto que se hizo popular este año hablar de Dubaipar en lugar de Valledupar. Y no era para menos: los tiquetes en avión, en un solo trayecto, sobrepasaban el millón de pesos (¡Ni a New York, pues!); el arriendo de una casa para seis u ocho personas fluctuaba entre los cuatro y los veinte millones ‘la temporada’, es decir, los cuatro días de fiesta; la ‘cuota’ para disfrutar de una parrandita bajo el paloe’mango del patio de alguna casa de vecino estaba entre los trescientos y los quinientos mil pesos por persona; el palco de ocho personas para la final en el Parque de la Leyenda costaba la bicoca de ¡doce millones de pesos!, eso sí: con IVA incluido. Y ni hablar de las grandes fiestas con las que desde hace unos años las grandes empresas nacionales se promocionan, fiestas artificiales a las que llaman ‘parrandas’, para las cuales regalan boletas en Bogotá a la élite nacional, a las que llevan a la ciudad desde los manteles hasta la comida y solo sirven como pasarela de moda y encuentro del *jet set*.

La alcaldía, en tanto, nunca ha estado a la altura de su fiesta. Pulula el caos en el tráfico vehicular (si se sabe que ingresarán vehículos de visitantes, ¿por qué no señalizan las calles?). Tampoco se preocupa por el aseo de la ciudad durante estos cuatro días. La plaza Alfonso López, de hecho huele a orines y otras cosas. Y así: la ineficiencia y la falta de autoridad no corresponde a la

alegría y buen tono de sus habitantes. A los alcaldes les ha faltado siempre durante estos cuatro días parrandear menos y gobernar más.

3.

El Festival Vallenato nació justo en medio de las otras dos grandes bonanzas económicas de la región: la algodonera y la marimbera. La música de acordeones se nutrió de ambas. Si con los algodoneros comenzó su difusión, con los marimberos vino su degradación, pues muchos compositores se prestaron para exaltarlos, convirtiéndose en mercenarios del vallenato. Lo que quizás nadie alcanzó a percibir entonces fue que el Festival, una fiesta tan sencilla como criolla, se convirtiera con los años en el evento social más importante de Colombia, a lo cual ayudó el carácter hospitalario de los vallenatos.

En este punto conviene aclarar que no solo sus directivos lograron hacer de él lo que hoy es. El Festival no solo existe por el impulso de Gabo, de López, de Escalona, de Consuelo. Todos ellos tienen su mérito, pero no es un mérito mayor al del pueblo y sus músicos. Sin el pueblo no habría Festival. Puede sonar a obviedad, pero es una verdad de a puño que pocas veces se recuerda. Lo cierto es que todo el pueblo participó en la construcción de este evento. En sus inicios, por ejemplo, la gente —no solo la clase alta— abría las puertas de sus casas para hospedar a desconocidos, lo que llevó a afirmar a la antropóloga Gloria Triana: “Además de acordeones, los vallenatos son expertos en relaciones públicas: es gente agradable, hábil con la palabra y muy hospitalaria, que realmente disfruta atendiendo al visitante”.

Esto lo saben tan bien los políticos que desde la creación del Festival prácticamente todos los candidatos presidenciales realizan su campaña en la ciudad durante las festividades. Y no lo hacen simplemente por asistir a ellas:

El Festival ofrece a los políticos el espacio propicio para buscar los votos, pues en apenas un par de días reúne a intelectuales, folcloristas, académicos, empresarios y, por supuesto, a más de cuarenta mil personas que se congregan en la plaza los tres días de Festival.

Las palabras son de Carlos Quintero Romero, uno de los periodistas más reconocidos de la región, director del programa “Maravilla Estéreo”. Por todo esto fue que David Sánchez Juliao dijo hace unos años que el vallenato pone más ministros que el porro.

Lo anterior sin que olvidemos la participación de la música vallenata en sí, en la política. La lista es tan larga que nos tomaría la tarde. Basta recordar aquel célebre canto que Escalona le compuso orgulloso al general Rojas Pinilla, que luego prefirió olvidar (y hasta negar), o ese otro también de Escalona en el que, retador, supo tan bien mezclar la tradición regional gallística con la musical y compuso para López Michelsen y luego pasó a ser el himno de su campaña presidencial en 1974: “López es el pollo, López es el gallo, el presidente de todos los colombianos”.

Publicidad para los políticos, oportunidad para que la élite local converse fácilmente con el poder nacional, perfecta ocasión para que ellos mismos se acerquen a exitosos empresarios o a personajes de la farándula, escenario ideal para que los lagartos se aproximen a su presa, o simplemente la fiesta folclórica más importante de Colombia. En el Festival de la Leyenda Vallenata las relaciones públicas se nutren de alcohol, de chivo en todas sus variedades gastronómicas y del gusto por la música de acordeones. Lo cierto también es que allí se deciden asuntos de interés nacional que el país no sospecha. Los nombres de muchos de los magistrados de las altas Cortes, por ejemplo, se han decidido bajo un palo de mango y al calor de un sancocho de chivo.

Otro punto de este mismo aspecto que merecería una extensión mayor y aun su propia investigación es el de la proliferación de festivales vallenatos. Alguien me dijo en estos días que hay 330 en el país, es decir, el 25% de los 1.400 municipios de Colombia tiene su propio festival de acordeones. No sé si sea cierto, pero no me extrañaría.

4.

Sobre el conflicto entre la tradición y la innovación dice Daniel Samper Pizano en *Cien años de vallenato*:

Es imposible ocultar ciertas miserias del vallenato de los noventa. El género cuenta con extraordinarios acordeoneros y buenos cantantes, pero hace años no surge un compositor importante y, sobre todo, un letrista que rompa el unánime molde cursi de los “rancheratos”. Casi todos los grandes compositores tienen más de cincuenta años de edad. En contraste con autores que crean poco, pero cada canto es una joya, el vallenato comercial y sentimental produce mucho, pero de ello casi nada es rescatable.

A esta crítica el columnista Rodolfo Quintero contestó:

No exijamos a los nuevos acordeoneros que toquen como nuestros viejos juglares, ni a los compositores que compongan como Escalona. Si lo hicieran, el vallenato sería un anacronismo y nuestros jóvenes solo escucharían *reggaeton*. Los que hoy nos escandalizan mañana serán clásicos. Daniel, el muerto que matas goza de buena salud. ¡Larga vida al vallenato, creativo e innovador!

Quintero también afirma: “El vallenato no se ha fosilizado, como la guabina, el bambuco y el mismo porro”.

Félix Carrillo Hinojosa, impulsor de la categoría vallenato en los *Grammy Latinos*, me dijo hace poco algo parecido:

Este es el momento más alto del vallenato, pero hay que proteger las raíces. Dicen que hay una nueva generación que está acabando con él, eso no es cierto, ellos están construyendo nuevos idearios. La dinámica de la vida es la evolución.

García Márquez también participó de este debate. En una amplia entrevista sobre el tema con Ernesto McCausland afirmó:

Todo género tiene su edad. La novela de hoy no es la misma novela de hace un siglo o hace dos o tres. Lo mismo ocurre con el vallenato, con el bolero y con todo. Si hacemos historia del vallenato su origen es estrictamente narrativo. Eran los juglares que iban de pueblo en pueblo cantando un acontecimiento. Eso ha evolucionado por la misma evolución del país. Que ahora sea romántico, que ahora esté pisándole los terrenos al bolero, que ha sido el emperador del romanticismo en el Caribe durante años, ha sido una consecuencia de los tiempos. De manera que es tan aceptable el vallenato romántico hoy como era aceptable cuando era narrativo y como será después cuando quién sabe cómo será.

En una de sus conferencias sobre el tango Borges también hace referencia a los cambios en la música al hablar de ‘tangos llorones’ poniendo como ejemplo *Caminito*.

Lo cierto es que la realidad ha cambiado y los temas, por tanto, también. No se pueden seguir componiendo historias bucólicas cuando nuestras ciudades son cada vez más urbanas y globalizadas. Más allá de esta verdad, es claro que las composiciones de hoy han perdido poesía y calidad, y así como falta un

compositor con el talento de Escalona o de Leandro que le cante a la cultura urbana antes de que al vallenato se lo lleve también por delante el *reggaetón*, falta también un cantante que le hable de una manera más cercana a esta nueva generación no solo en el país.

Con esto quiero decir que la innovación, *per se*, no es mala. No podemos oponernos a ella. Por el contrario, hay que ayudarla a abrirse paso. El acordeón, recordemos, ha sufrido también su propia evolución. Antes era de cuatro bajos, tónicos y dominantes; al ensancharse las posibilidades melódicas, aparecen también nuevos ritmos. De tal manera que oponerse a estos cambios es como negar la tecnología. Sin embargo, cada vez más la música vallenata deja atrás su tradición literaria y se centra tan solo en el sonido del acordeón, al punto que hoy a toda la música en la que suene de fondo un acordeón se le llama vallenato.

Al perder autenticidad el vallenato perdió también la oportunidad de consagrarse, en los límites de su tradición, en escenarios internacionales; perdió la oportunidad que tuvieron el *jazz* y el tango, que nacieron en ‘casas malas’ y aun así rozaron la alcurnia sin perder nunca su bagaje. Como dijo Francisco en su paso por el país, “el diablo está en el bolsillo”. En este sentido, y lamento ser un aguafiestas, por el afán de dinero los músicos vallenatos terminaron contentándose con muy poco.

5.

Cuando hace dos años la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco) incluyó el vallenato en la Lista de Patrimonio Cultural Inmaterial en Necesidad de Salvaguardia Urgente, el director de Patrimonio del Ministerio de Cultura, Alberto Escovar, afirmó:

Este reconocimiento representa una oportunidad para que el mundo promueva el aporte del vallenato al fortalecimiento del diálogo intergeneracional y el respeto por las matrices melódicas de una música que se construye a partir de la realidad y la cotidianidad, y para que apoye las acciones para hacer frente a las amenazas que aquejan la música del vallenato tradicional.

El año pasado Escovar se sorprendió al escuchar en pleno Festival a Alfredo de la Fe interpretando vallenatos en violín. “El tema no es el músico. Nadie desconoce el talento de De la Fe. El problema es el espacio en el que suena; el espacio, el momento y el mensaje”. Por eso, al consultarlo sobre lo mismo

hace apenas un par de días, no se mostró igual de optimista y afirmó: “Hay un divorcio entre el Festival y el Ministerio”.

Cuando el Festival anunció que el homenajeado en 2018 sería Carlos Vives, la cantante vallenata Lucy Vidal se preguntó en una entrevista de *El Heraldo*: “¿Cuál es el mensaje que envían los directivos de la Fundación? El punto no es si estamos de acuerdo o no con que Vives sea homenajeado, sino analizar hacia dónde llevan al Festival”. Hay que repetir que no se desconocen los méritos de Vives para ser galardonado en este y otros muchos festivales, ni que una reflexión crítica en torno al Festival implique ‘odio’ por la Fundación, sus directivos o la música vallenata.

Lucy Vidal no fue la única que alzó su voz en contra de este homenaje. De inmediato surgió en Valledupar la polémica en torno a quién merecería esa distinción y aparecieron nombres como el de Alberto Fernández Mindiola, quien hoy tiene 86 años y fue, al lado de Bovea, uno de los músicos que más aportó para que el vallenato sea hoy lo que es. En igual sentido se pronunció el abogado Evelio Daza, quien en el pasado llevó a la Fundación a los tribunales. Dijo: “No me extraña. A los dirigentes de la Fundación lo que menos les importa es exaltar el folclor. El folclor no es una expresión universal, no, el folclor hace parte de la diversidad sociocultural de un pueblo”.

Alfredo Gutiérrez, uno de los mejores acordeoneros de todos los tiempos y quien nunca ha sido homenajeado por esta fiesta, se pronunció en igual sentido: “Pueden hacer lo que les parezca, pues finalmente es su negocio. Pueden llevar a un ‘reggaetonero’ si quieren. Están en su derecho así vaya contra la filosofía del reglamento. El pueblo sabe que con esto se pierde la esencia”. Otro que se sumó al debate fue Rodolfo Quintero: “El homenaje a Vives confirma que a paso lento y seguro, poco a poco, el Festival Vallenato se ha convertido en una caricatura de sí mismo”.

Lo más resaltable de toda esta polémica es la cantidad de voces, bien hayan sido mayoría o minoría, que muestran públicamente su preocupación por el mensaje, pero también por lo que está sucediendo con el vallenato. Y es interesante porque son cada vez más las personas que saben y se preocupan por el camino que debe seguir una música que hace parte de su identidad.

Dije que el Festival pudo ser la catedral del vallenato. Por eso, tanto desde las altas esferas de la cultura como del ciudadano común se esperaba que la Fundación fuera el ente encargado de asumir el trabajo de velar por la salvaguarda del vallenato tradicional. Sin embargo, el mensaje que la Fundación envía no es tanto que, como empresa privada, es solo ella la que decide, sin consultar al pueblo, lo que más le conviene como negocio. No. El mensaje que envían los directivos de la Fundación, más allá de los miembros de su Junta Directiva, es que, aparentemente, no les interesa la salvaguarda del vallenato tradicional,

que esa no es su función. ¿Qué hacer entonces? La música vallenata tradicional está huérfana. Tiene dolientes, y muchos (muchísimos), pero no tiene quien la ampare y la proteja desde instancias con dientes. La gobernación y la alcaldía no la tienen en cuenta, salvo para llenarse la boca y hacer política. Sus secretaríos de cultura son solo nómina. Es irónico: una ciudad que vive de su cultura, que presume de ella, no ha hecho ni siquiera un mapeo de sus cultores.

6.

El Ministerio de Cultura ha venido impulsando la creación del clúster de la cultura y la música vallenata al lado de entidades locales como Comfacesar, la Fundación Festival de la Leyenda Vallenata, la Gobernación del Cesar, la Universidad Popular del Cesar, la Cámara de Comercio y la Alcaldía de Valledupar. Con base en esto, la Fundación Universitaria del Área Andina adelantó, entre 2010 y 2013, un trabajo cooperado para medir el impacto que el evento del Festival de la Leyenda Vallenata genera en la economía de Valledupar y su entorno, con miras a la obtención de una herramienta que permita planificar y proyectar el Festival. El resultado final del último informe se muestra en el Cuadro 1:

CUADRO 1. MOVILIZACIÓN DE RECURSOS, AÑO 2013

COMPONENTE	RECURSOS MOVILIZADOS (PESOS)
Oferta formal	12.545.855.773
Hoteles	8.760.540.123
Restaurantes	800.825.000
Artesanías	603.870.650
Casahotel	2.380.620.000
Oferta informal	7.727.010.000
Vendedores ambulantes	7.727.010.000
Demanda	4.073.638.000
Asistentes a eventos	2.640.878.000
Turistas y visitantes	1.432.760.000
Participantes en concursos	10.451.002.030
Piloneros	719.550.000
Piquería	55.586.250
Acodeoneros	9.494.065.600
Canción inédita	181.800.180
Eventos alternos	4.174.305.000
Fiesta celestial	424.665.000
Discotecas	2.140.380.700
Estancos	3.625.788.200
Clubes y casetas	3.749.640.000
Eventos parque Leyenda Vallenata	6.538.318.817
Total	90.248.109.323

Fuente: Fundación Universitaria del Área Andina, cálculos del autor.

A todas estas, ¿en qué queda la ciudad durante los días de Festival? Desde el primer Festival la Alcaldía de Valledupar se ha hecho la de la vista gorda. Si acaso, se ha quejado un par de veces aduciendo que el Festival debería ser parte de la administración municipal. Si esto sucediera sería, ahí sí, el mayor desastre que afrontaría un edificio inicialmente construido con bases firmes: la politización del folclor sería mil veces más dañino que el huracán Irma.

Al día siguiente de terminado el Festival de 2017 el alcalde, Augusto Ramírez, trino:

Durante la versión 50 del Festival, 2.441 vehículos ingresaron a la Terminal de Transporte con 31.350 pasajeros. En total, a la ciudad llegaron 30.253 vehículos con 115.000 personas. Existe un aproximado de 150.000 visitantes a nuestra ciudad en la semana del 25 al 30 de abril.

¿Cómo conoció tan rápidamente el alcalde este aproximado? ¿Sacó las cifras de la manga? ¿Cómo cupo tanta gente en una ciudad de 400.000 habitantes? O mejor aún, ¿está la ciudad preparada para este tipo de eventos? Un dato interesante dicho por una conocedora del sector, ella sí, Eucladys de Pantoja, quien fue durante un par de décadas gerente del hotel Sicarare, afirma que los turistas no solo se hospedan en Valledupar, sino también en los pueblos vecinos de La Guajira. De hecho, afirma, muchos habitantes de estos municipios regresan la misma noche a dormir en sus residencias, un dato que confirma la investigación adelantada por la Universidad del Área Andina.

Apenas una semana después del evento, la Cámara de Comercio de Valledupar presentó un informe en el cual asegura que “el 70% de los turistas se hospedó en casa de familiares o amigos, mientras que el 30% pagó por hoteles; el 17% llegó a casas o apartamentos alquilados, y el 10% a hostales”. Traigo estas cifras a colación porque son las que han publicado tanto la Alcaldía como la Cámara de Comercio, pero advierto mi sorpresa ante la rapidez con la que fueron sumadas, tabuladas y publicadas, amén de la falta de especificidad en la metodología y en su análisis. Llama la atención particularmente la cifra final presentada por el representante de la Cámara de Comercio, según la cual este año “cerca de 300.000 millones de pesos se movilizaron en el marco del Festival”. ¿No es demasiado irresponsable afirmar que la ciudad pasó de movilizar cuarenta y cinco mil a trescientos mil millones de pesos en tan solo cuatro años? Contrasta esta cifra con una nota publicada en *El Heraldo* el 21 de febrero de 2017 donde se asegura que el impacto económico del Carnaval de Barranquilla en 2016 fue de cincuenta y dos mil millones de pesos. Habría que felicitar a la Cámara de Comercio de Valledupar y resaltar su trabajo, pues

en solo una semana logró un consolidado que a las autoridades de La Arenosa les tomó un año afianzar.

Más allá de ironías, flota en el aire la pregunta: ¿de veras produce cinco veces más dinero el Festival Vallenato que el Carnaval de Barranquilla? Si esto es cierto el Festival de los acordeones es la fiesta más productiva del país. ¿O será más bien que todas estas cifras no son más que un embeleco de frases alegres dichas al fragor del guayabo?

UN TESORO ATRAVESADO POR MÚLTIPLES TENSIONES

Jaime Abello Banfi

El máximo logro de la cultura popular barranquillera es su fiesta pública tradicional. En ella la pobreza y la desigualdad seculares se trasmutan en riqueza cultural. El Carnaval ha proporcionado sentido de pertenencia y convertido en acervo colectivo tradiciones folclóricas de raíces triétnicas provenientes de diversos puntos del Caribe colombiano, transmitidas por generaciones en el seno de familias de los sectores populares. En un país tan afectado por la violencia esta fiesta se ha mantenido como espacio de convivencia pacífica y diversidad cultural.

Como dice el himno de la ciudad, “Barranquilla sabe cantar y sobre el yunque martillar”. Los barranquilleros aprendieron a trabajar y bailar con igual intensidad, y supieron tropicalizar esta celebración de matriz europea como factor de identidad colectiva, hasta convertir el Carnaval en punto de encuentro anual y ritual de toda la comunidad. Son escasas las urbes del mundo que gozan del privilegio de mantener viva una fiesta pública masiva de linaje tan antiguo. Por ello el Carnaval de Barranquilla atrae cada año a miles de turistas y ha sido reconocido por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco) como patrimonio cultural de la humanidad que debe ser cuidado.

Esta maravillosa fiesta popular, la mayor de Colombia, está atravesada por múltiples tensiones, que comentaremos en este capítulo. Pero en materia de carnavales, como dice el lema popular del Carnaval de Barranquilla, ‘quien lo vive es quien lo goza’, y yo añadiría ‘quien lo vive es quien lo entiende’. Por eso, permítanme comenzar con mi testimonio personal de cómo me adentré en la vivencia y conocimiento de nuestro carnaval.

De niño recuerdo que mis padres gozaban principalmente las fiestas de comparsas del club social, el Country Club, que después de prolongados ensayos culminaban en fiestas espectaculares, y para terminar la temporada nos llevaban a ver desde la barrera el desfile popular de la Batalla de Flores el sábado de carnaval, con sus carrozas, cumbiambas y congos, que siempre me impresionaron.

Después de esa dosis reducida de carnaval, el domingo bien temprano salíamos a hacer la cola del ferri para cruzar el río Magdalena y viajar con el propósito de quedarnos hasta el martes en la casa familiar de El Rodadero, en Santa Marta. Vivía yo en esa época el Carnaval de lejos, con un sentimiento de extrañeza.

Retorné a vivir a Barranquilla a fines de 1981, después de concluir en Bogotá mis estudios de Derecho en la Universidad Javeriana y de hacer un año de prácticas profesionales en la capital. Comencé a trabajar en la Cámara de Comercio y a relacionarme los fines de semana en las tertulias nocturnas de Lagoven, Bárbaro y la primera sede de La Troja en la avenida Olaya Herrera, con un grupo de amigos, mayores que yo pero muy interesantes, con los cuales compartía curiosidad intelectual, el ímpetu de celebrar la vida a tope y pasiones que afortunadamente me siguen nutriendo, como el cine y los libros.

Recuerdo que empecé a hablar sobre el Carnaval y su trascendencia para nuestra comunidad y su identidad colectiva con las investigadoras Margarita Abello Villalba y Mirtha Buelvas Aldana, dedicadas en esa época a hacer pesquisas antropológicas de campo sobre los grupos folclóricos; con el arquitecto Braulio de Castro, compañero de aficiones como el cineclubismo, la gastronomía y la buena música; con la periodista Lola Salcedo Castañeda, que nos jalaba a aventurar en zonas más remotas de la ciudad, como La Cien en Rebolo; con la comunicadora Vilma Gutiérrez de Piñeres Abello, quien manejaba los medios de la Universidad del Norte, y con mi compañera de trabajo, la arquitecta Carmen Arévalo, que había entrado a ocuparse de los temas de urbanismo en la Cámara de Comercio de Barranquilla.

Con ellos y otros amigos -varios de los cuales ya han fallecido- desfilamos por primera vez en la Batalla de Flores de 1982 en una comparsa que lideraron como capitanes los profesores de la Universidad del Atlántico Rafael Bassi y su esposa Chila Arévalo, a la que bautizamos ‘Disfrázate como quieras’. Miembros conspicuos de esta comparsa han sido algunos de los expositores de estos dos días, como Alberto Abello Vives y Ernesto Bassi Arévalo, quienes empezaron a desfilan antes de aprender a caminar.

Para mí, lanzarme a la calle con la comparsa representó una oportunidad, no solo de disfrutar, sino de aprender en la práctica el valor social y cultural de nuestra fiesta pública, y fue una experiencia decisiva para conocer y comprender a fondo mi ciudad, en momentos en que tratábamos de estructurar proyectos de impacto desde la Cámara de Comercio de Barranquilla, donde yo era asistente de la Dirección Ejecutiva y secretario general del Comité Intergremial del Atlántico. Recuerdo ahora el titular de la primera entrevista que me publicó, en página entera, el diario *El Heraldo* en 1982: “El Carnaval es la paz, dice secretario del Intergremial”.

Rápidamente, con los amigos, me di cuenta de que más allá del deslumbramiento inicial había que actuar, porque ese sabroso carnaval, que apenas empezaba a gozar y conocer, ya daba señales de venirse a menos y era una maravilla que no podíamos darnos el lujo de perder. La llamada Corporación Autónoma Permanente del Carnaval de Barranquilla, una entidad pública

municipal que no era ni autónoma ni permanente, evidentemente no era capaz de manejar bien la fiesta y estaba afectada de los consabidos males de la incompetencia administrativa, la politiquería y la corrupción.

Al año siguiente, 1983, contando con el apoyo del director ejecutivo Arturo Sarabia Better, organizamos en la Cámara de Comercio un gran foro sobre el Carnaval de Barranquilla, con la participación de todos los sectores de la ciudad, en especial los líderes populares, a quienes les dimos la máxima importancia. Nos acompañaron, entre otros, Ubaldo Mendoza, Enrique Salcedo y Edgar Blanco.

De ese primer foro ciudadano salió una serie de recomendaciones para trabajar por un nuevo modelo de organización de las fiestas y un compromiso sin precedentes con el Carnaval por parte de la Cámara de Comercio como institución representativa del sector privado de Barranquilla. En 1984 repetimos el foro y además creamos el premio de la Tradición, que fue entregado durante varios años por esa institución. Además, me involucré personalmente en apoyar el proceso de formalizar la Asociación de Grupos Folclóricos del Atlántico, para la cual redacté los estatutos, tramité su personería jurídica ante la Gobernación del Atlántico y conseguí un aporte en dinero de la Cámara de Comercio como capital inicial.

Pocos años después un caso de fraude de boletería terminó por enterrar a la Corporación Autónoma Permanente en un contexto más amplio de crisis de la ciudad y su sector público, pero la semilla sembrada empezaba a dar frutos y la toma de conciencia colectiva se extendía con el compromiso de líderes empresariales como León Caridi Anav y Pablo Gabriel Obregón Santo Domingo. En 1992 se constituyó una sociedad de economía mixta con la participación como socios del sector privado de dos entidades sin ánimo de lucro con liderazgo cívico: la Cámara de Comercio y la Fundación Mario Santo Domingo. La nueva empresa, bautizada Carnaval S. A., recibió formalmente del municipio de Barranquilla una concesión y el mandato de generar ingresos para administrar la fiesta como patrimonio colectivo.

En esa época yo estaba a cargo de la gerencia del canal regional Telecaribe y le apostamos con fuerza a las transmisiones de calidad de los eventos del Carnaval, así como al apoyo a diversos procesos festivos, e incluso a organizar unas memorables fiestas de disfraces en las que presentábamos las mejores orquestas del Caribe.

Posteriormente, en 2001, fui representante del alcalde de Barranquilla en la junta directiva de la organización del Carnaval durante un año, posición que retomé en 2009 como representante de la Cámara de Comercio de la ciudad. Además, he colaborado desde 2002 en el comité cultural que asesora a las

directoras de la institución, al lado de compañeros esclarecidos como Mirtha Buelvas Aldana y Ariel Castillo.

Pero como dije, además de hablar sobre carnaval, quien lo vive, o sea quien lo desfila, quien lo baila, es quien en realidad lo puede gozar y comprender a fondo. En la comparsa ‘Disfrázate como quieras’ he vivido 35 años continuos de involucramiento con el Carnaval de mi tierra, lo cual ha sido fundamental en mi experiencia vital y profesional, no solo como carnalero, sino también en el plano institucional, en la reflexión cultural, política y estratégica sobre la ciudad y el Caribe colombiano, y en la preocupación por la salvaguardia de este patrimonio colectivo, que considero permanentemente amenazado. Reconocí que por la fuerza de las circunstancias, pero también por el amor y entusiasmo de varias generaciones de carnaleros, la fiesta popular ha tenido que adaptarse a los retos del crecimiento de la urbe, y sigue beneficiando a esta comunidad en múltiples dimensiones del desarrollo humano, como factor de cohesión social, pertenencia ciudadana e identidad cultural.

Sin la inspiración y el contexto de mi grupo de carnaval el conocimiento adquirido no hubiera sido igual. Además de convertirse en un espacio de amistad y encuentro ritual de barranquilleros de distintos sectores -profesionales, periodistas, académicos, artistas, empresarios, rumberos viejos y nuevos- desarrollamos con el tiempo una capacidad de convocatoria carnalera nacional e internacional, como por ejemplo con los periodistas e intelectuales de numerosos países que nos han acompañado a carnalear desde que asumí en 1995, por solicitud de Gabriel García Márquez, la Dirección General de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI).

En ‘Disfrázate como quieras’ mis amigos y yo aprendimos a jugar el Carnaval como fiesta pública, a amar su raíz popular, a comportarnos como los mejores anfitriones del mundo, a entender nuestra fiesta como verdadero patrimonio cultural; por lo tanto no es casual que varios de los integrantes hayan sido expertos e investigadores claves en las tareas de sustentar la solicitud de declaratoria de patrimonio y de asesorar a las instituciones en el manejo participativo de la fiesta.

En estas tres décadas y media aprendí que una característica histórica de Colombia ha sido la extraordinaria vitalidad de una cultura popular fuerte y diversa, afincada en bases regionales muy diferenciadas, que son escenarios de una gran diversidad cultural, solo comparable a la rica biodiversidad de sus especies naturales. En este país de grandes concentraciones urbanas que es la Colombia cada vez más globalizada del siglo XXI, he podido observar también cómo en el dominio de la cultura hay una transición de la primacía de lo popular y tradicional hacia la profesionalización y mercantilización del sector, en el escenario de las llamadas industrias creativas.

El hecho es que en las últimas dos décadas, especialmente, se ha producido una extraordinaria expansión del campo de la cultura en Colombia, por la concurrencia de distintos factores: el crecimiento de las industrias culturales y su repercusión en las economías locales; la revalorización de las culturas populares como patrimonio cultural inmaterial; el reconocimiento político y académico a la necesidad e importancia de la dimensión cultural dentro de las políticas públicas y las estrategias del desarrollo; y, lo más interesante, la apropiación y participación por parte de distintos públicos, especialmente de los jóvenes, en múltiples procesos de creación, consumo y comunicación cultural, que son favorecidos por los sistemas educativos, la urbanización y la masificación de internet.

En estas décadas he tomado conciencia de que nuestro carnaval popular es un verdadero tesoro. El carnaval es una de las fiestas más antiguas del mundo occidental. Derivado de las Saturnales romanas, se sincretizó en el calendario cristiano de los países de Europa y fue trasplantado al Nuevo Mundo por los colonizadores castellanos y portugueses. En el siglo XXI son escasas las ciudades del mundo que gozan del privilegio de tener todavía sus carnavales vivos: pocos fueron los lugares de Europa y América en los que estas fiestas sobrevivieron a los embates de los restrictivos modelos de conducta colectiva impuestos en la era moderna por las ideologías de la sociedad industrial y diversas formas de conservadurismo religioso. Barranquilla se precia, con legítimo orgullo, de mantener hasta hoy su carnaval de raíces triétnicas, que ha integrado en su seno las contribuciones folclóricas de todo el Caribe colombiano, así como la diversidad cultural y movilidad social de una ciudad abierta al mundo y fortalecida con aportes migratorios de varios continentes.

En Barranquilla, los carnavales se extendieron y consolidaron en directa proporción a la expansión económica y demográfica de esta ciudad republicana, que creció con rapidez desde la segunda mitad del siglo XIX gracias al dinamismo portuario y comercial que logró por servir como punto de conexión del río Magdalena con el mar Caribe. Su población, compuesta por gente de diversos orígenes, se apropió con fervor de esta fiesta permisiva de sabor popular y remoto ancestro pagano, en la que todos encontrarían espacio para proyectar sus identidades, tanto los inmigrantes internos, portadores de las tradiciones folclóricas y la herencia cultural de las provincias de Cartagena, Santa Marta, las poblaciones ribereñas y otras áreas de la región circundante, como aquellos provenientes de países europeos y árabes, quienes se integraron a la gran fiesta con su bagaje cultural, no solo en los recintos cerrados de los clubes sociales, sino en el fragor de las calles arenosas.

El espíritu del Carnaval, con sus ingredientes de alegría y sociabilidad, no se limita a la temporada de festejos públicos, sino que permea el imaginario

colectivo y el modo de ser de los barranquilleros. El Carnaval se ha convertido en referente fundamental para la vida cotidiana de los barranquilleros a lo largo de todo el año. Es, por ejemplo, el tema que más ha inspirado a escritores, cineastas, artistas plásticos y fotógrafos.

Por la misma razón, es tema reiterado de debate público, tanto por motivos banales como trascendentales. Y es que la evolución del Carnaval de Barranquilla ha estado sujeta a múltiples tensiones en el transcurso de su historia. Piénsese, por ejemplo, en el impacto que ha tenido en esta celebración la transformación de la geografía urbana y la dinámica de cambios sociales y demográficos que han hecho que la ciudad alcance su actual dimensión metropolitana, con más de dos millones de habitantes distribuidos en el área que componen, no solo el distrito de Barranquilla, sino los municipios contiguos de Soledad, Malambo, Puerto Colombia y Galapa.

De una sociedad pequeña y provinciana, caracterizada por la proximidad en la vida de familia y de barrio, con un ritmo apacible que permitía encuentros festivos informales y cara a cara, pasamos a la sociedad actual más compleja y urbanizada, con un sentido del tiempo mucho más rápido y exigente, y con mayor preponderancia en las relaciones sociales de los ámbitos de estudio y trabajo que de los vecinales. La fiesta, con sus presentaciones masivas en desfiles, está ahora condicionada inevitablemente por las distancias y el transporte, los retos logísticos de una celebración a la que concurren cientos de miles como espectadores, los controles policivos de seguridad y prevención y las exigencias de la transmisiones de televisión, por mencionar solo algunos factores. Desde el punto de vista económico se ha transformado en un gran negocio que genera muchos empleos y moviliza miles de millones de pesos en publicidad, actos de relaciones públicas, servicios musicales, entradas a palcos y espectáculos, hoteles, consumo de licor y comida, confección de vestuario, disfraces y artesanías. A su vez los costos de acceso a estos espacios son cada vez más altos, lo que desestimula poco a poco la participación popular.

La evolución del Carnaval de Barranquilla, vista en función de contextos urbanos y sociales que se modifican, supone la necesidad de asumir esta fiesta como un fenómeno dinámico, con enormes retos de adaptación y orientación estratégica en la era de la globalización. Hay, por ejemplo, tendencias que pugnan por una fiesta participativa, relajada y descentralizada, y otras que la desean más mediática –es decir regulada, cronometrada y concentrada– con miras a proyectarla al mundo como evento de interés global. Es necesario buscar un aprovechamiento sostenible del creciente turismo receptivo nacional e internacional, que hace que la fiesta ya no solo sea de los locales. Al mismo tiempo, se debe garantizar el acceso mayoritario a los espectáculos

y servicios del Carnaval a costos razonables, pero el aumento de la demanda y la escasez de espacios apropiados presionan el alza de los precios y debilitan la participación ciudadana, lo cual constituye una amenaza a tener en cuenta. En otro frente, se reclama que las autoridades se comprometan seriamente con el apoyo a programas de investigación cultural y pedagogía social, al igual que con la adopción de políticas públicas, proyectos y fuentes de financiamiento no comercial para cumplir la obligación de preservar y proteger un legado que ha sido reconocido formalmente como patrimonio nacional y universal, incluyendo estrategias de desarrollo social y productivo a favor del sector de actores tradicionales del Carnaval, a la vez que incentivos a la creatividad y la innovación carnavalera.

Uno de los temas que más se ha debatido es el modelo de gestión. El Carnaval de antaño, el de la ciudad pequeña, solía ser organizado por juntas de notables y funcionarios y luego por una corporación de carácter municipal, pero el sistema de manejo público se volvió incapaz y la fiesta daba señales de haberse venido a menos, dividida entre los clubes de la élite y la celebración popular de la calle.

Como conté, desde mediados de los años ochenta convocamos en la Cámara de Comercio de Barranquilla foros ciudadanos para debatir el esquema de manejo y las alternativas a seguir para rescatar las tradiciones y fortalecer el Carnaval de Barranquilla. Al mismo tiempo, se produjo la emergencia reivindicativa de los grupos folclóricos de base que se asociaron –y a los que apoyamos también desde la Cámara de Comercio– para defender sus intereses concretos y reclamar un reconocimiento apropiado a su importante contribución.

Organizar el Carnaval en un área metropolitana de casi dos millones de habitantes es un proceso muy complejo. La organización especializada, creada en 1991 como resultado del proceso de consulta ciudadana y búsqueda de soluciones, no tiene en la práctica ánimo de lucro, aunque surgió inicialmente como sociedad anónima de economía mixta, sustituida luego por una fundación y después de un revés jurídico ha retornado a ser una sociedad por acciones simplificada (SAS).

La organización del Carnaval de Barranquilla trabaja todo el año en función del proceso festivo y no cabe duda que ha conseguido mejorar y profesionalizar su planeación, la consecución de recursos y la gestión organizativa. Además, mantiene abiertos los canales de diálogo y concertación con los grupos de interés que se preocupan por el Carnaval y cuenta en su Junta Directiva con representación de la Alcaldía, que la preside, los grupos folclóricos y las organizaciones privadas sin ánimo de lucro que han aportado capital económico y apoyo institucional: la Fundación Mario Santo Domingo

y la Cámara de Comercio de Barranquilla. Los procesos de consulta permanente dan lugar a numerosos comités de trabajo y reuniones asamblearias con el sector de grupos y hacedores de carnaval, además de su representación directa en la Junta Directiva.

La institución se ha fijado como misión gestionar, desde un modelo de alianza público-privada-popular, el fortalecimiento del Carnaval como proyecto anual de interés colectivo de la ciudadanía barranquillera, teniendo en cuenta su naturaleza pública y de patrimonio cultural. Se trata de impulsar el Carnaval como fiesta participativa, urbana, contemporánea y democrática, con importante impacto económico, por lo cual esta entidad no debe concebirse como mera operadora de eventos, sino como colaboradora estratégica de la Alcaldía y los otros niveles estatales, tanto para preparar y ejecutar las actividades de la programación central del Carnaval, como para servir de nodo coordinador de una compleja trama de responsabilidades organizativas, distribuidas y compartidas entre diversos actores estatales, empresariales y de la sociedad civil organizada.

Carnaval SAS se ocupa de diversas actuaciones con trascendencia social y cultural, como apoyar a los grupos folclóricos, contribuir a las políticas públicas de protección y cuidado del Carnaval, o impulsar proyectos de formación y divulgación. En octubre de 2018, por ejemplo, se realizó en Barranquilla un encuentro internacional de carnavales del Caribe con el fin de examinar casos, intercambiar ideas y experiencias, y debatir propuestas sobre la relación entre el Carnaval como patrimonio cultural que se debe salvaguardar, y su aprovechamiento como activo social, económico y de propiedad intelectual para las industrias creativas y turística. También se revisó el estado actual de las investigaciones y la generación del conocimiento sobre los carnavales del Caribe. En materia de formación cabe destacar el trabajo que hacen el sistema de las casas de la cultura y la Escuela Distrital de Artes.

Sin embargo, la organización del Carnaval es cuestionada porque se le atribuye un sesgo comercial. Sin duda, aunque no se reparten utilidades es alta la presión por generar ingresos, ya que los aportes estatales son mínimos. Por ejemplo, del presupuesto para la organización de la fiesta en 2016 ejecutado por Carnaval SAS, que fue de COP 13.476 millones, menos del 10% corresponde a aportes públicos, mientras que el 90% se dividió por partes iguales entre boletería y gestión comercial (publicidad y patrocinios). Hay una preocupación real por las amenazas de la excesiva comercialización, pero por otra parte se ha avanzado gradualmente en la descontaminación comercial, mediante el ordenamiento y disciplina de la propaganda y anuncios comerciales en los desfiles y eventos masivos del Carnaval.

Para Barranquilla la satisfacción de celebrar anualmente uno de los pocos carnavales que subsisten en el mundo es mayor por el reconocimiento mundial de la Unesco, que lo proclamó en 2003 Obra Maestra del Patrimonio Oral e Inmaterial de la Humanidad, y lo inscribió en 2008 en la lista representativa de la cultura inmaterial de la humanidad. Esa declaración, gestionada por la organización del Carnaval con el apoyo del Gobierno nacional, ha servido para crear conciencia, pero solo hasta el 2017 se tradujo en un plan de salvaguarda oficialmente adoptado. La patrimonialización ha tenido sus pros y contras, puesto que ha generado una extraña ortodoxia tradicionalista sobre lo que debería ser el Carnaval y una especie de sindicalización interesada de la tradición.

Lo importante es no olvidar jamás la advertencia fundamental que entraña la declaratoria de patrimonio: el Carnaval es un tesoro cultural frágil, al cual hay que cuidar y promover incansablemente para que no se menoscabe o simplemente se extinga como miles de carnavales y festejos populares que alguna vez existieron en la faz de la tierra.

El Carnaval de Barranquilla es un verdadero tesoro de nuestra comunidad. Su pasado y su presente le auguran un futuro promisorio, siempre y cuando sepamos valorarlo, asumir y tratar de resolver sus múltiples tensiones, y cuidarlo y estimularlo como patrimonio cultural dinámico y participativo.

20 años de estudios sobre el Caribe colombiano
se terminó de imprimir en Bogotá,
en enero de 2020, en La Imprenta Editores S. A.